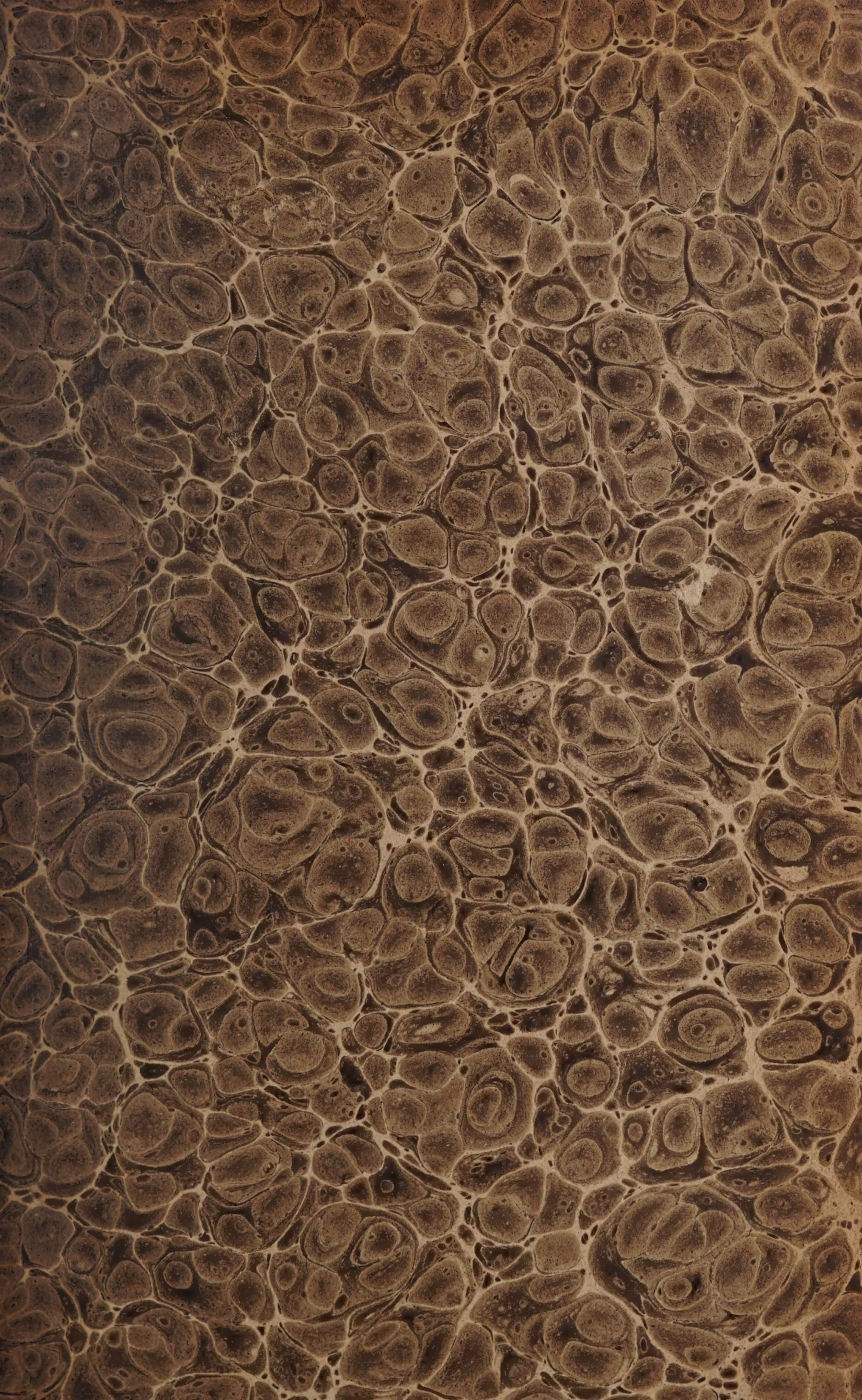


LECCIONES

DE

LITERATURA GENERAL Y ESPAÑOLA

POR EL DOCTOR

D. FRANCISCO SÁNCHEZ DE CASTRO

CATEDRÁTICO DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

PARTE SEGUNDA

LITERATURA ESPAÑOLA

(OBRA PÓSTUMA)

MADRID.—1890

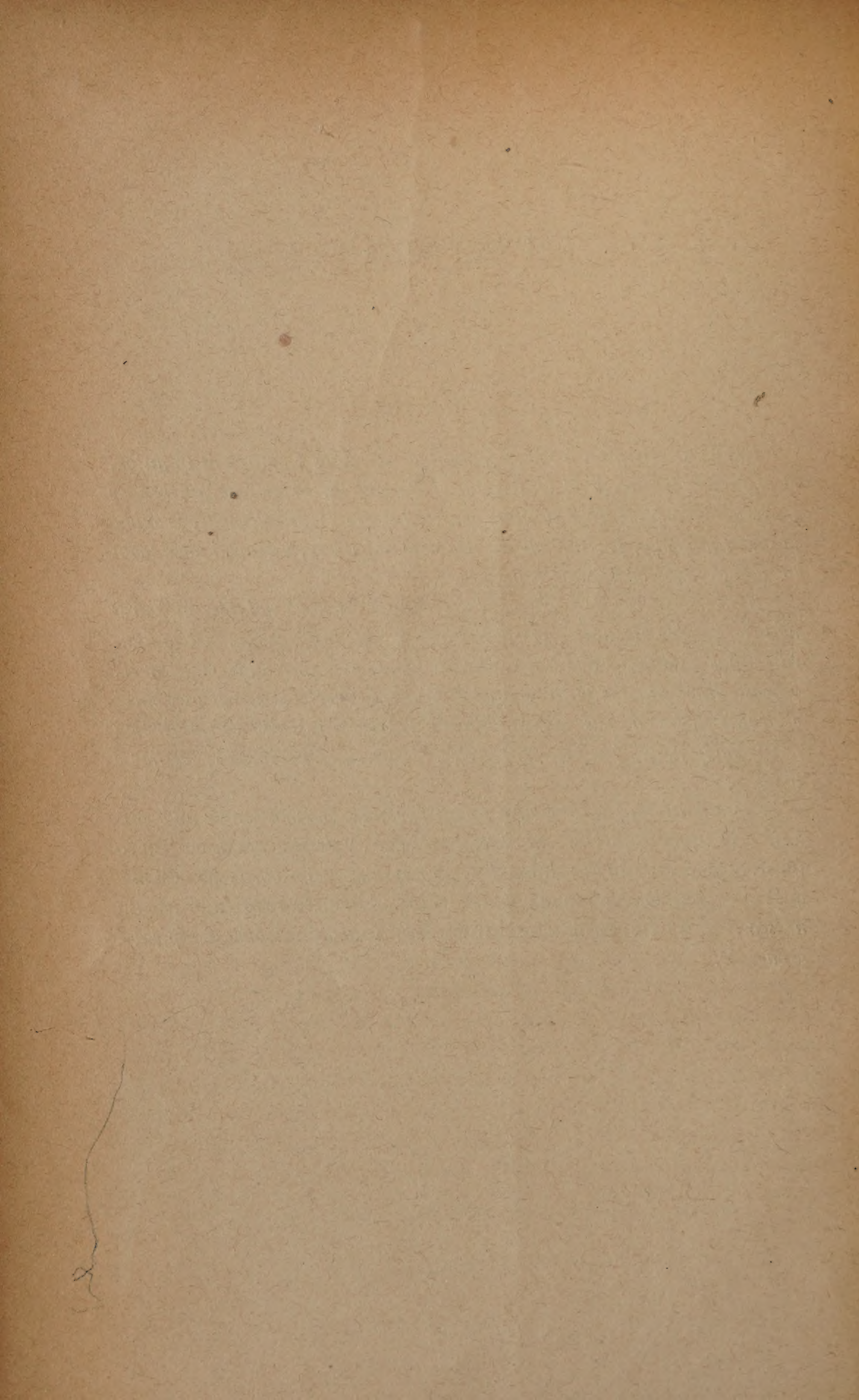
Madrid.—Imp. de Antonio Pérez Dubrull, calle de la Flor Baja, núm. 22.

ADVERTENCIA

Publícase esta obra á ruego de muchos discípulos y amigos de su autor, el digno catedrático de la Universidad Central D. Francisco Sánchez de Castro, cuya prematura muerte, acaecida el día 19 de Diciembre próximo pasado, lamentan profundamente las letras patrias, y lamentamos todos los que tuvimos ocasión de conocerle.

El Sr. Sánchez de Castro, profesor ilustradísimo, notable autor dramático, orador elocuente y poeta lírico de grande inspiración, podría figurar en las páginas de este libro de LITERATURA ESPAÑOLA, *escrito por él; y acaso deber nuestro sería bosquejar aquí sus caracteres literarios y hacer el debido elogio de sus relevantes dotes; pero lo reciente de su pérdida nos lo impide, y, por otra parte, vivo está su recuerdo en la mente de todos.*

Prescindiendo, pues, de otras consideraciones, creemos rendir un homenaje á la memoria del Sr. Sánchez de Castro, y prestar al mismo tiempo un servicio á los estudios literarios, al imprimir esta obra, no obstante que, no habiendo sido limada ni corregida por su malogrado autor, acaso no sea en todos sus pormenores tan perfecta y acabada como él aspiraba á hacerla.



PRELIMINARES

LECCIÓN PRIMERA

1. Extensión y límites de la Literatura española. — 2. Su riqueza y caracteres generales.—3. Ideas y sentimientos que han prevalecido en el genio nacional. — 4. Elementos é influencias extrañas que de una manera sensible han concurrido á la formación de la Literatura española.—5. Tendencias predominantes en ella. —6. Sumaria noticia de las razas y pueblos que han habitado en nuestra Península, y de los idiomas que en ella se han hablado. — 7. Predominio del latín.—8. Época en que aparece en las lenguas vulgares, é idiomas que se forman en España.—9. Riqueza, majestad y melodía del castellano. —10. Plan y método de la asignatura.

1. Al estudiar la Literatura española, la primera cuestión que surge es la relativa á su extensión y límites. Es cierto que la Literatura dice relación á la lengua, y en tal sentido algunos autores consideran Literatura española solamente la castellana, por ser esta la lengua nacional. Aun así considerada, nuestra literatura es una de las más ricas, si no la más rica, de las europeas; pero no parece lo mejor concretar á solos los autores castellanos el estudio de las letras patrias. Prescindiendo de las razones de nacionalidad que piden la inclusión de las literaturas catalana y gallega, por cuanto estas comarcas forman parte de la nación española, hay otros motivos históricos y filológicos que reclaman su estudio y el de otras literaturas producidas en nuestro suelo.

Sabido es que la Península española fué de antiguo poblada por distintas tribus y razas, diferentes en lengua, usos y costumbres, y que dominó á todas ellas el pueblo romano, que implantó aquí su idioma y su civilización, viniendo después los visigodos y más tarde los árabes, moradores durante largos siglos en nuestro país. También hubo en España, hasta la Edad Moderna, gran número de hebreos que escribieron en su lengua; y aún permanece unido á nosotros el pueblo *eúscaro,* tan distinto de todos los demás que forman el actual pueblo español.

Esta variedad de razas y de idiomas en nuestro territorio constituye una grave dificultad cuando del estudio de la Literatura se trata; porque ni parece necesario, ni sería posible incluirlos todos, ni es hacedero determinar con exactitud y con justicia cuáles y cómo han de ser estudiados.

Es por de pronto axiomático que la lengua y la literatura castellana no nacen en un día ni son indígenas en todo, sino que, por el contrario, tienen su precedente en nuestra misma Península, y se forman lentamente con auxilios extraños. La lengua latina dominó en España muchos siglos, y fué general aun en los tiempos en que ya se había constituido la nacionalidad cristiano-española; y sabido es también que de la transformación de esa lengua surgió el habla de Castilla. No hay, por consiguiente, razón que justifique el completo olvido de la literatura hispano-latina; y en cuanto á las literaturas regionales, como la catalana y la galaico-portuguesa, preciso es también tomarlas en consideración, no ya sólo por formar ó haber formado parte de nuestra nacionalidad los pueblos que las produjeron, sino porque la lengua en que están escritas es hermana gemela de la castellana, y todas estas literaturas nacieron y crecieron al calor de un mismo sentimiento y de unas mismas ideas y aspiraciones. Los eúscaros, por rara condición de esa raza, apenas han tenido literatura; y en cuanto á los árabes y hebreos peninsulares, la diferencia de raza y de religión, y sobre todo de idioma, justifican ciertamente que su literatura no se incluya en la nacional, puesto que, en rigor, en ningún sentido forma parte de ella. Es, por

tanto, necesario hablar, siquiera brevemente, de las producciones hispano-latinas, como precedente de las escritas en lengua vulgar, y no omitir la debida mención de las obras catalanas y galaico-portuguesas, dejando las de esta última comarca en la época en que Portugal consolida su independencia, y por el cultivo de su idioma llega á tener literatura propia.

2. La verdadera Literatura española es, sin embargo, la castellana, por estar escrita en el idioma nacional y por su incomparable riqueza é importancia respecto de las otras literaturas peninsulares. Aun reducida á los límites más estrechos, su campo es inmenso, por haber sido grandemente cultivados todos los géneros literarios, y haber abundado en España escritores fecundísimos y polígrafos quizá como en ningún otro país. Algunos historiadores extranjeros de nuestra Literatura confiesan que les asusta esta fecundidad [1], y todos convienen en que los españoles se distinguen por la gravedad del pensamiento y la gallardía del estilo, verdaderamente rico y abundoso. Hay, además, en la literatura española una tendencia general á lo florido y á lo grande, que degenera á veces en hiperbólico y afectado, y participa del carácter de las literaturas orientales. Creen algunos autores que esto es producido por la larga permanencia de los árabes en nuestro suelo, que dieron, con algo de sus costumbres y muchos elementos filológicos, mucho también de la pompa y esplendor de sus escritos, comunicando á los españoles su ardiente imaginación y sentimientos apasionados. Esta manera de discurrir es un tanto fantástica; pues, sin negar la influencia del carácter y de las producciones árabes en nuestro país, hay otras influencias mucho mayores; y es lo cierto que desde los tiempos primitivos, en la literatura hispano-latina se advierte casi siempre esa tendencia á la amplificación, á la elocuencia y al entusiasmo, mucho antes de haber influido y de haber podido influir en nuestras letras el pueblo y los escritores árabes. Séneca y Lucano en la época romana, San Julián en la visigoda, y, en

[1] *Sismondi* dice: «La fertilité des écrivains espagnols est effrayante». (*Literaturas del Mediodía.*)

suma, la mayor parte de nuestros autores de todas las regiones, están ahí para probarlo.

La dignidad y nobleza que, por otra parte, resplandecen en nuestra Literatura, son producto del carácter del pueblo español, siempre valeroso y celosísimo de su independencia, y siempre grave y serio en sus costumbres.

3. Al formarse la lengua castellana, todos los españoles participaban de unas mismas ideas y aspiraciones, concurriendo todos á la formación de la común patria y de la lengua nacional, que, como lo reconocen autores extranjeros [1], tiene por eso cierta elevación y energía que la distingue de los demás idiomas neo-latinos. No hubo aquí tan grande separación de clases, ni predominó el feudalismo como en los otros países de Europa: el noble y el pechero concurrían con el Rey á la guerra de reconquista, y el más humilde español participaba de las heroicas empresas que personal é íntimamente le interesaban. Además, desde el principio de nuestra historia literaria es grande el número de Prelados, magnates y príncipes que cultivan las letras, siendo también esto condición distintiva de nuestro pueblo, como reconocen algunos críticos extraños. En ningún país de Europa hay tantos hombres que manejen á á la vez la espada y la pluma como en España y cuenten las luchas en que tomaron parte, ó exhalen en dulces canciones sus sentimientos, en las breves treguas de los combates por la Religión y por la patria. Y esto, que sucede durante la Edad Media, se repite en mayor escala en los tiempos modernos, pues con el descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, con las grandes campañas de Religión en América y en Europa, con los descubrimientos de nuestros navegantes insignes, la Literatura española se forja al calor de nobilísimas aspiraciones y sentimientos de grandeza y majestad, que bastan á explicar sus peculiares notas, sin acudir á extrañas influencias, y menos á la de los árabes.

4. Muchas de estas influencias, no obstante, se cuentan desde los comienzos de nuestra literatura, prescindiendo de

[1] Fauriel: *Cours de Litterature espagnole.*

la influencia latina, que es absoluta durante algunos siglos. En los mismos días en que se forma la lengua y aparecen los primeros monumentos castellanos, las relaciones con Francia traen á España no pequeño caudal literario. Poco después, en el siglo XIV, ilalianos y provenzales influyen también demasiado, en nuestra poesía especialmente, llegando á torcer la inspiración nacional el espíritu de imitación con que muchos se dejaban arrastrar en pos del Dante ó Petrarca, ó se convertían en trovadores, sempiternos cantores de falsos desdenes y amoríos. Y al espirar el siglo XV, la renovación de la antigua literatura clásica, con tanto ardor y entusiasmo acogida en toda Europa, marcó también con el sello del clasicismo la mayor parte de nuestras producciones literarias, y una nueva savia italiana se ingirió en los comienzos del teatro y en toda nuestra poesía lírica. Por último, en el siglo XVIII renace la influencia francesa, no ya por la dominación política de la dinastía borbónica, sino más todavía por el esplendor y poderío de la corte de Francia, que entonces llevaba su influencia á todas las de Europa.

5. Á pesar de todo esto, la Literatura española, prescindiendo de algunas cortas épocas y de ciertos géneros, mantuvo siempre sus caracteres distintivos ó peculiares, creando géneros de extraordinario valor y riqueza, como son los romances y el teatro, que poco ó nada deben á ninguna literaura ni influencia extraña. La misma tendencia clásica, potente y casi dominadora en la mayor parte de las literaturas europeas, fué en España menos considerable, merced á la nativa independencia y virilidad del genio español. Por eso nuestra literatura es la más romántica de todas; entendiéndose por romanticismo, no la moderna escuela dramática fundada en Alemania y en Francia, en oposición á la clásica, sino el espíritu nacional y cristiano de los pueblos europeos.

6. Este carácter independiente y nacional de nuestra literatura se explica, como queda indicado, por la misma constitución y por la historia de nuestro pueblo. La Península española fué, de antiguo, habitada por varias razas. Los primeros

pobladores parece que fueron los *iberos* y los *celtas*, ambos procedentes de Asia, y de raza jafética, viniendo aquéllos por el Mediterráneo y por el Pirineo los segundos, que á la vez se establecieron en otras comarcas al Norte de España, especialmente en las islas británicas. De la fusión de las dos razas, según autores respetables, se formó el pueblo celtíbero, morador de las comarcas centrales de España, aunque otros quieren que la palabra signifique *celtas del Ebro*, no mezcla de iberos y de celtas. En edad remota vinieron también á la Península los fenicios, atraídos por la riqueza de nuestro suelo; pero los fenicios no pasaron, como era su costumbre, del litoral, limitándose á establecer factorías y centros de comercio, algunos de los cuales llegaron á ser importantes poblaciones, que no dejarían de comunicar al interior la cultura que los fenicios tuvieran. Cádiz, Málaga, Asidón (Medina-Sidonia) y otras ciudades fueron de fundación fenicia. La costa del Mediterráneo fué visitada por tribus griegas, y rodios y focenses son los fundadores de Rosas, de Sagunto, de Amposta y otras ciudades del Mediterráneo; y, por fin, los cartagineses, de raza fenicia, arribaron también á nuestras costas, fundando, entre otras ciudades, á Cartagena y á Barcelona. Ninguno de estos pueblos ha dejado grandes huellas en España: algunas piedras *(túmuli)* y murallas recuerdan la raza de los celtas, y ciertos nombres y lugares manifiestan el culto druídico. De los fenicios, cartagineses y griegos primitivos nada queda, á no ser los nombres de ciudades y comarcas, y una influencia muy difícil de apreciar exactamente en nuestra lengua, dado que hay, sin duda, en el Diccionario castellano voces que lo indican.

7. Á todos estos pueblos domina el romano que, al fin, después de largos siglos de lucha con los españoles, logró hacerse dueño de la Península. Pero el latín, si se generalizó en España lo bastante para que César pudiera hablar al pueblo en esa lengua, no exterminó los idiomas primitivos, y las obras de Estrabón y Plinio dan testimonio de su existencia durante la dominación romana. Ni era menester que Plinio, y más tarde San Isidoro, mencionasen muchas cosas con nom-

bre vulgar, para poder afirmar que el latín no pudo ser lengua rigurosamente universal en España. Cuatro siglos de unidad nacional y de grandes relaciones literarias y sociales, no han destruido el catalán, el gallego, ni ninguno de los antiguos idiomas; menos lograría destruirlos en los tiempos de Roma el idioma latino. Éste, sin embargo, fué la lengua generalmente usada y la única escrita durante la dominación de Roma; y lo propio ocurrió en el reino visigodo, no conservándose ni una sola línea de la lengua gótica en España, ni una del idioma de los vándalos, suevos y alanos. El latín sigue siendo la lengua literaria oficial en los primeros siglos de la Reconquista; bien que era el latín vulgar y no el clásico, y degeneraba y se corrompía cada vez más por la mala pronunciación, falta de conocimientos gramaticales y mezcla con las voces de los demás idiomas de la Península.

8. Hacia el siglo XII aparece ya formado el castellano, que ciertamente se hablaría rudo é imperfecto mucho tiempo antes de servir en los monumentos escritos; y al lado del castellano surgen en la Península el catalán y el galaico-portugués, hijos todos de la madre común latina, distintos por la variedad de comarcas y de razas, y por las varias influencias que en una y en otras predominaron.

Fuera de España se formaron por la misma época la lengua italiana, la provenzal y la francesa que, como los idiomas peninsulares, reciben el nombre de lenguas neolatinas ó *romances*, por ser hijas de la romana.

9. Á muchas aventaja, y á ninguna cede el castellano en riqueza, melodía y sonoridad, y por el gran cultivo literario y el predominio que logró en todas las regiones de la Península, la lengua castellana es la verdaderamente nacional, hasta el punto de que muchos consideran al catalán y al gallego no más que como dialectos respecto de ella. Esto no es exacto; pero es verdad que dichos idiomas tienen un lugar secundario en la literatura, y en manera alguna pueden competir con el hermoso idioma de Castilla. La justa proporción de vocales y consonantes; la limpieza, claridad y precisión de los sonidos y de las terminaciones; la variedad de su acento

prosódico, que produce palabras agudas, llanas, esdrújulas y sobreesdrújulas; la armonía en la frase y en el período, dan á la lengua castellana, sin duda ninguna, la primacía entre todas las de Europa por sus condiciones eufónicas y por su majestad y energía. Más ó menos explícitamente lo reconocen la mayor parte de los escritores extranjeros, confesando algunos, como Sismondi [1], que la lengua castellana es una de las más hermosas del universo; añadiendo en otro lugar que es más sonora, más acentuada, más aspirada, y que tiene cierto carácter más digno, más enérgico y más imponente que la italiana. Ésta la aventaja en suavidad, y el francés en precisión; pero la suavidad italiana resulta casi siempre excesiva, degenerando en afeminada; y el idioma francés, no solamente es pobre, sino falto de armonía, aunque no tan áspero ni rudo en la expresión como el alemán ó el inglés. El idioma castellano ha servido y sirve admirablemente para la poesía, la elocuencia y la historia, y todas las manifestaciones del pensamiento humano, sin que le falten las cualidades necesarias para expresar los conceptos más abstractos de la filosofía. Y sus cualidades distintivas las adquirió muy pronto, siendo desde el siglo XIII casi lo mismo que es hoy, merced á los esfuerzos de D. Alfonso el Sabio, que le sacó de la infancia y de la rudeza primitiva en que todavía parece que viven las otras hablas peninsulares.

10. De lo expuesto se desprende que el estudio de nuestra literatura ha de ofrecer no pocas dificultades. La principal estriba en su extraordinaria abundancia y en los escritores polígrafos. El método didáctico pide que se haga algún descanso en la exposición, dividiendo la historia en períodos, dentro de los cuales se examinen las producciones de todos los géneros. Estos períodos coinciden necesariamente con sucesos políticos, aunque no se fundan en ellos, sino en los progresos ó decadencia de la literatura y en las transformaciones que modifican su fisonomía especial. Asi se pueden distinguir dos grandes seciones: la literatura *hispano-latina* y

[1] *Literaturas del Mediodía.*

la *castellana,* y en la primera estudiarse con separación la manifestación pagana y la cristiana, y dentro de ésta la época romana, la visigoda y la musulmana, porque en todas ellas predominan distintos caracteres, y la lengua y el arte ofrecen notorias diferencias. La literatura, en lengua vulgar, tiene varios períodos bien determinados. El primero, de *orígenes,* que comprende hasta el reinado de Alfonso el Sabio, en el cual la lengua se fija, se cultivan nuevos géneros y se inicia una nueva era en las letras patrias. El segundo período llega, en rigor, al siglo XVI, pero se distinguen variedades ó subperíodos: uno que llega á Enrique II, en que aparece la literatura caballeresca y se inician las influencias italiana y provenzal, cuyo completo desarrollo pertenece al reinado de Don Juan II; y otro desde éste á la Edad Moderna, ó sea á la Casa de Austria. El apogeo del Renacimiento y la perfección que alcanzan todos los géneros literarios, produciendo nuestro gran siglo de oro, caracteriza este período, que se extiende hasta el fin de la dinastía austriaca y principio de la de Borbón, durante la cual la influencia francesa y la decadencia de la poesía y de otros géneros literarios son lo que distinguen á la Literatura española.

El estudio, además, debe hacerse por géneros para no confundir cosas heterogéneas, como, por ejemplo, la poesía y la historia ó la elocuencia; mas esto tiene también el inconveniente de separar noticias de un mismo autor que ha cultivado varios géneros, como frecuentemente sucede en España. El rigorismo sistemático sobre el particular es inaceptable, y debe, por tanto, prescindirse de él cuando lo exija la naturaleza del asunto ó la importancia del escritor.

SECCIÓN PRIMERA

Literatura hispano-latina.

PRIMERA ÉPOCA—DOMINACIÓN ROMANA.

LECCIÓN II

LITERATURA PAGANA.

11. Indicaciones sobre la cultura de los primeros españoles. — 12. Los romanos en España.—13. Noticia de los primeros ingenios españoles. —14. Los Sénecas: Marco Anneo; sus *Controversias* y *Suasorias*.—15. Lucio Anneo: sus tragedias; noticia de sus obras filosóficas.—16. Lucano.—17. Otros escritores: Mela, Columela, Silio Itálico.—18. Marcial.—19. Quintiliano: su magisterio y su tratado *De Institutione oratoria*.—20. Floro.—21. Carácter general de estos escritores y su influencia en la literatura de su tiempo.

11. Á pesar de los esfuerzos de historiadores y arqueólogos [1], sábese muy poco acerca de los primitivos habitantes de nuestra Península. Fueron éstos los iberos y los celtas, después de los cuales vinieron á España los fenicios (siglo XV antes de Jesucristo), los griegos de Rodas, Fócea y Zacinto, y, por último, los cartagineses. Consta que los fenicios utilizaban con gran provecho todo género de industrias, y se atribuye á los griegos el haber introducido el uso de la moneda. Respecto á los iberos y celtas, por el testimonio de escritores antiguos, sobre todo de Estrabón, se sabe también que se hallaban en un cierto grado de cultura, como prueba, entre

[1] Entre otros el P. Fita, D. Aureliano Fernández-Guerra, Berlanga, Hübner y otros, tanto españoles como extranjeros.

otras cosas, la pureza de sus costumbres y su religión, que era monoteista. De carácter independiente, estos pueblos formaban multitud de tribus, esparcidas por toda la Península, y de todas ellas los turdetanos eran los más cultos, al decir del geógrafo citado, y tenían conocimiento de la Gramática, poseyendo además historias, poemas y leyes en verso [1]. De los cántabros, también nos dice Estrabón que adoraban á un *dios innominado,* y que, invocando á este *dios,* celebraban el plenilunio con canciones y danzas durante toda la noche [2], y que, en sus sacrificios, cantaban un himno, que llama *pean* [3].

12. En el siglo III antes de Jesucristo, llegaron á España los romanos como amigos de los españoles, en guerra con los cartagineses, y bien pronto se convirtieron en conquistadores y en tiranos. Catón, Sempronio y Pompeyo se gloriaban de haber destruido poblaciones enteras; y la conducta de los pretores fué, como la de Filón, Lúculo y Galba, un continuado latrocinio que originó incesantes revueltas. En tales circunstancias, la literatura no podía dar, ni dió, en efecto, señal alguna de vida.

Julio César, con mejor sentido político, concedió alguna libertad y derechos á los pueblos, dando, entre otros, á Cádiz las leyes que pidió, y fundando ciudades de mejor condición que las colonias ya establecidas.

En tiempo del Imperio es cuando se realiza la completa conquista y la asimilación de España á Roma. Augusto funda varias ciudades, como Badajoz, Mérida y Zaragoza, que fué un centro de cultura nacional; Claudio concede á los españoles el derecho de ciudad; Vespasiano el *jus latii,* y, por último, Caracalla dicta su constitución declarando ciudadanos romanos á todos los súbditos del Imperio. Entonces, al adve-

[1] «Hi (los turdetanos) omnium hispanorum doctissimi judicantur.... utunturque grammatica.—Utuntur etiam et reliqui hispani, grammatica, non unius omnes generis; quippe ne eodem quidem sermone.... Antiquitatis monumenta habent conscripta.... habent.... pöemata et metris inclusas leges a sex millibus, ut ajunt, annorum» (otros leen *epon*, versos, en vez de *eton*, años).

[2] *Choreas ducendo, totamque noctem festam agendo.*

[3] *In crucem suffisos peanem cecinisse.*

nimiento de éste, empiezan á florecer los ingenios españoles.

13. Poco antes, sin embargo, en la época de Cicerón, Metelo Pío había llevado consigo á Roma poetas españoles, cuyas obras nos son desconocidas; y Anneo Séneca habla también de oradores, cuyas obras tampoco han llegado á nosotros. Los poetas que menciona Cicerón eran de Córdoba, y acaso discípulos de Asclepíades, que enseñó gramática en la Bética.

Entre esos vates y oradores figura Marco Porcio Latron, quien, según Quintiliano, fué un profesor de gran fama y notable orador, que tuvo muchos imitadores, los cuales procuraban asemejarse á él, no sólo en la oratoria, sino hasta en la amarillez del rostro que á Porcio Latron distinguía. Julio Galion, también de Córdoba y orador, sobresalía por la dulzura, y Turrino Clodio reunía análogas condiciones. Menos notables fueron Cornelio Hispano y Víctor Estatorio; pero no así los Balbos, que ya brillaron desde tiempo de César. Otro de estos vates y oradores fué Cayo Julio Higinio, profesor en tiempos de Augusto, que escribió muchas obras, entre las cuales citaremos solamente *De Urbibus*, *De Familiis troyanis* y *De Proprietatibus deorum.* En general, el estilo de todos estos ingenios adolecía de ampulosidad.

Mucho más importantes son los que á continuación estudiaremos.

14. *Marco Anneo Séneca.*—Nació en Córdoba, hacia el año 61 antes, y murió 30 años después de Jesucristo. Fué profesor de retórica en Roma, y gozó de mucha fama y popularidad. Su memoria era prodigiosa, y se dice que podía repetir hasta dos mil nombres pronunciados una sola vez en su presencia. Ya en su edad madura, para enseñanza y educación de sus hijos, compuso dos libros, que son compilaciones de los trozos oratorios de que se acordaba, acompañadas de sendos prefacios. El primero se titula *Controversias (Controversiarum libri X)* y el segundo *Suasorias (Suasoriarum liber)*. Los fragmentos de oradores que inserta son declamaciones de escuela y de no grande importancia, perteneciendo, como lo indican los nombres, las *Controversias* al género judicial,

y las *Suasorias* al deliberativo. Hay en estos fragmentos mucha variedad de estilos y de tonos, según el asunto y el orador que habla; y tienen interés porque sirven para conocer, no ya el estado de la elocuencia, sino también el de las costumbres de la sociedad romana. En las *Controversias* empieza con el texto legal, continuando con el tema y la discusión [1]. La mayor parte de los asuntos son de crímenes feos y torpes, incestos, raptos, violencias, etc., etc. En las *Suasorias* los temas tienen menos interés, y se refieren á sucesos extraordinarios en que se ejercitaban los declamadores, v. gr.: «si Alejandro navegará en tal situación; si Agamenón sacrificará ó no á su hija» etc., etc. Séneca dice poco por su parte, especialmente en las *Controversias;* pero los prefacios de las *Suasorias* están llenos de noticias y datos curiosos. Los libros, en general, tienen un prólogo, bosquejo de la historia de la literatura romana. El estilo de Séneca es rígido y seco; pero se ve que Marco Anneo era hombre de buen gusto, y deploraba el extravío y los vicios de la juventud romana, que, olvidando las letras, se entregaba á cantos, bailes y placeres.

15. *Lucio Anneo Séneca,* hijo del anterior, nació en Córdoba hacia el año segundo, y murió en Roma sesenta y cinco años después de Jesucristo. Fué á Roma siendo niño, y mostró muy pronto grande afición al estudio, y principalmente á la filosofía, siguiendo primero la escuela platónica. Dedicado al foro, obtuvo grandes triunfos. Desterrado á Córcega al principio del imperio de Claudio, durante cinco años, fué llamado luego á Roma por Agripina, que le encargó de la educación de su hijo Nerón. Se le ha acusado de debilidad y aun de complicidad en los terribles sucesos de aquel calamitoso período; pero es la verdad que los cinco primeros años del reinado de Nerón fueron dignos de un príncipe generoso y humano, y que

[1] He aquí, por ejemplo, la controversia 25:

«Flaminius inter coenam reum puniens.
Lex. Majestatis laesae sit actio.

»Thema: Flaminius praetor inter coenam a meretrice rogatus quae aiebat se numquam decollari hominem vidisse, unum ex damnatis occidit. Accusatur majestatis.»

Séneca quiso retirarse cuando vió que su regio discípulo se entregaba á los más espantosos crímenes. Nerón le detuvo en el puerto, y con pretexto de la conjuración de Pisón, le condenó á muerte, que el mismo filósofo se dió abriéndose las venas. Tácito, que habla de él con poca precisión y claridad, declara, sin embargo, que con Burro era uno de los representantes de la causa del bien; y dice que á los conjurados se les atribuyó el pensamiento ó proyecto de darle el Imperio, como el hombre más digno de él por sus virtudes.

Séneca, como escritor, tiene dos aspectos: es poeta y filósofo. Compuso varias tragedias [1] tomadas del teatro griego, que no se escribieron para ser representadas, y son más bien motivo de disertaciones y declamaciones: así es que en ellas desaparece la sencillez helénica y quedan desfigurados los caracteres. La acción está mal conducida también. Mientras Hércules, por ejemplo, está peleando con Lico, Teseo, en vez de manifestar ansiedad como toda la familia de Creonte, entretiene á Anfitrión con una larga pintura del infierno; y otra del templo de Apolo hace Creonte á Edipo, cuando éste se halla en grandísima inquietud por saber lo que dice el oráculo. El estilo, en general, es hinchado y no corresponde debidamente á las situaciones.

La gloria principal de Séneca está en sus escritos de filosofía moral, á la cual reduce toda la filosofía, aunque divide los estudios en lógica, física y moral, y no excluye las cuestiones metafísicas.

En sus doctrinas es principalmente estoico; pero hay en ellas muchos dejos de la escuela pitagórica y otras varias que las hacen contradictorias. En ocasiones parece un epicúreo, en otras platónico y en algunas su moral es tan excelente, que ha llegado á creerse que conoció el cristianismo y hasta que tuvo relaciones con San Pablo. Esto no está probado ni

[1] *Medea, Thebaida, Edipo, Hecuba, Thiestes, Hércules furioso, Agamenón, Hipólito* y *Troades;* la titulada *Octavia*, que se le ha atribuido, no es suya; lo dice el estilo, muy distinto del de las otras, y lo persuade la exactitud con que se predice la muerte de Nerón, por lo cual se comprende que fué escrita con posterioridad al suceso.

parece verosímil (como ha demostrado M. Aubertin), aunque es indudable que la doctrina cristiana era ya bastante conocida en Roma en tiempo de Séneca, puesto que Nerón decretó la primera persecución contra los cristianos. No es, por tanto, de maravillar que, juntamente con la doctrina estoica, apareciese en los escritos del filósofo la influencia de las ideas cristianas. La primera obra en que manifiesta esa tendencia estoica y de moral pura es su libro de *Consolación* á Helvia, su madre, escrito en el destierro, y en el cual procura hacerla ver que los males y el destierro no existen para el verdadero sabio. Sus principales obras filosóficas son, además de la citada, las tituladas *De ira, De providentia, De tranquillitate animi, De Constantia sapientis, De Clementia, De Vita beata* y otras [1], y son también notables sus siete libros *De Beneficiis*, y, sobre todo, sus cartas á Lucilio, *Epistolae ad Lucilium.* Aunque el estilo de Séneca peca de hinchado y en ocasiones de obscuro, no es posible desconocer que hay en él vigor y elocuencia, expresando las verdades del orden moral con grande energía y colorido. Así es que Séneca ha sido en todos los siglos grandemente celebrado y alabado aun por los Padres de la Iglesia, como Tertuliano, San Agustín, San Jerónimo y otros, llamándole algunos *Séneca sepoe noster.* En tiempos modernos nuestro Quevedo le llamaba su filósofo, y le estudiaba y traducía con verdadero amor; porque, á pesar de las contradicciones que hay en sus obras, se pueden sacar de ellas innumerables máximas y sentencias de la más rígida y hermosa moral.

16. *Lucano.*—Marco Anneo Lucano, sobrino de Séneca, nació en Córdoba en el año 36 después de Jesucristo. Poco se sabe de su vida, que terminó trágicamente á los veintisiete años por orden de Nerón, de quien el poeta fué compañero y amigo. Decíase que Lucano había osado competir contra su imperial colega, disputándole un premio en el teatro de Pompeyo; y por la enemiga que desde entonces le profesó ó manifestó el César, el joven poeta conspiró contra él, y fué con-

[1] Las *Cuestiones naturales* es otra de las obras de Séneca, muy leída y comentada en tiempos antiguos.

denado á muerte. Escribió varias obras, que se han perdido, quedándonos únicamente el poema épico intitulado *La Farsalia.* Como su título indica, se refiere á las luchas entre César y Pompeyo, que el poeta llama guerras más que civiles[1]:

El asunto es el inconveniente principal del poema, porque, siendo los sucesos casi contemporáneos, no pudo el poeta embellecerlos ni idealizar á sus personajes; y la circunstancia de ser dos los principales actores que figuran, divide el interés y priva á la obra de verdadero protagonista. Lucano era partidario de Pompeyo, y quiso despertar el amor á las antiguas libertades y á la República; pero como César fué más grande que Pompeyo, aunque el poeta quiere rebajarle, todavía su figura eclipsa á la de su rival.

He aquí, en resumen, el argumento de la obra:

«*La Farsalia* empieza con el paso del Rubicón; Pompeyo sale de Roma y huye de Italia; César en tanto va á Marsella, y tala el bosque sagrado. Ocurre después un gran combate de mar y tierra, viniendo César á España. Los dioses resuelven favorecerle, rindiéndose poco después á César los pompeyanos, cercados y sedientos. Expone luego el poeta las guerras de los tenientes de Pompeyo en África y las guerras de Epiro. Pompeyo envía su mujer Cornelia á Lesbos para que esté segura, y da la batalla de Dirraquio, marchándose luego César á Tesalia, donde va Pompeyo. En este punto contiene el poema una larga descripción de Tesalia y otra de las artes mágicas á que se dedicaban las mujeres de aquel país, con ocasión de la consulta que hizo á una de ellas Sexto Pompeyo. La maga Eritho evoca á un muerto, que predice lo que ha de suceder, y la muerte de César. Previas sendas arengas de César y Pompeyo, se da la batalla, en la que el último es derrotado, pintando el poeta los horrores del combate, juntamente con los cadáveres insepultos. Huye Pompeyo á Lesbos, recoge á su esposa, y va á Egipto, donde le asesinan. Su espíritu sube á los astros, desde donde contempla la miseria humana, y descansa en el pecho de Bruto y mente de Catón. Éste hace el elogio fúnebre de Pompeyo, y va con las tropas al África, en tanto que César se dirige á Troya, volviendo á Egipto; punto en que queda el poema sin terminar.»

---

1 «....*Bella per Emathios plus quam civilia campos*
Jusque datum sceleri canimus populumque potentem
In sua victrici conversum viscera destra....»

Por esta breve exposición se ve que no es absolutamente exacto, como se dice, que la única divinidad que aparece en la *Farsalia*, sea la *Fortuna*. Hay en el poema otra especie de maravilloso, especialmente el de la maga de Thesalia, y una indicación ligera acerca de los dioses, bien que Pompeyo no creía en ellos y dice terminantemente en un pasaje que no los hay, puesto que no castigan á César. Los caracteres de Pompeyo y de César no están bien pintados: el primero aparece ya arrogante, ya tímido, esquivando la batalla y preparando la fuga, y César sediento de sangre y de Imperio. Catón, Bruto, Marcia y los demás personajes tampoco son caracteres artísticamente representados. Por lo demás, en la *Farsalia* brilla una imaginación lozana y exuberante; la riqueza poética es grandísima y hay algunos trozos, como la batalla naval y la despedida de Pompeyo y su esposa, grandemente bellos: y si no afeara el estilo cierta ampulosidad y exageración, podría colocarse el poema al lado de los más perfectos modelos. Hay que tener en cuenta, para disculpar los defectos de Lucano, que escribió su poema siendo muy joven, y que la muerte no le permitió concluirle ni menos corregirle. La crítica ha juzgado al poeta cordobés de muy vario modo, siendo para unos en él todo malo y para otros, todo ó casi todo excelente. Estos juicios extremos no corresponden á la realidad de las cosas. Lucano tiene, sin duda, grandísimos defectos; pero no puede negársele, sin injusticia, como dice Quintiliano, ardor, animación, pensamientos brillantes y verdadera originalidad, según dicen otros; abundando su poema en frases y rasgos felicísimos y en versos sobremanera pintorescos y enérgicos; por lo cual bien pudo decir Lucano que su poema no moriría jamás:

«.....*Farsalia nostra*
Vivet et a nullo tenebris damnabitur aebo.»

17. Otros escritores andaluces ilustraron los primeros siglos del Imperio, siendo los principales *Pomponio Mela, Junio Moderato Columela* y *Silio Itálico*. Se ignora la patria de *Mela*, sabiéndose únicamente que era de Bética y que floreció en el Imperio de Claudio. Fué el primer

latino que compuso un tratado especial de *Geografía*, poniéndole por título: *De situ orbis*. Está en tres libros, describiendo en ellos el mundo conocido de los antiguos, en buen lenguaje y estilo elegante, aunque algunas veces peca también de hinchado. Los eruditos del Renacimiento, en general, lo elogiaron mucho. *Columela* nació en Cádiz y escribió á fines del primer siglo de la Era cristiana. Su tratado *De re rustica* está dividido en 13 libros, 12 de los cuales, escritos en prosa, se refieren á la agricultura en general y al cultivo de las abejas, animales domésticos y aves de corral. El último trata del cultivo de los huertos, y está escrito en verso, con el pensamiento de completar el poema de Virgilio, que, en las *Geórgicas*, no había tratado de este asunto. El estilo de Columela es limpio y correcto, y su versificación buena, aunque muy inferior á la de Virgilio; y la comparación con éste es lo que más perjudica al versificador gaditano. *Silio Itálico*, de quien hay muy escasas noticias, tomó el sobrenombre de su patria, Itálica, próxima á Sevilla. Murió á fines del siglo I. Tuvo gran éxito en la elocuencia, y llegó al consulado, gozando también del favor del emperador Vitelio, y gobernando el Asia en calidad de procónsul. Queda de él un poema intitulado *De Bello punico*, que es una narración de la segunda guerra púnica, desde la toma de Sagunto hasta el triunfo de Scipion el Africano. Está dividido en 17 libros, y sigue con demasiada fidelidad á Tito Livio y á Polibio; por lo cual se ha dicho, no sin justicia, que la obra de Silio Itálico, más que poema, es una crónica en verso. No carece el poeta de talento y erudición; pero falta á su poesía, además de la originalidad, el calor y la inspiración verdadera. Tiene buenas descripciones de los Alpes, del Etna, de los desiertos de África, que puebla de gigantescos monstruos; usa del maravilloso mitológico, haciendo que los dioses tomen parte en los combates; pinta luchas gigantescas como la del Dragón de Bragada, mencionada por otros clásicos, y que sirvió de modelo á las sierpes de los libros de caballería, y hay pormenores interesantes en su poema, como los que se refieren á los distintos pueblos y tribus que acompañaron á Aníbal en su escursión á Italia.

18. Al lado de los escritores de la Bética, brillaron en Roma dos ingenios aragoneses: *Marcial* y *Quintiliano*.

Marco Valerio Marcial nació el año 48 de Jesucristo en *Bílbilis* (Calatayud), y murió hacia el año 104. Residió en Roma durante treinta y cinco años, volviendo á su pueblo natal al fin de su vida. Aunque tuvo el título de *Tribuno* y el honor de caballero, y recibió mercedes de los emperadores

Tito y Domiciano, casi siempre vivió en estrechez y pobreza, viéndose obligado á mendigar el sustento por medio de versos que dirigía á los Príncipes y personas que podían favorecerle. Sus escritos poéticos forman una colección, bajo el título general de *Epigramas*, de los cuales hay más de quinientos, divididos en catorce libros y uno especial que contiene treinta y tres, y que se titula *De Spectaculis*, porque se refieren á las fiestas que dieron Tito y Domiciano. Los epigramas de Marcial tienen ya el carácter que distingue á esta clase de composiciones en las literaturas modernas, siendo una breve censura de los vicios ó ridiculeces de los hombres, que termina con un pensamiento agudo ó ingenioso. No todos los de Marcial, sin embargo, tienen esta intención satírica; hay muchos, especialmente los del libro *De Spectaculis*, que carecen de ella; y lo propio sucede con los contenidos en los dos últimos libros, compuestos cada uno de un *dístico*, y que se refieren á los regalos que hacían en Roma durante las Saturnales y en otras fiestas. Se censura con razón á Marcial de poco limpio y aun obsceno, pues pinta con la mayor naturalidad toda clase de infamias y de vicios. Comprendiéndolo él, acude á disculparse, diciendo: *lasciva est nobis pagina, vita proba est;* pero la explicación, mejor que no disculpa, puede decirse que es la corrupción de aquella sociedad, y la falta de ideas morales y religiosas en el poeta. De Marcial es el consejo, recomendado universalmente, de que el poeta satírico debe fustigar los vicios sin ofender á las personas: *parcere personis, dicere de vitiis;* así lo hace, en general, censurando ó hablando de los más pequeños como de los mayores defectos humanos. Muchos de sus epigramas se han hecho populares en la literatura; y los tiene, en efecto, excelentes contra los jóvenes que competían en afeites con las damas; contra todas las malas artes del tocador, contra las mujeres, los malos poetas, etc., etc. Alguna vez parece que palpitan en su corazón más altos sentimientos, doliéndose por la ruina de Roma. En general, hay en sus versos escaso colorido, y el poeta manifiesta extrema debilidad y pobreza de carácter. En cuanto al estilo, Marcial, sin ser un gran poeta, escribe con sencillez,

claridad y concisión, cualidades siempre dignas de loa, y verdaderamente raras en aquella época de decadencia.

19. *Marco Fabio Quintiliano* era natural de *Calagurris* (Calahorra), donde nació hacia el año 40 de Jesucristo; murió hacia el año 120. Estudió en Roma y volvió á España, regresando á la capital del Imperio, donde logró extraordinario éxito como orador y abogado. Desempeñó una de las cátedras públicas fundadas por Vespasiano, y su fama como profesor eclipsó á la de sus contemporáneos. Nos queda de él un libro intitulado *De Institutione oratoria,* con el cual aspira á levantar la elocuencia romana de la postración en que yacía, restableciendo los estudios y el gusto clásicos. Pretende hacer un libro de educación completa del orador, para lo cual le toma desde la infancia, empezando por enseñarle la gramática, continuando por la invención y disposición oratorias; y, después de estudiar detenidamente las figuras del discurso y de la locución, da consejos acerca del carácter y costumbres que el orador ha de tener, de la precisión y el estilo que conviene en cada circunstancia, y los estudios que debe seguir.

En esta parte, que forma el libro x del tratado, Quintiliano hace una especie de historia de la literatura griega y latina, expresando juicios más ó menos extensos, pero, en general, acertados, acerca de todos los autores, algunos de los cuales no son conocidos sino por las breves frases que Quintiliano les dedica. El libro, en general, sin tener la limpidez ciceroniana, está escrito en un latín sencillo y elegante, abundando en bellos trozos y períodos elocuentes. Su fama fué extraordinaria en los siglos pasados; pero en el día, aunque siempre útil y estimable, ha decaído la importancia de Quintiliano, como la de todos los retóricos, los cuales pretenden formar á los oradores mediante recetas y fórmulas, que jamás sirven para lograr la verdadera elocuencia.

20. Otros varios ingenios españoles cultivaron las letras latinas, mereciendo especial mención el historiador *Floro*, de cuya vida nada se sabe, por lo cual muchos discuten que fuese español. Es autor de un muy apreciable compendio de historia, titulado *Epitome de gestis ro-*

manorum, en el cual extracta con método y arte las noticias de los grandes historiadores.

21. Los escritores españoles fueron, sin género de duda, especialmente los cordobeses, de los mejores de su época; tanto es así, que únicamente en los italianos encontraron rivales, pues los de otros pueblos no pudieron competir con ellos. Se ha acusado á los escritores hispano-latinos de haber corrompido la literatura latina; pero era menester probar que los otros autores del Imperio valían más que ellos. Desde Ovidio la poesía romana decae, y *Valerio Flaco, Estacio* y otros poetas no son mejores que *Silio Itálico*, ni tan buenos como *Lucano;* y si es verdad que éste y Séneca contribuyeron con la ampulosidad de su estilo á precipitar la decadencia, también lo es que el magisterio y los esfuerzos de Quintiliano contribuyeron no poco á detenerla; y, de todas suertes, la última época de la literatura clásica latina la forman casi exclusivamente los escritores españoles.

LECCIÓN III

LITERATURA CRISTIANA.

22. El Cristianismo: nuevas ideas, sentimientos y costumbres que produce el Evangelio.—23. Su influencia en el lenguaje.—24. El cristianismo en España.—25. La poesía.—Iuvenco: su *Historia Evangélica*.—26. Prudencio: breve examen y juicio de sus obras.—27. Paulo Orosio: objeto, importancia y carácter de sus historias.—28. Otros escritores.—29. Cronicón de Idacio.

22. La gran transformación que causa en el mundo el cristianismo, alcanzó, como no podía menos de suceder, á la literatura. La sociedad pagana había llegado al mayor extremo de envilecimiento y corrupción; la humana dignidad era completamente desconocida; el despotismo imperial pesaba sobre pueblos y naciones, y la inmensa mayoría de los hombres era un rebaño de esclavos, juguete del capricho de los poderosos.

La misma religión pagana, siempre falta de grandeza y de verdadera moral, había caído en completo descrédito, viviendo los hombres sin freno y sin ley, entregados á toda suerte de vicios y desórdenes. Espanta leer los historiadores de aquella edad, en la cual parece que se había perdido del todo la noción de bien y de virtud, impresa por Dios en el corazón del hombre. La filosofía era impotente en absoluto para curar tan hondos males, y las almas privilegiadas se refugiaban en la literatura ó en un estéril estoicismo, dejándose la mayor parte arrastrar por la corriente asoladora de la corrupción y de la licencia. Los espectáculos públicos eran, ó sangrientos y bárbaros, ó lascivos hasta lo increíble, sin que una voz enérgica se levantara á detener tamaños excesos.

En tal situación, y consumada la redención humana, los Apóstoles fueron enviados por el Salvador á predicar el Evangelio á todas las gentes. El Cristianismo, que proclamaba un solo Dios omnipotente, eterno y espiritual; que hace á todos los hombres hermanos y herederos del reino de la bienaventuranza; que condena hasta el deseo del mal y el menor pensamiento impuro, fué rápidamente propagado en las regiones del Imperio por los apóstoles y sus discípulos y sucesores, conmoviendo hasta los cimientos de aquella sociedad. Los tiranos pretendieron ahogar en sangre la nueva doctrina; los poderosos, los corrompidos, los desconocedores de la dignidad humana, sintieron vacilar su poderío y juraron el exterminio del nombre cristiano; pero la sangre de los mártires, según la hermosa frase del Apologista, fué germen de cristianos, y la palabra de Cristo derrocó el trono de los Césares. Tres siglos de lucha, en que millones de mártires dieron su vida por la fe cristiana y en que escribieron los apologistas, aseguraron nuevas victorias y extendieron la ley evangélica por todo el mundo, llegando un día en que la Cruz, símbolo de ignominia y objeto de odio y persecución, fué colocada en la diadema imperial. Desde Constantino, que permitió el culto católico, la Iglesia se extendió prodigiosamente, saliendo de la lobreguez de las catacumbas y dominando como señora en muchas comarcas.

23. La moral cristiana, el culto católico, las nuevas costumbres que la religión estableció en los pueblos; la necesidad de que los pobres, los humildes, los esclavos, participasen de los Sacramentos y de todas las gracias de la ley divina, produjeron, como necesaria consecuencia, una renovación en la literatura y una verdadera transformación en la lengua. No se trataba solamente de los nuevos objetos prácticos ó ceremonias del culto, sino de un cambio radical en la vida, que forzosamente había de influir en todas las manifestaciones del pensamiento y en el modo de ser de la sociedad, de la cual es siempre reflejo la literatura. Juntábase á esto la ya antigua decadencia de las letras clásicas, iniciada en los primeros días del Imperio, y el resultado fué una era nueva para las letras, que ganaban en profundidad de sentimientos y grandeza de ideas, pero perdían en pulcritud de formas y elegancia de estilo.

24. España fué la región en que más pronto y más rápidamente se propagó la nueva doctrina, hasta el punto de que Tertuliano pudo decir en el siglo II, hablando de los progresos del Cristianismo, que suyos eran los términos de España: *Hispaniarum omnes terminos.* No es de este lugar hablar de la predicación de Santiago, San Pablo y los demás varones apostólicos, ni de los mártires ilustres que en Zaragoza, Barcelona, Mérida y otros muchos pueblos de todas las comarcas de España sellaron con su sangre la verdad de la nueva religión; pero sí diremos que, si no tuvo España hombres de la importancia de los *Tertulianos*, *Lactancios* y *Agustinos* en los solemnes momentos en que el Cristianismo conquistaba el derecho á la vida pública, algunos españoles fueron los principales representantes de aquella gran renovación.

Á un prelado español, *Osio,* obispo de Córdoba, le cupo la gloria de presidir, en nombre del Romano Pontífice, el primer Concilio ecuménico de Nicea y redactar la fórmula de la fe católica. Además de otras obras, algunas de las cuales se han perdido, Osio escribió también una interesantísima carta al emperador Constancio, marcando por primera vez, con tanta

claridad como energía, los límites de la autoridad temporal y su distinción de la espiritual [1].

25. En el momento en que aparece la poesía cristiana, surge también un poeta español, el primero de todos los poetas cristianos, y es *Cayo Vetio Aquilino Iuvenco:* vivió en tiempo de Constantino, y era de noble estirpe. Escribió un poema intitulado *Historia evangélica,* en la cual, como él lo declara, canta los hechos de Cristo, «que valen más que los que habían dado fama á los antiguos poetas», y acude al Jordán á beber la inspiración poética. Iuvenco se aparta de los clásicos en el fondo y en la forma; emplea el exámetro, pero no acude jamás á las musas ni á la imitación de Virgilio y Horacio. Su poema tiene el mérito especial de haber iniciado la nueva era de la poesía: por lo demás, no hay en él grande invención, ni podía haberla, dado el asunto, ni tampoco grandes primores de locución ni de forma. La *Historia evangélica* es, en rigor, una paráfrasis en verso de los Evangelios, especialmente de San Mateo, y el estilo tiene la sencillez y sobriedad del relato sagrado, permitiéndose únicamente el poeta algunas descripciones ó amplificaciones cuando el asunto lo consiente, como, por ejemplo, la pintura que hace de la tempestad y la exposición de las bienaventuranzas.

26. Algún tiempo después aparece un poeta de más alto vuelo, que ha merecido con justicia el dictado de *Príncipe de los poetas cristianos: Prudencio* (Marco Aurelio Prudencio Clemente). Nació en Calahorra ó Zaragoza el año 350, y con él queda completa la creación del arte cristiano. Dos objetos se propuso Prudencio: apartar á los hombres de las vanidades del gentilismo, defendiendo el dogma católico, y celebrar las glorias de la nueva Religión. Entre sus muchas obras merecen singular alabanza los libros titulados *Cathemerinon* y *Peristhephanon.* El *Cathemerinon,* ó libro de los himnos, comprende varias composiciones filosófico-religiosas relativas á la vida cristiana. Los asuntos son: *al despertar, al*

[1] Poco después se celebró el Concilio general de Elvira (ó Iliberis), cuyos cánones se conservan, y San Gregorio Bético compuso un tratado: *De fide.*

amanecer, antes de comer, al encender la luz, en las exequias de un difunto, etc., etc. Expone bellamente la vida de un cristiano; su fe, su amor, su piedad, su confianza en Cristo, al cual se refiere todo, y hay en ellos trozos líricos muy hermosos y algunas descripciones bellísimas, como la del paso del mar Rojo y la de la vida frugal que los cristianos hacían.

Las poesías del *Peristhephanon* (ó libro de las coronas), son aún mejores. En ellas celebra los triunfos de los mártires, fijándose aquellos más ilustres por los horribles tormentos que sufrieron, y dedicando cariñoso recuerdo á los de nuestra patria. Contiene himnos á los Santos Emeterio y Celedonio, á San Lorenzo, Santa Eulalia, San Vicente y Fructuoso y á los mártires de Zaragoza. En general, son más épicos que líricos; el metro varía mucho, algunos están en dísticos, la mayoría en estrofas de cuatro ó cinco versos; y, por la extensión y por el carácter, los que se refieren á San Lorenzo y San Romano Antioqueno son verdaderos poemas narrativos, predominando, sin embargo, en ellos el sentimiento lírico. Prudencio escribió verdaderamente interesado por la gloria que los mártires alcanzaron, y nada iguala la energía de su estilo y lo pintoresco y expresivo de su frase varonil y fogosa. No sigue, antes bien atropella en ocasiones, las leyes de la métrica y de la versificación clásica; va derecho al asunto, procurando presentar con patético y verdadero colorido los más atroces suplicios y la constancia de los confesores de Cristo, y esta grandeza real y positiva no la sacrifica jamás á la elegancia de la forma y á la corrección del estilo. Para un clasicista escrupuloso, podrá ser Prudencio un poeta censurable y semibárbaro; para quien mira la poesía *de las cosas* y no precisamente de las palabras, para el que lea con alma y corazón las poesías de Prudencio y las de los mejores poetas clásicos, y atienda, por consiguiente, sólo al pensamiento, al calor, á la fuerza de la expresión, Prudencio es, sin duda, superior á los grandes maestros de la antigüedad; y, por de contado, como dice Villemain, no hay en Europa poeta que pueda compararsele en todo el tiempo que media desde Horacio hasta el Dante.

Además de las poesías mencionadas, compuso Prudencio varios poemas didácticos: uno titulado *Apotheosis*, contra los sabelianos y otros herejes, que, negando la Trinidad, sostenían distintos errores. Otro, que llama *In Hamartigeniam* [1] (origen del pecado), poema contra Marción, que predicaba la existencia de dos dioses, bueno y malo. En algunas páginas, Prudencio, con gran elocuencia, narra el pecado de Adán y Eva y los castigos del pueblo escogido. Expone la unidad de la naturaleza; pero advierte que la Trinidad se vislumbra en muchas cosas, y muestra que por el demonio, creado y finito, nace el pecado, y de éste todos los males. Hablando de los signos de la Trinidad, dice ya Prudencio lo que parece un descubrimiento de las ciencias modernas, esto es, que luz, calor y movimiento son la misma cosa:

«*Sunt tria nempe simul, lux et calor et vegetamen*».

Otro poema de Prudencio se llama *Psicomaquia*, ó combate del alma, en el cual pinta la lucha de las pasiones y el deber en el corazón del hombre, pensamiento desconocido de los gentiles. Contra Símaco, el último elocuente defensor del paganismo, escribió otros dos libros en verso, que son una cumplida refutación de la idolatría. Por último: obra de Prudencio es un *Enchiridion*, ó Manual, muy poco citado, aunque merece serlo, y en el cual expone en breves consideraciones los principales pasajes del Antiguo y del Nuevo Testamento.

27. Cuando Prudencio escribió, ya los bárbaros habían invadido el Imperio romano, y poco después penetraban en la Península española, llenándola de estrago y de ruinas. Los gentiles acusaban á la Religión cristiana de causante de tales desastres; y un sacerdote español, *P. Orosio* [2], salió á la defensa de la fe, probando que en todos los tiempos había habido calamidades en el mundo por los pecados de los hombres y la idolatría. *P. Orosio* fué amigo de San Agustín, que el año 415 le envió con una carta á visitar á San Jerónimo en Tierra Santa: por consejo del gran obispo de Hipona escribió sus *Historias (Historiarum libri septem)*, que son una especie de filosofía de la Historia. Trata de los hechos de más bulto ocurridos desde los primeros tiempos hasta la propagación

1 Heinsio cree que este poema es parte del titulado *Apotheosis*.

2 Discuten los críticos acerca de si Orosio se llamaba Paulo, ó si la *P* que antecede á su nombre debe leerse Presbiter, ú otra cosa.

del Cristianismo. Muy celebrado en aquella época, se ha censurado á Orosio de hiperbólico y duro; lo cual se explica, porque su objeto fué agrupar en muy pocas líneas hechos grandes y terribles, dado que él no escribe historia universal, sino las principales catástrofes del mundo.

28. Bajo el poder de Gunderico, rey de los vándalos, que le tenía encarcelado, empezó otro sacerdote español, *Draconcio,* un poema intitulado *Hexameron,* ó *De Deo,* en tres libros. El primero es propiamente el Hexameron, ú obra de los seis días; los otros dos tratan de la Redención y de distintos asuntos del Antiguo y Nuevo Testamento. El latín de Draconcio es seco y áspero; pero no faltaban al poeta condiciones de narrador y versificador, y la pintura del Paraíso, la profecía de Ezequiel sobre el campo de huesos, y algunos trozos que hablan de la grandeza de Dios bastan para probarlo [1].

San Orencio, obispo de Ilíberis, es otro de los poetas de aquella calamitosa edad. Su *Commonitorium* ó *Admonitio previa,* es un libro de educación moral y religiosa de los cristianos. En la primera parte trata de las obligaciones para con Dios, de los premios y castigos eternos, y de los pecados de envidia, ira, avaricia y sus efectos; en el segundo de la glotonería, la gula y la embriaguez; termina con un himno á la Trinidad y otros asuntos religiosos. Los versos de *Orencio* muestran el lastimoso estado de las letras, pues ya apenas guardan las leyes rítmicas ni las exigencias gramaticales.

29. Pero el escritor en que más se manifiesta el tristísimo estado de España en aquel período, es *Idacio,* que nació á fines del siglo IV en Limia (hoy Ponte Limia), y fué obispo de Aquae Flaviae (hoy Chaves). Escribió una *Crónica* que comienza en el primer año del reinado de Teodosio, y acaba en el tercero de Valentiniano. Refiere los desastres que causaban las irrupciones de los bárbaros, mencionando las calamidades que la Iglesia sufría, y lo hace en términos duros, secos,

[1] El *Exameron* fué corregido por San Eugenio, y con el mismo título hay varias homilías de San Basilio sobre la creación, algunos complementos de San Gregorio de Niza, su hermano, y otros tratados de San Ambrosio.

que apenas parecen de la lenga latina. Su concisión es extremada, y tiene algo de lúgubre, muy en consonancia con el estado de aquella afligida sociedad; pero su valor histórico es grande, por ser la única fuente de conocimiento que tenemos de aquel calamitoso período.

LECCIÓN IV

DOMINACIÓN VISIGODA.

30. Libros de San Martín de Braga.—31. Los godos: Cronicón de San Juan de Biclara. — 32. Concilio III de Toledo: San Leandro.— 33. San Isidoro: sus extraordinarios talentos: sus obras.—34. Discípulos y continuadores.—35. San Eugenio: sus poesías.—36. San Ildefonso.—37. San Julián.—38. Otros cultivadores de las letras.—39. El himnario religioso: corrupción del latín.—40. El *Fuero Juzgo:* caída del Imperio visigodo.

30. Tres pueblos bárbaros invadieron á España en el siglo v: los suevos, los alanos y los vándalos; los dos últimos no permanecieron en nuestra Península, pasando por ella como una inundación, matando, saqueando y destruyendo, según sus feroces costumbres; pero los suevos hicieron algún asiento y formaron un pequeño Estado, en la región que es hoy Galicia y parte de Portugal, del cual nos quedan escasas noticias. Entre los suevos vivió un varón apostólico, *San Martín* de Braga ó *Dumiense,* que no era suevo ni español: procedía de la Pannonia y había trabajado y dedicado su vida á la conversión de aquellos bárbaros. Quedan de él algunos escritos, siendo el más curioso el intitulado *De Correctione rusticorum,* encaminado á ilustrar los rudos entendimientos del pueblo. Al hacerlo, describe ó refiere las supersticiones que había en aquella comarca, y da noticias interesantes para conocer su triste estado social [1].

[1] San Martín de Braga escribió, además, un tratado que tituló *De formula honestae vitae*, ó *De quator virtutum cardinalium*, y algunas poesías. También hizo traducciones de Séneca.

31. Otro pueblo bárbaro, pero que ya había tenido algunas relaciones con los romanos y había recibido las doctrinas cristianas, aunque heréticas, en el Oriente, invadió luego á España, dominando á los demás y estableciendo una monarquía que dura hasta el siglo VIII. Los *godos,* que es el pueblo á que nos referimos, no pueden considerarse tan bárbaros como los otros tres invasores, ni entraron en España como elemento destructor; pero tampoco eran un pueblo culto, ni venían como amigos y aliados de los españoles, sino como señores á quienes cedió el dominio de la Península la debilidad de los emperadores romanos. Los españoles, que tanta resistencia habían hecho al dominio de Roma, no pudieron oponerse al de los visigodos, por hallarse sometidos siglos hacía al despotismo imperial y encontrarse sin jefes, sin armas, sin medios de ninguna especie para oponer resistencia. Con el dominio de los godos, los españoles cambiaban de dueño, pero su situación venía á ser la misma. Los godos privaron á los españoles de sus bienes, erigiéndose en casta conquistadora y aristocrática; prohibieron los matrimonios entre individuos de las distintas razas, la goda y la española, y en ocasiones persiguieron la religión católica, poseídos como estaban del espíritu sectario del arrianismo. Los únicos centros de cultura que entonces había eran los monasterios: en España se fundaron muchos, algunos de ellos pronto célebres y pertenecientes á la Orden de San Benito [1]; y los únicos escritores de todos aquellos siglos, los monjes y los obispos católicos [2].

Uno de ellos, *San Juan de Biclara,* es el historiador de aquellos sucesos. La *Crónica* que de él se conserva comprende desde el año 567 á 589, y termina precisamente con el famoso Concilio III de Toledo.

[1] Entre otros monasterios españoles deben citarse el *Dumiense*, *Maximo*, *Asaniense*, *Servitano*, *Agaliense*, etc., etc.

[2] En la Tarranconense escribían *Justo*, *Nebridio*, *Justiniano* y *Elpidio*; en la Cartaginense *Liciniano*; en la Bética *Severo*; en la Lusitania *Apringio*. Entre otras obras que se han perdido, se conservan unas Epístolas de Liciniano y comentarios á varios libros de la Sagrada Escritura de Justo, Apringio y otros.

32. Este Concilio es memorable en la historia de España por haber abjurado en él los errores del arrianismo el rey Recaredo con su esposa Bada y los principales magnates de la corte. Á los esfuerzos y predicaciones de *San Leandro*, metropolitano de Sevilla, se debió principalmente este fausto suceso. San Leandro, que presidió el Concilio, predicó en él una sencilla pero elocuente homilía, dando gracias á Dios por la conversión de los godos, y escribió una carta sobre el mismo asunto al Papa San Gregorio. Además de estas obras quedan otros libros de San Leandro, cuyo nombre será siempre glorioso en la historia de España [1].

El Concilio III de Toledo, aunque no fundiese en un mismo pueblo á vencedores y vencidos, por lo menos quitaba una de las grandes causas de división, haciendo á todos hermanos en la misma fe: desde él, además, la influencia del Episcopado y del clero, único depositario de las ciencias y la cultura, fué cada vez mayor; y merced á ella, las leyes y los escritos de la época visigoda son muy superiores á los que en aquel tiempo se producían en todos los demás pueblos sometidos á los bárbaros. Las letras fueron desde entonces más cultivadas, y en el Concilio IV de Toledo se establecieron las *Escuelas* episcopales ó catedralicias.

33. El hombre extraordinario que personifica todo el saber de la época visigoda es *San Isidoro*, hermano de San Leandro, y educado por éste en las letras sagradas y profanas. Le sucedió en la Sede de Sevilla, y presidió el Concilio IV de Toledo, que dió notable impulso á los estudios. *San Isidoro* es un escritor polígrafo de grandes talentos y de pasmosa erudición; escribe poesías, historia y libros de teología, de filosofía y de todas las ciencias que eran entonces conocidas. La obra que resume su saber, y es su principal título de gloria, es la intitulada *Etimologías*. Quiso con ella hacer un libro para la completa instrucción de los jóvenes

[1] Entre otras obras de San Leandro, pueden citarse la titulada *De Institutione virginum et contemptu mundi*; libro dedicado á su hermana Santa Florentina. Según San Isidoro, hizo libros contra los arrianos, y oraciones, himnos y comentarios á la Biblia.

que se dedicaban al sacerdocio, y que, según el Concilio IV de Toledo, habían de vivir en clausura á la manera que en los modernos seminarios. Las *Etimologías* (llamadas también *Orígenes)* empiezan exponiendo las ciencias y artes, estudiando el *trivio* y el *cuatrivio*, división análoga á la que hoy llamamos Letras y Ciencias. El *trivio* comprendía la gramática (en que se incluye la poética y la historia), la *retórica* y la *dialéctica*; y el *cuatrivio*, la *aritmética*, *geometría*, *música* y *astronomía* [1]. Después estudia la medicina, la legislación, la cronología y la bibliografía; sigue la exposición de la doctrina católica con nociones de historia natural, cosmografía y agricultura; y los últimos libros hablan de indumentaria y costumbres, dando noticia de las armas, de toda suerte de instrumentos, artes estéticas, naves, trajes, muebles, etc., etc. La obra de San Isidoro es una verdadera enciclopedia, según los conocimientos posibles en aquel tiempo. San Isidoro no es propiamente un genio creador y original, pero es un talento organizador y compilador de primer orden. Su ciencia es derivada de Aristóteles, Platón y los latinos; y á Roma se refiere muchas veces al hablar de los trajes, de las construcciones y de otros asuntos. Su mérito excepcional consiste en haber salvado y ordenado todos los conocimientos que naufragaban en aquel diluvio de irrupciones de bárbaros. La obra de las *Etimologías* fué ordenada y dividida por San Braulio, á quien se la encomendó San Isidoro, en veinte libros, y sirvió de texto en todas las escuelas hasta el siglo XIII, en que los estudios tomaron mayores vuelos, por diferentes causas de que se hablará en su lugar.

Como historiador, San Isidoro escribió los libros titulados *De Viris illustribus*, *De Regibus gothorum* y un *Cronicón*. El lenguaje y estilo de San Isidoro, aunque forzosamente se resienta del triste estado de la literatura, tiene gravedad y en ocasiones elevación.

El libro titulado *De Viris illustribus* es una colección de breves bio-

---

[1] No siempre se comprendieron los mismos conocimientos en el *trivio* y en el *cuatrivio*.

grafías de los grandes hombres de aquel período, como San Sixto, San Paulino, San Juan Crisóstomo, Avito, etc. El segundo es una breve historia de los godos, á la cual añadió la de los vándalos y suevos, por lo cual puede decirse que forma una completa historia de España en aquella edad. El *Cronicón* comprende desde el principio del mundo hasta el año décimo del imperio de Heraclio.

Muchas obras de carácter religioso compuso también San Isidoro [1], y algunas de gramática, filosofía moral, y también se ensayó en la poesía, escribiendo un poema sobre la creación, titulado *De Fabrica mundi*, y otro que llamó *Bibliotheca*, que lo forman elogios á los hombres célebres. Suyo es un curioso poema alegórico que lleva el extraño título *De Synonimis:* en él pinta al Hombre desconsolado y juzgándose sólo, y la Razón que se presenta y le anima. Ante ella conoce el Hombre sus pecados, consolándole la Razón y mostrándole el Cielo. En este diálogo alegórico no vemos, como algunos respetables autores, carácter verdaderamente dramático.

34. Todos los insignes varones que ilustran la época visigoda pueden considerarse, en algún sentido, como discípulos de San Isidoro; pero reciben singularmente este nombre y el de continnadores suyos *Redempto* y *San Braulio: Redempto*, clérigo de Sevilla, escribió la *Vida de San Isidoro*, y *San Braulio* fué autor de varias obras que merecen alabanza, tales como la *Vida de los Padres (Vita patrum)*; las de *San Millán*, *San Vicente*, *Sabina* y *Cristeta;* cartas á varios personajes y un poema titulado *De vana saeculi sapientia*, celebrando á los eremitas. También es autor de varios himnos religiosos, y, como queda dicho, arregló las *Etimologías* de su maestro.

Sucesor de San Braulio fué *Tajón*, el cual hizo un viaje á Roma por encargo de Chindasvinto, con objeto de buscar los dos últimos libros de *Los morales de Job*, obra del Papa San Gregorio, y de ella sacó un notable libro de *Sentencias*. También escribió *Tajón* varias cartas, entre ellas una al Papa Honorio, sometiéndole las actas de un Concilio.

35. Sobrepujando á los demás prelados de España, excepto al gran San Isidoro, brilla una serie de obispos de Toledo que son ornamento de aquella silla primada y de toda la Iglesia española. Es el primero *San Eugenio*, discípulo de San Braulio de Zaragoza. En su tiempo, los estudios alcanzaron gran importancia, y se extendieron á los visigodos, que

[1] Comentarios á la Biblia, un libro *De officiis ecclesiasticis*, y otros tratados de religión y moral.

antes desdeñaban las letras. Abolida por Recesvinto la *ley de raza*, que impedía el matrimonio entre individuos de una y otra, los príncipes y magnates, convertidos ya al catolicismo, tuvieron más relaciones con los hispano-latinos, y la influencia episcopal fué cada día mayor en la corte. San Eugenio, al ocupar la silla toledana, corrigió los himnos y cánones, reformó los oficios eclesiásticos, y restauró el poema de Draconcio que hemos mencionado. Escribió además varios libros religiosos, como el *De Sancta Trinitate* y otros que se han perdido; pero sobresale principalmente como poeta. Sus poesías son líricas y didácticas. Entre las primeras se cuentan himnos á los mártires, como á Santa Engracia, San Vicente y otros, y las composiciones que dedica á cantar sus propias penas. En las didácticas procura difundir los conocimientos en las ciencias y dar consejos morales y religiosos.

Concretando el asunto de que tratan las poesías de San Eugenio, mencionaremos de la primera parte, las tituladas *Contra ebrietatem*, *Contra crapulam*, *De Basilica sancti Vincentii*, *De Adventu senectutis*, *De Brevitate vitae*, etc. La segunda parte contiene poesías á multitud de aves, como el alcón, el ruiseñor, la golondrina, la tórtola, etc., y á los sentidos, al hielo, al diamante, y otras al amor, á la justicia, á la prudencia, etc. Muchas son brevísimas, constando de un solo verso ó dístico, v. gr.: *A la tórtola:*

> «*Utile conjugibus exemplum praebeo turtur;*
> *Non repeto thalamum, nec conjux casta maritum.*»

La poesía al ruiseñor es más larga, y está escrita con mucho sentimiento, refiriendo á Cristo dador de todo bien, el bien y el gozo que nos producen las aves. También se le atribuyen á San Eugenio los epitafios de Chindasvinto y Reciverda su esposa.

36. Sucesor de San Eugenio en la misma iglesia fué el insigne *San Ildefonso*, que había sido abad del monasterio *Agaliense*. Nos quedan de él varias obras, siendo la más famosa la intitulada *De perpetua virginitate Mariae*, libro escrito, como su título indica, para defender las prerrogati-

vas de la Virgen contra los herejes. San Ildefonso se muestra verdaderamente celoso de la gloria de María, y escribe con entusiasmo y pasión, y á veces con grande sentimiento y dulzura. La penuria de los tiempos impedía que el latín fuese elegante y sencillo.

Los otros libros de San Ildefonso son los titulados *De Cognitione baptismi* y *De Itinere deserti ;* el primero es una exposición de la doctrina católica ; el segundo es un curioso libro de índole religiosa, que empieza hablando de la redención y sus efectos, exponiendo luego en forma alegórica multitud de verdades cristianas. Explica en el último el simbolismo de la creación ; lo que significan las flores, la vid, el cedro, el olmo, etc., las piedras preciosas, las aves; refiriéndose al tránsito de los israelitas por el desierto, alegoría de nuestra vida, que debe ser guiada por Cristo, haciendo desierto la vida y dejando los placeres y vanidades. Así, la flor es Cristo; la vid, la verdad evangélica; el mirto, la templanza....; la paloma, la inocencia; el águila, la protección divina, etc. San Ildefonso continúa también la obra de San Isidoro, *De Viris illustribus*, añadiendo 14 biografías, y se le atribuyen otras obras dudosas y algunas seguramente apócrifas.

37. Prelado de Toledo también fué el insigne San Julián, autor de varios libros religiosos y apologéticos, y conocido en la historia de la literatura por su *Historia de la rebelión de Paulo.* En esta obra el docto Prelado aspira ya á escribir una verdadera historia, con caracteres literarios, dejando el estilo seco y cortado de los cronicones, y narrando con soltura y brillantez aquella famosa rebelión, y especialmente la expedición y victoria del rey Wamba contra el rebelde, y los hechos de guerra más notables. Al modo de los clásicos, adorna su narración con elocuentes arengas, y procura retratar bien los personajes. Termina el libro con una peroración contra la Galia.

38. Otros autores escribieron en la época visigoda; el principal, después de los citados, y que en algún sentido compite con ellos y los aventaja, es *Paulo Emeritense:* compuso una obra histórica sobre la *Vida de los varones apostólicos* que habían existido en Mérida [1], y se

[1] *De Vita et miraculis patrum emeritensium.*

distingue por la claridad y brillantez en algunas de sus narraciones, muy especialmente en la historia del célebre Prelado *Mausona*, perseguido por los arrianos en tiempo de Leovigildo. *San Valerio*, anacoreta y abad del monasterio de San Pedro de Montes, escribió, entre otros, un tratado que titula *De Vana saeculi sapientia*, hablando de las glorias del cielo y de las visiones que del Paraíso y del infierno habían tenido algunos Santos. Está en prosa llena de rimas. Por último, algunos magnates visigodos cultivan también las letras. Del conde *Bulgarano* se conservan varias cartas dirigidas á un Obispo; del rey Sisebuto hay también varias cartas, y lo mismo de Chindasvinto, dirigidas á San Braulio. En cuanto al epitafio de este Príncipe y de su esposa, algunos autores se inclinan á creerlos obra suya, por lo duramente que habla de su vida y de sus pecados, cosa que no haría otro que el mismo Rey, y menos en tiempo de su hijo Recesvinto. Pero, á juzgar por el estilo y lenguaje, y teniendo en consideración que las palabras duras se ponen en boca del mismo Rey, otros los atribuyen á San Eugenio, como hemos dicho.

39. La poesía en la época visigoda, después de *San Eugenio* y los demás escritores mencionados, tuvo otros dos ilustres representantes en el obispo de Palencia, *Máximo*, y en *Conancio*; y obra de todos ellos, sin que pueda determinarse á quién pertenece cada una de las composiciones, es el notabilísimo *Himnario religioso* que se conserva en la biblioteca toledana. Comprende multitud de poesías para ser cantadas por el pueblo en todas las grandes fiestas y ocasiones; v. gr.: al partir el ejército á la guerra, al volver victorioso, en la coronación de los reyes y en la consagración de los obispos, en la erección de las basílicas, etc.; para pedir á Dios por los enfermos, por los difuntos; para implorar la lluvia en tiempo de sequía: para todas las ocasiones, en suma, en que el pueblo se reunía á orar, los prelados de la Iglesia visigoda compusieron bellos himnos, que son fiel expresión del estado de aquella sociedad, sin que falten piadosos epitalamios para celebrar las bodas cristianas. No todos los himnos tienen igual valor, pero los hay muy bellos; y tomados en conjunto, abundan en grande riqueza poética y están llenos de animación y de vida, aunque el lenguaje y estilo, claro es, sea de decadencia. En ellos no se guarda la prosodia latina, que

desconocían desde siglos antes los mismos gramáticos romanos, y se manifiesta la tendencia á la rima, habiendo algunos rimados enteramente. El número de sílabas y el acento han sustituido á la *cantidad*, y es lo que constituye el ritmo; y San Isidoro, en su libro *De Officiis ecclesiasticis*, habla de la necesidad de conservar el acento en el canto y en la poesía.

40. Notable monumento de la cultura visigoda es también el *Fuero Juzgo* (corrupción de *Fori judicum*), colección legislativa muy superior á todos los demás códigos de aquella época, tanto literaria como jurídicamente considerado, debiéndose esto á la influencia de los obispos y de los famosos Concilios de Toledo.

41. La monarquía visigoda, sin embargo, fué siempre débil, y se debilitó cada día más. El sistema electivo daba ocasión á tremendas conspiraciones y crímenes, siendo muchos los príncipes que subieron al trono por el asesinato y aun por el fratricidio. Los godos, además, no abandonaron nunca enteramente sus costumbres bárbaras, ni dejaron de oprimir á los españoles; y, á pesar de haber adoptado aquéllos el Catolicismo y haber sido abolida la ley de raza, nunca hubo verdadera fusión entre ambos pueblos, ni se borró la irritante diferencia entre vencedores y vencidos. La corrupción de costumbres fué allí, como siempre, un poderoso elemento de ruina; y todas estas causas, juntas á sucesos no bien determinados por la historia, relativos á los últimos monarcas visigodos, atrajeron sobre España la invasión de los árabes, que en una batalla derrocaron aquel trono y en poco tiempo se hicieron dueños de casi toda la Península.

LECCION V

DOMINACIÓN MUSULMANA.—LOS MOZÁRABES.

42. Conquista de los árabes: Los mozárabes.— 43. Crónica atribuida á Isidoro Pacense.—44. Obras de Speraindeo, San Eulogio, Álvaro Cordobés y Sansón.—45. Otros escritores.—46. Carácter de la literatura mozárabe.

42. La irrupción de los árabes causó grandes estragos en toda la Península y paralizó la cultura española. En algunas comarcas no se presentaron los sectarios del Korán como implacables enemigos del nombre cristiano; obligados por su número, relativamente escaso para guarnecer todas las ciudades, establecían capitulaciones con sus habitantes, dejándoles el libre ejercicio de su culto y sus leyes; pero, en general, la conquista fué dura y feroz, llenándose otra vez de ruinas nuestro suelo, y viéndose obligados los españoles á buscar la libertad y la vida en las agrestes comarcas del Norte. Lo demás de España, excepto el pequeño reino de Teodomiro, en Orihuela, quedó sometido al poder musulmán, que oprimió y vejó de todas suertes á los cristianos, llevando por doquier el espanto y la desolación. Mientras Pelayo en Asturias iniciaba la Reconquista, y sus inmediatos sucesores extendían prodigiosamente las fronteras del naciente reino, se fundaba el califato de Córdoba, que fué pronto emporio y centro del lujo y de las artes, y compitió con la corte de los califas de Asia.

Poco ó nada de esta cultura tomaron al principio los españoles, separados de los mahometanos por la doble barrera de la religión y de la lengua. Llamáronse *mozárabes* aquellos cristianos que vivían en país dominado por los hijos del Korán. Otros muchos se refugiaron en las montañas septentrionales, huyendo de la invasión, para salvar con su vida las reliquias de los Santos y los objetos del culto, expuestos al odio y á la

rapacidad de los invasores, y para contribuir á la Reconquista.

43. Las desdichas que entonces sufrió España están consignadas en una *Crónica* ó *Epitome*, atribuida hasta ahora á *Isidoro Pacense*, supuesto obispo de Pax Augusta [1]. Obra escrita probablemente por un mozárabe de Córdoba, pinta la triste situación de la Península, narrando con patético acento los desastres producidos por la invasión mahometana, deteniéndose especialmente en la pérdida de Toledo, pasaje que fué luego imitado por el arzobispo D. Rodrigo y por el Rey Sabio. La *Crónica*, que comprende desde el año 611 hasta el 754, narra la historia del pueblo árabe, desde la invasión dela *Asiria*, enlazándola con la del Imperio bizantino y visigodo, hablando luego con elogio de los insignes Prelados de aquella era; y á pesar de que, como queda indicado, debe ser obra de un testigo ocular de la desdicha de los cristianos, hace justicia á ciertos caudillos árabes que se portaron con humanidad; por lo cual bien se puede creer que no miente ni exagera al referir las crueldades de muchos de ellos. Este libro, que es sin duda de los primeros monumentos de la literatura mozárabe, está escrito en un latín duro y bárbaro, y en una prosa abundante en rimas, que, por una parte se asemeja al paralelismo hebreo, y por otra parece más bien compuesta por antiguos romances latinos [2].

[1] El P. Tailland ha puesto en claro que no hubo tal Obispo, y que la *Crónica* debe ser de un mozárabe de Córdoba.

[2] Véase el discurso del Sr. Saavedra en la Academia Española y los trozos verdaderamente rimados que inserta, v. gr.:

« *Agitans Abderamam* || *(ille) supra memoratus*
» *Revellem in misericorditer* || *insequitur conturbatus....*»

Aun cuando no hay propiamente versos, suele haber rimas. Hablando, por ejemplo, de Muza, que destruía ciudades, crucificaba á los cristianos principales y daba muerte á doncellas y niños, dice: *Civitates decoras igne concremando precipitat; seniores et potentes saeculi crucis adjudicat; juvenes atque lactantes pugionibus, trucidat* (*).

(*) En el mismo siglo VIII escribió un obispo de Toledo llamado *Cixila* la vida de San Ildefonso en prosa, también llena de rimas.

44. El aflictivo estado de los mozárabes, que manifiesta la crónica cordobesa, no mejoró, antes bien fué empeorando de día en día. Al principio, los califas de Córdoba respetaron un tanto las capitulaciones y tuvieron cierta tolerancia con los cristianos sometidos; pero ya Abderramán procuró apartarlos de la fe, valiéndose de los halagos y de los medios políticos, y el califa Hixem los persiguió más abiertamente, permitiendo los matrimonios mixtos y obligando á los cristianos á ir á las escuelas árabes. La Iglesia mozárabe lucha varonilmente contra las seducciones y la tiranía, y los cristianos se preparan á la defensa, renovando la edad de los mártires. El abad *Speraindeo,* en el siglo IX, escribió un *Apologético* contra Mahoma, en el cual muestra lo absurdo del Korán y la verdad evangélica. Aunque no se conservan más que algunos fragmentos que inserta *San Eulogio* en otra obra suya, puede asegurarse que el *Apologético* estaba escrito con gran energía y vehemencia, y que con él los cristianos, enardecidos, se animaron á sufrir por la fe. El presbítero Perfecto condenó también el Korán y sufrió el martirio, y como él, San Isaac, la virgen Columba y muchos que se presentaron voluntarios á la muerte, estallando una violenta persecución. Viendo Abderramán II que los tormentos y la muerte no asustaban á los confesores de la fe cristiana, cambió de política y reunió un conciliábulo, presidido por Recafredo, metropolitano de Bética, que tuvo la debilidad de desautorizar con palabras ambigüas el heroismo de los mártires.

Aunque el califa no dejó de sacar partido de esto, muchos cristianos continuaron oponiéndose enérgicamente á sus astucias, animados por el ejemplo y la palabra del insigne mártir *San Eulogio.* Fué este el nervio de la resistencia, y nos dejó algunos escritos, que muestran, á la par que su grande ilustración, la hermosura y el temple de su alma. En un viaje que hizo á las Galias, para buscar á dos hermanos suyos, pudo lograr algunas obras de Virgilio, Horacio, Juvenal, San Agustín, etc., las cuales trajo á Córdoba para instrucción y enseñanza de los cristianos. Reducido á prisión, escribió, para sostener la fe de los fieles y la constancia de los mártires, el

Memoriale Sanctorum, en tres libros, pintando en ellos con los más vivos colores la persecución musulmana y sus efectos en los templos, casas y calles, y refiriendo en los dos últimos libros la vida de algunos mártires ilustres. Para animar el celo de dos vírgenes cristianas, Flora y María, que gemían en la prisión, y que al cabo sufrieron el martirio, escribió un hermoso tratado con el título de *Documentum martyriale* (ó enseñanza de mártires); y se conserva también una preciosa carta en que da cuenta del triunfo de las dos doncellas, y se anima á proseguir en su honor el comenzado libro [1]. El lenguaje de San Eulogio es siempre vivo y elocuente, aunque el latín no podía ser bueno. Su prosa abunda en rimas; pero es sencilla, diciendo él mismo que prefiere la verdad á la pompa de las musas [2].

Amigo y compañero de San Eulogio, fué *Alvaro*, autor del *Indiculo luminoso*, que es una valiente impugnación del Korán y una apología del Cristianismo y sus confesores, y de un tratado que titula *Liber scintillarum*, imitación del libro de las *Sentencias* de San Isidoro, en el cual pone doctrinas y máximas de multitud de Santos Padres. Martirizado San Eulogio, su amigo Álvaro dedicó á su memoria un libro titulado *Vita vel passio Sancti Eulogii*. Álvaro fué, además, poeta imitador de San Eugenio. Como éste, pinta las penas y dolencias de su propia vida; celebra á la golondrina y canta las victorias de la cruz en verso rimado. Álvaro Cordobés no tiene la flexibilidad de San Eulogio; pero sí estilo enérgico y elocuente, mostrándose muy conocedor de las Sagradas Escrituras y de los Santos Padres, sin desconocer tampoco del todo á los clásicos. Curiosa es la correspondencia que sigue con un *Juan Hispalense* (que parece profesor de Retórica), en

1 He aquí el principio de la carta: «Magnificavit dominus misericor»diam suam nobiscum, mi frater, et facti sumus laetantes. Quia quibus »verbum vitae in lachrymis seminavimus, in gaudio victorie fructum »metisse videmus. Videmus enim Virgines nostras debellato principe »tenebrarum, conculcatis mundialium oblectamentis affectionum, accen»sis adorearum lampadibus, obviam prosiliisse sponso ac Regi Coelo»rum....»

2 San Eulogio sufrió el martirio en 859.

que le censura porque se dedicaba á la Retórica y á la Gramática de Donato, diciéndole que sus hermanos se espantarían de verle trabajando en cosas de los ídolos, y preguntándole qué relación podía haber entre Homero y los Psalmos, entre Cicerón y el Apostol [1]. Álvaro, sin embargo, llama Cintia á la luna en una de sus poesías; pero sus esfuerzos se dirigieron notoriamente á restaurar las letras cristianas y á mantener entre los fieles de Córdoba la tradición latina.

Ésta había ido perdiéndose, sin duda á causa de las persecuciones y astucias de los califas; por lo cual Álvaro, al final de su *Indículo luminoso,* se queja amargamente de que los cristianos se dediquen á estudiar y á imitar la literatura árabe, olvidando el latín, y clama con viril elocuencia contra los que, no sabiendo escribir una carta latina, eran eruditos en las cosas árabes y escribían versos aconsonantados en esa lengua.

Muerto Álvaro en 861, arreció la persecución, prevaricando Samuel de Iliberis y Hostegesis, intruso obispo de Málaga, que llegó á perseguir á los católicos. Contra ellos publicó en 864 su *Apologético* el abad *Sansón,* que había sido rector de la basílica de San Zoilo. En su libro ataca las heréticas doctrinas de Hostegesis, á quien llama Hostis Jesu, poniendo de manifiesto su ignorancia.

45. Del mismo siglo debe ser *Juan Hispalense*, que algunos críticos suponen del siglo VIII, y que el P. Flórez cree del X; pero es probable que fuera del siglo IX, porque á él van sin duda dirigidas las cartas de Álvaro Cordobés, á que antes nos hemos referido, en las cuales insinúa que Juan Hispalense se dedicaba á la retórica. Por lo demás, no se sabe de él otra cosa sino que tradujo la Biblia en árabe con intento de propagarla, según unos, según otros para mantener en la fe á los fieles que ya no supiesen el latín. De cualquier modo, es poco verosímil que esto lo hiciese ó tuviese necesidad de hacerlo en el siglo VIII [2].

---

[1] «*Quid facit cum psalterio Homerus, cum Evangeliis Horatius, cum Apóstolo, Cicero?....*

»*Nonne scandalizabitur frater, si te viderit in idolio recumbentem?....*»

[2] Otro mozárabe tradujo al árabe *Los Cánones de la Iglesia Española*, y el monje Nicolás la historia de Orosio.

De otros escritores mozárabes hay noticia: uno de ellos, el presbítero Leovigildo, que á fines del siglo IX escribió, con el título *De Habitu clericorum*, una erudita explicación de lo que significa el traje sacerdotal; otro, el arcipreste *Cipriano*, que por la misma época compuso varias poesías religiosas y algunas frívolas, como la que hace pidiendo al conde Guifredo que regalase un abanico á la condesa Guisinda.

46. La literatura de los mozárabes refleja fielmente su triste estado social, refiriéndose casi todos sus escritos á las luchas y persecuciones religiosas. Si es, por tanto, algo monótona esa literatura, sirve en cambio de viviente testimonio de que en los primeros siglos de la invasión mahometana los españoles nada tomaron, antes bien comunicaron cultura á los árabes, y de la constancia y de la energía de los cristianos cordobeses, que, solos y abandonados en medio de sus opresores, dan un hermoso espectáculo de fidelidad y de heroismo. La vida de los mozárabes fué cada vez más triste; llamaron en su auxilio á los Reyes cristianos, y el animoso Alfonso I el Batallador hizo una brillante incursión hasta los reinos de Córdoba y de Granada; pero teniendo que retirarse, quedaron los mozárabes más á merced de sus tiranos, hasta que Ali-ben-Jusef determinó la expulsión de la *mala semilla*, concluyendo por expatriarlos y establecerlos en el África en 1124.

LECCION VI

LOS CRISTIANOS INDEPENDIENTES.

47. Su estado y cultura.—48. Ensayos históricos: *Crónicas.*—49. Influjo de la conquista de Toledo.—50. Crónicas latinas del siglo XII.—51. La poesía: sus varias manifestaciones.—52. Influencia oriental. Pero Alfonso y Pero Compostelano.—53. Primeras manifestaciones del habla castellana.

47. La invasión árabe corta de repente el progreso de la cultura española. No se perdió por completo la tradición isidoriana, ni fueron estériles los esfuerzos de los Padres de la Iglesia visigoda; pero reducidos los españoles al último ex-

tremo, y viéndose en la dura necesidad de reconquistar palmo á palmo la tierra de sus padres y sus hogares mismos, á esta necesidad y obligaciones dedicaron todos sus esfuerzos.

La reconquista, iniciada en Asturias por Pelayo, progresó rápidamente, y desde los tiempos de Alfonso I y de Alfonso II, inmediatos sucesores de Pelayo, pudo decirse que había una España cristiana; mas el Reino asturiano tenía una existencia triste y precaria, sin poder lograr ni siquiera asiento seguro para su corte, expuesta á las incursiones de los agarenos. En Oviedo, sin embargo, se congregaban las personas más distinguidas de aquella época, estableciendo las bases de una literatura y de una civilización, al propio tiempo que la espada de los príncipes cristianos extendía las fronteras del naciente Reino. Como la Religión era el alma de aquella guerra de reconquista, y como los Obispos y sacerdotes continuaban siendo las únicas personas ilustradas del país, toda la cultura de aquellos siglos tiene marcado carácter religioso. Los Reyes, por otra parte, empleaban todos los medios de que podían disponer en edificar y dotar iglesias y monasterios, asilos, no sólo de la piedad, sino de la ciencia y de las letras. En esta labor se distinguían también muchos Obispos que, viendo sus sedes en poder de los moros, se habían refugiado en Asturias.

Dos géneros literarios se cultivan casi exclusivamente durante cuatro siglos, desde el VIII hasta el XII: son la *Historia* y la *Poesía;* la primera encargada de conservar la memoria de los hechos importantes de aquel período, especialmente de la Reconquista, y la segunda intérprete de los sentimientos religiosos y patrióticos del pueblo español.

48. Las primeras manifestaciones históricas son los llamados *Necrologías* y *Santorales*, breves apuntes destinados á usos eclesiásticos; pero ya en el siglo IX el rey Don Alfonso III el Magno encargó al obispo de Salamanca, *Sebastián,* que reanudase la historia desde el punto en que la había dejado San Isidoro. La *Crónica* del Salmanticense comprende desde Wamba hasta Ordoño I (662 á 866), y narra los últimos tiempos de la monarquía visigoda, el prodigio de Covadonga

y las hazañas de Alfonso I, Alfonso II y Ramiro I, terminando con las nuevas expediciones de los normandos y su paso al África. Es este libro, aunque escrito en estilo desaliñado y en mal latín abundante en rimas, la base de la historia nacional; y modernamente han pensado algunos críticos que es obra del mismo rey Alfonso III, y no del Prelado cuyo nombre lleva; pero no hay datos suficientes para afirmarlo.

Otras cuatro crónicas resumen la historia de la Reconquista hasta el siglo XII: la *Albeldense*, la de *Sampiro*, la de *Pelayo* y la del *Silense*.

Crónica Albeldense.—Toma su nombre de la segunda parte escrita por *Vigila*, monje del monasterio de Albelda. La primera parte es anónima, y termina en el año 833, y la segunda en 976. Precedida de noticias geográfico-cronológicas, trata principalmente de los hechos de Alfonso III y de sus expediciones á Portugal, hablando luego de la situación de los árabes y de sus guerras intestinas, terminando con noticias relativas á la historia de este pueblo, y un catálogo de los califas y emires y su genealogía desde Abraham. Vigila añadió una noticia de los reyes de Asturias, desde Alfonso el Magno (en que termina la primera parte) hasta Ramiro III, y el catálogo de los reyes de Navarra desde Sancho Garcés hasta Sancho el Mayor. El lenguaje y el estilo de esta Crónica son peores que los de la anterior, viéndose cada vez más corrompido el latín.

Crónica de Sampiro.—Es del siglo XI. Sampiro, que fué notario de León y luego obispo de Astorga, escribe entre 1020 y 1040, y su libro comprende desde Alfonso el Magno hasta Ramiro III (866-982). El lenguaje apenas tiene ya vestigios de hipérbaton, ni adornos de rimas, y es un latín en que se siente palpitar ya la lengua romance.

Crónica de Pelayo.—El autor fué obispo de Oviedo y continuó el libro de Sampiro, empezando en Bermudo II y acabando con la muerte de Alfonso VI. Se le acusa de fabuloso y de haber alterado las Crónicas anteriores, quizá para defender la preponderancia de Oviedo; pero en los hechos contemporáneos es fiel y se vale de los cronistas anteriores, interpolando en su crónica todos los datos que tuvo á mano, y una obra de Geografía que, sin eso, se habría perdido.

Crónica del Silense.—Se llama así porque su autor fué monje del monasterio de Silos; comprende desde la dominación visigoda hasta Alfonse VI, cuya genealogía y hechos parece que eran el objeto pricipal de la obra, que en esta parte está incompleta.

El Silense muestra ya conocimientos literarios y juiciosa crítica, narrando con alguna facilidad y orden. Refiere al por menor las empresas de Fernando I, con lo cual termina lo que se conserva de la Crónica. El Silense tiene aficiones clásicas; llama á Ordoño II *león líbico que tiene el valor de Marte*, y habla *de la venida del día con Titán que se levanta de las ondas* [1], y da también á las comarcas de España los antiguos nombres romanos: Bética, Lusitania, etc. Mas, á pesar de esto, en todos los sucesos busca la intervención cristiana de la Providencia, y dice, por ejemplo, que la caída de los godos fué un castigo de Dios, que envió los árabes, como otro Diluvio, para que unos pocos cristianos no acabaran de contaminarse con los crímenes de Witiza y de Rodrigo.

49. En el siglo XI, las armas cristianas dieron un gran paso en la Reconquista, cayendo la imperial Toledo en poder de Alfonso VI, el año 1085. Este suceso fué verdaderamente decisivo en la guerra, porque dió una base fija de operaciones á los Príncipes cristianos, que en adelante tomaron casi siempre la ofensiva contra los árabes; aunque á veces se vieron en gran peligro por las nuevas oleadas de guerreros que lanzaban sobre la Península las regiones africanas. Á la conquista de Toledo acudieron multitud de nobles y soldados de toda España y muchos franceses, siendo recibidos y honrados en la corte los monjes de Cluny, que obtuvieron multitud de obispados y beneficios en Castilla. Entonces ocurrió la unificación del rito eclesiástico, por haber querido el Papa Gregorio VII dar unidad en este punto á los distintos pueblos, haciendo que adoptaran el rito romano. Los árabes, por otra parte, podían seguir entre los cristianos, que los consideraban menos peligrosos que en los tiempos anteriores, y muchos quedaron, en efecto, recibiendo el nombre de *mudéjares*. Se fundaron escuelas y un colegio de traductores en Toledo, debido al arzobispo D. Raimundo, y por todas partes creció la cultura, aprovechándose los príncipes y prelados españoles de los conocimientos de todos los demás pueblos y razas de la Península.

[1] *Non aliter miserum pecudum gregem Libicum leo, quam Mabortius Rex turbam maurorum invadit.... Mane itaque facto, quum primo Titan emergeretur undis....*

50. La *Historia* siguió cultivándose, perteneciendo al siglo XII tres *Crónicas* particulares, que se conservan. Una de ellas es la titulada *Gesta Roderici Campidocti* [1]. Es el primer libro en que se recogen y cuentan las hazañas del Cid, y por eso digna de alta estima, aunque la narración es muy pobre. En esta crónica no hay nada del supuesto desafío del Cid con el matador de su padre, ni de la jura en Santa Gadea, ni de otra porción de circunstancias con que la imaginación popular embelleció ó engrandeció la figura del Cid; pero están ya los gérmenes de estas y de otras futuras leyendas, pintando á Rodrigo Díaz como dechado de valor y de caballerosidad, que son las dos cualidades que le hicieron tan querido del pueblo.

Empieza refiriendo cómo sirvió el Cid á Don Sancho y luego á Don Alfonso VI, que le casó con su prima Jimena y le envía á Sevilla, á cuyo Rey derrota; hace luego el Cid correrías en tierra de Zaragoza; malquístanle los cortesanos con el Rey, que le destierra con su mujer é hijas, acusándole de no haber llegado, por mala fe, á socorrer á tiempo el castillo de Aledo; derrota Rodrigo á los reyes de Denia y de Aragón, aliados del conde de Barcelona, el cual cae en poder del Cid, que le da libertad. Avisado por la Reina, va Rodrigo de Vivar á Martos, donde Alfonso VI le maltrató, después de haber pasado el peligro en que se hallaba, con ocasión de los moros; por último, el Cid se dirige á Valencia, la asedia y la toma, gobernándola cinco años y tres su esposa Jimena, en cuyo auxilio acude el Rey, teniendo que desamparar la ciudad.

El otro libro á que nos referimos se llama *Crónica compostelana*, que fué escrita por tres canónigos de Santiago, Munio, Hugo y Giraldo (estos dos, franceses), por mandado del célebre arzobispo D. Diego Gelmírez. Comprende la historia de Doña Urraca y la de su esposo Alfonso VII de Aragón, contando extensamente los hechos en que intervino aquel Prelado, en favor del cual son parciales los cronistas, como dice el P. Flórez.

Á la segunda mitad del siglo XII pertenece también la *Cro-*

[1] Fué encontrada por el P. Risco en León.

nica Adefonsi Imperatoris, que empieza en 1126, año en que muere Doña Urraca, y alcanza hasta la conquista de Almería. Esta última parte la puso el autor en verso para evitar así el cansancio de la prosa [1].

51. La *Poesía,* como la historia, se consagra casi exclusivamente en los primeros siglos de la Reconquista á celebrar la religión y la patria; y no es que faltaran cantos populares, profanos y aun supersticiosos, expresión de las ideas y sentimientos del vulgo; antes por el contrario, debían abundar, si hemos de juzgar por lo que nos queda y por las repetidas censuras y condenaciones de la Iglesia y de los Concilios contra los magos, adivinos y gente supersticiosa de toda clase. Nada de esto, sin embargo, dió ocasión á monumento alguno poético de importancia; en cambio, abundan las composiciones religiosas y patrióticas, que, si carecen en general de perfección en el lenguaje y en el estilo, expresan, no obstante, con fidelidad y viveza el estado social de España.

En las iglesias, no sólo se cantaban los Psalmos por el clero y pueblo, sino también los himnos religiosos de que están llenos los libros de rezo: había muchos *himnarios,* por los cuales se ve que los temas favoritos de nuestros poetas de aquella edad eran la Virgen María y el Apóstol Santiago, esperanza y amparo de los cristianos en sus luchas contra la morisma. Las crónicas, además, consignan repetidas veces que los españoles volvían de los combates cantando himnos y alabando á Dios *(et dicebant himnum.... canentes et laudantes Deum).* Entre los poetas cuyos nombres se han conservado, figuran *Romano,* prior de San Millán del siglo IX; *Salvo,* abad de Albelda; *Grimaldo,* monje de Silos en el siglo IX, y *Filipo Oscense,* del siglo XII. De los dos primeros no quedan

[1] De esta época son otros muchos Cronicones, como el *Iriense*, *Burdense*, *Lusitano*, los *Anales Complutenses*, etc., y otros publicados por el P. Flórez, que llegan á la segunda mitad del siglo XIII. Asimismo se escribieron varias vidas de Santos: *Grimaldo*, la de *Santo Domingo de Silos*; *Juan*, diácono de León, la de *San Froilán*; *Renallo*, la de *Santa Eulalia*; *Rodulfo*, monje de Carrión, la de *San Zoilo*; las dos últimas pertenecen á los principios del siglo XII, las otras al siglo XI.

versos conocidos; Grimaldo escribió en su vida de Santo Domingo de Silos una especie de himno compendiando los loores del Santo, y Filipo Oscense otro muy notable, relativo á la canonización del mismo Santo Domingo. Está en versos aconsonantados, alternando los octosílabos y los eptasílabos [1]. En general, todos los versos de la época son rimados.

La poesía heroica produce, entre otras obras, un curioso cantar latino en honor del Cid, de carácter caballeresco, y que es un precioso monumento para la indumentaria, por los pormenores que da de la armadura y traje del héroe. El fragmento que se conserva pinta al Cid desterrado por la envidia de los cortesanos, yendo contra él, por orden de Alfonso VI, el conde García, que es vencido por el Cid; y termina cuando éste se preparaba á ir contra los moros y el conde de Barcelona, que tenían sitiado el castillo de Almenara. Esta canción es de carácter marcadamente popular, y debió escribirse recién muerto el héroe. El juglar se dirige al público para que celebre con él á Rodrigo, como si la obra se hubiera escrito para ser recitada en público. Después de decir que él no cantaría dignamente al héroe castellano, exclama el entusiasmado poeta:

«Eia! Laetando populi catervae,
Campi-doctoris hoc carmen audite:
Magis qui ejus estis ope
Cuncti venite....»

También se conserva un canto elegíaco á la muerte de Borrell III (1018), en el cual, con formas de tendencia clásica, se hace el elogio de este Príncipe catalán y se describe la aflicción de su pueblo. Hubo otras canciones en honor de Ramón Berenguer IV (1139-1162) compuestas en versos de nueve sílabas consonantados de tres en tres. Asimismo se escribió un poema á la conquista de Toledo, pero de éste queda

---

1 *Ipsum, Christe, te precamur,*
Patronum da miseris
Per quem cuncta restinguamus
Incentiva sceleris
Atque laeti conscendamus
Celsi plagas etheris....

muy poco. Mayor porción se conserva del *Canto de Almería*, que forma parte de la *Crónica Adefonsi Imperatoris*, según queda dicho. El canto en verso, ó poema, comprende desde la venida de los genoveses á pedir al emperador Alfonso VII que conquiste á *Almería*, nido de piratas musulmanes que infestaban las costas del Mediterráneo causando grandes males al comercio y á la navegación, y refiere la guerra y toma de la ciudad, á que concurrieron los reyes de Aragón y Navarra y el conde de Barcelona. Los versos son rudos y el latín apenas lo parece; pero es muy curioso este fragmento por la exactitud con que describe el campamento cristiano y los distintos caudillos y ejércitos que lo componían [1]. El poeta hace gala de conocimientos históricos y clásicos, mezclando los nombres de los héroes de la poesía griega con los cristianos y españoles.

La poesía propiamente erudita se cultivó poco, bien que no faltan manifestaciones del género. Una de ellas es el himno *Ad pueros*, escrito probablemente á fines del siglo XI, y en el cual se recomienda á los jóvenes, los estudios clásicos, la poesía de Virgilio y los versos de Catón. Este himno está en dísticos sin rima, en que se repite constantemente, á manera de estribillo, la frase de *quœque Sophia docet optime carpe, puer*. Un obispo de Vich, que había sido abad de Ripoll, llamado *Oliva*, compuso un poema en alabanza de aquel monasterio; y otro *Oliva*, contemporáneo suyo, escribió otro poema didáctico titulado *De Musica*, en el cual siguió la doctrina de Boecio sobre este asunto. De la misma época son dos sátiras, *contra el dinero y contra las mujeres*, escritas probablemente por un Adam, clérigo mencionado en ellas.

Muchos epitafios de personajes corresponden también á la poesía erudita, por estar en verso de tendencia clásica y comparar á los difuntos ilustres con los héroes de la antigüedad.

---

[1] Hablando, por ejemplo, de los castellanos, dice:

«*Post haec Castellae procedunt spicula mille*
Famosi cives per saecula longa potentes,
Illorum castra fulgent coeli velut astra;
Auro fulgebant, argentea vasa ferebant;
Non est paupertas in eis, sed magna facultas,
Nullus mendicus atque debilis, vel male tardus;
Sunt fortes cunctis, sunt in certamine tuti.

. . . .

Armorum tanta stellarum, lumina quanta,

. . . .

Illorum lingua resonat quasi timpano tuba.»

52. La manifestación del arte erudito más importante que hay en esta época (siglo XII) es el libro del judío converso *Pero Alfonso*, titulado *Disciplina clericalis* (ó enseñanza de doctos [1]). Con esta obra se introduce el elemento simbólico oriental en la literatura española; la *Disciplina clericalis* es, en efecto, una imitación de los libros de los indios, llena de apólogos y cuentos, mediante los cuales un sabio anciano, Balaam, da lecciones y consejos á su hijo acerca de la amistad, el amor y otros asuntos, meditando sobre la riqueza, la muerte y la bienaventuranza eterna. Tuvo un éxito extraordinario, y en pos de él se escribieron multitud de obras del mismo carácter alegórico, aunque ya en lengua vulgar [2].

Otro libro alegórico escribió á mediados del siglo XII *Pedro Compostelano*, que titula *De Consolatione rationis*, imitando á San Isidoro y á Boecio; finge que se le aparecen en sueños el mundo y la naturaleza, que le atraen con halagos, presentándose la Razón en forma de doncella que le habla de las virtudes invitándole á seguirlas; y aunque después aparecen los vicios, la razón vence, manifestándole la felicidad del cielo, y tratando de Dios y de los principales dogmas cristianos. Este libro, en que alternan verso y prosa, tiene rimas muy complicadas, según costumbre de árabes y hebreos [3].

53. Ya desde el siglo XII, y antes seguramente, empieza á manifestarse la lengua castellana, y en ella se escriben ó componen cantos verdaderamente populares, como se ve en la *Historia compostelana* y en la *Crónica de Alfonso VII;*

[1] Clérigo, en esta época, significaba hombre ilustrado.

[2] Pero Alonso compuso también unos *Diálogos contra los errores de los judíos y de los árabes*, y otro libro *De scientia et de philosophia*, de cuestiones matafísicas.

[3] *O juvenis, captusque catenis carnis obesae*
Te laesae ¿ cor habes?.... Tabes scis quod morieris?
Et superis cariturus eris, si verba Puellae.
Bellae corde tuo sectaveris? Illa
Stilla...., etc.

Es fácil notar en estos versos la consonancia entre la palabra con que termina uno y comienza el siguiente; y otras aun dentro de un mismo verso.

este Príncipe era recibido en Santiago, Zaragoza y Toledo por el pueblo, que cantaba himnos, y lo mismo sucedía en la entrada del obispo Gelmírez en Compostela; y estos cantares, como los que cantaban las mujeres que acompañaban á Doña Berenguela en el alcázar de Toledo en 1138, ya eran en lengua vulgar, y según la crónica citada, los habitantes de Toledo cantaban en lengua nativa.

SECCIÓN SEGUNDA

Literatura en lengua vulgar.

PRIMERA ÉPOCA.—Edad Media.

PRIMER PERÍODO

(DESDE LOS ORÍGENES HASTA ALFONSO EL SABIO.)

LECCION VII

54. Estado de España en este período.—55. Transformación del idioma: Corrupción del latín.—56. Monumentos que revelan esta corrupción. —57. Formación de la lengua vulgar.—58. La poesía popular.—59. *Cantares de Gesta.*

54. Al aparecer la Literatura castellana, la Reconquista había adelantado mucho, mediante el esfuerzo de los cristianos del Norte y la fusión de las antiguas razas ibéricas. La unión de los visigodos y de los hispano-romanos jamás había sido completa, hasta que, tras la rota del Guadalete, la necesidad y la común desgracia borraron las distancias que separaban á los dos pueblos.

Los suevos y los antiguos galaicos no se distinguieron ya tampoco de los demás españoles, y todos juntos no tuvieron, durante algunos siglos, otro pensamiento que el de constituir un pueblo independiente y católico. La diversidad de Estados cristianos, su falta de unión y aun sus rivalidades y guerras, fueron causa de que la Reconquista no adelantara con más ra-

pidez; pero en todas partes alentaban unos mismos sentimientos y armaban el brazo de los guerreros iguales generosos móviles.

La guerra, á la vez de religión y de independencia, era, puede decirse, la única ocupación de los españoles durante algunos siglos; y en ella interesados estaban, lo mismo el pechero que el hidalgo, el villano que el señor. Si uno defendía sus propiedades ó sus honores, el otro luchaba por su suelo y su libertad, y todos por la religión que profesaban. La guerra, además, era el camino de la gloria, y el soldado valeroso y distinguido trocábase pronto en infanzón y en noble, y los primeros Reyes de aquellos Estados cristianos habían sido levantados sobre el pavés en los campos de batalla.

Había, pues, una gran comunidad de ideas y sentimientos: un mismo género de vida, una necesidad constante de lucha y una aspiración común, no podían producir otros resultados.

55. En tal situación, forzosamente había de irse perdiendo, cada vez más, la lengua latina que se hablaba antes, y formándose otros idiomas, nacidos de la descomposición de aquélla, y de su mezcla con las antiguas hablas de la Península.

El latín, como sabemos, jamás fué en España exclusivo, aunque sí dominante, sobre todo en las clases ilustradas; pero en épocas de turbulencias y agitaciones, y á medida que las clases populares tenían parte mayor en la vida pública, la transformación de la lengua era forzosa, y forzoso el dominio del latín vulgar sobre el clásico; pues no hay duda de la existencia de un latín vulgar, *sermo vulgaris*, *lingua rústica*, diferente de la *lingua urbana*, *clásica*, por ser esta complicada y dificultosa para ser hablada por las clases populares y esclavas de la Roma republicana ó imperial.

En la época romana hemos visto, además, subsistentes en España idiomas populares, no latinos, según el testimonio de Plinio, los cuales persisten en tiempos de San Isidoro, que da á muchos objetos nombres vulgares, y se manifiestan más en los primeros siglos de la Reconquista, en que los escrito-

res, ignorando el latín, usan muchas veces de palabras que no pertenecen á este idioma.

Era ya, por otra parte, desconocido el hipérbaton, y las declinaciones y conjugaciones mal comprendidas aun por los más doctos de la época; y el pueblo, que era una mezcla de las antiguas razas célticas, griegas, fenicias y romanas, con grandes elementos góticos y suevos, y que nunca habló, seguramente, ni mediano latín, contribuía, con su ruda pronunciación y con la ignorancia de muchas palabras, á que apareciesen otras nuevas, ya por la modificación de las latinas, ya por la introducción de las populares. Así vemos en muchos documentos de los siglos VIII, IX y X frases que en nada parecen latinas, y palabras enteramente castellanas.

56. Del mismo siglo VIII (740 á 741) es un privilegio otorgado por Alfonso el Católico [1] á Santa María de Covadonga, que dice, entre otras cosas: «*Edificamus ecclesiam de Sancte Marie de Covadefonga et transtulimus in ipsam imaginem Beate Marie de Monte Sacro: damus duas campanas de ferro.... tres casullas de sirgo, etc., etc.* En el privilegio de fundación del monasterio de *Obona* [2]», otorgado por Aldegastro de Silo (780), se dice entre otras cosas: «*Concedimus in ipso monasterio de Obona.... per illo rio qui vadit inter Sabbadel, et villa Luz et inde ad illum molem de illa estrada de Patrunel et inde per illa via quae vadit ad illo Castro de Pozo.... et per peña Sarnosa et per illo moion de inter ambos rios et per Lumbillas et per peña de Felgueros et per Fontanel.... damus.... vigenti modios de pane, et duas equas, et uno rocino, et una mulla, et tres asinos et una capa serica*», etc.

En el siglo IX, los obispos Severino y Ariulfo, en una donación [3] á la iglesia de San Salvador de Oviedo (853), consignan terminantemente la existencia de un idioma popular, diciendo: «*Facimus cartulam testamenti*, NOSTRO VOCABULO, *Santa*

[1] Amador de los Ríos: *Historia de Literatura Española*, tom. II.

[2] *España Sagrada*, tom. XXXVII, apénd. V.

[3] *España Sagrada*, tom. XXXVII.

Maria de Hermo quod fundavimus in Asturias territorio de Camesa in valle qui dicitur Quo [1]».

Este mismo idioma vulgar aparece en los fueros de Brañosera, dados por el conde Munio Núñez (en 824) [2].

«*Ego Monnio Nunnez et uxor mea.... damus vobis ad populandum illum locum.... et damus vobis terminos, id est, ad locum qui dicitur Cotopetroso.... et per illum pradum Porquerum et per illas cobas regis.... et davimus.... ipsos terminos ad vos, vel ad eos qui venerint ad populandum ad villa Brania Ossaria et omnes qui venerint de altras villas cum sua pecora, vel cum sua rem causa pro pascere herbas inter ipsos terminos qui in ista scriptura resonant omes de villa Brania Ossaria prehendant*, etc., etc.

Otro documento en que se manifiesta la lengua vulgar, correspondiente al siglo x, es una donación del monasterio de Javilla (941) al abad y monasterio del de Cardeña por los condes Fernán González, Doña Sancha y sus hijos [3]. Dice, entre otras cosas, lo siguiente: *Ego comes Fredinandus.... damus vobis licentiam populandi.... non de meos homines et de meas villas, sed de homines excusos et de alias villas*, etc., etc.

Si esta nueva lengua se transparenta ya, no sólo en tantos y tantos documentos latinos de los siglos IX y X, sino también en algunos del siglo VIII, ¿cómo no se había de manifestar con mayor fuerza en el XI? En efecto: había de suceder así, porque el lenguaje usual y familiar del pueblo va invadiendo poco á poco, no sólo las cámaras de los magnates, sino también la silenciosa celda del monje, en donde únicamente

[1] Del mismo siglo IX es una donación de varias iglesias, monasterios, villas y heredades, hecha por Ordoño I (857) á la santa Iglesia de Oviedo *.—*Ego Ordonius Dei gratia rex hispaniae.... concedo ex facultate mea ornamenta aurea, argentea.... dono etiam monasterio, et villas legarias.... in Lagneo territorio concedo eclesias sante Eulalie et Damiani.... in Andalione una vinea et terras.... In territorio Valleo terras et seuras et monasterium Sante Marie de termino de vlla Eneate.*

[2] SANDOVAL: Cinco Obispos, pág. 292.

[3] BERGANZA: *Antigüedades de España*, t. II, esc. 26, pág. 381.

* *España Sagrada*, tom. XX, apénd. XXVII, pág. 323.

podía buscarse en aquella época alguna cultura literaria.

De esta manera se explica que, aun ejerciendo entonces los monjes los cargos de notarios y escribientes, aparezcan en los documentos, no sólo malísima ortografía, porque tomaban la pronunciación por norma de la escritura, sino esas palabras romances, esto es, del idioma vulgar, latinizadas con terminaciones retumbantes, como el genitivo plural latino de la segunda declinación y algunos acusativos: lo cual indica que los escritores, ignorando ciertas pabras latinas, acudían á su repertorio usual.

57. Está, pues, palpitando en los mismos documentos escritos un idioma que no es el latino, y que aparece completamente formado en el siglo XII, naciendo, sin género de duda, del latín vulgar, del latín corrompido y de las primitivas lenguas habladas en la Península, si bien estas últimas sólo influyen en su vocabulario, no en su gramática, que es enteramente latina vulgar.

Á poco que se observe, se verá que, en gran parte, las palabras castellanas son, en efecto, las mismas latinas, sin desinencias en la declinación, y sin conjugación verdadera (algo de lo cual también sucedía en el latín vulgar), habiendo además una como repulsión ó antipatía á todo diptongo; así se dijo: *nostro, celo, poblo,* etc., etc. Los dativos y á veces los nominativos, ligeramente alterados, pasaban á ser palabras del nuevo idioma: y así, de *homine,* se dijo *ome;* de *speculo,* espello, espejo; de *filio,* fillo, fijo, hijo; de *Deo,* Dios, etc., etc.; y la transmutación de las consonantes (según la ley filológica formulada por Grim), daba también ocasión á multitud de vocablos castellanos, v. gr.: de *plorare,* llorar; de *capillo,* cabello; de *capuz,* cabeza; de *mater,* madre; de *pater,* padre, etc.[1].

[1] Vestigio de aquella lengua formada por la corrupción del latín es el *bable*, dialecto que se habla todavía en Asturias. La época precisa de su aparición se ignora, y es punto menos que imposible averiguarla, tratándose de un dialecto sin literatura; pues hasta las poesías populares recogidas en Astúrias de boca del pueblo, muchas de ellas evidentemente de antigua fecha, son composiciones castellanas.

Tan latino es el fondo del idioma castellano, que se pueden escribir, y se han escrito, sin gran esfuerzo, trozos que pertenecen por igual á las dos lenguas [1]; y este fondo latino persiste á través de los siglos y de las modificaciones del idioma, sin que lo obscurezcan las muchas voces árabes, hebreas, góticas, griegas, francesas, italianas y de otras lenguas que han enriquecido nuestro diccionario.

58. Lo primero que se compone en la nueva lengua, los primeros vagidos del castellano, son cantos populares. La poesía popular, que nunca desaparece del todo, florece indudablemente en los siglos XI y XII. Todas las crónicas de la época y posteriores mencionan á los *juglares,* y aun á las *juglaresas;* y en muchas ocasiones, al hablar de los Príncipes y guerreros que volvían victoriosos, indican que el pueblo los recibía con cánticos de júbilo. Las frases *et dicebant himnum...*, *canentes et laudantes Deum,* se ven realmente en la *Crónica Compostelana* y en la de Alfonso VII; y al hablar también de la muerte de algunos personajes ilustres, los documentos históricos refieren que eran sepultados *cum laudibus et himnis.*

Estos cantos eran ciertamente en lengua vulgar desde el siglo XI, y quizá antes; pues ya hemos visto que antes existe este idioma, aunque no se conserven documentos escritos. La misma crónica de Don Alfonso VII, al hablar de los judíos, moros y cristianos de Toledo, dice que cantaban *en lengua nativa:* el poema del Cid menciona á los juglares en las fiestas celebradas en Valencia con ocasión de las bodas de la hija

1 CARTA LATINO-HISPANA

....

«Tú, Francia, principias a Meroveo et regnas continuando quasi mille annos cristiana, predicante Sancto Remigio et regnando Clodoveo. Et Hispania quasi quatercentum annos predicante Sancto Jacobo. —Responde Francia et da et propone contra nos tam grandes nationes, tam fructuosas provintias et tantas tales gentes, justas, etc..... Non monstrans tú, Francia, tan grandes resistencias et de tantas victorias contra romanos....»

(De una gramática castellana anónima: Lovayna, 1555.)

del héroe (á fines del siglo XI), y el mismo libro de Apolonio pinta á Tarsiana como una juglaresa.

Los juglares eran, como sabemos [1], de péñola ó de pluma, y los había entre ellos de distintas clases ó categorías: unos vagabundos y populares, y otros, más cultos, que eran recibidos en los castillos y hasta en los palacios de los Reyes. En las *Partidas* se habla con censura y desprecio de ciertos juglares; pero en aquella misma época eran acogidos muy bien algunos por los Príncipes, apareciendo en las cuentas de Don Sancho una partida destinada al juglar. Lo principal que recitaban ó componían los juglares se refería indudablemente á la guerra en que nuestro pueblo estaba empeñado, y así se formaron los cantares *de Gesta*, que son la poesía heroica popular de la Edad Media.

Fauriel dice [2], y su opinión es ya general entre los doctos, que además de los poemas épicos largos que se produjeron en aquella edad, existieron cantares más cortos, que los juglares cantaban ó recitaban en los castillos para entretener las veladas del invierno, ó en las reuniones públicas, alegrándolas con el relato de hazañas verdaderas ó fabulosas.

59. En España sucedía lo mismo, puesto que, antes del poema del Cid, primer cantar de *Gesta* que se ha conservado, existían otros cantos épicos que no han llegado á nosotros. El rey D. Alfonso el Sabio, en su *Crónica general*, se vale, y lo dice, de cantares *de Gesta*, al referir la historia de Carlo-Magno, de Bernardo del Carpio y del conde Fernán González; y también mencionan las Crónicas cantares antiguos relativos al Cid, Bernardo del Carpio, Fernando I, los Laras, etc., etc.

En la *Crónica* en prosa del Cid, que algunos, como los señores Caveda y marqués de Pidal, creen anterior á Alfonso el Sabio, y que el Sr. Amador de los Ríos supone sacada de la *General* del tiempo de Alfonso XI, hay muchos fragmentos de romances que el Sr. Pidal pone de manifiesto, con sólo agregar ó suprimir muy pocas palabras, sobre todo en lo re-

[1] V. *Literatura general*, lec. XXVII.
[2] *De l'origine de l'èpopeye chavaleresque au Moyen-âge.*

lativo al cerco de Zamora y al juramento del Cid. La *Crónica rimada* ó *Leyenda de las mocedades* parece escrita con antiguos romances, y quizá el mismo *Poema del Cid* no es otra cosa que el conjunto de varios romances más antiguos relativos al héroe. Lo cierto es que el cantar latino de Almería menciona poesías populares acerca del Cid:

Ipse Rodericus mio Cid semper vocatus
De quo cantatur quod ab hostibus aud superatur....

Estos cantares, agrupados luego, formaron probablemente el mismo poema del Cid, de que hablaremos más adelante.

En la Biblioteca Nacional hay un códice, titulado *Crónica de los once Reyes*, que está tejido de diversos poemas, y dice, entre otras cosas: «*fallamos en otros lugares en el canto que dicen del rey Don Fernando*», y como el Sr. Amador de los Ríos consigna, se refiere á poesías escritas, contemporáneas ó anteriores al Cid, que es muy sensible no hayan llegado á nosotros.

LECCION VIII

60. El Cid en la realidad y en la poesía.—61. *El poema de Mio Cid*.—62 Cuestión sobre la influencia francesa en esta obra.—63. *La crónica rimada* ó *Leyenda de las mocedades*.

60. Rodrigo Díaz de Vivar, apellidado el Cid Campeador es el personaje que mejor representa el carácter y las aspiraciones del pueblo español en los siglos medios. La tradición y la leyenda acumularon alrededor de su figura multitud de circunstancias extraordinarias y no pocas inverosímiles, que llevaron á ciertos críticos exagerados la duda acerca de la misma existencia real de la persona; pero Rodrigo Díaz es personaje seguramente histórico, cuyos hechos principales constan en documentos coetáneos y en las mismas historias de los árabes, guardándose todavía la memoria de muchos lugares ilustrados con sus hazañas y conservándose su sepulcro. Servidor de los

reyes D. Fernando, D. Sancho y Alfonso VI; vencedor de los moros en multitud de combates; conquistador de Valencia por el solo esfuerzo de su valor y el de sus caballeros, representa, en efecto, el Cid el estado social de Castilla y el espíritu caballeresco de nuestro pueblo. El Cid es magnánimo, valiente, leal, súbdito fiel, pero no adulador de los monarcas; cristiano, fervoroso: hombre, en fin, que resume, por modo admirable, todas las virtudes y cualidades de una raza. No es de extrañar, pues, que la fantasía popular le rodease de una aureola de gloria y le atribuyese hechos que no son históricos; pero así se forma siempre el tipo en los pueblos, antes de empezar los poemas heroicos primitivos [1].

Siendo constante esta tendencia á perfeccionar é idealizar los personajes que mejor representan el espíritu popular, en Castilla se hace de Rodrigo Díaz de Vivar un nuevo David, que á los doce años vence en singular combate al conde Lozano, enemigo é insultador de su padre; se supone que él sólo exige y obtiene del rey Alfonso VI el juramento de no haber tomado parte alguna en el asesinato de su hermano D. Sancho, y se le atribuye relación maravillosa con los santos y potestades del cielo, que le anuncian sus victorias, dándole signos infalibles para que conozca cuándo ha de obtenerlas. Pero estos y otros hechos legendarios de la vida del Cid no prueban nada contra la verdad de su carácter y de sus hazañas: antes, por el contrario, son vivo testimonio de la nobleza y cualidades del héroe, que por sus méritos reales alcanza tal engrandecimiento en la fantasía popular.

La *Gesta Roderici Campidocti*, ó Crónica latina del Cid, que hemos mencionado en otra parte, no dice nada de estas circunstancias extraordinarias, y se limita á consignar hechos históricos, suficientes para reconocer la importancia excepcional del caudillo castellano. En la poesía, aparte de los romances sueltos escritos en distintas épocas acerca del Cid, nos quedan dos poemas ó composiciones largas relativas al mismo, y escritas en la edad en que florece.

[1] Véase *Literatura general*, lección 32.

61. La primera de estas composiciones, la más importante, y la que mejor pinta á Rodrigo Díaz y el estado social y político de Castilla, es la conocida con el nombre de *Poema de mío Cid,* ó simplemente *Poema del Cid.*

Empieza con el segundo destierro del héroe, quien, pasando por Burgos, encuentra la ciudad solitaria, cerradas puertas y ventanas, porque el Rey ha prohibido, con severísimas penas, que se dé alojamiento ni auxilio de ningún género á Rodrigo, según le dice una niña de nueve años, única persona que se atreve á hablar con él. Falto de recursos, su sobrino Martín Antolínez los obtiene de unos judíos, á quienes deja en prenda dos arcas con arena, pero en las cuales, claro es, quedaba la palabra del Cid. Va éste á San Pedro de Cardeña para despedirse de su mujer y de sus hijas, escena que es una de las más bellas de la obra; y, seguido de muchos guerreros y parciales que diariamente acuden á sus filas, emprende sus correrías por tierra de moros, habiéndosele aparecido el Arcángel Gabriel anunciándole sus victorias. Toma la fortaleza de Castejón sobre el Henares, se dirige luego á Alcocer, y se apodera de ella, derrotando á los reyes Galbe y Ferris de Valencia, que acuden á cerrarle el paso. Rodrigo envía, por conducto de Alvar Fáñez de Minaya, parte del botín ganado, al rey Alfonso, que, estimando esta prueba de lealtad y nobleza en el mismo caballero á quien castigaba, da licencia para que vayan á pelear á su lado cuantos quieran. Se unen, en efecto, á Alvar Fáñez multitud de caballeros que, aumentando las huestes del Cid, le permiten correrse á las tierras de Huesca, donde acude el conde Ramón III de Barcelona, que es vencido y preso, y entrega al Cid la famosa *Colada.* El caballero castellano, sin embargo, le da generosamente la libertad, viendo que por la pena de estar preso se quería dejar morir de hambre; y, después de llevar sus armas vencedoras por el reino de Valencia, pone sitio á la ciudad, que al cabo de nueve meses de asedio, se le rinde, derrotando también al rey de Sevilla, que acudió á defenderla.

Cien caballos enviados en esta ocasión al Rey por medio

del fiel Alvar Fáñez, prueban á toda Castilla y á la corte las proezas del héroe, á quien el Rey, entusiasmado por sus triunfos y su lealtad, devuelve sus bienes y permite que se le unan su esposa y sus hijas, que son recibidas en Valencia con gran solemnidad y alegría, con fiestas y torneos. Para colmo de ventura, derrota el Cid á un poderoso ejército con que acude Jussuf, rey de Marruecos, teniendo el gozo de que su esposa y sus hijas le vean desde la más alta torre de Valencia luchar y vencer, como les anunció al despedirse para la batalla; de la cual envía asimismo rico botín al rey D. Alfonso. Los infantes de Carrión, que estaban en la corte, solicitan del Rey que les dé por esposas á las hijas del Cid; y D. Alfonso se avista con él en las orillas del Tajo, y se las pide, celebrándose poco después las bodas, no sin alguna resistencia por parte de Rodrigo. Dos años después, los infantes de Carrión fueron objeto de burlas en la corte del Cid, por haber huído de un león doméstico que éste tenía, y haberse mostrado pusilánimes y cobardes en otra batalla contra el rey Búcar de Marruecos. Hallándose ya mal en Valencia, y sospechando que el mismo Cid se burla de ellos, conciben una ruin venganza, y la ejecutan, llevándose á sus esposas con pretexto de conducirlas á Carrión, y abandonándolas en los robledales de Corpes, después de maltratarlas inhumanamente y dejarlas semidesnudas y exánimes. En este estado las encuentra su primo Félez-Muñoz, que sospechó lo que pasaba al ver solos á los Condes. Restituidas las hijas á su padre, jura éste castigar á los villanos Condes, y envía una carta al Rey pidiéndole justicia. Ordena el Rey que se reunan Cortes en Toledo, á las cuales acuden el Cid y sus traidores yernos; éstos tienen que entregar á Rodrigo las dos espadas, *Colada* y *Tizona*, que les había dado al despedirlos en Valencia, y son condenados á pagar una crecida suma, que no pueden satisfacer, y á pelear en singular combate con otros caballeros del Cid, que los vencen. Las hijas del héroe casan nuevamente con los infantes de Aragón y Navarra, que las habían pedido solemnemente al Rey en las Cortes de Toledo. Termina el poema con la noticia de estas segundas nupcias.

Por esta breve exposición se ve que en el poema del Cid descuellan las nobilísimas cualidades del héroe, siempre valeroso, siempre leal y magnánimo. Es, además, el poema, una fiel expresión del estado social y político de la época, y sus animadas pinturas, ya de batallas, ya de fiestas, ya de las Cortes, tienen marcado sello de verdad histórica. No faltan tampoco hermosos y variados caracteres; pues aparte del de Rodrigo Díaz, su esposa y sus hijas están diestramente pintadas, así como los principales guerreros del Cid, Pero Bermúdez, Martín Antolínez, Alvar Fáñez y Félez Muñoz. Todos ellos tienen de común el ser valientes y esforzados; pero Martín Antolínez, por ejemplo, es, además, hábil y activo; Pedro Bermúdez, arrojado hasta la temeridad; Alvar Fáñez, adicto y fidelísimo á la persona de Rodrigo; mientras que en Félez Muñoz sobresalen la simpatía y la ternura para con su familia. Bien retratados están asimismo, con pocas pinceladas, el venerable D. Jerónimo, puesto por el Cid de Obispo en Valencia, y que acompaña y bendice á sus soldados al entrar en batalla; el conde de Barcelona, el rey Don Alfonso y los infames condes de Carrión.

En cuanto á los medios artísticos, el poema es sumamente pobre; el lenguaje es tosco y rudo, como expresión de un idioma que aún no había acabado de formarse; la versificación es irregular y desaliñada, sin estar repartida en estrofas de ninguna clase, siendo los versos de doce ó catorce ó diez y ocho sílabas, aunque con marcada tendencia al verso de catorce (alejandrino), y con asonancia ó consonancia monorrima, repitiendo el poeta igual ó anóloga terminación en espacios irregulares de siete ú ocho, diez ó quince versos.

Lo que por esto pierde el poema en belleza artística, gana en naturalidad y sencillez: todo en él es espontáneo, animado y vivo; todo respira el candor y la frescura de una poesía verdaderamente popular, que ignora los primores de la expresión, pero que no por eso deja de tener grandes bellezas nacidas de la verdad del sentimiento. Véase si no, como muestra, y sirva de ejemplo de versificación, la despedida del Cid de su

mujer y de sus hijas, y su marcha para la guerra con los moros, en la primera parte del poema:

«Quando lego a San Pero el buen Campeador.
El abbat don Sancho, christiano del Criador,
Rezaua los matines, a buelta de los albores.
Y estaua donna Ximena con çinco duennas de pro,
Rogando a San Pero e al Criador:
Tu que á todos guias, val a Myo Çid Campeador.
Lamauan a la puerta y sopieron el mandado,
Dios que alegre, fue el abbat don Sancho!
Con lumbres et con candelas, al corral dieron salto:
Con tan grant gozo reçiben, al que en buena ora nasco!
Gradescolo a Dios, Myo Çid, dixo el abbat don Sancho;
Pues que aqui uos veo, prendet de mi ospedado.
Dixo el Cid: gracias don abbat, e so uuestro, pagado:
Yo adobare conducho, para a mi e para mis vasallos,
Mas porque me vo de tierra, douos L. marchos;
Si yo algun dia visquier, seruos han doblados:
Non quiero facer en el monasterio, un dinero de danno.
Evades aqui para donna Ximena douos C. marchos.
E a ella e a sus fijas e a sus duennas, siruades-las este anno.
Dues fijas dexo, ninnas e prendet-las en los braços.
Aquellas uos acomiendo á uos, abbat don Sancho,
Dellas e de mi mugier, fagades todo recabdo.
Si essa despenssa uos falleçiere e uos menguare algo.
Bien las abastad, yo assi uos lo mando.
Por un marcho que desprendades al monasterio darle e yo cuatro.
Otorgado gelo auie el abbat de grado.
Afeuos donna Ximena con sus fijas do va legando.
Sennas duennas las traen e aduzen-las adelant.
Antel Campeador, donna Ximena finco los ynoios amos.
Loraua de los oios, quisol' besar las manos.
Merçed Campeador, en ora buena fuestes nado.
Por malos mestureros, de tierra sodes echado
Merçed, ya Cid, barba tan complida
Feme ante uos yo e vestras fijas: inffantes son e de dia chicas
Con aquestas mis duennas, de quien so yo seruida:
Yo lo veo que estades uos, en ida,
E nos de uos partir-nos hemos en uida,
Dand-nos, conseio por amor de Sancta Maria.

Enclino las manos en la su barba velida,
A las sus fijas en braços las prendia:
Legolas al coraçon, ca mucho las queria
Lora de los oios, tan fuerte-mientre sospira:
Ja donna Ximena, la mi mujer tan conplida,
Commo á la mi alma yo tanto uos queria;
Ya lo vedes que partir-nos tenemos en uida,
Jo yre e vos fincaredes remanida,
Plega a Dios e a Sancta Maria, que aun con mis manos case estas mis [fijas.

....

Ignóranse la época precisa y el autor del poema. El manuscrito que se conoce, y que fué publicado por primera vez en el siglo pasado [1], termina diciendo que:

Per Abad le escrivio en el mes de Mayo
en la era de mille e C. C.... e XL V annos, es el romance
Fecho. Dat nos del vino si non tenedes dineros
Ca más podré que bien vos lo dixieron labielos.

Esto se refiere, sin duda, á una copia, con la circunstancia de estar hecha en el mes de Mayo; pero el poema es anterior ciertamente á esta época. El lenguaje, la versificación, todo muestra la infancia de un arte; y el mismo tono general de la obra, sus pormenores y el cariño particular con que siempre se habla del héroe, indican que fué escrito muy poco después de los sucesos que celebra. El poema de Almería, varias veces citado ya, sabemos que menciona la existencia de cantares de Rodrigo Díaz, *mio Cid siempre llamado,* que no serían otros que el poema de que hablamos; y el de Almería fué escrito en vida de D. Alfonso VII el Emperador, á mediados del siglo XII. No puede, por lo tanto, traerse más acá la fecha de la composición del poema del Cid, y mucho menos si se tiene en cuenta que en el primer tercio del siglo XIII el arte se había transformado, siendo muy otras la lengua y la versificación.

Más difícil es decidir si el poema del Cid es de una sola mano y un solo conjunto, ó es una colección de romances ó

[1] D. Tomás Antonio Sánchez: *Colección de poesías castellanas.*

cantares sueltos relativos al héroe. Esta última parece la opinión más probable. Descúbrense, de todas suertes, algunas partes distintas que, según unos críticos, son tres, y siete, según otros [1]. El verso 193 dice: *Aqui comiença el Gesta de mio Cid el de Vivar;* el 1,188 es este: *De los infantes de Carrión yo os quiero cantar;* y los *2,286* y *2,287*, son: *Las coplas deste cantar aquis' van acabando, El Creador os vala con todos los sus Santos.* Estas y otras indicaciones hacen sospechar que, en efecto, el poema es obra de distintas manos, colección de cantares reunidos, como sucede en muchas poesías épicas primitivas; si bien la igualdad del estilo y del lenguaje, y hasta la repetición de ciertos giros y frases y la permanencia de unos mismos sentimientos, dejan alguna duda en el ánimo, y mueven á ciertos respetables críticos á considerarle como obra de un solo autor.

62. Modernamente se ha suscitado la cuestión acerca de la originalidad del poema del Cid, sosteniendo algunos críticos extranjeros, no sólo que en la obra se muestra, de modo claro, la influencia francesa, sino que es una imitación de la *Chanson de Roland*. No negamos que hay en los dos poemas trozos algo parecidos, como aquel en que el Cid excita á sus compañeros á pelear contra el rey de Marruecos, interviniendo el obispo D. Jerónimo, que, después de decir Misa y absolverlos, anima á la batalla; trozo que tiene semejanza vaga con un pasaje en que el arzobispo Turpín exhorta en Roncesvalles á los caballeros franceses: la descripción de la batalla contra el rey Búcar de Valencia, y la de Roncesvalles, también ofrecen rasgos comunes, así como la oración que pronuncia D. Jerónimo al despedirse del Cid, y la de Roldán al espirar; pero estos trozos, que son pocos y pequeños, en nada contradicen la originalidad y el colorido nacional del poema del Cid, que se ve en cierta manera forzado á reconocer el mismo autor francés que los compara [2]. En los dos poemas se trata de guerra de cristianos con sarracenos; los dos

[1] D. Tomás Antonio Sánchez, Magnin, Amador de los Ríos, etc.
[2] Baret: *Literatura española.*

representan un estado social análogo, y nada de extraño tiene que existan en ellos ciertas coincidencias. Posible es, además, que el poeta español conociese la *gesta* francesa y tomara de ella algún pormenor; pero, lo repetimos, el poema del Cid es obra eminentemente nacional, sin que ni en su espíritu (aparte de lo ya indicado de la guerra contra los moros) ni en su carácter, se parezca á la canción francesa, que es un verdadero libro de caballerías lleno de fábulas y cosas estupendas; mientras que en el poema del Cid todo es humano, verosímil y natural, sin que apenas aparezca el elemento maravilloso.

63. La otra obra poética antigua relativa al Cid, es la llamada *Crónica rimada* ó *Leyenda de las mocedades*. Desconocida hasta hace poco tiempo, y publicada por el señor Ochoa, en París, fué considerada como una crónica de Castilla y especialmente de los hechos del Cid; porque el principio no se refiere al héroe de Vivar, sino á los comienzos del condado de Castilla. La intención manifiesta de la obra es, sin embargo, referir hazañas del Cid; pero hazañas, en gran parte, si no todas, fabulosas, relativas á su juventud. Canta la muerte del conde Lozano, á quien llama D. Gómez de Gormaz, que no perece en singular combate, sino en una lucha entre caballeros de una y otra casa, por haber invadido los del Conde las heredades del padre del Cid. Rodrigo da libertad á las hijas del Conde, y casa con Jimena, que le pide por marido, ya que el Rey no quiere que muera tan valiente caballero; pero Rodrigo promete no vivir con su esposa hasta que no haya vencido cinco reyes moros. Los vence, en efecto, y tiene otra multitud de combates y victorias, decidiéndose á marchar á Francia, porque el Rey de esta nación, el Emperador y el Papa han pedido feudo á Castilla. Derrota Rodrigo, primero al conde de Saboya, diciendo al Rey que deshonre á Francia en la persona de su hija [1]; va después á París, deseoso de combatir con los *12 pares*; y asustados el Emperador y el Papa quieren pactar con el rey de Castilla, cuya indepen-

[1] *Embarraganad á la Francia*, son las palabras que le atribuye la crónica.

dencia reconocen, por el valor de Rodrigo, humillándose al caudillo castellano el Soberano Pontífice. Todos estos sucesos fabulosos dan un extraño carácter al poema, que es considerado como expresión de la antipatía de Castilla contra todo lo francés, por las bodas del rey D. Alfonso VI, las de sus hijas, y la venida de los monjes de Cluny; pues eran grandes la influencia y poderío de los nobles y religiosos franceses en España; y estaba la Santa Sede ocupada por un Papa francés, que había abolido el rito nacional, imponiendo el romano. La versificación de la leyenda tiene marcadísima tendencia al romance octosílabo, tan popular y extendido después en España, aunque el autor no domina la lengua ni el metro; pero se advierte que éste es distinto del empleado en el poema del Cid.

Dice Rodrigo á su padre, dando libertad á Jimena y á sus hermanos:

«Parat mientes al mundo, sennor, por caridat
Non han culpa las fijas, de lo que fizo el padre;
Datles a sus hermanos, ca muy menester lo han:
Contra estas duennas messura, debedes padre acatar....»

Y Jimena dice al Rey:

«Horfaniela finqué pequenna, de la Condesa mi madre;
Fijo de Diego Lainez, fizome mucho mal,
Presome mis hermanos, e matome a mi padre:
A vos que sodes Rey, vengome a querellar.»

Y el Rey responde:

«En gran coitas son mis penas, Castilla alzarme ha
E si se me hacen castellanos, fazerme han mucho mal.»

Varios autores, entre ellos el Sr. Amador de los Ríos, han sostenido, con razones que no carecen de fuerza, la prioridad de la leyenda sobre el poema del Cid [1]; pero consideradas las cosas atentamente, lo cierto parece lo contrario. La *Leyenda de las mocedades* tiene el carácter de un libro de

[1] *Hist. de la Lit. esp.*, t. III.

Caballerías, mientras que en el poema todo es sencillo y espontáneo, como sabemos, mostrando la proximidad de los sucesos que celebra. No parece probable que, viva y reciente todavía la memoria de las hazañas del Cid, se escribiese un libro en que se desnaturalizase su carácter, y se le atribuyesen multitud de hechos fabulosos; y, por el contrario, la misma falta de invención de sucesos extraordinarios que en el poema se advierten, los pormenores minuciosos con que se refieren los hechos, y el candor y frescura que campean en todo él, indican una mayor antigüedad, siendo, por tanto, la leyenda fruto de la sucesiva modificación por que en la fantasía popular iba pasando la figura de Rodrigo, á la cual se atribuía cuanto el pueblo castellano deseaba.

LECCION IX

64. Poesía religiosa.—65. El *Misterio de los Reyes Magos*. — 66. El *Libro de los tres Reyes de Oriente* y la *Vida de Santa María Egipciaca*. —67. Cantos de cruzada de Marcabrú y Gabaudán.

64. Al lado de la poesía heroica, era natural que se produjera la poesía religiosa; porque la Religión, como idea y como sentimiento, informaba toda la Reconquista y toda la vida del pueblo español. Muchas composiciones de este género pertenecen á la poesía latina, forman parte de los breviarios y libros devotos, obra de los monjes y sacerdotes, y se dirigen á fomentar la piedad. Otras muchas se habrán perdido seguramente; y sólo han llegado á nuestros días tres producciones épico-religiosas de este primer tiempo de la lengua castellana, y algunas no son de origen español.

65. Es la primera el llamado *Poema ó misterio de los Reyes Magos*, que no se conserva íntegramente. El trozo que existe está dialogado, y empieza expresando uno de los Re-

yes su admiración á la vista de la estrella que ha visto en Oriente :

> «Deus criador qual maravela!
> no se qual es aquesta estrella ;
> agora primas la e veida,
> poco tiempo a que es nascida,
> nascido es el Criador
> que es de las gentes sennior», etc., etc.

Llegan después los otros Reyes, y comprendiendo la significación de la estrella, se deciden á ir á adorar al Salvador del mundo. Termina el fragmento en el instante en que Herodes, por las noticias que le dan los Reyes, reune á los sabios y doctores de la ley para que le digan dónde debe nacer el Mesías.

La circunstancia de estar enteramente dialogada, da motivo á presumir que esta composición es de carácter dramático, y sería tal vez uno de los dramas ó misterios que se representaban en el templo ya en aquella época. Precisamente D. Alfonso el Sabio, en las *Partidas,* menciona, como cosa generalizada ó arraigada, las representaciones que se hacían en Navidad, Epifanía y Pascua de Resurrección; pudiendo muy bien este *Misterio de los Reyes Magos* ser de fines del siglo XII ó principios del XIII, á juzgar por su lenguaje y por sus formas.

66. El otro poema histórico-religioso á que nos hemos referido se intitula el *Libro de los tres reys de Orient;* y aunque por su título parece referirse también á la adoración del Salvador por los Reyes Magos, esto sólo forma la primera y más pequeña parte de la obra; siendo lo demás el relato de la degollación de los niños inocentes y de la huida á Egipto. Refiere el poema especialmente una tradición, según la cual la Sagrada familia, en su viaje, halló refugio una noche en la cueva de unos bandidos, donde un niño leproso fué bañado, por disposición de la Virgen María, en el agua en que se había bañado el niño Jesús, siendo así curado de su enfermedad: y este niño, andando el tiempo, fué el buen ladrón, Dimas, que, por su arrepentimiento y confesión de la divini-

dad de Cristo en el Calvario, obtuvo del Redentor el perdón de sus culpas y el Paraíso.

No carece esta composición de color poético, aunque el lenguaje y estilo son también bastante rudos. Hablando de la degollación de los inocentes, dice:

«Cuantos ninios fallaban
todos los descabeçaban,
por las manos los tomaban,
por poco que los tiraban
sacaban á las vegadas
los brazos con las espaldas.
Mesquinas ¡que cuytas vieron
las madres que los parieron!
Toda madre puede entender
qual duelo podía ser,
que en el cielo fué oído
el planto de Raché».

Esta obra es de origen francés, y lo mismo la *Vida de Santa María Egipciaca*, que pertenece á igual período. Santa María Egipciaca fué primero una gran pecadora; pero arrepentida de sus extravíos, se retiró al desierto, donde vivió cuarenta años en la más rígida penitencia. Estas dos épocas de la vida de la Santa son el argumento del poema, que fué escrito en lengua provenzal, como se ha observado con traducir á este idioma la versión castellana que tenemos; pues los versos imperfectos en castellano, quedan correctos en provenzal.

He aquí una muestra del estilo y versificación. Dice la Santa, arrepentida ya de sus culpas, invocando á la Virgen María:

«Creyo bien en mi creencia
Que Dios fué en tu nascencia
Virgo reina, creyo por ti
Que si al tu fijo rogases por mí
Si tu l'pides aqueste don
Bien es que auré perdon....

Un nombre havemos yo e ti
Más mucho eres luenye de mí;
Tu María e yo María
Mas non tenemos e mas una via.»

67. Se advierte que la poesía española iba adquiriendo nuevas formas y nuevos versos. De los himnarios religiosos nació el octosílabo ó pie de romance, metro popular por excelencia en España, y al cual tiende, como hemos visto, la *Leyenda de las mocedades:* en el poema del Cid hay tendencia al alejandrino, ó verso de catorce sílabas, de origen francés; y en estos poemas religiosos se ven ya metros cortos de importación francesa y provenzal.

Habían venido, en efecto, ya á Castilla varios poetas provenzales, y alguno, *como Marcabrú,* escrito dos composiciones, animando y excitando á los caballeros de su país á que acudieran en ayuda del rey D. Alfonso VII á la conquista de Almería; y Gabaudan el viejo, también provenzal, celebró en Castilla el triunfo memorable de las Navas de Tolosa. Pero, hasta ahora, la musa provenzal no daba á Castilla sino algún asunto y metros; mas no su espíritu ligero ni su carácter generalmente erótico. Todo, sin embargo, iba preparando la transformación del primitivo arte nacional, y contribuyendo al desarrollo de la lengua y á la creación de nuevas formas y géneros literarios.

Folquet de Marsella escribió asimismo sobre asuntos de Castilla, deplorando la derrota de Alarcos y excitando á los caballeros de Francia á que ayuden á los monarcas españoles. Gabaudan el viejo hizo más, puesto que, no sólo contribuyó con su poesía á la cruzada de las Navas de Tolosa, sino que tomó personalmente parte en la memorable batalla. El canto de Gabaudan tiene más sentimiento y calor que la mayor parte de las poesías provenzales relativas á las cruzadas y á las guerras con los moros de España.

He aquí algunas estrofas: «Señores, por culpa de nuestros pecados ha aumentado el poderío de los sarracenos; Jerusalem ha sido tomada por Saladino y no ha vuelto á ser conquistada; y he aquí que el rey de Marruecos se apercibe á hacer la guerra á los Reyes cristianos, con sus falsos andaluces y sus árabes, armados contra la ley de Cristo. Ha

reunido todas las razas de Occidente, los mazmudes, los moros y bereberes y godos, vigorosos ó débiles: ni uno ha quedado atrás; la lluvia más abundante no inunda los campos tanto como ellos; pasan sobre los cuerpos muertos como los rebaños sobre la hierba, y no dejan planta ni raíz....

»Oidlo vos, Emperador, y vos, rey de Francia, y vos, rey de Inglaterra, y vos, conde de Turena; y acudid todos al socorro del rey de Castilla. Jamás hubo una ocasión más hermosa de servir á Dios; con su ayuda vencerán á todos estos paganos, de que se ha burlado Mohamet, y éste ha reunido á esta escoria de los hombres. Jesucristo, cuya palabra nos manda tener un buen fin, nos enseña hoy el camino; Él nos señala la penitencia, por la cual nos será perdonado el pecado cometido en Adam. Nos promete, si queremos creerle, recibirnos entre los bienaventurados y ser nuestro guía contra los desdichados felones.

»No entreguemos nosotros, firmes poseedores de la gran ley; no entreguemos nosotros la herencia á los negros perros de Ultramar, que cada uno trata de prevenir el peligro; no esperemos á que nos haya cogido....»

LECCIÓN X

POEMAS DE CLERECÍA.

68. Transformación del arte vulgar: poesía erudita.—69. *Disputación entre el cuerpo y el alma.*—70. Gonzalo de Berceo.—71. Libro de *Apolonio.*—72. Poema de *Alexandre.*—73. Poema de *Fernán González.*—74. Libro de *Iusuf.*—75. Observaciones sobre la poesía en este periodo.

68. En el primer tercio del siglo XIII se transforma la poesía castellana, adoptando nuevos metros y aceptando asuntos extraños á la nacionalidad española: apareciendo, en una palabra, el arte erudito. Los grandes progresos de la Reconquista, especialmente desde la toma de Toledo por Alfonso VI, y las de Córdoba y Sevilla por San Fernando, fueron causa de que, con mayor sosiego, los pueblos cristianos pudieran dedicarse más al cultivo de las letras, enriquecién-

dose con los conocimientos de los extranjeros y aun de los árabes y judíos, á quienes se permitió vivir en paz entre los cristianos.

Fundáronse las escuelas de Palencia y Salamanca, que se convirtieron en Universidades, y en Toledo se había fundado, como se dijo antes, un colegio de traductores, que dió á conocer muchas de las obras extranjeras. Resultado de todo esto fué la transformación del arte que, en la poesía, se manifiesta, en primer lugar, por nuevas y más perfectas maneras de versificación, que, adoptadas por los poetas ilustrados, producen la diferencia entre poetas doctos y populares. La distinción, sin embargo, no es completa, puesto que los poetas doctos, que usaban esas más perfectas formas, cantaban muchas veces en sus versos asuntos de carácter popular y eminentemente nacionales, sin que su lenguaje se apartase tampoco mucho del de los cantores del pueblo.

La forma nueva se llamó *mester de clerecia*, en oposición á la antigua y ruda de los poemas heroicos, que tiene el nombre de *mester de yoglaria*. El clérigo, ú hombre docto, no se diferenciaba mucho del juglar sino sólo en esta mayor perfección de la forma. Se generaliza entonces la *cuaderna via*, ó cuarteta monorrima de alejandrinos, forma que prevalece en casi todos los monumentos poéticos de aquel siglo. Por otra parte, aparecen ya algunos nombres de autores, aunque no faltan composiciones anónimas, como lo habían sido y lo fueron todavía en adelante las de carácter popular.

69. Algunos respetables críticos suponen necesaria la existencia de monumentos poéticos, que llaman intermedios, entre los populares y los doctos, y cuentan en este número una composición anónima intitulada *Disputación entre el cuerpo y el alma*, en versos leoninos. En ella el alma se queja del cuerpo que, con su tendencia á lo grosero y material, tiene la culpa de los pecados que comete, diciéndole, entre otras cosas:

«Tot siempret' maldecire ca por ti penaré
Que nunca facist cosa que semias fermosa
Nin de nog, nin de dia, de lo que yo quería....»

Esta composición, cuyo asunto se generalizó en la literatura europea, no puede llamarse monumento intermedio en el sentido de ser precedente para la poesía propiamente docta; y no sabiéndose, ni pudiéndose conjeturar, la época precisa en que fué escrita, hay riesgo de equivocación suponiéndola necesariamente posterior á los poemas populares y anterior á los llamados eruditos. La poesía, por otra parte, no es un organismo vivo que haya de pasar por determinados é invariables aspectos en su desarrollo; y aun admitiendo que el documento en cuestión, y otros antiguos que pudieran presentarse, sean anteriores á todos los poemas eruditos, en manera alguna se podría concluir que éstos no hubieran existido sin ellos.

70. El primer poeta castellano de nombre conocido, es quizá *Gonzalo de Berceo;* y decimos quizá, porque existe ya una poesía de un *Pero Gómez*, que parafrasea, con intento satírico, algunos conceptos de los *Proverbios* de Salomón; y por su estilo y lenguaje pudiera ser contemporáneo ó anterior á Berceo, aunque respetables autores suponen que necesariamente hubo de ser posterior, porque entonces no había entrado la sátira en la poesía castellana. Esta razón no es convincente, dado que en cualquier época hay y puede haber ingenios satíricos, y pudo escribirse dicha composición, fundada, como decimos, en frases de la Biblia, la cual era conocida entonces, como siempre, de los fieles, y sobre todo de los sacerdotes. Ya en la poesía hispano-latina hemos visto sátiras contra el dinero y las mujeres. Lo mismo pudo haberlas en castellano.

Mas, prescindiendo de esta poesía de *Pero Gómez,* por otra parte, de escasa importancia, y cuya época no puede fijarse con rigor, el primer poeta es, como queda dicho, *Gonzalo de Berceo*, natural del pueblo de este nombre, y clérigo en el monasterio de San Millán de la Cogulla, diócesis de Calahorra. Debió nacer á fines del siglo XII, puesto que se ordenó, según escrituras que existen en dicho monasterio, por los años 1220 á 1222, y vivía aún en el 1246, sin que sepamos la época fija de su muerte.

Gonzalo de Berceo adopta ya los nombres de *libro, dictado* y *prosa* para sus composiciones, á diferencia de los juglares, que llamaban *cantar* á toda poesía épica [1]. Las obras de *Berceo* son todas de asuntos religiosos, y pueden dividirse en históricas y didácticas. Á las primeras pertenecen la *Vida de Santo Domingo de Silos*, la de *San Millán*, las de *Santa Oria* y *San Lorenzo* y *Los milagros de Nuestra Señora;* y á las segundas, *El sacrificio de la Misa* y *Los signos que precederán al día del juicio.* Tiene además otras dos composiciones, titulada una *Los loores de Nuestra Señora*, y otra *El duelo de la Virgen*, en que palpita el sentimiento lírico, aunque por su tono y condiciones generales son también épicas; y por último, atribúyese además á Berceo la traducción de tres himnos: el *Veni Creator*, el *Ave Maris Stella* y el *Jam lucis orto sidere.* Todas estas poesías están escritas en la *cuaderna via*, lo cual las hace un tanto monótonas; pero en el lenguaje y estilo hay, notoriamente, un gran adelanto respecto de los poemas del Cid. No carece Berceo de intención y cualidades poéticas, abundando en sus obras cuadros muy bien descritos y escenas perfectamente sentidas; pero, en general, emplea un tono medio, distante todavía de la verdadera inspiración poética.

Las más notables de sus composiciones épicas son, sin duda, la *Vida de Santo Domingo de Silos*, patrón de su monasterio, Santo muy popular en aquel período, á quien el poeta profesa singular devoción, y *Los milagros de Nuestra*

[1] No sólo en tiempo de Berceo, sino en los posteriores de Ayala y Juan de la Encina, se llamaron *prosas* las composiciones narrativas y aun los poemas heroicos. Berceo dice:

«Quiero fer una *prosa* en roman paladino,
En qual suele el pueblo fablar a su vecino».

También se llamaba *prosa* el lenguaje ó palabra en general. Villasandino, hablando á la Virgen, dice:

«Amorosa es la tu *prosa*».

En Italia sucedía lo mismo que en España, puesto que el Dante, en el Purgatorio, hablando de Arnaldo Daniel, dice que escribe:

«*Versi d'amore, prose di romanci*».

Señora, en que refiere 25, algunos muy notables, como el de Teófilo, el cual hace pacto diabólico, siendo al fin librado de la esclavitud de Satanás por la intercesión de la Virgen. En estos milagros siguió Berceo principalmente á Gautier de Coincy, que á su vez había tomado mucho de Hermán, Hugo Farcit y otros autores de tradiciones religiosas.

Los *Loores de Nuestra Señora* tienen, como se ha indicado, carácter épico-didáctico, puesto que en ellos se va exponiendo la vida de la Virgen y la del Salvador, juntamente con la fundación de la Iglesia y la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles; pero el autor se dirige siempre á la Virgen María; y, animándose en algunas ocasiones, expresa sus sentimientos de amor y de piedad con tono y carácter verdaderamente líricos. Véase si no (y sirva de muestra de la versificación de Berceo) cómo habla al final de su obra:

« La mayor esperanza, nos en Dios la tenemos,
Pero en ti sennora, gran fedura avemos,
Ca todo nuestro esfuerzo, nos en ti lo ponemos;
Sennora tu nos mira, antes que periglemos,
Por ende eres dicha, tu estrella del mar,
Porque en tal periglo, nos aves a uviar,
Por el tu guyonage, avemos arribar,
Et de aquellas ondas, tan fuertes escapar.
En la venida madre, que facimos primera
Por ende la salut vino, tu nos fuiste carrera;
En la segunda madre tu no sey obrera
Que non seamos presos en la mortal murera.
Madre tú eres dicha fuente de piedat,
Tú fuiste relicario, fuente de santidat,
La tu merced espera, toda la cristiandat,
Ca por ti como cree ganare salvedat....
Ante la tu beldat, non an precio las flores
Ca tal fue la maestra que echo las colores:
En nobles son las fichuras, las virtudes mayores
Onde te laudan tanto, los tus entendedores.... »

El *Duelo de la Virgen* (obra en que cita y sigue mucho á San Bernardo), además de tener sentimiento lírico, al cantar

las amarguras de la Madre del Salvador en su soledad, intercala una poesía que pone en boca de los soldados que guardaban el sepulcro, y que es enteramente lírica. Llamábase esta poesía *Eia velar,* porque así empieza, y esta palabra se repite mucho, diciéndosela unos soldados á otros para animarse á la vigilia. Suponen doctos críticos que esta composición no es original de Berceo, sino uno poesía popular que intercaló en su obra; pero esto no puede asegurarse.

71. Por el tiempo en que florece Berceo aparecen ya otros poemas de índole más erudita que los suyos, si bien tampoco pueden llamarse todos eruditos en el riguroso sentido de la palabra; porque las ideas y sentimientos en ellos expresados son eminentemente nacionales; pero algún asunto de estos poemas á que nos referimos es enteramente extraño á la historia de España, y tomado de las obras y leyendas extranjeras.

Es el primero de ellos, el llamado *Libro de Apollonio,* rey de Tiro que sufrió grandes desdichas, perdiendo á su esposa y á su hija, á las que recobra, al cabo, trocándose en alegría sus pasadas desventuras [1]. Lo más interesante del poema es lo relativo á Tarsiana, hija de Apolonio, que por la perfidia de una antigua servidora, á quien el Rey la había encomendado, estuvo á punto de perder la vida, y se vió sola y abandonada, expuesta á todo género de peligros, en poder de piratas y de hombres infames, saliendo ilesa siempre su virtud, y encontrando á su padre cuando más desventurada se creía. Esta escena es realmente bella; pues Apolonio, viejo y triste, es visitado por un príncipe que, para consolarle, envía una famosa juglaresa de la ciudad, en la cual reconoce aquél á su hija, después de haberla rechazado violentamente, juzgando liviandades las muestras de cariño que la pobre niña le daba, movida por secreta simpatía. El Sr. Amador de los Ríos observa que el tipo de Tarsiana tiene grandes

[1] En la *Gesta romanorum*, compilación de historias, anécdotas y leyendas para uso de los predicadores en la Edad Media, el capítulo relativo á Apollonio se titula *De tribulatione temporali quae in gaudium sempiternum postremo commutabitur.*

semejanzas con la Politania, de Timoneda, la Preciosa, de Cervantes y la Esmeralda, de Víctor Hugo, por ser todas de ilustre estirpe y verse expuestas á los peligros del mundo, ganando su vida en las plazas públicas.

Esta leyenda nace en Oriente, y era conocida en España por los siglos XI y XII; pero el poeta la amplía y modifica, escribiéndola en cuartetos alejandrinos ó *cuaderna via* que llama *nueva maestría;* lo cual, unido á las demás condiciones de la obra, permite considerarla contemporánea de las de Berceo.

72. El otro poema de asunto extraño á nuestra patria es el de *Alejandro,* escrito por Juan Lorenzo Segura, clérigo de Astorga, según reza la estrofa final. La vida de Alejandro Magno dió siempre pábulo á la leyenda y á la fábula, que invadieron las mismas historias del héroe. En el siglo XI, un novelista bizantino publicó una supuesta historia de Alejandro, atribuyéndosela á Calistenes, contemporáneo del conquistador. En esta obra, traducida al latín, y en otra falsa historia tomada del persa por Simeón Set, guardaropa del emperador Miguel Ducas, se inspiraron varios poetas franceses, especialmente Lambert li Court, y Alexandre de Bernay, que escribieron una *Alexandreida,* de gran popularidad en la Edad Media. En las mismas fuentes se inspiró Gualtero de Chatillon, y á este sigue en gran parte, y cita Segura, quien, sin embargo, no se limitó á copiar ni traducir; haciendo, por el contrario, alardes de originalidad.

El poema no tiene de griego ó bizantino más que los nombres; porque Alejandro está presentado como un paladín de la Edad Media, que, además, visita conventos de monjas y es recibido en Jerusalén por el Obispo. Este y otros anacronismos se explican, no por la ignorancia de la historia, sino por el espíritu de la época, que á todo daba carácter y color nacionales para que interesase al pueblo. Por lo demás, el poema sigue en gran parte la historia, refiriendo las guerras y conquistas de Alejandro, con intervención de muchos elementos maravilloso y sobrenatural, aunque no tantos como en los poemas franceses del mismo asunto; pero Alejandro hace

prodigios y quiere dominar el Universo, subiendo á los aires en un *cuero* que arrastran dos águilas, y bajando al centro de los mares en un tonel de cristal. La naturaleza, irritada, baja al infierno, á pedir venganza á Luzbel, y esto da ocasión al poeta para hacer una pintura de aquel lugar, con muchas alegorías de los vicios y pecados que tiene no pequeña analogía, aunque no puede compararse en mérito con la admirable que hizo después Dante en su *Divina Comedia*. El poema está escrito también en *cuaderna via* y en castellano, y no en dialecto *leonés*, como han dicho algunos críticos extranjeros; ni hay motivo bastante para afirmar la existencia de semejante dialecto, aunque emplee Segura frases y palabras de sabor provincial; porque el castellano todavía no estaba plenamente formado con todas sus condiciones literarias.

73. La nueva forma poética, ó sea la *cuaderna via*, fué empleada también en cantar asuntos nacionales y populares, existiendo un *Poema de Fernán-González*, el famoso conde de Castilla, celebrado ya antes por los juglares en *gestas* que se han perdido. El poema ó leyenda, que se conserva, tiene una introducción, exponiendo la historia de España anterior al famoso caudillo castellano, y sigue luego relatando su historia y las tradiciones que con ella se enlazan, como la célebre venta del *azor* y *el caballo*, que produjo la independencia de Castilla. También refiere detenidamente la prisión de Fernán-González en León, y su libertad por la infanta Doña Sancha, que le conduce cargado de cadenas en sus mismos brazos; pero, á pesar de estas y otras escenas de intención poética, el poema es lánguido y monótono, animándose solamente algo al referir ciertos hechos de guerra.

El manuscrito que conocemos tiene varias lagunas, y le falta el final. En él hay el mismo espíritu religioso y patriótico que resplandece en el del Cid, y la misma pintura de las costumbres y estado social de Castilla; pero todo con menos movimiento, vida y calor. Ignórase el autor de esta obra, y suponen los críticos que sería un monje de San Pedro de Arlanza, por lo mucho que habla de él.

74. Al mismo período que historiamos, debe pertenecer

otro poema, que algunos críticos suponen de época bastante posterior. Nos referimos al *Libro de José* ó *Iusuf,* notable monumento de la literatura *aljamiada* [1]. Esta circunstancia, y la de alterar en parte el poema la sencilla y patética narración bíblica, darían por sí solas motivo á pensar que no es obra de cristianos, sino de un *mudéjar* [2]; pero, además, bien claro lo dice el poeta mismo invocando á Alláh. El asunto del libro es la conocidísima historia de José, hijo de Jacob, vendido por sus envidiosos hermanos, á quienes más tarde encuentra y perdona siendo él primer ministro de Faraón. Fáltanle al poema el principio y el fin, aunque debe ser poco lo que se ha perdido. Lo conservado empieza refiriendo la envidia de los hermanos de José, y sigue contando el cautiverio de éste, la pasión que inspira á la mujer de Putifar, llamada Suleija por el poeta, la prisión de José y las demás circunstancias que le llevaron al mayor encumbramiento. Se aparta, como hemos dicho, de la sencillez bíblica, amplificando mucho las escenas más breves, y describiendo con algún pormenor un convite dado por Suleija á las señoras de la ciudad (duennas del lugar)—que la zahieren por su criminal pasión— con el intento de que, viendo á José, quedasen también prendadas de su hermosura. El estilo, el lenguaje, la versificación, todo es muy semejante á los demás poemas que hemos mencionado, y, por consiguiente, es natural suponerle de la misma época, ó muy poco posterior; no siendo valedero el argumento hecho por algunos críticos, de que los moriscos en el siglo xv estaban dos centurias retrasados de los cristianos respecto al lenguaje; pues, á pesar de ello, es evidente que á un morisco docto, viviendo en ciudades castellanas y entre los castellanos, no le sucedería así, como lo indican otros monumentos aljamiados que se conservan.

75. De todo lo expuesto hasta aquí resulta que la poesía castellana, en sus orígenes, fué casi exclusivamente religiosa y patriótica, diferenciándose en esto nuestro pueblo de los

[1] Llámase aljamiada la literatura escrita en castellano con caracteres árabes ó moriscos, y el nombre viene de *aljama* (junta).

[2] Llamábanse mudéjares los árabes que vivían entre los cristianos.

demás; por cuanto si en Francia y Provenza, por ejemplo, existen poesías de igual carácter, abundan también las eróticas y las satíricas, que en España no aparecen hasta más tarde. El fondo, pues, de nuestra poesía es grave y siempre serio y elevado, y la mayor parte de las veces nacional. Aparece ya, sin embargo, en este período la influencia de las literaturas extrañas, algunas veces en el asunto, como ocurre con los poemas de Alejandro y Apolonio, y sobre todo en las formas, adoptando los poetas castellanos los metros franceses y provenzales[1].

En cuanto á los trovadores en particular, si bien es cierto que desde el siglo XII acuden á Castilla, y los hallamos en las cortes de Alfonso VIII y sus sucesores, no tienen otra infiuencia que la de enriquecer nuestras formas poéticas; pero el espíritu nacional y cristiano se sobrepone por completo al carácter de la poesía provenzal, que hasta siglos después no logra imponerse en Castilla.

[1] El espíritu nacional y cristiano de nuestro pueblo protestó desde el principio contra la introducción de la Mitología en la poesía castellana, y quizá refiriéndose al poema de *Apollonio,* ó al de *Alexandre,* ó á otro que no ha llegado á nuestros días, dice un elogio anónimo de Berceo:

«Los ioglares cristianos que para fer sus prosas
Demandan el acorro a deidades mintrosas,
Semeian paganismo que ora dioses e diosas
Et precia mas folias que verdades fermosas.
Estos malos ioglares tienen a Dios grant tuerto,
Van por camin errado, errado que non çierto,
Dexan por las deidades al que fó por nos muerto,
Merescen los atales colgar en un veluerto.»

LECCIÓN XI

LA PROSA EN ESTE PERÍODO.

76. Primeros monumentos en prosa castellana.—77. Trabajos literarios del reinado de San Fernando.—78. Obras históricas de D. Lucas de Tuy y de D. Rodrigo.

76. La prosa castellana empieza propiamente al finalizar el período que historiamos; cosa que se explica, no sólo porque la poesía es forma que aparece primero en casi todas las literaturas, sino porque los doctos de aquel tiempo todavía conservaron el latín para sus escritos, mientras que el pueblo, que ya no hablaba esa lengua, componía en idioma vulgar sus sencillos cantares, que son, por tanto, las primeras manifestaciones del castellano. Ignórase, por otra parte, cuál es el primer monumento español escrito en lengua vulgar, habiéndose considerado como tal el *Fuero de Avilés*, que se supone dado por D. Alfonso VII en 1155. Recientemente un docto académico [1] ha negado, con poderosos argumentos, su autenticidad, fundándose, ya en sus caracteres cancillerescos, ya en razones filológicas. La opinión del Sr. Fernández-Guerra sigue siendo generalmente admitida por los críticos, aunque no ha faltado quien, con no escasos argumentos, ha defendido la autenticidad del *Fuero* [2].

Existen algunos documentos en lengua vulgar positivamente del siglo XII, como la crónica Iriense, que D. Nicolás Antonio y otros críticos creyeron del XI, pero que es de 1126, según demostró el eruditísimo P. Flórez; esta crónica está escrita en *bable*, ó sea dialecto asturiano.

Desde principios del siglo XIII existían varias obras en cas-

[1] D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA: *Discurso leído en la Academia Española.*

[2] Véase Arias de Miranda, sus opúsculos sobre el particular.

tellano, especialmente *Anales* y crónicas de escaso valor literario. Se conservan anales toledados, de Aragón, Navarra y otras regiones de España, y son simples noticias de los hechos más notables. Dicen, por ejemplo, los *Anales Toledanos:*

«*Alvar Hannez priso Cuenca de moros en el mes de Julio, era 1149.*

»*El Bisco don Pelayo fizo la iglesia d'Orense et guarneciola, era de 1151.*

»*El Arzobispo don Bernaldo levo sus engennos a Alcala que era de moros et cercola et prisola era de 1156.*

»*El rey de Aragon con ayuda de Dios é de sus cristianos en el mes de mayo priso a Zaragoza de moros era 1156.*»

Estos anales, publicados por el P. Flórez, llegan hasta el año 1219, y hay otros, como los de Aragón y Navarra, que alcanzan á la mitad del siglo XIII, siendo estos últimos más rudos y en peor castellano. Algo más suelto aparece el idioma en otra obra titulada *Linais de los Reys,* que es también del primer término del siglo XIII. Dice, por ejemplo:

«.... *Cuando fue perdudo el rrey Ruderich conquerieron moros toda la tierra dél hata Portogal de Galliza fueras ende las montannas D'Asturias ó se accollieron todas las gentes de la tierra; et fizieron hy rrey por esleycion al rrey don Pelayo que estava en una cueva de Asseva,* etc....»

77. Con caracteres ya literarios aparece el castellano en la traducción del *Fuero Juzgo,* mandada hacer por el rey San Fernando, para dársele como fuero municipal á la ciudad de Córdoba. El lenguaje de esta traducción es, no obstante, demasiado bueno para que pueda creerse que antes que él no se había escrito otro libro en mejor castellano que los citados anales y fueros.

Hablando de la ley, dice:

«*Que es por demostrar las cosas de Dios, que demuestra bien vevir y es fuente de disciplina, é que muestra el derecho, é que face é ordena las buenas costumbres, é govierna la cibdad, é ama justicia, é es maestra de virtudes é vida de todo el pueblo.... E fué fecha porque la maldad de los homes fuese refrenada por miedo de ella, é que los buenos visquiesen se-*

guramente entre los malos, é que los malos fuesen penados por la ley é dejasen de facer mal por el miedo de la pena [1].

San Fernando, que declara ya idioma oficial el castellano, y que con la toma de Córdoba y Sevilla hizo adelantar grandemente la Reconquista y al propio tiempo la cultura española, mandó componer varios libros de carácter didáctico, que son también de los primeros monumentos en nuestra lengua. Titúlase uno, *Libro de los doce sabios ó de la nobleza y lealtade*, y es un tratado de educación política para sus hijos. Es el otro, según respetables críticos, el intitulado *Flores de Filosofía* [2], conjunto de sentencias y máximas sacadas de otros libros y dividido en treinta y ocho capítulos, que tratan de los deberes del hombre para con Dios, los reyes, los amigos, y de cómo ha de ser el hombre paciente, sufrido, humilde, etc., etc. Algunas veces se dan los consejos en forma de cantares, y los capítulos que son cortos son llamados *leis*, suponiendo el autor que se juntaron treinta y siete filósofos para hacer este libro y que lo terminó Séneca.

Este género de literatura se cultivó mucho en aquel tiempo, existiendo diferentes tratados de sentencias y dichos de sabios y filósofos.

Al reinado de San Fernando pertenece también otra obra titulada *Flores de las leyes*, del maestro Jacobo; y todos estos trabajos, y más todavía los cuidados que el santo Rey tomó para la educación de su hijo Don Alfonso el Sabio, le dan un lugar distinguido, y le hacen acreedor á las mayores alabanzas en la historia de la literatura española.

78. El castellano, sin embargo, no había triunfado completamente de la lengua latina, que seguían empleando la mayor parte de los escritores: los principales de aquel tiempo

1 Leyes 2.ª y 5.ª, tít. II, lib. I.

2 Esta obra ha sido publicada en 1878 por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, con una erudita disertación de Germán Kruch, que dice es del siglo XIII, sin afirmar que pertenezca á San Fernando. Las *Flores de Filosofía* están sacadas, en gran parte, de un libro llamado los *Buenos Proverbios*, que, á su vez, son traducción de *las sentencias morales de los filósofos*, escritas por Hemin-ben-Ishaik (manuscrito árabe del siglo IX) y del *Bonium*.

son autores de obras religiosas ó de historias sagrada ó profana. Como *agiografos* [1], se distinguen D. Martín de León y el obispo de Orense D. Alfonso Rodríguez, y como autores de historia profana D. Lucas de Tuy y D. Rodrigo Jiménez de Rada. Estos dos son los prosistas más importantes de la primera mitad del siglo XIII. El primero, oriundo de León, fué obispo de Tuy, y compiló, por encargo de la reina doña Berenguela, el libro de las *Crónicas,* en las cuales pretende abarcar toda la historia de España, desde los tiempos fabulosos, sin lograr hacer una genuina historia por faltarle verdadero espíritu crítico. En el último período, que alcanza hasta el reinado de San Fernando, el libro del Tudense es interesante y curioso, por las noticias que contiene acerca del estado social del reino de León. Además de las *Crónicas,* escribió D. Lucas de Tuy la vida de San Isidoro y un tratado contra los albigenses [2].

Más celebrado que el Tudense, es, con justicia, D. Rodrigo Jiménez de Rada, natural de Puente la Reina (Navarra), donde nació hacia 1170. Estudió en París, y pasando luego á Castilla, fué obispo de Osma y después arzobispo de Toledo. Asistió al rey D. Alfonso VIII, recorriendo Francia é Italia para promover la cruzada que dió por resultado la gran victoria de las Navas de Tolosa, en la que desempeñó un importante papel, animando al caudillo cristiano; tomó parte en el Concilio IV de Letrán, y trabajó mucho para que se construyese la hermosísima catedral de Toledo. Muy estimado por San Fernando, compuso, según los deseos de este Príncipe, la *Historia Gótica,* á la cual añadió, como complemento, la de los Ostrogodos, Hunnos, Vándalos y Suevos, y más tarde la de los Romanos; y habiendo escrito antes una de los Árabes, trazó así el cuadro completo de los diversos pueblos que habían dominado en nuestra Península. Las historias del Arzobispo toledano, además de tener gran valor por su erudición, merecen y han merecido siempre justos elogios, porque,

[1] De αγιος, sagrado, y γραφω, escribir.

[2] Fué dado á luz por el P. Mariana, y se publicó en 1618 en Ingolstadt.

aun cuando admite en ellas lo tradicional y legendario, no son ya relatos de sucesos sin orden ni enlace, como lo habían sido las crónicas hasta entonces publicadas, sino que forman un todo completo y armónico, y presentan los sucesos ordenados según un plan verdaderamente histórico y literario. La *Historia gótica* de D. Rodrigo fué traducida por él mismo al castellano y se hicieron de ella otras varias traducciones á la misma lengua y una al catalán en 1266. También se tradujo, aunque algo más tarde, la *Crónica* de D. Lúcas de Tuy.

SEGUNDO PERÍODO.

(DESDE ALFONSO X HASTA ENRIQUE II.)

LECCIÓN XII

79. D. Alfonso el Sabio: sus obras poéticas.—80. Poesías que falsamente se le atribuyen.—81. Trabajos históricos de D. Alfonso.—82. Traducciones hechas por él ó bajo sus auspicios.—83. Obras jurídicas: las *Partidas*.—84. Otras obras.—85. Juicio general del Rey Sabio.

79. Si las letras españolas tienen mucho que agradecer á San Fernando por lo que personalmente hizo, aún más gratitud le deben por la educación esmerada que dió á su hijo Don Alfonso, á quien la posteridad saluda con el dictado de Sabio. Dotado el joven Príncipe de gran talento natural y de una extraordinaria afición á todo linaje de estudios, no sólo aprovecha las sabias lecciones de su padre y de sus maestros, sino que los sobrepuja á todos y se adelanta á su siglo, siendo en él una figura verdaderamente extraordinaria y gigastesca. Ninguna ciencia, ninguna clase de conocimientos fueron ajenos á Alfonso X de Castilla, que no deja tampoco de cultivar las bellas letras y de sobresalir gallardamente en la poesía.

Tuvo, desde su niñez, trato frecuente con los trovadores

provenzales y con toda clase de sabios, llamando á los árabes y hebreos más doctos de su tiempo para que le ayudasen en algunas de sus empresas científicas. Ya en la corte de su padre, trató á Beltrán Almamón, Gordelo de Mantua, Gabaudan el Viejo, Guillermo Azemar y Geraldo de Borneil, y más tarde á Naz de Mons, Geraldo de Riquier, Bonifacio Calvo y otros provenzales, que acudían á la corte de Castilla atraídos por la fama del Príncipe [1]. Algunos, como Bonifacio Calvo, son considerados casi consejeros del Rey, y otros, como Naz de Mons y Geraldo Riquier, sostuvieron con él disputas y cuestiones poéticas, ejercitándose así en toda clase de metros.

Considerado como poeta D. Alfonso el Sabio, tiene una obra notabilísima, que tal puede llamarse su colección de *Cantigas* ó *loores y milagros de Nuestra Señora.* Son todas ellas leyendas y tradiciones piadosas relativas á la Virgen María, y llegan á 401, habiendo sido esta obra empezada en la juventud de D. Alfonso y continuada amorosamente durante toda su vida, según que iba teniendo noticia de nuevos milagros de la Virgen. Algunos de ellos son los mismos cantados por Gonzalo de Berceo; pero el Rey Sabio los toma de todos los autores religiosos, españoles y extranjeros, de la misma tradición popular y aun de los sucesos contemporáneos; y así como uno de ellos es la famosa tradición de la monja tornera, en cuyo lugar sirvió la Virgen María durante su ausencia del convento, otro es relativo á la curación de San Fernando siendo niño, á quien llevó su madre la reina Berenguela al monasterio de Oña para pedir á la Virgen la salud.

Las *Cantigas* están escritas en gallego, sin duda por haber pasado en Galicia D. Alfonso su primera juventud, y tienen grandísima variedad de metros, habiéndolos hasta endecasílabos, aunque no estrofas completas de esta clase, sino versos sueltos; por ejemplo:

«De mui gran fermosura una donzela
Que de faiçon et de coor mais bela
Era que non e a neve e a grana....»

[1] Beltrán Carbonel, Ramón Pedrosa y otros, quizá estuvieron en la corte de Castilla, porque en sus versos hablan también del Rey Sabio.

El octosílabo aparece ya perfectamente formado:

«Bien pesi esta a os reys
da mar, en Santa María
ca e las muy grandes coitas
la os acorre e os guia.»

Las *Cantigas*, de carácter épico, tienen muchos elementos líricos, siendo verdaderos himnos, plegarias y loores. Una de ellas, por ejemplo, empieza celebrando el mes de Mayo, y dice:

«Ben vennas maio con toda saude
per que loemos a de gran vertude
que a Deus rogue que nos sempr'aiude
Contra ó demo et dessi nos escude.
Ben vennas maio e con lealtade
perque loemos a de gran bondade
que senpre aia de nos piedade
et que nos guarde de toda maldade....»

En otra dice:

«Dios te salve gloriosa
reina María
lume d'os santos, fermosa
et d'os ceos guia.... »

Por toda esta variedad de metros, de estilo y de expresión, las *Cantigas* son una obra rica de poesía y de sentimiento, que no tienen parecido en ninguna otra de las de aquella época, y que es hoy de lo más notable entre lo muchísimo que se ha escrito en loor y alabanza de la Virgen María [1].

80. Otras composiciones poéticas se atribuyen á Don Alfonso el Sabio, pero que son manifiestamente apócrifas ó de dudosa autenticidad. Apócrifo es, sin género de duda, el libro poético del *Tesoro,* que se refiere á la invención de la

[1] Lástima grande que aún no se hayan publicado las *Cantigas* de que hay varios códices, uno bellísimo, lleno de adornos y de miniaturas, en la Biblioteca del Escorial. La Academia Española se encargó de editarlas, pero aún no han aparecido al público.

piedra filosofal, ó sea procedimiento supersticioso para hacer oro, desideratum de los alquimistas. El lenguaje y estilo de esta composición, escrita en coplas de arte mayor, pertenece, tal vez, al siglo XV; y, por otra parte, el Rey Sabio, que censura severamente en las *Partidas* semejante pretensión y vana ciencia, llamando *engannadores* á los que la cultivan, no podía incurrir en la falta de fomentarla.

La otra poesía que admiten los mismos doctos críticos, que rechazan la autenticidad del *Tesoro* [1], es el libro de las *Querellas*, en las cuales se queja D. Alfonso el Sabio de la soledad en que había quedado á consecuencia de las guerras civiles, y de la rebelión de su propio hijo. Los fragmentos que se conservan sugieren grandes dudas acerca de su autenticidad, ya por el estilo, lenguaje y versificación, ya por el fondo ó pensamiento. El más conocido es aquel que empieza:

«A ti Diego Perez Sarmiento, leal
Cormano e amigo e firme vasallo
Lo que a mios omes de coita les callo
Entiendo decir plannendo mi mal....
Como yaz solo el rey de Castiella
Emperador de Alemania que foé
Aquel que los reyes besaban el pie,
E reynas piden limosna é manciella;
Aquel que de auxilio, mantovo en Sevilla
Diez mil de a caballo y tres dobles peones;
Aquel que acatado en lejanas naciones
Fue por sus Tablas e por su cuchilla.»

Vemos aquí la estrofa de arte mayor, que no se arraiga hasta después. Algunas frases, como las de que los reyes le besaban el pie y las reinas le pedían limosna, lo podría decir quien hubiera sido verdadero emperador de Alemania; pero sabido es que D. Alfonso, realmente elegido para esta dignidad, no llegó á poseerla. El otro fragmento lo trae Alfonso de Fuentes en la dedicatoria de los *Cuarenta cantos*, y lo copia en parte Garibay en su historia. Empieza así:

[1] El Sr. Amador de los Ríos.

«Yo sali de la mi tierra
Para ir a Dios servir
E pierdo lo que avia
Desde Mayo fasta a Abril
Todo el reino de Castilla
Fasta alla a Guadalquivir....»

«Faltaronme parientes | e amigo que yo habia
Con auires e con cuerpos | e con su caballeria;
Jesu-Cristo e su madre | Santa Maria
Que a ellos yo me encomiendo | de noche e tambien de dia:
Yo ya oi otras veces | de otro rey asi contar
Que con desamparo se viese | se metio en alta mar
A se morir en las ondas | o las venturas buscar
Apolonio fue este rey | y yo fare otro que tal....»

Éste, que es un verdadero romance, parece posterior al rey Sabio; y eso de decir, después de invocar fervorosamente al Salvador y á la Virgen María, que se irá, como Apolonio, á buscar aventuras ó morir en alta mar, no tiene tampoco mucho sabor de verdadero, en la situación realmente triste en que se hallaba el rey; y más bien parecen frases de poeta erudito que de hombre atribulado.

81. Otro de los aspectos principales de D. Alfonso el Sabio es el de historiador, debiéndosele dos obras, únicas en su género en Europa, en aquella fecha. Es la primera la *Estoria de Espanna*, y la segunda la *Grande e general estoria;* aquélla es el primer trabajo completo de historia nacional en lenguas vulgares, y ésta el primer esfuerzo hecho en Europa para escribir en lengua vulgar una historia universal.

La *Estoria de Espanna* fué llevada á feliz término, y acabada por D. Alfonso, que llegó en ella hasta el reinado de su padre San Fernando; y eso que empieza con la descripción y población de Europa después del diluvio. La primera parte comprende todos los hechos fabulosos de la primitiva historia de España, las guerras de los cartagineses y romanos y toda la historia y decadencia del Imperio, llegando hasta la invasión de los visigodos, cuyo reinado forma la segunda parte, que termina con la rota del Guadalete y el célebre trozo titu-

lado *Llanto de Espanna.* La tercera contiene la historia de la Reconquista hasta D. Fernando el Mayor, comprendiendo la cuarta, como queda dicho, hasta el reinado y gloriosos hechos de San Fernando. Algunos críticos han dudado y niegan que la *Estoria de Espanna* fuese obra del rey Sabio; pero aunque admitamos que otros le ayudaron, el libro es suyo, y él mismo lo afirma en más de una ocasión, y lo propio el infante D. Juan Manuel [1]; y sabemos por el mismo rey Sabio las fuentes de que se valió para escribirla, que fueron todas las crónicas anteriores de España, algunos escritores romanos ó latinos como Lucano, Tropo Pompeyo y Paulo Orosio, los mismos historiadores árabes y autores hebreos, las tradiciones populares, y los cantares de *Gesta.* No tiene D. Alfonso espíritu crítico que pueda satisfacernos en los presentes tiempos, y da mucha entrada al elemento legendario en su obra; pero no sigue tampoco ciegamente las tradiciones populares, y en más de una ocasión consigna terminantemente sus dudas acerca de ellas. De todas suertes, la *Estoria de Espanna* del rey Sabio es un monumento curiosísimo é interesante del saber de su autor, y un reflejo exacto del estado de Castilla que, en sus páginas, aparece admirablemente pintada. En cuanto al estilo, es suelto y sencillo y en muchas ocasiones elegante y pintoresco, no ya porque el autor se anime al referir las desdichas de España ó las proezas de los héroes de la Reconquista como el Cid y Pelayo, sino porque, según queda indicado, se valió no pocas veces de poesías de juglares, que no han llegado á nosotros, y de los mismos poemas del Cid, que en ocasiones casi copia.

La *Grande e general estoria* es un esfuerzo verdaderamente gigantesco para aquel tiempo; y aunque no satisfaga completamente su empresa, no deben escasearse las alabanzas que por ella merece el rey Sabio. La *Grande e general estoria* no ha llegado completa á nuestros días; siendo la última parte que se conserva la relativa á la predicación del cristianismo. El rey Sabio toma por base de su libro el *Géne-*

[1] *Crónica abreviada.* Códice en la Biblioteca Nacional.

sis, explicando conforme á sus enseñanzas la dispersión de los hombres y el nacimiento de la idolatría, refiriendo luego la historia de todos los pueblos, inclusa la de los héroes fabulosos antiguos, que entreteje con la de los patriarcas de Israel; y después de referir la historia de Asia y de Grecia, narra las guerras de los romanos en Oriente, enlazándola con los últimos tiempos del pueblo hebreo y el nacimiento del Salvador. Extraordinario es el número de autores que D. Alfonso consultó para escribir su obra, ya griegos, ya latinos, ya Padres de la Iglesia y autores eclesiásticos, hasta su tiempo; sin desdeñar tampoco las obras hebreas y árabes que pudieran serle de algún provecho. También ha sido negada á D. Alfonso la gloria de haber escrito esta obra; y, en efecto, no puede desconocerse que en ella se advierte bastante diversidad de estilos, pero esto proviene, en todo caso, de que el rey Sabio tuvo colaboradores y que no escribió personalmente toda la obra, de la cual, sin embargo, le pertenece la iniciativa, el plan, la dirección, y probablemente mucho del trabajo material.

82. Merced á los esfuerzos del rey Sabio fué introducida también en la literatura castellana la forma alegórico-didáctica, que había aparecido con la *Disciplina clericalis* en el siglo anterior. Don Alfonso tradujo ó hizo traducir el famoso libro de *Calila é Dimna*, tomado del Hitopodesa, compendio del *Pantcha-tantra*, libro indio atribuido á Bilpai ó Bidpai [1],

[1] Esta obra india fué traducida al persa en tiempo de Cosroes I (siglo VI), cuyo médico Berzoes había ido disfrazado á la India y la tradujo con el nombre de *Homajun* ó libro real. En la misma época Bud Periodentes, sacerdote siríaco, hizo otra versión que llamó *Calilagh* y *Dimnagh*, de los animales que intervenían en la fábula. En tiempo del califa Almanzor ó de Almamon, tradujo Aboul-Hassan el libro del persa al árabe, llamándole *Calilah* y *Dimnah;* y en el siglo X se hicieron dos versiones del árabe al persa moderno, una en verso por el famoso poeta Rudeki. A principios del siglo XII se tradujo al griego, y se han hecho de ella otras varias traducciones (*).

El texto sánskrito fué publicado por Colebrooke en 1804 y 1810, traducido en inglés, como lo ha sido después al alemán, francés y otros idiomas (**).

(*) SARMIENTO: *Memorias de la historia de la poesía.*

(**) Véase DESCONCHANZ: *Essay sur les fables indiennes.*

escritor del siglo III antes de Jesucristo, según opinión de los eruditos. Este libro, que tuvo traducciones al persa y al árabe, fué mandado traducir del árabe al castellano por D. Alfonso el Sabio cuando aún era infante, siendo su traducción anterior á la que hizo poco después al latín Juan de Capua, á fines del siglo XIII con el título de *Directorium humanae vitae.* El libro de *Calila é Dimna* es una colección de cuentos, precedidos de un prólogo sobre la sabiduría y la virtud, formando todos ellos una especie de novela política. En ella se finge una isla de que es rey un león, que tiene por favoritos á dos chacales, Calila é Dimna, los cuales intrigan contra un buey por envidia, logrando que el león lo mate, siendo al fin descubiertos y castigados: el final no se refiere ya á Calila é Dimna. Después de traducido este libro se generalizó el apólogo en la literatura castellana.

En tiempo del mismo Rey, su hermano el infante Don Fadrique tradujo el *Sendebar,* libro también indio, con el título de *Engannos e assayamientos de las mogieres,* que es otra colección de cuentos, formando asimismo otra novela. Supone un príncipe que, por evitar desdichas pronosticadas por los adivinos, no podía hablar en algunos días, y, para vencer su silencio, una de las mujeres de su padre le propone matar á éste y hacerse reyes ambos. Indignado el príncipe, rechaza las proposiciones de aquella mujer, que le acusa entonces á él, y es condenado á muerte. Los filósofos entonces refieren cada día al Rey un cuento para que dilate la ejecución, y la esposa culpable otro para que la apresure, pasándose en esto el plazo fijado al silencio del Príncipe, que confunde á su acusadora, la cual es condenada á morir á fuego lento. Observa oportunamente un docto escritor [1] que en este libro, como en el poema de Jusuf, se pinta á las mujeres muy distintamente de como las había considerado la poesía genuinamente española, en la cual no aparecen, hasta que se deja influir por ésta y otras extrañas literaturas, los ejemplos de perfidia y liviandad.

[1] El Sr. Amador de los Ríos.

Con intento didáctico; pero ya no alegórico, se compiló, por mandado de D. Alfonso el Sabio, otro libro tomado de los orientales, titulado *Bonium (Bocados de oro)*, que es una colección de máximas y sentencias relativas á la Religión y á las ciencias y á la vida práctica, y se supone dada por filósofos indios, griegos, latinos y árabes á *Bonium*, rey de Persia, que había ido á una ciudad de la India para aprender la sabiduría.

De índole también didáctica es la obra titulada *Poridad de poridades* ó *Asayamientos e castigos de Alexandre*, con la circunstancia de que en ella se insertan varias cartas que se suponen escritas por Aristóteles á su regio discípulo, y puede considerarse como un tratado filosófico-político que termina con multitud de proverbios y máximas de los filósofos.

83. Con ser tantos los merecimientos de D. Alfonso X por la publicación de todos los libros mencionados, su principal título á la gloria, lo que le ha hecho más famoso en la historia literaria, son sus trabajos legislativos, y especialmente su inmortal Código de las Partidas [1].

Son las *Partidas*, sin contradicción posible, el Código más perfecto y acabado de los pueblos modernos, formando una verdadera enciclopedia de todo el saber humano, en especial de Teología, Filosofía y Derecho; pues en ellas las leyes están siempre justificadas por abundantes consideraciones y estudios. Las *Partidas*, según hemos dicho en otra parte [2], forman un acabado Código, en que campean el orden, la precisión y el sentido de lo justo; un insigne monumento literario, en que se muestra la riqueza de la lengua castellana, y una verdadera enciclopedia. Las altas cuestiones legales, morales y teológicas, están en ella tratadas con valentía y claridad; ninguna de sus leyes aparece sola y descarnada como en los demás Códigos; antes al contrario, á todas las acom-

[1] Además de las Partidas, D. Alfonso el Sabio hizo el *Especulo* ó *Espejo de todos los derechos*, en el que acogió leyes de distintos Fueros, el *Fuero Real*, en que trata de compilar la legislación foral; el *Ordenamiento de la Tafurería* y algunos otros trabajos menos importantes.

[2] *Apuntes de Literatura y Bibliografía jurídicas de España.*

pañan razonamientos que demuestran su solidez; y en ninguna de sus páginas deja de verse la definición perfecta ó sentencia moral y jurídica. En cuanto al lenguaje, son también las *Partidas* el más admirable monumento literario de aquella época; y como hemos dicho también en el lugar citado, ni los giros, ni las palabras del naciente idioma castellano podían servir para una obra tan extensa que comprende todo el Derecho canónico y romano, tan múltiple y profundo, y las relaciones todas de la vida en sus varias esferas, religiosa, política, administrativa, criminal y civil.... Preciso era, pues, crear una lengua para todo esto, y esta lengua fué creada por las *Partidas*[1]. «Las Partidas, como dice un docto escritor[2], habían abrazado todos los ramos de la legislación y el Derecho; y para su exposición habían adoptado frases, giros y locuciones, que la perfección innegable de la obra, su grande autoridad, el inmenso influjo que ejerció en nuestras escuelas y tribunales, hicieron adoptar general y uniformemente. Pudo en los siglos sucesivos la lengua modificarse, pulirse, y perfeccionarse; pero la frase, la índole, el giro de la exposición, son los mismos, con corta diferencia, que los que usamos.» «Prueba clara de que desde las Partidas no ha variado substancialmente la lengua de Castilla Las Partidas, pues, fijaron á mediados del siglo XIII la lengua castellana, del mismo modo que fijó la italiana en el siguiente siglo la *Divina Comedia* del Dante[3].»

1 Se han hecho muchas ediciones de las Partidas; la primera es la de Sevilla, de 1491, con glosa de Alonso Díaz de Montalvo, y también las han comentado célebres jurisconsultos como Gregorio López, Antonio Álvarez, Humado Mudarra, Diego del Castillo, Valconde y otros muchos. Las Partidas, sin embargo, eran muy superiores á su tiempo, y encontraron gran resistencia en la nobleza, y no han regido nunca en España sino como Código supletorio, aunque á ellas han acudido y acuden los jurisconsultos para esclarecer los puntos dudosos y esforzar su derecho con razones filosóficas y jurídicas de toda clase.

2 D. PEDRO JOSÉ PIDAL: *Discurso de recepción en la Academia Española.*

3 Los que intervinieron en la redacción de las Partidas fueron Jacome Ruíz, el maestro Fernando Martínez y maestro Roldán, y tam-

Véase si no, como muestra, los siguientes pasajes en que explica las propiedades de la justicia:

«Justicia es una de las cosas porque mejor e mas enderezadamente se mantiene el mundo. Es como fuente de donde manan todos los derechos. E non tan solamente ha logar en los pleitos entre los demandadores e los demandados; mas aun entre todas las otras cosas que avienen entre los omes, quier se fagan por obra o se digan por palabra.... El derecho que de la justicia sale, tuelle e contrasta las cosas malas e desaguisadas que los omes facen.... enseña a vivir cuerdamente e sin mala estanza, sin yerro e con mesura: e aun face pro a los otros. Ca los buenos por ella se facen mejores recibiendo galardones, e los malos han de ser buenos, recelándose de la pena. Es virtud porque se mantiene el mundo, faciendo vivir á cada uno en paz según su estado, á sabor de sí, e teniéndose por abondado de lo que ha.... [1].»

Aunque la gloria de la publicación de las Partidas corresponda principalmente al rey Sabio, justo es consignar que no fué él ni pudo ser el único autor de tan admirable libro, y por fortuna se conservan los nombres de los principales redactores y colaboradores [2].

84. No concluyen aquí las obras debidas al rey Sabio. Aunque de menor importancia que las que hasta ahora hemos estudiado, escribiéronse bajo sus auspicios otras muchas.

Entre las primeras figura el *Setenario*, libro que comenzó su padre San Fernando, y que ha llegado incompleto hasta nosotros. Es una preparación moral del libro de las leyes, en que, después de los nombres que se dan á Dios en los distintos pueblos, se habla de las siete *naturas* que engendraron los siete *saberes*, ó artes, y se expone el *trivio*. (*Gramática, Retórica* y *Lógica*) y el *cuatrivio (Música, Astronomía, Fisica y Metafísica*), con algunas nociones de *Aritmética y Geometría*.

Además, se cuentan hasta el número de 21 los trabajos científicos escritos bajo la dirección del rey Sabio, siendo uno de los principales

---

bién se conjetura que podrían tomar parte Gonzalo Suárez, Gabriel Hermosa de Toledo, con Gonzalo Díaz, dos sobrinos y Juan de Santander.

[1] Partida tercera, tít. I.

[2] Para más pormenores sobre el Código, pueden consultarse, Burriel, Semper, Marina, Laserna, y el trabajo de Prut á la colección de la Academia de la Historia.

las *Tablas Astronómicas*, muy estimadas hasta el siglo XVII, las cuales están divididas en 54 capítulos, y fueron redactadas por los rabinos Yehudah Ben-Mosca y Zag-ben Yaqub. El *Libro de la ochava esfera y de sus 48 figuras*, traducido del árabe y del caldeo; el de la *Azafhea*, el de las *Armiellas* y los de las *Láminas*; *La Lámina universal y el Astrolabio redondo y Astrolabio llano*, tratan de cuestiones astronómicas, así como el de la *Alcora* y otros varios, que son traducciones hechas por los rabinos y sabios de que se rodeaba el Monarca. *Los cánones de Albateni*, el *Libro de los judicios de las estrellas* y el de *Las tres cruces*, son también traducciones, en que se pinta con exageración la influencia de los astros en la vida humana. El libro de la *Propiedad de las piedras*, dividido en tres partes ó lapidarios, es otra obra científica del reinado de D. Alfonso, en la que se estudian las propiedades de muchos minerales.

Es también del rey Sabio [1], aunque se publicó con el nombre de Alfonso XI, un *Tratado de Montería*, en que se trata, en dos partes, de la enseñanza de los perros, modos de curarles cuando son heridos por jabalíes ú osos, clases de caza, etc., etc., y el intitulado *Juegos de Ajedrez, dados é tablas*, inspirado en los libros orientales.

85. Con D. Alfonso el Sabio abrióse una nueva era para la literatura española. Todo lo calamitoso y triste que fué su reinado bajo el punto de vista político, fué de glorioso para las letras; y esta observación realza más y más la figura del rey Sabio: pues, ciertamente, apenas se concibe que, dada la angustia de los tiempos en que vivió, pudiera imprimir tan extraordinario impulso al movimiento literario, no ya por la excelencia de sus obras, sino principalmente, por haber formado el habla castellana, como hemos dicho. En cualquier siglo, observan distinguidos autores, hubiera sido Alfonso X un hombre extraordinario, pues su ingenio elevado y trascendental habría sabido apoderarse de todos los recursos de la ilustración y de la cultura, familiarizarse con las más grandes ideas de su tiempo y merecer el renombre con que le distingue la posteridad [2].

[1] D. Juan Manuel, en su libro *De la Caza*, lo dice así.

[2] Gómez de la Cortina y Hugalde Molinero: *Notas á la Historia de la Literatura Española* de Bouterweh.

LECCIÓN XIII

SUCESORES DEL REY SABIO.

86. D. Sancho el Bravo: sus obras y traducciones hechas bajo sus auspicios.—87. El infante D. Juan Manuel: breve examen de *El Conde Lucanor*, el *Libro de los Estados* y el del *Caballero* y el *Escudero*.—88. Otros monumentos del género simbólico en este período: el *Libro de los gatos*.—89. Noticia de otros escritores didácticos y religiosos.

86. Los esfuerzos del rey Alfonso X en pro de la cultura española, dieron sus naturales frutos en su propio hijo el rey D. Sancho IV, en su sobrino el infante D. Juan Manuel, y en general en toda la nobleza castellana, cuya educación literaria fué en adelante lo más completa posible, según manifiestan en sus obras los dos Príncipes antes citados, á quienes puede considerarse como sucesores literarios del Rey. Las obras que escribieron son casi todas de carácter didáctico y de educación; y hay en ellas muchos pormenores que revelan cuánto exigían á los nobles en toda clase de cultura y cuánto procuraban que la tuviesen.

D. Sancho el Bravo, rebelde á su padre, cuyos últimos días amargó, siguió, sin embargo, sus ejemplos, y escribió ó hizo escribir varios libros, siendo el más notable el titulado *Castigos é fechos del rey D. Sancho*. Él mismo dice en varios pasajes que lo escribió para la educación de su hijo, que luego le sucedió con el nombre de Fernando IV; y la posteridad no ha negado que sea obra suya, aunque no faltan algunos críticos modernos que abrigan ciertas dudas, fundadas principalmente en la mucha doctrina y grande erudición que avaloran este

tratado [1]. Es, en efecto, extraordinario el saber que muestra D. Sancho en este libro; pero teniendo en cuenta lo mucho que pudo aprender al lado de su padre, y en las obras que éste publicó y en la riquísima biblioteca que á su disposición tenía, no hay motivos para dudar que le pertenezca.

Quiere en él dar á su hijo todas las lecciones necesarias para hacer de él un hombre honrado, un cristiano fervoroso y un buen rey; así es que trata de los puntos más importantes de la doctrina cristiana y los más graves de la política y del gobierno, sin descuidar lo relativo á las virtudes morales y á la práctica de la vida, por lo cual, después de explicar los deberes para con Dios, la oración y los mandamientos, sigue hablando de las distintas virtudes que debe tener un rey y aun todo hombre, procurando apartar á su hijo de la liviandad, de la mentira, de la codicia, de la ira y de todas las malas pasiones. La palabra *castigos* vale tanto como advertencias ó consejos, según dice el rey á su hijo en la introducción; y se los da entendiendo que tiene obligación estrecha de aconsejarle y amonestarle para evitar sus faltas y pecados, poniendo, entre otros ejemplos, uno en que habla de un hijo que, al morir en la horca, increpa duramente á su padre, porque había abandonado su educación y causado por tanto su desdichado fin. Tiene el libro noventa capítulos, en general bastante extensos, ysiempre empiezan con la palabra *mio fijo;* abunda en máximas y sentencias, y sobre todo en eruditísimas citas de la Biblia, Santos Padres y algunos escritores clásicos, como Cicerón y Séneca, no careciendo tampoco de ejemplos, anécdotas y apólogos. El estilo y lenguaje no desmerecen de los del rey Sabio.

También se hizo por mandado de D. Sancho un libro titulado el *Lucidario,* que es un diálogo entre un maestro y sus discípulos, relativo á cuestiones de teología y de ciencias físicas y naturales. Al lado de capítulos importantes relativos á la creación ó redención, hay otros de asuntos insignificantes y raros, por ejemplo: *por qué no crecen los cabellos en las*

[1] El Sr. Gayangos, Introducción á los *Escritores en prosa anteriores al siglo XV,* de la Biblioteca de Rivadeneira.

cejas como en la cabeza; por qué los animales que tienen cuernos usan poco los dientes; por qué la leona no tiene crines como el león, etc., etc. [1].

Otras dos traducciones se hicieron por mandado de D. Sancho: una la del libro del *Tesoro,* y otra la de la *Grand conquista de Ultramar.* El libro del *Tesoro* fué obra de Bruneto Latino, maestro del Dante, que, después de su venida á España como embajador de los florentinos, lo escribió en París en lengua francesa; y es una especie de enciclopedia, como otros muchos que se hicieron en aquella época, y algunos con el mismo título. Tiene tres partes: trata la primera de la vieja historia desde el comienzo del mundo, á la cual añade elementos de astronomía y de ciencias naturales; la segunda es de moral ó ética, en la cual sigue principalmente á Aristóteles, y la tercera de retórica.

La *Grand conquista de Ultamar* [2] es más bien compilación que traducción, siendo sus fuentes la *Historia* de Guillermo de Tiro, el *Speculum Historiale* de Vicente Beauvais, y la *Crónica* de Turpín. Se refiere á las cruzadas, empezando por la vida de Mahoma y conquistas de los kalifas; sigue en la segunda parte, desde la toma de Nicea hasta la llegada de Godofredo á la Ciudad santa, continuando en la tercera con la relación de las guerras de los cruzados hasta la erección del reino de Jerusalén, y terminando con las expediciones siguientes de Federico Barbaroja, Ricardo Corazón de León, y otros, hasta San Luis. Este libro tiene muchos elementos legendarios y romancescos, no pudiendo ser considerado como verdadera fuente histórica; y además comprende *la historia del*

[1] El *Lucidario*, dice el Sr. Gayangos, es, como otros libros franceses, italianos y alemanes de análogo título, versión más ó menos literal del *Elucidarium* d'Honore Dautum, escritor del siglo XIII; pero hay en la de D. Sancho muchas cosas que no están en ésta, la cual es un pequeño tratado de Teología, que algunos han atribuido á San Agustín.

[2] Hay muchos escritores de literatura que aún atribuyen esta obra al rey D. Alfonso el Sabio, siendo así que los códices antiguos existentes en la Biblioteca Nacional dicen terminantemente que es de Don Sancho.

caballero del Cisne, ó sea Popleo, fabuloso abuelo de Godofredo de Bouillon, que es un verdadero libro de caballerías.

87. D. Juan Manuel.—Más importancia todavía que Don Sancho, tiene en la literatura española su primo D. Juan Manuel, hijo del infante D. Pedro Manuel y nieto de San Fernando. Nació este príncipe en Escalona, en 5 de Mayo de 1282, y desde niño tomó parte en las guerras contra los moros y después en las grandes revueltas que hubo en el reinado de D. Sancho, y en los siguientes de D. Fernando IV y Alfonso XI, con quienes estuvo en paces y enemistado alternativamente. A pesar de haber tenido una vida agitada y turbulenta, escribió muchos libros, algunos muy notables, y que son sin duda lo mejor de todo aquel período. Él mismo da noticias de ellos en varios pasajes [1]; de ellos se han perdido completamente algunos como las *Reglas del trovar*, el *libro de las Cantigas*, el *de los Sabios* y el de los *Engennos*. De otros como el de la *Caballería*, no queda sino el argumento; al de la *Caza* le falta la segunda parte, y el libro de los *Castigos* está también inacabado; pero los que se conservan bastan para considerar á D. Juan Manuel como uno de los más grandes escritores de la Edad Media. El más notable y famoso de todos es el llamado *Libro de Patronio, ó de los Enxiemplos, ó del conde Lucanor.*

El *conde de Lucanor* es una obra, no solamente curiosa y entretenida, sino de profunda intención moral y verdadero valor didáctico. Está formada con las preguntas que el Conde hace á Patronio, y las respuestas y consejos de éste, resultando un libro de moral en acción, lleno de profundas observaciones filosóficas, y de una larga y sabia experiencia de la vida. El apólogo oriental está en él como en su campo propio, demostrando que D. Juan Manuel tomó, en efecto, para su

[1] He aquí los títulos: *Tratado de las Armas*, ó de las armas de su casa; *Castigos et Consejos á mi hijo D. Fernando;* el *Libro del caballero y del escudero; Libro de la Caballería;* la *Crónica abreviada, Crónica complida; Libro de los Engennos; Libro de las Cantigas; Libro de las reglas del trovar; Libro de los Sabios;* el *Libro del conde Lucanor; Libro de los Frailes predicadores* y *Libro del Infante.*

libro muchos elementos de *Calila e Dimna*, de la *Disciplina clericalis* y de otros monumentos simbólicos del arte indio; pero al lado del apólogo oriental, hay muchos cuentos, tradiciones y anécdotas de otro origen, y relatos puramente históricos. Allí está el famoso cuento de la lechera que derrama en su alegría el cántaro que lleva en la cabeza y con cuyo producto había pensado enriquecerse, sólo que en vez de leche lleva un tarro de miel: allí está el cuento del hombre convidado á comer por puro cumplido, y que accedió inmediatamente *para no hacerse de rogar;* allí está el famoso del deán de Santiago, á quien un astrólogo en sueños hizo Pontífice, mediante ciertas promesas que luego no cumple, viéndose burlado, y demostrando lo mucho que el hombre procura para conseguir una cosa, y cuán pronto lo olvida [1]. Otras veces, en vez de apólogos ó cuentos, hay relaciones de índole histórica, como una relativa al conde Fernán-González para hacer entender que más vale el trabajo honrado que la pereza. El apólogo, sin embargo, es empleado por D. Juan Manuel muchas veces, habiéndolos en su libro muy instructivos y de valor como el *del raposo y el cuervo*, el *pardal y la golondrina*, el *raposo y el gallo*, y otros muchos.

En cuanto á la forma, todos los capítulos empiezan con el título que expresa la materia de que tratan, y terminan con un dístico, que es la moraleja. Véase como muestra el enxiemplo XXIX:

«*De lo que contesció á un raposo que se echó en la calle y se fingió el muerto.*

»Fablaba otra vez el conde Lucanor con Patronio, su consejero, et díjole así: «Patronio, un mío pariente vive en una tierra do non han tanto poder que pueda extrañar cuantas escatimas le fazen, et los que han poder en la tierra querrían muy de grado que ficiese alguna cosa, porque oviese achaque para ser contra él. Et aquel mío pariente tiene que le es muy grave cosa de sufrir aquellas terrerías que le facen, et querría aventurarlo todo antes que sufrir tanto pesar de cada día, et

---

1 Este asunto fué tratado por Alarcón en su comedia *La prueba de las promesas.*

porque yo querría que él acertase en lo mejor, ruégovos que me digades en que manera lo aconseje porque pase lo mejor que pudiere en aquellas tierras». «Señor Conde, dijo Patronio, para que vos le podades consejar en esto, placerme-ya que supiesedes lo que contescio á un raposo que se fiso el muerto». El Conde le preguntó cómo fuera aquello. «Señor Conde, dijo Patronio, un raposo entró una noche en un corral do habia gallinas, et andando en roido con las gallinas, cuando el cuidó que se podria ir era ya de dia, y las gentes andaban ya por las calles et des que vio que non se podia ya esconder, salio muy encobiertamente á la calle et tendiose así como si fuese muerto. Cuando las gentes lo vieron, cuidaron que era muerto et non cató ninguno de él. Al cabo de una pieza pasó por alli un home et dijo que los cabellos de la freunte del raposo que eran muy buenos para poner en la freunte de los mozos pequeños porque non los aojen, et trasquiló con unas tijeras los cabellos de la freunte del raposo que eran muy buenos et levolos; et despues vino otro et dijo eso mesmo de los cabellos del lomo et otro de las hijadas, et tanto dijeron que fasta que lo trasquilaron todo. Et por todo esto nunca se movia el raposo, porque entendia que aquellos cabellos non le facían gran daño en los perder; et despu és vino otro, et dijo que la uña pulgar del raposo que era buena para guarescer de los panadizos, et sacárongela et el raposo non se movió ; et después vino otro et dijo quel diente del raposo era bueno para el dol or de los dientes, et sacárongelo et el raposo non se movió; et después á cabo de pieza vino otro et dijo que el corazón del raposo era bueno para el mal del corazón, et metió mano á un cochillo para sacarle el corazón, et el raposo vió que le querían sacar el corazón et que si gelo sacasen, que non era cosa que se pudiese cobrar et que la vida era perdida, et tuvo que era mejor de se aventurar á quier que pudiese venir que sofrir cosa porque se perdiese todo et aventuróse et pugnó de guarescer; et escapó muy bien. Et vos, señor conde Lucanor, aconsejad aquel vuestro pariente que si Dios le echó en tierra do non puede extrañar lo que facen como él quería ó si no le cumple, que en cuanto que las cosas que le ficieren fuesen atales que se podiesen sofrir sin daño et sin gran mengua, que dé á entender que se non siente dello et que les dé pasada. Ca en cuanto da home á entender que se non tiene por mal trecho de lo que contra él han hecho, non está avergonzado; mas de que da á entender que se tiene por mal trecho de lo que ha recibido, si dende en adelante non face lo que debe por non fincar menguado, non está bien como debia: et por ende á las cosas pasaderas, pues non se puede estranar como debia, mejor es darles pasada. Mas si llegase el fecho á alguna cosa que sea gran daño ó gran mengua estonces que se aven-

ture e non la sufra, ca mejor es la perdida ó la muerte defendiendo home su derecho et su honra et su estado que vivir pasando en estas cosas mal e deshonradamente.» El Conde tuvo este por bon consejo et don Johan fisolo escribir en este libro, et fiso estos viersos que dicen así:

Sufre las cosas en cuanto debieres:
Extraña las otras en cuanto pudieres.»

Á ruegos de D. Jaime, señor de Jérica, D. Juan Manuel añadió una segunda parte al *Conde Lucanor,* dividida en tres capítulos. Esta parte es muy breve, y deja en él el apólogo y el lenguaje familiar, empleando un estilo más obscuro y alambicado, y sirviéndose de reflexiones y de máximas.

Importante es también un libro de D. Juan Manuel, titulado *Del Infante* ó *Los estados,* en el cual supone un rey (Morabán) que tiene un hijo (Joás), con su ayo Turín; y no pudiendo el ayo responder á las preguntas de su regio pupilo, le lleva un predicador del Evangelio (Julio), que instruye á Joás en la fe, enseñándole después muchas cosas relativas á la ley natural y al Cristianismo, explicando luego la organización de la sociedad cristiana, en sus dos aspectos ó estados generales de legos y eclesiásticos. Habla de lo que es el imperio y el emperador; el rey; los duques y las relaciones entre príncipes y vasallos y sus respectivos deberes; y explica también algunos oficios y profesiones como las de filósofos, oradores, labradores, etc., etc. En la segunda parte, después de exponer algunos pormenores relativos á la religión cristiana, explica el estado de los eclesiásticos, empezando por la dignidad Pontificia y terminando por la de simples capellanes [1].

En el *Libro de la Caballería,* nuestro autor supone un caballero joven que yendo á una corte, y dormido sobre el caballo, va á dar á una ermita donde vivía un caballero anciano,

[1] En el *Libro de los Estados* sigue en parte D. Juan Manuel á Raimundo Lulio, cuya novela, *Blanquerna*, tiene también una larga relación de los distintos Estados de religión, especialmente desde ermitaño á Papa.

el cual le instruye, no sólo en las cosas tocantes á la caballería, sino en toda clase de conocimientos; explicándole lo que son los ángeles, el cielo y los elementos, y concluyendo por hablarle de las plantas, de los animales y de los minerales [1].

Con el mismo sentimiento didáctico escribió D. Juan Manuel otro *Libro de castigos ó conseios* para su hijo; y compuso otros varios tratados, como el *De las maneras de amor* y *De los frailes predicadores*, y uno acerca *De la Asunción de la Virgen.* El primero es una parte especial *Del libro de los castigos* á su hijo, y el segundo parece un apéndice del *De los estados.* Todos ellos demuestran los grandes conocimientos y sutil ingenio de su ilustre autor, que, además, es un excelente hablista; debiendo, por todo, según dijimos ya, ser considerado como uno de los primeros escritores de la Edad Media. Muy de lamentar es que se hayan perdido sus obras poéticas y su teoría literaria, titulada *Las reglas del trovar.*

88. Por esta misma época debió escribirse una obra singular, titulada *Libro de los gatos*, que es una colección de cincuenta y ocho cuentos. Se ignora el nombre del autor, quizá por estar el códice incompleto; y no se sabe por qué llamó de los *gatos* al libro, como no sea por la intención satírica que tiene y porque considerase que los cuentos de que se compone son *arañazos.* Por lo demás, los gatos no figuran en el libro sino como personajes en algunos de sus apólogos. Según queda indicado, casi todo él tiene intención satírica contra los poderosos y los nobles, pudiendo ser considerado como un ataque á las clases altas de la sociedad, lo mismo en la Iglesia que en el orden civil. Entre estos apólogos, está el de los ratones reunidos para ponerle el cascabel (esquila) al gato. Véase como muestra el siguiente ejemplo:

[1] Aquí siguió D. Juan Manuel la obra de Raimundo Lulio, el *Libro de la caballería.*

«DEL CUERVO CON LA PALOMA.

»Una vegada, furtó el cuervo un fijo a una paloma, et la paloma fuese al nido del cuervo et rogole que le quisiese dar su fijo; et dijo el cuervo á la paloma: ¿sabes cantar? Et respondio la paloma: se, mas non bien. Et dijo el cuervo: pues canta. La paloma comenzo a cantar, et dijo el cuervo á la paloma: canta mejor, si non, non te dare tu fijo. Et dijo la paloma: en verdat non se mejor cantar. Estonces el cuervo et la cuerva comieron al fijo de la paloma. El cuervo se cuenta por los homes onrados [1] et poderosos et merinos et alcaldes que toman los bienes et las ovejas et las vegadas et heredamiento de algonos homes simples et ponenlos de algun fecho algun mal, por dar razon a lo que ellos fazen, et porque los homes non gelo tengan a mal. Viene el home simple et demandale el buey, la tierra o la oveja et pidele que gelo de et les dara por ello 20 maravedises o mas segun su poder. Responde el soberbio: da mas, que si mas non das, non llevaras el peño. Et responde el home bueno: en verdat non lo tengo, que soi pobre et menguado et non los podria dar. Estonces el otro se tiene el peño et lo face mal, mentir por despecho del que lo demanda, ansi que estragan los ricos a los pobres mezquinos [2].»

89. Aunque los más importantes, no son los citados los únicos prosistas inmediatos al rey Sabio; hay algunos otros que merecen mención. Uno de ellos es San Pedro Pascual, obispo de Jaén, que sufrió largo cautiverio en Granada, y fué martirizado por los árabes. Escribió este varón apostólico varias obras religiosas, ya para enseñanza de los cristianos, como la *Glosa del Pater Noster*, la *Explicación de los Mandamientos y del Credo*, la *Biblia Pequenna,* y el *Tratado contra los fados et ventura;* ya para combatir el Korán, como la *Impunacion de la seta de Mahomet* [3]. San Pedro Pascual escribe con naturalidad y sencillez, pero no sin energía, y en

[1] Aquí *onrados* es sinónimo de poderosos ó ricos.

[2] Mirando atentamente el estilo y aun la ortografía de este libro, nacen sospechas de que pueda ser de época algo posterior.

[3] Pérez Bayer, en sus notas á la *Biblioteca Vetus,* y Jimeno en su *Biblioteca Valenciana*, atribuyen á San Pedro Pascual otras varias obras escritas en latín.

ocasiones se inflama y llega á la verdadera elocuencia. Notable es su *Condenación de los hados ó sinos* con que la superstición supone que nacen los hombres. Dice el Santo:

«Si assy fuese, como los sabios mintirosos dicen, que el home non habíe en su potestad ni albedrío de facer bien ni mal, daban á entender los dichos sabios, que de todas las criaturas que Dios creó, non había criatura más menguada como el home.... Et Dios mismo non quiso haver poderío sobre el home para le facer por fuerça seer bueno ó malo. Pues cuándo menos creer que él daría poderío á nengún planeta, nin ora, nin sino, nin fado, nin nenguna cosa de las sobredichas que oviese poderío nin señorío sobre el home? Muchos de los que esta creencia oyen, dicen assy: pues profetizado es, ó fadado es, ó ordenado de Dios es á cada uno, lo que ha de ser buenamente ó malamente ó salvo ó perdido.... ¿quien dejará de facer su voluntad?.... catad amigo si los malos sabios dan aquí alas muy grandes para facer mal siempre et non bien nenguno á todo home que tal creyencia falsa creyere».

En el libro contra Mahoma se expresa con gran ardor y sentimiento, teniendo trozos que el Sr. Amador de los Ríos, no sin razón, considera como verdadera elocuencia sagrada.

Al finalizar el siglo XIII se convierte al Catolicismo el Rabbi Amer de Burgos, tomando el nombre de maestro Alfonso de Valladolid y obteniendo en su catedral el cargo de sacristán, que conserva hasta el fin de su vida. Tradujo, á ruegos de la infanta Doña Blanca, abadesa de las Huelgas, el *Libro de las Batallas de Dios,* que había escrito en hebreo, para refutar errores de un rabino; y escribió el *Mostrador de justicia,* explicando y justificando su conversión, con la prueba de que las profecías se habían cumplido en Jesucristo, y el *Libro de las tres gracias,* que es principalmente una explicación del credo.

D. Pero Gómez Barroso, obispo, y más tarde cardenal, muy estimado de D. Sancho el Bravo, escribió también varias obras, conservándose su *Libro de los conseios et conseieros,* con intento moral y didáctico, para enseñanza «de los reyes y de todos aquellos que tienen estado de onra y poderío». En este

libro sigue la tendencia de las formas del *Bonium* y otras obras orientales, no desdeñando tampoco el apólogo, que emplea algunas veces.

El otro escritor de mediados del siglo XIV á quien debe citarse es el Dominico Fr. Jacobo de Benavente, de quien apenas hay noticias. Escribió un libro titulado *Viridario* ó *Vergel de consolación*, porque «ansi como en el buen vergel son falladas muchas flores, et frutas, et frutos de diversa manera et noble, asi serán falladas en este libro de diversas cosas et loables, las cuales falagan et deleitan el alma del que devotamente las quiere leer et oir». El *Viridario* es propiamente un libro de religión y moral, que comprende: la doctrina sobre los pecados capitales y algunos otros vicios que de ellos nacen, como la ingratitud, la hipocresía y la deslealtad; la exposición de las virtudes teologales y cardinales y las que de ellas se derivan; y termina con otras muchas cosas relativas á la Religión y á las cualidades que deben tener los sacerdotes. Fr. Jacobo de Benavente es el primer Dominico que moraliza en lengua castellana, y lo hace con gran libertad y energía, y en muchas ocasiones con todo el calor de la elocuencia.

Con intento didáctico moral escribió otro religioso, Fray Juan García, preceptor del príncipe D. Pedro, un libro intitulado *Regimiento de Príncipes*, calcado sobre la obra de Egidio de Colonna, pero de la que no es una simple traducción. Aunque escrito especialmente para la educación de su regio discípulo, propúsose Fr. Juan que pudiera servir el *Regimiento de Príncipes* para enseñanza de todos, apartándose ya de las tradiciones simbólicas orientales, y yendo á buscar en la historia de la antigüedad los ejemplos de que se vale para realzar y comprobar sus doctrinas.

LECCION XIV

LA POESÍA DESDE LOS TIEMPOS DEL REY SABIO.

90. Noticia del beneficiado de Úbeda. — 91. El arcipreste de Hita: Su importancia. Examen de su libro.—92. Poesía heroica: *El poema de Alfonso XI.*—93. Equivocada opinión de algunos críticos sobre el *Poema de Fernán González.*—94. Reinado de D. Pedro: Obras del rabí D. Sem-Tob y de Pedro de Beragüe.— 95. *La danza de la muerte.*—96. D. Pedro González de Mendoza.

90. El poeta más inmediato á D. Alfonso el Sabio es el beneficiado de Úbeda, cuyo nombre propio se ignora, que escribió un poema acerca *de la Madalena,* y en otro la vida de *San Ildefonso.* El primero no ha llegado á nosotros, y en el segundo, escrito en la *cuaderna vía,* no hallamos cosa particular que merezca especial mención. Es el mismo estilo y lenguaje de las obras de Berceo, con menos intención y fuerza poéticas; así que el poema puede considerarse como una verdadera crónica religiosa en verso, que solamente se anima en algunas escenas relativas á la juventud del Santo.

91. Pero á fines del siglo XIII debió nacer uno de los poetas más importantes de aquella epoca, autor de un libro célebre en la literatura de la Edad Media. Nos referimos á *Juan Ruiz,* arcipreste de Hita, de cuya vida tenemos muy pocas noticias [1]. El arcipreste de Hita es poeta principalmente satírico; pero en su extraño libro hay no pocas composiciones didácticas y religiosas. Discuten los críticos acerca de la naturaleza del libro del Arcipreste, viendo en él una colección de composiciones satíricas, ó ya un verdadero poema que no carece de unidad [2]. Se ha censurado mucho la indecencia y

[1] Debió nacer en Alcalá ó Guadalajara; estuvo preso varios años en Toledo por orden del arzobispo D. Gil de Albornoz, y murió ya anciano.

[2] De esta opinión es el Sr. Amador de los Ríos, que la defiende con sólidas razones.

aun el licencioso lenguaje y escenas de este libro, aunque el autor declara en el *Prólogo* que su intención es apartar á los hombres de los peligros de todo amor del mundo. Pero la verdad es que el medio de que se vale para lograrlo no es muy á propósito, porque el libro está lleno de escenas y versos sumamente libres.—Lo notable es que ofrece mezclada esta literatura sensual y satírica con graves consideraciones acerca de los pecados y con alabanzas á Jesús y la Virgen. Tiene, además, el libro del Arcipreste multitud de cuentos y de apólogos, algunos de carácter oriental y otros tomados de la tradición eclesiástica y de distintas fuentes. En cuanto al argumento del poema (si por tal hubiéramos de tener la obra de Juan Ruíz), lo principal se refiere á sus amores, bajo el nombre de D. Melón con doña Endrina, favorecido por una tercera que llama Trota-Conventos, amores que terminan porque viene la Cuaresma, dando esto ocasión á un poema episódico notable, titulado: *Batalla entre Don Carnal y doña Cuaresma*, que se aprestan á la lucha con sus respectivas armas: el uno con cabritos, jamones, ciervos, etc., y la otra con merluza, salmones y toda clase de pescados. Vencido *D. Carnal*, se retira el autor por algún tiempo, hasta que después viene por el mundo *D. Amor* y le decide á emprender nuevas aventuras con serranas y vaqueras, á quienes pinta rudas y bravías, pero no en materia de amor; y con una mora y una religiosa, la cual, rechazando sus locas pretensiones, le convierte á Dios. Las lecciones morales que hay en el libro se hallan mezcladas con aventuras y cuentos, algunos de ellos tan licenciosos, que realmente no es de alabar el conjunto. Lo que no puede negarse es que el Arcipreste tiene mucho ingenio y vis cómica, siendo su sátira en ocasiones verdaderamente acerada. Además, emplea diversidad de metros, aunque, por lo general, usa la *cuaderna vía*, y ofrece gran variedad de estilos, según el asunto de que trata. Al fin del libro hay algunas composiciones sueltas: *Gozos e loores de la Virgen* y *Paráfrasis del Ave María*, una *Sátira contra los clérigos de Talavera*, y una *Cantiga de los escolares para pedir limosna*.

Con el libro del Arcipreste vienen por primera vez á nuestra poesía las *Cantigas de Serrana*, que luego se popularizaron mucho con el nombre de *Serranillas y vaqueiras*. Este género, que es de importación provenzal, se distingue por la ligereza y gracia, y alguna vez por la excesiva crudeza de las escenas que narra. He aquí una muestra de las cantigas del Arcipreste:

«CANTICA DE SERRANA.

»So la casa del Cornejo,
Primer día de selmana,
En comedio del vallejo,
Encontré una serrana,
Vestida de buen bermejo,
Buena çinta de lanta.
Díxele yo así: Dios te salve hermanna.
Dis, ¿qué buscas por esta tierra,
Cómo andas descaminado?
Dixe: ando por esta sierra,
Do querría casar de grado:
Ella dixo: non lo yerra,
El que aquí es casado:
Busca é fallaras de grado,
Mas, pariente, tú te cata,
Si sabes de sierra algo.
Yol dixe: bien se guardar
Vacas, ieguas in cerro cabalgo,
Sé el lobo cómo se mata,
Cuando yo en pos él salgo
Endes lo alcanzo que el galgo;
Sé muy bien tornear vacas,
Et domar bravo novillo,
Sé mazar et facer natas,
Et facer el otresillo,
Aun sé quitar las abarcas,
Et tanner el caramillo,
Et cabalgar blavo potrillo.
Sé facer el altibajo,
Et sotar á cualquier muedo,

Non fallo alto nin bajo,
Que me venza segund cuedo.
Quando a la lucha me abaxo
Al que una ves trabar puedo
Derivol, si me denuedo.
Dis: aqui habrás casamiento,
Cual tu demandudieres,
Casarme e de buen talanto,
Contigo si algo dieres,
Faras buen entendimiento.
Dixel yo, pide lo que quisieres
Et darte he lo que pidieres.
Dis: dame un prendedero,
Que sea de un bermejo panno,
E dame un bel pandero,
Et seis anillos de estanno;
Un zamarro di santero,
Et garnacho, para entre anno.
Dam zarzillos et hevilla
De laton bien relusiente,
Et dame toca amarilla
Bien listada en la fruente,
Zapatas jasta rodilla,
Et dirá toda la gente:
¡Bien caso Menga Lloriente!
Yol dixe: darte he esas cosas,
Aun mas si mas comides,
Bien lozanas et fermosas,
A tus parientes convides,
Luego fagamos las bodas,
Que yo vo por lo que pides.»

Con las mismas buenas condiciones con que cultivó este género, habla Juan Ruíz de los pecados y virtudes, ó celebra las glorias de la Virgen. Bellas son, en efecto, sus canciones á Nuestra Señora. He aquí cómo empieza una de ellas:

«CANTICA DE LOORES DE SANTA MARÍA.

»Quiero seguir a ti flor de las flores,
Siempre decir cantar de tus loores,

Non me partir de te servir,
Mejor de las mejores.
Cuand fiança he yo en ti, Sennora;
La mi esperanza en ti, es toda hora
De tribulaçion sin tardanza,
Venme libres agora....»

El arcipreste de Hita, cuya saliente personalidad descuella entre los poetas del siglo XIV, tiene, como se ve, gran flexibilidad de ingenio, y no sigue por un sendero único; antes, al contrario, busca y somete cuantos elementos puede encontrar para enriquecer su libro, en el cual, según queda indicado, los hay procedentes de la literatura oriental y de la clásica; y, como ya observó Pellicer en las aventuras de Don Melón y Doña Endrina, imita la comedia libertina de Pánfilo Maureliano, titulada *Vetula* [1], y en esa y en todo el libro toma también mucho de Ovidio, según él mismo dice:

«.... Donna Endrina e Don Melon, en uno casados son,
Alegranse las campannas, en las bodas con rason,
Si villanias he dicho, haya de vos perdon,
Que lo feo del estoria dis Panfilo e Nason.»

Además, se inspira indudablemente en los *Fabliaux* de los troveras y en los mismos cantos goliardescos [2]. Á pesar de esto, no puede negarse á Juan Ruíz verdadera invención y originalidad poética, pues no es un servil plagiario ni imitador, sino que, por el contrario, funde y da nueva vida, con caracteres muy personales, á los más extraños y variados elementos, como lo prueba la misma *Batalla de Don Carnal y Doña Cuaresma*, aun admitiendo que tomase el asunto de un *fabliau* francés. Algunos críticos comparan á Juan Ruíz con Petronio y otros con Rabelais, y algo se parece á los dos, aunque no llega á la procacidad escandalosa y horrible del primero, ni tiene la honda intención satírica del segundo.

[1] Pellicer hace un extracto de esta comedia, verdaderamente lupanaria.

[2] Goliardos son los clérigos y estudiantes vagabundos de la Edad Media.

92. En el reinado de Alfonso XI volvió á florecer la poesía heroica, olvidada largo tiempo hacía. Las empresas militares de aquel Monarca, y especialmente su gloriosísimo triunfo en el *Salado*, despertaron la musa épica, no sólo en Castilla, sino en las demás regiones de la Península. En castellano escribió el poema ó *Crónica de Alfonso XI*, Rodrigo Yáñez, que asistió personalmente á la batalla del Salado y toma de Algeciras, y sirvió á la misma persona del Rey. Adopta el octosílabo por primera vez en la poesía heroica, y lo reparte en cuartetas. Sigue la narración de la crónica, teniendo por este lado poca inventiva su poema, que algunas veces desmaya, siendo el relato verdaderamente prosaico; pero al referir los grandes triunfos de Alfonso XI, el poeta se enardece y escribe con verdadero calor é inspiración, y algunos de sus trozos son lo mejor que hay en España en aquellos siglos.

Véase si no cómo describe la batalla del Salado:

«Los reys, iban esforçando
Noblemente su campanna [1];
Castellanos aguardando
Al muy noble rey de Espanna,
Que iba en aquel dia
Segunt rrey de gran bondat;
Un castiello paresçia
Entre la christiandat.
Como natural guerrero
Diçiendo buenas razones:
Armas levava de acero
Con castiellos et leones.
El su cuerpo muy lozano,
Guarnido a muy grant brio:
Una maça en la su mano
En sennal de poderio.
Et por ir mas conoscido
Levava sobresennales;
El su pendon bien tendido
Entre los sus naturales.
Al Salado fue llegando

(1) D. Alfonso y el rey de Portugal.

Este rrey, noble varon,
Et los moros oteando
Como un fuerte leon.

....

....

Et los moros de la sierra
En los christianos golpando:
Christianos perdiendo tierra
¡Sancta Maria! llamando.
Moros avian folgura
Et christianos gran mansiella;
Et Dios envio ventura
Al noble rrey de Castiella.
Que los suyos tornar vió,
De pos dellos los pagannos;
Contra los moros tornó
Esforçó los castellanos.

....

Et fiço fazer gran plaça
Segund natural guerrero:
En la su mano una maça
Su caballo bien ligero.
Et con grand saña de muerte
Forceló su corazón,
Et dió un bramido fuerte
Como un bravo leon.
Fizo los moros arqueros
Con muy grand miedo temblar,
Et fizo sus caballeros
A la batalla tornar.
Sofirmose en la su siella,
Dixo a su caballeria:
«Yo soy el Rrey de Castiella
Que cobdiese este día!....
Non foir como rapazes,
Lidiar como caballeros:
Veamos aquellas façes;
Non son omes, son corderos.

....

Non fallescerá por mi,
Delante de vos iré,

Nunca yo vos fallesci,
Nin agora aqui faré.
Oy será desbaratada,
Africa con su companna,
Et por siempre, sera onrada,
La caballeria de Espanna»
. . . .
Los moros perdían tierra
Et por el monte sobian
Por el medio de la sierra
Ondas de sangre corrian.
Aquesto oido el rrey moro:
Mas quisierala su fin,
Et dio voces como un toro
Llamando ¡Benamarin!....
Llamando iba ¡Espanna!
El Rrey Don Alonso, el bueno:
Assy rompio la montanna
Como la piedra del trueno.
. . . .
Cobiertos eran los puertos
Fasta las aguas del mar:
Atantos eran los muertos
Que siempre avria que contar.
. . . .
Desian: ¡que buen sennor!
Et que noble caballero!
¡Val Dios, que buen lidiador!
Val Dios, que real braçero!....

Estos versos de Rodrigo Yáñez merecen singular aprecio por otra consideración; y es que son los últimos de asuntos heroicos que se escriben en España en todo aquel período; porque, como veremos más adelante, dominan luego en Castilla extrañas influencias, que tuercen la inspiración nacional y hacen olvidar á nuestros poetas las verdaderas tradiciones populares, escribiendo ya de asuntos extraños ó con formas que se alejan mucho de las nativas de nuestro suelo [1].

[1] Alfonso Giráldez, hidalgo portugués, compuso también, celebrando la batalla del Salado, un poema del que se ha conservado muy poco.

93. En esta época colocan algunos autores, como el señor A. de los Ríos, otro poema intitulado *Cronica de los rimos antiguos ó Poema de Fernán González.* Pero es indudablemente una supercheria forjada en tiempo del emperador Carlos V, y no hay sino fijarse en el lenguaje y estilo para convencerse de que no puede pertenecer al siglo XIV.

Dice, por ejemplo:

«Almanzor, rey poderoso,
Príncipe de aquendel mar
Con yra fuerte, furioso
Et gente mucha, acucioso
Veno á Castiella extragar.

....

Vuestra fama sonará
Et seredes muy temido:
Vuestra lanza ganará
Mucha tierra, et verterá
Sangre con grande sonydo.»

Quizá escribió este poema el mismo cronista Gonzalo de Arredondo, que fué quien se lo presentó al Emperador.

94. En el reinado de D. Pedro el Cruel, á pesar de las guerras y turbulencias que le han hecho famoso, aparecen algunos poetas, y precisamente de carácter didáctico-moral. Es uno de ellos el Rabbí D. Sem Tob, judío de Carrión, según él mismo dice en el poema moral que escribió; titúlase éste *Consejos et Documentos al rey Don Pedro,* que le había protegido y estimaba; y en ellos se expresa con toda claridad y lisura, haciendo al Rey sabias advertencias acerca de la conducta que debía seguir en las diferentes circunstancias de la vida. Es este libro, en rigor, una *Colección de proverbios morales* (y con este nombre es también conocido), en los cuales no hay que buscar unidad ni plan determinado; pero las máximas y sentencias que le forman constituyen principalmente un tratado de educación bastante completo, pues no se limita el autor á dar consejos relativos á la política y al gobierno, sino que habla de todas las cualidades que debe tener el hom-

bre, discurriendo muy acertadamente acerca de los vicios y de los peligros y lazos del mundo. El judío de Carrión tuvo sin duda á la vista los Libros Sapienciales de la Sagrada Escritura, cuya sentenciosa concisión y cuyo fondo imita por lo general. En la forma emplea cuartetas de siete sílabas. He aquí algunas:

«Hombre, tu te querellas
Quando, lo que te place
Non se cumple, et rebelas
Á Dios porque non façe
Et miras muy airado,
¿Non te membras que eres
De vil cosa creado?.......
Dicen algunos, non se
Para amigos ganar,
Tal como ser cortes
E bien se razonar........
Al rrey sólo conviene
Usar de la franqueça;
Ca segurança tiene
De non venir en pobreça.
Si ome dulçe fuera
Por agua le beberán:
Et si a agro sopiera
Todos los escopieran......
Veçes con humildanças
Otras veçes baldon:
En un tiempo vengança
En otro tiempo perdón....»

Aunque el libro está escrito con intención didáctica y es de carácter general, no deja de ser digno de consideración que el judío hable á un hombre como el rey D. Pedro con la libertad que lo hace, dándole realmente buenos consejos en vez de adularle como á poderoso señor.

También de carácter didáctico es otra composición más breve intitulada *Tratado de la Doctrina* (cristiana), escrita en redondillas de pie quebrado por Pedro de Beragüe, según dice en la última copla. Empieza la obra con la exposición del

Credo, y sigue por los mandamientos y virtudes teologales y cardinales; habla de la misericordia y pecados capitales, y termina con una serie de consejos y reflexiones titulados *Trabajos mundanos*. Hablando de la envidia dice:

«Grand tormento es desigual
Del envidioso mortal
Q'ue otro tiene buen cabdal
Riendo muere.
Envidioso mal fallado
El que sigue tal pecado
En sí mesmo es cuitado
E homicida....
Los seis otros de consuno
Su delito á cada uno
Fasta non tener nenguno
Si non pena.»

95. En el reinado de D. Pedro colocan también algunos críticos el poema intitulado *La Danza de la Muerte*, que es sin duda, una de las composiciones más importantes en aquel período. La idea de la muerte, que en la antigüedad era una abstracción, en los pueblos cristianos aparece como una personificación viva y activa; y en la poesía de la Edad Media se representa muchas veces á la muerte llamando á los hombres de todos los estados y condiciones, y obligándolos á entrar en su danza. Es la composición de carácter dialogado, y algunos la consideran como dramática ó semidramática; y, en efecto, podría realmente ser representada. Empieza con una introducción que dice la Muerte; la cual va luego llamando á las doncellas, al Papa, al Emperador, á todos los grandes personajes de la Iglesia y del orden civil, cada uno de los cuales expresa su dolor al verse en presencia de la Muerte, y piden compasión ó tregua; aunque algunos, como el monje, la dice que no «se espanta de su fealdad, y que antes bien ir con ella será su galardón»; y la Muerte va recordando á cada uno sus goces, honores y delitos, haciéndoles entrar en su danza. La composición está escrita en estrofas de arte mayor, y su

lenguaje es claro y enérgico, abundando en frases verdaderamente notables. Llamando á las doncellas, dice la muerte:

«Esta mi dança trae de presente
Estas doncellas, que vedes fermosas,
Ellas vinieron de muy malamente,
Oir mis canciones, que son donosas,
Mas non las valdria flores e rosas
Nin las composturas que soler podria
De mí si pudiesen, partirse creían,
Mas no pueden ser, que son mis esposas;
Á éstas é á todos, por las aporturas,
Daré fealdad, la vida partida,
Et desnudedad, por las bestiduras,
Por siempre jamás muy triste, aborrida.
Et por los palacios daré por medida
Sepulcros oscuros, de dentro fedientes,
Et por los manjares, gusanos rroyentes
Que coman de dentro su carne podrida».

El pensamiento de *La Danza de la Muerte* se generalizó en la literatura europea [1], donde se designó con el nombre de *Danza macabra* [2]; y aun en otras artes, siendo famosa la pintura de Organna en el cementerio de Pisa. La danza castellana es de las mejor escritas, y quizá la primera que aparece en Europa; aunque Ticknor cree que fué imitada de la francesa, porque en las ediciones antiguas está ajustada al *Le débat du corps et de l'âme,* como sucede en el códice castellano del Escorial [3]. Este último libro se titula *Reflexiones de un ermitaño;* y es, en efecto, un diálogo, entre el cuerpo y el alma, referido por el ermitaño que lo vió en sueños. El alma culpa al cuerpo de sus pecados, y él se defiende, apare-

[1] En España hay varias. Carbonell tradujo la danza francesa de Juan Climages. Juan Valera, en Sevilla, 1520, hizo otra *danza;* y Juan de Pedrauza un ato dramático con el mismo nombre.

[2] Discurren los críticos sobre la etimología de la palabra *macraba,* suponiendo algunos que viene del árabe, y significa *Danza de la muerte.*

[3] Véase *Ensayos sobre la Danza de la Muerte,* por Langlois, 1852, y *Danza de la Muerte,* por Hipólito Fortoul.

ciendo el diablo que quiere llevarse al alma; pero viene un ángel á impedirlo, y habla luego contra todos los pecados y vicios del mundo, y proclama los beneficios de la Redención. La forma, el lenguaje y estilo son iguales á los de *La Danza de la Muerte*, y tal vez ambas composiciones serán obra del mismo autor; pero se ignora su nombre, y no hay razón ninguna para suponer que las escribiese el judío de Carrión, como dicen algunos críticos; porque, ciertamente, no es razón el que estén escritas en el mismo códice escurialense.

96. Aparte del libro del arcipreste de Hita, persiste, como se ve, en la poesía española durante el siglo XIV la tendencia religioso-didáctica, y se cultiva todavía el género épico-heroico, que son los frutos naturales en nuestro suelo; pero en el reinado de D. Pedro aparece ya la poesía trovadoresca que hasta entonces puede decirse que aquí no había brotado. Es de notar que en trato constante con España los trovadores desde el siglo XII, no tengamos un solo poeta que se inspire en sus producciones lírico-eróticas; excepción hecha, como queda indicado, de los trozos de esta clase que hay en el libro del Arcipreste, el cual, sin embargo, no puede considerarse como verdadero trovador, por ser episódicas las composiciones que imitó de los provenzales. Poeta de carácter trovadoresco es D. *Pedro González de Mendoza* [1], que alcanza el reinado de D. Pedro I de Castilla, y que, por esta circunstancia, merece especial mención. Las poesías que nos quedan de este ilustre prócer, inician una era de verdadero predominio de la poesía lírico-erótica, que, como veremos, deja en segundo término ó completamente olvidados los antiguos veneros de la inspiración nacional. Esta poesía trovadoresca fué generalmente frívola y amanerada, perdiéndose cada vez más en sutilezas y metafísicas de escaso ó ningún fondo. D. Pedro González de Mendoza escribe siquiera con cierta naturalidad, como muestra el siguiente trozo de una canción trovadoresca:

[1] Abuelo del ilustre marqués de Santillana, que florece en la corte de D. Juan II.

«Pero te sirvo sin arte
¡Ay amor, amor, amor!....
Grant cuyta de mi [non] parte.
Dios, que sabes la manera,
De mi ganas grant pecado,
Que me non muestras carrera
Por do salga de cuydado.
Pues aquesta es la primera
Dona, de quien fui pagado,
Que non amó en otra parte....
Pero te sirvo, etc.
....
Si guardar [yo] me sopiera
En algunt tiempo passado,
La mi vida estoviera
Agora en mejor estado:
Ssy esperança oviera
De quien soy desesperado
Por aver del su bien parte....»

LECCION XV

LA HISTORIA DESDE LOS TIEMPOS DEL REY SABIO.

97. Noticia de algunos trabajos históricos en esta época.—98. Reinado de Alfonso XI: *Crónicas* que en él se escribieron.—99. *Crónica Troyana*: Su carácter y elementos que la componen.

97. Desde los tiempos del rey Sabio no se había cultivado en Castilla la historia nacional, sin duda por los desórdenes de los reinados siguientes; y, aunque hubo algunos trabajos históricos [1], ni en el reinado de Sancho IV ni en el de Fernan-

[1] Gonzalo de Finojosa, obispo de Burgos, escribió una *Crónica* latina que es una especie de Historia Universal, y trata de los reyes de Israel, cónsules y emperadores romanos y reyes de España; pero la escribió en latín, aunque se tradujo al castellano en el siglo XIV. Tam-

do IV aparece ningún historiador que continúe la obra de Alfonso X y complete las crónicas de España. Háblase de una obra escrita por el maestre Jofre de Loaisa, arcediano de Toledo, pero se ha perdido.

Otra obra histórica que debemos mencionar aquí es el *Libro de los Miráculos de Santo Domingo*, escrito hacia 1293 por Fr. Pedro Marín, monje de Silos. Ya Berceo había celebrado los milagros de aquel famoso redentor de cautivos, y antes, Grimaldo, en el siglo XI, había escrito en latín sobre el mismo asunto. La obra de Fr. Pedro Marín es interesantísima, porque da á conocer muy bien aquella sociedad, y porque pinta con animado lenguaje y vivos colores la triste situación y los padecimientos de los infelices cristianos á quienes consagró su vida el ínclito Santo Domingo.

98. En el reinado de D. Alfonso XI se escribieron las *Crónicas* de los tres reyes anteriores (D. Alfonso X, D. Sancho IV y D. Fernando IV). El Monarca dió el encargo de hacerlas á Fernán Sánchez de Tovar, rico-home de Valladolid, embajador que había sido en Roma, jurista distinguido y consejero del mismo Rey [1]. Sánchez de Tovar reanuda la historia en el punto en que la había dejado D. Alfonso el Sabio, relatando, como queda dicho, el reinado de éste y de sus dos inmediatos sucesores, razón por la cual se conoce el libro con el nombre de *Las tres crónicas*. Por sus condiciones no son *Las tres crónicas* un adelanto respecto á los trabajos históricos de Don Alfonso X; sobre todo la que se refiere al reinado de este ilustre Monarca, es bastante incompleta, y contiene noticias

bién se tradujo en el reinado de Fernando IV la Crónica arábiga de Muza-Ar-Razi, llamado moro *Rasis* por nuestros historiadores. Esta crónica, imitada por nuestros antiguos escritores, fué considerada fabulosa; pero Clemencín, y después Gayangos, han mostrado su autenticidad y que la traducción castellana está hecha sobre el original árabe. (*Memorias de la Academia de la Historia*, tomo VIII.)

[1] *Las Tres Crónicas* se atribuyeron á Miguel Herrera, hasta que Pellicer se las adjudicó á Sánchez de Tovar, como lo habían hecho Morales y Zurita. Otros atribuyeron á Núñez de Villaizan la *Crónica de Alfonso XI*, pero el estilo y lenguaje demuestran que todas son del mismo autor.

que no merecen crédito alguno, grave defecto de que no es el solo responsable Sánchez de Tovar, sino los sucesores del rey Sabio, los cuales, sin duda para justificar su usurpación, pusieron particular empeño en dar al olvido cuanto á aquél pudiera referirse, como acertadamente indica el Sr. Amador de los Ríos. Las otras dos *Crónicas*, de D. Sancho y de D. Fernando IV, son mucho más completas. Otra *Crónica* escribió el mismo Sánchez de Tovar, la de *Alfonso XI*, y en ella manifiesta, mejor que en las anteriores, sus condiciones de cronista.

En tiempo del mismo Príncipe se hizo una *Crónica general de Castilla*, que no es original, sino que está sacada de la *Estoria de Espanna* del rey Sabio y de las cuatro *Crónicas* de Sánchez de Tovar; y de la citada *Crónica general de Castilla* se entresacó una particular *del Cid*, que algunos críticos han creído anterior á la *Estoria de Espanna* [1].

99. Además de estas obras históricas, tradújose en el reinado que nos ocupa la *Crónica Troyana*, verdadero libro de caballerías, escrito en francés con pretensiones históricas. Aun cuando la poesía en la Edad Media fué principalmente expresión de la vida religiosa y caballeresca de aquellos tiempos, acudió alguna vez á buscar inspiración en la antigüedad, cuyo recuerdo no se había borrado del todo, como lo prueba, entre otras cosas, el arcipreste de Hita citando á Ovidio, y los nombres clásicos y paganos con que, aun los mismos poetas cristianos, designaban á veces los objetos que cantaban. Ya sabemos que los *troveras* franceses buscaban asuntos clásicos, como las hazañas de Ulises ó la guerra de Tebas y de Troya, no sólo por la novedad que entonces ofrecían, sino por parecerles más grandes é interesantes que los de carácter nacional; y los mismos autores del poema de *Alexandre* decían con desprecio de los poetas populares:

«*Ces troveors batards font contes a baisser*».

El indicado deseo de cantar asuntos nuevos fué lo que, según confiesa él mismo, movió á Benoit de Saint-More á

[1] Los estudios del Sr. Amador de los Ríos sobre este particular convienen de que así fué, en efecto.—Véase *Literatura Española*, tomo IV.

escribir su *Historia de la guerra de Troya*; pero la guerra de Troya, que, como la de Tebas, fué asunto favorito de los franceses, no se escribía según Homero, á quien se tenía por un impostor [1], sino según unos poemas atribuidos á Darés de Frigia, sacerdote de Neptuno, de que habla Eliano, y á Dyctis, de Creta, cuya supuesta obra [2] omitía la parte mitológica de los poemas homéricos, y gracias á lo cual les era fácil á los escritores de la Edad Media trocar en caballeros á los defensores de Ilión, haciendo de mármol las murallas de Troya y convirtiendo en castillo encantado el palacio de Príamo. No pararon en esto los *troveras*, sino que, falseando y desnaturalizando más y más la relación homérica, pintaron como traidores á Eneas y Antenor, los cuales introducen en Troya el caballo fatal. Así se transformaba la leyenda clásica en una ficción de género caballeresco [3]. Con estos elementos escribió por primera vez en verso Benoit de Saint-More la *Historia de Troya*, hacia la segunda mitad del siglo XII. En Italia, Guido delle Colonne coordinó en latín, traduciéndose después al italiano, una obra con las supuestas historias de Darés y Dyctis, en que los héroes están ya convertidos completamente en caballeros, siendo, por tanto, un libro de caballería, como bastaría á demostrarlo por sí solo el capítulo que dedica á las *Caballerias de los* (12) *bastardos*, de Príamo. De esta suerte vino la *Crónica Troyana* á España, siendo traducida por orden de Alfonso XI, como hemos dicho, en 1350, cuando ya

[1] En la traducción española se aconseja no leer á Homero, porque escribió cien años después de la destrucción de Troya, y sí á Dyctis, por ser *natural de dentro de la cibdad et estubo presente a todo el destruymiento*, etc.

[2] Se supone hallada en Creta en tiempo de Nerón, en un terremoto que derribó la casa en que se encontraba el manuscrito. La historia de Darés, á quien menciona San Isidoro, andaba en tiempo de Eliano, según éste dice, y un escritor posterior al siglo de Constantino escribió un relato lleno de fábulas, que dió como traducción de la supuesta historia de Darés enviada á Salustio.—Parece que Darés fué un sofista, y Dyctis un tal Quinto Septimio del siglo XII.

[3] Esta transformación caballeresca de la antigüedad no fué exclusiva de aquella época: algo de ella se ve en Corneille y Racine, más en Shakespeare, y más aún en los dramáticos españoles del siglo de oro.

reinaba D. Pedro.— El traductor español es, según opina el Sr. Amador de los Ríos, Benito de Santa María; pero, en nuestro sentir, este nombre es el del *trovera* francés (Benoit de Saint-More) castellanizado [1].

LECCION XVI

LA POESÍA POPULAR.

100. Juglares: endechaderas y cantaderas. — 101. Los romances: Su origen. – 102. Elementos dramáticos: *El Misterio de los reyes magos*. — 103. Juegos de escarnio.

100. Además de los poemas relativos al Cid, que son verdaderamente populares, y de otros cantares de Gesta que celebraban á los héroes de la Reconquista, existía, á no dudarlo, en España, en los primeros períodos de la literatura vulgar, una poesía popular, de que no quedan sino escasos vestigios ó leves noticias. Representantes de esta poesía eran, como sabemos, los juglares, divididos en multitud de clases y categorías, aunque todos se pueden reducir á los llamados de *péñola* y de *boca*. En tiempo de D. Alfonso el Sabio se trató, como queda dicho, de regularizar el oficio, y aun el nombre de juglar, porque le usurpaban muchos que no tenían absolutamente nada de poetas, ni de recitadores, y que eran meramente titiriteros ó exhibidores públicos de las habilidades de perros ó monos; mas no hay duda que toda esta muchedumbre de gentes que vivían del favor público, divirtiendo los ocios del pueblo en plazas y calles, representaba, en alguna manera, cierta poesía popular, así como las famosas *endechaderas* y *cantaderas*. Eran estas mujeres alquiladas para gritar y llorar por los difuntos, acompañado á los entierros, que se hacían con gran aparato cuando eran de ricos ó nobles; y en los mismos entierros de los pobres iban hombres y mujeres lanzando alaridos y entonando cantares lastimeros. Aunque

[1] En aquel mismo siglo se tradujo la *Crónica Troyana* al gallego y al catalán, haciéndose después otras muchas versiones castellanas.

los reyes y los concilios condenaron severamente estos abusos, no lograron desarraigar la mala costumbre; y ciertamente que sería un curioso monumento de la poesía popular castellana la colección de estos cantares funerarios. No se conserva de ellos sino la noticia, y tampoco quedan muestras de los epitalamios ó cantares de boda, que eran muy generales, según se infiere de lo que dicen nuestros cronistas y poetas antiguos. Estos epitalamios los cantaban, no sólo los niños y las doncellas, sino hasta los clérigos. Los estudiantes pobres también cantaban por calles y plazas, recorriendo los pueblos en demanda de socorro y auxilios para proseguir sus estudios. El arcipreste de Hita escribió cantares para estos estudiantes, algunos de los cuales han llegado á nosotros; asimismo los ciegos que pedían limosna, lo solían hacer, como en nuestros días, cantando versos; y el mismo autor citado dice que había escrito varios pliegos de cantares para ellos. La coronación de los reyes, la vuelta de los ejércitos, todas las solemnidades, en fin, eran amenizadas con canciones de índole popular, que tampoco faltaban en los mismos juegos de la infancia.

Rodrigo Caro, en sus *Días geniales,* inserta algunas de estas canciones que empleaban los niños, y que en parte se han perpetuado hasta nuestros días. Muchas veces estos cantares eran verdaderamente poéticos, relativos á sucesos históricos, aunque por lo general, tenían escasa importancia y valer.

101. Es seguro también que en los siglos XIII y XIV hubo ya romances [1]. Discuten los críticos acerca del origen de los

[1] La palabra romance tiene varios significados. Se llaman *romances* las lenguas derivadas del latín, y en España se designa también con ese nombre á las composiciones narrativas. El *Libro de Apolonio* empieza diciendo:

«En el nombre de Dios e de Sancta María,
Si ellos me guiasen, estudiar querría,
Componer un *romance* de nueva maestría,
Del buen rey Apolonio e de su cortesía.»

El metro octasílabo asonantado es el que conserva la denominación de *romance;* pero no se fija hasta los tiempos modernos, pues que, como veremos, el *romance* del Cancionero general no tiene asonante sino consonante.

romances castellanos, sosteniendo algunos [1] que proceden de los *Cantares de Gesta*, cuyos versos irregulares y largos, dividiéndose, se trocaron en el octosílabo asonantado. Otros piensan, por el contrario, que el romance corto fué anterior á los poemas largos, y contribuyó á su formación. No es posible fallar con absoluta seguridad de acierto, porque no se conserva ninguno de los romances primitivos. En tiempo de San Fernando, constan los nombres de Domingo y Nicolás de los *Romances*, entre aquellos á quienes se dieron tierras con motivo de la conquista de Sevilla; pero la palabra *romance* no significa precisamente el metro octosílabo asonantado, y no es posible afirmar si eso indicará seguramente que fuesen poetas cultivadores de esta forma; y aun suponiendo que lo fuesen, sus producciones no han llegado á nosotros. Es indudable que la leyenda de las *Mocedades del Cid* está en versos que fácilmente se truecan en romance; pero esta forma poética puede también venir de himnos religiosos latinos, pues que en ellos vemos muchas veces empleado el octasílabo asonantado ó aconsonantado. Un himno del siglo XII en honor de la Virgen María dice así:

«Ave, Regina coelórum;
Ave, Domina angelórum;
Salve radix, salve porta,
Ex qua mundo lux ex horta.
Gaude Virgo gloriosa
Super omnes speciosa.»

Sabido es, además, que el famoso himno de San Agustín contra los donatistas, es un verdadero romance dividiendo sus versos, que pueden recitarse de este modo:

«Abundantia peccatorum
Solet fratres conturbare,
Propter hoc dominus noster,
Voluit nos premonere»;

---

[1] MILÁ Y FONTANALS: *La Poesía heroica.*

y en la *Crónica* atribuida hasta hace poco á Isidoro Pacense, hay trozos en prosa que fácilmente se cambian en un verdadero romance octosílabo, que serán tal vez restos de un romance latino:

«Agitans Aderramant
(Ille) supra memoratus
Rebelens in misecordiator
In sequitur conturbatus».

Andrés Bello, en el *Repertorio americano*, observó también que en la poesía latina había asonantes [1]. Según advierte otro escritor [2], San Comodiano y San Columbano tienen versos asonantados. Es, por tanto, probable que el romance castellano provenga principalmente de la literatura latina eclesiástica, y el asonante se acomodó bien á los oídos españoles; y por eso vemos aquí persistir una forma que no han cultivado las demás literaturas; y como el octosílabo es un metro tan fácil, sencillo y natural en nuestra lengua, se explica bien que se produjeran aquí los romances [3]. Los romances que se escribieron en los primeros siglos de la literatura castellana, se han perdido, porque los doctos los despreciaron, quedando sólo en el pueblo por tradición oral; y así iban transformándose y perdiendo sus formas primitivas, hasta que en los siglos XV y XVI, otros poetas los escribieron como hoy los conocemos.

La existencia de los romances en los siglos XIII y XIV no puede razonablemente dudarse; y á los testimonios que dejamos apuntados, y á otros que indican los autores, pueden añadirse algunos de no escaso valor, en que es extraño no hayan reparado los doctos que han tratado de esta materia.

Suero de Rivera, uno de los poetas que figuran en el *Cancionero general*, tiene una composición sobre la *gala* en que,

1 Lo prueba el titulado poema *De Matildis*.

2 El Sr. Ochoa.

3 El P. Sarmiento, en sus *Memorias*, dice que los demás metros los hizo el arte, pero que el octosílabo la naturaleza.

describiendo las cualidades del verdadero galán y cantando la vida que hace, dice:

> «Flautas, laud y vihuela
> Al galán son muy amigos,
> Cantar cantares *antigos*,
> Es lo que más le consuela».

Estos cantares antiguos, que servían de solaz al galán triste, eran seguramente romances.

102. La poesía dramática aparece también en España en este período, pero apenas quedan vestigios de ella. Es indudable, sin embargo, que la costumbre de celebrar con fiestas dramáticas de carácter religioso ciertas solemnidades de la Iglesia, era antigua y se había arraigado en tiempo del rey Sabio, puesto que en las *Partidas* se mencionan, como cosa corriente, las representaciones que se hacían en Navidad, Epifanía y Pascua de Resurrección; y otros monumentos, como el Códice llamado *Consueta,* de la catedral de Gerona, califican de costumbre muy antigua ciertas representaciones religiosas, citándose la del *Obispillo,* las *Tres Marías,* la *Venta de José,* y otras. De estas composiciones dramático-religiosas se conserva una castellana, aunque no íntegra, y es el *Misterio de los Reyes Magos* de que hemos hablado en otra parte [1]; porque, como se dijo ya, la circunstancia de estar toda ella dialogada y la de tener sus anotaciones musicales, indicando el tono con que había de ser cantada cada una de las partes, demuestran claramente que esa composición se representaba y cantaba en la Iglesia; y dicho queda también que una de las ocasiones en que el rey Sabio dice que se celebraban las fiestas religioso-dramáticas era precisamente en Epifanía.

103. El drama profano tardó más en formarse; pero existían de antiguo elementos dramáticos al lado de los religiosos. Como dijimos en otra ocasión [2], ya el Concilio iliberitano habla de cómicos, señalando las condiciones con que podían ser admitidos en la Iglesia; y en los tiempos góticos hay no-

1 Lección IX.
2 *Literatura general*, lecciones 48 y 49.

ticias de que se representaban también poesías gentílicas. Estas representaciones no eran otra cosa que restos de los antiguos *mimos*, que se perpetuaron á través de la Edad Media; y D. Lucas de Tuy dice que los Albigenses, en el reino de León, representaban *juegos de escarnio*. Con este nombre son designadas en las *Partidas* ciertas representaciones dramáticas; y el Código del rey Sabio dice, además, que en el templo, con ocasión de los dramas religiosos, se cometían *villanías é desaposturas*. Los juegos de escarnio son, pues, el drama profano de la Edad Media en España; y eran breves composiciones de índole satírica y licenciosa, representadas y y quizá improvisadas en las plazas públicas. No se conservan, y tal vez no se escribirían; y no tenemos, por tanto, ninguna composición dramática de índole profana anterior al siglo XV. En el XIV, lo que empieza á haber ya son composiciones dialogadas como la *Danza de la Muerte* y la *Visión de un Ermitaño*, y algunas de éstas, especialmente la primera, pudiera muy bien representarse. Pero en rigor de verdad, no parece que se escribiesen con intento dramático.

TERCER PERÍODO

(DESDE D. ENRIQUE II Á D. JUAN II.)

LECCION XVII

104. Literatura caballeresca: sus orígenes.—105. Sus gérmenes y precedentes en España.—106. Los *Votos del pavón*.—107. Historia *del emperador Carlos Maynes*, del emperador *Ottas*, y otras.—108. Leyendas de *Placidas* y *Guillelme*.—109. El *Amadís de Gaula:* época en que fué escrita, autor y cualidades literarias de esta obra.

104. Del siglo XIV son las primeras obras caballerescas que se conservan en España. La caballería, como ya dijimos en otro lugar [1], es el resultado del feudalismo y de la civili-

[1] *Literatura general*, lección 33.

zación cristiana, por más que algunos críticos se empeñen en asignarla un origen determinado, árabe, clásico ó bárbaro. Las virtudes que debían adornar al caballero, y el espíritu de sacrificio y abnegación, principalmente en defensa de los oprimidos y necesitados, son efecto del Cristianismo; y la época feudal, con sus anarquías y despotismo, contribuía poderosamente á fomentarlos. Por eso en ninguna época determinada se encuentra la verdadera caballería, pues, como observó un autor [1], la caballería tuvo siempre mucho de ideal y los pueblos la suponían existente con todo su esplendor en épocas relativamente remotas, y, desde los tiempos del rey Arturo de Bretaña y Carlo Magno hasta los de Francisco I de Francia, cada pueblo ó cada siglo consideraron en distintos períodos el verdadero florecimiento de la caballería. En cuanto á la compleja maquinaria de gigantes, encantamientos, talismanes y otra porción de cosas sobrenaturales y fantásticas que abundan en los poemas y libros de caballería, hubieron de tomarlos los poetas, á la vez, de las mitologías septentrionales, de los recuerdos clásicos y las mismas tradiciones árabes, sin dejar de poner á contribución el sobrenatural cristiano, cuya gravedad se aviene mal, sin embargo, con los sueños y los delirios de la imaginación. Además, en todas partes el hombre tiene tendencia á salirse de lo real, y halla singular placer en la consideración de fuerzas que sobrepujen á las de la naturaleza que le rodea y le oprime.

La época del florecimiento de los poemas caballerescos son los siglos XI y XII, y un autor [2] ha encontrado en antiguas poesías provenzales, ficciones novelescas relativas á las guerras con los árabes españoles. De este y otros documentos infiere el autor citado que los provenzales fueron los primeros autores de poemas caballerescos, y, además, que los árabes dieron á Europa el sentimiento y la organización de la caballería. Lo último no puede sostenerse en manera alguna; porque, como queda indicado, la caballería es producto natural de las sociedades feudales y cristianas; y las guerras

[1] Sismondi: *Literaturas del Mediodía.*

[2] Fauriel: *Histoire de la poésie provenzale.*

con los mismos árabes, las cruzadas, las conquistas de los normandos, y otra porción de cosas extraordinarias, empezando por la constitución del gran Imperio de Carlo Magno, bastan á explicar el fenómeno, en el cual, si pudo caber alguna parte á los árabes, también ellos pudieron, á su vez, tomar algo, ó mucho, para sus costumbres y literatura, de los pueblos cristianos [1].

105. El amor intervino extraordinariamente en la literatura caballeresca, al lado del sentimiento religioso y monárquico que, con aquél, son los que dominan en la caballería. Los libros relativos al ciclo bretón que, como sabemos, se refieren al rey Arturo de Bretaña y los caballeros de la Tabla redonda, son de carácter menos monárquico que los del ciclo carlovingio, relativos á Carlo Magno y los Doce Pares de Francia, entre los cuales sobresalen Roldán, Reinaldo de Montalván, Rugiero el Danés y otros. Estos poemas, escritos por troveras franceses ó anglo-normandos, eran ciertamente conocidos en España desde poco después de su aparición, puesto que nuestros poetas citan repetidas veces á los personajes caballerescos. Hay, además, espíritu caballeresco, y tal vez influencia de esos libros franceses, en muchos pasajes de la *Crónica* del rey Sabio y en nuestros *Cantares de Gesta,* dado que las historias de Bernardo del Carpio, Fernán González, los Infantes de Lara, el Cid y otras, tienen manifiestamente carácter caballeresco. Pero ello es verdad que la poesía española se aparta mucho de las extraordinarias ficciones de la caballería, y el poema del Cid, como sabemos, es una sencilla narración histórica con escasos elementos maravillosos; no teniendo tampoco muchos la leyenda de las *Mocedades,* cuyo asunto se aleja más de la realidad y se acerca á ese género de ficciones. Acaso el espíritu grave y serio de nuestros padres, la política y sentimiento de la realidad de sus luchas con los sarracenos, y su sólida fe, les impidieron en estos primeros tiempos de nuestra poesía imitar ó reproducir las fic-

[1] Este punto es todavía de difícil solución, porque en la historia de los Arabes hay muchas lagunas, por falta de documentos ó por no haberse estudiado detenidamente los existentes.

ciones de los poetas extranjeros. *La gran conquista de Ultramar* y la *Crónica troyana,* son los dos únicos libros extranjeros de carácter caballeresco que aparecen traducidos en España en la primera mitad del siglo XIV, y esos libros, aunque real y verdaderamente pueden llamarse de caballería, tienen, al cabo, cierto color y aspecto de históricos.

106. En la *Historia del caballero del Cisne,* inserta en la *Gran conquista de Ultramar,* y que se refiere á Popleo, fabuloso abuelo de Godofredo, y en las crónicas y cantares de Gesta, podemos decir que están los gérmenes y precedentes de la literatura caballeresca en nuestra patria. Algún poema, como el de *Alejandro,* de Juan Lorenzo Segura, y la misma leyenda de *Apolonio,* tienen cierto sabor caballeresco; pero no constituyen todavía propiamente lo que se llama el verdadero libro de Caballerías. Lo primero de este género que se escribe en España, es probablemente los *Votos del Pavón,* poema que menciona el marqués de Santillana y que se ha perdido. Ese poema es la historia de Maynete, príncipe hijo de Berta y de Pepino, hijo de Flores y de Blanca flor, reyes de Almería. Después de una serie de aventuras, en que se halla, sin que se sepa quién es, los bastardos de su padre le obligan á hacer los votos del pavón [1], que cumple fielmente, logrando ser emperador de Alemania y Francia con un poderoso ejército.

107. Del siglo XIV se conserva la traducción de varias novelas y leyendas de carácter caballeresco, como la del emperador *Carlos Maignes* de Roma, la del emperador Otas y la de una *santa Emperatriz que ovo en Roma* [2].

En la del emperador Carlos Maignes, figura un enano que, recibido en la corte, se enamora de la Reina, que le castiga; logrando él con sus calumnias que la destierren. Pero en el

[1] Los votos del pavón los hacían los caballeros en la Tabla redonda ante un pavo asado entero que se presentaba en la mesa con la rueda hecha; y el que no cumplía aquellos votos, era considerado como traidor.

[2] Existen en un códice escurialense. Varios de ellos han sido publicados por el Sr. Amador de los Ríos y otros por la Sociedad de Bibliófilos.

destierro encuentra un leñador que la protege, volviendo á París con su hijo, á quien Carlos recibe por suyo, declarándole heredero del reino. En este cuento figura un galgo que vence al traidor Macayre, el cual había dado muerte á su dueño, compañero de la Reina Sevilla en el destierro. Tanto éstos, como los otros cuentos citados, tienen cierto carácter didáctico y moral, presentándose en casi todos el triunfo de la virtud y el premio de los sufrimientos.

108. Notables son en este sentido las famosas leyendas de *Placidas* y *Guillelme,* que se generalizaron en la literatura europea. Una y otra tienen por objeto inculcar á los hombres el deber de renunciar á todo para merecer el cielo y la confianza de que, aun en esta vida, premia Dios muchas veces el sacrificio y la virtud. La leyenda de *Placidas* se distingue por su carácter más histórico, refiriéndose á la vida y martirio de San Eustaquio que, antes de su conversión al cristianismo, se había llamado *Placidas.* La de *Guillelme* se refiere á un rey de Inglatera que abandona su casa, y, habiéndose separado de su mujer é hijos, después de muchos trabajos y aventuras, lo recobró todo. Estas leyendas son parecidísimas á las del caballero *Zifar*, de que que hay una versión del latín al castellano de principios del siglo XIV [1] y una y otra han sido más ó menos celebradas por los poetas franceses, ingleses y alemanes; lo cual prueba, en nuestro sentir, que al lado de la poesía caballeresca profana de encantamiento y amores, hubo desde el principio una literatura con todo el aparato de los libros de caballería, fomentada por la Iglesia para contrarrestar el pernicioso influjo de las otras leyendas y novelas.

109. La primer obra caballeresca profana que se conserva en la literatura española es el famosísimo libro de *Amadís de Gaula,* cuyo origen es ocasión de disputas entre los doctos. Los portugueses creen que el autor del *Amadís* fué—según se infiere de las informaciones que hace en sus *Crónicas* Gómez Eanes de Azurara—un hidalgo portugués llamado *Vasco*

[1] La ha publicado Michelani: Tubinga, 1872.

de Lobeira; pero contra esta creencia está el testimonio de varios poetas españoles, y *Pero López de Ayala,* en su *Rimado de Palacio,* menciona el *Amadís* como un libro de devaneos y mentiras que había leído en su juventud. Se sabe que *Vasco Lobeira* fué armado caballero por el rey D. Juan, maestre de Avis en 1385, la víspera de la batalla de Aljubarrota. En esa batalla fué preso Pero López de Ayala, siendo ya hombre de avanzada edad, y *Lobeira* era entonces seguramente un mancebo que no pasaría mucho de los veinte años, por la circunstancia dicha. Por otra parte, en el texto de Vasco de Lobeira se dice terminantemente que un episodio de la novela en que Amadís accede á los amores de la infanta Doña Briolanja, es superfluo y vano, y que lo puso por complacer al infante D. Alfonso de Portugal, á quien no gustaba que Amadís, por ser fiel á Oriana, como en su historia se dice, desdeñase á la otra Princesa, lo cual prueba que Vasco de Lobeira hizo una traducción ó refundición, pero no el libro original. Los franceses, especialmente Baret [1], creen que el *Amadís* no puede ser otra cosa que la imitación de un texto antiguo relacionado con las novelas de la Tabla redonda, fundándose principalmente en las circunstancias históricas y topográficas, en los nombres propios y en los mismos sucesos del libro, que todos se refieren á Irlanda, la Gran Bretaña, la Armórica, y el mismo título de Gaula, que designa el país de Gales. Estas observaciones tienen fuerza, y más todavía considerando que el *Amadís* es de género completamente nuevo y extraño en la literatura nacional, que, como hemos visto, no produce ficciones caballerescas cuando es mayor el florecimiento de este género literario allende el Pirineo, por oponerse á ello quizá, según queda indicado, la índole especial de la Reconquista española y el espíritu grave y serio de nuestros padres y su sólida piedad cristiana. En el *Amadís* hay todo el aparato de encantamientos, hadas, gigantes propios de la mitología céltica y escandinava, y abundan las escenas de amor, siendo en este sentido un libro de la misma

[1] *Etudes sur la redaction espagnole de l'Amadis de Gaule.*

clase que los de la Tabla redonda (Lanzarote, Tristán, etc.) La verdad es, sin embargo, que en ninguna parte aparece la menor noticia del libro de *Amadís* anterior á su existencia en Castilla, y no es posible asegurar quién fué su primitivo autor. Es también de notar que la primitiva versión castellana del *Amadís de Gaula* no se conserva, y únicamente ha llegado á nosotros la versión ó refundición que hizo, en tiempo de los Reyes Católicos, Garci-Ordoñez de Montalvo, regidor de Medina del Campo.

Esta refundición tiene cuatro libros, y el *Amadís* primitivo tenía tres, según el testimonio de nuestros antiguos poetas. En su argumento, el *Amadís* es algo más sencillo que la mayor parte de los otros libros de caballería; pero hay una abundancia excesiva de personajes y sucesos que dan mucha extensión á la obra y hacen su lectura molesta en nuestro tiempo. El asunto, reducido á breves líneas, es el siguiente: Amadís es hijo ilegítimo del rey Perión de Gaula; y su madre, Elisena, abandona al niño en el mar en una caja embetunada, siendo recogido por un caballero, que lo llevó á Inglaterra y Escocia. Aquí se enamora de Oriana, hija del rey Lisuarte, mientras tanto que, casados los padres de Amadís, tienen otro hijo, Galaor, llevando á cabo los dos hermanos multitud de extrañas aventuras, que terminan con el casamiento de Amadís y Oriana. En los amores de éstos, contrariados por una infinidad de circunstancias y dificultades, está la trama principal de la novela, en la cual figuran la famosa *Urganda la desconocida* y el encantador *Arcalaus* y otros personajes fantásticos, ya amigos, ya adversarios de Amadís; y en éste se pinta un perfecto modelo de valor, lealtad, constancia amorosa y todas las demás cualidades en que debe brillar el caballero. El libro de *Amadís* tuvo extraordinaria aceptación, multiplicándose sus ediciones [1], las imitaciones y las continuaciones [2]. Cervantes, en el famoso escrutinio de la librería de

1 La primera es de 1508, Zaragoza.

2 El mismo Garci-Ordóñez de Montalvo escribió *Las sergas de Esplandián*, que es verdadera continuación de Amadis, y se hicieron *Don Florisando*, *Don Lisuarte*, *Lisuarte de Grecia*, el *Amadís de Grecia*, *Don*

Don Quijote, salva de las llamas el libro de *Amadís,* y el elogio de Cervantes ha sido en general confirmado por los críticos posteriores, y á él se había anticipado Juan de Valdés, que, en su *Diálogo de la lengua,* también hizo honrosa excepción del *Amadís* entre los libros caballerescos, bien que censurándole en no pocas cosas. El lenguaje y estilo del *Amadís* tiene mucha sencillez y no carece de unidad, abundando en descripciones agradables y pintorescas; y como, por otra parte, es más humano que los otros libros de caballerías, á pesar de los extraños y maravillosos sucesos que refiere, y está exento de aberraciones y monstruosidades, se explica el favor extraordinario que gozó durante los últimos siglos y el aprecio en que le tuvieron hombres eminentes y poetas de distintas naciones [1]. El mismo Baret, que niega á Montalvo y aun á España la originalidad del *Amadís,* dice: «*Amadís* se aparta, en efecto, de las ficciones caballerescas en un punto esencial, aunque consagra plenamente la supremacía moral de la mujer, y la influencia del amor en las virtudes que deben adornar un caballero; saca esta pasión de las falsas condiciones en que la habían puesto los trovadores y novelistas, volviéndola á su ley natural y dando una joven princesa por señora de los pensamientos de Amadís. Esta idea bastó á inspirar felizmente á Montalvo, cuyos relatos tienen por eso un encanto particular, gracia y frescura.................................»

Gracias al empleo de tonos más templados y á la mayor pureza de su pincel, nos conduce insensiblemente á las mejores escenas de nuestras novelas del siglo XVII. Léase la entrevista de Amadís y Oriana en presencia de Mabila, en la *red de la ventana,* y se verá por qué grados nos aleja Amadís de la rudeza de la Edad Media, trayéndonos al dintel de la vida y delicadeza modernas. Hay momentos en que desaparece toda diferencia, y, lejos del ruido de las armas y las contien-

Florisel de Niquea, Don Rugel de Grecia y varias otras novelas relativas á Amadís de Gaula.

[1] Micer Andrés, rey de Artieda, escribió un drama de *Amadís,* Quinault una ópera, Bernardo Tasso un poema, y en nuestro tiempo otro el conde de Gotineau.

das caballerescas, nos vemos introducidos en un círculo, por no decir en un salón, en que Oriana hará los honores. Bajo todos estos aspectos, Amadís no es más que la reproducción exacta de los más antiguos sentimientos caballerescos; el entusiasmo guerrero unido al culto de la mujer; la fe religiosa, la inviolable fidelidad á la palabra dada; la constante resolución á sostener el derecho de los débiles por la razón ó por las armas; el honor, la lealtad más estimados que la vida; todas estas nobles y útiles virtudes son los atributos del rey Lisuarte, como de los paladines de la corte de Artus [1]».

LECCION XVIII

INFLUENCIAS EXTRAÑAS EN LA POESÍA.

110. Pero López de Ayala: *El rimado de Palacio.*— 111. El provenzalismo: Ferrús, el arcediano de Toro, Villasandino y otros poetas.— 112. Alegoría dantesca.—113. Micer Francisco Imperial: sus obras. —114. Imitadores de Imperial.

110. En la segunda mitad del siglo XIV imperan en la poesía castellana extrañas influencias, siendo las principales la trovadoresca ó provenzal cortesana y la alegórica italiana, traída del espíritu de imitación de la *Divina Comedia* del Dante; pero todavía algún poeta continúa, por el fondo y por la forma de sus obras, la tradición nacional. Es el más notable de ellos *Pero López de Ayala*, personaje notable en aquel período. Partidario de D. Pedro I de Castilla, y después de D. Enrique II, fué muy favorecido por éste y por D. Juan I.— Preso por los portugueses en Aljubarrota, rescatado después, y miembro del Consejo de Regencia durante la minoría de D. Enrique III, en que llegó á Gran Chanciller, Pero López

[1] Baret: *Literatura española; Etudes sur la redaction de l'Amadis de Gaule.*

de Ayala intervino, por consecuencia, en todos los sucesos importantes políticos de aquel reinado; mas, á pesar de eso, se dedicó, como tantos otros próceres y aun príncipes españoles, al cultivo de las letras, extractando los *Morales de Job* de San Gregorio; traduciendo el *Sumo Bien* de San Isidoro, la *Historia Troyana* y la *Caída de Príncipes*, de Boccacio, y trayendo, además, al habla castellana la clásica *Historia* de Tito Livio. Fué cronista el más notable de su tiempo, y poeta. Su obra poética se conoce con el nombre de *Rimado de Palacio,* libro didáctico, religioso y moral, sin plan determinado, en el cual expone la doctrina cristiana, y los mandamientos, pecados y virtudes, para seguir luego hablando del gobierno y la guerra, y discurriendo largamente sobre la condición humana y los vicios y defectos en que fácilmente incurren las personas de todas clases. Adopta el metro empleado por Berceo y sus sucesores; pero en ocasiones abandona la *cuaderna via* y la estrofa de arte mayor, y emplea el metro corto en poemas que dirige á la Virgen, á la que dice en una ocasión:

«Sennora, estrella luciente,
Que a todo el mundo guia,
Guia a este tu serviente
Que su alma en ti fia.
A canela bien oliente,
Sennora, eres comparada,
De la myrra del oriente
As loor muy apartada.
A ti fas clamor la gente
En sus cuitas todavia
Quien por pecador se siente
Lamando Sancta Maria....
De la mar eres estrella,
Del cielo perla lumbrosa,
Después del parto doncella
De Dios, Madre, fija, esposa.
Tu aminaste la querella
Que por Eva a nos venia
El mal que fizo ella,
Por ti ovo mejoría....»;

y así otras veces pide á la Virgen que le libre de cautividad, celebrando particularmente las mercedes obtenidas por medio de su imagen Nuestra Señora la Blanca de Toledo. Cuando habla de política y moral, Ayala se expresa con nobleza y dignidad, y con espíritu verdaderamente cristiano; del rey dice:

«Este nombre de rey de bien regir desciende
Quien a buena ventura bien assy lo entiende,
El que bien a su pueblo gobierna e defiende,
Este es rey verdadero; tírese el otro dende.
De un padre e de una madre todos descendemos,
Una naturaleza ellos et nos habemos
De bivir et morir por una ley tenemos
Salvo que obediençia de les tener debemos....»

El Rimado de Palacio es, además, un monumento importante para conocer el estado social de Castilla y aun de la cristiandad en aquella época, si bien no todo lo que dice su autor ha de tener igual grado de crédito y estima.

111. Mas, como [illegible]ado, *El Rimado de Palacio* es ya una excepción en la poesía española del siglo XIV. La influencia de la lírica erótica trovadoresca, que se había anunciado con el arcipreste de Hita y con Pero González de Mendoza, domina en gran parte los escritores castellanos, abundando las composiciones [illegible], artificiosas y pedantescas. Entre los autores de este período deben mencionarse Pero Ferrus, que alcanza el reinado de D. Pedro I; y con él escribieron, en los de Enrique II y siguientes, Álvarez de Villasandino, Perafán de Rivera, el arcediano de Toro, Garci-Fernández de Gerena y otros muchos. Pero Ferrus es propiamente el verdadero iniciador del pedantismo lírico-erótico, que apunta ya en González de Mendoza. Una de las composiciones de Ferrus, á la cual se parecen multitud de las escritas en aquel tiempo, puede dar idea de lo que era esta poesía:

«Jamas non avre cuidado
Nin tristeza de mi parte,
Pues que so enamorado,

De la que amo sin arte:
Nunca fue rey Lisuarte
De riquessas tan bastado,
Como yo, ni tan pagado
Fue Roldan con Durandarte.
Venus la que fue deesa
De amor é fermosura
Nin Polas, la muy traviesa
De quien su buen pres oy dura,
Non fueron en apostura
De aquesta, señor, eguales,
Nin creo que fueron tales
En vondat, nin fermosura»;

y hace luego comparaciones con Elena, Dido, Ginebra y otras famosas amantes, y continúa:

«Varones, muy fuerte vida
Paso por la que bien sé;
Firióme de una ferida
De la cual nunca sané
Nin guariré:
Por ende, me perdoné
Si non face cortesia
Esta flor que deseé
E desearé,
Pues sabe quel' non erré
Nin les fis otra folia».

Villasandino es el más fecundo de los poetas de su tiempo, y escribe de toda clase de asuntos: *cantigas* á la Virgen, *loores* á los reyes, *elogios* á las damas más ilustres, teniendo, además, composiciones satíricas que son, como dicen algunos autores, la crónica escandalosa de los reinados de Enrique II, Juan I y Enrique III. Villasandino escribió muchas veces por encargo; y esto, y su afición á seguir la moda trovadoresca, le impidió tal vez, cultivar sus verdaderas dotes de poeta cristiano; pues, en efecto, en las composiciones á la Virgen es donde se muestra más natural y sencillo, renovando el sen-

timiento con que había cantado el rey Sabio. Dice en algunas de ellas:

«Generosa, muy fermosa
Sin mansilla, Virgen Santa,
Virtuosa, poderosa,
De quien Lucifer se espanta:
Tanta
Fué la tu gran omildat
Que toda la Trenidat
En Ti se encierra, se canta....

Noble rosa, fija e Esposa
De Dios, e su Madre dyna,
Amorosa es la tu prosa,
Ave, stela matutina,
Enclina
Tus orejas de dulçor
Oyendo a mí pecador,
Ayudándome *festina*....

Virgen digna de alabança
En Ti es mi esperança....»

«Tu fuiste e serás e eres
Bendita entre las mujeres,
Tus gozos fueron plazeres
En el mundo sin dubdança.
Rosa en Jericó plantada
De ángeles glorificada,
Tú seas mi abogada
Pues en Ti tengo fiança.
Tálamo de Dios e templo,
Quando tu vida contemplo
Por leyes nin por ejemplo
Non fallo tu igualança....

Contrario de Eva, ave
De los cielos puerta e llave,
Rruega al tu Fijo suave
Que me oya mi rrogança.»

El arcediano de Toro no pudo apreciar ni la pena, ni el amor como él quería; le falta la libertad aunque es buen versificador.

Garci-Fernández de Gerena fué famoso por su vida errante y desdichada; casó con una juglaresa mora, *por amor al dinero,* que ella no tenía, y despreciado de la corte donde era antes muy querido, marchó á Granada y se hizo mahometano, volviendo á Castilla á morir miserablemente. Sus poesías no carecen de originalidad.

Como queda indicado, escribieron en aquella época otra porción de poetas, entre ellos algunos personajes ilustres, como D. Pedro Vélez de Guevara, D. Alfonso ó Alonso Enríquez y D. Diego Hurtado de Mendoza, padre del marqués de Santillana [1], de los cuales hay algunas poesías en un *Cancionero* de Salamanca que ahora está en la biblioteca del Palacio Real.

112. Juntamente con esta poesía erótica y trovadoresca se extiende por Castilla la forma *alegórica.* La alegoría no era ciertamente nueva en la literatura ni en España. El apólogo oriental no es otra cosa que la alegoría literaria, y en Europa hay algunos troveras como Pedro Vidal, que en el siglo XII había llenado sus composiciones de seres abstractos, los cuales forman también casi todo el largo poema intitulado *Roman de la Rose,* en que están personificados todos los vicios y virtudes. En España habían empleado la alegoría San Isidoro, Paulo Emeritense, Valerio y Pedro Compostelano; y en la poesía, ya castellana, el poema de Berceo y el de Fernán-González tienen alegorías. Sabido es, además, que en el poema de *Alejandro*, Juan Lorenzo Segura, de Astorga, hizo una pintura del infierno con muchos caracteres alegóricos, representando de esta manera los vicios y pecados. Pero la alegoría alcanzó su mayor predominio con ocasión de la *Divina Comedia* del Dante. Este inmortal poema, en que se compendia todo el saber teológico y filosófico de aquella edad, adoptó la alegoría para expresar en formas sensibles las cosas divinas y espirituales. La poesía

[1] Su hijo no le menciona en la carta al Condestable, de que hablaremos, tal vez por ser las obras de su padre de vanos amoríos.

tiende á sensibilizarlo todo, á presentarlo todo por medio de imágenes: de aquí nace facilísimamente la alegoría en tratándose de ciertos asuntos. No es, como dice Puibusque, fruto de la fusión de la civilización árabe y la metafísica escolástica, ni es tampoco precisamente, como indica Buterbek, el medio necesario para hacer del arte un símbolo de la ciencia, con objeto de darle dignidad á los ojos de los hombres doctos. Para pintar el Dante la ira, la envidia ó cualquiera de los otros vicios, ó para representar la Teología, forzosamente, si quería dar á su obra formas sensibles, tenía que valerse de la ficción alegórica. El mérito extraordinario de la *Divina Comedia*, su éxito sin igual en aquellos siglos, las traducciones que se hicieron, las cátedras que se fundaron para explicarla, todo contibuyó á que hubiese una multitud de imitadores, como sucede siempre que una obra excepcional aparece en el arte.

113. En España empezó la imitación dantesca y el constante cultivo de la alegoría con Micer Francisco Imperial, genovés, á quien trajo á España, siendo joven, su padre Jaime, tratante en joyas que se estableció en Sevilla. Imperial, instruido también en los estudios clásicos, dió á conocer la *Divina Comedia*, y escribió algunas composiciones, queriendo imitar en cierta manera la obra del Dante. La principal es su *Decir á las siete virtudes*; en ella Imperial hace un viaje imaginario, llevando de guía al Dante, como éste había llevado á Virgilio, á las regiones de la inmortalidad. En un jardín bellísimo ve al poeta florentino, el cual le enseña las virtudes, explicándole lo que él no entendía acerca de ellas: las virtudes estaban representadas por unas estrellas que no alumbran á España, porque unas serpientes (los vicios) las quitaban la luz. Termina la composición oyendo el autor cánticos de gloria, y encontrándose al despertar con la *Divina Comedia* en las manos, abierta por el libro VII. No sólo imita Imperial todas las formas de la alegoría dantesca, sino que intenta reproducir el verso endecasílabo; no lográndolo cumplidamente, pues rara vez le resulta una estrofa con todos los versos endecasílabos, como se ve por la siguiente muestra:

«Sumo Apolo, á ti me encomiendo [1]
Ayúdame tú con suma sapiencia.
....
Forma de (gentil) dueña en cada estrella
Se demostraba, et otrosi fasían
En cada rayo forma de doncella.
Las tres primeras triángulo seyan,
Et quadrángulo segunt pareçian
Las otras quatro, non mucho distantes:
Et omnes auri coronas portantes,
Et las doncellas, guirlandas trayan.
Las tres avian color de llama viva,
Et las quatro eran albas (pero) atanto
Que la su albura al alba nieve priva,
Las tres cantaban, et su cantar tanto,
Las otras cuatro et su moral canto,
Con gesto manso, de gran honestat,
Tal que non puedo mostrar ygualdat
Ca el rostro á (la) su par, sería grant planto....»

Otra poesía del mismo género, pero menos importante, escribió Imperial, intitulada *Visión de los siete planetas.*

114. Muchos ingenios castellanos siguieron la tendencia de Imperial, escribiendo composiciones de forma alegórica. El más importante entre los que primero la cultivaron es *Ruy Páez de Ribera,* que se distinguió por la energía del lenguaje y viveza de sus descripciones. Una de sus poesías alegóricas es la *Disputa* ó *proceso entre la dolencia y la vejez y el destierro y la pobreza,* siendo la última la que gana á todas por las desdichas que consigo trae. Empieza la poesía con la indispensable visión, que, en este caso, es un valle triste y obscuro, donde hay cuatro dueñas gritando y porfiando sobre cuál puede mejor destruir al hombre, añadiendo el poeta [2]:

---

[1] Es de notar que esta es la primera poesía castellana en que se hace invocación á los falsos dioses gentílicos.

[2] La otra composición alegórica de Ribera se titula *Proceso entre la soberbia y la mesura:* la primera se presenta con su acompañamiento de vicios, y la segunda, de virtudes. Tiene la misma forma y mérito que la anterior.

«Miré sus personas, que gestos habian,
E vilas llorosas e tan doloridas
Que ningun placer, consigo tenian
Vestidas de duelo, las caras rompidas.
Coronas de esparto, e sogas ceñidas,
Descalzas e rotas e descabelladas
E tristes, amargas e desconsoladas
E huerfanas, solas, cuitadas, perdidas».
....

Sería larga la sola enumeración de otros poetas que en esta época escriben, siendo los más notables D. Pedro Vélez de Guevara, el duque D. Fadrique, Ferrand Manuel de Lando y el judío converso Juan Alfonso de Baena, colector además de las poesías de aquella época en el *Cancionero* que lleva su nombre, y de que hablaremos en otra parte; y es tal el afán de versificar, que se versifica la historia y hasta la cirugía. El ilustre converso Pablo de Santa María escribió, en efecto, un poema titulado *Edades trovadas,* refiriendo los principales sucesos del mundo hasta D. Juan II, con formas sencillas, pero sin verdadera inspiración poética, y distinguiéndose más por la exactitud y la erudición.

LECCION XIX

LA HISTORIA.

115. Crónicas de Ayala: su valor literario—116. Otros cronistas.—117. Noticia del libro de Clavijo.—118. La historia en Aragón y Navarra: *Libro de Marco Polo.*—119. Escritores didácticos.—120. Los judíos conversos.

115. La historia, interrumpida en los reinados de Sancho IV y Fernando IV, y reanudada en el de Alfonso XI, es cultivada también en los siguientes. El cronista más importante en el siglo XIV es el canciller *Pero López de Ayala* au-

tor del *Rimado de Palacio,* que escribió las crónicas de Don Pedro I, D. Enrique II, D. Juan I y D. Enrique III. Todas estas crónicas son muy alabadas por la sencillez y claridad del lenguaje y estilo, siendo la mejor de todas la de D. Pedro I, cuyo azaroso reinado contribuye, por otra parte, á que el libro tenga más interés. No puede, sin embargo, decirse que Ayala cultivara la verdadera historia con caracteres literarios; porque no tiene propiamente plan, limitándose á referir sencillamente los sucesos por el orden con que van ocurriendo, sin someterlos á unidad ni á conjunto determinado, y deteniéndose excesivamente en pormenores á veces sin importancia. Por otra parte, hay en su libro excesiva frialdad, diciendo las cosas más terribles, y refiriendo las más espantosas catástrofes como si se tratase de sucesos ordinarios. Esto que, á nuestros ojos, es un defecto, puede, por otra parte, ser considerado como una cualidad, y Villemain dice que en ninguna obra se reproduce con más fidelidad que en las *Crónicas* de Ayala, la sombría dureza y el genio de aquel tiempo. Además, Ayala es de imparcialidad dudosa, como ya indicó el P. Mariana: partidario primero de D. Pedro, y luego de su hermano y matador D. Enrique de Trastamara, es posible que procurase añadir gravedad á los nada disculpables hechos del Rey vencido en Montiel; porque mientras más grandes fueran sus crímenes, menos odioso parecía el parricidio [1]. Á pesar de todo,

[1] La figura del rey D. Pedro, pintada con tan negros colores en las *Crónicas de Ayala*, aparece poco después con tonos menos duros, siendo objeto aun hasta de alabanzas, en las leyendas populares y en el teatro, considerándosele como un defensor del pueblo contra la anarquía; y entre otras obras en que se pinta á D. Pedro como justiciero y no como cruel, pueden citarse: *Rey valiente y justiciero,* de Moreto, *El médico de su honra*, de Calderón, y *El zapatero y el Rey,* de Zorrilla. No es posible negar, sin embargo, las atrocidades cometidas por el rey D. Pedro; pero no eran mejores los otros Pedros que á la sazón reinaban en la Península (el de Aragón y el de Portugal), ni otros príncipes extranjeros; y ninguno ha quedado con el nombre tan generalizado de Cruel; sin duda porque la historia del monarca de Castilla la escribieron y propagaron sus enemigos. Pedro de Gracia Dei, cronista de los Reyes Católicos, y Diego de Castilla, fueron los primeros que trataron de vindicar la memoria de D. Pedro I.

Ayala es un gran cronista, muy superior á los demás de aquella época, y sus libros se leen con interés, sin que decaiga la atención, ni se adviertan en ellos asperezas de estilo ó lenguaje. He aquí cómo narra el principio de la batalla de Montiel:

«CAPITULO VI.

»COMO FUE LA PELEA DE MONTIEL.

»El rey D. Enrique ovo su consejo de acuciar su camino quanto mas pudiese, e catar manera como pelease con el rey D. Pedro; ca sabia que si la guerra se alongase, que el rey D. Pedro avria de cada dia muchas aventajas: e por esto acordo de acuciar la batalla, e asi lo fizo, e andovo quanto pudo, en guisa que llegó cerca del dicho castillo de Montiel, do estaba el rey D. Pedro: e algunos de los que iban con el ponian fuegos por la tierra por ver el camino, ca la noche era muy escura. E el rey D. Pedro non sabia nuevas ciertas del rey D. Enrique, nin que era partido del Real que tenia sobre Toledo, e tenia sus compañas derramadas por las aldeas enderredor de Montiel, ca de ellas posaban dos leguas dende, e otros a una legua de Montiel, donde el estaba, e asi estaban todos. E aquella noche, el Alcayde del castillo de Montiel, que era un caballero de la Orden de Santiago, Comendador de Montiel, que decian Garci-Morán, que era asturiano, el e los suyos vieron grandes fuegos a dos leguas del logar de Montiel, ficieron saber al rey D. Pedro que parescian grandes fuegos, a dos leguas del castillo donde el estaba, e que catase si eran de sus enemigos. E el rey D. Pedro dixo que pensaba que serian D. Gonzalo Mexia, e D. Pedro Moñiz, e los que partieran de Córdoba, que por aventura se iban juntar con los que estaban en el Real sobre Toledo: e esto era porque non sabia ningunas nuevas; pero envio luego sus cartas a todos los suyos que posaban en las aldeas, que al alba del día fuesen todos con el en el logar de Montiel donde él estaba. E cuando fue gran mañana otro dia llegó el rey D. Enrique e los suyos, que desde media noche avian andado, a vista del logar de Montiel: e las gentes que el rey D. Pedro enviara al camino do parescian los fuegos, tornaronse diciendo como el rey D. Enrique e los suyos venian muy cerca. E el rey D. Pedro e los suyos armaronse e pusieron su batalla cerca del dicho logar de Montiel; e los suyos que posaban en las aldeas aun non eran todos llegados. E el rey D. Enrique aderezó con sus gentes para la batalla: e Mosen

Beltran de Claquin, e los Maestres de Santiago e de Calatrava, e los otros señores e caballeros e escuderos, e los de Cordoba que eran en la avanguarda, quando movieron por ir a la batalla, por se juntar con los del rey D. Pedro, toparon en un valle, que non pudieron pasar. E el rey D. Enrique, e los que con el iban, que era la segunda batalla, pasaron por la otra parte, e adereszaron a los pendones del rey D. Pedro, e luego que llegaron a ellos fueron desbaratados; ca el rey D. Pedro, nin los que con el eran, nin los moros, non se tovieron punto nin mas, ca luego comenzaron de se ir. E los del rey D. Enrique los unos siguieron a los moros, e alcanzaron e mataron dellos; e los otros se detovieron peleando con los del rey D. Pedro, fasta que el rey D. Pedro se encerro en el castillo de Montiel, que estaba alli cerca, e alguno de los suyos con el».

116. Al lado de Pero López de Ayala brillan poco los otros cronistas contemporáneos. Debe, sin embargo, citarse á Juan de Alfaro, que escribió una *Crónica de D. Juan I*, llegando hasta la batalla de Aljubarrota; y á Juan Rodríguez de Cuenca que hizo un *Sumario de los reyes de España*, desde Pelayo hasta Enrique III. Alfaro tiene mejor lenguaje y estilo que éste. Peor que ambas, y llena además de fábulas que la hacen, más que otra cosa, un libro de caballerías, es la *Crónica sarracina* de Pedro del Corral, que se imprimió con el título de *Crónica del rey D. Rodrigo*. Fernand Pérez de Guzmán llamó á su autor *liviano e presuntuoso hombre*, y á su *Crónica*, *trufa ó mentira paladina*; y, en efecto, como hemos dicho, más podría llamarse novela caballeresca que historia. En el mismo tiempo se escribieron algunas historias de carácter biográfico, como la de Fernán González, la de los Infantes de Lara, la del Cid, la de San Fernando, que, en resumen, son extractos de las crónicas anteriores y de la historia del rey Sabio. En ellas se procura apartar la historia de la corriente caballeresca y fabulosa que la iba invadiendo [1].

117. De carácter histórico es la relación del famoso viaje y embajada de Ruy González de Clavijo á Tamorlan ó Timur-

[1] En el Escorial existe un Códice titulado *Crónica de las fazañas de los filósofos*, que es una colección de biografías de poetas, filósofos é historiadores de la antigüedad, en la cual hay también muchas leyendas de mucho elemento maravilloso.

bek. Es uno de los sucesos más curiosos de aquellos siglos, y que tiene todo el colorido de una aventura de libros de caballería; pues no otra cosa parece una embajada desde Castilla hasta las entonces ignotas regiones del centro del Asia. Clavijo fué enviado por el rey D. Enrique III, y contó su viaje, su estancia en Constantinopla, su paso por Troya, Trapisonda y otras ciudades de Persia, Media, y su llegada á Samarcanda, que describe, así como las fiestas y obsequios con que Tamorlán le recibió. Salió de allí Clavijo sin poder despedirse de Tamorlán, porque estaba próximo á morir, y hubo de venirse con embajadores de Babilonia y otros países, antes de que corriera la noticia de su muerte. Clavijo es veraz y pinta lo que ha visto; pero admite leyendas como la de las Amazonas, que dice mantenían todavía la costumbre de vivir sin maridos. En su vuelta, Clavijo visitó á Pera, Galipolis, Venecia y Messina, haciendo las descripciones de estas ciudades, que, como todas las suyas, son interesantes y pintorescas.

118. En Aragón y Navarra se cultivó también la historia en lengua castellana, y D. Frey Juan Fernández de Heredia, uno de los personajes más ilustres de Aragón, escribió una *Gran Crónica* ó *Historia de España,* cuya primera parte, única que se conserva, llega hasta Wamba. Otro de sus libros es la *Crónica de los conquistadores,* y otro *la Flor de Historias,* en que inserta y traduce los curiosísimos libros de Marco Polo. *Marco Polo* había hecho en su juventud, y en compañía de su padre, un viaje análogo al de Clavijo, pero de mayores resultados, á la corte de Gengis-kan; y ya anciano, en Europa, dictó las aventuras de su extraordinaria expedición, dando á conocer el Imperio de los mogoles, y describiendo las Armenias mayor y menor, Persia, Media, Tartaria é India, y hablando de ejércitos, palacios, ciudades y riquezas de que no había ni remota idea en Europa. El libro de Marco Polo contribuyó mucho á inflamar el espíritu aventurero de los occidentales, y á despertar el amor á lo maravilloso y fantástico; pero tuvo también á la larga resultados más positivos, puesto que su lectura fué una de las cosas que impulsaron á Colón á buscar por el Océano un camino para aquellas vastas regiones,

que es lo que se proponía cuando halló el Continente Americano.

Frey *García de Engui*, obispo de Bayona, escribió una *Crónica de España* que comprende desde los hijos de Noé hasta Alfonso XI.

119. Como escritores didácticos merecen ser citados *D. Pedro de Albornoz*, cardenal y arzobispo do Sevilla, autor de un libro de religión y moral que peca de excesiva erudición [1]. En él condena severamente las supersticiones de la astrología, como antes había hecho San Pedro Pascual, y como hicieron otros muchos escritores españoles; siendo esto prueba de que con la influencia de las obras árabes y hebreas cundieron en el vulgo y en la nobleza tan graves errores. El otro escritor didáctico de esta época es el antipapa *D. Pedro de Luna*, autor (además de algunas obras de Derecho canónico) de un libro titulado *Consolación de la vida humana*, dividido en quince capítulos ó partes, en que va considerando los diversos estados del mundo y sus tribulaciones, con los remedios adecuados para ellas.

120. Los judíos conversos cultivan también la literatura en sus varias manifestaciones. En este tiempo brillaron Jerónimo de Santa Fe y Pablo de Santa María [2]. Del primero se conservan los discursos que pronunció en el Concilio de Tortosa, y del segundo, además de las *Edades trovadas*, de que se ha hecho mención, el libro titulado *Scrutinium Scripturarum*, en que muestra que las profecías se habían cumplido en Jesucristo. Es de notar que los judíos más doctos eran los que se convertían al cristianismo, llegando varios de ellos á ocupar sedes episcopales.

Al empezar, pues, el siglo XIV, se preparaba una verdadera transformación en la Literatura, especialmente en la poesía castellana, por la influencia del espíritu caballeresco y la provenzal y la italiana, siendo también ya notables el estudio y conocimiento de los clásicos, que preparaban poco á poco el predominio del Renacimiento en todas las manifestaciones del arte literario.

[1] Se titula *Libro de la justicia, de la vida espiritual y perfección de la Iglesia militante*, y expone en él el *Credo*, los mandamientos, los pecados y obras de misericordia.

[2] Se llamaron respectivamente antes Jehosuah-Halorqui y Selemoh-Halevi.

CUARTO PERÍODO.

(DE DON JUAN II Á LA CASA DE AUSTRIA.)

LECCION XX

REINADO DE DON JUAN II.

121. Florecimiento literario: Extraordinaria influencia clásica. — 122. ¿Pueden llamarse *escuelas* las tendencias que prevalecen? — 123. Poetas clásico-provenzales: el Rey, D. Álvaro de Luna, D. Enrique de Aragón y otros. — 124. Principales poetas: el marqués de Santillana. — 125. Juan de Mena. — 126. Fernán Pérez de Guzmán. — 127. Trovadores erudito-populares. — 128. *Cancioneros*: noticia del de Baena.

121. El reinado de D. Juan II es uno de los más notables en la Literatura española, y en la Edad Media sólo puede comparársele al de D. Alfonso el Sabio y al de los Reyes Católicos. Distínguese, sin embargo, de este último, en que en tiempo de Juan II no adelanta un paso la reconquista, y todos los esfuerzos del Rey y de los magnates se emplearon en discordias intestinas y en luchas por la preeminencia y el gobierno. Extraño es, por tanto, que en época en que las ambiciones y rivalidades andaban tan despiertas y enconadas, floreciesen tanto las letras; pero es lo cierto que desde el Rey hasta las personas más humildes, todos en la corte de Castilla hacían alarde y como gala de consagrarse preferentemente á las tareas literarias. «Con dificultad se hallará, dice un autor [1], en la historia política ni literaria de ninguna nación, otro ejem-

[1] BOUTERWERCH: *Literatura española.*

plo semejante de una corte compuesta de los grandes señores, poetas y guerreros al mismo tiempo, alrededor de un monarca sabio, pero débil, y en medio de los horrores de la guerra civil. Fenómeno que debe dar la más alta idea de la fuerza poética de la nación española, pues en ella el espíritu de facción, lo más contrario á la poesía, no pudo sofocarla.»

D. Juan II, educado por el obispo Pablo de Santa María, fué aficionado á los clásicos, á la música, á la historia, á la filosofía y á las poesías provenzal y cortesana. Protector decidido de las letras, reunió en su corte á los hombres más ilustres de aquel tiempo, y por todos los medios se propuso estimular á los ingenios españoles. Ya antes se había procurado en España el conocimiento de la docta antigüedad, y ahora obispos y magnates rivalizaban en trabajos para traer á Castilla las obras de griegos y latinos.

D. Enrique de Aragón, emparentado con las familias reinantes en Aragón y en Castilla, pone en castellano la *Eneida,* las *Retóricas* y *Epístolas* de Cicerón, así como las obras de Virgilio y del Dante. El obispo D. Alonso de Cartagena traduce libros de Cicerón y de Séneca, y Juan de Mena extractaba la *Iliada* por complacer al Rey. Las fábulas de Esopo, la *Farsalia,* los libros de Salustio, las sátiras de Juvenal, las comedias de Terencio y muchas obras más, eran puestas en castellano por encargo del Rey ó de los personajes, entre los cuales se distinguía el doctísimo marqués de Santillana, que personalmente trabajó mucho en estas traducciones y las dió grande impulso; y aunque no se olvida el estudio de los Padres de la Iglesia ni de las obras cristianas de la Edad Media, como la *Leyenda áurea* y las obras de Santo Tomás, el clasicismo iba imperando en las letras, y solamente era contrarrestada su influencia por la de provenzales é italianos. Ganaron mucho entonces el idioma y la versificación; se adoptaron nuevas formas; el lenguaje poético adquirió nuevas galas y se produjo un gran florecimiento literario; pero, como hemos indicado antes de ahora, fué á costa de la originalidad y del espíritu nacional y patriótico. Los escritores de la época de Don Juan II abandonan la tradición popular; desprecian á nuestros

antiguos poetas; olvidan los asuntos históricos, y, aparte de los sucesos contemporáneos, no se dignan echar una mirada á la Reconquista, entonces paralizada, ni á los reinos musulmanes, que ocupaban todavía una buena parte de nuestro territorio.

122. Algunos escritores entienden que la poesía castellana forma entonces tres escuelas; á saber: la *provenzal-cortesana,* la *alegórica* y la *didáctica;* pero no hay tales escuelas; porque la mayor parte de los poetas, y todos los importantes, escriben poesías de todas esas clases, sin predilección determinada por ninguna de ellas. Lo cierto es, sí, que esas tendencias, alegórica, provenzal y didáctica, son las dominantes en la poesía castellana. Una de ellas nacida de la imitación del Dante y de la influencia italiana; otra del espíritu trovadoresco; siendo la tendencia didáctica una como protesta del buen sentido de nuestros escritores contra las novedades que se imponían y cultivaban amorosamente.

123. Entre los poetas clásico-provenzales hay que citar en primer término al Monarca y á su famoso privado don Álvaro de Luna. De D. Juan II se conservan algunas poesías en un Cancionero de la biblioteca de Palacio [1]; son frívolas y eróticas. He aquí una de ellas:

«Amor entre guerra e paz,
A quien matas y se yaz.
Si quieres por despedida
Darme muerte dolorida,
Bastara que la mi vida
Reciba cuitas asaz;
Pues que tu matas á mi,
Por tant como te servi,
En tomar muerte por ti
No sabes cũanto me plaz....»

Del mismo género son los versos del condestable don Álvaro de Luna, en uno de los cuales, ponderando las cuali-

[1] Las insertó el marqués de Pidal al publicar el *Cancionero de Baena.*

dades de su amada, dice arrogancias irreverentes de malísimo gusto [1].

Don Enrique de Aragón, que nació en 1384 (llamado en muchos libros marqués de Villena), no fué principalmente poeta, pero sí escritor y traductor de importancia, y hombre tan versado en las ciencias, que parece se le consideró como un mago. Como obra poética, escribió las *Fazañas de Hércules*, y, según dice el marqués de Santillana, compuso, con motivo de la coronación en Zaragoza de su primo D. Fernando el Honesto, una obra alegórica, cuyos personajes eran: la justicia, la verdad, la paz y la misericordia; entendiendo algunos que se trata aquí de una pieza dramática. También se debe á D. Enrique de Aragón el haber contribuido á establecer en Barcelona el *Consistorio de la gaya sciencia*, y con este motivo escribió un *Arte de Trovar* ó *Gaya sciencia*, en forma de carta, al marqués de Santillana. Este libro, que puede considerarse como el primer ensayo de una poética en Castilla, refiere la historia del *Consistorio de la gaya sciencia*, hablando de su utilidad y del origen de la poesía, concluyendo por dar algunas reglas de prosodia. De la poesía dice: «Tanto es el provecho que viene desta dotrina á la vida civil, quitando ocio y ocupando á los felices ingenios en tan honesta investigación, que las otras naciones desearon y procuraron dar la escuela desta dotrina, y por eso fué ampliada en el mundo en diversas partes [2]».

Relacionado con D. Enrique de Aragón, se cita á Macías el enamorado, su doncel ó escudero. Era natural de Padrón, en Galicia, y requirió de amores á una de las doncellas de su señora, que le correspondió; pero casada después con otro, su marido, arrojando un dardo, mata á Macías, que no había desistido de su pasión, ya entonces culpable. Los poetas cantaron

[1] «Si Dios, nuestro Salvador
Ovier de tomar amiga,
Fuera mi competidor.»

[2] Mayans, en sus *Orígenes de la lengua castellana*, da un extracto de la *Gaya sciencia* de D. Enrique de Aragón.

el triste fin de Macías, y á él dedicó una poesía D. Enrique de Aragón, de que copiamos las siguientes estrofas:

«Ya la gran noche pasaba,
E la luna se escondía,
La clara lumbre del día
Reluciente se mostraba.
Al tiempo que reposaba,
De los trabajos y penas,
Oi, triste cantilena
Que tal canción pronunciaba:
«Amor cruel e brioso:
Malhaya la tu altiveza
Pues no fazes igualdad
Faciendome tal rodeza.»
Desperto como espantado
Y mire como sonaba
El que de amor se quejaba
......................;
Vi un hombre ser llagado
De gran golpe de una flecha
E cantaba tal endecha
Con semblante atribulado......»

En cuanto á Macías, escribió algunas composiciones (cuatro son las que se conservan), todas eróticas y en lenguaje gallego, siendo muy conocida la que empieza:

Cativo de miña tristura [1].

124. El poeta más importante de la corte de D. Juan II es sin duda otro prócer ilustre, *D. Íñigo López de Mendoza, marqués de Santillana.* Nació en Carrión en 1398 y se distinguió desde su adolescencia por sus talentos militares y políticos, no menos que por sus vastos conocimientos y amor al estudio; siendo tan grande su celebridad, que acudían á Castilla muchos extranjeros por conocerle. El rey le estimaba sobremanera, aunque fué adversario de su privado D. Álvaro de

[1] D. Tomás Antonio Sánchez publicó por primera vez esta poesía de Macías, así como algunas de D. Enrique de Aragón.

Luna, cuya muerte dió al Marqués asunto para una de sus más notables composiciones.

El marqués de Santillana escribió muchas poesías de toda clase; las tiene trovadorescas, morales, didácticas, alegóricas y religiosas; introduciendo también en la poesía española el *soneto* italiano, aunque no con gran fortuna, ni con verdadero dominio del endecasílabo [1]. Larga sería la enumeración de las poesías de Santillana; pero daremos alguna breve noticia de las que consideramos principales. Las alegóricas pecan generalmente de erudición y amaneramiento, resultando frías y faltas de verdad; entre ellas, la más conocida es la *Comedieta de Ponza*, que se refiere al fracaso naval en que fueron cautivos de los genoveses los reyes de Aragón y Navarra y el infante D. Enrique. El marqués de Santillana imita aquí al Dante, y todo se reduce á una visión en que se presentan cuatro damas vestidas de negro, con diademas reales (la reina Leonor, las de Aragón y Navarra y la infanta Doña Catalina), á quienes se aparece Bocaccio, pidiéndole ellas que consigne en su libro, *Caída de príncipes*, el lamentable suceso de Ponza. Doña Leonor, segura de que lo hará, elogia largamente á sus hijos; y luego en un sueño recibe la carta en que le cuentan la prisión de los príncipes, cayendo sin sentido. Aparece luego la Fortuna con gran séquito de reyes y príncipes y personajes ilustres, que dirige su voz á la descon-

[1] He aquí uno de los cuarenta y dos sonetos que se conservan:

«Lejos de vos e çerca de cuidado
Pobre de gozo e rico de tristeça
Fallido de reposo e abastado
De mortal pena, congoxa e braveça;
Desnudo de esperança e abrigado
D'immensa cuita e visto d'aspereça,
La mi vida me fuye mal mi grado,
La muerte me persigue sin pereça.
Nin son bastantes á satisfacer
La set ardiente de mi gran desseo
Tajo al presente, nin me socorrer
La enferma Guadiana, nin lo creo:
Solo Guadalquivir tiene poder
De me guarir, e solo aquel desseo.»

solada Reina para anunciarla que no será duradero el cautiverio de los Príncipes españoles. La falta de naturalidad en la concepción y desarrollo de la obra, todavía pudiera disculparse si el estilo y lenguaje no estuvieran tan recargados de inoportuna erudición [1], aunque excepción en la obra son el elogio de la *medianía* y el discurso de la *Fortuna.*

De la misma especie y con los mismos defectos, ó mayores, que la *Comedieta de Ponza,* son la *Defunción de D. Enrique de Villena,* la *Coronación de Mossen Jordi*, el *Sueño ó batalla de amor* y otros varios.

Pero si en la poesía alegórica, por la propia naturaleza del género, y por dejarse llevar de la corriente imitadora y erudita, no estuvo muy acertado el docto marqués de Santillana, en las composiciones morales y didácticas se muestra un verdadero y grandísimo poeta, y lo es también en las mismas canciones eróticas.

Entre aquéllas es notable, *Los Proverbios* ó *Centiloquio,* compuesto de cien estrofas y una final, y repartido en 16 capítulos ó partes, que tratan de la verdad, justicia, gratitud, amistad y otras virtudes y cualidades. Se dirige á su hijo, y habla con gran sencillez y gravedad, dándole consejos acerca de las circunstancias en que puede hallarse; siendo el libro un verdadero tratado de educación moral, pero mucho más bello que los anteriormente hechos en España. Dice, por ejemplo, hablando de las mujeres:

«Grand corona del varon
Es la mujer
Quando quiere obedecer
A la razon.

[1] La reina Doña Leonor, contando su sueño á Boccacio, dice:

«Pues sienta quien siente si sentido basta,
Después de tal sueño, qual yo fincaria:
Por cierto non creo, que en Tebas Yocasta
Por bien que recuente su triste elegía,
La su dolor fuese igual que la mía,
Nin de la Troyana, por mucho que Homero
Describa el su caso e sueño más fiero
Como soberano de la poesía..........»

Non consigas opinion
En casamiento;
Mas elige con grand tiento
Discrepcion.
Ca los que buscan facienda,
Non curando
De virtudes, van buscando
Su contienda.
Sin reparo ni enmienda
Es tal damno;
Fijo guarda tal enganno
Non te prenda....»

Hablando de la amistad, dice:

«A quien pueda corregir
E aconsejar
O te pueda amonestar
Debes seguir:
Piensa mucho en elegir
Tal amistat
Que te recuerde honestat
Et buen vivir.......»

Por su gravedad y hermoso estilo se distinguen también el *Doctrinal de Privados*, que es la composición escrita con ocasión del trágico fin de D. Álvaro de Luna, muerto en un cadalso después de haber sido el verdadero rey de Castilla durante muchos años. La poesía está puesta en boca del mismo D. Álvaro de Luna, y es una confesión de sus debilidades y flaquezas que le han acarreado tan triste fin; y aunque el marqués de Santillana no disimula las malas cualidades del Condestable, no puede decirse que se ensaña con él; antes bien, la compasión y el sentimiento dominan en las bellas estrofas de la composición. Hé aquí algunas:

«Lo que non fice, facet;
Favoridos é privados,
Si queredes ser amados
Non vos teman, mas temet.

Templat la cupida set;
Consejat rettos juicios;
Esquivat los perjudicios
La raçon obedesçet....
Aun á vuestros compañeros
Amigos e servidores,
Quanto mas a los señores
Set domesticos, non fieros.
Ca nuestros viejos primeros
Diçen sufrense las cargas,
Pero no las sobrecargas
Nin los pesos postrimeros.......»

Termina tan notable composición ó poesía pidiendo D. Álvaro perdón á Dios, y á todos que rueguen á Dios por él:

«Non desespero de ti,
Mas espero penitençia:
Ca mayor es tu clemençia
Que lo que te meresci:
En maldat envejesci:
Mas demandote perdon:
Non quieras mi dapnación,
Pues para pecar nasci.......»

Después de esta clase de obras, las mejores del Marqués, en nuestro sentir, son algunas de las religiosas, como los *Gozos á la Virgen*, y otras de las *Serranillas* y *Vaqueiras*, imitadas de los provenzales. Conocidísima es la de la *Vaquera de la Finojosa* y algunas otras, por lo cual no la citaremos, poniendo, en cambio, una cancioncita que se distingue también por la sencillez y el buen gusto con que está expresado el sentimiento erótico:

«Recuerdate de mi vida
Pues que viste
Mi partir e despedida
Ser tan triste.

I.

Recuérdate que padesco
E padesçi
Las penas que no meresco,
Desque vi
La respuesta non devida
Que me diste;
Por lo cual mi despedida
Fue tan triste.

II.

Pero non cuides, señora,
Que por esto
Te fui, nin te sea agora
Menos presto;
Que de llaga non fengida
Me feriste,
Asi que mi despedida
Fue tan triste.»

El marqués de Santillana escribió, además de las obras poéticas, una carta al condestable D. Pedro de Portugal, en que expone sus doctrinas en materias literarias, y hace una breve historia de la poesía castellana hasta su tiempo. Es un documento curioso, algunas de cuyas noticias sirven todavía, por no haberlas más completas en la historia de la Literatura española.

125. Si algún rival tuvo el marqués de Santillana en la época de D. Juan II, fué *Juan de Mena*, que nació en Córdoba en 1411 [1], y brilló en la corte, siendo muy estimado de todos los próceres y honrado con la amistad del Rey. Había visitado las Universidades de Italia, Roma y Florencia, volviendo á España lleno de erudición y deseoso de cultivar las formas dantescas. La obra principal que escribió con este intento se titula *El Laberinto ó las trescientas*, así llamado por el número de estrofas de la composición, aunque don

[1] Fue caballero 24; intervino en los negocios públicos, y llegó á ser secretario de cartas latinas y cronista del Rey.

Juan II le aconsejó que las aumentase con sesenta y cinco para igualar los días del año. El poema empieza con la indispensable visión ó sueño. El autor, en el carro de *Belona,* es transportado á un punto en que se divisa un palacio misterioso, donde hay tres círculos que representan lo pasado, lo presente y lo por venir. Dos de esos círculos están inmóviles, y un velo oculta el de lo por venir; á cada uno de estos círculos se enlazan los siete planetas que forman las divisiones ú órdenes en que el autor comparte su obra. Por este medio Juan de Mena pasa revista, por decirlo así, á la historia, especialmente á la de España, repartiendo elogios ó censuras á los personajes que más se distinguieron, y deteniéndose particularmente en la situación de Castilla. Tiene el poema intención moral y didáctica y cuadros bien presentados, como el muy conocido de la muerte del conde de Niebla; pero es muy desigual en el estilo, pecando muchas veces de hinchazón y amaneramiento. Aféale, además, la excesiva erudición de que hace gala el autor, que no es feliz tampoco en su empeño de inventar giros y palabras nuevas, tomadas especialmente del latín.—De género alegórico y mitológico es también la *Coronación,* que se refiere á la del marqués de Santillana, y es otro sueño en que todos los poetas de la antigüedad acuden para coronar al prócer castellano. La misma tendencia á la exageración hay en algunas de las poesías trovadorescas de Juan de Mena, que también las hizo, pues no se limitó, como algunos piensan, á cultivar la forma alegórica. En una de ellas, dice á una dama:

«Las damas que vos otean
Reclaman todas de Dios,
Porque piden y desean
A si mismas que se vean
Hechas tales como vos;
Mas dudo si el Soberano
Se pusiese con su mano
Con cuanto poder alcanza
En este siglo mundano
Hacer vuestra semejanza.
....

Y las hermosas pasadas
Que fueron ya desta vida
Son contentas y pagadas
Porque fueron enterradas
Primero que vos nascida....
....
Y los difuntos pasados
Por mucho santos que fuesen,
En la gloria son penados
Descontentos, no pagados,
Por morir sin que os viesen.
... . »

Pero Juan de Mena era generalmente buen poeta, y, por fortuna, lo muestra en algunas de sus obras. La mejor, en nuestro sentir, es la intitulada *Contra los siete pecados mortales*, en la cual, á pesar de valerse de la alegoría, hay mucha verdad y energía en la expresión de los pensamientos y elegante sobriedad en el estilo. Por otra parte, en esa obra Juan de Mena manifiesta claramente que escribe como hombre serio, por sus propios sentimientos y creencias, y no por donaire, gala ó moda. La invocación ya parece extraña en aquella inundación de provenzalismo y mitología. Dice así:

«Canta tu, cristiana musa,
La mas que civil batalla
Que entre voluntad se halla
Y razon que nos acusa.
O gracia de Dios infusa!
Recuenta de tal victoria
Quien debe llevar la gloria,
Pues el campo no se escusa.
....
Usemos de los poemas
Tomando dellos lo bueno,
Mas huyan de nuestro seno
Las sus fabulosas temas;
Sus ficciones y problemas
Desechemos como espinas,

Por haber las cosas dinas
Rompamos todas sus nemas.
..............................»

Continúa diciendo que todo lo superfluo de la poesía hará que éntre en las vías católicas; y siguiendo, en efecto, por este camino, pone en boca de la Razón hermosas sentencias contra los vicios. Dice á la Avaricia:

«Avaro que no sosiegas
Buscando sotiles modos,
Lo que tu robas de todos
Dime : ¿para quien lo llegas?
Tus riquezas son tan ciegas
Allegadas por mal arte,
¿A quien pueden hacer parte
Pues á ti mismo las niegas?»;

y después de contestar la Avaricia, replica la Razón:

«Porque tienes con afan
Eres preciado, me rezas:
Son preciadas tus riquezas
Que de ti no curarán.
Por ellas todos lo han
Y (en-a) la muerte te rodean,
Por ellas te la desean
Y á las veces te la dan».

Con la misma energía habla de la lascivia:

« Posponen con tu dolencia
Los Reyes su majestad,
Los grandes su dignidad
Y los sabios la su ciencia.
Tira la tu pestilencia
Virtud á toda persona,
A las vírgenes corona
Y á las castas continencia.
....

Tu haces hijos mezquinos
De ajena casa herederos,
Pones los adulterinos
En lugar de verdaderos:
Haces con tus viles fueros
Que por culpa de las madres
Muchos hijos á sus padres
Saluden por extranjeros».

Lástima grande que Juan de Mena no terminase su obra. Hizo lo relativo á la lascivia, avaricia, ira y lujuria; de los otros tres pecados capitales escribió Gómez Manrique, terminando la obra del poeta cordobés.

126. Menos importante que los anteriores, pero también notable escritor, fué Fernán Pérez de Guzmán, señor de Batres, abuelo de Garci-Lasso de la Vega y uno de los personajes de la corte. Entre sus poesías las hay trovadorescas y cortesanas del mismo estilo y con los mismos defectos de frivolidad y exageración que los otros poetas. Dígalo si no la dirigida á doña Leonor de Paños que empieza:

«El gentil niño Narciso,
En una fuente engañado....»,

ó aquella otra:

«Sepa el Rey e sepan quantos
Nobles son en su compaña....»;

y tanto podía el afán de erudición en aquel tiempo, que en composiciones serias y graves, como una de *Pérez de Guzmán* á la muerte, menciona á personajes novelescos y mitológicos [1]. Pérez de Guzmán, sin embargo, prefiere las compo-

1 Ginebra e Oriana
E la noble reina Iseo,
Minerva e Adriana,
Dueñas de gentil aseo,
Segun que yo estudio y leo
En escrituras provadas,
Non pudieron ser libradas
De este mal oscuro y feo.

siciones de carácter serio, morales ó religiosas. Entre ellas merecen citarse la titulada las *Virtudes son buenas de invocar e malas de platicar*, los *Claros varones, elogios en verso de los hombres ilustres* y las *Cient triadas* que forman una larga poesía en honor de la Virgen. Ésta es quizá la de estilo y lenguaje más elegante y suelto entre las de su autor, que generalmente peca un tanto de prosaico. Empieza así:

«Alma mia
Noche e dia
Loa a la Virgen Maria,
Esta adora
Esta honora
Desta su favor implora.
Esta llama
A esta ama
Que sobre todos derrama
Beneficios
Sin servicios
E nos libra de los vicios, etc., etc.»

127. Al lado de estos poetas lucían en la corte de Don Juan II una multitud de trovadores erudito-populares, muchos pertenecientes á las clases más ínfimas de la sociedad, como Antón de Montoro, llamado el Ropero, del oficio que tenía; Juan Poeta, hijo de un pregonero ó verdugo de Valladolid, y de raza judía como el anterior; maese Juan el Trepador, Martín Tañedor, su hermano Diego y otros muchos. Sus versos son, por lo común, libres en el lenguaje, irrespetuosos cuando satíricos, á veces ingeniosos y agudos, y casi siempre licenciosos y desvergonzados. Las poesías eróticas abundan en estos poetas extraordinariamente, y era tal el afán de escribir composiciones amorosas, que algunos parodiaban los *Psalmos penitenciales*, y otros hacían *testamentos de amor*, *escalas de amor*, *infierno de amor*, y hubo hasta *misas de amor*; y uno de los poetas, Rodríguez del Padrón, escribió una poesía en que supone que rabiaba de amor, y empieza ladrando:

«Jam, jam, jam, | huid que rabio.»

No hay que decir que este erotismo, en general, es insulso y monótono, sin tener siquiera las sutilezas metafísicas del lirismo petrarquista: todo ello es provenzal, amanerado y decadente, aunque algunas composiciones son regulares y tienen, al fin, cierta naturalidad y gracia. Entre estas, son las más aceptables *Los Diálogos*, de Ferrán Moxica, que en su tiempo fueron aplaudidísimos.

Dice así uno:

MOXICA. Señora partir queria.
DAMA. Para do?
MOXICA. A buscar do fallaria
Libertad que me olvido.
DAMA. ¿Non la teneis?....
MOXICA. Par Dios no.
Mas es bien que conoceis
Aquella que la robó.
DAMA. Nin conozco á vos ni á ella.
MOXICA. ¿Es ansi?
Pues sabet que mi querella
Non puede pasar d'aqui.
DAMA. ¿Dexis de quien?....
MOXICA. Dire de vos.
DAMA. Andat, amigo, con Dios:
Buscat quien os faga bien.
MOXICA. ¿Ansi me negais agora?
DAMA. Nunca os vi.
MOXICA. Siendo vos la robadora,
¿Tal podeis decir á mi?....

Entre estos poetas trovadoresco citan los autores al obispo de Burgos *D. Alonso de Cartagena*, pero es error. El Obispo murió en 1456, y el Cartagena de los cancioneros vivía en 1492 cuando la toma de Granada. El Cartagena poeta trovaderesco sería tal vez Pedro, hermano de aquel docto Prelado [1]. Á estas razones concluyentes puede añadirse la de que en el *Cancionero de Baena* hay versos de algunos otros Obispos y lo ex-

[1] PIDAL: Prólogo al *Cancionero de Baena* y artículo en la *Revista de Madrid.*

presa así la colección, mientras que los atribuidos á D. Alonso dicen sencillamente «de Cartagena.»

128. En la época que historiamos empezaron ya á coleccionarse las poesías. Estas colecciones se llamaron *Cancioneros*, y hay muchos, generales ó de varios autores, y particulares, que contenían las poesías de uno sólo. En tiempo de D. Juan II, el judío converso *Juan Alfonso de Baena*, escribano y servidor del rey, hizo una colección en que comprendía multitud de poetas, algunas del siglo XIV: comprendiendo el *Cancionero de Baena* 576 composiciones de 62 poetas, casi todos líricos y en su mayor parte eróticos; pero los hay también satíricos, didácticos y de muchas clases. Los versos varían muchísimo, abundando los octosílabos y las coplas de arte mayor [1].

LECCIÓN XXI

LA HISTORIA Y LA NOVELA EN ESTE PERÍODO.

129. Cronistas: Pablo de Santa María, Martínez de Toledo, Pérez de Guzmán.—130. Crónicas de D. Juan II y de D. Álvaro de Luna —131. *El victorial de caballeros.*—132. Relaciones de sucesos particulares y viajes, y otras.—133. Obras en defensa de las mujeres.—134. La novela: Breve examen del *Siervo libre de amor.*

129. Aunque no tanto como la poesía, fué muy cultivada la historia en el reinado de D. Juan II. Predominando los estudios clásicos, y conocidos también los Santos Padres y los filósofos antiguos, no se limitan ya los escritores á confeccionar crónicas particulares de un reinado ó personaje como habían hecho casi todos hasta entonces. Solamente D. Alfonso el Sabio había intentado ya escribir una *Historia universal*, pero después de él, los demás que escriben historias, no ha-

[1] El *Cancionero de Baena* fué publicado con un erudito prólogo y anotaciones por el marqués de Pidal en 1851.

cen sino crónicas. En tiempo de D. Juan II se componen también crónicas particulares; pero hay varios ensayos de otra especie. En los libros de esta época predomina la tendencia erudita, y no deja de manifestarse alguna vez el espíritu caballeresco, aunque contrarrestado por la influencia del clasicismo, que es cada vez mayor en los libros históricos.

Los principales que debemos mencionar son la *Suma de Crónicas* del obispo Pablo de Santa María, quien sigue la cronología de D. Alfonso el Sabio; de los tiempos fabulosos pasa á los cartagineses, y hablando poco de los romanos, trata de la venida de los pueblos del Norte, especialmente de los godos, continuando hasta D. Fernando de Antequera. La narración es interesante y llena de noticias desde la venida de los árabes, abundando en consejos, máximas y reflexiones de todas clases, porque el autor escribía su libro para la educación del rey D. Juan II.

Alfonso Martínez de Toledo, arcipreste de Talavera, escribió la *Atalaya de las Crónicas*, en que, como su título indica, cita sólo los hechos de más importancia, y comprende desde los godos hasta la muerte de D. Juan II. La narración es más árida y precipitada que la de la anterior.

Con el intento de inflamar el amor al heroismo y la virtud, compuso Fernán Pérez de Guzmán el *Mar de Historias* que tiene tres partes: la primera trata de los emperadores más ilustres hasta la irrupción de los bárbaros; la segunda se refiere á los santos y sabios más célebres, y la tercera á los grandes hombres de Castilla de fines del siglo XIV y principios del XV. Esta tercera parte la llama *Generaciones y semblanzas*, y es una notable colección de biografías [1].

130. La serie de *crónicas* reales continúa con la de Don

[1] D. Alonso de Cartagena compuso una *Anacefalosis*, que es una historia de reyes de Francia, Pontífices y emperadores romanos y obispos de Burgos desde el reinado de Atanarico hasta el de Enrique IV; y Rodrigo Sánchez de Arévalo escribió el *Speculum vitae humanae*, compilación de casos prósperos y adversos de todos los Estados. La tradujo al castellano, como también el citado anteriormente, y ambos se han publicado.

Juan II. No se sabe con certeza quién es el autor de esta crónica. La publicó Galinde de Carvajal, dedicándola á Carlos V, y diciendo que habían tomado parte en su redacción varios ingenios bajo la dirección de Pérez de Guzmán. Algunos creyeron que el mismo Rey y otros autores habían trabajado en ella. Sólo puede afirmarse de Alvar García de Santa María, hermano del obispo de Burgos, que, según algunos críticos, es el autor único de la obra [1]. Pero la cuestión no está completamente resuelta; y la *crónica* impresa, á lo menos, muestra diferentes estilos, y lleva el sello de distintos escritores, lo cual no es de extrañar, teniendo en cuenta lo largo y turbulento del reinado de D. Juan II; y es muy probable que sobre el original de Alvar García se hicieran modificaciones, según las circunstancias y las influencias personales y dominantes en la corte.

También existe una *Crónica del condestable D. Alvaro de Luna*, de autor desconocido; pero que se declara partidario y amigo del Condestable. Es obra igual, que peca á veces de hinchazón; pero está escrita con mucho vigor, y en ocasiones con verdadera elocuencia, no languideciendo ni decayendo nunca el relato. Hablando de la muerte del Condestable, dice:

«¡Ho alto rey de Castilla! ¿Quien te mudó en otro ser? ¿Quien en otras condiciones? ¿O quien en otra vida, e mañas e fechos, non como los tiempos pasados aver solias? ¿Ado son tus devociones?.... ¿Mantienense asi juramentos y prometidas firmezas?.... En el mismo dia, en el qual feciste las tales seguridades, en el las quebrantaste. Pues cata, Rey, que hay otro Rey que castiga e da pena a los reyes; e como dice Séneca en una de sus tragedias: «Todo regno es puesto debaxo de »otro más grave regno....»

131. Tanto ó más interesante, y más curiosa seguramente que las anteriores, es otra crónica particular, la del *Conde Don Pero Niño,* conde de Buelna, escrita por su paje Gutierre Díez Gómez, que la llama *Victorial de caballeros.* Hállase dividida

[1] El Sr. Amador de los Ríos. Ticknor (véase su Historia) cree que sólo una parte, y el P. Sarmiento sostiene, no sin buenas razones, que colaboraron varios autores en ella.

en tres partes; empezando con la genealogía, educación y primeros hechos del Conde; siguiendo, en la segunda, narrando las expediciones á Levante, y aventuras en Túnez, Francia, Normandía, etc.; termina la tercera con leyendas amorosas y novelescas, y toda la obra, escrita con fluidez y elegancia y gran animación en el relato, parece un libro de caballerías, de los cuales se manifiesta entusiasmadísimo el autor, así como del oficio y profesión de caballero. Así pinta la vida del caballero en aquella época:

«Non son todos caballeros quantos cabalgan, caballos; nin quantos arman caballeros los reyes son todos caballeros. Han el nombre; mais non facen el oficio de la guerra. Porque la noble caballeria es el más honrado oficio de todos.... Los caballeros en la guerra comen el pan con dolor: vicios della son dolores; un buen dia entre muchos malos. Pónense á todos los trabajos.... Pan mohoso ó vizcocho, viandas mal adovadas, a horas tienen, a horas non nada. Poco vino o ninguno; agua de charcos e de odres; malas posadas; la casa de trapos e de fojarascas; malas camas: mal sueño. Las cotas, vestidos, cargados de fierros; los enemigos al ojo. ¡Guarda allá!.... ¿Quien anda ahi? ¡Armas, armas!.... Al primer sueño rebatos; al alba trompetas. ¡Cabalgar, cabalgar!.... ¡Vista, vista de gente de armas! ¡Escuchas, escuchas!.... atalayas, atajadores, algareros, guardas, sobreguardas. ¡Helos, helos!.... ¡Non son tantos! Vaya allá; torne acá; tornad vos acá; id vos allá. ¡Nuevas, nuevas! Con mal vienen estos: non traen; si traen. ¡Vamos, vamos!.... ¡Estemos! Tal es su oficio», etc.

132. De menos importancia y valor literario, pero de interés histórico, son algunos otros libros que refieren sucesos particulares de aquel tiempo, v. gr.: *El Seguro de Tordesillas*, escrito por Pedro Fernández de Velasco, conde de Haro, con el objeto de reseñar las conferencias y tratos entre el rey y la nobleza rebelde en 1439, y el *Paso honroso de Suero de Quiñones*, escrito por Pedro Rodríguez de Lena, refiriendo el famoso desafío que aquél y otros varios nobles dirigieron á cuantos caballeros quisiesen pelear con ellos, y no confesaran que su dama era la más hermosa de todas. Este suceso es un verdadero paso de libros de caballerías, y muestra la influencia que tenían en aquella época, hasta extraviar el sentido

moral y la imaginación de los caballeros castellanos, porque se trata de un suceso rigurosamente histórico, llevado á cabo con la venia del Rey, con aparato y asistencia de gente, á pesar de las prohibiciones y condenaciones de la Iglesia [1]. La historia que lo relata no tiene condiciones literarias propiamente dichas; es una mera narración que parece una serie de actas notariales.

Por último, se escribieron también entonces algunas vidas de Santos como las de San Ildefonso y San Isidoro; el ya citado arcipreste de Talavera, Martínez de Toledo, es autor de ambas, y las compuso poniendo de manifiesto las grandes virtudes y ciencia de aquellos doctísimos obispos, para que sirviesen de modelo al episcopado [2]. Carácter histórico tienen algunas otras obras del tiempo de D. Juan II, escritas con intento didáctico ó recreativo, por lo cual algunos autores las llaman, no sin razón, *obras histórico-recreativas.* Entre ellas puede citarse los *Doce trabajos de Hércules,* de D. Enrique de Villena. La escribió en lemosín, traduciéndola al castellano á petición de Juan Fernández de Valera, su criado. El intento de su autor es que «faga fructo et tome ensiemplo, acrescimiento de virtudes y purgamiento de vicios». Está repartida la obra en catorce capítulos, y cada uno en cuatro partes, refiriendo uno de los trabajos de Hércules, como los habían puesto los *historiales e poetas;* sigue la exposición alegórica; después la verdad de aquella historia, y, por último, su aplicación moral; y así, hablando de la aventura del león de Nemea, de las Harpías, de las manzanas de oro, y de los demás trabajos que la fábula atribuye á Hércules, va haciendo aplicaciones de moral práctica, y dando consejos á los reyes,

1 En el *paso* pelearon sesenta y ocho caballeros españoles y extranjeros, contra los diez mantenedores del desafío. Sólo murió Esverte de Claramote, aragonés, á quien la Iglesia no quiso enterrar en sagrado.

2 De carácter histórico es otro libro intitulado *Andanzas e viajes*, de Pedro Tafur, que refiere el viaje que hizo por Francia, Italia, Grecia y Asia Menor y su vuelta por Hungría, Polonia y Alemania. Es obra curiosa por sus pormenores y noticias, pero vale poco literariamente, y tiene la forma de un simple itinerario. Se ha publicado en 1874 por la sociedad de Bibliófilos.

condes y caballeros, enseñándoles cómo han de cumplir con sus deberes, y mostrando lo difícil que es de alcanzar la ciencia ó mantenerse en paz, etc., etc.

133. Juan Rodríguez de la Cámara ó del Padrón compuso el *Triunfo de las donas*, que es una defensa de las mujeres en forma alegórico-dantesca. Finge que, hallándose en un bosque, oye una voz que proclama las virtudes y buenas cualidades de las mujeres, muy superiores á las de los hombres, contraponiendo algunas de las más ilustres á los grandes héroes y conquistadores. La voz es de una ninfa que está allí con su amante Aliso, transformado en árbol. Esta erudición clásico-mitológica que se manifiesta ya en la misma trama de la obra, está rebosando en todas sus páginas, y el estilo llega á ser revesado y obscuro, de tanto alambicarlo [1].

Otros varios libros se escribieron entonces en defensa de las mujeres, por haber sido maltratadas en *Il Corvaccio* ó *Laverinto d'amore*, obra de Boccacio, que se quiso vengar de los desdenes de una señora; de ellos merece citarse, por ser de D. Álvaro de Luna y por la belleza de su estilo, el titulado *Libro de las virtuosas y claras mujeres*, que es de carácter biográfico y tiene tres partes: tratando en la primera de las mujeres célebres de la Biblia, empezando por la Virgen María; en la segunda, de las gentílicas, especialmente de las damas famosas romanas; y en la tercera, de las más célebres de la cristiandad, absteniéndose de hablar de las nacidas en Castilla para que no se le tachara de parcial. El libro de don

[1] Véase, cómo muestra, el siguiente párrafo: «Todos las engañan...., »otros que mas en la fuerça de sus juicios confian, poetando en versos; »e algunos que mas exçelentes de ingenios se creen, extendiendo la »prosa, *segunt fizo el no menos lleno de viçios que de años, Vocaçio*, que á »todas las damas, porque una, de virtud usando, non quiso fazer su »deshonesto querer, malicias non pensadas jamas fingiendo, con viciosa »pasion ofendió».

Al *Triunfo de las Donas* acompaña en el manuscrito un tratado que se titula *Cadira del honor*, y que algunos críticos consideran como parte de aquella obra. D. Nicolás Antonio juzgaba esto último tratado cosa distinta; y, en efecto, es un pequeño tratado de nobleza, y *Cadira* significa silla ó asiento.

Álvaro, escrito en medio de las turbulencias de su privanza y terminado en el campamento sobre Atienza, es notable por la sencillez y elegancia con que está escrito, muy distante de la pedantesca erudición que afean la mayor parte de las obras de aquel tiempo [1].

También D. Alonso de Cartagena escribió, por mandado de la Reina, el *Libro de las mujeres ilustres;* y Martín Alonso de Córdoba, fraile Agustino, profesor de la Universidad de Salamanca, *Las alabanzas de la virginidad* y *Vergel de nobles doncellas,* para la educación de la infanta, que después fué la reina Doña Isabel la Católica.

134. La novela no fué muy cultivada en este tiempo. Se tradujeron, sí, varias de caballería, como las de Merlín, Lanzarote, Flores y Blanca Flor, Tristán y otros, y se continuó la historia de *Amadís* con las aventuras de su hermano Florestán, trayéndose también á Castilla la leyenda arábiga de *La doncella Teodor* [2].

Juan Rodríguez del Padrón ó de la Cámara, trovador, de quien ya hemos hablado, célebre por unos amores que le movieron á abandonar á España y á irse á los Santos Lugares, para profesar en religión, compuso una novela titulada *El siervo libre de amor,* en que sin duda quiso poner algo de su propia vida. La dividió en tres partes, relativas al tiempo en que fué amado y correspondido; al tiempo en que fué desamado, y al que no amó ya tampoco; y empieza con una visión, en que intervienen la *Discreción* y el *Entendimiento,* y hay una pintura del infierno, remedo del Dante, y que el *Entendimiento* hace para disuadirle de su propósito de pasar á los campos Elíseos. Pero lo principal de la novela está en la historia de Ardanlier y Liesa, que es el verdadero argumento de la obra, y esta historia de Ardanlier y Liesa es un verdadero libro de caballerías, en que Ardanlier, hijo de un rey, recorre el

[1] El libro de D. Álvaro no se ha publicado. El *Códice* manuscrito existe en la biblioteca de la Universidad de Salamanca.

[2] Esta leyenda se modificó en la literatura castellana, y llegó á ser popular, sobre todo después que Lope de Vega la llevó al teatro, componiendo su comedia del mismo nombre.

mundo en busca de ocasiones para probar fortuna y hacerse digno de su amada. Hay jardines encantados, batallas descomunales y conquistas inverosímiles, acabando el relato con el desgraciado fin de los amantes. El autor supone que despierta luego de su sueño, y termina su obra con dos canciones, en que pondera la amargura de su sentimiento.

LECCIÓN XXII

DIDÁCTICA Y MORAL.

135. El arcipreste de Talavera: su libro sobre el *amor mundano*.—136. *Castigos de un padre á sus hijas*.—137.—Bercial: su libro de los *Enxemplos*.—138. Otros escritores didácticos y ascéticos.—139. La elocuencia sagrada y profana.—140. Género epistolar: *Centón epistolario*.

135. En el fecundísimo reinado de D. Juan II, tan abundante en obras poéticas, históricas y de otros géneros, se cultivó también muchísimo la didáctica. Uno de los libros más curiosos é interesantes de esta clase, es el titulado *Reprobación del amor mundano*, escrito por el arcipreste de Talavera, Martínez de Toledo, para apartar á los hombres de los peligros del loco amor del mundo, que es el objeto expreso de su primera parte. En la segunda, habla de las condiciones de las mujeres; en la tercera, de las de los hombres; y en la cuarta, sale ya un poco de la materia y discurre sobre los *fados e venturas, fortuna, signos* y *planetas*, reprobando las supersticiones que había sobre este particular. Esta obra fué designada con el título de *Corvaccio*, como igualándola á la sátira mordaz de Boccacio contra las mujeres, porque, en efecto, el arcipreste de Talavera las trata muy mal, pintando sus vicios y malas mañas, por medio de cuentos y apólogos que hacen la pintura aún más animada y satírica. Pero la intención del arcipreste de Talavera, á quien se ha comparado

con el de Hita, es indudablemente moral; y si alguna vez los cuentos y anécdotas pasan la raya, el tono y el carácter general de su libro es moral y serio [1]. Su lenguaje es suelto y animado, y como pintura de costumbres tiene gran valor, habiendo algunos cuadros apreciabilísimos, como los en que trata del tocador y lujo de las mujeres de su tiempo.

136. También relativo, en cierta manera, á las mujeres, pero de muy distinto carácter, es el libro anónimo titulado *Castigos y doctrinas que un sabio daba á su hija*, y tiene por objeto procurar la paz en el hogar futuro, y estrechar los lazos del amor en el matrimonio. Forma una especie de decálogo en diez capitulos breves, explicando los deberes de las casadas para con Dios, para con el prójimo, con su marido y con sus criados, inculcándolas que sean obedientes, castas, etc. Es de notar que no habla de hijos ni de su educación. Tiene buen lenguaje, y abunda en historias y ejemplos y en erudición, especialmente bíblica [2].

137. Á esta época pertenece el libro de los *Enxemplos* de Clemente Sánchez Bercial, arcediano de Valderas, de quien no hay noticias. Su libro ha pasado hasta hace pocos años, en que se descubrió su autor, como anónimo y contemporáneo del del *Conde Lucanor* del infante D. Juan Manuel, con el cual algunos le confunden, por llevar éste entre sus diversos nombres, también el de *Libro de los Enxemplos*. Es, como el *Conde Lucanor*, una colección de cuentos, historias, y anécdotas, que empieza con una frase latina y un dístico castellano en que se explica el pensamiento principal. Hay en él anécdotas religiosas, morales, históricas, cuentos alegóricos; y de todo ello resulta un tratado muy curioso, didáctico-moral, bien que algunas veces peca de licencioso, y abundante en sentencias de toda clase.

He aquí el ejemplo 95:

[1] Es curioso que, no habiéndose publicado los libros escritos en este tiempo en defensa de las mujeres, se hicieran hasta seis ediciones del del arcipreste de Talavera que las trata poco bien.

[2] Lo ha publicado en 1878 la Sociedad de Bibliófilos.

«Grata cum sit animalia debet potius esse homo.
Los animales agrasdescen el buen fecho
Mas debien los hombres segun facen derecho.»

«Dicen que en Roma obo un leon otro tiempo, que entran»dole una espina en el pie, fue a un rustico, el cual entendio lo »que queria, e catole el pie e sacole la espina: e de que el leon »se vio sano, abaxasada la cabeza, diole gracias; empero, »siempre se acordo del bien que havia rescibido. E acaescio »que despues fue tomado este leon e traido a Roma, e por »tiempo acaescio que este rustico acometio un maleficio por»que debia ser dado a las bestias fieras para lo matar, e fue »traido el logar do tienen los leones, entre los quales estaba »aquel a quien el sacara la espina e conociole luego, acordan»dose de lo bien fecho, e primero que nenguno de los otros, »corrio a el, e abaxada la cabeza comienza de le lamer los pies, »mirandolo todo el pueblo, e guardolo de las otras animalias »no le ficiesen mal. E los romanos, viendo esto, maravilla»ronse mucho del agradescimiento de aquel leon e mandaron »que este fecho se pusiera en escritura para su memoria de »tan maravilloso fecho.»

Los cuentos y anécdotas de este libro están tomados de las fuentes todas de aquella época, como la *Disciplina clericalis*. *Calila e Dimna*, *Sendebar*, etc., etc., y de la *Gesta romanorum*, y algunos otros libros extranjeros.

138. La prosa didáctica tuvo en este tiempo otros muchos cultivadores, debiendo ser citados, entre otros, Alonso de Madrigal *(el Tostado)*, famoso Obispo de Ávila, y autor cuya fecundidad ha quedado en proverbio [1]. Varios son los libros que escribió en castellano, como el titulado *Tractado de amor y de la amicicia* [2], inspirado en la doctrina platónica, en Cicerón y en Séneca, y el *Libro de las paradoxas*, en que habla de gran variedad de asuntos religiosos y morales.

Otro prelado, Fr. Lope de Barrientos [3], compuso, por encargo del Rey, un *Tractado de casso et fortuna*, donde se guía principalmente de la autoridad de Aristóteles y otros

[1] Escribió multitud de libros de Teología y Moral en latín.
[2] Lo escribió primero en latín.
[3] Primer catedrático de Teología en Salamanca, y luego obispo de Ávila, Segovia y Cuenca.

antiguos filósofos. Esto es de lamentar; porque aunque se prueba las supersticiones relativas al hado y á la fortuna que tenían los gentiles, no resulta la doctrina todo lo clara y concluyente que debiera. Por complemento de este *Tractado*, compuso *el de los sueños*, explicando en él lo que es el dormir, el soñar y el despertar, y el *de las especies de adivinanças*, en que condena enérgicamente las malas artes de la magia y otras supersticiones muy extendidas en aquel tiempo, de las cuales da noticias muy raras y curiosas. El consejero y embajador Juan de Lucena, dedicó á D. Juan II, con el título de *Vita beata*, un tratado filosófico-moral, en que discurre acerca de la felicidad en el mundo. Lo hace en forma de diálogo, y supone interlocutores al obispo D. Alonso de Cartagena, á Juan de Mena y al marqués de Santillana. Afea al libro, como á la mayor parte de los de aquella época, la erudición, á veces impertinente y desmedida; pero las reflexiones y doctrinas son muy de estimar, no menos que el carácter verdaderamente dramático que tiene en ocasiones. De igual forma y análogo asunto es el *diálogo é razonamiento* de Pero Díaz de Toledo, en que son interlocutores el autor, el conde de Alba, D. Fernando Álvarez de Toledo, y el marqués de Santillana, enfermo y moribundo. Discurren los tres personajes sobre las dolencias y miserias de la vida, de un modo que recuerda el admirable libro de Job, y termina el diálogo con la muerte del ilustre Marqués y cristianas reflexiones acerca de la eternidad y de la bienaventuranza.

El obispo D. Alonso de Cartagena, que, entre otras obras, había escrito el *Memorial de virtudes*, compuso el *Oracional* de Pérez de Guzmán, á ruego de este ilustre prócer, que deseaba un tratado de la oración. Tiene gran copia de erudición y doctrinas; pero censura que se apelase á la autoridad de los escritores en asuntos religiosos. Otros varios libros religiosos con tendencia verdaderamente mística se escribieron entonces, como el *Espejo del alma* y el *Libro de las tribulaciones*, de Fr. López Fernández, y el *Vegecio espiritual* de Fr. Alonso de San Cristóbal. Esta es una traducción del libro *De re militari*, añadiendo á casi todos los capítulos

una erudita glosa y una moral acomodada al sentido piadoso.

También existen cuatro libros anónimos, uno de los cuales, titulado *Estímulo del amor divino,* es notable por la elocuencia y sentimiento con que está escrito. Su objeto es despertar la devoción con la memoria de la Pasión de Jesucristo y tratar de los deberes y virtudes, reprobando los vicios y enseñando al hombre las cosas que le pueden llevar á la vida contemplativa. Algunos trozos de este libro recuerdan las admirables meditaciones que en el siguiente siglo escribió Fr. Luis de Granada. Véase si no este párrafo: «Señora, el tu corazon esta atravesado con lanza, e coronado de espinas, escarnecido e denostado e lleno de vituperio.... E señora Virgen e muy triste madre, ¿por que quisiste morir por nosotros? Por aventura ¿no bastara la muerte de tu fijo el que fue sacrificado? ¡Oh madre! ¡Oh, corazón dulce y amoroso!....[1]»

139. Además de estos libros, que son verdaderos trozos de elocuencia, existen ya sermones en castellano; cuatro de ellos publicó el maestro Pedro Martín, tratando de diversos puntos de doctrina, y D. Alonso de Cartagena tradujo también al habla castellana los discursos que pronunció en el Concilio de Basilea, siendo notable aquel en que defiende la preeminencia del rey de Castilla sobre Inglaterra que le fué concedida por la augusta asamblea.

Carácter oratorio tienen también dos obras de D. Enrique de Aragón y del marqués de Santillana. La de aquél se llamó *Consolatoria,* y está dirigida á su criado Juan Fernández de Valera, para consolarle en su pena por haber perdido varios seres queridos. La del marqués de Santillana es una *Lamentación (fecha en profecía de la segunda destrucción de España),* en que se duele del estado de España y anuncia una segunda destrucción, si no se aparta del camino en que peligra. Una y otra obra son exageradamente eruditas, cuajadas de citas y autoridades y con excesivo hipérbaton: por lo cual re-

[1] Los otros tres libros anónimos se titulan: *El libro de los siete dones del Espíritu Santo, De los enseñamientos del corazón y Vicios y virtudes.* Existen en la biblioteca del Escorial.

sultan llenas de hinchazón y obscuridad. La *Lamentación,* además, es alegórico dantesca [1].

140. Al reinado de D. Juan II correspondería, si fuese auténtico, el famoso *Centón epistolario,* del bachiller Fernand Gómez de Cibdad-Real, colección de cartas interesantes que retratan á los personajes más notables y describen los sucesos más importantes del reinado de D. Juan II. La primera edición de este libro fué hecha en 1495; pero eruditos como Mayans dijeron ya que esa edición era falsificada, y que la adulteración la había hecho D. Juan de Vera y Zúñiga. Otros dicen que el falsificador fué González Dávila, y Ticknor sostiene también que todas las cartas son apócrifas y pertenecen al siglo XVII. El Sr. Amador de los Ríos sostiene la autenticidad del *Centón*, fundándose en la exactitud de las pinturas, y en que en el siglo XVII era despreciada la Edad Media, y no es verosímil que se hiciese una falsificación de esa importancia y naturaleza. La razón principal de los impugnadores del *Centón* es que la narración de la muerte de D. Álvaro de Luna, suceso capitalísimo en aquel reinado, no es exacta; y si á esto se añade que no hay noticia ninguna de tal bachiller de Cibdad-Real en la corte de D. Juan II, forzoso es convenir en que la duda está muy en su punto. Acaso, como sostienen algunos críticos, haya en el *Centón epistolario,* parte auténtica y parte añadida ó reformada después por la vanidad de algunas casas nobiliarias, que quisieran añadir timbres á sus blasones. De todas suertes, el libro es curioso y está magistralmente escrito, en verdadero estilo epistolar, limpio, suelto, claro y animado [2].

[1] Como complemento de ella escribió un señor García *La Consolación de España;* la quiere traer al arrepentimiento y sirve de base la profecía del Marqués.

[2] No son estas las únicas cartas, en todo caso, de que hay noticias en este período. Al fin del *Poema de Alexandre* se insertan ya cartas, y D. Alfonso el Sabio y D. Juan Manuel, el canciller Pero López de Ayala, D. Enrique de Aragón, Santillana y Pérez de Guzmán, escribieron cartas, algunas muy bellas é interesantes.

LECCION XXIII

LAS LETRAS EN EL REINADO DE ENRIQUE IV.

141. Coplas de *Mingo Revulgo* y del *Provincial*.—142. Poetas de este reinado.—143. Especial consideración de Jorge Manrique.—144. Versos satíricos.—145. La historia: sus principales cultivadores.—146. Escritores didácticos y ascéticos, y noticia de sus obras.

141. El reinado de D. Enrique IV fué triste y más turbulento aún que el de D. Juan II. El carácter irresoluto y débil del rey, la ambición de la nobleza, los escándalos de la corte y otras concausas, mantuvieron á Castilla en un verdadero estado de anarquía y de inmoralidad, que no termina sino con el advenimiento de los Reyes Católicos. El mismo D. Enrique IV fué depuesto por una junta de rebeldes que seguían á su hermano el infante D. Alfonso, y á su muerte no se consideró legítima sucesora del trono á su hija, apodada con el infamante nombre de la *Beltraneja*.

La poesía, que siempre manifiesta el estado social, no deja de hacerlo por vario modo. En el reinado de Enrique IV hay multitud de producciones que expresan el descontento general ante aquellas turbulencias y escándalos, y muchas de ellas son satíricas y licenciosas por demás. Las tituladas *Coplas de Mingo Revulgo*, de autor desconocido, son una sátira licenciosa y mordaz de todo aquel reinado. Tienen forma dramática, y por interlocutores á *Mingo*, que es un pastor, y á *Gil Arribato*, un adivino, los cuales hablan del rebaño y de los lobos que lo acosan y destruyen por el abandono y debilidad del zagal mayor, hallándose hambrientas las cuatro perras que habían de guardarlo. Bajo esta alegoría, como se comprende fácilmente, se personifican el pueblo, los magnates, el rey y las virtudes cardinales.

He aquí un ejemplo de las coplas de Mingo Revulgo:

«Está la perra Justilla
Que viste tan denodada,
Muerta, flaca, trasijada,
Juro á diez que habrás mancilla.
Con su fuerza y corazón
Cometía al bravo león,
Y mataba el lobo viejo:
Ora un triste de un conejo
Te la mete en un rincón [1].

Azerilla que sufrió
Siete lobos denodados,
Y ninguno la mordió,
Todos fueron mordiscados.
Rape el diablo tal saber
Que ella ha de defender;
Las rodillas tiene flojas,
Contra las ovejas cojas
Muestra todo su poder.»

Anónimas también son otras composiciones de la índole de las citadas, que se intitulan las *Coplas del provincial;* porque suponen que un provincial viene á la corte, y llama á los frailes para pedirles cuentas; mas esta composición y otra intitulada las *Coplas de la Panadera*, pecan de indecentes, y no pueden ser aquí citadas.

[1] En el siglo XV se hizo una glosa por Hernando del Pulgar, explicando las coplas de Mingo Revulgo. Véase cómo explica la primera estrofa:

«Prosigue ahora la república, recontando otros daños que padece por defecto de las cuatro virtudes cardinales, que son Justicia, Fortaleza, Prudencia, Temperanza, figuradas por cuatro perras que guardan el ganado. Y por cierto bien se puede decir que guardan el ganado, porque sin ellas ninguno en esta vida puede vivir. Y primeramente dice de Justilla, que es la justicia, á la cual si bien miramos todas las otras virtudes se pueden referir.... Todo dice aquí Revulgo que está pervertido y dañado, de tal manera, que quien lo viese, habría mancilla. *Que viste tan denonada.* Ciertamente los ministros de la justicia deben ser varones que tengan denuedo y osadía para la ejecutar

142. En lo demás, se cultiva la poesía con las mismas formas y tendencias que en tiempo de D. Juan II, prevaleciendo las canciones trovadorescas y eróticas y la alegoría. Entre los poetas de este tiempo se distingue Pero Guillén de Segovia, discípulo de Santillana y de Mena. Su vida poética puede dividirse en dos períodos: en el primero escribió canciones amorosas, y sostuvo lides literarias con Estúñiga, Manrique y otros poetas; en el segundo, en que se vió pobre, y fué protegido por el arzobispo de Toledo, compuso obras serias y graves, que son de lo mejor escrito en aquel tiempo. No hay sino leer sus *Dezires al día del juicio; á la pobreza; al arzobispo de Toledo,* y, sobre todo, su versión de los *Psalmos penitenciales,* para convencerse de ello. Siendo imposible citar largamente, nos contentaremos con las siguientes estrofas de la versión del psalmo *In te Domine speravi :*

«Infinito resplandor
In eterno,
Por librarme del infierno
Y su dolor,
Cuando triste pecador
Yo te ruegue,
A las tus orejas llegue
Mi clamor.

»Y no quites la tu haz
De sobre mi;
Cuantos yerros cometi
Tú desfaz;

---

en el bravo león, que compara al grande, tan bien como en el pequeño, porque á todos ha de ser igual, y no ha de tener aceptación de personas. *Y mataba el lobo viejo.* Dícelo por la codicia, que es loba muy vieja, y antiguamente usada en el mundo. Y por cierto como la codicia es raiz de todos los males, mucho hace la justicia, cuando está tan fuerte, que de su miedo esta loba codiciosa se mata, ó á lo menos se templa, de tal manera, que no se finjan della los males que suelen acaecer, cuando tiene algún freno que le ponga el miedo del príncipe celador de la justicia.... En conclusión: Revulgo se queja aqui, diciendo que estaba tan caída, que un conejo, que es animal flaco y huidor, la corría, y la tenía sojuzgada», etc.

Porque tornen en solaz
Mis espantos,
Y yo viva con los santos
En la paz.

»Como humo se secaron
Los mis dias,
Porque de tus santas vias
Se redraron:
Mis huesos que denegaron
Tu morada,
Como la cosa quemada
Se secaron.

. . . .

»Mi perdon por el pecado
Es incierto;
Pelicano en el desierto
Soy tornado,
Y lechuza que ha poblado
En el casar,
Como el pajaro vulgar
En el tejado.

. . . .

»Cuando miro desde el suelo
Tu cimiento
De perder mi entendimiento
He recelo;
Muy escuro es el tal velo
A los humanos,
Pues obra de las tus manos
Es el cielo.

«El cual ha de perecer
Cuando querrás,
Y tu por siempre jamas
Permanecer:
Todo ha de acaecer
De su figura,
Como tiempo y vestidura
Envejecer....

. . . . »

Diego de Burgos, secretario del marqués de Santillana, es conocido principalmente por su poema titulado el *Triunfo del Marqués*, que es una obra alegórica, donde hay el correspondiente sueño en que ve bajar á Santillana cubierto con negro paño mortuorio y pasar con el Dante desde el infierno á la región de la bienaventuranza, recibiendo los elogios y aplausos de todos los personajes antiguos. El final es cristiano.

Otro de los poetas notables de este tiempo es D. Gómez Manrique, sobrino y discípulo de Santillana, hijo de D. Pedro, señor de Amusco. Adversario de D. Álvaro de Luna, tomó parte activa en los negocios públicos desde el reinado de don Juan II; y, distinguido en el cultivo de la poesía, cantó, como los demás, amores y desdenes de damas, y escribió otro poema alegórico á la muerte del Marqués, que en su tiempo tuvo gran reputación, pero que es tan frío y afectado como todos los de su clase. Pero compuso también varios poemas didáctico-morales que son sus mejores obras. Entre ellas están la *Continuación de los pecados mortales*, que había dejado sin concluir Juan de Mena: unas *Coplas al rey sobre el mal gobierno de Toledo;* otras *Coplas á Diego Arias acerca de la instabilidad de la fortuna*, y otras á los Reyes Católicos, tituladas *Regimiento de Príncipes*. Las del *mal gobierno de Toledo* tienen carácter satírico, pero es sátira seria y enérgica, expresada en buena versificación:

«Los cuerdos fuir debrian
Do los locos mandan mas;
Que cuando los ciegos guian,
¡Guay de los que van detras!....
. . . .
Sin secutores las leyes
Maldita la pro que traen;
Los regnos sin buenos reyes
Sin adversarios se caen.»

En el *Regimiento de Príncipes* dice al Rey Católico:

«Pues, vos, rey y caballero,
Muy excelente señor,

Si quereis ser vencedor
Vencereis á vos primero.
Que non sé mayor victoria
De todas cuantas lei,
Nin digna de mayor gloria,
Para perpetua memoria
Que vençer el ombre a si.»

Juan Álvarez Gato es citado también entre los mejores poetas de su época; pero en sus obras eróticas exagera ya los grandes defectos de aquella escuela trovadoresca y cortesana, cayendo en verdaderas inepcias é impiedades; y en las que después escribe, piadosas y serias, no hay verdadero calor ni inspiración, y tienen todavía resabios profanos.

143. Pero el poeta que merece especial mención es Jorge Manrique, cuarto hijo del maestre D. Rodrigo, sobrino de D. Gómez. Mezclado en todas las revueltas de aquel tiempo, murió en la batalla de Garci-Muñoz. Jorge Manrique es famoso, principalmente por su célebre elegía (coplas) á la muerte de su padre, sabida de todo el mundo, que empieza:

«Recuerde el alma adormida,
Avive el seso y despierte,
Contemplando,
Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando........»

Aunque tienen algo de alegóricas, haciendo comparecer á la muerte, que le da valor para el último trance, son verdaderamente morales, sencillas, y llenas de pensamientos bellos y filosóficos, expresados en lenguaje fluido y hermosa versificación. Las *coplas* de Jorge Manrique han sido glosadas, imitadas y traducidas á varios idiomas, incluso al latín. Camoens las imitó, y Lope de Vega decía que debían escribirse en letras de oro[1].

[1] Luis de Aranda, en prosa; Luis Pérez y Fr. Rodrigo de Valdepeñas, en verso, y Gregorio Silvestre glosaron en el siglo XVI las coplas

Aparte de esta composión, Jorge Manrique no tiene ninguna otra que le distinga de los poetas trovadorescos de aquel tiempo. Sus *canciones* y *dezires* son del mismo género artificioso y frío, así como sus obras tituladas: *Profesión, Escala* y *Castigo de Amor*. Hay entre ellas, sin embargo, algunas excepciones, como la linda glosa del mote:

«Sin Dios y sin vos y mi.

»Yo soy quien libre me vi,
Yo quien pudiera olvidaros;
Yo so el que por amaros
Estoy desque os conosci
Sin Dios, y sin vos, y mi.
Sin Dios, porque en vos adoro;
Sin vos, pues no me quereis;
Pues sin mi ya estó decoro
Que vos sois quien me teneis:
Assi que triste nasci,
Pues que pudiera olvidaros,
Yo so el que por amaros
Esto desque os conosci
Sin Dios, y sin vos y mi [1].»

144. Entre las muchas composiciones satíricas que entonces escribían los poetas, la más notable, tal vez, es una *Sobre las condiciones de las mujeres*, que, á petición de dos de ellas, escribió Hernán Mexía; por de contado, tiene más intención y más gracia y chiste que la del catalán Torrellas, que es, sin embargo, la que generalmente se cita, y la que entonces logró mucha popularidad, y dió ocasión á otras composiciones en defensa de las mujeres. Hernán Mexía ha-

de Jorge Manrique. Debemos decir, en obsequio de la verdad, que, según ya indicó el Sr. Carbonero y Sol, y después Schack en su *Historia de la poesía de los árabes en España*, las coplas de Jorge Manrique recuerdan la poesía de Aboul-Beca doliéndose de la pérdida de Sevilla conquistada por San Fernando.

[1] Este mote fué admirablemente continuado por Lope de Vega en su tragedia *El castigo sin venganza*.

bía escrito en defensa, y luego escribió la sátira á que nos referimos :

«........... ....
»Perdonad, Pedro Torrellas,
Mis renglones torcederos
En la defensa d'aquellas
Que yo bien hallo ser d'ellas
Vuestros dichos verdaderos.
No se donde los hallastes
Vos, mas prudente que Lelio;
Preciso que vos los triastes,
Pues quanto dellas hablastes
Es verdad como Evangelio.
Solo fuistes sin afan
Profeta de nuestros dias;
De las que nascen, Balan;
De las nascidas, San Juan;
De las por nascer, Elias.
....
Naturalmente medrosas,
Por acidente atrevidas,
Contra natura piadosas,
De natura envidiosas,
Por accidente regidas....
....
Son deseosas, ufanas,
Amigas de mal hacer,
Vanagloriosas, vanas,
Presumiendo de galanas,
Por mejor mal cometer....
....
Ya se trenzan los cabellos,
Ya los sueltan, ya los tajan;
Mil manjares hacen dellos;
Van y vienen siempre a ellos
Sus manos que los barajan:
Crescen y menguan las cejas,
Subenlas, discenlas breve;
Tornanse frescas las viejas;
Las amarillas, bermejas,

Las negras, como la nieve.

. . . .

Si seguran, no seguran,
Quando hablan siempre mienten;
Quando secretan, mesturan,
Quando s'afirman, no duran,
Quando contrastan, consienten;
Pedirán porque les pidan,
Quando hacen bien, destruyen;
Quando se acuerdan, olvidan;
Quando despiden, convidan;
Quando dilatan, concluyen.»
Etc., etc.

145. La historia en el reinado de Enrique IV tiene dos representantes principales en Diego Enríquez del Castillo y Alfonso de Palencia. El primero, capellán del Rey, á quien sirvió fielmente, escribió su *Crónica,* que se distingue por la energía y vehemencia del lenguaje, y por los discursos y arengas de que está llena. Estas condiciones dan al libro un carácter declamatorio, con tendencia ó aspiración clásica, y, por otra parte, la cronología es defectuosa; pero hay que tener en cuenta que Enríquez del Castillo era grandemente partidario del Rey, y que por esto sus enemigos le maltrataron y le quitaron en Toledo el manuscrito de su historia «por las mentiras que decía». Esta acusación de los adversarios de D. Diego Enríquez no parece fundada, pues la verdad es que el cronista no desconoce los males de la época, que retrata con vivos colores. Por eso mismo se muestra más duro en condenar las turbulencias y rebeliones de la nobleza y del infante D. Alfonso, moviéndole á ello, no ya el amor al Rey y el afecto á la legitimidad, sino la pena por el tristísimo estado de Castilla.

Alfonso de Palencia, en cambio, es partidario del infante D. Alfonso. Educado con Alfonso de Santa María, fué paje del cardenal Besarión en Italia y discípulo de Jorge de Trebisonda. Aficionadísimo á los clásicos, escribió varias obras en latín y un diccionario latino-castellano. Compuso las *Déca-*

das latinas[1], que luego tradujo al castellano; en ellas habla con gran libertad y energía de los sucesos de aquel tiempo, y censura vivamente á la corte toda, haciéndose, como queda dicho, partidario de D. Alfonso. El lenguaje es elevado y á veces elocuente; pero le afea mucho cierta afectación y la excesiva tendencia erudita. Se le atribuye también á Alfonso de Palencia una *Crónica* castellana, que sigue á las *Décadas* en la exposición de los hechos; pero hay muchas dudas acerca de este particular, porque la *Crónica* es muy inferior, abundando además en muchos errores de fechas, y nada de esto ocurre en las *Décadas latinas,* á pesar de que se cuenta en ellas por el sistema romano de *kalendas, nonas* é *idus*. Esta *Crónica* está escrita, sin embargo, con mucha viveza, y es verdaderamente pintoresca y animada.

Otras crónicas hubo en este reinado[2]; pero citaremos únicamente el *libro* ó *crónica* del *condestable Iranzo,* atribuida á Juan de Olid, su criado, ó á Diego de Gámez, cirujano real y muy adicto al Condestable. Esta crónica tiene gran valor, por ser fiel retrato de las costumbres y estado social de aquel período. *D. Miguel Lucas de Iranzo* había ascendido rápidamente desde el estado llano á la más encumbrada posición, por lo cual la antigua nobleza le miraba con cierto desvío. Quizá por ello el Condestable procuró competir en magnificencia y lujo con los más encumbrados señores, y halagar, por otra parte, á la muchedumbre. Así es que en un palacio de Jaén daba frecuentemente fiestas de toda clase, y promovió torneos, giras, bailes y representaciones. De todo da noticia circunstanciada la crónica, que está además escrita con ingenuidad y sencillez y gran elegancia en el estilo, aunque sembrada también de apóstrofes y arengas. Por esta crónica y al-

1 *Alphonsi Palentini historiographi gesta hispaniensia ex annalibus suorum dierum.*

2 Alfonso de Toledo escribió el *Espejo de Istorias*, que es una colección de biografías de los hombres célebres desde la antigüedad hasta el Papa Juan XXII, y Pedro de Escavias el *Repertorio de príncipes de España*, que comprende los hechos desde el principio del mundo hasta Enrique IV.

gunos otros libros sabemos que había ya en aquel tiempo representaciones dramáticas, más ó menos importantes, de lo cual hablaremos en otro lugar.

146. La prosa didáctica es cultivada por Alfonso de Toledo, que escribió un libro titulado *Invencionario,* de carácter enciclopédico, dividido en dos partes: trata la primera de los inventores de las cosas relativas á la vida terrenal, como letras, palacios, fortalezas, maneras de vestir, ciencias, etc.; y la segunda de las cosas relativas á la vida eterna, como el pecado original, la fe, la oración, los ayunos, los templos, etc. Tiene mucha erudición y abunda en latinismos, mostrándose el autor como pesaroso de haber escrito su obra en castellano, lo cual prueba la importancia que tenían ya los estudios clásicos.

Sor Teresa de Cartagena, religiosa, de la familia ilustre de los Santa María, compuso un libro alegórico, intitulado *Arboleda de enfermos,* en que supone que, arrojada á una isla desierta por un torbellino (las pasiones), se acoge á la sombra de árboles fructíferos, que son los Libros Santos, encontrando en ellos el consuelo á sus tribulaciones y á las dolencias físicas que la aquejaban [1].

Otros libros religiosos y ascéticos aparecieron en este tiempo, siendo los más notables los intitulados *Flor de Virtudes,* precioso ramillete que comprende de todo lo que puede hacer la felicidad temporal y eterna del hombre, y *Preparaciones para bien vivir e santamente morir,* obra de un fraile Jerónimo de Talavera. Asimismo debe consignarse que varios predicadores de fama ilustraron el reinado de Enrique IV, aunque no se conservan sus sermones [2].

[1] Con el título de *Admiración de las obras de Dios* compuso Sor Teresa otra obrita, que dirigió á Doña Juana de Mendoza, y que es una especie de vindicación contra los que sospechaban que la *Arboleda de enfermos* no fuese obra suya. Allí sostiene que si algo bello había en su obra se debía á la bondad de Dios, que ayudó á una mujer con su gracia. En este libro Sor Teresa muestra grande erudición, no sólo en los libros sagrados y eclesiásticos, sino en los escritores y filósofos profanos.

[2] Los más notables son Fr. Alfonso de Espina, Fr. Alonso de Oropesa, Fr. Juan González del Castillo y D. Francisco de Toledo, obispo de Coria.

LECCION XXIV

LAS LETRAS EN ARAGÓN.

147. Desarrollo de los estudios clásicos en el reinado de Alfonso V: Obras del Rey y noticia de otros escritores latinos.—148. Poetas trovadorescos.—149. Reinado de D. Juan II de Navarra: Obras del príncipe de Viana.—150. El castellano Alfonso de la Torre.—151. Noticia de otros escritores.

147. Mientras en Castilla florecían multitud de ingenios en los reinados de Juan II y Enrique IV y se cultivaban las letras clásicas, en Aragón, especialmente en el reinado de Alfonso V, puede decirse que llegaba á su apogeo el Renacimiento. La conquista de Nápoles, donde brillaban los humanistas Valla, Poggio, Filelfo, Fario, Jorge de Trebisonda y otros; las aficiones literarias del rey; el refugiarse en sus cortes multitud de ingenios castellanos, por las revueltas que en su tierra había, todo contribuye á que se prepare un gran movimiento literario, en que predomina el clasicismo latino y la poesía provenzal-trovadoresca. Alfonso V, que recibió excelente educación literaria, se asoció á los mejores ingenios catalanes y castellanos, asistía á las cátedras de Teología, y se dedicó á los estudios filosóficos, siendo, además, aficionadísimo á los clásicos, y logró formar una selecta biblioteca, procurando que en todas partes se buscasen libros y manuscritos. Se sabe que tradujo las *epístolas* de Séneca, y escribió algunas otras obras, como una *oración contra los florentinos* y un libro titulado *De Castri Stabilimento,* en el cual imita con exceso el estilo del Lacio. En Nápoles vivía en su corte Fernando de Valencia, autor de *epístolas latinas* á Fazzio, Panormita y otros italianos, y de versos y un discur-

so todo en latín. A su lado brilla otra multitud de ingenios catalanes, valencianos y aragoneses, que se dedicaban frecuentemente á los estudios clásicos, y componían en latín sus libros [1]. Pero, á pesar de este predominio del clasicismo, la poesía castellana se cultivaba también muchísimo en las cortes de Alfonso V. Notable es, entre todos los poetas, Lope de Estúñiga, hijo del mariscal Íñigo, trovador de Castilla, compañero de su primo Suero de Quiñones en el Paso honroso. Acompañó á Nápoles á D. Alfonso V, y allí escribió la mayor parte de sus versos, muchos de los cuales son eróticos. Es en ellos más delicado y verdadero que la generalidad de los poetas trovadorescos. Tiene también dos notables poesías, una intitulada *Dezir a si mismo estando preso*, en la cual habla y razona cristianamente, y otro libro el *Sitio de Atienza* en que celebra la rebelión contra D. Juan II [2].

148. D. Diego de Sandoval, D. Gonzalo de Cuadros y otros nobles escriben versos y favorecen á los poetas en Nápoles, donde otros escritores de más humilde clase, como Diego del Castillo, Juan de Tapia y Juan de Andújar, reproducen el espectáculo de la corte de Castilla. Algunos, como Diego del Castillo, escriben composiciones alegórico-dantescas, con los mismos defectos que las mencionadas anteriormente. En la poesía trovadoresca tampoco hacen cosas que merezcan especial mención, si bien algunas veces no carecen de gracia y donaire y tienen sencillez, como la que Juan de Tapia dirigió á la hija del duque de Milán que le tenía preso,

[1] Le imitan los valencianos y catalanes Luciano Colomer, Jaime Pau, Juan Llobet, Jaime García, Juan Ramón Ferrer, Jaime Ripoll, Felipe Mealia y Jerónimo Pau; y los aragoneses Pedro de la Caballería y Gonzalo de la Caballería, y Juan Fernández de Híjar, todos ellos humanistas y autores de obras en latín y de gramática, lógica, metafísica y algunas de religión. Entre ellos hay traductores de Hipócrates y de Terencio, y autores de poesías latinas.

[2] En la Biblioteca Nacional hay un Cancionero que se llama de *Estúñiga*, pero no tiene más que nueve poesías de este ingenio; las demás son de otros muy distintos. Las obas de Estúñiga existen desparramadas en otros varios cancioneros, especialmente en uno de París y en uno de Gallardo.

como al rey D. Alfonso, después del percance de Ponza. En ella se expresaba así:

«El fuego faseys morir
Muy discreta criatura;
Al cristal poneys tristura;
Las piedras faseys fuir.
El carbonclo relusiente
Su esplendor mostrar non osa
Ante la vuestra graciosa
Cara muy resplandeciente.
El agua clara es turbada
Ante la vuestra mesura,
E todo miralle oscura
Siendo álli vos presentada......»

Además de los mencionados, escribían en Nápoles Carvajal, autor de lindas serranillas; Escobar, qne lo es de una notable epístola á Enrique IV sobre la muerte de D. Alfonso, y un anónimo, que compuso un romance del rey D. Fernando de Nápoles.

En Aragón se distinguían los caballeros Juan de Moncayo, Juan de Sessé, Hugo de Urríes, los Heredias y otros muchos, que principalmente cultivaban la poesía erótico-provenzal [1].

149. En tanto, en la corte de D. Juan II de Navarra florecían también algunos ingenios, al frente de los cuales figura el desdichado príncipe de Viana, D. Carlos. El título había sido creado por su abuelo. Declarado heredero del Reino por su madre, y casado con Ana de Cleves, fué víctima de las discordias de su país y de la ambición de doña Juana Enríquez, su madrastra. Divididos los navarros en dos bandos, beaumonteses y agramonteses, aquéllos partidarios y éstos enemigos del Príncipe, estalló la guerra, en la cual fué preso D. Carlos y desheredado, juntamente con su hermana doña

[1] De todos estos poetas trovadorescos merece mención especial Juan de Moncayo, cuyas *canciones* y *dezires* no carecen de gracia y de expresión.

Blanca. Después de lograda su libertad, fué á Nápoles, donde rehusó la corona que le ofrecían. De vuelta á España por orden de su padre, estuvo preso segunda vez, logrando su libertad los catalanes que se sublevaron en su favor; pero al poco tiempo murió, y se sospecha que envenenado. El desdichado Príncipe había escrito *Cartas y respuestas poéticas,* á la manera de los trovadores; una traducción de las *Ethicas de Aristóteles,* con anotaciones y correcciones eruditas; una *Lamentación* (en prosa) por la muerte de D. Alfonso V de Nápoles, su favorecedor, y habia intentado escribir un gran libro de moral cristiana, para lo cual dirigió una epístola á los sabios de España, animándolos á que ellos lo hicieran. Pero la obra que más importancia tiene entre las del príncipe de Viana, es su *Crónica de los reyes de Navarra,* dividida en tres libros, que comprenden desde los orígenes hasta Carlos I. Se distingue esta *Crónica* por la sencillez y claridad del método y la sobriedad del lenguaje.

150. Al nombre del príncipe de Viana va unido el de su maestro, el castellano Alfonso de la Torre. Era de Burgos; pasó á Navarra, y fué encargado por D. Juan de Beaumont de escribir para el Príncipe un libro que tratase de moral y de ciencias; y con este fin compuso su *Visión delectable,* que es un tratado de gramática, aritmética y filosofía, y, en resumen, de todas las demás ciencias que se cultivaban á la sazón. El libro está hecho en forma alegórica. Supone que contempla en una visión la Virtud fugitiva, triunfante la Discordia y la Sabiduría aherrojada, y todo, en fin, en desorden; y transportado á una montaña altísima, ve una doncella (la *Gramática),* y un niño (el *Entendimiento)* que huye del mundo y se acoge á ella, luego á la *Lógica,* y así sucesivamente, hasta ilustrarse en todas las ciencias y artes. Alfonso de la Torre abusa mucho de latinismos y tiene excesivo hipérbaton, viéndose además en su obra la influencia de la lengua francesa por la vecindad de Navarra con Francia.

151. No son estos los únicos escritores en Navarra. Al lado del príncipe de Viana vivieron *Vidal de Noya* y *Hugo de Urríes,* que tradujeron á Salustio y las historias de Valerio

Máximo respectivamente; y la muerte del príncipe inspiró á D. Fernando de Bolea, su consejero y mayordomo, sentidas oraciones y epístolas. Sobre el mismo asunto escribieron Fernández Pinos, Fr. Pedro Martínez y D. Juan Fernández de Heredia, mientras que D. Pedro de Urrea, Panzán, Ayerbe y Casanate cultivaban la Historia [1].

LECCION XXV

REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

152. Extraordinario desarrollo de la cultura literaria.—153. Principales poetas: Mendoza, Padilla, Juan del Encina, etc. — 154. *Cancionero de Urrea.*—155. Noticia de otros poetas.

152. En el reinado de los Reyes Católicos toca á su apogeo el renacimiento clásico, y la unión de las dos coronas, de Castilla y Aragón, era un suceso de extraordinaria importancia y altamente provechoso para España, cuyas divisiones y rivalidades de reinos habían detenido los progresos de la Reconquista y producido épocas verdaderamente calamitosas. Ahora, enfrenada la osadía de grandes y pequeños, regularizado el gobierno, el cetro en las expertas manos de Don Fernando V y en las de la ilustre Princesa que mereció el sobrenombre de Católica, la Reconquista iba á terminarse gloriosamente con la toma de Granada, y las naves de Castilla, guiadas por Colón, aportaban por primera vez á las regiones de un nuevo mundo. Coincidía todo esto con el establecimiento de la imprenta en la mayor parte de nuestras ciudades, y todo

[1] Urrea escribía *Relación de las inquietudes de Cataluña.*— Panzan: *Hechos de D. Fernando de Antequera.*— Ayerbe: *Vida de D. Sancho Martínez de Leiva.*—Casanate: *De la cibdad e iglesia de Tarazona.*—Un poco más adelante, Gonzalo García y Sarnosa escribía la *Historia de D. Juan II de Aragón,* que es mejor que las anteriores.

ello contribuía á que las letras floreciesen con desconocido esplendor.

Basta echar una ojeada por el *Elogio de la Reina Católica,* de D. Diego Clemencín, para quedar admirados del extraordinario movimiento literario que había á la sazón en España. La misma reina doña Isabel conocía la lengua latina, y lleva con ella á doña Beatriz Galindo, de ilustre alcurnia y docta en toda clase de conocimientos. El rey D. Fernando había sido educado por Francisco Vidal de Noya, gran conocedor de los clásicos. Antonio de Nebrija, maestro de la Reina, escribía su *Arte de la gramática castellana* para la educación de las mismas Infantas y damas de la corte, y Pero Mártir de Angleria, erudito milanés á quien invitó á venir á España el conde de Tendilla, embajador en Roma, quiso la Reina que se dedicase á la instrucción de los jóvenes palaciegos. También vino á España, traído por D. Fadrique Enríquez, Lucio Marineo Sículo, que enseñaba en la Universidad de Salamanca, como Pero Mártir en Valladolid y Zaragoza. Cundió tanto la ilustración, tanto se trabajó en la traducción de libros griegos y latinos, tanto se distinguían los nobles en este linaje de estudios, que, según Jovio en su *elogio de Nebrija,* «no era tenido por noble el que demostraba aversión á los estudios». El cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, Fr. Hernando de Talavera, D. Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, y sobre todo el insigne cardenal Jiménez de Cisneros, muestran que la Iglesia iba á la cabeza de la cultura y daba el principal impulso á aquel movimiento verdaderamente excepcional.

La afición literaria se comunica al sexo femenino; así es que en esta época figuran como literatas doña Beatriz Galindo, maestra de latín de la reina Isabel, Florencia del Pinar, doña Juana de Contreras, doña Lucía de Medrano, Francisca de Lebrija, etc., etc.

153. Fr. Íñigo López de Mendoza es uno de los poetas más conocidos de aquel tiempo; pero se ignora su origen y patria. Tuvo desde el principio entrada en el palacio de los Reyes Católicos, á los cuales escribía dando consejos, poéti-

camente; por eso quizá los cortesanos le tomaron antipatía y le censuraban. Sus obras son, en general, didácticas ó religiosas, y siempre con tendencias á corregir los vicios de su tiempo. Con este objeto particular escribió el *Dechado de la reina Isabel*, en que la decía:

«Pues si no queréis perder
Y ver caer
Mas de quanto es caido
Vuestro reino dolorido
Tan perdido
Ques gran dolor de lo ver;
Emplead vuestro poder
En façer
Justicias mucho complidas:
Que matando pocas vidas
Corrompidas,
Todo el reino á mi creer
Salvareis de perecer......» etc.

Hizo otra composición titulada *Dictado en vituperio de las malas mujeres y alabanza de las buenas*, que tuvo mucha fama, y es propiamente una sátira contra la licencia de las damas de la corte. La obra en que puso más empeño es, sin duda, la *Vida de Nuestro Señor Jesu-Cristo*, que dejó sin concluir: tiene mucha variedad de formas y metros, y está llena de himnos y romances hablando de la Virgen, de la Anunciación, del Nacimiento del Salvador, terminando con la matanza de los inocentes.

Otro religioso, Fr. Juan de Padilla *(el Cartujano)*, natural de Sevilla, y hombre muy erudito, escribió un poema de carácter alegórico-dantesco intitulado *Los doce triunfos de los Apóstoles*. San Pablo es su guía, y le lleva á diversos lugares del cielo, de la tierra y del infierno, hasta Jerusalén, donde se separan. El libro está lleno de descripciones, imitando mucho á los clásicos, y especialmente á la *Eneida*; pero sobre todo, tiene imitaciones y hasta traducciones de la *Divina Comedia*. El poema resulta pesado y frío, como todos los de su clase.

Más tarde escribió otra obra titulada *Retablo de la vida de Cristo,* que tiene algunos cuadros animados y poéticos.

Pero el poeta más importante de este reinado es sin duda el salamanquino Juan del Encina, ó de la Encina [1], nacido en 1469 según se infiere de lo que él dice en su viaje á Jerusalén. Fué muy estimado en la corte, así como en Roma, donde el Papa León X le nombró maestro de capilla por sus grandes conocimientos músicos, obteniendo luego el priorato de León. Juan de la Encina escribió multitud de obras poéticas, aparte de las dramáticas de que hablaremos en otro lugar, y continúa la tradición alegórico-dantesca en muchas de ellas, v. gr., en el *Triunfo de la Fama* y en el *Triunfo del Amor,* poemas alegórico-mitológicos: el primero es en honor de los Reyes Católicos; el segundo es una visión del infierno de los enamorados, análogo á otros escritos por varios trovadores. Tradujo también Juan de la Encina las *Églogas de Virgilio,* y compuso varias canciones y villancicos á estilo provenzal, con más naturalidad y belleza que solían hacerlo los otros poetas de aquel siglo [2]. Pero donde se mostró más verdaderamente poeta fué en sus composiciones serias y religiosas. En ellas se ve que la versificación adelantaba mucho, despojándose de las incorrecciones y rudezas que todavía la afeaban; el lenguaje adquiere precisión y claridad, acercándose á las formas modernas, y el estilo es verdaderamente sencillo y en ocasiones elegante. Véase como prueba algunas de las estrofas de su composición en defensa de las mujeres:

«He por mucha maravilla
Cual traidor puede amenguar
Lo que Dios quiso criar
De nuestra misma costilla:
A nosotros amenguamos
Pues los hombres son sus padres;

---

[1] Según el Sr. Cañete, su apellido era Tamayo, y lo deduce de la relación del viaje de Juan de la Encina á Jerusalén en compañía del Adelantado de Jaén y Tarifa.

[2] La primera edición de las obras de Juan de la Encina se hizo en Salamanca, en 1496.

Si á mujeres ultrajamos
Miremos que desonramos
Las honras de nuestras madres.

. . . .

Ellas nos hacen devotos,
Corteses y bien criados;
De medrosos, esforzados,
Muy agudos de muy botos:
Queramos lo que quisieren,
De su querer no salgamos,
Quanto más pena nos dieren,
Quanto mas mal nos hicieren,
Tanto mas bien les hagamos.
Que si con nuestra porfia
No siguiessemos su gala,
Maldita la mujer mala
Que en el mundo se hallaria.
Nosotros fingimos penas
Por mostrarles que penamos
Mil prisiones e cadenas,
Y aunque quieren ser muy buenas,
Nosotros no las dejamos.

. . . .

Diremos lo que es razon,
Si algunas culpadas hallan,
Callemos, pues ellas callan,
Que las culpas nuestras son;
Callemos nuestra maldad,
Nuestros engaños con arte,
Pues ellas son, en verdad,
Inclinadas á bondad
Todas por la mayor parte....

. . . .»

Mejor es todavía la traducción del *Miserere,* que, aparte de algunos giros y frases ya en desuso, tiene toda la verdad, rigor y precisión que pudieran desearse [1]. No pudiendo inser-

[1] Con no menos fortuna tradujo el *Benedictus* y el *Magnificat.*

tar íntegra esta preciosa composición, copiaremos algunas estrofas:

«A ti solo he yo pecado:
Hice el mal en tu presencia,
Porque justo en tu sentencia
Vences tu, siendo juzgado:
Mira que soy cierto yo
En maldades concebido,
Y en pecados dolorido
Mi madre me concibio.
En verdad, verdad amaste,
E lo dudoso é secreto
De tu saber muy perfeto
Tu me lo manifestaste.
Rociarme has tu, Señor,
Y labarme has con ysopo;
Será mas blanco qne el copo
De la nieve mi blancor....
....
Corazon limpio, Dios mio,
Cria en mi, por ser cual deba,
En mis entrañas renueva
Espiritu sin desvio,
No me alcances (?) tu de ti;
De tu ira yo rehuyo,
Y el santo Espíritu tuyo
No lo quites tu de mi.»

Otros poetas menos importantes pudieran citarse aquí, pero bastará que mencionemos á Diego Guillén de Ávila, autor de un *Panegírico* en honor de los Reyes Católicos, cuyo principio es un sueño en el cual las Parcas, Átropos, Cloto y Laquesis van cantando toda la vida de los Reyes. Del mismo género y más pedantesco todavía es otro poema suyo en honor del arzobispo de Toledo; en él supone que baja al infierno, purgatorio y campos Elíseos.

Garci-Sánchez de Badajoz, Suero de Rivera, Rodrigo de Cota y otros ingenios seguían las huellas de los anteriores

poetas provenzales y cortesanos, sublimando y alambicando tanto los conceptos, que á veces cuesta trabajo entender lo que quieren decir. Garci-Sánchez, ponderando las malas situaciones de ánimo en el *Delirio de amor*, dice:

«No soy libre ni cautivo,
Dichoso ni desdichado,
Ni constante, ni mudado,
Menos so muerto ni vivo.
No en mi muerte ni en mi vida;
Ni mi bien, ni mal consiste;
Ni so alegre, ni so triste,
Ni sano, ni con herida.
Ni cobrado, ni perdido
Antes, agora e despues,
Por quien nunca fue ni es,
Ni es posible que haya sido.
Ni me acuerdo que me viese
Con mas pesar o placer,
Ni pienso que pueda ser
Si por caso ser pudiese.
....
Tan de memoria me pierdo
De trasportado en tu fe,
Que pienso que nunca fue,
O si fue ya no me acuerdo;
A causa de este perderme
Que cuando me captivastes,
Señora, no me dejastes
Saber para conocerme.»

Rodrigo de Cota, autor de un interesante diálogo dramático *Entre el amor y un viejo*, de que más adelante hablaremos, malograba á veces su ingenio en poesías tan amaneraradas y falsas como ésta en que describía el amor:

«Vista ciega, luz oscura,
Gloria triste, vida muerta,
Ventura de desventura,

Lloro alegre, risa incierta;
Hiel sabrosa, dulce agrura;
Paz y ira y saña presta
Es amor, con vestidura
De gloria que pena cuesta,» etc.

Suero de Rivera tiene una linda poesía sobre la *Gala*, explicando lo que ha de hacer y cómo ha de vestir un buen galán.

154. Fuera de Castilla seguía cultivándose la poesía sin decaer ni adelantar gran cosa, y conservando las mismas tendencias y formas. El aragonés D. Pedro Manuel de Urrea es quizá el más notable de los poetas de su país. Nació en 1486, de ilustre familia. Su *Cancionero*, que dedicó á su madre, contiene multitud de poesías eróticas, alegóricas y devotas, á la manera de los demás escritores. En las composiciones serias que dedicó á su mujer, hay naturalidad, sencillez y verdad. En una le dice:

«Lo que agradezco a ventura
Es que me dio por mujer
La hermosura y el valer
La riqueza y la cordura,
Y que con esto se halla
Puede decir se libró
De la guerra
De este mundo ques batalla;
Y que Dios mas bien le dio
Que hay en la tierra», etc.

155. D. Juan Fernández de Heredia, también aragonés; los catalanes Trillas y Crespi de Valdaura, mosen Gazul y otros varios, florecieron en aquel tiempo: pero entre tanto poeta, apenas hay uno que se inspire en los gloriosos hechos nacionales de aquel famoso reinado. Ni la guerra de Granada, ni las campañas del gran Capitán, ni el descubrimiento y conquista de América, inspiran á los poetas castellanos, dominados desdichadamente por el afán de imitar al Dante y por la tendencia provenzal y petrarquista.

De uno solo, Hernando de Ribera, se sabe que escribió una *Crónica*, en verso, acerca de la guerra de Granada; pero se ha perdido [1]. Los demás escribían muchas canciones, muchas glosas, muchos decires, imitaciones ó traducciones de Petrarca; pero muy poco verdaderamente serio y verdaderamente poético. Las visiones, los sueños, los viajes fantásticos y alegóricos, abundaban también sobremanera; pero ni uno de los poemas así escritos merece citarse, sino á título de curiosidad literaria, ó para el debido conocimiento del arte español en aquel período. Solamente la Religión con su austeridad y sus dogmas, prestaba, de vez en cuando, graves y nobles asuntos á la poesía, debilitada y como esclavizada por las influencias extrañas.

LECCIÓN XXVI

LA NOVELA EN EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

156. Géneros que se cultivan: *La Cárcel de Amor*. — 157. Libros de caballería. — 158. Causas de su desarrollo. — 159. *La Celestina*: juicio de esta obra.

156. La novela que principalmente se cultiva en el reinado de los Reyes Católicos es la caballeresca. Abundan las traducciones de las obras francesas, y reimprímense todas las ya traducidas anteriormente, como *Lanzarote*, *Tristán*, *Flores y Blanca Flor*, etc., etc.; y, además, se escriben multitud de obras originales de la misma clase. Entre éstas se distingue por su carácter alegórico la *Cárcel de Amor*, de Diego de San Pedro, que finge que en un valle obscuro de

[1] Fr. Gonzalo de Arredondo compuso la *Arlantina*, que es una mala narración histórica en verso, y Alonso Fernández, la *Historia Partenopea*, también de escaso mérito.

Sierra Morena ve venir á un hombre, vigoroso y velludo, que trae atado á un joven, el cual pide ayuda al autor.

El joven era *Leriano*, enamorado de la *Laureola*, hija del rey de Macedonia, y el hombre velludo, que le llevaba amarrado, el *Deseo*, principal ministro de la corte de Amor. Después, en un alto adornado de figuras alegóricas, ve el autor al mismo Leriano en una silla de fuego, sufriendo entonces en la Cárcel de Amor por estar prendado de Laureola. Leriano explica á Diego de San Pedro las agonías de la cárcel, pidiéndole que visite á su amada y la diga lo que sufre. Él lo hace, y pone en libertad á su amada; pero el padre de Laureola se opone, lo cual da ocasión á que Leriano emprenda extraordinarias aventuras para librarla; y después de muchos desafíos y juicios de Dios, y multitud de aventuras, se descubre la inocencia de la joven. Mas ella, segura de su honra, rechaza las nuevas instancias de Leriano, que se deja morir de hambre.—En esta novela se mezcla el elemento alegórico, tan poderoso entonces en la Literatura española, con el interés que da verdadera vida á las aventuras de Leriano y Laureola. Pero la alegoría se sostiene durante todo el libro, lo cual le hace un tanto obscuro; y si á esto se añade que el estilo de Diego de San Pedro, aunque con cierta valentía y vigor, es muy afectado y lleno de antítesis y con marcada tendencia al hipérbaton, se comprenderá que no tenemos aquí una obra que pueda leerse con facilidad y gusto.

157. Pero menos se leen todavía la mayor parte de los otros libros caballerescos que entonces aparecieron. Entre ellos estaba *Florestán*, hermano de Amadís y las *Sergas de Esplandián*, continuación del *Amadís*, hecha por Garci-Ordóñez de Montalvo que lo había refundido, y además *Cananor* y *Tuman*, *Adramón*, *Marsindo* y otros muchos. Surge además una serie nueva de libros de caballería que tienen por nombre común los *Palmerines*, y se enlazan con la historia del *Palmerín de Oliva*, primero de todos ellos. Se ignora quién sea el autor de esta novela, cuya paternidad han pretendido, sin bastante fundamento, los portugueses, que, como por lo que respeta al *Amadís*, no han podido presentar

argumento alguno de fuerza que legitime su pretensión [1]. El nombre de Oliva le recibió Palmerín, porque sus padres, que eran príncipes de Constantinopla, le hubieron de exponer en un monte entre palmas y olivas. Después de muchas hazañas en Alemania é Inglaterra, va el joven Palmerín á Constantinopla, donde su madre le reconoce; y después obtiene la mano de la hija del emperador de Alemania, y es coronado él mismo Emperador. El *Palmerín de Oliva* fué tronco y cabeza de muchos libros de héroes caballerescos [2], siendo el más notable el *Palmerín de Inglaterra*, que se escribió algún tiempo después, y que fué librado de las llamas, con grandes elogios, en el escrutinio de la librería de *Don Quijote*. Tampoco se sabe el autor de este *Palmerín*: la edición que se conoce es de Luis Hurtado de Toledo; pero lo más probable es que refundiese un original más antiguo.

158. De varios modos explican los críticos el predominio de los libros de caballería en esta época y en todo el siglo XVI. Para nosotros, la causa principal de este verdadero extravío de las imaginaciones está en la desmedida afición de los doctos á los estudios clásicos. El pueblo español, ardiente, apasionado, de fantasía viva y poderosa, acostumbrado á presenciar hazañas verdaderamente maravillosas, ocupado en campañas tan gloriosas como las de Nápoles y las de Granada; viendo abierto ante sus ojos un nuevo mundo, lleno de misterios, de riquezas y de encantos, que por todas partes despertaba el espíritu aventurero y batallador de nuestra raza, no es maravilla que se apegase á las ficciones caballerescas más inverosímiles y extravagantes, en una época de tan grande exaltación y sentimiento, y de tanta influencia clásica por parte de los doctos. Hemos visto que en todo el siglo XV apenas hay un poeta nacional, y las mismas hazañas de los Re-

[1] El Sr. Gayangos y otros eruditos se inclinan, por la contextura de la obra, á creerla producto de una dama de Ciudad Rodrigo; pero los indicios en que se fundan no bastan para formar juicio medianamente probable.

[2] *Primalión y Polendo, Flotir, Palmerín de Inglaterra, Don Duardo de Bretaña*, *Platir*, etc., etc.

yes Católicos no despiertan una nota heroica en la lira de los trovadores provenzales y cortesanos. El mismo fenómeno ocurre con los excepcionales viajes y descubrimientos de Colón, y en cambio se traen á la lengua castellana los trabajos de griegos y latinos, y se deja, por consiguiente, la imaginación del pueblo español sin pábulo verdaderamente nacional en la literatura. Hubiérasele dado, como le dió más tarde nuestro glorioso teatro, alimento más digno, más racional y más conforme á sus inclinaciones y sentimientos que los libros clásicos, y no se hubiera extraviado probablemente con estas locuras de los de caballería.

159. Mas no fueron estos los únicos de carácter novelesco que aparecieron al fin del siglo XV. Aparte de algunas traducciones como el *Eurialo y Lucrecia*, de Eneas Silvio (después Papa Pío II), de la *Fiametta*, de Bocaccio, y algunas otras obras de diverso carácter, la literatura española ofrecía entonces una de las novelas más famosas que tiene nuestra lengua. Nos referimos á *La Celestina* [1], obra del bachiller Fernando de Rojas, según reza un acróstico en verso que la acompaña [2].

La Celestina, ó historia de Calixto y Melibea, es una novela dialogada en veintiún actos, y esta forma, enteramente dramática, da ocasión para que algunos la juzguen como perteneciente al teatro. Pero su índole y extensión extraordinaria no permiten considerarla obra escénica: bien que de ella pudieran aprender mucho, en cuanto al diálogo y á la pintura de los caracteres, los dramáticos posteriores. Como en otros libros de análogo asunto, el autor de *La Celestina* pretende que el suyo sea moral y provechoso, porque pre-

[1] *La Celestina* es llamada por su autor *Tragicomedia*, porque, según dice, «el primer autor quiso dar denominación del principio, que fue el deleitar, y llamola comedia, e yo, viendo esta discordia entre estos escritos, parto agora la porfía por medio e llamola Tragicomedia».

[2] Se dice en *La Celestina* que la hizo Rodrigo de Cota y la terminó Fernando de Rojas; pero la igualdad del estilo y sus condiciones artísticas autorizan á creer que Fernando de Rojas es autor del libro, aunque se excusa por su asunto, creyendo mejor decir que continuaba un libro ajeno.

senta en él las malas artes y las malas consecuencias del vicio. Aunque éste sea el fin del autor, no puede negarse que *La Celestina* peca gravemente por la reprensible viveza de sus escenas, la escandalosa libertad del lenguaje y la misma liviandad de su argumento. Trátase en él de una joven, Melibea, á quien consigue corromper Calixto, mediante los oficios de una tercera, Celestina, que se introduce en su casa, y logra citas para el amante. En tanto los criados de Calixto dan muerte á Celestina, porque se negaba á compartir con ellos la ganancia obtenida, y son degollados por la justicia á causa del asesinato: por esto sienten dos amigas suyas deseos de venganza, y entendiéndose con asesinos pagados, espían á Calixto, que acude al ruido, y, queriendo saltar por el huerto de Melibea, queda muerto en el acto; Melibea, desesperada, se encierra entonces en una torre, y, revelando su deshonra, se arroja también de ella á la vista de sus desolados padres. – Claro está que las muertes y desdichas que acompañan á las liviandades pueden, como queda indicado, disculpar un tanto la intención final del autor; pero desgraciadamente las escenas de tercería y de seducción están pintadas de manera que ofenden el decoro. Por eso Cervantes, gran elogiador de *La Celestina*, dice de ella que sería un libro divino si encubriese más lo humano.

«Libro en opinión divi-
Si encubriese más lo huma-.»

En cuanto al estilo y lenguaje, *La Celestina* es unánime y calurosamente elogiada, porque todo en ella es vivo, animado, correcto, facilísimo; y si no fuese porque la desluce un tanto la pedantesca erudición de que, en ocasiones, hacen gala los personajes, aun en lo más grave, aun en el trance fatal de la muerte, sostendría sin desventaja el parangón con la misma incomparable prosa de Cervantes. Los caracteres, además, están perfectamente pintados, en especial el de Celestina y los de Calixto y Melibea, no careciendo tampoco de vida y de color los personajes secundarios de la obra.

Como muestra de la soltura del diálogo y corrección del estilo de *La Celestina*, véase el trozo siguiente:

MELIB. «Señor Calixto, ¿qué es eso que en la calle suena? Paresce voces de gente que van en huida. Por Dios, mírate, que estás á peligro.

CALIX. Señora, no temas, que á buen recaudo vengo: los mios deben ser que son unos locos, y desarmarán á quantos pasan, y huirales alguno.

MELIB. ¿Son muchos los que trahes?

CALIX. No, sino dos; pero aunque sean seis sus contrarios, no recebirán mucha pena para les quitar sus armas y hacerlos huir, según su esfuerzo. Escogidos son, señora, que no vengo á lumbre de pajas. Si no fuese por lo que á tu honra toca, pedazos harian estas puertas; y á ti, si sentidos fuesemos, y á mí, librarian de toda la gente de tu padre.

MELIB. ¡Oh, por Dios no se acometa tal cosa!, pero mucho plazer tengo que de tan fiel gente andes acompañado: bien empleado es el pan que tan esforzados sirvientes comen. Por mi amor, señor, pues tal gracia la naturaleza les quiso dar, sean de ti bien tratados y galardonados, porque en todo te guarden secreto, y cuando sus atrevimientos y osadías les corrigieres, á vueltas del castigo muestrales favor; porque los ánimos esforzados no sean con encogimiento disminuidos, é irritados en el osar á sus tiempos.

PARM. Ce, ce, señor, quitate presto dende, que viene mucha gente con hachas, y serás visto y conoscido, y no hay donde te metas.

CALIX. ¡Oh mezquino yo! ¡y cómo me es forzado, señora, partirme, de ti! Por cierto el temor de la muerte no obrara tanto, como el de tu honra. Pues que asi es, los ángeles queden con tu presencia: mi venida será, como ordenaste, por el huerto.

MELIB. Asi sea, y vaya Dios contigo», etc.

La Celestina, cuya primera edición es de 1499, fué traducida inmediatamente al francés, italiano, alemán y latín, impresa multitud de veces desde 1514, en que, según Lampillas, se hizo una edición en Milán [1]. Gaspar Barthio, que la

[1] Bouterwek, hablando de *La Celestina*, dice: «Esta obra notable prueba que el arte del diálogo, tan difícil para los poetas del Norte, nace como producción espontánea en España.

tradujo al latín con el título de *Liber plane divinus*, dice: «Está lleno de tantas y tan importantes sentencias, ejemplos, comparaciones y consejos para ordenar bien la vida, que cosa igual tal vez en ninguna otra lengua se posea. Es verdad que la castellana es tan grave y sonora, el estilo del autor tan elegante y correcto, y su dicción tan escogida y armoniosa, que en el concepto de los españoles mismos, muy pocas obras podrán competir con *La Celestina*, en gala, primor y pureza. Nada diré tampoco del talento particular que se prueba en ella para describir los caracteres de las personas que intervienen en la acción, porque basta considerar la propiedad de los dichos de cada actor, la oportuna aplicación de sus sentencias al propósito del discurso, y la conformidad de todas las partes con el fin principal de la fábula, para reconocer que en el desempeño de los requisitos más difíciles de una composición dramática, ninguno de los antiguos poetas griegos y latinos se ha aventajado al escritor español, etc.»

Juan de Valdés, en el *Diálogo de la lengua*, Velázquez en los *Orígenes de la poesía castellana*, y, en general, todos los que han escrito de literatura española, convienen en reconocer las grandes cualidades del estilo y la perfección del diálogo en la obra de Fernando de Rojas, por otra parte tan vituperable.

La Celestina tuvo multitud de imitaciones y continuaciones. D. Pedro Manuel de Urrea tradujo en verso el primer acto; Juan de Sedeño, en 1540, la puso también en verso; Ortiz de Zúñiga hizo otra farsa en coplas; Mendoza una comedia, y Calderón, en su Carta al duque de Veragua, cita entre las suyas una que no se ha publicado, titulada también *La Celestina*. Romero Cepeda, en la *comedia Selvagia*, imitó y tomó muchísimo de *La Celestina*. Feliciano de Silva y Salazar compusieron segundas *Celestinas*; Gaspar Gómez una tercera; Juan de Junta en *Lisandro* y *Roselia* y Sebastián Fernández en la tragedia *Feliciana*, no hicieron más que copiar ó imitar la novela de Rojas.

El portugués Jorge Ferreira Vasconcellos en su *Eufrousiana*, Juan Rodríguez en la *Floriana*, y otros, la han imitado también.

LECCIÓN XXVII

LA HISTORIA Y LA DIDÁCTICA EN EL REINADO DE LOS REYES CATÓLICOS.

160. Hernando del Pulgar: su *Crónica de los Reyes Católicos* y los *Claros varones*.—161. El Cura de los Palacios.—162. El bachiller Palma.—163. Mosén Diego de Valera y Rodríguez de Almela: noticia de sus obras.—164. Escritores morales: Préxamo, Fr. Juan de Dueñas, Fr. Hernando de Talavera y otros.—165. La elocuencia sagrada y profana: sus principales representantes.—166. Epístolas más notables.

160. Los estudios clásicos, que tanta influencia tienen en la poesía y en la novela, la alcanzan también, y cada vez mayor, en la historia. Obsérvase esto en las dos especies de historiadores que escriben á fines del siglo xv; es á saber: los que cultivan la historia patria, en particular la de los Reyes Católicos, y los que escriben historias de otros pueblos.

Entre los primeros merece ser citado, en primer término, Hernando del Pulgar, hombre doctísimo, criado en la corte de los Reyes Católicos, en que desempeñó altos cargos, y que había ido á Francia, viniendo luego á Castilla, por mandato de la reina Isabel. Los mismos Príncipes le encargaron que escribiese la historia de su reinado, y él lo hizo gallardamente, con el título de *Crónica de los Reyes Católicos*. Dividió su libro en tres partes: la primera comprende todos los precedentes de aquel reinado; la segunda los ocho primeros años, y la tercera las empresas militares. El plan es bueno, y los hechos están expuestos con claridad y de manera interesante, siendo, además, el lenguaje elocuente y en ocasiones pintoresco. No puede negarse, sin embargo, que Hernando del Pulgar muestra excesiva afición á los clásicos, que le mueve

á llenar su crónica de arengas y discursos, como lo había hecho Tito Livio, teniendo un estilo que peca de amanerado é hiperbático.

Menos aparecen estos defectos en otro libro histórico del mismo autor, intitulado los *Claros varones de Castilla*. Es una colección de biografías de los hombres notables de aquel tiempo, y todo en este libro merece elogios [1]: el lenguaje, el estilo, lo animado y pintoresco de algunos pasajes y la artística exactitud de los retratos. He aquí cómo habla Hernando del Pulgar del famoso marqués de Santillana:

«D. Iñigo Lopez de Mendoza, marques de Santillana e conde del Real de Manzanares, e señor de la casa de la Vega...., fue hombre de mediana estatura, bien proporcionado en la compostura de sus miembros, e fermoso en las facciones de su rostro; de linage noble castellano e muy antiguo. Era hombre agudo e discreto, e de tan gran corazon, que ni las grandes cosas le alteraban, ni en las pequeñas le placia entender. En la continencia de su persona e en el razonar de su fabla mostraba ser hombre generoso e magnanimo. Fablaba muy bien, e nunca le oian decir palabra que non fuese de notar, quier para doctrina, quier para placer. Era cortes e honrador de todos los que a el venian, especialmente de los hombres de ciencia [2].»

161. No desmerece de Hernando del Pulgar el otro cronista de los Reyes Católicos, ó sea Andreas Bernáldez, conocido con el nombre de *Cura de los Palacios*. Su crónica de los Reyes Católicos carece, es cierto, de la elocuencia y altas cualidades literarias que tiene la de Hernando del Pulgar, y peca, por el contrario, de algún descuido en la dicción; pero hay en el libro del *Cura de los Palacios* una gran naturalidad y amable sencillez, con gran riqueza de pormenores, sin que

1 Son veinticuatro biografías, diez y seis de nobles y ocho de Obispos. Recuérdese que Fernán Pérez de Guzmán había escrito biografías en verso con el título de *Claros Varones*, y *Generaciones y Semblanzas* en prosa.

2 Hernando del Pulgar escribió, además, una Relación de los reyes moros de Granada, libro muy curioso, y una Crónica de Enrique IV, mencionada por Nicolás Antonio, que se ha perdido. Además, hizo un comentario de las *Coplas de Mingo Revulgo*, y escribió cartas muy buenas.

le falte erudición, lo mismo en geografía que en historia; de modo que es, por todos conceptos, interesantísimo.

162. Debe ser también citado el bachiller Palma, que, con el título de *Divina retribución*, escribió una historia que comprende desde el vencimiento de D. Juan I en Aljubarrota, hasta el triunfo de los Reyes Católicos en Toro sobre el rey de Portugal. El título, un poco extraño, de la obra ha sido causa de que algunos creyeran que no se trataba de un libro de historia; pero no es otra cosa la obra del bachiller Palma, que se propone en ella celebrar las glorias del reinado de los Reyes Católicos, y especialmente dicho triunfo de Toro, considerándole como una compensación de la Providencia por el anterior desastre de Aljubarrota. Este libro, inédito hasta hace muy pocos años [1], es muy digno de estima por lo natural, bello y pintoresco de su lenguaje, que únicamente peca algo de arcáico; y, cosa rarísima en las obras de aquel tiempo, no se ve en todo él la menor huella del clasicismo, siendo por tanto, español y cristiano.

163. Entre los historiadores que tratan de asuntos extranjeros, el más conocido es Mosén Diego de Valera. Alcanza el reinado de D. Juan II, y nació en Cuenca en 1412. Criado en la corte, fué trovador y luego moralista, y desempeñó fuera de España comisiones importantes, obteniendo distinciones en Francia y Alemania. D. Juan II le dió el título de *Mossen* y le hizo su maestresala; después fué procurador á Cortes, é intervino en las revueltas de aquella época, mostrándose entusiasta del advenimiento de los Reyes Católicos. Entre sus obras pueden citarse la *Genealogía de los reyes de Francia*, la *Defensa de las virtuosas mujeres*, el *Ceremonial de príncipes*, el *Tratado de armas* y otros varios tratados inéditos. El exceso de erudición afea á estos libros [2].

Mejor es la obra de otro autor de aquel tiempo, Diego

[1] Fué publicado por la Sociedad de Bibliófilos.

[2] Diego de Valera escribió una *Crónica abreviada de España*, que se ha publicado y que no tiene nada de original, limitándose á extractar las crónicas anteriores, y que además abunda en leyendas y tradiciones romancescas, que la dan un carácter poco serio y algo caballeresco.

Rodríguez de Almela, intitulada *Valerio de las Historias*. Tomando por modelo á Valerio Máximo, Rodríguez de Almela hace una abundante compilación histórico-anecdótica, procurando que cada uno de los capítulos de su libro tenga fin didáctico, religioso, moral ó político. Busca los asuntos en la Sagrada Escritura, en los historiadores clásicos y en los eclesiásticos de la Edad Media. El lenguaje tiene cierta gravedad y es sentencioso, abundando en máximas y refranes que la dan mucho valor filológico.—Las *Batallas Campales* es otro libro histórico de Almela, notable sólo por la erudición que tiene y que en su tiempo fué muy estimado. Este libro se divide en dos partes, hablando la primera de las batallas principales que se habían dado hasta el Cristianismo, y la segunda desde el Cristianismo hasta 1481.

Del mismo género histórico son algunas otras obras que escribió Almela, como el *Compendio istorial de las Crónicas de España*, obra inédita y que comprende desde el Diluvio hasta Enrique IV [1].

164. La prosa didáctica se cultiva asimismo con intento moral y religioso. No hay en este tiempo adelanto notable respecto de los anteriores. Abundan los libros devotos, algunos de no escaso mérito, como el *Lucero de la vida cristiana*, de Ximénez de Présamo, y el *Espejo de la consolación de tristes*, de Fr. Juan de Dueñas, á los cuales se pudieran añadir otros varios [2], así como un gran número de oradores religiosos. Mencionaremos singularmente al piadosísimo y docto Fr. Hernando de Talavera. Nacido en esta villa, de humildes padres, fué aficionadísimo á las letras y á la música. Desde su

[1] Alonso de Ávila, hijo de Alonso de Palencia, escribió las obras intituladas *Compendio universal de las Istorias romanas*, obra inédita, existente en la Biblioteca del duque Osuna, y *Roma real, consular, imperial y pontifical*, en la que muestra mucha erudición, citando al principio de ella los autores desde Platón hasta los Santos Padres. Alonso de Ávila, además, dió á luz Crónicas religiosas y profanas de la Edad Media.

[2] V. gr.: el *Tratado de herejía*, de Fr. Andrés Miranda; *Libro de las confesiones*, de Alonso de Orozco, y el *Vencimiento del mundo*, de Alonso Núñez de Toledo.

infancia pudo estudiar en Salamanca, favorecido por el señor de Oropesa; luego, ya sacerdote, dejó el mundo y se retiró á un monasterio en los revueltos tiempos de Enrique IV. La reina Isabel le nombró su confesor y le promovió al obispado de Ávila; asistió al sitio de Granada, y de esta ciudad fué Obispo quince años, obrando verdaderos milagros con su elocuencia y virtud, entre los moros y judíos. Nada omitió para lograr la conversión de los infieles, fundando cátedras de árabe y castellano, predicando y atrayendo por todos los medios á la Iglesia á toda clase de gentes, distinguiéndose por la caridad y amor con que trataba á los neófitos, de quienes era grandemente querido y respetado. Los sermones de fray Hernando de Talavera se distinguían por la sencillez, fervor y unción, apartándose de la corriente erudita que se seguía en aquel tiempo, y es lástima que se hayan perdido y no podamos apreciar debidamente aquella palabra cristiana y evangélica [1]. Pero nos quedan de él algunos tratados morales como el dirigido á doña María de Pacheco, exponiendo *Cómo ha de ocupar una señora el dia con provecho*, y el *Tratado del vestir, del calzar y del comer,* obra interesante y curiosa por más de un concepto. En ella reprende con severidad el docto religioso los vicios del lujo y gula, haciendo un vivo retrato de las malas costumbres de aquella época, siendo á veces un curioso tratado de Indumentaria y de otras artes [2].

165. La elocuencia profana, especialmente la política, dió ya sus frutos hacia fines del siglo xv. En un manuscrito de esa época se conservan varios discursos pronunciados en las Cortes ó en los Consejos de los Reyes, que nos muestran

[1] Sólo se conservan dos sermones, uno sobre la *Renovación del alma en Adviento,* y otro *acerca de San Juan Evangelista*, en forma de disertación, dirigido á la Reina Católica.

[2] He aquí un trozo en que habla del peinado de las mujeres: «Agora, demandando perdón á las honestas y cargando la culpa á la disolución de las otras (dueñas), comencemos de las cabezas. Casadas y por casar, se disuelven primeramente en criar y azufrar los cabellos, comenzando á representar el azufre de los infiernos y las vivas llamas de aquel terrible fuego luminoso, obscuro y negro en que han de arder con ellos. Ya descubren toda la cabeza, porque parezcan más los cabellos, ya la

ya formada la oratoria. Entre esos discursos merece citarse el del gran cardenal D. Pedro González de Mendoza, aconsejando al Rey Católico que no concediese al de Portugal las treguas que le pedía en Zamora. También es bueno el de Alonso de Quintanilla á los procuradores del Reino para que votaran la institución de las Hermandades. Estos y todos los discursos de aquella época son breves y sencillos; pero ya se apartan del lenguaje familiar y del estilo de la conversación, procurando adquirir las proporciones, y sobre todo el carácter y el tono de la verdadera elocuencia [1].

166. El género *epistolar* tuvo también notables cultivadores, conservándose preciosas cartas de la misma reina Isabel, de Colón, del cardenal Cisneros, de Hernando del Pulgar, de Gonzalo de Ayora y otros varios escritores de aquel tiempo. Las cartas de Hernando del Pulgar, dirigidas á la Reina, al cardenal Mendoza, al rey de Portugal y á otros personajes y Prelados, son muy notables por la viveza y concisión de estilo, en ocasiones elocuente. Pinta en ellas muy bien y en breves líneas las personas y los caracteres, y hay franqueza y libertad en sus juicios. Abunda en reflexiones y máximas; pero tiene el defecto de la erudición, en ocasiones inoportuna. La desmedida afición que muestra á la lengua latina dan al lenguaje un carácter que preludia el de los futuros culteranos. De la Reina se conservan algunas preciosas cartas dirigidas á Fr. Hernando de Talavera, que tienen el mérito singular de estar escritas con gran sencillez, aunque no sin viveza y calor en el estilo [2].

cubren con crespina de oro ó con alvanegas de seda muy sotilmente texidas é obradas, é con filetes levantados ó solamente llanos. Ya echan la ercucha de fuera y facen gran partitura, torciendo los cabellos y componiéndolos fasta cobrir las orejas é aun dejando algunas mechuelas fuera. Ya facen dellos diademas, ya los cogen en tranzados costosos é muy delgados, con cintas de oro é de seda liadas; ya se tocan cobriendo la cabeza toda y atrás partidura y descobriendo la media....»

[1] Estos discursos fueron recogidos por D. Manuel Lucas Avila, académico de la Historia. Algunos han sido publicados por el Sr. Amador de los Ríos en las ilustraciones al tomo VII de la *Historia de la literatura española*.

[2] He aquí un trozo de una carta de la Reina dirigida á Hernando de

Colón, como es sabido, escribió el diario de su viaje y algunas otras obras, entre las que figuran varias cartas dirigidas á los frailes, que le ayudaron; á los Reyes, etc. De una de ellas tomamos los siguientes párrafos:

«En este tiempo, e yo he visto, y puesto estudio en ver de todas escrituras, Cosmografia, Historia, Coronicas y Filosofia y de otras artes, a que me abria nuestro Señor el entendimiento con menos papable a que era hacedero el navegar de aqui á las Indias; y me habria la voluntad para la ejecución dello y con este fuego vine á V. A. Todos aquellos que supieron de mi empresa, con risa la negaron burlando: todas las ciencias de que dije arriba non me aprovecharon, ni la abtoridad de ellas; en solo V. A. quedo la fe y constancia. ¿Quien dubdaba que esta lumbre non fuese del Espiritu Santo? Asi como a mi, el cual con rayos y claridad maravillosa consoló con su santa y sacra escritura a vos muy alta y clara, con cuarenta y cuatro libros del Viejo Testamento, y cuatro evangelios, con veinte y tres epistolas de aquellos bienaventurados apostoles, avivandome que yo prosiguiese.....................

»La Santa Escritura testifica en el Testamento Viejo, por boca de los profetas y en Testamento Nuevo por nuestro Redentor Jesucristo, queste mundo a de haber fin; las señales de quando esto a de ser dijo Mateo, Marco y Lucas; los profetas abondosamiente tambien lo habian predicado..

Talavera sobre el atentado contra el Rey, por parte de Juan de Cañamaque, en Barcelona: «Despues, al salir del seteno dia, vino tal accidente de calentura y de tal manera, que ésta fué la mayor afrenta de todas las que pasamos, y esto duró un dia y una noche, de que yo digo lo que dixo Sant Gregorio en el ofiçio del sabado santo, mas que fue noche del infierno: que, creed, padre, que nunca tal fue visto en toda la gente, ni en todos estos dias: que ni los oficiales hazian sus oficios, ni persona hablaba una con otra: todos en romerias y procesiones y limosnas, y con mas priesa de confesar que nunca fue en semana sancta: y todo esto sin amonestacion de nadie.... Quiso Dios, por su bondad, auer misericordia de todos.... de manera que ya el se levanta (el Rey) y anda aca afuera, y mañana, placiendo a Dios, cabalgará por la ciudad á otra casa, donde nos mudamos. Ha sido tanto el placer de verle levantado cuanta fue la tristeza; de manera que a todos nos ha resucitado. No se como sirvamos a Dios esta gran merced; que no bastarian otros de mucha virtud a servir esto, ¿qué haré yo que no tengo ninguna?.... Y esta era una de las penas que yo sentia: ver al Rey padescer lo que yo meresçia, no meresçiéndolo él que pagaba por mi. Esto me mataba del todo....»

»Acuerdese V. A. de los Evangelios y de tantas profecias que nuestro Redentor nos fizo y cuan esperimentado esta todo. San Pedro, cuando salio del mar andovo sobrella, en cuanto la fe fue firme. Quien toviera tanta fe como un grano de panizo, le obedeceran las montañas; quien toviere fe demande, que todo se le dara : pusad y abriros han; no debe nadie temer a tomar qualquiera impresa, en nombre de nuestro Salvador, siendo justa y con sana intencion, para su santo servicio; a cuantos catalanes socorrio despues que vido la prueba della : acuerdense V. A. que con poco dinero, tomaron la impresa deste reino de Granada. La determinacion de cada cosa la deja nuestro Señor á cada uno en su albedrio. Bien que a muchos amoneste, ninguna cosa le falta que sea en el poder de la gente para darsela. ¡Oh que Señor tan bueno que dice que faga la gente, conque le sea el a cargo! De dia e de noche e de todos momentos le debrian las gentes dar gracias de devotisimos. Yo dije arriba que quedaba muy poco por cumplir de las profecias y digo que son cosa grande en el mundo y digo que la señal es que nuestro Señor da preso en ello...»

LECCIÓN XXVIII

LITERATURA POPULAR.

167. Desarrollo de la literatura popular en este período : sus varias formas.—168. Los romances : noticia de los incluidos en el Cancionero general.—169. Condiciones y clases de romances.—170. Refranes : colección de Santillana.

167. La Literatura popular española de la Edad Media es, en gran parte, desconocida, porque los doctos la despreciaron desde el momento en que empezó el cultivo de la literatura provenzal, clásica é italiana.

Nuestros primeros monumentos, aunque interesaban á toda clase de personas, especialmente el poema del Cid, son de carácter eminentemente popular, por la rudeza y desaliño

de sus formas, y ser el asunto enteramente nacional y patriótico. La poesía popular es grandemente rica y varia, y sus límites indeterminados, porque no hay separación completa, y menos en España, entre el pueblo y las clases ilustradas. Como dice un autor extranjero [1], «una nación, compuesta en gran parte de emigrados, que habían preferido su libertad á la riqueza...., no podía conceder grandes distinciones á la fortuna....; en una cabaña se podía hallar al héroe que había ganado una batalla... La dignidad castellana, que se observa hasta en el mendigo, el respeto del hombre, sea cualquiera su posición social, data sin duda de esta fecha».

Como hemos dicho ya en otras ocasiones, poesía popular es toda composición que expresa en formas y lenguaje sencillos, ideas, sentimientos y costumbres de la generalidad, aunque la escriban hombres doctos: y al propio tiempo, es poesía popular la producida espontáneamente por las clases humildes, siempre dotadas de ingenio y siempre deseosas de expresar en cantares rudos y fáciles sus deseos y sus esperanzas, sus creencias y supersticiones, su vida toda, en una palabra. En tal sentido, la poesía popular comprende, lo mismo el refrán ó proverbio que la copla amorosa, el cantar piadoso ó el romance histórico y tradicional. Desgracia fué que, haciéndose cortesana la poesía nacional española, despreciasen los doctos á los cantores populares, á quienes llama *ínfimos* el marqués de Santillana [2]. Sus versos, aunque conservados en parte por la tradición oral, se fueron perdiendo poco á poco; y al llegar la Edad Moderna, son escasos los que se conservan genuinamente en su primitivo estado; y, sin embargo, la exuberante fantasía del pueblo español, la multitud de fiestas y sucesos en que el pueblo intervino, las mismas supersticiones, heredadas del gentilismo, ó implantadas por los árabes y hebreos, todo ello dió ocasión á que se manifestase en gran manera el ingenio poético de nuestro pueblo, según lo testifican de varias maneras los documentos coetáneos. Por ellos sabemos que la costumbre de celebrar los entie-

[1] Sismondi: *Literaturas del Mediodía.*

[2] Carta al condestable D. Pedro de Portugal.

rros con lúgubres cantares, entonados por las *endechaderas*, se perpetuó hasta bien entrada la Edad Moderna, á pesar de las repetidas prohibiciones eclesiásticas: también se celebraban de igual manera las *bodas* con cánticos populares, que ya se llamaban *epitalamios*, en loor de los desposados. La ya citada *Crónica* del condestable Iranzo menciona esta costumbre, viéndose que los juglares, no sólo animaban las fiestas de los grandes, sino también las del pueblo, entreteniendo con cantos, bailes y juegos á las muchedumbres, en plazas y mercados, no sin daño de la moral pública, muchas veces.

También es indudable que las supersticiones, las artes mágicas y adivinatorias, tan repetidamente prohibidas por nuestros reyes y concilios, y fustigadas por nuestros escritores, habían arraigado en el pueblo y trascendido á las clases altas, dando asimismo ocasión á versos y cantares supersticiosos. Los juegos de la infancia, los oficios y labores del campo, la marcha ó el regreso de los que iban en peregrinación ó á la guerra; eran otras tantas fuentes de poesía popular, como también los triunfos de los ejércitos cristianos contra los árabes, y los cambios ó advenimientos al trono de los príncipes.

168. De todo ello hay vestigios en muchos libros de los siglos XIV y XV, siendo además extraordinaria la riqueza de la poesía en *villancicos* y *cantares* relativos á todos los sentimientos y crencias de la vida, habiéndolos religiosos, satíricos, eróticos y de mil maneras; pero la forma más importante de nuestra poesía popular son los *romances*. Pocos se conservan anteriores al siglo XVI, viéndose en ellos que no se había fijado todavía la forma del romance, pues los hay aconsonantados. El Cancionero general de Hernando del Castillo, publicado en 1511, no contiene más que 37 romances; pero es indudable que en aquella época el número era muchísimo mayor, y que muchos de los romances posteriores que conocemos son antiguos, refundidos por los poetas del siglo XVI.

169. El testimonio del marqués de Santillana, aunque despreciativo para los romances, prueba, no ya la existencia, sino la popularidad de esta forma, la cual iba adquiriendo cada día más crédito para con los poetas cortesanos, dado que

algunos, como Diego de San Pedro y Diego de Burgos, los mencionan con aprecio, diciendo el primero, al celebrar las excelencias de las mujeres, que *por ellas se asuenan las dulces canciones, y por ellas se cantan los lindos romances.* Los asuntos que principalmente celebraban los romances anteriores al siglo XV eran históricos y caballerescos. Muchos de los que se conservan relativos al Cid, á los infantes de Lara, y otros sucesos de la Reconquista, pertenecen indudablemente á los siglos XIII y XIV, y asimismo los que se refieren á Carlo Magno y los doce pares de Francia. Los libros de música [1] publicados en el siglo XVI, insertan, con el título de *romances viejos*, varias de estas composiciones, y la *Crónica* escrita en tiempo de Enrique IV, publica un fragmento del famoso romance que empieza:

«Rey don Sancho, rey don Sancho.»

Además de los versos, componía el pueblo la música de estos romances, y de su boca la tomaron los autores de los libros á que hacemos referencia. Todo ello muestra que, á pesar del desprecio de los doctos, en el siglo XV se generalizaba el romance, que acaba por vencer y por imponerse, contribuyendo á la formación de nuestro gran teatro.

Difícil es hacer una buena clasificación de los romances, y más en este período; pero es indudable que los hay, como queda dicho, *históricos* y *caballerescos*, y á ellos pueden añadirse los *moriscos*, los *novelescos*, los *religiosos*, los *mitológicos* y los *eróticos*. Los *moriscos* nacieron en la guerra y conquista de Granada, por el interés que despertaba entre los españoles todo lo que se refería al último baluarte del Islamismo y á las guerras civiles entre zegries y abencerrajes. Los *religiosos* nacían naturalmente del sentimiento católico del pueblo español, nunca debilitado; y así las demás clases de romances. Todas ellas tienen, en general, excelen-

[1] Francisco Salinas, *De Música;* Diego Pisador, *Libro de música de vihuela;* Luis de Milán, *Libro de música*, etc.

tes cualidades poéticas, distinguiéndose por la naturalidad, la sencillez, la viveza del sentimiento y la energía de la expresión: condiciones que, por excepción, tenía la poesía docta de el siglo XV; y el desaliño y rudeza que en ocasiones muestran los romances, no logran amenguar, cuanto menos desvirtuar, sus verdaderos y grandes méritos.

Muchas tradiciones populares encuentran en los romances expresión adecuada y bellísima; teniendo, en ocasiones, interés verdaderamente dramático, y aun trágico y sombría grandeza: así son, por ejemplo, los romances de *Delgadina*, del *Conde Alarcos*, del *Conde Claros*; y otras muchas veces el drama ó suceso trágico se expone en breves palabras y con envidiable y discretísima sobriedad, como el famoso romance *Blanca sois, señora mía.* Por otra parte, ningún poeta erudito ha sabido expresar tan pintoresca y vivamente como los romances, los hechos relativos á Rodrigo Díaz de Vivar y otros héroes de la Reconquista. Creemos, además, que si los últimos tiempos del reino granadino aparecen hoy con tan poéticos colores, se debe á la imaginación de nuestros poetas populares, que supieron embellecer é idealizar las postrimerías de un poder enemigo y vencido.

Algunos de estos romances son de autores conocidos, como uno de Juan de la Encina en la toma de Granada, que empieza dirigiéndose á Boabdil:

«¿Qué es de ti desconsolado?
¿Qué es de ti, rey de Granada?»

Juan de Leiva, Alonso de Cardona, Garci-Sánchez de Badajoz, Luis de Castelbí, el bachiller Alonso Pabeso, el comendador de Ávila y otros muchos escritores del siglo XV compusieron romances de varios asuntos, que existen en el *Cancionero general*; y por la importancia y popularidad que iba teniendo esta forma poética, otros muchos también componen *glosas* de los romances antiguos. Así, por ejemplo, la poetisa Florencia Pinar, en tiempo de los Reyes Católicos, glosaba el romance *Rosa fresca, rosa fresca;* Tapia glosaba el bellísimo de

Fonte frida, fonte frida [1], y Luis de Vivera, Nicolás Nuñez y otros varios hacían asimismo glosas de los romances antiguos [2].

170. Á la literatura popular pertenecen también los refranes, formas sentenciosas de la experiencia de los pueblos; los hubo y los hay en todos ellos. Aristóteles los llamó *reliquias de la antigua sabiduría.* Muchos son obra de los doctos; pero no logran la verdadera categoría de refranes, hasta que entran en la corriente popular, en la cual se distinguen de las sentencias ó proverbios ó máximas, que abundan en los libros de muchos autores ilustres en varias literaturas. El refrán propiamente dicho, es una sentencia anónima, breve y sencilla, expresiva de una verdad ó de una idea ó aspiración del pueblo. Los hay de muchas clases y condiciones: religiosos, políticos, morales,

[1] He aquí el romance *Fonte frida, fonte frida:*

«Fonte frida, fonte frida,
Fonte frida y con amor,
Do todas las avecicas
Van tomar consolacion,
Si no es la tortolica,
Que está viuda y con dolor.
Por ahi fuera a pasar
El traidor del ruiseñor,
Las palabras que le dice
Llenas son de traicion
—Si tu quisieses, señora,
Yo seria tu servidor.
—Vete de ahi, enemigo,
Malo, falso, engañador,
Que ni poso en ramo verde,
Ni en prado que tenga flor,
Que si el agua hallo clara,
Turbia la bebia yo;
Mas no quiero haber marido,
Porque hijos no haya, no:
No quiero placer con ellos,
Ni menos consolacion;
Dejame triste, enemigo,
Malo, falso, mal traidor;
Que no quiero ser tu amiga,
Ni casar contigo, no.»

[2] Véase el *Cancionero general.* Ha sido reimpreso por la Sociedad de Bibliófilos.

didácticos, etc., y los hubo en la literatura castellana desde muy al principio. Ya existen en la literatura hispano-latina, como se ve en las crónicas y en los versos anteriores al siglo XII; y en el poema del Cid y en otros libros escritos por aquel tiempo, aparecen multitud de refranes en castellano, que siguen los progresos de la lengua y versificación. Los refranes están siempre en verso más ó menos correcto y bien medido, y son, en tal concepto, una prueba de la espontaneidad y universalidad de la versificación y de las grandes ventajas del verso como medio mnemotécnico. Aristóteles dice que en algunos pueblos las leyes se llamaban *cantilenas* porque eran escritas en verso para que no se olvidasen; y esta condición de versos da á los refranes la vida y la perpetuidad que de otra manera no tendrían.

Es tal la variedad de versificación que hay en los refranes españoles, que Sarmiento [1] sostuvo, no sin visos de razón, que nuestros metros vienen de los refranes.

El marqués de Santillana hizo una colección de los refranes castellanos que se usaban en su tiempo, queriendo *conservar los dichos de las viejas tras el fuego*; es una colección muy curiosa, que se imprimió ya en 1508 [2]. Allí están, entre otros muchísimos, los refranes siguientes:

De ocho sílabas: *Dádivas quebrantan peñas; bien ama quien nunca olvida; á pan duro, canto agudo; no hay atajo sin trabajo; mal me quieren mis comadres, porque digo las verdades.*

De siete sílabas: *Las manos en la rueca, los ojos en la puerta; la mala lengua suena, la fama mala mata.*

De seis sílabas: *Ni mozo mocoso, ni potro sarnoso; no hay bien conocido, fasta que es perdido; no es por el huevo, sino por el fuego.*

De cinco sílabas: *Antes que cases, cata qué faces; bien canta Marta, quando está harta; allí van leyes, do quieren Reyes* [3].

[1] *Memorias para la historia de la poesía.*

[2] La reimprimió Mayans en sus *Orígenes de la lengua castellana.*

[3] Este refrán se formó en tiempo de Alfonso VI, según parece, por haber mandado admitir el *Breviario* romano, aunque el mozárabe ó gótico triunfó de la prueba del fuego.

Los refranes fueron aumentando, y se han hecho, hasta el siglo actual, otras colecciones, de que hablaremos oportunamente; y, como hemos dicho en otro lugar, los extranjeros reconocen la belleza y la riqueza de los refranes españoles [1].

LECCION XXIX

LITERATURA DRAMÁTICA.

171. Elementos dramáticos durante este período.—172. Rodrigo de Cota. —173. Verdadero fundador del teatro: Juan del Encina.—174. Lucas Fernández.—175. Consideraciones generales.

171. Al reinado de los Reyes Católicos corresponde también el principio del teatro nacional. Ya sabemos que antes, y de antiguo, se representaban en las iglesias ciertas obras de carácter dramático en las principales festividades, y que fuera del templo hubo otras representaciones profanas más ó menos formales. De éstas no queda más que la noticia en las *Crónicas* y libros de la época. Dícese que el valenciano D. Domingo Maspons compuso, con motivo de la coronación del rey D. Martín el Honesto, en 1394, una representación alegórica intitulada *L'omme enamorat et la fembra satisfelta*, así como algo más tarde (en 1414) compuso D. Enrique de Villena otra poesía para festejar la entrada en Zaragoza del mismo Príncipe, en la cual intervienen la *Justicia*, la *Verdad*, la *Paz* y la *Misericordia*; pero esta última no parece que tuviese carácter dramático, sino que era una serie de coplas ó versos en alabanza del Rey. En Castilla, en el reinado de D. Juan II y siguientes, abundaban las *danzas*, torneos, justas y otras fiestas en que muchas veces intervenía el canto y el recitado, de que fácilmente se pasaría á la acción; y los

[1] V. *Literatura general*, lec. 35, pág. 230.

escritores coetáneos hablan de representaciones de *entremeses* y *momos*, diciendo la *Crónica de D. Alvaro de Luna*, que este magnate festejó en 1422 en Tordesillas al Rey con *entremeses*. En la *Crónica de D. Juan II* se refiere que en 1436 hubo en Soria fiestas de *juglares* y *acciones cómicas* con motivo de la visita del Rey á su hermana la reina de Aragón, y lo propio sucedió en Briviesca, donde el conde de Haro, el marqués de Santillana y el obispo D. Alonso de Cartagena fueron á visitar á la infanta doña Blanca, desposada con D. Enrique.

Además, hay otros indicios que permiten asegurar que se habían generalizado las representaciones en el siglo XV, puesto que el obispo D. Alonso de Cartagena [1] menciona los *entremeses* y los *momos*, diciendo que aquéllos podían ser representados por los caballeros, y no así los *momos*. Los *entremeses* entonces eran alegóricos, y vinieron de Francia: los *momos* no eran otra cosa que restos de los antiguos *mimos* y *atelanas* del teatro pagano. Por otra parte, la *Crónica* del condestable Iranzo, de que ya hemos hablado, da noticias de representaciones de carácter popular y profano, y de carácter sagrado, refiriendo al pormenor algunas de ellas, hechas en el mismo palacio del Condestable con no escaso aparato.

172. No se ha conservado la letra de ninguna de estas representaciones, y sólo hay algunas poesías dialogadas que pueden considerarse como dramáticas, pero que tal vez no serían representadas; v. gr.: la famosa *Danza de la muerte*, escrita en el reinado de D. Pedro el Cruel, y las coplas de *Mingo Revulgo*, en el de Enrique IV [2]. Más carácter dramático tiene el *Diálogo entre el amor y un viejo*, obra de Rodrigo de Cota, á quien se atribuyen también las *Coplas de Mingo Revulgo*. Empieza extrañándose el *Viejo* de la visita del *Amor*, que se le presenta, y discuten largamente, resistiendo el Vie-

[1] *Doctrinal de caballeros*: en la obra monumental de Arqueología española editada por el Sr. Dorregaray, se da noticia de este libro.

[2] En las poesías de todo el siglo XV, hay multitud de ellas dialogadas, como la de Diego Bías, *Contra Fortuna*, los *Diálogos* de Ferrán Moxica y su amada, algunos de Juan de Dueñas y otros muchos.

jo los halagos y promesas que el Amor le hace, hasta que se deja por fin vencer de ellas. He aquí una muestra del diálogo:

AMOR. «Á la habla que te hago,
¿Por qué cierras las orejas?
VIEJO. Porque hieren las abejas
Aunque llegan con halago.
AMOR. No me vayas atajando,
Que yo lo que quieres quiero.
VIEJO. Ni me estés tu halagando,
Que aunque agora vienes blando
Bien se que eres embustero.
AMOR. Escucha, padre, señor,
Que por mal trocaré bienes,
Por ultrajes y desdenes,
Quiero darte gran honor:
Así que estás tan dispuesto
Para me contradecir,
Así me tengo propuesto
De sufrir tu duro gesto
Por traerte á mí servir.
VIEJO. Ve de aquí, pan de zarazas,
Vete, carne de señuelo,
Vete, mal cebo de anzuelo,
Tira alla que me embarazas.
Reclamo de pajarero,
Falso cerro de ballena,
Soy ya viejo marinero,
No me venzo así ligero
Del cantar de la sirena.
AMOR. Tu rigor no dé querella
Que mancille tu bondad,
Y pues tienes justedad,
Sigue los caminos della.
Al culpado, si es ausente,
Le llaman para juzgar;
Pues ¿por cuál inconveniente
Al inocente presente
No te place de escuchar?
VIEJO. Habla ya, di tus razones
Di tus enconados quejos;

Pero dímelos de lejos,
El ayre no me inficiones:
Que segun sé de tus nuevas,
Si te llegas cerca mí,
Tu farás tan buenas pruebas,
Que el ultraje que ahora llevas
Ese lleve yo de ti.
.....................»

173. Pero el iniciador del teatro español es, según el testimonio de todos sus coetáneos, Juan del Encina ó de la Encina, de quien ya hemos hecho mérito, con la circunstancia de que empezaron las representaciones de las obras de este ingenio el mismo año que fué conquistada Granada y descubierto el Nuevo Mundo, como dice entusiasmado el poeta y representante Agustín de Rojas [1]. Méndez Silva, en su *Catálogo real de España,* dice también que en 1492 se empezaron á representar la obras de Juan de la Encina, añadiendo que por *compañías*, lo cual ya no es probable, porque las representaciones de Juan de la Encina las hizo él mismo en los palacios del almirante de Castilla y de los duques del Infantado. En el *Cancionero* de Juan de la Encina hay doce composiciones, que él llamó églogas por respeto y amor á Virgilio, cuyas poesías bucólicas había traducido como sabemos. Seis de dichas composiciones son religiosas y seis profanas, las primeras, diálogos muy sencillos para representar en algunas fiestas. En las églogas profanas hay un poco más de movimiento dramático [2]. Una, que no tiene título, se refiere á un escudero que se torna pastor por amores de una pastora, Pascuala, que por él desprecia al pastor Mingo, el cual se aviene á servirlos. La otra trata de dos pastores que se tornaron palaciegos á petición del escudero, que se cansaba de la vida de pastor. Ambas están escritas en versos octosílabos, con villancicos de pie quebrado. Como muestra del diálogo

[1] Véase *Viaje entretenido*, Loa de la Comedia.

[2] *El auto del repelón* es una escena pintoresca en el mercado de Salamanca, con burlas y una refriega entre estudiantes y pastores.

de Juan de la Encina, véase el siguiente trozo de la segunda de las representaciones citadas:

MINGO. «Cata, Gil, que las mañanas
En el campo hay gran frescor,
Y tiene muy gran sabor
La sombra de las cabañas.
Quien es duecho de dormir
Con el ganado de noche,
No creas que no reproche
El palaciego vivir.
¡Oh que gasajo es oir
El sonido de los grillos
Y el tañer los caramillos!
No hay quien lo pueda decir.
Ya sabes qué gozo siente
El pastor muy caluroso
En beber con gran reposo,
De bruzas agua en la fuente,
Ó de la que va corriente
Por el cascajal corriendo,
Que se va toda riendo:
¡Oh que pracer tan valiente!
Pues no te digo, verás
Las holganzas de las bodas;
Mas pues tú las sabes todas
No te quiero decir más.
GIL. Anda que acá gozarás
Otras mayores holganzas;
Otros bailes y otras danzas
Del palacio aprenderás.
MINGO. Hora yo quiero probar
Este palacio á qué sabe,
Siquiera porque me alabe
Si volviera á mi lugar,
Y el hato quiero mudar
Antes que otra cosa venga,
É tu ¡mia-fe! también, Menga,
Encomiénzate á dusnar.
MENGA. Cata que yo no sabré
Ser para ser del palacio.

PASCUALA. Calla que desque haya espacio,
Yo Menga te mostraré,
Y el rostro te curaré,
Porque mudes la pelleja,
É te pelaré la ceja:
Muy gentil te pararé.

MENGA. Pascuala, desa manera
Antes me darás gran quiebra.
¡Que mude como culebra
Los mis cueros! ¡Tirte á huera!

PASCUALA. No pienses tu compañera,
Que son estas cueras crudas,
No son sino blandas mudas
É una cosa muy ligera.

MENGA. Hora que por ti me creo,
É quiero pues Mingo quiere,
Ser en todo lo quel fuere
Quel es todo mi deseo.

....

GIL. Cata, cata, cata, Mingo,
¿Eres tú quien estos días
Como nunca te vestías
Ese hato algún domingo?

MINGO. Nuevamente me lo cingo.

GIL. ¡Qué buen capuz colorado!

MINGO. Y el jubón es bien chapado:
Hora daré buen respingo.

GIL. ¿É tú vienes en juvón?
Toma, toma este mi sayo;
Que otro tengo que aquí trayo.

MINGO. No lo quiero, compañón,
Que tiene muy gran mangón.

GIL. Calla, calla, ques al talle.

MINGO. Dome á Dios, que no me halle;
paresceré frailejón.

GIL. ¿Quiéreslo?

MINGO. Que no lo quiero.

GIL. Mira si quieres.

MINGO. Porfiar.

GIL. No te hagas de rogar:

MINGO. Muchas gracias, compañero.

No es aqueste buen apero;
Sí, que bien estoy así,
Por tu vida, Gil, me di:
¿No parezco así escudero?
GIL. Por mi vida, Mingo hermano,
Que estás así gentil hombre», etc. etc.

Todavía tiene Juan de la Encina otras obras dramáticas de más importancia, y son la égloga de *Fileno, Zambardo y Cardenio* y la de *Plácida y Victoriano*. Estas composiciones son muy distintas de las anteriormente citadas, y revelan la mala influencia de los autores paganos, y tal vez de las muchas comedias italianas que ya conocería Juan de la Encina en su estancia en Roma. En la de *Fileno*, éste refiere á sus amigos Zambardo y Cardenio las penas que siente por *Cefisa*, y no pudiéndolo remediar ellos, se suicida. En la de *Plácida y Victoriano* [1] viene ella primero llena también de pasión, después Victoriano triste porque tiene que dejarla y no puede. Habla de ello con Sulpicio su amigo, que le aconseja sirva á Fulgencia y así se curará, pero él decide ir á buscar á Plácida, enterándose de que fué á un bosque á matarse, según le dice un pastor. Va con Sulpicio, y la halla en efecto muerta junto á una fuente, queriendo entonces matarse él, lo cual impide Venus, que se aparece y resucita á Plácida. Esta intervención de la mitología, esta falta de sentido moral en las dos obras mencionadas, los nombres enteramente clásicos de *Fileno* y *Zambardo*, todo muestra que Juan de la Encina se deja llevar de la imitación de los autores gentílicos, contribuyendo á que se introdujese en el teatro español el mal espíritu que el italiano tenía, y del cual, por fortuna, le libraron más tarde nuestros grandes dramáticos. Así en el teatro como en los demás géneros literarios, se ve, y veremos confirmado cada vez más, que si la influencia italiana pudo ser ventajosa en cuanto á las formas y al lenguaje, resultó deplorable en cuanto al fondo, por lo mucho que torcía y pervertía las corrientes del espíritu nacional.

[1] Esta égloga se creía perdida, pero existe en la Biblioteca de Salvá, cuyo *Catálogo* da noticias del argumento.

174. Contemporáneo y paisano de Juan de la Encina fué otro poeta dramático, hasta hace poco desconocido, Lucas Fernández [1], de quien hay muy escasas noticias. Se conservan de él seis piezas dramáticas y un diálogo para cantar [2]: á una le da el nombre de *comedia;* á dos las llama *farsas ó cuasi comedias;* á otras dos *autos,* que son los que se refieren al Nacimiento y á la Pasión del Señor, y llama *égloga ó farsa* á la otra, relativa también á la fiesta de Navidad; denominaciones que no obedecen á principios fijos ni á formas rigurosamente determinadas, y son más bien arbitrarias en el autor, excepto la de *auto,* que siempre se dió á las composiciones de índole religiosa. Tres de ellas son religiosas y tres profanas. De las primeras, dos se refieren al Nacimiento del Salvador, y la otra es el auto de la Pasión, escrito con sencillez, y no sin sentimiento, según explica el argumento el mismo autor: «El primer introductor es San Pedro, el qual se va lamentando a facer penitencia por la negacion de Cristo. El poeta finge toparse con San Dionis, el cual viene espantado de ver eclipsarse el sol y turbarse los elementos y temblar la tierra, sin poder alcanzar las cosas por sus reglas de Astronomia; e despues entra Isai y despues Jeremias y finalmente entran las tres Marias».

De las representaciones relativas al Nacimiento del Salvador, una tiene bastante viveza en el argumento y variedad y movimiento en el diálogo; se introducen en ella cuatro pastores: el primero (Pascual) empieza quejándose de los temporales, y doliéndose del estado de los ganados y frutos de la tierra; para consolarse se pone á almorzar, llamando á su compañero Lloriente, al que encuentra dormido, y lo despierta, poniéndose así á jugar con él. Estando entretenidos en el juego, viene Juan, sin aliento, á darles cuenta de que ha nacido el Salvador.

Les dice que ha oído la voz de los ángeles del cielo que

[1] La Academia Española publicó en 1867 las obras de Lucas Fernández, con un erudito prólogo de D. Manuel Cañete.

[2] Se publicaron en 1514 con el título de *Farsas y églogas al modo y estilo pastoril y castellano*, fechas por Lucas Fernández, salmantino.

cantaban el Nacimiento del Salvador, hablando luego todos de las profecías que anunciaban el maravilloso suceso, y animándose á ir á Belén.

Lloriente. «Vamos, vamos á adorar
La Madre de aquel gran Rey
Que nos viene á dar la ley
Para vernos de salvar.
Juan. Esta es Virgen singular,
Es la virgen de Lesse.
¡Oh fuente viva de fe!
¡Oh clara estrella del mar!
¡Quién te alcanzará á loar!
....
Pedro. Vamos vella, y más no cantar.
Pascual. ¿Cómo hemos de avallar
Sin que algo le llevemos?
Pedro. Para que luego le demos;
Yo le entiendo de donar
Un pato muy singular.
Lloriente. Pues yo un muy gordo cabrito.
Pascual. Yo un cordero y un chorlito....
Pedro. No dejemos el ganado
Que lo llevarán de robo.
Juan. No, que el cordero y el lobo
Han de pacer en un prado,
Y ha de andar apacentado
El león con la obeja,
Y el cabrito y la vulpeja
Han de comer de un bocado.......»

De las obras profanas, una, llamada comedia (primera vez que este nombre se aplica en España á una producción dramática), pinta los amores de *Bras Gil,* que viene á buscar á *Belinguella;* y cuando ya se han puesto de acuerdo y se marchan cantando, aparece Juan *Beneito*, abuelo de la muchacha, y la emprende á garrotazos con *Bras;* pero entra su vecino Miguel *Zurra,* y le aplaca, concertándose la boda de los amantes.—En otra presenta una doncella que, requerida de amores por un caballero, deja á un pastor que la sirve, para

irse con aquél; el pastor, después de desahogarse con algunas descortesías y de recibir los correspondientes palos del caballero, se aviene á servirlos.—En la tercera, otro pastor *Pravos*, se lamenta de sus penas amorosas; viene un soldado y otro pastor, *Pascual*, que riñen, poniéndolos en paz el enamorado, llamando luego todos á la zagala *Antona*, y casándose los amantes. Estas composiciones están escritas en redondillas de pie quebrado, y hay en ellas facilidad en el diálogo, y los caracteres aparecen ya algo delineados. En la riña que tienen Pascual y el soldado, dice:

PASCUAL. «Esa es vida de holgazanes,
Aquesa es vida sin ley,
No teméis á Dios ni al Rey,
Andáis hechos ganapanes,
Sin vergüenza y sin concencia
Con hemencia;
Alzáis todo lo mal puesto,
Mostráis muy fiera presencia
Sin resistencia;
Tal vivir es deshonesto.

PRAVOS. Andáis de aldea en aldea
Comiendo de guadrimaña;
Quién más puede más apaña;
Vivís de garabatea.

PASCUAL. Gallinas, pollos ni pollas
Ni las ollas
No escapan de vuestras manos,
Tocino, vino, cebollas,
Bollos, bollas,
Los huevos hueros y sanos.

SOLDADO. No tratéis desa manera
Á los pobres compañeros,
Que con falta de dineros
Se suel atrever quien quiera.

PASCUAL. Y atreveisos á hurtar
Y á robar,
Y á comer sudor ajeno,
Pues si digo el blasfemar
Y reñegar

Todo el mundo teneis lleno.
SOLDADO. Pues no hacemos tanto mal,
Que no hagamos algun bien,
Que á la gran Jerusalen
Imos asentar real.
....
PASCUAL. Sois milanera y langosta
Por las tierras donde vais.
¡Mía fe! Todo lo dejais
Agostado á poca costa.......»

175. Lucas Fernández dialoga con naturalidad y facilidad, y emplea en ocasiones palabras groseras que afean sus obras, pero no se resiente de influencias extrañas. En sus versos no hay el menor asomo de clasicismo, ni tampoco de conceptismo trovadoresco: es en tal sentido más español que su coetáneo Juan de la Encina. Por lo demás, no hay gran diferencia entre uno y otro: sencillos ambos en sus argumentos, apenas si pueden llamarse dramáticos; pero el diálogo escénico se muestra ya muy bien formado en sus obras, que algo tienen también, sobre todo las de Lucas Fernández, de pintura de los caracteres, como queda dicho. Llama la atención que las composiciones de ambos ingenios se refieran siempre á pastores y aldeanos; y es tanto más de extrañar, cuanto que algunas se escribieron para ser representadas en los palacios de los magnates. En nuestro sentir, esto puede atribuirse á la escasez de medios escénicos de aquella época y á la imitación virgiliana; porque habiendo empezado Juan de la Encina llamando églogas á sus obras dramáticas y poniendo por personajes á los pastores, continúa haciendo lo mismo Lucas Fernández y muchos de los primeros poetas dramáticos. También es de advertir que el primitivo teatro italiano, del que algo pudo tomar Juan de la Encina, según queda indicado, no trataba tampoco sino de asuntos populares y grotescos, por ser así la tradición pagana de los *mimos*, pues que las mismas obras de Plauto y Terencio, y en general de todos los poetas cómicos de la antigüedad, carecían de dignidad y nobleza, y se referían casi siempre á la pintura de vicios y costumbres corrompidas.

16

El mismo Aristóteles decía en su *Poética* que la comedia era la imitación de los peores, así como la tragedia de los mejores; y estos recuerdos y esta influencia italiana y clásica fueron, sin duda, causa de que en nuestro primitivo teatro predominasen las farsas grotescas ó populares y no apareciesen en escena más que personas humildes, lo cual, por otra parte, bastaba para el solaz y entretenimiento de los espectadores, encantados ya con la novedad del sencillo espectáculo.

LECCION XXX

LITERATURA CATALANA.

176. Relaciones entre Cataluña y la Provenza. — 177. Carácter de la literatura provenzal: tribunales de amor. — 178. Su influencia en el condado de Barcelona. — 179. Trovadores catalanes en lengua provenzal. — 180. Poetas en lengua catalana. — 181. Raimundo Lulio. Noticia de otros poetas. — 182. Lulio como novelista: *Blanquerna*.

176. La literatura catalana está unida en sus principios á la provenzal de tal manera, que forma una sola con ella. La Provenza, región que se extiende entre Italia y España, al Sudeste de Francia, gozó de relativa tranquilidad en los siglos medios, y fué independiente desde el IX. La lengua, como todas las neo-latinas, nació del latín corrompido y vulgar, mezclado con los idiomas de los bárbaros; pero se formó con alguna anterioridad al italiano y al español. Se llama también lengua de *oc,* y se hablaba al Sur del Loira, que fué territorio conquistado por los borgoñones y visigodos; así como se llama lengua de *öil,* ó de *oui,* la que se hablaba al Norte de ese río, donde habían dominado los francos. La lengua *d'oc,* que, por sus relaciones con los árabes de España y los italianos, se distinguía cada vez más de la lengua *d'öil,* fué el *Lemosín,* idioma de los trovadores; así como la de *öil,* en que predominó el normando y el franco, fué la lengua de los troveras.

Bosón, en 879, fué coronado rey de Provenza en Arlés; y en su dinastía continuó este país hasta que doña Dulce, hija de Filiberto, casó en 1113 con D. Ramón Berenguer III, conde de Barcelona. Las dulzuras de la paz, la licencia que en todas partes trajo consigo el feudalismo, los recuerdos paganos, más vivos en aquella comarca que en las demás naciones de Europa, tan alteradas por las invasiones de los bárbaros, y la relaciones con los árabes de España, todo contribuía á que se formase en Provenza una poesía particular, que no se parece á ninguna otra; que no es clásica, y que de los trovadores tomó un carácter predominantemente erótico.

177. Había allí, en el siglo XI, varios príncipes independientes; los condes de Provenza, los de Tolosa, los duques de Aquitania, los condes de Foix, y los delfines del Vienés y Auvernia, en cuyos Estados vivían, además, multitud de señores, dueños ó soberanos de alguna provincia, ciudad ó castillo. En todas esas regiones la licencia de costumbres dió un colorido especialísimo á la poesía de los trovadores; siendo el amor tema obligado de sus versos, como asunto predominante en la vida social; llegando á constituirse los famosos *tribunales de amor*. En estos tribunales, la señora de la comarca ó del castillo, rodeada de otras damas, presenciaba combates poéticos entre los caballeros que cantaban alternativamente: terminaba la disputa, deliberándose luego sobre el fondo de la cuestión y el mérito de los poetas. Allí, en aquellas cortes, los poetas tomaban parte en las fiestas, recitando versos ó contando cuentos, y recibiendo en premio vestidos ó caballos; logrando que los señores se aficionasen á la poesía, que, en recompensa, celebraba sus combates y sus amores. Muchos de estos poetas provenzales, que con sus versos hallaban acceso en las moradas de los señores, eran de ínfima clase: Macabrú, que cantó la empresa de Almería, era expósito; Perdigón, pescador; Aimeric, hijo de un trapero; y todos ellos alternaban con los condes, barones y príncipes, especialmente después que éstos se aficionaron á la poesía. Todos tenían sus amores, alguna vez platónicos, pero la mayor parte de ellas criminales y adúlteros, de que se originaban

desdichas y catástrofes [1]; y á veces se incurría en verdaderas extravagancias y locuras, como la de Pedro Vidal, que tomó, ya en edad avanzada, el nombre de *Lobo,* y cubriéndose de pieles anduvo por los montes, haciéndose cazar para complacer á una dama de Carcasona que se llamaba la Loba de Penantier.

De este estado social resultó una poesía rica de forma; pobre y en ocasiones abominable de fondo; las palabras *amor* y *poesía* llegaron á ser sinónimas; y el arte de trovar se llamó *leyes de amor,* llegándose á formar un *código de amor,* en que se elevaba á ley todo delito contra la moral y contra las costumbres. Las poesías provenzales tenían varios nombres, distinguiendo la *canción,* el *verso,* el *serventesio,* que es el género histórico-político; el *descort,* versos desiguales; la *tensión,* diálogo; la *albada ó serena,* canto de la mañana; la *pastorela,* y otras varias [2].

178. Con ocasión del casamiento de doña Dulce de Provenza con el conde de Barcelona, acudieron á Cataluña multitud de trovadores, de muchos de los cuales se conservan versos. Ya en el reinado de Alfonso II (1162-96), escribieron Pedro Rogier, Pedro Ramón de Tolosa y Aimeric de Peguilain. Poco después estalló la guerra de los albigenses. Eran estos sectarios, que tomaron su nombre de la ciudad de Albi, en Provenza, enemigos de todo orden y todo lazo social y religioso; y tan grande fué la corrupción de costumbres que allí hubo, y tales las doctrinas que se predicaron, que el Papa Inocencio III declaró contra ellos una cruzada, que capitaneó Simón de Monfort. La guerra fué terrible y sangrienta, terminando con la derrota de los albigenses, en cuyo partido formaban la mayor parte de los trovadores provenzales, como apegados á la licencia y al desenfreno; y, á consecuencia de la derrota, se desparramaron por los otros países, viniendo á Aragón y Cataluña, cuyo rey Pedro II había favorecido la

[1] El señor de Coucy hizo comer á su esposa el corazón de Guillermo de Cabestainh.

[2] Uno de los trovadores, Aimeric Peguilain, se burlaba de estas distinciones.

causa de la herejía peleando y muriendo por ella en la batalla de Muret, en 1213. Entre los trovadores que vinieron en tiempo de Pedro II se cuentan á Hugo de Saint-Cyr, Azemar el Negro, Pons Barba, Raimundo de Mirabal, Perdigón y Folquet; y en tiempo de D. Jaime (1213-76), Guillermo Ametller, Nat de Mons, Arnaldo de Plagues, Mateo de Quercy, Bernardo de Robenhach y Sordello. Escribieron los primeros elogios al Rey, y los dos últimos sátiras contra él; Perdigón y Folquet también habían escrito en contra de Pedro II, así como en su favor ó elogio los otros poetas de su reinado; es decir: en estos primeros tiempos, los poetas provenzales que había en Cataluña componían principalmente elogiando ó vituperando á los príncipes.

179. Al mismo tiempo empezaron á escribir los catalanes, pero lo hacían en lengua provenzal, hermana siempre de la suya, y entonces idéntica. El primer trovador catalán de que se conservan versos es Berenguer de Palasols, hacia 1113, en tiempo de Ramón Berenguer IV. El rey D. Alfonso II sostuvo una *tensión* con Borneill, y escribió unas estrofas *(cobles)* á su dama. El rey D. Pedro II también tuvo otra *tensión* con Borneill. De D. Pedro III se conserva una poesía dirigida á un trovador, diciendo que no tiene miedo á Felipe el Atrevido, que venía contra él; en otra, que también parece suya, duda de la victoria, y dice que Dios se la dé á quien tenga mejor derecho.

Escriben también en provenzal otros muchos, como Giraldo de Cabrera, Severí de Girona, Hugo de Mataplana, Guillermo de Bergadan y Ramón de Besalú.

Hugo de Mataplana floreció en el reinado de D. Pedro II, á fines del siglo XII, y principios del XIII; era noble y celebraba cortes de amor y brillantes fiestas en su castillo, y escribió también poesías, algunas de las cuales se conservan.

Ramón Vidal de Besalú ó Besandum fué coetáneo y protegido de Mataplana. Entre sus poesías hay varias novelitas cortas, de asuntos eróticos, que pecan de licencia é inmoralidad. Una de ellas es el *Celoso castigado*, á quien su mujer, fingiendo no conocerle, le hace dar de palos mientras huye con

un amante. Pero Ramón Vidal de Besalú escribió, además, la *Drecha manera de trovar*, en que expone las reglas deducidas de las obras de los trovadores, teniendo en tal sentido verdadera autoridad como gramático. Guillermo de Bergadan es más licencioso y obsceno que todos los otros trovadores catalanes. Matador de Ramón Foulquet de Teudona, fué odiado de todo el mundo, y el rey D. Jaime le confiscó los bienes. Sus versos son casi todos repugnantes por su obscenidad y por su procacidad, como uno en que insulta al obispo de Urgel. La única excepción entre los que escribió es una poesía que hizo con motivo de la muerte de Mataplana, con quien había tenido un duelo.

Debe decirse, en honor de la verdad, que no todos los poetas catalanes eran así; Serverí de Girona, que vivió en los reinados de Jaime y Pedro III, es poeta de carácter moral y didáctico.

Mosén Jordi, criado de D. Jaime, escribió por este tiempo versos de que apenas quedan vestigios; pero tuvo gran importancia y fama, y el mérito, no reconocido pero indudable, de haber inspirado algunas de las canciones de Petrarca [1].

También escriben poesías serias D. Fadrique, el de Sicilia, y Pons Hugo, conde de Ampurias; el primero, amenazado por los napolitanos y franceses, se dirigió desde Sicilia á la nobleza catalana pidiendo su auxilio, y Pons Hugo le responde patrióticamente; y ya en adelante la poesía en Cataluña, un tanto emancipada de la provenzal, se hace seria, religiosa y patriótica.

180. Esta tendencia representan principalmente los poetas que escriben ya en lengua catalana. El principal de ellos es

[1] Así lo afirma y prueba Beuter en su *Crónica general de España y especialmente del reino de Valencia*, empezando por decir que Italia había de contradecirle. He aquí sus palabras: «Pues quiero que sepan que como el Virgilio hurtó á Homero y Hesiodo y á otros griegos, según Aulo Gelio y Macrobio largamente tratan, así el Petrarca se aprovechó y hurtó de las obras de un nuestro caballero valenciano, que fue casi cien años primero que el Petrarca escribiese, y usó sonetos y sestiles y terceroles en nuestra lengua valenciana lemosina: y aunque pudiese poner aquí muchas pruebas desto que escribo, tengo que

el famosísimo Ramón Lull, ó Raimundo Lulio, nacido en Palma de Mallorca en 1235; fué en su juventud caballero galanteador, como tantos otros de su tiempo; pero habiendo osado penetrar en una iglesia en pos de una dama, ésta le mostró su pecho destruido por una horrible llaga cancerosa, y el galán se volvió á Dios, convirtiéndose en apóstol infatigable de la fe. Ramón Lulio, muy diversamente juzgado como filósofo, tuvo una vida por demás agitada, recorrió la mayor parte de Europa, visitó los Santos Lugares, y terminó gloriosamente sus días martirizado por los moros. Su objeto constante fué acabar con Averroes y Aristóteles, sustituyendo su filosofía por una que él inventó y que expuso en algunas obras[1]. Como poeta escribió mucho también, pero no se conservan las poesías de sus desvaríos juveniles, aunque sí muchas de su vida religiosa. Entre ellas las principales son: *Els cent noms de Deu; Lo pecat de N' Adam; Lo desconort; A la Verge Sancta Maria; Lo plant* y *Las horas de Nostra Dona,* etc., etc.

Las mejores, por su sencillez y naturalidad, son las dirigidas á la Virgen, y la más importante es el *Desconort* (desconsuelo). La escribió en 1295, y se refiere al desvío con que era mirado su arte general, y á lo poco que se atendía á su proyecto de restaurar el Santo Sepulcro. Está hecha en forma de diálogo entre Raimundo y un ermitaño, diciendo cada uno una

abastara lo que aqui quiero poner porque se sepa la verdad del negocio, con este ejemplo:

DICE PETRARCA

Pace non trovo, e non hó da far guerra;
E volo soprál ciel, e giaccio in terra;
E nulla stringo, e tutto 'l mondo abraccio.
Ed ho in odio me stesso; ed amo altrui
Se amor non è, che dumque e quel ch'io sento?

DICE MOSEN JORDI CABALLERO

E non he pau, e non tinch quim guarreig
Vol sobrel cel, e nom movi de terra
E no estrench res, e tot lo mon abras
Hoy he de mi, e vull altri gran be.
Sino amor, dons açó ¿que sera?

[1] Las principales son el *Ars magna* y el *Arbor scientiæ*.

estrofa, y éstas son de doce versos monorrimos de catorce sílabas, lo cual da al poema, que tiene cerca de mil versos, excesiva monotonía.

181. Otros poetas escribieron también en catalán, como el cronista Ramón Muntaner, autor de un *Sermó* á D. Juan II en 1324 al prepararse para la expedición de Cerdeña. Está, como el *Desconort* de Raimundo Lulio, en versos de catorce sílabas, repartidos en estancias de veinte que tienen el mismo consonante. Da en él consejos sobre el modo de hacer la expedición, al infante que había de dirigirla, y termina pidiendo á los oyentes que recen tres *Pater noster.*

El infante D. Pedro también fué poeta; y en la coronación de su hermano D. Alfonso IV (1327) se cantaron serventesios, sentencias y canciones suyas, de tendencia didáctica, sobre la significación de la corona, los deberes del rey y otros asuntos análogos, según dice Muntaner, y algunos de carácter alegórico en que intervenían la justicia, la paz, la verdad y la misericordia: lo que dió motivo á Moratín y otros críticos á suponer que tenían carácter dramático. Por último, el rey D. Pedro IV hizo también versos morales y didácticos.

De todos estos poetas, el que propiamente, á juzgar por las composiciones que se conservan, merece tal nombre, es Raimundo Lulio: los demás, no son sino versificadores, y alguno, como Muntaner, bastante prosaico.

182. Raimundo Lulio, además, fué novelista, y compuso una notable obra intitulada *Blanquerna*, en la cual presenta el modelo ó tipo ideal de todos los estados en que puede hallarse el hombre. Blanquerna deja á su amada para hacerse ermitaño, y llega á canónigo, obispo, cardenal y Papa, mientras su amada entra en religión y llega también á abadesa; y sus padres, dando sus bienes á los pobres, son dechado de virtudes cristianas en el matrimonio. Este libro, que tuvo, sin duda, presente D. Juan Manuel para escribir el suyo *de los estados,* merece elogios por más de un concepto, aunque su interés dramático no es grande; pero hay en él excelentes pinturas y episodios notables, pudiendo considerarse como una serie de cuadros que abarcan toda la vida, especialmente la religiosa.

LECCION XXXI

DECADENCIA DE LA LITERATURA PROVENZAL.

183. Causas de la decadencia de la literatura provenzal: principio de los juegos florales.—184. Trovadores catalanes.—185. Ausías March.—186. Otros poetas.—187. Cultivadores de la historia en Valencia y Cataluña.—188. Escritores didácticos: Raimundo Lulio.

183. Por este tiempo había decaído extraordinariamente la literatura provenzal, como queda indicado, siendo la guerra de los albigenses, no la única, ni tal vez la principal causa de ello, aunque sí de la dispersión de los poetas. Era, como sabemos, una poesía monótona, frívola, irreverente, y queriendo renovarla los magistrados de Tolosa, fundaron en 1323 la *Sobre gaya companhia dels sets trovadors de Tolosa* ó *Academia del gay saber*, la cual publicó una carta en prosa y verso, convocando para el 1.º de Mayo de 1324 á todos los poetas que quisieran disputar con alegría de corazón la violeta de oro. Este es el principio de los famosos juegos florales, que con alguna interrupción se han perpetuado hasta nuestros días. En la primera de aquellas fiestas, ganó el premio Arnaldo de Castelnadaury, en una poesía á la Virgen, cosa ya rara tratándose de la poesía provenzal. En España, á fines del mismo siglo, D. Juan I, que sucedió á Pedro IV, su padre, en 1387, envió, por consejo de D. Enrique de Aragón, un embajador á Carlos VI de Francia, pidiéndole que pasasen á Barcelona algunos poetas de Tolosa y fundasen una institución análoga, viniendo, en efecto, dos en 1390, y se fundó en Barcelona el *Consistorio de la gaya sciencia,* título con el cual escribió D. Enrique un tratado poético. Trasladados así á Cataluña los juegos florales, protegidos por algunos reyes

como D. Martín, sucesor de D. Juan, y más tarde D. Fernando el Honesto y D. Alfonso V, floreció mucho la poesía catalana, hasta que, unidas las coronas de Aragón y Castilla, predominaron en el Principado la lengua y la poesía centrales, acreditado, por otra parte, este triunfo, por la mucha mayor importancia y riqueza de la literatura castellana.

184. Los trovadores que en esta época se distinguen, son James March, Rocaberti, Jordi de San Jordi, Luis de Vilarasa, Valmayna, Mallol, Fogasot, Guerau, Pere Torrella y algunos otros, como Farrer, Aulesa, Andreu Febrer, y el más notable de todos Ausías March [1]. Estos trovadores catalanes se distinguen de los que florecen en Castilla por el mismo tiempo, en que en ellos predominan sobre el provenzalismo las influencias clásicas é italianas; pero en general son eróticos, aunque no faltan composiciones de índole religiosa, y algunas de carácter heroico. Entre estas últimas merece citarse el *Romans de Rodas*, obra de Farrer, en que pinta los conflictos de aquella ciudad é isla asediada por los turcos. También hay una poesía catalana notable, de autor anónimo, que algunos atribuyen al mismo Farrer, expresando el dolor y pesadumbre que produjo en la Europa cristiana la caída de Constantinopla. Aparte de estas producciones de carácter heroico, la más notable es quizá el poema *Triunfes de Nostra Dona*, de Aulesa, quien, como otros muchos poetas españoles de todas las regiones, consagraba los mejores acentos de su lira para ensalzar á la Madre de Dios. Esta tendencia seria y religiosa de la poesía catalana, la distingue de la provenzal; y, por otra parte, la poesía italiana, que ya había producido al Dante y Petrarca, y la literatura clásica, que era ya conocida en esta época, influyen aún más que el provenzalismo propiamente dicho en los escritores catalanes. Uno de ellos, Andreu Febrer, tradujo, terceto á terceto, la *Divina Comedia* del Dante, y Valmayna se inspiró en los clásicos, siendo ambos justamente señalados entre muchos; pero el más notable

[1] De todos estos poetas existían composiciones en un Cancionero que está en París, y de que dió noticias el obispo Torres Amat en sus *Memorias para formar un diccionario de autores catalanes*.

de los poetas catalanes del siglo xv es el trovador petrarquista Ausías March, como hemos dicho.

185. Ausías March, nació en Valencia, no se sabe el año, ignorándose también el de su muerte: floreció en el reinado de Alfonso V. Sus poesías son todas amorosas, siendo la dama de sus pensamientos una doña Teresa Boux ó Momboi; á pesar de lo cual fué casado dos veces y ninguna con ella. Algunos críticos españoles, como el ilustre Saavedra Fajardo, han pretendido que Petrarca imitó al poeta valenciano; pero lo contrario es la verdad, porque Petrarca había ya muerto, probablemente antes de nacer Asías March. Sabido es que Petrarca, poeta dulcísimo y rimador incomparable, escribió multitud de canciones y sonetos amorosos, pero con carácter de espiritualista y metafísico, que abundan en sutilezas y carecen de verdadero sentimiento. Este es el defecto de Ausías March; el cual tuvo, sin embargo, gran crédito en los pasados siglos y es aún hoy muy elogiado de sus paisanos. En Castilla se hicieron dos traducciones de las obras de Ausías March [1]. Divide sus versos en *Canticas de amor*, que son 93, y añade luego las canticas *moral, espiritual* y *de muerte,* cuyo asunto también es amoroso. Para nosotros es indudable que, aunque tuviera alguna verdad la pasión de Ausías March por doña Teresa (lo cual no se conforma mucho con sus dos matrimonios), esta señora fué más bien para su cantor un tema poético que otra cosa. Los versos de Ausías March tienen dulzura y alguna vez sentimiento; mas en general carecen de esta última condición y les falta aquella naturalidad y aquella viveza, signos indudables del sentimiento verdadero. Ausías March discute, filosofa, analiza, pero no expresa verdaderas emociones. Compara lo que pasa en su alma, combatida por el amor, con lo que ocurre á un rey que pierde dos de tres ciudades, y dice que á él le ha quedado una sola de las potencias de su alma; y otras veces hace comparaciones de medicina ó de historia, aplicadas siempre á lo que á él le ocurre con la pasión que canta; la cual pinta, por otra parte, exenta

[1] Una en 1539 por D. Baltasar de Romani, y otra en 1588 por Jorge de Montemayor.

de groseros apetitos y alimentándose sólo por la contemplación de las perfecciones del ser amado y con su propio sentimiento, llegando á comparar este estado de su alma á quien sólo satisface el amor, con el estado del mismo Dios, á quien no puede satisfacer cosa alguna del mundo. Es grande el abuso de comparaciones; unas veces dice que está como el que ha trabajado para su hijo, cuando éste muere y pierde por ello cuanto ha reunido, y que así está él desde que ha perdido á su dama; otras, se compara con el que necesita curarse de una enfermedad con agua fría para tener calor; otras, con el padre que se ve obligado á separarse de sus hijos; otras, con el que ha tenido alegrías en sueños y despierta con ese vano pensamiento; otras, con el que es condenado á muerte y espera luchando entre la esperanza y el desaliento; y así, en una palabra, sutilizando cuanto puede en el análisis del amor que canta. Esto contradice lo mismo que el poeta pretende probar; pues quien esté poseído de sentimiento no pone tanta atención en las cosas exteriores para aplicarlas retóricamente á lo que ocurre en el interior de su alma.

En cuanto al estilo y lenguaje, no puede negarse que tiene Ausías March grandes méritos, si bien la versificación peca de monótona, pues están sus canciones repartidas en estrofas iguales de versos de once sílabas, pero con cesura uniforme, quedando dividido el verso en dos partes, una de cuatro y otra de siete [1].

186. En esta época florece un grupo de poetas, valencianos como Ausías March; pero que escriben en su propio dialecto, y no en la lengua castellana: los principales son Jaime Roig, autor de un *Libro de les consells ó de les dones,*

[1] He aquí una estrofa del canto 45:

«Amor en mi, no fa gran maravella,
Fermant les leys, en temps passat passades,
Mas per lonch, temps heren ja oblidades,
Per mi amor, son poder tornant, sella.
Axi com Deu, miracles vol mostrar
Perquels, juheus fermament lo creguessen
Faent parlar los muts equels cechs vessen
Amor li plau que perda lo parlar.»

que es una sátira contra las mujeres, escrita en versos cortos.

Ruiz de Corella, se distingue por sus imitaciones de Ovidio. Gazul y Moreno pueden también citarse, especialmente el último, por su sátira en verso, titulada *Lo proces de les olives.* Mas famoso que casi todos ellos es Joanot Martorell, por su famosa novela caballeresca *Tirant lo blanc*, *Tirante el Blanco.* Este es uno de los pocos libros que se libraron de la quema de los de *Don Quijote*, y su argumento es más racional, natural y humano que los libros de caballería, y no hay sucesos maravillosos. Se refiere á un príncipe, nieto del duque de Bretaña, que después de luchar y vencer á los nobles señores de la corte del rey de Inglaterra, se dirige á dar auxilio á los griegos contra el Gran Turco, cuya escuadra acomete y destruye, obligándole á retirarse y pedir la paz. Luego se enamora de la hija del Emperador; pero antes de hacerla su esposa, muere el esforzado caballero, á quien pueden no sobrevivir, por el dolor que les causa su pérdida, el Emperador y su hija.

187. La *Historia* y los demás géneros de prosa didáctica tampoco carecieron de ilustres representantes en Valencia y Cataluña. Es el primero que merece honrosa mención el rey D. Jaime el Conquistador, que escribió su propia historia con el título de *Crónica ó Comentari*, aunque se ha dudado que la obra le pertenezca realmente; pero sobre que el Rey mismo lo afirma, ninguno que no fuera él se hubiera atrevido á hablar con la ingenuidad y sencillez con que él lo hace de las turbulencias de su minoridad y los sucesos de su propia Casa. La *Crónica* de D. Jaime es, en este concepto, interesantísima, no sólo por los pormenores de todo aquel reinado, sino por el relato de los más importantes sucesos militares y religiosos que hubo entonces, tales como la conquista gloriosísima de Mallorca y Valencia, los preparativos de la Cruzada que D. Jaime intentó, el Concilio ecuménico de Lión y otros hechos semejantes [1].

[1] También pertenece á D. Jaime el *Libro de la Saviesa* (Sabiduría), obra de carácter didáctico-oriental, que es extracto del *Bonium* y del *Poridad de poridades*, que por aquella misma época había compilado D. Alfonso X de Castilla; pero hecho en vista de los originales.

Á ejemplo del Rey, cultivan la historia en Cataluña otros varios, siendo los principales Desclot y Muntaner. Desclot escribió la *Crónica del Rey Don Pedro III* [1], llamado el de los franceses, por los sangrientos sucesos de Sicilia. Desclot habla primero de la situación y sucesos de los mudéjares de Valencia, contando por orden cronológico la empresa de Berbería, las famosísimas Vísperas Sicilianas y la gloriosísima expedición marítima de Roger de Lauria, comprendiendo su libro otros muchos sucesos de aquel reinado. La obra es metódica y grave, pero poco animada y pintoresca. Muntaner, en su *Crónica,* comprende el tiempo que media desde D. Jaime á D. Alfonso IV, ó sea de 1208-327, todo lo relativo á los primeros tiempos hasta la muerte de D. Pedro III. Es frío y monótono, pero en la última parte, en que refiere la legendaria expedición de aragoneses y catalanes á Oriente, de la cual fué testigo y actor, su estilo se anima y su lenguaje se enardece, pintando con fidelidad y animación las incomparables hazañas de Roger de Flor y sus compañeros, y las terribles catástrofes que malograron tan heroica empresa.

El rey D. Pedro IV también escribió unas *Memorias,* que son la continuación de Muntaner, y comprende desde 1339 á 1380. Es sencillo y grave.

En el siglo xv escriben en valenciano *Tomich, Tourel* y *Miguel Carbonell,* que en sus *Croniques de Espana* conserva las citadas *Memorias* de D. Pedro IV.

188. Raimundo Lulio pertenece más bien á la historia de la ciencia que á la literatura; pero no puede omitirse su nombre, siquiera por su excepcional importancia y su asombrosa fecundidad. Escribió 486 tratados sobre todas las materias: Teología, Lógica, Metafísica, Matemáticas, Química, Astronomía, siendo su obra más importante el *Ars magna* ó *Arbor scientiae,* especie de compendio de toda su doctrina, que explica mediante los símbolos de un árbol [2], tomando por fuente de todas las cosas las raíces, el tronco, las ramas, hojas y frutos. En la introducción da reglas generales para

[1] La titula *Croniques ó conquistes en Çatalunya,* ó *Llibre del re en Pere.*
[2] Divide su libro en diez y seis partes.

toda la ciencia, estableciendo nueve principios trascendentales (voluntad, gracia, etc.); nueve instrumentales (diferencia, concordancia, etc.); nueve sujetos (Dios, ángeles, arcángeles, hombre, etc.); nueve cuestiones sobre todas las cosas (si es, qué es, de qué es, etc.), y por este medio, que peca de metódico y artificioso, quiere hallar cuanto á Dios se refiere sobre tales asuntos y materias, reduciéndolo todo á grupos de número 3 y sus combinaciones, y explicándolo bajo el simbolismo del árbol; por ejemplo : el árbol imperial trata de la política, el tronco es la representación del príncipe ; los brazos, los barones, etc., etc., y las flores las virtudes del príncipe. No nos toca hablar aquí del mérito filosófico de Raimundo Lulio, muy variamente juzgado, según dijimos; pero no puede negársele un entendimiento poderoso y una fuerza de fantasía verdaderamente excepcional, como lo prueba ya el intento de querer reducir todas las ciencias y conocimientos humanos á la unidad : hermosa utopía, que sólo veremos realizada en la vida ultraterrena, contemplando todas las cosas en Dios [1].

[1] Hay otros escritores didácticos en Cataluña, como el Rabbí Heuda, que hizo una colección de dichos de filósofos; Francisco Jiménez, autor del *Cristiá*, libro de moral, que tiene multitud de apólogos. Raimundo Sebunde, autor de una *Teología natural* y un *Tratado de los caracteres*, obra cristiana muy notable, y el famoso médico Arnaldo de Vilanova.

LECCIÓN XXXII

LITERATURA GALAIGO-PORTUGUESA.

189. Orígenes de la lengua y la literatura galaico-portuguesa.— 190. Primeros monumentos literarios escritos en esta lengua: *poema de la Cava;* canto de Hermíguez; *canto de los Figueroas.*—191. Observación sobre la versificación gallega.—192. Primeros trovadores: D. Dionis y su corte.—193. Influencia de Castilla. —194. Principales poetas del siglo xv: el infante D. Pedro; D. Pedro el Condestable y otros escritores.—195. Gil Vicente.

189. La lengua gallega se formó al mismo tiempo, y tal vez un poco antes, que la castellana, y es también neolatina; pero las diferencias de raza se advierten en ella más que en otras comarcas de España, por la relativamente larga dominación de los suevos en Galicia y la insignificante de los árabes. También es causa de algunas diferencias la pronunciación, que siempre varía, según el clima y demás condiciones geológicas; pero la lengua gallega resulta un castellano contraído, siendo forzosa la contracción y desapareciendo muchas veces los sonidos importantes, por lo cual es muy dulce y melosa, suprimiendo muchas consonantes, especialmente en medio y fin de la palabra, diciendo, v. gr., *ceos* por cielos, *naçao* por nación; y no tiene *ll,* empleando en su lugar la *ch.* Estas y algunas otras particularidades son efecto, además de lo indicado, de la influencia francesa, mayor en el gallego que en el castellano. Sabido es que Galicia fué erigida en condado independiente por Alfonso VI, que se lo cedió á una de sus hijas, casada con el francés D. Enrique de Borgoña; y las peregrinaciones al sepulcro del Apóstol Santiago daban un gran contingente de voces extranjeras, y especialmente francesas, por la gran concurrencia de peregrinos de

ese país. El gallego y el portugués, que aún hoy son idiomas hermanos con estrechísimas relaciones, eran al principio un mismo idioma, como reconocen aún los escritores de Portugal. Duarte Núñez de León, en su libro *sobre los orígenes de la lengua portuguesa*, dice terminantemente, hablando de éste y el gallego: «As quaes ambas eran antigamente cuasi una mesma, nas palabras, nos diptongos e pronunciaçao que as outras partes d'Hespania nao tem». La independencia política de Portugal, sus mayores relaciones con Inglaterra y el cultivo literario, han ido separando el portugués del gallego, dejando á este idioma reducido casi á la condición de un dialecto suyo; pero la lengua gallega es indudablemente la madre del portugués, pues que la Reconquista viene de Norte á Sur, y á medida que las armas cristianas iban penetrando en Portugal, entraba allí el idioma hablado por los reyes de Asturias y León.

190. Se ignora cuál es el primer documento escrito en la lengua gallega. Está desechada como una fábula inverosímil la pretensión del portugués Faria y Sousa relativa á un supuesto poema del tiempo de la dominación árabe; pero el mismo Faria y Sousa ha conservado una canción de Gonzalo Hermíguez y Egas Moñiz, caballero del reinado de Alfonso I en el siglo XII. También se conserva una estrofa relativa á la *Cava ó pérdida de España*, que algunos escritores modernos suponen el más antiguo de los escritos en la lengua galaico-portuguesa.

El *Poema á la Cava ó pérdida de España*, tiene por argumento la conocida leyenda de los amores del rey Rodrigo con Florinda; cuyo padre, para vengar la deshonra de ésta, incita á los árabes á que atraviesen el Estrecho, y en la célebre batalla del Guadalete deserta de las banderas del Rey, y se pasa á los árabes, que obtienen la victoria. Respecto á su antigüedad no están conformes los autores: Faria y Sousa [1] supone que se escribió hacia 1050; Sarmiento combate esta antigüedad; Besada [2] la supone del siglo XII, porque en esta época

[1] *Comentarios á las rimas de Camoens.*
[2] *Historia crítica de la literatura gallega.*

se descubrió una lápida en Viseo (Portugal), que decía: *Aquí reposa Rodrigo, último rey de los godos;* y es natural que esta lápida despertase la ya borrada memoria de Rodrigo y sus desgracias, contribuyendo á que se formase el poema. La razón no es muy fuerte; pero el poema debe ser antiguo, á juzgar por su rudeza. Sólo ha llegado á nosotros una estrofa que está en versos de arte mayor; cosa que no deja de llamar la atención, porque en Castilla no se usó dicho verso hasta mucho tiempo después; pues aunque hay alguno suelto del siglo XIII, la verdad es que sólo en el siglo XV se generaliza y aparece esta clase de versificación.

El *Canto de Gonzalo Hermíguez* (ó Gonzalo Hermínguez) pertenece, sin duda, al mismo tiempo, aunque tampoco están los críticos de acuerdo respecto á la época en que se escribió: Faria [1] supone que el autor vivía en 1090; Sarmiento [2] niega su antigüedad; Valera [3] hace á Hermíguez caballero de la corte de Alfonso Enríquez. Lo mismo Valera que Sarmiento hacen referencia á un Alfonso Enríquez el primero, y un conde D. Enríquez el segundo, que no puede ser más que el mismo; pues la historia no nos da noticia de un conde, después rey de Portugal, sino Alfonso I, que reinó hasta 1185: luego Hermíguez y su poema son del siglo XII. Si á esto se agrega que el argumento del poema es un asalto que dió Hermíguez á los moros en Alcázar de Sal, y precisamente D. Alfonso Enríquez, según nos dice la historia, dió la batalla en Cabezas de Reyes, junto al río Palma, aquel *que se engruesa de tal suerte, que cuando llega al mar y al golfo salaciense, cerca de Alcázar de Sal, tiene hondo bastante para navegarse* [4] (esto es, cerca de Alcázar de Sal, ó tal vez en el Alcázar de Sal); hay que admitir que Gonzalo Hermíguez acompañó al rey á la batalla que se dió en 1139, y que, por lo tanto, no pudo componerse este poema antes del siglo XII. El poema, pues, se escribió en el siglo XII, y su argumento es como sigue:

1 *Europa portuguesa.*
2 *Memoria para la historia de la poesía.*
3 *Disertaciones y juicios literarios sobre el Amadís de Gaula.*
4 MARIANA: *Historia de España*, tomo III.

En el Alcázar de Sal vivía una hermosa mora, de la cual se prendó Gonzalo Hermíguez, que determinó robarla; y, al efecto, aprovechándose de las fiestas y descuido con que estaban los moros, una mañana de San Juan los asaltó y se apoderó de la hermosa Fátima, que así se llamaba la mora; hazaña que le valió el nombre de Tragamoros. Habiéndola convertido al cristianismo, la llamó Oriana, y se casó con ella; pero á poco, la convertida murió, y el caballero marchó á la Peña Pobre, en donde pasó el resto de sus días transformado en ermitaño.

Egas Moñiz es el Macías del siglo XII; y, según la leyenda, floreció en el reinado de D. Alonso I de Portugal. Entre las damas de la reina doña Mafalda existía una, doña Violante, de la que se enamoró Egas Moñiz, siendo correspondido. Así pasaron días hasta que, volviendo él de la guerra, adonde había ido, la encontró casada, de lo cual Moñiz sintió gran pesadumbre, dedicándose á componer versos; pero como esta tarea le entristeciese más de lo que estaba, marchó otra vez á la guerra, de la cual volvió sano, y al poco tiempo murió de tristeza. Entonces la dama empezó á padecer un remordimiento por la muerte del doncel, y puso fin á sus días con un veneno.

Besada, que ha investigado la genealogía de este autor, dice que fué hijo de Muniño Hermíguez y de Minaña, y que contrajo dos veces matrimonio. Respecto de la época en que floreció, afirma Valera que Egas Moñiz vivió en tiempo de Alonso Enríquez (1094-1185); pero Costa Silva lo niega, fundándose en la diferencia que existe entre las poesías de Hermíguez y las de Egas.

Besada dice que es del siglo XII, porque Egas Moñiz tuvo un hijo que fué el segundo de los maestres de Avis (fundación del último tercio del siglo XII), y el mismo autor niega también la leyenda de su vida, sobre todo que estuviese Egas enamorado de doña Violante, dama de la reina Mafalda; porque, según dice Mariana, en 1139 falleció Egas Núñez, que es este Moñiz, y en el mencionado año tuvo lugar la unión de D. Alfonso con doña Mafalda: luego no pudo tener amores con una dama de la reina.

Fragmento de Egas Moñiz:

«Fincaredes vos senhora
Taom cuitada
Qui si voi me per hi fora
De longada....», etc., etc.

Algo más se conserva del *Canto de los Figueroas*, notable por el asunto y por la versificación, más fácil y ligera que la de los otros poetas coetáneos; y aunque el lenguaje es todavía rudo y hay falta completa de artificio en los versos, que no tienen más mérito que el estar bien medidos, no parece que se puede colocar este poemita en el siglo XII. Se refiere el *Canto de los Figueroas* al supuesto tributo de las cien doncellas, que tanto ha dado que hablar á los críticos, defendiéndolo unos y negándolo otros absolutamente. No es de este lugar discurrir acerca de la mayor ó menor verosimilitud del infame tributo. Tal vez si hubo algo no tendría la infamante significación que aparece á primera vista; tal vez sea todo una invención de la fantasía popular, fundada en un hecho mal explicado ó interpretado, y en el mismo aborrecimiento que inspiró el usurpador y bastardo Mauregato. Hay que reconocer, sin embargo, que la tradición es bastante antigua en Galicia, Portugal y León, existiendo ciertos monumentos escultóricos y hasta costumbres religiosas en consonancia con ello[1].

El *Canto de los Figueroas* se refiere, como decimos, al famoso y degradante tributo: he aquí su argumento.

Seis doncellas esperaban en el castillo de Peiro Burde[illegible] mento de ser embarcadas. Enterado uno de los hijos de Fernán Pérez que entre ellas figuraban su prometida y dos hermanas, se unió á varios amigos para libertarlas, trabando una sangrienta pelea con los moros, que no querían dejarse arrebatar su presa. En el furor del combate se le rompió á Guesto Ansúrez la espada; pero rompiendo una rama de higuera, hizo prodigios de valor y ahuyentó á los moros; libertó á las

---

1 En el claustro de la catedral de León existe un relieve llamado de las *Cantaderas*, que se refiere á este asunto, y todavía hay una función anual en que intervienen el cabildo y el ayuntamiento, haciendo una oferta el último, según hemos tenido ocasión de ver más de una vez, y replicando el Cabildo: «No, no es *oferta*, sino *foro*».

doncellas y agregó á su nombre el apellido de Figueiredo, y más tarde Figueroa.

Besada, apoyándose en el lenguaje y la versificación, dice que este canto es anónimo y no puede ser más que del siglo XII.

He aquí una muestra de la versificación, coplas que trae el P. Brito:

«No figueiral figueiredo
A no figueiral entrey,
Seis niñas encontrara,
Seis niñas encontrey;
Para elas andara,
Para elas andey;
Chorando as achara,
Chorando as achey;
Logo lles pesendara
Logo lles pesendey
Quen nas maltratara
Y a tan mala ley.
No figueiral figueiredo, etc., etc.

Unha repricara
Infançon non sey
Mal ouverse a terra
Quen ten o mal Rey.
Sen as armas usar
Y a min fee non sey
Se home a min levara
De taon mala ley.
A Dios vos vayades
Garçon ca non sey
Se onde me falades
Mais vos falarey.
No figueiral figueiredo, etc., etc.

En lle replicara
A min fe non irey
Ca ollos dessa cara
Caro los comprarey,
Alá os longas terras
En tras vos me irey,

As compridas vias
En as andarey
Lingoa de Aravias
En as falarey,
Mouros se me vissem
En os matarey.
No figueiral figueiredo, etc., etc.»

191. Por este trozo se ve, como indicamos antes, que la versificación en Galicia y Portugal estaba mucho más adelantada que en Castilla en el mismo tiempo; dado que Castilla no tiene entonces más que un imperfecto monorrimo de los poemas del Cid, y allí aparece ya el verso corto perfectamente medido, como en otros poemas gallegos y portugueses de versos octosílabos muy variados. Fuera esto resultado de la influencia provenzal ó natural desarrollo del ingenio del país, el hecho no puede negarse; como es cierto que el rey D. Alfonso el Sabio en sus Cantigas, que pertenecen á la literatura gallega, tiene una gran variedad en la versificación, de todo punto desconocida en la lengua castellana contemporánea.

192. Además de las poesías y poetas citados, hubo otros por aquel tiempo en Galicia y Portugal. El marqués de Santillana, en su corto proemio al Condestable de Portugal, dice que, siendo mozo, había visto en casa de su abuela doña Mencía de Cisneros un gran volumen de cantigas de serranas y decires portugueses y gallegos, y que en él había coplas de Johan Soarez de Payva y Fernand González de Sanabria. Sarmiento [1] opina que Payva debía ser ya del siglo XII; pero al lado de él y de Sanabria se encuentran algunas poesías que figuran junto á las del rey D. Dionis (1279-1325). El rey don Dionis, llamado el Labrador, fué gran protector de las letras, como lo demuestra el haber fundado la Universidad de Coimbra, y compuso dos *Cancioneros,* uno espiritual, que se ha perdido, y otro profano, que se conserva. Á su lado figuran Esteban de Guarda, Juan Vaz, Juan Soarez Coello y los

[1] *Memorias para la historia de la poesía.*

mencionados por Santillana, Soarez de Payva y González de Sanabria. De ellos y de otros muchos contiene versos el *Cancionero* de la Biblioteca Vaticana. La mayor parte de los versos son eróticos, de estilo provenzal; y ya de Juan Soarez y Payva se cuenta, según dice Santillana, que morían de amores. Las poesías de D. Dionis y los trovadores de su corte se distinguen por la facilidad y riqueza de la versificación. El provenzalismo erótico de los poetas portugueses no es ni tan irreverente ni tan licencioso como el de los provenzales, cuya influencia, aunque mayor en Portugal y Galicia, por esta época, que en Castilla, no logra, sin embargo, dominar completamente ni sofocar el espíritu patriótico y religioso de los reinos españoles [1].

D. Alfonso IV, hijo de D. Dionis, y los bastardos D. Pedro, conde de Barcelona, y D. Alonso Sánchez de Alburquerque, fueron también poetas. D. Pedro de Barcellos escribió un *Cancionero* [2]. Por este tiempo escribió Alfonso Giráldez su poema sobre la batalla del Salado, á la cual, como se sabe, concurre el rey de Portugal ayudandó á D. Alfonso XI de Castilla. Emplea el mismo metro que Rodrigo Iánez, autor coetáneo del poema de Alfonso XI, en que también celebra con particular entusiasmo el memorable triunfo.

[1] He aquí una muestra de dicho provenzalismo, tomada del *Cancionero de trovas antigas*, publicado por Varnhagen:

«Que muito m'eu pago deste verâo,
Por estes ramos, e por estas frores
E polas aves que cantan d'amores;
Porque ando y ledo sen cuidado;
E assi faz tod'omen namorado,
Sempre y anda led' e muy louçao.
Quando eu passo per alguas ribeyras
Con boas arbores, per bons prados,
Se cantan y passaros namorados,
Logu'eu con amores y vou cantando
E log' assi d'amores vou trovando.
E faço cantares en mil maneyras
E ei eu gran ris'e gran alegría
Quando mas aves cantan no estío».

[2] También hizo un *Nobiliario*, que es famoso en Portugal.

El rey D. Pedro I (1357-1367), llamado el Justiciero, marido de la desdichada Inés de Castro, también versificó, conservándose de él unas coplas octosílabas; y en su reinado florecieron Vasco Pérez de Camoes, que era oriundo de Galicia, y Fernando de Cascaes.

Esto es lo único que ofrece la literatura portuguesa hasta el siglo XV; siendo, por consiguiente, mucho más pobre que la castellana, y limitándose toda ella á la poesía, en tiempos en que habían brillado ya en Castilla hombres como D. Alfonso el Sabio y D. Juan Manuel, y en que la historia, y la didáctica, y otras manifestaciones del pensamiento tenían insignes representantes.

193. Al llegar el siglo XV se aficionan los poetas españoles á la lengua portuguesa, y muchos, como Villasandino, el arcediano de Toro, el mismo D. Diego de Mendoza, abuelo de Santillana, y otros muchos, escriben poesías en lengua gallega ó portuguesa, como antes había escrito sus inmortales *Cantigas* el rey Sabio; pero predominando ya la influencia política de Castilla; siendo más rica y más importante nuestra literatura, presta gravedad á la portuguesa, que canta ya otros asuntos, y empiezan también los ingenios portugueses á cultivar el castellano, de lo cual dan ejemplo los mismos Príncipes y personajes de la corte.

194. El infante D. Pedro escribió en castellano sus coplas del *Comptento ó desprecio del mundo*, y D. Pedro el Condestable, que tuvo grandes relaciones con los poetas de Castilla, y que pidió á Santillana la colección de sus versos, escribió en castellano su *Sátira de felice é infelice vida.* Las coplas del *Comptento ó desprecio del mundo* forman un poema didáctico-moral de ciento veinticinco octavas de arte mayor, y en ellas el infante D. Pedro expone las miserias de la vida y la vanidad de la grandeza, celebrando las virtudes como único medio de que el hombre viva feliz y adquiera la posesión del Bien Sumo.

Hijo de este infante D. Pedro, fué D. Pedro el Condestable [1].

[1] Llamado por su revuelta y azarosa existencia, D. Pedro el de las siete partidas.

Su *Sátira*[1] *de felice é infelice vida,* es una visión alegórica y de carácter erótico, imitación de las obras de Santillana, Mena y otros ingenios de Castilla. Está hecha en prosa y verso, y no desdice, ni por su lenguaje ni por su estilo, de las composiciones producidas en la España central.

Siguiendo el ejemplo de estos príncipes, cultivan la poesía castellana, durante el siglo xv, otra multitud de ingenios portugueses, como el conde de Viñosa, Juan de Meneses, Alfaro y Huarte, Brito y otros muchos, cuyos versos trovadorescos son del mismo género que los que componen los escritores castellanos.

195. Los portugueses tuvieron también á fines del siglo xv un poeta dramático, que algunos autores equivocadamente han supuesto anterior á nuestro Juan de la Encina. Nos referimos al famoso Gil Vicente. Se sabe de él que nació hacia la segunda mitad del siglo xv; fué farsante y poeta, y tuvo una hija, Paula, célebre actriz en Lisboa, y un hijo que publicó las obras de su padre en 1562. Gil Vicente cultivó la lengua castellana, y en castellano está su primer ensayo dramático, el *Soliloquio,* escrito en 1502, mucho después de los primeros de Juan de la Encina y Lucas Fernández. Gil Vicente compuso quince autos religiosos, cuatro comedias, diez tragicomedias y doce farsas. Entre los autos están el de los *Reyes Magos,* el de la *Sibila Casandra,* la *Feria de la gloria, San Martín* y los *Cuatro tiempos,* todos en castellano; entre las comedias la del *Viudo* está también en castellano, y en las farsas tituladas *Auto da Lusitania,* en la de la *India,* y en la de la *Fama,* en la comedia *Ruvena* y en la tragicomedia *Nao de amores,* hay parte castellano y parte portugués. Las farsas de Gil Vicente carecen, en general, de unidad é interés dramático, pero tienen pinturas animadas y verdaderas; algunas abundan en chistes picarescos; en las tragicomedias *Não de amores* y *Triunfo do inverno* hay escenas bucólicas bien hechas; y algunos autos, como la *Sibila Casandra,* el de los

[1] Dice que la intituló *Sátira,* que quiere decir represión con ánimo amigable de corregir, y añade que este nombre de sátira viene de *Satura,* que es loor.

Cuatro tiempos, el de la *Feyra* y el *Da alma,* no carecen de gracia, sencillez y naturalidad. El auto *Da feyra* es quizá el más notable de los de este autor; se ve en él la mezcla del clasicismo y de la poesía alegórica italiana con las doctrinas católicas y las ideas populares.

Mercurio, en el planeta de este nombre, explica la historia de los planetas y círculo celeste. Un serafín presenta luego en la gran *Feyra* para que se compren en él, los destinos de Dios; el diablo aparece disputando con el serafín, y presenta á su vez sus mercancías, y Roma las suyas. Con estos personajes se mezclan aldeanos y aldeanas, que vienen con sus mercancías materiales, y hay, de pasada, algunos chistes y escenas de sainete, como la de un marido que quiere vender á su mujer. Termina el autor con una canción á la Virgen, y sigue una aldeana, que da de balde sus mercancías, que son las gracias y virtudes.—También es bueno el auto *Da alma.* En el *Sumario de la historia de Dios* hace un extracto dramático de toda la historia sagrada, empezando un ángel, siguiendo Lucifer, y continuando el mundo criado, la aparición y vida de los primeros hombres, y después todos los patriarcas, Abraham, Job, David, hasta la ascensión del Salvador.

Tienen las obras religiosas de Gil Vicente más cualidades dramáticas y más extensión que las de nuestro Juan de la Encina y Lucas Fernández; pero son, como queda dicho, bastante posteriores, y en tiempo de Gil Vicente ya otros muchos poetas castellanos habían dado mayor extensión á sus obras.

Las dos comedias profanas más citadas de Gil Vicente son *El Viudo* y *La Rubena,* pero no tienen grandes méritos que alabar.

En *El Viudo*, éste se lamenta de la pérdida de su mujer, de quien le quedan dos hijas, y viene otro que, por el contrario, se queja de que su mujer es inmortal. El príncipe, disfrazado de pastor, entra en casa del Viudo, pues está enamorado de una de las hijas, casándose con ella, y un hermano suyo con la otra.—En cuanto á la *Rubena,* es una farsa indecentísima, en que se trata de un aborto y alumbramiento, mediante auxilio culpable de criadas y hechiceras.—En ninguna de ellas hay verdadero argumento dramático, ni siquiera enlace ó interés en las situaciones. Más que las citadas, vale la titulada *Inés Pereira.* Esta mujer, pensando en el adagio *mais quero asno que me lleve que caballo que me derribe,* no quiere casarse con un rico necio; se casa con un prudente; pero éste la gobierna y domina, acordándose ella entonces del necio, con quien casa luego que enviuda.

Es notable que, habiendo los portugueses tenido en el siglo XVI un autor dramático como Gil Vicente, carezcan luego de teatro; pues, aparte de algunas comedias de Ferreira, alimentaron completamente la escena con producciones españolas. Desde esta época, sin embargo, la literatura portuguesa adquiere independencia, y puede considerarse aparte de la castellana, á pesar del reinado de Felipe II en Portugal.

SEGUNDA ÉPOCA.—Edad moderna.

PRIMER PERÍODO.

(CASA DE AUSTRIA.)

LECCION XXXIII

196. Siglo de oro de la literatura.—197. Causas del extraordinario desarrollo de las letras. — 198. Nuevas formas. — 199. Progreso de la lengua. —200. Resurrección del latín. —201. Humanistas y filósofos más importantes : Luis Vives , Matamoros, el *Brocense* , Fox Morcillo , Sepúlveda y otros. — 202. Teólogos insignes y otros escritores.— 203. Consideraciones generales.

196. Con el advenimiento de la Casa de Austria coincide el siglo de oro de la literatura española. Ya desde los reinados anteriores se advierte un extraordinario florecimiento en las letras y una afición decidida á los estudios clásicos. Todo va renovándose, así en la poesía como en la historia; y en tiempo de los Reyes Católicos, con el establecimiento de la imprenta, las guerras de Nápoles y Granada y el descubrimiento del Nuevo Mundo, los ingenios españoles toman nuevos alientos, y todo hace presentir una nueva era literaria. La excesiva afición á los clásicos é italianos, lejos de ser, como algunos suponen, causa principal del gran incremento de nuestra lite-

ratura en el siglo xvi, fué, en parte, obstáculo al desarrollo de la verdadera tendencia nacional. No hay que negar los benéficos resultados que tuvieron esas tendencias en lo tocante á las formas y al estilo y lenguaje; pero si la literatura de un pueblo ha de ser fiel expresión de sus sentimientos y costumbres, espejo de su civilización y fruto del estado social, no puede, en manera alguna, desconocerse que las excesivas influencias extrañas perturban siempre los progresos de la literatura.

197. La española, en el siglo xvi, si no había de quedarse enteramente rezagada del movimiento nacional, y si había de responder á las necesidades y aspiraciones de nuestro pueblo, tenía, forzosamente, que elevarse á un grado extraordinario de perfección. España, en el siglo xvi, era la nación más poderosa de la tierra; sus príncipes dominaban en todos los continentes y en todos los mares, pudiendo decirse con plena exactitud que el sol no se ponía en sus dominios; reyes en Europa como Francisco I, y emperadores en América como Motezuma y Atahualpa, eran cautivos de nuestros monarcas; las naves españolas daban, por primera vez, la vuelta al globo; y nuestras armas hacían retroceder en todas partes á los enemigos del nombre cristiano, imponiéndose además el respeto y el terror de nuestro nombre en todas las naciones de Europa. El espíritu cristiano y español producía maravillas; pudiendo decirse que las empresas de Carlos V y Felipe II son tan genuinamente cristianas y españolas, como lo había sido toda la Reconquista contra los musulmanes.

Los españoles de aquel tiempo aspiraban realmente á la monarquía universal: nada parece grande para sus alientos soberanos; y su deseo de resistir, por una parte, á la reforma protestante ó á los turcos, y por otra, de llevar la civilización católica á los más apartados confines de Asia y América, les inspiró tal constancia y tal heroismo, que no han tenido ni tendrán, tal vez, semejante en ninguna época de la historia.

El siglo xvi es, ya por esto, fecundo en hombres grandes de toda clase: no sólo en guerreros y conquistadores, sino en hábiles políticos, insignes estadistas, sabios eminentes y

santos incomparables. Es el siglo de Hernán Cortés, Leiva, Hurtado de Mendoza, Arias Montano y Antonio Agustín; el siglo de Luis Vives y del Brocense; el siglo, en fin, de San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

198. Todo esto había de influir necesariamente en la literatura, prestándola nuevas galas, enriqueciendo el lenguaje, creando nuevos géneros y nuevas formas, derivadas de la cultura general ó importadas de los pueblos extraños con quienes España mantenía frecuentes relaciones, sin que por ello se olvidaran los elementos tradicionales que, antes por el contrario, adquirían nuevo vigor y nueva vida. Muchos de estos géneros y formas nuevas eran también producto espontáneo de las necesidades del espíritu español, tan personal y gigante en aquel tiempo que no podía ser contenido en los estrechos moldes de la literatura de imitación. Por eso resucita con extraordinario vigor el romance nacional; la historia adquiere tan grandes vuelos, que nuestros escritores son rivales, cuando no vencedores, de los antiguos maestros de Grecia y Roma; nuestro teatro se va desentendiendo poco á poco de las extrañas influencias que impedían su crecimiento, para convertirse en el primer teatro del mundo, y el gran fervor religioso y el entusiasmo por la causa católica, en frente del protestantismo, produce la admirable y fecundísima legión de nuestros místicos y ascéticos.

199. Así llega nuestra lengua á la cumbre de la perfección, de la cual ya no puede sino descender; pero con ser tan perfecta la lengua castellana, parece pobre á los sabios, que buscaban en la latina la expresión de sus pensamientos. Hay en todo el siglo XVI un gran número de escritores que tienen casi á desdoro escribir en castellano, y que por lo mismo prefieren las lenguas sabias, en las cuales son peritísimos, no cediendo en nada á los grandes maestros de la renaciente Italia. Esta afición al latín procedía en parte del deseo ó de la necesidad de buscar un medio universal de comunicación, que ciertamente no podía hallarse en ninguna de las lenguas modernas, y el latín, lengua de la Iglesia y de toda la Teología

y Filosofía de la Edad Media, se prestaba fácilmente á ello; pero, además, los doctos, enamorados de las grandes perfecciones del clásico idioma, miraban, según queda indicado, con desdén, las hablas vulgares, pareciéndoles harto pobres para la expresión de sus pensamientos y poco en harmonía con su grande erudición: de manera que se juntaban la moda, el espíritu erudito y la mera curiosidad literaria, á lo que puede considerarse también una necesidad de aquellos tiempos. No hay duda que así se trabajaba también en la formación de la lengua castellana y de los demás idiomas modernos, hijos del latín, y que á nuestros humanistas les corresponde no escasa gloria en el gran desarrollo que adquiere la hermosa habla de Castilla. Mas también es cierto que sin el potente espíritu nacional de los españoles y el vivo amor que se despierta á todo lo histórico y popular, nuestra literatura y nuestra lengua hubiesen perecido quizá ahogadas bajo la inmensa balumba de producciones latinas y del espíritu clásico que las informaba: si no sucedió eso, hemos de felicitarnos, reconociendo los grandes méritos de nuestros escritores castellanos, que supieron rivalizar con los insignes escritores en lengua latina y aun vencerlos y sobrepujarles.

200. Interminable sería la lista de los escritores latinos que produjo España en el siglo XVI y XVII, y, por otra parte, corresponde á la historia de la ciencia y á la erudición española más bien que á la literatura. Como memoria de sus ilustres nombres y reconocimiento de sus grandes méritos, citaremos algunos de los principales, empezando por los *Humanistas*. Ya desde el tiempo de los Reyes Católicos, como queda dicho, Vidal de Noya y los Geraldinos, Pedro Mártir y Marineo Sículo, los doctos profesores de latín y griego en Salamanca, Nebrija y Arias Barbosa, los Ducas y Balboa, profesores en Alcalá, y otros muchos discípulos y sucesores de éstos, renovaban las glorias del Lacio, y escribían gramáticas y diccionarios latinos. Y poco después un hombre ilustre, de los más importantes que produce el Renacimiento en toda Europa, con la doctrina y con el ejemplo dió grande impulso al estudio de las letras clásicas, especialmente de las latinas.

201. Hablamos del insigne valenciano Luis Vives, escritor de extraordinaria facundia y gran talento, elegantísimo en el decir, y verdadero innovador en materias literarias y filosóficas [1]. Luis Vives escribió, entre otros muchos tratados [2], los que tituló *De causis corruptarum artium*, *De tradendis disciplinis*, *De prima philosophia*, *De anima et vita*, *De veritate fidei christianae*, *De institutione feminae christianae*, y otros varios. Predica en estos tratados la inducción, la experiencia y la observación, apartándose de la filosofía escolástica; y en materias literarias es tan exageradamente clásico, que proscribe el arte nacional como triste reliquia de los siglos bárbaros.

Matamoros [3] siguió esta misma tendencia en su libro *De ratione dicendi*, breve retórica, en que habla muy bien de oratoria sagrada. Y lo mismo el Brocense [4], uno de nuestros más famosos humanistas, que fué profesor de griego en Salamanca, y era gran latinista. Publicó, entre otras muchas obras de gramática y retórica, su famosa *Minerva sive de causis linguae latinae*, primera gramática general que apareció en Europa, y de la cual dice Scioppius «que por ella merece el Brocense ser llamado padre y doctor de todos los literatos»; juicio con que están conformes los doctos.

[1] Nació Juan Luis Vives en Valencia en 1492, en donde estudió humanidades y después filosofía en París; más tarde, en 1512, pasó á Brujas, y de allí á Lovaina, donde se perfeccionó en las lenguas latina y griega bajo la dirección de Erasmo. Pasó á Inglaterra, llamado por Enrique VIII para enseñar latín á la princesa María, y en Oxford, donde residió, tomó Vives la borla de doctor en derecho, y explicó humanidades y jurisprudencia. En 1524 se casó con una española en Brujas, adonde había ido para restablecer su salud, y allí murió el año 1540.

[2] Las obras de Vives se imprimieron en Basilea, en 1555, en dos tomos en folio.

[3] Alfonso García Matamoros nació en Córdoba en 1490. Abrazó el estado eclesiástico, y se distinguió como predicador, muriendo por los años de 1550.

[4] Francisco Sánchez nació en las Brozas (Extremadura), en 1523; fué profesor de griego en Salamanca, y después de retórica, muriendo en 1601.

—Sebastián Fox Morcillo [1] es otro de nuestros grandes humanistas, debiéndosele, entre otras muy notables obras, una titulada *De Platonis et Aristotelis consensione,* en la cual con grande esfuerzo de ingenio procura la harmonía de las dos escuelas en que se resumía, y se resume, en cierta manera, toda la metafísica [2].

—Juan Ginés de Sepúlveda [3] publicó muchas obras importantes, interviniendo en polémicas contra los luteranos con Erasmo y con Fr. Bartolomé de las Casas á propósito de lo que éste había escrito acerca de la conquista de América. Además tradujo *La Etica* y *La parva naturalia* de Aristóteles, y escribió un libro titulado *De justi belli causis.*—Cardillo de Villalpando, autor de una *Apologia de Aristóteles,* y Francisco Valdés de una *Philosophia sacra;* Gómez Pereira, de un notable y original libro de filosofía, intitulado *Antoniana Margarita;* y el portugués Antonio de Goubea, son asimismo ilustres en la historia de la ciencia española. Algunos de ellos, como Matamoros y Sepúlveda, escribían obras de historia nacional en latín, siendo notables la de Sepúlveda, intitulada *De orbe novo,* en que trata de los hechos de Carlos V y algunos de Felipe II, imitando el estilo de Tito Livio; y la *Apologia pro asserenda in hispaniarum eruditione,* de Matamoros, en que hace la historia de todo el movimiento literario de España. También el P. Mariana escribía en latín su *Historia de España,* y no hay ramo alguno del saber que no se cultive en el idioma del Lacio.

La Jurisprudencia, por ejemplo, cuenta en España varios representantes gloriosos, descollando entre ellos el insigne arzobispo de Tarragona D. Antonio Agustín [4]; que escribió

[1] Sebastián Fox-Morcillo nació en 1528; fué profesor en la Universidad de Lovaina, y murió en su viaje á España, adonde había sido llamado por Felipe II para educar al infante D. Carlos.

[2] Otras obras de Fox-Morcillo son: *De demonstratione*, *De honore*, *De gloria* y *De rege et regis institutione.*

[3] Juan Ginés de Sepúlveda nació en 1490; estuvo en Italia; fué después nombrado cronista por Carlos V, y murió en 1573.

[4] Nació en Zaragoza, y estudió en Salamanca, pasando á Italia, donde trabó amistad con Andrés Petavio y otros humanistas: murió á los ochenta años de edad en 1586.

multitud de eruditos y elegantes comentarios á muchas obras del Derecho romano y del canónico, como las Pandectas y el Decreto de Graciano.

202. Teólogos y escrituarios hubo también muchos insignes, sobresaliendo Melchor Cano [1], que con su famosa obra *De locis theologicis*, escrita en correctísimo latín, abre nuevos horizontes al estudio de la ciencia de Dios. Arias Montano [2], famoso por sus trabajos para la políglota de Amberes, es autor de muchos y brillantes comentarios de los Profetas, de los Evangelios y de casi todos los libros del antiguo y del nuevo Testamento. Láinez, Salmerón, Maldonado, Domingo de Soto, Valencia, Velázquez, Suárez, etc., etc., dilucidan todas las cuestiones teológicas, escribiendo tratados magistrales que no han sido superados en los tiempos posteriores, con la circunstancia digna de mención de que algunos de estos teólogos, como Victoria, Soto, Molina y Suárez, crearon la ciencia del Derecho de gentes, según lo reconocen más ó menos explícitamente todos los escritores modernos, especialmente Grocio y Puffendorff, considerados como los fundadores de esta ciencia [3].

Muchos de entre los mencionados son escritores polígrafos, verdaderos prodigios de saber, que escriben de Teología como de Filosofía, de Literatura como de Historia ó de lenguas; y entre estos polígrafos merece particular mención el

[1] Nació en Tarancón (Cuenca) en 1509, y estudió humanidades y lenguas sabias en Salamanca, en cuya ciudad, en 1523, tomó el hábito de Santo Domingo. Pasó al colegio de Valladolid á perfeccionar sus estudios y al Colegio de San Ildefonso, en el que fué Lector de artes y filosofía racional, y después maestro de estudiantes; muriendo en Toledo en 1560.

[2] Benito Arias Montano nació en Fregenal de la Sierra (Badajoz), hacia 1527, y estudió en Sevilla y Alcalá, siendo el primer poeta laureado de esta Universidad. Se ordenó de sacerdote y recibió el Orden en San Marcos de León, y por su gran saber fué comisionado para ir al Concilio de Trento. Á su vuelta á España se retiró á una ermita, en donde permaneció, no queriendo aceptar los beneficios que quería concederle Felipe II. Murió en Sevilla en 1598.

[3] Véanse nuestros *Apuntes de literatura y bibliografía jurídicas de España*.

obispo Caramuel [1], hombre fecundísimo y de conocimientos asombrosos que abarca con igual facilidad y fortuna todas las materias más heterogéneas; y, para que nada faltase, al espirar el gloriosísimo período de la Casa de Austria, el eruditísimo D. Nicolás Antonio [2] escribió sus famosas bibliotecas *Vetus et Nova*, en que por índice alfabético recoge abundantísimas noticias de todos los escritores de España hasta su tiempo [3].

203. Por esta incompleta y rapidísima enumeración se ve que todas las humanas disciplinas alcanzaron extraordinario desarrollo en el siglo XVI y XVII, predicándose á veces las más independientes y aventuradas doctrinas. Es, por consiguiente, una acusación gratuita, hija de la pasión sectaria, y no del estudio imparcial de los hechos, decir que la Inquisición ahogó el pensamiento en España, y ocasionó la decadencia de las letras, por cuanto coincide precisamente nuestro incomparable siglo de oro con la época de mayor pujanza del Santo Oficio, el cual, por más que otra cosa se haya escrito, no persiguió á ningún sabio por serlo; y si alguno, como Fr. Luis de León, fué procesado mediante émulos poderosos, al cabo se le declaró inocente, devolviéndole su cátedra y honores. Y no hay ni un solo sabio que fuera muerto ni siquiera maltratado por dicho tribunal. El único sabio protestante español que pereció en aquel tiempo, *Miguel Servet,*

[1] Fr. Juan Caramuel y Lobkowitz, nació en Madrid en 1606; estudió en Alcalá, Salamanca, y aficionado al estado religioso, entró en la Orden del Cister, siendo maestro en Alcalá y Lovaina. Fué protegido por Felipe IV, por el emperador Fernando III, y distinguido por el Pontífice Alejandro VII por ser un gran campeón de la fe. Murió siendo obispo en Bejeven (Milán) en 1682.

[2] Nicolás Antonio nació en Sevilla en 1617, y por sus méritos recibió el hábito de Santiago, y algunos empleos de importancia, muriendo en Madrid en 1684.

[3] Las bibliotecas de D. Nicolás Antonio son la fuente más completa de conocimientos de estas materias, acerca de las cuales escribieron luego Floránes, Pérez Bayer, Mayans, y recientemente el Sr. Menéndez y Pelayo en su *Ciencia española*. Para la historia del Renacimiento en España, el mejor libro es el antes citado de Matamoros.

murió víctima del fanatismo de otro protestante, de *Calvino*; y, por lo demás, entre los protestantes españoles no hay ningún nombre verdaderamente ilustre en la historia de las ciencias ni de las letras [1]. Y por lo que hace á la Literatura, sabido es que hubo, más que otra cosa, excesiva tolerancia, y que, como regla general, se permitió la publicación de todos los libros de la antigüedad *propter elegantiam sermonis.*

LECCIÓN XXXIV

LA POESÍA EN ESTE PERÍODO.

204. Renovación de la forma poética: Boscán: su influencia; sus obras. —205. Garci-Lasso de la Vega: su vida.—206. Examen de sus poesías; sus cualidades y dotes poéticas.—207. Imitadores de Garci-Lasso: Cetina, Figueroa y otros. — 208. Contradictores de la escuela italiana: Castillejo, Villegas y otros.—209. Castilla: sus altas dotes poéticas.—210. Harmonía de ambas tendencias: Hurtado de Mendoza.

204. La poesía, que durante todo el siglo xv, estuvo dominada por las influencias italiana y provenzal, perdiendo así toda su espontaneidad y convirtiéndose en remedadora y servil, rompió, en parte, sus ligaduras en el siglo xvi, adquiriendo nuevas formas y cantando y celebrando ya asuntos nacionales antes olvidados; pero la influencia italiana persistió juntamente con la clásica, que dominó principalmente.

La renovación de formas se debe en primer término á un poeta de mediano mérito: Boscán. Juan Boscán nació en Bar-

[1] Los principales son: Juan de Valdés, Servet, Ponce de la Fuente, Juan Pérez, Casiodoro de Reina, Cipriano de *Valera*, y otros todavía menos conocidos.

celona hacia 1500, y murió en 1543. Por consejos del embajador de Venecia, Navagiero, á quien trató en Granada, introdujo en la poesía española las formas italianas, principalmente el *endecasílabo* y el *soneto.* No era nada de esto enteramente nuevo en España; endecasílabo usó ya el rey D. Alonso el Sabio y lo usaron después Francisco Imperial y el marqués de Santillana, escribiendo también algunos sonetos; así como varios poetas catalanes, entre ellos Andreu Febrer y Ausías March, habían cultivado también el endecasílabo; pero ni el soneto ni el endecasílabo habían logrado carta de naturaleza en la poesía castellana, en la cual su cultivo había sido escaso y poco afortunado.

Gran ventaja era que arraigasen aquí metros mucho más flexibles, armoniosos y varios en su medida, que las coplas de arte mayor y el verso corto dominantes en los siglos anteriores. Es indudablemente el endecasílabo el gran verso castellano, como es el gran verso italiano y sin rival en la poesía; era menester su pompa y majestad para que la poesía lírica adquiriese toda la grandeza de que era susceptible y que pedía ya el estado de nuestro pueblo. Boscán, además de usar el soneto y el endecasílabo, como hemos dicho, fué también el primero que empleó el verso libre.

Las obras de Boscán, publicadas por su viuda, juntamente con las de Garci-Lasso, se comprenden en cuatro libros. El primero contiene sus antiguas coplas castellanas; el segundo y tercero los sonetos y canciones á la italiana, y el cuarto una fábula de tres mil versos, imitación del Ero y Leandro de Museo; una elegía titulada *Capítulo,* quejándose de los desdenes de una dama; dos epístolas, una de ellas á Hurtado de Mendoza, que es la mejor, y un poema alegórico que tiene también algunos trozos buenos. Pero Boscán, como hemos indicado, es mal poeta, y su nombre no sonaría en la Literatura española, si no fuese por el mérito indisputable de haber contribuido á introducir las nuevas y más ricas y variadas formas. En la misma epístola á Hurtado de Mendoza que es, como advertimos, mejor que las otras composiciones suyas, hay trozos grandemente prosaicos en que la sencillez degenera

en vulgaridad y desaliño [1]. Por esto algunos, como Herrera, tratan con dureza á Boscán, diciendo *que se atrevió á traer en su no bien compuesto vestido las joyas de Ausías March y de Petrarca.*

205. Con Boscán solo no hubieran arraigado las nuevas formas en nuestra poesía. Este triunfo se debe principalmente á su amigo el gran poeta Garci-Lasso de la Vega. Nació en Toledo, de familia ilustre, hacia 1503; era hermoso y valiente, y casó á los veinticuatro años de edad con doña Elena de Zúñiga, de quien tuvo cuatro hijos. Asistió á las campañas del Emperador, y se distinguió en la defensa de Viena contra los turcos; pero allí, por algunos disgustos cortesanos, estuvo preso en una isla del Danubio, donde escribió muchos de sus versos. Luchó valerosamente en la toma de la Goleta y en la de Túnez, y más tarde en la guerra de Provenza, yendo á morir á Niza, de edad de poco más de treinta años (en 1536), á consecuencia de una pedrada que recibió al atacar un castillo.

206. Las poesías de Garci-Lasso fueron publicadas por la viuda de Boscán, juntamente con las de su marido: son tres églogas, dos elegías, cinco canciones, una epístola y treinta y siete sonetos. Es de notar que un joven valeroso, autor y testigo de grandes hazañas, escribiese únicamente composi-

[1] «.......................................

Nosotros nos iremos paseando
Al lugar donde está nuestra morada,
En cosas que veremos platicando.
  La compaña saldrá regocijada
Á tomarnos entonces con gran fiesta,
Diciendo á mi mujer si está cansada.
  Veremos al entrar la mesa puesta
Y todo con concierto aparejado,
Como es uso de casa bien compuesta.
  Después que un poco habremos reposado
Sin ver bullir ni andar yendo y viniendo
Y á cenar nos habremos asentado,
  Nuestros mozos vernán allí trayendo
Viandas naturales y gustosas
Que nuestro gusto esten todo moviendo....»

ciones eróticas, muchas de ellas pastoriles; contraste entre el hombre guerrero y el poeta, que tiene explicación por la doble causa de la influencia literaria italiana y clásica, y por el deseo del humano espíritu de apartarse de aquello que le rodea, buscando el ideal en otra parte.

Garci-Lasso de la Vega es, sin discusión, uno de los más grandes poetas, por la elegancia y sencillez de la versificación, rica de dulces armonías. El verso ya lleno, y el período rotundo y sonoro, no parece que sean tan inmediatos al siglo xv, del cual Garci-Lasso está á inmensa distancia, en cuanto al estilo y riqueza de versificación. En tal sentido, cuantos elogios se hagan de Garci-Lasso son justos, y no es de extrañar que le hayan celebrado extraordinariamente Cervantes, Lope de Vega y otros muchos de nuestros grandes escritores, algunos de los cuales han comentado y glosado largamente sus obras [1]. En tiempos más cercanos á nosotros se le han rendido análogos homenajes, siendo muy alabado por Quintana y otros poetas modernos. Todos estos elogios son merecidos, puesto que Garci-Lasso creó la lengua y el estilo poéticos, habiendo enriquecido el castellano con multitud de giros y frases felices, aunque alguna vez peca de italianismo y galicismo. Nadie como él ha manejado el endecasílabo, compitiendo en ello con los grandes maestros italianos; él impone para siempre en la poesía española el terceto y soneto; á él se debe la *lira*, bellísima combinación de versos de siete y once sílabas,

[1] Ha parecido como si se hubieran propuesto no dejar á Garci-Lasso pensamiento propio. Extremo es este de erudición no muy de alabar, ni menos de imitar; porque en muchas ocasiones no tendría de seguro Garci-Lasso presentes los poetas de quienes el Brocense le hace tomar sus pensamientos. Los principales comentarios de Garci-Lasso son los de Herrera y el Brocense. Las anotaciones de Herrera son extensas y tratan de todo, explicando, casi palabra por palabra, las ideas, pensamientos y tropos que emplea el poeta; definiendo y discurriendo sobre todas las composiciones, v. gr., sonetos, canciones, elegías, églogas, etc., resultando el libro un eruditísimo tratado de poética, gramática y hasta mitología. El Brocense sigue otro rumbo al anotar las obras de Garci-Lasso; va señalando los pasajes de poetas griegos, latinos é italianos, iguales ó parecidos á las del poeta español.—También Tamayo de Vargas publicó más tarde unas *Anotaciones á Garci-Lasso*.

tan usada por Fr. Luis de León y otros grandes maestros, y él, en suma, es un modelo acabado de versificación. Por eso es de lamentar que Garci-Lasso emplease sus grandes talentos poéticos en cantar amores pastoriles, falsos y amanerados, y en asuntos mitológicos. Si en vez de tomar por modelo á los clásicos é italianos se hubiese inspirado en la inmortal hermosura de la naturaleza ó de la patria, quizá le debiéramos obras realmente imperecederas y de valor universal; pero, por desgracia, no es así: las poesías de Garci-Lasso son hoy objeto del erudito, y lo más, escuela de primores y formas; pero el fondo es pobre; la vida, el alma con sus verdaderas energías, no están allí. Su canción á la *Flor de Gnido,* dechado de armonía y elegancia, es fría, por lo clásica y lo pagana [1]. En su *Elegía al duque de Alba* por la muerte de su hermano,

[1] He aquí, en prueba de lo que decimos, el principio de la composición:

«Si de mi baja lira
Tanto pudiese el son, que en un momento
Aplacase la ira
Del animoso viento,
Y la furia del mar y el movimiento;
Y en ásperas montañas
Con el suave canto enterneciese
Las fieras alimañas,
Los árboles moviese
Y al son confusamente los trajese,
No pienses que cantado
Sería de mí, hermosa flor de Gnido,
El fiero Marte airado,
Á muerte convertido,
De polvo y sangre y de sudor teñido;
Ni aquellos capitanes
En las sublimes ruedas colocados,
Por quien los alemanes,
El fiero cuello atados,
Y los franceses van domesticados.
Mas solamente aquella
Fuerza de tu beldad sería cantada,
Y alguna vez con ella
También sería notada
El aspereza de que estás armada....»

la afectación no deja que palpite el verdadero dolor, y algunas de sus *égloglas* pecan también de afectación y amaneramiento. Hay en ellas, sin embargo, trozos bellísimos, y si no fuese porque el lenguaje es impropio de pastores, podríamos decir que había llegado en ellas á la más inimitable perfección.

He aquí cómo dice un pastor á otro la pena que siente por la muerte de su amada:

NEMOROSO. «Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Árboles que os estáis mirando en ellas,
Verde prado de fresca sombra lleno,
Aves que aquí sembráis vuestras querellas,
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno;
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
Ó con el pensamiento discurría
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría.
Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve ya contento y descansado;
¡Oh bien caduco, vano y presuroso!
Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que, despertando, á Elisa vi á mi lado.
¡Oh miserable hado!
¡Oh tela delicada,
Antes de tiempo dada
Á los agudos filos de la muerte!
Más convenible fuera aquesta suerte
Á los cansados años de mi vida,
Que es más que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima doquier que se volvían?
¿Dó está la blanca mano delicada,

Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecían?
Los cabellos que vían
Con gran desprecio al oro,
Como á menor tesoro,
¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pecho?
¿Dó la columna que el dorado techo
Con presunción graciosa sostenía?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mía,
En la fría, desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mía,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que había de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario día
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;
Y lo que siento más es verme atado
Á la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbre en cárcel tenebrosa.
Después que nos dejaste, nunca pace
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y mude.»
....

Por estos y otros trozos igualmente bellos, llamó Herrera ó Garci-Lasso *el Rey del blando llanto.* También podría llamársele el rey de la naturaleza, por la brillantez y sentimiento de muchas de sus descripciones, que es otra de sus cualidades salientes.

207. Siguiendo las tendencias de Garci-Lasso, adopta los metros toscanos, entre otros, Gutierre de Cetina, sevillano, de principios del siglo XVI; soldado en Italia, Flandes y Túnez, que murió pobre en su ciudad natal, en 1560, después

de haber vivido en América. Gutierre de Cetina fué grandemente elogiado por Herrera, Lope y otros ingenios ilustres, mereciendo tales elogios, si atendemos á la forma y gala de su versificación: las poesías de Cetina son canciones, epístolas, sonetos y madrigales; no hay que pedir nada en cuanto á corrección y limpidez del lenguaje y del estilo; pero los asuntos son también frívolos, y, cuando no, superficiales; tratando las cosas como verdadero clasicista; es decir: huyendo de la naturaleza, que es la vida del arte; y resultando, por consecuencia, amanerado y frío. Algunas veces se libra de estos defectos, aunque no del todo, como en el lindísimo madrigal que empieza: *Ojos claros serenos.*

—Otro de los imitadores y continuadores de Garci-Lasso fué Fernando de Figueroa, natural de Alcalá de Henares, también militar en Flandes y en Italia. Herrera le llamó *divino;* pero este epíteto se prodigó con demasiada frecuencia en aquella época. Figueroa escribió églogas, una de ellas *Tirsis,* en versos sueltos, y puede alabarse en él la versificación, que iba siendo ya acabada en todos nuestros poetas.

—Jerónimo de Gómez Cantoral, el capitán Altana, D. Fernando de Acuña y otros varios, adoptaron asimismo las nuevas formas poéticas, contribuyendo á su definitivo establecimiento. Fernando de Acuña es conocido principalmente por haber traducido el libro caballeresco de Oliverio de la Marca, llamado *El Caballero Determinado* [1].

208. La reforma poética llevada á cabo por Garci-Lasso y sus continuadores no fué seguida por todos los ingenios de aquel período. Algunos se manifestaron en contra de ella y decididos partidarios de los antiguos metros nacionales. El principal de todos fué Cristóbal de Castillejo, de Ciudad Rodrigo, donde nació á fines del siglo XV. Fué secretario de don Fernando, hermano de Carlos V (rey de Bohemia, y luego Emperador); y al cabo se retiró y se hizo sacerdote, muriendo en Valdeiglesias (Toledo), según algunos, y, según otros, cerca de Viena, en edad muy avanzada.

[1] Lo tradujo á petición ó por encargo del emperador Carlos V, que había hecho la traducción en prosa.

Castillejo es poeta principalmente satírico, y, en cuanto al estilo y lenguaje, se parece más á Juan del Encina y otros poetas del siglo xv que á los de la época en que escribe. Sus obras se dividen en tres clases: primera, de amores, que son canciones, décimas y coplas, todas ellas frívolas, y algunas mitológicas, como la fábula de *Píramo y Tisbe;* la segunda comprende las obras de recreación y pasatiempo, en las cuales está su poesía más conocida, que es el *Diálogo de las condiciones de la mujeres;* y en la tercera, que contiene las obras morales y devotas, hay algunas, como los *Diálogos sobre la vida y la muerte*, y *sobre la verdad y lisonja*, que no carecen de méritos y bellezas. También escribió Castillejo una *sátira* contra los metros italianos, y allí empleaba la redondilla, quintilla, y principalmente las estrofas de pie quebrado. Tiene facilidad y gracejo en la versificación, y no le falta *vis cómica*, pero en realidad hay poca poesía en sus obras.

—Antonio de Villegas y el portugués Gregorio Silvestre, siguiendo los mismos rumbos de Castillejo, emplearon los antiguos metros nacionales, pero concluyeron por adoptar los versos toscanos introducidos por Garci-Lasso [1].

209. Otro de los insignes cultivadores de la versificación antigua es D. Francisco de Castilla, injustamente olvidado en los libros que tratan de Literatura española. Pocas noticias tenemos de él; pero en 1547 se publicó una magnífica composición suya, que vale bastante más que todas las de Castillejo y sus imitadores. Se insertó en la *Theórica de virtudes*, del mismo autor (?), y es un *diálogo entre la humanidad y su consuelo.* Llamó *sátira* á esta composición, viéndose, pues, que, á mitad del siglo xvi, la palabra *sátira* designaba todavía muchas veces una composición seria y moral. El metro empleado por D. Francisco de Castilla es el octosílabo con pie quebrado, según lo había recibido de Jorge Manrique, Álvarez Gato y otros poetas del siglo xv. ¡Lástima que no podamos insertar aquí la hermosa poesía á que nos referimos,

[1] Luis Gálvez, Gómez de Cepeda y Jorge de Montemayor también escribieron en metros antiguos.

y en la cual, aparte de la imperfección en la rima, por las repeticiones y asonancias que empleaban mucho hasta los más grandes poetas de aquella época, no se sabe qué admirar más, si lo sereno y sólido de los pensamientos, la naturalidad y belleza del lenguaje, ó la elegancia del estilo, exento de afectación y pedantería! He aquí algunos trozos:

«HUMANIDAD.

»Quando pienso que nací
Yo, humano y frágil natura,
Combatida;
No sé qué será de mí
Con tanta desaventura
A esta vida.
Siempre me persiguen penas
Y congoxas y tormentos
Y pasiones;
Causas de fatigas llenas,
Aflegidos pensamientos
Y opiniones.
Ya me place, ya no quiero,
Ya deseo, ya desamo
Lo querido;
Ya pospongo lo primero,
Ya recojo, ya derramo
Lo cogido:
Ya lo que edifico y planto
Lo derrueco sin respeto,
Emiendo y mudo;
Lloro, río, gimo y canto,
Huyo, espero, temo y oso
Lo que dudo.
Si me alegra juventud,
Me entristece la pobreza
Que mantengo;
Faltándome la salud,
No gozo de la riqueza,
Aunque la tengo;
Codiciando lo futuro,
No gozo de lo presente

Que poseo;
Quando pienso estar seguro,
No hallo do se contente
Mi deseo», etc.

Prosigue exponiendo la gran miseria y luchas del hombre, y después replica el

«CONSUELO.

»Humano, ¿qué sentimiento
Te causa que te desplace
Que naciste?
Pues si no vives contento,
Tu sola causa te hace
Vivir triste.
Precia tu natura humana,
Pues la puso á la divina
Dios eterno;
Después que por la mançana
Mereciste pena dina
Del Infierno....
....
Tomaras de su tristeza,
Alegría á llenas manos
Muy crecida
Si miraras la riqueza
Que es común á los humanos
Á la vida:
Razón y seso y memoria,
Arte, ingenio y providencia
É libertad,
Con que su mundana gloria
Goce el alma y su potencia
É voluntad.
Movimiento de continuo
Puso al cielo soberano
Dios eterno,
Por el bien que te convino
De los tiempos del verano
Y del invierno.
Los planetas, las estrellas,

Te son todas serviciales
Ya lo ves;
Influyendo sus centellas
Á las plantas é metales
Que posees.
Porque sepas á los cielos
Dar loor, al que te hizo,
Pon delante,
Que te sujetó los vuelos
Y animales, del mosquito
Al elefante.
Son los peces de la mar
Y los campos y las eras
Tu servicio,
Porque huelgues á cazar
Y tengas á las riberas
Tu ejercicio.
Los arroyos por los prados
Y las fuentes manantiales
So las peñas
Y otros deleitosos vados
Donde van ríos caudales
Entre breñas:
Las umbrosas alamedas,
Sus verdes hojas temblando
De frescura;
Y otras dulces arboledas
Que Dios hizo regalando
Tu natura;
Frutas de cien mil sabores
Con que el gusto desenojes
Al comer;
Las rosas, hierbas y flores
Que en el campo siempre coges
Para oler;
Las canciones de las aves,
Sus diversas dulces voces
Al oído,
Y otras músicas suaves,
Con que en instrumentos goces
Tu sentido», etc., etc....

210. Á pesar de los méritos de D. Francisco de Castilla y otros muchos que escribieron composiciones en metros cortos, el *endecasílabo* triunfó, siendo adoptado por la casi totalidad de los poetas españoles, aunque no se olvidaron, ni podían olvidarse nuestros antiguos metros cortos, bellísimos y muy convenientes en cierta clase de composiciones.

Cítase á D. Diego Hurtado de Mendoza como el representante de las opuestas tendencias, y, como él, hay luego muchos que, sin dejar los versos antiguos nacionales, emplean el endecasílabo y componen sonetos.

D. Diego Hurtado de Mendoza, más notable como historiador y novelista que como poeta, nació en Granada por los años de 1503, hijo del conde de Tendilla y marqués de Mondéjar: estudió en Salamanca, sirviendo luego como militar al Emperador; embajador de Venecia, impidió con su habilidad diplomática la alianza de esta república con Florencia, felicitándole por ello el Emperador, que le nombró gobernador de Siena. Fué también representante de España en el Concilio de Trento, y, reinando ya Felipe II, estuvo en desgracia de la corte, viéndose recluido en Granada, muriendo al cabo en Madrid en 1575. Hurtado de Mendoza tuvo grandes relaciones con muchos ingenios españoles é italianos; procuró con afán la adquisición de manuscritos griegos, algunos de los cuales le regaló el Sultán en premio de los servicios que le había prestado, y alentó mucho á los editores Aldo y Paulo Manucio. Sus poesías son *epístolas, elegías, canciones* y *sonetos* á la italiana; pero además escribió muchas *redondillas* y *quintillas.* Los asuntos son frívolos y generalmente eróticos. Escribe mejor en metros cortos que en *endecasílabo,* y aunque no le falta nunca elegancia y corrección, no puede considerarse á este autor como poéticamente inspirado. Razona más que siente, y la erudición, el talento crítico y filosófico y las aficiones clásicas dominan generalmente en sus versos. Como la mayor parte de los escritores de aquel tiempo, trata muchas veces de asuntos mitológicos, malogrando su ingenio en fábulas y poemas como el de *Adonis,* el de *Hipomenes* y *Atalanta.*

LECCIÓN XXXV

211. De las llamadas escuelas poéticas.—212. Principales poetas: Fray Luis de León: su vida y obras.—213. Incomparable mérito de fray Luis de León.—214. La Torre, Medrano.—215. Poetas aragoneses: los Argensola.—216. Otros poetas: Villegas, Esquilache, Cristóbal de Mesa.—217. Poesía religiosa: San Juan de la Cruz, Malón de Chaide, Santa Teresa de Jesús.—218. Otros poetas religiosos.

211. No ya en la corte, sino en todas las regiones de la Península, en todas las grandes ciudades, brillaron multitud de poetas, algunos de primer orden, honra imperecedera de las letras españolas. Todos ellos, en general, adoptan los versos *toscanos* y siguen las influencias clásicas. Hay entre ellos diferencias individuales, y algunas, menos marcadas, de comarcas ó regiones; pero no puede afirmarse que se formen verdaderas escuelas poéticas independientes, v. gr.: *clásica* ó *salmantina*, *oriental* ó *sevillana* y *aragonesa*, porque en Salamanca, como en Sevilla y como en toda España, nuestros grandes poetas tienen una fisonomía general, aparte de las condiciones individuales ó características de cada uno. Ni menos aún se puede hacer una clasificación de poetas castellanos y andaluces que tengan verdadera y notoria diferencia, siendo facilísimo confundir unos con otros, excepto los grandes maestros, cuya potente personalidad siempre y en todas partes los separa de los demás escritores. Tampoco es posible clasificar ó agrupar el inmenso número de poetas que florecieron en España en los siglos XVI y XVII. Muchos de ellos cultivan todos los géneros y recorren todos los tonos, adoptando extraordinaria variedad de formas para sus versos, y lo mismo escriben la égloga ó la canción clásica, que la oda erótica, el delicado y sencillo madrigal y la fácil y suelta redondilla. En los asuntos predominan generalmente los clásicos, y aun los mitológicos; pero no deja de haber excepciones suficien-

tes para que poseamos una gran riqueza de poetas líricos, que hoy y siempre serán leídos con delicia por los conocedores de la hermosa lengua castellana.

212. Entre los poetas más ilustres, quizá el más ilustre de todos, descuella Fr. Luis de León. Se ignora dónde nació, dividiéndose las opiniones entre los que le suponen oriundo de Granada, y otros que, con Tamayo de Vargas, le consideran natural de la villa de Belmonte del Tajo, donde debió nacer en 1528, de familia ilustre. Esta opinión, por adoptarla D. Nicolás Antonio, tiene más seguidores que la otra. Estudió en Salamanca, donde tomó el hábito de Agustino en 1544; y en 1561 obtuvo en pública oposición la cátedra de Santo Tomás; después fué catedrático de Sagrada Escritura, siendo grandemente estimado y venerado. Pero sus émulos, entre los que se distinguía el P. León de Castro, le delataron á la Inquisición por haber traducido al castellano y anotado el *Cantar de los cantares*, sospechando de su ortodoxia. Largo fué el proceso, por lo delicado del asunto y por las grandes influencias que había contrarias al insigne escritor; pero el Tribunal, que le tenía preso en Valladolid, no faltó á las consideraciones debidas á varón tan docto; y, aunque tarde, le devolvió sus honores y cátedra, que desempeñó nuevamente; y según cuenta la tradición, defraudando las esperanzas de los que acudieron creyendo se lamentaría de lo ocurrido, empezó sus explicaciones con la célebre frase: *Decíamos ayer....* Fr. Luis de León, que es uno de nuestros grandes prosistas, es también poeta *lírico* incomparable; doctísimo en las lenguas griega y hebrea, así como en la latina; teólogo eminente y hablista consumado. Sus obras todas, tanto las poéticas como las prosadas, llevan el sello de su grandísima instrucción y de su ingenio extraordinario.

Las obras poéticas están divididas por él mismo en tres libros; y, como él decía en la dedicatoria á D. Pedro Portocarrero, el primero contiene las composiciones originales, y los otros dos las traducciones, el segundo las profanas, y el tercero las sagradas. En ellas se advierte, por algún desaliño que hay en la versificación, el poco aprecio que su insigne

autor hacía de ellas; no las publicó en vida, y tal vez hubieran desaparecido, sin el cuidado de Quevedo, que las dió á luz.

Conocidísimas son la mayor parte de las obras originales de Fr. Luis. Lo mismo las religiosas, que las morales ó filosóficas, le acreditan, no ya de un versificador sin rival, sino de poeta de altísimo vuelo y de soberana inspiración. Su *Vida del campo*, aunque inspirada en el *Beatus ille* de Horacio, ha llegado á ser popular en España; y lo merece, por la sencillez y elegancia con que está escrita, habiendo en ella algunos toques enérgicos y briosos que contrastan admirablemente con la dulce suavidad de tonos. Aquí todo es verdad; y al alabar los placenteros goces del campo, y al describir las pintorescas escenas de la naturaleza, no se ve al retórico artificioso, sino al hombre que dice con rigurosa exactitud:

«Del monte en la ladera
Por mi mano plantado tengo un huerto,
Que con la primavera
De bella flor cubierto
Ya muestra en esperanza, el fruto cierto».

La oda á la *Noche serena* es no menos hermosa. Expresión fidelísima de las angustias del alma desterrada que, desde las miserias del mundo, suspira por las inmortales bellezas del cielo, dirigiéndose al cual, exclama:

«Morada de grandeza
Templo de claridad y de hermosura
El alma que á tu alteza
Nació, ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel, baja, escura?....»

A Felipe Ruiz se intitula otra de las magníficas odas de Fr. Luis de León. En ella expresa también el tedio de la vida presente y el deseo del cielo. Fr. Luis siente las cadenas que le oprimen á la tierra, y desea verse libre para volar al cielo y contemplar allí la virtud eterna, en la cual ha de ver la verdad y armonía de la creación.

En la oda *A la música*, al mismo tiempo que acierta ma-

ravillosamente á escribir el inefable sentimiento de este arte verdaderamente divino, se eleva también á la contemplación de las cosas sobrenaturales, encontrando en las armonías humanas un eco anticipado de las eternas.

Véase parte de esta hermosa oda *A Salinas*:

«El aire se serena
Y viste de hermosura y luz no usada,
Salinas, cuando suena,
La música extremada
Por vuestra sabia mano gobernada.
Á cuyo son divino
Mi alma, que en olvido está sumida,
Torna á cobrar el tino
Y memoria perdida
De su origen primero esclarecida....
Traspasa el aire todo
Hasta llegar á la más alta esfera
Y oye allí otro modo
De no perecedera
Música, que es de todas la primera.
Ve cómo el gran Maestro
Á aquesta inmensa cítara aplicado,
Con movimiento diestro
Produce el son sagrado
En que este eterno templo está asentado....»

Siempre y en todas sus producciones se ve el creyente, el hombre de corazón limpio, el alma superior á todas las miserias de la vida, y todo expresado con encantadora sencillez que no tiene igual. En ocasiones muestra Fr. Luis mayores arrebatos y entusiasmo, v. gr., en su célebre oda *A la Ascensión del Señor*. Conocida es también, pero hemos de reproducir su primera estrofa, que es este sublime apóstrofe:

«¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, escuro
En soledad y llanto,
Y tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?»

Ni es para olvidada la *Profecía del Tajo*, superior en movimiento y arrebato lírico á la magnífica de Horacio que le sirvió de modelo, y que es causa de que la oda de Fr. Luis tenga un carácter mitológico que la quita algo de su hermosa naturalidad. La energía vibrante de la expresión adquiere tonos que no parecen los mismos de la lira que canta las dulzuras del campo; y la feliz concisión de los apóstrofes y epítetos; el movimiento y la vida que anima todas las estrofas, constituyen esta poesía en un acabado modelo del género. La cualidad saliente de Fr. Luis, la admirable concisión con que en dos palabras pinta ó describe una escena de guerra ó una tempestad, brilla singularmente en esta oda. Dice el río al injusto forzador de la Cava:

«Oye, que al cielo toca
Con temeroso son la trompa fiera,
Que en África convoca
El moro á la bandera,
Que al aire desplegada va ligera.
La lanza ya blandea
El árabe cruel, y hiere el viento
Llamando á la pelea;
Innumerable cuento
De escuadras juntas veo en un momento.
Cubre la gente el suelo,
Debajo de las velas desparece
La mar, la voz al cielo
Confusa y varia crece,
El polvo roba el día y le escurece.
¡Ay, que ya presurosos
Suben las largas naves! ¡Ay, que tienden
Los brazos vigorosos
Á los remos, y encienden
Las mares espumosas por do hienden!
El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada
Por el hercúleo estrecho
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.
¡Ay triste! ¿Y aún te tiene

El mal dulce regazo, ni, llamado,
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿Ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?
  Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.
....»

Grandes elogios merece también Fr. Luis de León como traductor. Las églogas virgilianas, el libro primero de las *Geórgicas,* algunas de las mejores odas de Horacio, con otras poesías de Tibulo, Petrarca y Bembo, encuentran en él felicísimo intérprete, que, en ocasiones, no desmerece de los originales. También tradujo admirablemente algunas poesías sagradas, como el *Miserere,* el salmo *Super flumina* y otros varios, y trece capítulos del libro de Job, en tercetos. Conocedor profundo de la lengua hebrea y del espíritu religioso que anima las inmortales canciones del Profeta-Rey, Fr. Luis de León logra hacer olvidar que traduce, expresando con maravillosa fidelidad y grande inspiración los más hermosos conceptos de los salmos. El *Benedic anima mea dominum* (salmo CIII), bastaría para dar reputación de gran poeta á Fr. Luis:

«Alaba ¡oh alma! á Dios; Señor, tu alteza
De lengua y de luciente,
Vestido está de gloria y de belleza
Y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados,
Allí que deste asiento
Las nubes son tu carro, los alados
Caballos son el viento
Con fuego abrasador tus mensajeros
De trueno y torbellino.
Las nubes sobre asiento duradero
Mantienes de contino.... »

Así empieza y continúa, sin decaer un momento hasta el fin del cántico sagrado.

213. Fr. Luis de León no tuvo sucesores en la poesía. Hombre de genio y de inspiración personalísima, tiene una fisonomía propia y exclusiva, que no se reproduce en las letras españolas.

Su estilo es, como él dice de las aves, *un cantar sabroso no aprendido;* su sencillez, que se hermana muy bien con la sublimidad, es verdaderamente inimitable y encantadora: parece, en ocasiones, que sus palabras van derechas al alma sin pasar por el oído, y que el lenguaje se despoja de todo lo que tiene de material, para ser expresión purísima del espíritu. Nadie como él comprendió la excelencia de la poesía, del arte divino que nuestro marqués de Santillana consideraba *fingimiento de cosas útiles, cubiertas con muy fermosa cobertera,* y que Horacio creía destinado á cantar los héroes, los atletas, los ardores juveniles y hasta las intemperancias de la embriaguez: para Fr. Luis de León la poesía es mucho más y más noble; es *cosa santa, comunicación del aliento celestial y divino inspirado por Dios á los hombres, para con el movimiento y espíritu de ella levantarlos al cielo de donde procede*[1]. ¡Hermosa doctrina, idea grande y fecunda que, en sus inmortales canciones, llevó á la práctica el genio cristiano y creador de Fr. Luis!....

214. Pero hay otros poetas que en cierta manera pueden considerarse continuadores de su lengua y de su estilo, ya que no de su brío y de su inspiración. Es el más notable de ellos Francisco de la Torre, de quien hay muy escasas noticias, hasta el punto de haberse creído que sus poesías eran de Quevedo, que las publicó en 1631; pero, por las matrículas de los colegios de San Isidoro y San Eugenio, parece que debió nacer en Torrelaguna, hacia 1530 y tantos. Por sus poesías y algunos otros indicios se comprende que fué militar, y que tomó parte en las campañas de Italia, siendo sacerdote en el último tercio de su vida[2]. Francisco de la Torre es poeta

[1] *Nombres de Cristo*, libro I, *Monte.*

[2] Discurso de recepción del Sr. Fernández-Guerra en la Academia Española.

correcto, elegante, sencillo, y tiene algunas composiciones lindísimas, como la *Canción á la tórtola*, y algunos sonetos que son de los mejores de aquella centuria, como el que empieza:

« Bella es la ninfa, si los lazos de oro ».

Distínguese por la delicadeza y ternura en la expresión de sus sentimientos, y es lástima que dedicara sus talentos poéticos á celebrar asuntos mitológicos, como las *Odas á Filis, á la Aurora*, y la égloga á *Proteo y Filis.* Era hombre de agudo ingenio, como lo prueban algunos de sus epigramas [1] y redondillas, cual la lindísima que empieza:

«Las mujeres y los niños
Tienen una condición,
Pues se acallan con un don
Más que con treinta cariños.
Niño y mujer varios modos
Hallan en su suerte extraña;
Aquélla á todos engaña
Y al niño le engañan todos».

También se puede considerar como representante de la poesía clásica española á D. Francisco de Medrano, que nació en Sevilla, y que floreció en el siglo XVI, siendo escasísimas las noticias que de él nos quedan. Es horaciano, y escribió, entre otras, una profecía del Tajo, imitando felizmente al *Pastor cum traheret*, y otras composiciones del lírico latino.

215. Otro grupo de poetas imitadores de los clásicos, constituye lo que puede llamarse rama aragonesa, cuyos principales representantes son los hermanos Lupercio y Bartolomé de Argensola. Lupercio nació en Barbastro en 1563: dedicado á la vida pública, fué secretario de doña Mariana de Austria, y presidente de la Academia imitatoria, y gentilhombre de cámara del archiduque Alberto. Tomó parte en las alteraciones de Aragón con motivo de la persecución de Antonio Pérez, y fué nombrado cronista por Felipe III, siendo al

[1] Además de los originales, los tradujo varios del inglés John Owen.

cabo secretario de Estado y Guerra del virreinato de Nápoles. En esta ciudad quemó todos sus manuscritos poéticos; pero su hijo Gabriel recogió los que pudo de manos de sus amigos. Murió Lupercio en 1613. Lupercio escribió, además de tres tragedias (de que hablaremos al tratar del teatro), epístolas, sátiras, canciones y sonetos. Es, en general, correcto, pero frío y un tanto prosaico; imita principalmente á Horacio, lo mismo en sus sátiras que en sus epístolas, mas éstas son, en general, largas y pesadas, aunque tiene algunas veces trozos que no carecen de animación y vida, como en la *Sátira á Flora* [1]. Suyos son los bellísimos y conocidos sonetos *Imagen espantosa de la muerte, Yo os quiero confesar don Juan primero*, y *Tras importunas lluvias amanece*, que son los mejores que hay en lengua castellana. En la imposibilidad de copiarlos todos, nos contentaremos con el siguiente:

«Tras importunas lluvias amanece,
Coronando los montes, el sol claro;
Salta del lecho el labrador avaro,
Que las horas ociosas aborrece.
La torva frente al duro yugo ofrece
El animal que á Europa fué tan caro;
Sale, de su familia firme amparo,
Y los surcos solícito enriquece.
Vuelve de noche á su mujer honesta,
Que lumbre, mesa y lecho le apercibe,
Y el enjambre de hijuelos le rodea.
Fáciles cosas cena con gran fiesta,
El sueño sin envidia le recibe,
¡Oh corte!, ¡Oh confusión!, ¿Quién te desea?»

---

[1] Véase alguna estrofa de esta sátira:

«....Y tú, Flora, también modera y tasa
Los derechos tiránicos que llevas,
De entradas y salidas en tu casa.
Pues solamente deben ropas nuevas
Al entrar por las puertas el derecho,
Y no será razón que á más te atrevas....
.... Verte salir con tu señora á Misa
Como fraile novicio que no mira
Acá ni allá más suelo que el que pisa....»

Su hermano Bartolomé nació también en Barbastro en 1564; fué párroco de Villahermosa, y ayudó á Lupercio en la defensa de la fidelidad del Reino. El conde de Lemos le llevó también á Nápoles. Á su vuelta fué canónigo en Zaragoza y cronista de Aragón: murió en 1631. Bartolomé escribió más y mejor que su hermano Lupercio; pero tiene análogos defectos. El principal es la falta de vida y energía en muchas de sus composiciones, especialmente en las epístolas y sátiras. Los epigramas y sonetos satíricos son mejores, y algunos de los sonetos, serios, magníficos, como el conocido que dice:

«Dime, Padre común, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia,
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?
¿Quién da fuerzas al brazo que robusto
Hace á tus leyes firme resistencia,
Y que el celo, que más la reverencia,
Gima á los pies del vencendor injusto?
Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inicuas, la virtud gimiendo
Del triunfo en el injusto regocijo.
Esto decía yo, cuando, riendo
Celestial ninfa apareció, y me dijo:
«¡Ciego! ¿Es la tierra el centro de las almas?»

Tiene, además, Bartolomé de Argensola algunas odas religiosas, y traducciones religiosas y profanas. En todas ellas hay la misma falta de calor y movimiento, que son de tanta necesidad en la poesía. De manera que, con raras excepciones, los dos hermanos son buenos hablistas, versificadores excelentes y hombres de ingenio reflexivo, pero escasos de inspiración.

216. Más condiciones de poeta tiene Esteban Manuel de Villegas, natural de Nájera, donde nació hacia 1595. Estudió en Madrid y Salamanca, pero con escaso éxito, por su falta de recursos y su afición á las musas, muriendo en su patria en 1669. Fué conocido con el nombre del *Cisne de Najerilla,* y sus primeras poesías las llamó *Delicias,* escribiéndolas

cuando era adolescente: *á los veinte* (años) *limadas*, *á los catorce escritas*. Éstas y todas las demás se publicaron luego en 1617, con el título de *eróticas*. La primera parte son traducciones de Horacio, Anacreonte é imitaciones de este último, y la segunda sátiras, elegías é idilios; las mejores son las anacreónticas, escritas en el verso eptasílabo usado por el lírico de Ceos. Conocidísima es la que empieza:

«Yo ví sobre un tomillo
Quejarse un pajarillo....»

Villegas, además, quiso imitar en composiciones, que llamó latinas, los exámetros y otros versos clásicos que se acomodan mal á la lengua castellana, y el ensayo, que después han intentado otros, no hizo fortuna. Tampoco la hicieron las palabras nuevas que empleó, y que no han tomado carta de naturaleza en nuestro idioma, tales como las voces *ancianar* ó *armiñar*.

D. Francisco de Borja, príncipe de Esquilache, es otro de los poetas clásicos aragoneses. Parece que nació en Madrid hacia 1578, y murió en 1658. Se le considera, sin gran razón, discípulo de los Argensolas; porque si bien en muchas de sus composiciones sigue las huellas de estos poetas, cultivando la epístola con los mismos defectos, en cambio escribió lindas canciones y endechas, letrillas y romances que nada tienen de común con ellas.—También pertenece á los poetas de Aragón Cristóbal de Mesa, imitador de Horacio, traductor de la égloga décima de Virgilio y autor de medianos poemas heroicos.

217. La poesía lírico-religiosa también tuvo numerosos cultivadores. Como ya hemos dicho en otro lugar [1], la religión, con sus grandezas y harmonías, cautiva y embelesa al hombre, habiendo sido ella el primer asunto de la poesía en todos los pueblos, como lo ha sido en España, cuyos primeros monumentos literarios tienen este carácter. En España, además, nación católica por excelencia, hemos visto en todos los períodos producciones de la lira puramente cristiana, y en el

[1] *Literatura general*, lec. 29.

siglo de oro abundan muchísimo, y, como los demás géneros poéticos, adquieren un valor extraordinario.

Ya hemos observado que el más grande de todos nuestros líricos, Fr. Luis de León, escribió no pocas poesías inspiradas en el sentimiento religioso, y tan admirables como las odas á *Felipe* y á la *Ascensión del Señor;* pero, si bien la mayor parte de los poetas escribían de toda clase de asuntos, sin excluir los religiosos, los hubo que se dedicaron únicamente á éstos: tales fueron, entre otros, los escritores místicos, que en su lugar estudiaremos, y entre los cuales figura en primer término San Juan de la Cruz.

San Juan de la Cruz (1542-1591), conocido por el *Doctor Extático,* es autor de bellísimas poesías que sirven de asunto á sus tratados en prosa. Inspírase en el *Cantar de los cantares* de Salomón, pintando el temor y la dulzura que produce el amor divino, mediante el símbolo de amores humanos; pero por tan hermosa manera, con tanta delicadeza y suavidad, que su lenguaje, como se ha dicho con razón, más parece de ángel que de hombre. San Juan de la Cruz emplea en sus composiciones la estrofa de Fr. Luis de León, adaptándola perfectamente al estilo pintoresco y brillante, verdaderamente oriental, con que escribe. En ningún otro autor se encuentran frases tan felices, ni descripciones tan poéticas, ni arranques tan apasionados y dulces.

He aquí algunas estrofas del *Diálogo entre el alma y su Esposo:*

«Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para ti quiero tenellos.
Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que es la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.
¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados

Formases de repente
Los ojos deseados
Que tengo en mis entrañas dibujados!
  Á las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores,
Y miedos, de las noches veladores,
  Por las amenas liras
Y cantos de sirena os conjuro
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la esposa duerma mas seguro....
  La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.... »

—Fr. Pedro Malón de Chaide, monje Agustino, que nació en Cascante hacia 1530, ha dejado también, intercaladas en su obra de la *Conversión de la Magdalena,* algunas poesías religiosas muy notables por la corrección del estilo, que supera en ocasiones al de Fr. Luis de León; pero no tan llenas de verdadera inspiración poética, ni tan dulces y sentidas como las del mismo Fr. Luis y San Juan de la Cruz. También Malón de Chaide suele emplear la estrofa de aquél, aunque no siempre.

En una de sus composiciones, dice:

  «Óyeme, dulce Esposa,
Vida del alma que en la tuya vive,
Y alienta el congojoso
Pecho, do se recibe
La pena que el amor en l'alma escribe.
  »Perdíte yo, ¡ay perdida!;
Perdí mi corazón junto contigo:
Pues di, bien de mi vida:
No estando acá conmigo,
¿Cómo podré vivir si no te sigo?

»Vuélveme, dulce Amado,
El alma, que me llevas con la tuya,
Ó lleva el cuerpo helado
Con ella, pues es tuya,
Ó haz que tu presencia no me huya....»

—Dotes distintas ofrece, como poetisa, la insigne doctora de Ávila, Santa Teresa, cuyas obras en prosa estudiaremos con el debido detenimiento en el lugar oportuno. Las poesías de la Santa no tienen la pulcritud y corrección de estilo que muestran las de Malón de Chaide; pero, en cambio, encantan por la originalidad y por la energía, siendo todas ellas inspiradísimas y genuina expresión de la grandeza del amor divino que inundaba el alma de la Santa. Hizo varias composiciones poéticas acerca de la Circuncisión del Señor, del ofrecimiento del alma á Dios, de su transverberación y varios *villancicos,* entre los cuales es muy bello aquel que empieza:

« Véante mis ojos,
Dulce Jesús bueno,
Véante mis ojos,
Muérame yo luego.»

No menos digna de alabanza, por la hermosura de los conceptos y la facilidad con que está escrita, es la conocida *glosa,* cuyas primeras estancias dicen:

« Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Aquesta divina unión,
Del amor con que yo vivo,
Hace á Dios ser mi cautivo,
Y libre mi corazón:
Mas causa en mí tal pasión
Ver á Dios mi prisionero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué larga es esta vida,
Qué duros estos destierros,
Esta cárcel y estos hierros

En que el alma está metida!
Sólo esperar la salida
Me causa un dolor tan fiero,
Que muero porque no muero.
¡Ay! ¡Qué vida tan amarga
Do no se goza el Señor!
Y si es dulce el amor
No lo es la esperanza larga;
Quíteme Dios esta carga,
Más pesada que de acero,
Que muero porque no muero....»

218. De Lope de Vega, cuyo portentoso ingenio, aunque sobresale en el cultivo de la dramática, se extendió á todos ó casi todos los géneros literarios, han quedado multitud de composiciones líricas religiosas, muchas de ellas tan admirables como las mejores suyas.

He aquí un soneto de Lope á *Jesús:*

«¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
Que á mi puerta, cubierto de rocío,
Pasas las noches del invierno oscuras?
¡Oh! ¡Cuánto fueron mis entrañas duras
Pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
Si de mi ingratitud el hielo frío
Secó las llagas de tus plantas puras!
¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora á la ventana;
Verás con cuánto amor entrar porfía!»
Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía;
Para lo mismo responder mañana [1].»

Otros muchos poetas se inspiraron también en asuntos religiosos, mereciendo especial mención Fr. José de Sigüenza, cuyas paráfrasis de los Salmos son dignas de encomio, y fray Pedro de Padilla, autor de varias composiciones de este gé-

[1] Las poesías religiosas de Lope de Vega están en su *Romancero espiritual*, en las *Rimas sacras*, y especialmente en los *Pastores de Belén.*

nero [1], algunas verdaderamente inspiradas, como la en que habla de la voz del cielo que llama al alma perdida y olvidada de su Dios. El licenciado Juan López de Úbeda [2], Alonso de Bonilla [3], Alonso de Ledesma, y otros que sería prolijo enumerar, componen odas, villancicos, endechas, etc., sobre asuntos religiosos. Valdivielso pubicó también en 1613 su *Cancionero espiritual* [4].

La poesía religiosa ofrece ya en los últimos autores citados la influencia del mal gusto que invade á la lírica en general, de lo que hablaremos en otra lección. El conceptismo y las sutilezas para expresar los sentimientos piadosos y las cosas espirituales llegaron á un extremo inconcebible, haciendo Ledesma composiciones, *juegos de noches buenas*, para explicar los misterios de la Religión, valiéndose de los acertijos y de los juegos de los niños, como, v. gr.: «Santo Macario, Dios me libre de ti como del diablo»; «de codin de codan», etc., etc.

LECCION XXXVI

POETAS ANDALUCES.

219. ¿Hay una escuela sevillana?—220. Malara.—221. Herrera: méritos y defectos de este autor; poesías de Herrera inspiradas en la Biblia. —222. Pacheco, Arguijo, Rufo, Jáuregui y Baltasar de Alcázar.— 223. Góngora.

219. En tanto que en Aragón y Castilla florece la *lírica* con formas generalmente horacianas, en Andalucía brillaba una ilustre pléyade de poetas que, sin dejar la imitación de los clásicos, se guiaba en general más por los italianos, y algunos trasladaban al castellano las grandezas de los cán-

[1] Están en su *Jardín espiritual* (1585).

[2] Sus poesías religiosas se hallan en su *Cancionero* y *Vergel de flores divinas* (1588); contiene poesías sagradas para todas las fiestas del año.

[3] *Nuevo jardín de flores divinas* (1617).

[4] Á los nombres citados pueden añadirse los de Miguel Cid, Montesinos, Diego Cortés, Luis de Rivera, Damián de Vargas, Fr. Álvaro Hinojosa, etc.

ticos hebreos. Pero, como queda indicado en otro lugar, no hay motivo bastante para hablar de una escuela poética *sevillana*, y menos para denominarla *oriental*. Uno solo de los grandes poetas andaluces sigue, y en muy pocas de sus composiciones, aunque son las mejores, las huellas de los poetas sagrados; y los otros se inspiran en los italianos y en los latinos, teniendo muy distinto carácter, aunque cierto fondo común que los acerca muchísimo á los escritores de las otras comarcas de España [1].

220. Como maestro de los poetas andaluces puede citarse á *Juan de Malara;* pero no es verdaderamente poeta: es humanista y escritor didáctico, autor de una *silva latina en alabanza de las mujeres célebres*, y de un *Poema sobre los trabajos de Hércules*, así como de una colección de refranes que llamó *Filosofía vulgar*, y de varias obras que se han perdido.

221. El gran poeta andaluz de esta época es *Fernando de Herrera*, que nació en Sevilla por los años de 1534, y murió en 1597. Fué sacerdote, hombre modesto, y muy dado al estudio, gran conocedor de los clásicos y de los libros sagrados, como lo prueban, no sólo sus hermosas poesías, sino sus eruditísimas anotaciones á las obras de Garci-Lasso. En Fernando de Herrera hay dos poetas: uno inspirado, verdadero, nacional, cristiano; otro frío, clásico, italiano. No hay que decir que sus obras más famosas corresponden al primer aspecto. La más notable de todas, la que basta para que su nombre sea imperecedero, es su admirable *Canción á la batalla de Lepanto.* Jamás han sonado en oídos españoles acentos tan graves, tan profundos, tan enérgicos; jamás la pompa del endecasílabo y la gracia del período musical han aparecido con tanta majestad y tanto brillo. La canción á Lepanto es única en la poesía española, y, aparte de algunas asonancias, muy corrientes en aquella edad, el verso es

[1] Como prueba de esta verdad, puede leerse el trabajo del señor *Laso de la Vega* sobre la escuela poética sevillana, y se verá, contra la intención del autor, que no hay aquella escuela, sino lo que podemos llamar poetas andaluces.

siempre rotundo y la frase sonora y majestuosa; y las imágenes brillantes, los bellos apóstrofes se suceden sin interrupción, correspondiendo el genio del poeta á la magnitud del asunto que celebraba: la sola invocación nos eleva ya al mundo de lo grandioso y lo sublime:

«Cantemos al Señor, que en la llanura
Venció del ancho mar al Trace fiero;
Tú, Dios de las batallas, tú eres diestra,
Salud y gloria nuestra.
Tú rompiste las fuerzas y la dura
Frente del Faraón, feroz guerrero;
Sus escogidos príncipes cubrieron
Los abismos del mar, y descendieron,
Cual piedra, en el profundo, y tu ira luego
Los tragó, como arista seca el fuego.»

Después de esta soberbia invocación, calcada en el divino cántico de Moises, presenta á los turcos engreídos con su poder, desafiando á los cristianos y proponiéndose su exterminio. El poeta, entonces, levanta su voz al cielo para que vuelva por su nombre ultrajado; pintando brillantemente los aprestos marítimos del infiel, y al bravo español, al joven de Austria generoso, que se apresta á la batalla; y dice en dos magníficos rasgos todo lo grandioso de la victoria:

«Turbáronse los grandes, los robustos
Rindiéronse temblando y desmayaron;
Y tú entregaste, Dios, como la rueda,
Como la arista queda
Al ímpetu del viento, á estos injustos,
Que mil huyendo de uno se pasmaron.
Cual fuego abrasa selvas, cuya llama
En las espesas cumbres se derrama,
Tal en tu ira y tempestad seguiste
Y su faz de ignominia convertiste.»

Después sigue exponiendo, pero por alto modo, las consecuencias de la victoria, celebrando la humillación de los ene-

migos del nombre cristiano, y haciendo entender que no hay poderío que se oponga al brazo de Dios, á quien todos deben gratitud y alabanza, y á quien han de confesar y rendir vasallaje las potestades de la tierra.

Una observación importante hay que hacer respecto á esta magnífica poesía, y es que, no ya está empedrada de frases bíblicas, como dicen los críticos, sino que toda ella se compone de trozos tomados de los libros santos. Es un trabajo especial de Herrera no haber puesto, puede decirse, ni un concepto suyo, y haber hecho, sin embargo, una obra llena de vida y unidad, tomando de los libros de los *Reyes*, de los *Profetas*, de los *Salmos*, los elementos todos de su composición. Aquel magnífico y hermoso apóstrofe en que dice:

«Llorad, naves del mar, que es destruida
Vuestra vana soberbia y pensamiento»,

es copia del análogo de Isaías, en que, dirigiéndose á los tirios, dice:

«*Ullulate naves maris*
Quia vastata est fortitudo vestra».

La estrofa *Turbáronse los grandes*, *los robustos*, etc., está tomada de los Salmos, y la mayor parte traducida literalmente [1].

La misma inspiración sagrada brilla en la elegía de Herrera por *La pérdida del rey Don Sebastián y su ejército*, que es otra de sus admirables composiciones; pero la *Canción de San Fernando* tiene ya una tendencia clásica que la quita naturalidad y verdad, y eso que Lope de Vega se entusiasmaba extraordinariamente con algunos de sus trozos que, por cierto, no son para imitados, pues pecan hasta de gongo-

[1] Deus meus, pone illos ut rotam; et sicut stipulam ante faciem venti.—Sicut ignis qui comburit silvas.—Et sicut flamma comburens montes.—Ita persequeris illos in tempestate tua, et in ira tua turbabis eos.—Imple faciem eorum ignominia; et quaerent nomen tuum Domine. —Erubescant et conturbentur in saeculum saeculi, et confundantur et pereant.—Et cognoscant quia nomen tibi Dominus.—Tu solus altissimus in omni terra. (Del núm. 5 al fin del Salmo, que es XIX.)

rinos [1]. En las demás poesías ya Herrera es otro hombre; su misma celebrada *Oda á Don Juan de Austria*, podría ser, no de un español á un heroe cristiano, sino de Horacio á un grande de Roma. Todo en ella es mitológico, y, por consiguiente, todo amanerado y falso; tiene, además, un exceso enojoso de erudición, y estos defectos no los compensa ciertamente la gallardía de los versos.

Las otras poesías de Herrera son *canciones, elegías* y *sonetos*, la mayor parte de carácter erótico, pero de un erotismo frío y falso. Herrera es, en este sentido, otro Petrarca. La dama de sus pensamientos parece ser doña *Leonor de Milán*, condesa de Gelves, á quien llama Leonora, Eliodora, Lumbre y Luz, pero de quien seguramente no estuvo apasionado ni mucho menos. Ya hemos dicho que era sacerdote, y no hay noticia ninguna de que sus costumbres no correspondieran á su estado. Doña Leonor era un tema poético, y, por lo tanto, no podía inspirarle sino conceptos más ó menos metafísicos y artificiosos, pero nada de verdadero sentimiento ni pasión. Y hay en Herrera un carácter tan dominante clásico-italiano, que se muestra así aún en sus elegías, hasta en la escrita con motivo de la muerte de D. Pedro de Zúñiga, hijo del duque de Béjar. Por lo demás, claro es que en todas estas composiciones Herrera hace gala de dominar completamente la lengua y la versificación, y tiene ciertas poesías agradables, como la *Elegía al desengaño* y la silva al *Sueño*, que no carecen de naturalidad. Si siempre hubiera tenido en cuenta

[1] Véase si no, la estrofa siguiente, celebrada por Lope:

«Cubrió el sagrado Betis de florida
Púrpura y blandas esmeraldas llena,
Y tiernas perlas la ribera undosa,
Y al cielo alzó la barba revestida
De verde musgo, y removió en la arena
El movible cristal de la sombrosa
Gruta, y la faz honrosa
De juncos, cañas y coral ornada
Tendió los cuernos húmidos, creciendo
La abundosa corriente dilatada
Su imperio en el Océano extendiendo.... etc.

esta primera y fundamental condición de la poesía, Herrera no tendría superior ni rival, como puede decirse que no lo tiene en la *Canción á Lepanto,* dicha. Algunas veces es confuso, sobre todo en sus sonetos y décimas, y emplea trasposiciones violentas y voces nuevas con alguna exageración; pero si esto no puede alabarse, justo es decir que Herrera aumentó el caudal y riquezas al castellano, que adquiría nuevos giros y frases, contribuyendo el insigne vate al esplendor y brillo del lenguaje poético.

222. Al lado de Herrera, aunque no por sus méritos, debe ser citado su amigo Francisco Pacheco, conocido por su famoso libro de los retratos, uno de los cuales es el del gran poeta; pero, además, Pacheco escribió algunos sonetos, madrigales y epigramas.

—D. Juan de Jáuregui, oriundo de Vizcaya, nació en Sevilla en 1570. Estudió en Roma, y se dedicó á la pintura, haciendo, entre otros, el retrato de Cervantes, con quien tuvo amistad, así como con otros muchos literatos, de quienes fué verdadero protector. Murió en Madrid en 1650. Escribió muchas poesías, originales y traducidas. Las mejores son las traducidas; entre ellas la *Aminta,* poema pastoril del Tasso. También tradujo toda la *Farsalia* y varias poesías de Horacio y de Marcial. Asimismo puso en verso castellano algunos salmos é himnos sagrados, mereciendo especial mención el *Super Flumina Babilonis.* Sus poesías originales son, por lo general, sonetos y canciones eróticas; mas también hizo algunas de asuntos religiosos á la Virgen y á los Santos, con motivo de varias festividades de la Iglesia. D. Juan de Jáuregui es versificador sonoro y brillante, y escribe con elegancia y corrección; pero se deja llevar del mal gusto que había combatido, y escribe en *culto* la fábula de *Orfeo.* La misma traducción de la *Farsalia* se resiente de este defecto.

—D. Juan de Arguijo, también sevillano, de mediados del siglo XVI, fué un espléndido protector de las letras, con lo cual disminuyó mucho su patrimonio. En sus canciones y sonetos se muestra discípulo de Herrera, y como él, es grandilocuente, vigoroso y correcto; pero casi todos sus asuntos son mito-

lógicos ó de la historia griega y romana. Muchos son los sonetos de D. Juan de Arguijo, y, entre ellos, los mejores, uno *Al Guadalquivir,* otro á *Curció* y otro á *Cicerón.*

—Menos citado, aunque merece serlo más, es otro poeta andaluz, Juan Rufo, jurado de Córdoba. Sirvió á D. Juan de Austria, en cuyo obsequio publicó un poema épico de escaso valor en 1584. Compuso, además, algunas poesías ligeras, un cuento cómico, *La muerte del ratón,* sonetos y canciones, y una magnífica *Carta á su hijo,* que bastaría á librar su nombre del olvido. De ella queremos poner algunas redondillas:

«Dulce hijo de mi vida:
Juro por lo que te quiero
Que no ser el mensajero
Me causa pena crecida.
Mas no cumplirás tres años
Sin que yo, mi bien, te vea,
Porque alivio se provea
Al proceso de mis años....
Préndese tu blanca mano
Con esta no blanca mía,
Y hacerte he compañía,
Como si fueras anciano.
Y si algún camino luengo
Te cansa y causa embarazos,
Llevarte he sobre mis brazos
Como en el alma te tengo.
Darte he besos verdaderos,
Y transformándome en ti
Parecerán bien en mí
Los ejercicios primeros.
Trompos, cañas, morterillos
Saltar, brincar y correr
Y jugar al esconder,
Cazar abispas y grillos;
Andar á la coscojita
Con diferencia de trotes,
Y tirar lisos virotes
Con arco y cuerda de guita;
Chifle en hueso de albarcoque,

Pelota blanca y liviana,
Y tirar por cerbatana
Garbanzo, china y bodoque;
  Hacer de la haba verde
Capilludos frailecillos,
Y de las guindas zarzillos,
Joyas en que no se pierde;
  Zampoñas del alcacel
Y de cogollos de cañas
Reclamos, que á las arañas
Sacan á muerte cruel.......»

Sigue así exponiendo bellísimamente las aficiones y los juegos infantiles, y después adopta el tono grave del consejo, diciendo:

«.... Mas cuando sufra tu edad
Tratar de mayores cosas,
Con palabras amorosas
Te enseñaré la verdad.
  No con rigor que te ofenda,
Ni blandura que te dañe,
Ni aspereza que te extrañe,
Ni temor que te suspenda;
  Antes con sana doctrina
Y término compasado,
Conforme soy obligado
Por ley humana y divina.... »

Toda esta parte está llena de graves sentencias y cristianos consejos, expresados con elegante sobriedad. Dice, por ejemplo:

«Verás que cada animal,
Conforme á su inclinación,
Sigue la disposición
De un instinto natural.
  Y sólo el hombre pervierte
Sus justas obligaciones,
Si no vence sus pasiones
Como valeroso y fuerte....

De la dudosa esperanza
Nunca hagas certidumbre,
Pues por natural costumbre
Aun en lo cierto hay mudanza.
Deja siempre la porfía
Primero que se comience,
Porque sin duda la vence
El que de ella se desvía.
Afable comedimiento
Alaben todos en ti,
Porque resbalar de aquí
Es de bajo entendimiento.
Ya que no por igual
Trates á los desiguales,
No les quites, sino dales
En su tanto á cada cual.
Lo que cierto no supieres
No te hagas dello autor;
Callarlo es mucho mejor
Mientras dudoso estuvieres....
No aflijas al afligido,
Que á las veces, el que ha errado
Tiene enmienda consolado
Mejor que reprendido.
No fíes en los placeres,
Porque pasan como viento,
Y cuando estés descontento
Disimula, si pudieres:
Porque el mal comunicado,
Aunque dicen que es menor,
No arguye tanto valor
Como el secreto y callado.
Ten mancilla al envidioso
Que se aflige sin provecho,
Alimentando en su pecho
El aspid más ponzoñoso.
Es la envidia testimonio
Que denota vil flaqueza,
Es malicia y es simpleza,
Es desdicha y es demonio.
Holgar por el bien ajeno

Es ser partícipe de él,
Piedra de toque fiel
En que se conoce el bueno....»

Por último, no omite Juan Rufo hablarle á su hijo contra la poesía pagana, tan de moda en aquellos tiempos, diciéndole con gran sentido:

«Si el colegio de Talía
Te diere furor divino,
Sigue el honesto camino
Y nùnca del te desvía.
Sean por ti celebrados
Los generosos motivos;
No los amores lascivos
Ni gustos desenfrenados.
Los insignes caballeros
Que murieron en la guerra,
No sátiros en la tierra,
Ni en el mar ninfas en cueros.
Las obras dignas de fama
Cantarás en grave estilo,
No las torpezas del Nilo
Ni mudanzas de una dama....»

—Baltasar de Alcázar, que nació en Sevilla por los años 1530, fué militar y peleó contra los franceses, sirviendo luego á los duques de Alcalá en la villa de los Molares. Murió en 1606. Cultivó la poesía festiva y satírica, componiendo letrillas y epigramas y un lindo *Diálogo entre un galán y el eco.* Suya es la conocida poesía titulada la *Cena jocosa,* que empieza: *En Jaén donde resido....,* y también es suyo el epigrama no menos conocido: *En un muladar un día.*—Alcázar peca algunas veces de licencioso, y es, por lo menos, aficionado á tratar escabrosas materias.

223. Pero el único poeta andaluz que, en méritos é inspiración, aunque de muy distinta índole, puede competir con Herrera, es Góngora. D. Luis de Góngora y Argote nació en Córdoba en 1561. Estudió en Salamanca, haciéndose luego eclesiástico, y fué canónigo en su ciudad natal. Después fué

capellán de honor de Felipe III, y vivió en Madrid; pero volvió á su patria, donde murió el 23 de Mayo de 1627. Góngora es el corifeo del culteranismo y del mal gusto en la poesía, de que hablaremos más adelante. Pero en la primera época de su vida fué un notabilísimo poeta. Sobresale Góngora en lo sencillo, tierno y delicado. Aunque escribió canciones eróticas y sagradas, su importancia está en los romances y letrillas, y aun en algunos sonetos y madrigales. Entre las letrillas, son famosas las que empiezan: *Los dineros del sacristán, Ande yo caliente, Bien puede ser* y *Milagros de corte son.* De ésta última son las siguientes estrofas:

«Que tenga el engaño asiento
Cerca de alguna grandeza,
Y que pueda la riqueza
Dar á un necio entendimiento;
Que perezca el buen talento
Si á decir verdad aspira,
Y que tenga la mentira
Título de adulación,
Milagros de corte son.
Que don Milano afeitado
Ajeno linaje infame,
Y que Mendoza se llame
Por lo que tiene de Hurtado;
Que diga ser más soldado
Que en su tiempo el de Pescara,
Y que se llame Guevara
El que no es más que un Ladrón,
Milagros de corte son....»

Entre los romances son bellísimos los que empiezan: *Jueves era, jueves — Tú noche que alivias—Hermana Marica;* y los caballerescos *Amarrado al duro banco—Entre los sueltos cabellos.—Famosos son en las armas.—En un pastoril albergue* y otros, que no tienen superior en el riquísimo romancero castellano.

En las décimas, muchas de las cuales son sátiras, tampoco tiene superior Góngora, que versifica con más corrección y

esmero que los otros grandes poetas de aquel siglo. Es lástima que se deslice algunas veces hasta tocar en licencioso. En los sonetos no hay cosa que alabar, como no sea la versificación: todo está perfectamente hecho; mas los asuntos son de poca substancia. Algunos de los más bellos, como el que empieza *La dulce boca que á gustar convida*, tienen gallardía en el estilo, pero suele afearlos la erudición mitológica que ostentan.

Góngora además escribió en estilo culto el *Polifemo*, *Las Soledades* y otras obras, de que trataremos en otro lugar.

LECCIÓN XXXVII

EL MAL GUSTO.

224. ¿Es fenómeno peculiar de España? Precedentes, causas y diversas formas del mal gusto.—225. El culteranismo: Góngora.—226. Continuadores de Góngora.—227. Protestas.—228. El conceptismo: Ledesma, Bonilla y otros.—229. El prosaismo afectado: Gracián.

224. En el último tercio del siglo XVI inundó la poesía española, cundiendo á los demás géneros literarios, el mal gusto en sus diferentes formas, y principalmente en la denominada *culteranismo*. Así lo llamó el humanista D. Bartolomé Jiménez Patón. También se conoce este vicio literario con el nombre de *gongorismo*, porque Góngora, en efecto, ya que no principal causante de él, fué jefe de dicha secta literaria y el que más contribuyó á su propagación. Pero el mal gusto era un fenómeno casi general en la literatura europea de aquel tiempo y lo fué en otras varias épocas. Como hemos dicho en otro lugar [1], «su raíz es un vicio tan antiguo

[1] CALDERÓN: *Estudio crítico*.

»como el hombre: la vanidad y el afán de distinguirse. Del »trágico griego Agatón se nos cuenta ya que *gorgizó en los* »*yambos*, es decir, que siguió al sofista Gorgias en los juegos »de palabras; Lycofron, en tiempo de los Ptolomeos, escribía »en tenebroso estilo, siendo su *Alexandra* ininteligible á los »más doctos helenistas; Marcial es alambicado; Lucano hiper»bólico y afectadísimo, y los poetas de Bizancio cultivaban el »acróstico y otras puerilidades: hasta en el *Edda* se hallan »frases y conceptos culteranos. Por lo que hace á los pueblos »modernos, cuando en España se extendía el mal, Inglaterra »estaba ya llena de *euphuismo*, jerigonza simbólica llena de »metáforas: en Italia cundía el *marinismo*, que tuvo también »su legislador en el conde Thesauro, cuyo libro titulado *An*»*teojo aristotélico* puede correr parejas con el *Euphues* ó »*Anatomia del espíritu*, de John Lily, y con la *Agudeza y* »*arte de ingenio*, de nuestro Gracián; y en Francia dominaba »el mal gusto, que fué elevado á ley por el Hotel de Rambouil»let y las *Preciosas*. En España ya el mismo D. Juan Manuel »escribió una parte de su *Conde Lucanor* apartándose de la »*fabla vulgar*; el lenguaje de los libros de caballería es en»crespado y campanudo; afectado y gomoso el de los pastori»les; Herrera había escrito con ampulosidad verdaderamente »gongorina; Quevedo con exagerado conceptismo, y Gón»gora—tan gran poeta cuando no es gongorino, según dis»cretísima frase de un sabio—concluyó por generalizar la »funestísima plaga; usando todos los escritores metáforas »rimbombantes, retruécanos amanerados, trasposiciones vio»lentas y alusiones mitológicas, que, como indicó muy bien »Cascales, componen la substancia y forma del cultera»nismo».

Además de esto, es innegable que algunas obras del siglo XV, como la *Consolación* á Valera, de D. Enrique de Aragón; la *Lamentación por la destrucción de España*, del marqués de Santillana, y el principio de un libro anónimo, titulado *Los pensamientos variables*, en tiempo de los Reyes Católicos, son verdaderamente culteranos, así como las obras de muchos poetas trovadorescos. En Ferrus, Gerena,

Álvarez Gato, Rodrigo de Cota y otros, hemos visto tales extravagancias y exageraciones, que no ceden á las mayores lindezas de la escuela gongorina; y, por otra parte, los poetas italianizados como Mena, Diego de Burgos y el mismo marqués de Santillana, son en ocasiones grandemente conceptistas y pedantescos. Llegando ya al siglo XVI, el mismo Garci-Lasso de la Vega, y mucho más Herrera, tienen á veces mal estilo, lleno de italianismos y mitologías. D. Luis Carrillo de Sotomayor, que las publicó en 1610, escribió con mucha afectación, y el Dr. Tejada, en sus versos, tiene también frases gongorinas.

Estaban, pues, preparados todos los materiales, y sólo faltaba una mano hábil y un espíritu audaz y emprendedor que los diera forma y los presentara con toda su extensión y magnitud.

Es, por otra parte, indudable que la causa principal, si no del mal gusto, del *culteranismo,* fué la erudición clásica y la afición á la mitología, que es lo que da verdadera obscuridad á los conceptos culteranos; pero al lado del culteranismo vivía el *conceptismo,* que consistía en la sutileza y alambicamiento en el escrito y en la fraseología propiamente dicha. Este conceptismo había sido iniciado hasta por poetas de buen gusto y verdadero mérito: las metafísicas y sutilezas de los petrarquistas distaban sólo un paso de él, y en los trovadores clásico-provenzales del siglo XV hemos visto composiciones tan alambicadas de sutilezas, que el pensamiento se pierde en ellas; y hasta Quevedo, en España, grandemente enemigo del culteranismo, dió, sin embargo, en el conceptismo, y en Italia los *marinistas* no eran otra cosa que conceptistas verdaderos. Achillini en 1574—1640, y Preti, son los principales representantes del conceptismo italiano. Achillini había dirigido un soneto á Richelieu sobre la deliberación de Casal en 1629, que empezaba así:

«Sudate, o fochi! a preparar metali.»

Y del mismo autor es un madrigal que no tiene nada que

envidiar á los más típicos modelos del conceptismo español [1].

Por lo que hace á España, la *Poética* de Rengifo, publicada en 1592, considera gran cosa los acrósticos, los laberintos, la versificación con eco y otras lindezas tan lejanas de la verdadera poesía. Se hacían por aquel tiempo *romances* en eco:

«Pintar al vivo un retrato
Trato al dueño que he querido,
Herido dejo mi pecho
Hecho á sentir sus desvíos.»

También se hacían sonetos con repetición:

«Guarda, mundo, tu flaca fortaleza;
Fortaleza de carne no la quiero;
Quiero servir á aquel en quien, si espero,
Espero hará de roble mi flaqueza....»

Hiciéronse sonetos, en los cuales se pueden leer los versos y los cuartetos y tercetos al revés, que es lo que llamaron retrógrados:

«Sagrado Redentor y dulce Esposo,
Peregrino y supremo Rey del cielo,
Camino celestial, dulce consuelo,
Amado Salvador, Jesús gracioso....»

---

1 Dice así:

«Col fior de fiori in mano,
Il mio Lesbiu rimiro:
Al fior respiro, el pastorel sospiro,
Il fior sospira odori,
Lesbiu respira ardori,
L'odor dell'uno odoro
L'ardor dell'altro adoro,
Et odorando ed adorando i sento
Dall'odor, dall'ardor ghiacio e tormento.»

Con eco también se hicieron sonetos:

«Mucho á la majestad *sagrada agrada*
Que entienda á quién está el *cuidado dado*,
Que es el Reino de acá *prestado estado*,
Pues es al fin de la *jornada nada*....
La silla real por *afamada amada*,
El más sublime, el más *pintado hado*
Se ve en sepulcro *encarcelado helado*
Su gloria, al fin, por *desechada echada*.... [1].»

Se hacían además sonetos, acrósticos bilingües, trilingües, etc.

225. Juntos en uno todos estos defectos, produjeron el culteranismo, como queda indicado, siendo Góngora su portaestandarte y principal corifeo. Las poesías culteranas de Góngora son tales, que es imposible entenderlas sin un buen caudal de erudición y un verdadero esfuerzo de atención y paciencia. Las principales de ellas son la *Fábula de Polifemo* y las *Soledades*, así como el *panegírico del duque de Lerma*. Los siguientes trozos pueden dar una idea de lo ridículo, enigmático y enmarañado de este lenguaje [2]. La siguiente estrofa es del *Polifemo*:

«Ninfa de Doris, hija la más bella
Adora que vió el reino de la espuma;
Galatea es su nombre, y dulce en ella
El terno Venus de sus Gracias suma;
Son una y otra luminosa estrella
Lucientes ojos de su blanca pluma;
Si roca de cristal no es de Neptuno,
Pavón de Venus es, cisne de Juno....»

---

[1] Este soneto se hizo en las exequias de doña Aña, reina, y es de Fr. Luis de León (?).

[2] D. Juan Pellicer comentó las obras de Góngora, el cual tuvo á su vez muchos imitadores.

Y esta otra de las *Soledades:*

«Aura en esto marina
El discurso, y el día juntamente
Trémula, si veloz les arrebata,
Alas batiendo, líquidas, y en ellas
Dulcísimas querellas
De pescadores dos, de dos amantes
En redes ambos y en edad iguales,
Dividiendo cristales
En la mitad de un óvalo de plata.
Venía á un tiempo el nieto de la espuma
Que los mancebos daban alternantes
Al viento quejas, órganos de pluma,
Aves, digo, de Leda,
Tales no oyó el Caistro en su arboleda,
Tales no vió el Meandro en su corriente....»

226. Á Góngora siguieron otros muchos que, por falta de ingenio, no llegaron á sus extravíos, así como tampoco conservaron las bellezas, que nunca faltan del todo en las poesías del vate cordobés. Entre sus imitadores deben citarse D. Francisco Trillo de Figueroa [1], que escribió en estilo culto los panegíricos, *neapolisea,* y los *epitalamios;* pero debe decirse, en justicia, que también compuso lindas canciones, romances y letrillas en mejor estilo.—El conde de Villamediana, D. Juan de Tassis, gentil-hombre y correo mayor de España, muy conocido por el misterioso asesinato que puso fin á sus días en Madrid el día 21 de Agosto de 1622, aunque escribió epigramas y poesías cortas en buen estilo, imitó luego á Góngora, en algunas de sus poesías más pretenciosas, como las fábulas de *Faetonte* y *Fénix.*—D. Juan de Jáuregui, de quien ya hemos hablado, en el *Orfeo* y en la traducción de la *Farsalia* se dejó llevar también del culteranismo que invadió la prosa y el púlpito, siendo Fr. Hortensio de Paravicino tan desatinado en su elocuencia, que Calderón llamó á su plática *sermones de Ber-*

[1] Era de la Coruña, y fué militar en Italia, retirándose luego á Granada.

bería[1]. Los mismos libros tenían títulos extravagantes, como el titulado *El genitivo de la sierra de los temores, contra el acusativo del valle de las roncas,* y *Colirio del maná eucarístico.*

227. Á pesar de esto, no faltaron grandes protestas contra los culteranos, distinguiéndose entre los impugnadores Lope de Vega y Quevedo, que personalmente zahirieron á Góngora, el cual no se quedó atrás, entablándose, no una polémica, sino una verdadera contienda de insultos y diatribas, en que todos hicieron grandes alardes de ingenio. Góngora atacaba á sus adversarios en el famoso soneto, que empieza:

«Patos del agua chirle castellana,
De cuyo rudo ingenio fácil riega,
Y tal vez dulce inunda vuestra *vega*,
Con razón *vega*, por lo siempre llana....»

Á lo cual Lope contestaba con otro no menos punzante, que decía:

«Son las visiones, que llegando admiras
Al tránsito fatal que te divierte:
Tu ya infeliz ingenio está de suerte
Que en versos macarrónicos deliras....»

Pero, á pesar del ingenio de Lope, de las sátiras de Quevedo y de sus libros en prosa, como la *Culta Latiniparla,* era tal la fuerza de la moda, que Góngora triunfó, obligando casi al silencio á sus adversarios, llegando Lope de Vega á confesar que el vate cordobés había vencido y hecho enmudecer á sus contradictores.

228. Por desgracia, no sólo sucedía esto, sino que el mal gusto llegó á tener preceptistas y hasta predicarse con pretensiones didácticas y literarias; ocasionando varias tendencia en la poesía, todas malas. Las principales de estas tendencias son el *conceptismo* y el *prosaismo.* El primero puede

[1] Este duro calificativo pudo ser represalia de un dictamen que dió contra las comedias....

decirse que corre parejas con el culteranismo, aunque se aparte de él en no buscar tanto la erudición y la mitología; y los conceptistas procuran sobre todo aparecer discretos y hombres de ingenio, sutilizando y alambicando cuanto pueden los pensamientos, para presentarlos con novedad. En esto pecaron algunos de los impugnadores del culteranismo, principalmente Quevedo, cuyos versos (y cuya prosa) pecan mucho de amaneramiento y afectación en buscar contrastes, retruécanos y toda clase de juegos de palabras y equívocos. Los principales conceptistas son, además de Quevedo, Alfonso de Ledesma, segoviano (de 1552 á 1623). *Sus conceptos espirituales,* publicados en 1600, son poesías religiosas, tan llenas de equívocos y tan artificiosas, que desaparece de ellas toda poesía y toda verdad [1]. En 1615 publicó su *Monstruo imaginado,* obra en prosa y verso exageradamente conceptista.

Alfonso de Bonilla [2] le sigue en todo y por todo, así como figura con razón entre los conceptistas el portugués don Francisco de Melo [3].

229. Á reglamentar este mal gusto vino Baltasar Gracián [4]. Era hombre de ingenio y de instrucción; pero extraviado por el afán de novedad, y hasta queriendo contradecir á los culteranos, puso el *summum* del arte en la agudeza. Para Gracián, la sutileza del pensamiento es el mérito mayor que puede tener un libro. Publicó, para propagar su doctrina, una obra titulada *Agudeza y arte de ingenio,* en la cual sostiene que la agudeza es el pasto del alma, y que el entendimiento sin concepto y agudeza, es como un sol sin luz; y que

[1] A San Lorenzo, le dice, con motivo de su martirio:

«Seréis sabroso bocado
Para la mesa de Dios,
Pues sóis crudo para vos
Y para todos asado».

[2] Llamó á sus poesías *peregrinos pensamientos*, y luego publicó otra colección titulada *Nuevo Jardín de flores divinas*.

[3] En su libro las *Tres Musas del Melotino*, hay muchas poesías castellanas, generalmente conceptistas.

[4] Fué de Calatayud, perteneció á la Compañía de Jesús, y murió en Tarazona en 1658.

así como la dialéctica tiende á la concisión y termina por formar un silogismo, la retórica busca el ornato de la palabra, procurando formar conceptos sin relación entre dos ó tres extremos expresados por un todo del entendimiento. Gracián, además, explica todas las clases de agudeza, y dice:

«El entendimiento sin agudeza ni conceptos, es sol sin luz, sin rayos, y cuantos brillan en las celestes lumbreras son materiales con los del ingenio....

»Toda potencia intencional del alma, digo, las que perciben objetos, gozan de algún artificio en ellos: la proporción entre las partes del visible es la hermosura: entre los sonidos la consonancia, que hasta el vulgar gusto halla combinación entre lo picante y suave, entre lo dulce y lo agrio. El entendimiento, pues, como primera y principal potencia, álzase con la prima del artificio, con lo extremado del primor, en todas sus diferencias de objetos. Destínanse las artes á estos artificios, que para su composición fueron inventadas, adelantando siempre y facilitando su perfección. Atiende la dialéctica á la conexión de términos para formar bien un argumento, un silogismo, y la retórica al ornato de palabras, para componer una flor elocuente, que lo es un tropo, una figura.»

«Ay agudeza pura, que no contiene más de una especie de concepto, sea proporción ó sea misterio.... Otra ay agudeza mixta, monstruo del concepto, porque concurren en ella dos y tres modos de sutileza, mezclándose las perfecciones y comunicándose las esencias.... Dividiéndose adequadamente en agudeza de artificio menor y de artificio mayor, quiero decir, incomplexa y compuesta. La incomplexa es un acto solo, pero con pluralidad de formalidades y de extremos, que terminan el artificio, que fundan la correlación....»

»Buélvese á dividir la agudeza incomplexa en sus géneros y modos, y redúcese á quatro, como raíces fuentes del conceptear. La primera es de correlación y conveniencia de un término á otro, y aquí entran las proporciones, improporciones, semejanzas, paridades, alusiones, etc. La segunda es de ponderación juiciosa, sutil, y á ésta se reducen crysis, paradoxas, exageraciones, sentencias, desempeños, etc. La tercera es de raciocinación, y á ella pertenecen los misterios, reparos, illaciones, pruevas, etc. La cuarta es de invención, y comprehende las ficciones, estratagemas, invenciones en acción y dicho, etc., etc.»

Con esta teoría, que quitaba de raíz el fundamento del arte, que es la verdad y la sencillez, que es la vida y el sentimiento,

para fundarle en las sutilezas del ingenio, no hay que decir cómo sería la práctica. Gracián, en efecto, escribió las *Selvas del año*, especie de poema descriptivo de las estaciones, en el cual no hay ni un sentimiento de amor á la naturaleza, ni un verdadero pensamiento elevado al contemplar la hermosura que presenta sucesivamente el campo en los distintos períodos del año. No va buscando sino analogías y comparaciones, á veces extravagantes, para hacer alarde de ingenio, resultando un modelo deplorable del mal gusto. He aquí un trozo de la *Selva* cuarta, en que habla de los frutales:

«La parda pera, la manzana roja,
La camuesa opilada,
Parte amarilla y parte arrebolada;
Arrebol tan hermoso, que parece
Que la afeitó con el color bermejo
De algún arroyo el cristalino espejo;
El membrillo alanudo,
De su primera austeridad desnudo,
Aunque tan duro siempre y obstinado,
Que sólo purga el fuego su pecado;
Las monjas avellanas
Mudas en su clausura, y tal vez vanas,
Porque el gusano, su devoto ingrato,
Á muchas envanece con su trato:
Devoto tan dichoso,
Que á costa de su monja, alegre vive
Y sin contribución dulce recibe,
Siendo verdad que el torno
Es hermano mayor de don Retorno.
....
No menos recoleta,
Ya la hermosa castaña,
Con hábito de monja Carmelita
Entre rejas de púas siempre habita;
Entretanto pomposos los nogales
Rinden á puros golpes su tributo;
(Símbolo de hombres malos,
Que no hacen cosa buena sino á palos)....»

Huyendo de estos extremos de gongorismo, conceptismo y sutilezas, otros escritores cayeron en el *prosaismo* más lamentable, escribiendo con tal desmayo y tanta frialdad, que parece imposible cómo les ocurrió hacer versos. El conde Rebolledo, D. Bartolomé Carrasco, Antonio Enrique Gómez, Alonso Barros y otros varios, incurrieron en este deplorable defecto, menos grave, porque fué menos seguido y porque no era posible que incurrieran en él poetas de verdadero ingenio.

LECCIÓN XXXVIII

POETAS QUE SE PRESERVAN DEL MAL GUSTO.

230. Rodrigo Caro: su *Canción á Itálica.*—231. Fernández de Andraza: la *Epístola moral*, atribuida hasta ahora á Rioja.—232. Rioja: sus *silvas.*—233. Quirós y otros.—234. Inmenso número de poetas. Poetisas: Sor Juana Inés de la Cruz.—235. Colecciones de poesías.

230. Felizmente, no todos los poetas de aquel período fueron contagiados del culteranismo. Hay, por el contrario, algunos muy ilustres, nacidos casi todos en Andalucía, que se preservaron de tan funesta plaga. Rodrigo Caro es uno de los más notables. Natural de Utrera, donde nació en 1573, fué eclesiástico, distinguiéndose por su erudición, como lo revelan sus obras en prosa [1]. Como poeta escribió poco, pero tiene una composición que basta para inmortalizar su nombre. Nos referimos á la hermosa *Canción á las ruinas de Itálica*, atribuida hasta hace poco tiempo á Rioja. El espectáculo de los restos de la antigua colonia romana arranca á la lira de Caro sones íntimos, graves y solemnes: empieza mostrando el con-

[1] Son las tituladas: *Días geniales*, *Antigüedad y principado de la ilustrísima ciudad de Sevilla*, *Relación de las inscripciones y antigüedades de la villa de Utrera*, y *Claros varones en letras de la ciudad de Sevilla.*

traste que ofrecen las ruinas presentes con las grandezas pasadas; recuerda los grandes hombres que en Itálica vieron la luz, y, meditando sobre lo fugaz de la vida y el esplendor de ciudades é imperios, vuele á fijarse en el lastimoso estado de Itálica, cuya desdicha lloran hasta los ecos y las voces misteriosas de la noche. Aparte de que predomina en esta poesía el sentimiento clásico filosófico sobre el cristiano, lo cual priva á Caro de la grandeza á que fácilmente se hubiera podido elevar, todo en ella es magnífico, y la versificación tan rotunda y sonora, que no tiene superior en nuestra rica poesía. Aunque es conocida de todos, debemos citar aquí algunas estrofas:

«Estos, Fabio, ¡ay dolor!, que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa;
Aquí de Cepión la vencedora
Colonia fué; por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo;
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apenas quedan las señales.
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron
Á su gran pesadumbre se rindieron.
Este despedazado anfiteatro,
Impío honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh fábula del tiempo!, representa
Cuanta fué su grandeza y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Donde, pues, fieras ¡ay! está el desnudo

Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo despareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo;
Mas aun el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confusos lo presente,
Que voces de dolor el alma siente....»

La grandeza es sin afectación, y la grandeza se hermana con la sencillez. La estrofa regular, amplia, permite desarrollar los pensamientos; y, como dice Quintana, hasta la colocación de los tres versos cortos en medio de los endecasílabos, da á los períodos una soltura y ligereza que los hace más agradables y bellos. Los pensamientos, las imágenes expresivas, las frases felices, todo abunda en la hermosa poesía de Rodrigo Caro, que refundió varias veces su original primero, hasta lograr su extraordinaria perfeccción [1].

231. También se ha atribuido hasta ahora á Rioja otra poesía aún de mayores méritos que la *Canción á Itálica*: *La epístola moral*, que es la obra maestra de poesía didáctico-filosófica. Ni en la española ni en las otras literaturas hay composición que la iguale. *La epístola* es una admirable pintura de la paz del justo y de la vida tranquila del hogar y del campo; y este pensamiento, tan natural y sencillo, ofrece al poeta ocasión de desplegar una riqueza incomparable de reflexiones, máximas y descripciones magníficas. Escrita en tercetos, no hay uno que huelgue en toda la composición; ni un ripio, ni una frase prosaica, ni un verso desmayado; con el mismo sereno vigor, con la misma energía suave que empieza, llega sin cansancio y sin monotonía hasta el final:

«Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, do el ambicioso muere
Y donde al más astuto nacen canas;
Y el que no las limare ó las rompiere,

[1] Para que no quede duda de que la *Canción á las ruinas de Itálica* es de Rodrigo Caro, véase, en las Memorias de la Academia Española de Agosto de 1880, el trabajo del Sr. Fernández-Guerra.

Ni el nombre de varón ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.
  El ánimo plebeyo y abatido
Elija, en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído;
  Que el corazón entero y generoso
Al caso adverso inclinará la frente
Antes que la rodilla al poderoso.
  Más triunfos, más coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.
  Esta invasión terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna;
  Dejémosla pasar como á la fiera
Corriente del gran Betis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera....»

Después de invitar á su amigo al dulce reposo doméstico, dice bellísimamente el poeta:

  «Más precia el ruiseñor su pobre nido
De pluma y leves pajas, más sus quejas
En el bosque repuesto y escondido,
  Que agradar lisonjero las orejas
De algún príncipe insigne, aprisionado
En el metal de las doradas rejas....»

Y lamentando la ceguedad de los que viven llenos de ambición y afanes, exclama:

  «¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?
  ¿Que más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡Oh ciego desvarío!
¿Será que de este sueño me recuerde?
  ¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mío?
  Como los ríos, que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida....»

Y volviendo sobre la fugacidad de la humana existencia, prorrumpe en estas hermosas frases, que parecen arrancadas de los libros sagrados:

«Pasáronse las flores del verano;
El otoño pasó con sus racimos;
Pasó el invierno con sus nieves cano:
Las hojas que en las altas selvas vimos
Cayeron, ¡y nosotros, á porfía,
En nuestro engaño inmóviles vivimos!
Temamos al Señor, que nos envía
Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana lluvia y la tardía.
No imitemos la tierra, siempre dura
Á las aguas del cielo y al arado,
Ni la vid, cuyo fruto no madura.
¿Piensas acaso tú que fué criado
El varón para rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh, quien así lo entiende, cuánto yerra!
Esta nuestra porción, alta y divina,
Á mayores acciones es llamada
Y en más nobles objetos se termina....»

Continúa luego pintando la paz que goza el hombre modesto y lo poco con que se puede vivir feliz, y exclama contra los hipócritas:

«No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriones;
Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso común, cuyas entrañas
Son infectos y obscuros monumentos.
¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!
¡Que gárrula y sonante por las cañas!....»

Y después de celebrar las ventajas de la medianía y la templanza, termina con estas bellísimas frases:

«¿Es, por ventura, menos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿Es menos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.
La codicia, en las manos de la suerte,
Se arroja al mar, la ira á las espadas,
Y la ambición se ríe de la muerte.
Y, ¿no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro,
De más ilustres genios ayudadas?
Ya, dulce amigo, huyo, y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos.
Ven, y verás el alto fin que aspiro,
Antes que el tiempo muera en nuestros brazos.»

Señalar una por una las bellezas de esta composición sería imposible y enteramente inútil, por otra parte. La gran unidad que en ella resplandece, la elevación de su filosofía, el verdadero sentido cristiano que la informa, serían hasta profanados sometiéndolos al minucioso análisis del pormenor.

Según los recientes descubrimientos críticos, el autor de esta admirable obra fué el capitán *Andrés Fernández de Andrada*, de quien sólo se conoce, además, un fragmento poético [1].

232. Francisco de Rioja, despojado de las dos composiciones antes citadas, y con las cuales se presentaba como un coloso en nuestra poesía, queda, puede decirse, reducido á un poeta de segundo orden. Rioja nació en Sevilla á fin del siglo XVI; fué también sacerdote y abogado consultor de Felipe IV, bibliotecario y cronista del Rey, inquisidor de Sevilla, é individuo de la Suprema. Amigo y protegido del conde-duque de Olivares, fué arrastrado en la caída de este favorito, viéndose perseguido y retirándose á su patria. En una morada con fuentes y jardines vivía cultivando las letras, hasta que, nombrado representante ó diputado del clero sevillano, volvió á Madrid, donde murió por Agosto de 1659. Rioja se distingue por la elegancia y buen gusto de sus versos, en los cuales no

[1] Véase el trabajo de D. Adolfo de Castro: *La epístola moral á Fabio, no es de Rioja*, 1875.

hay afectación ni conceptismo, ni nada de los defectos que afeaban las obras de tantos otros ingenios; y su inspiración es suave y templada; rara vez adquiere tonos enérgicos, ni menos sublimes. En el canto *á las flores* ó *las estaciones*, sobresale más como observador filosófico que como amante entusiasta. La reflexión moral brota espontáneamente de su pluma; pero con carácter más que cristiano, filosófico, pudiendo decirse de él que es un horaciano mitigado por el Cristianismo. Como ejemplo de su estilo, véase el principio de su silva *A la Rosa:*

«Pura, encendida rosa,
Émula de la llama
Que sale con el día,
¿Cómo naces tan llena de alegría,
Si sabes que la edad que te dá el cielo
Es apenas un breve y veloz vuelo?
Y no valdrán las puntas de tu rama
Ni tu púrpura hermosa
Á detener un punto
La ejecución del hado presurosa.
El mismo cerco alado,
Que estoy viendo riente,
Ya temo amortiguado
Presto despojo de la llama ardiente....»

Rioja pagó tributo á la moda poética, escribiendo también sonetos eróticos, pero menos afectados y menos fríos que la mayor parte de los de aquel tiempo.

233. Otro andaluz, Pedro de Quirós, natural de Sevilla, y del orden de los clérigos menores, es también representante del buen gusto. Sus poesías son pocas, y algunas se distinguen por la dulzura y sentimiento que respiran, así como por su elegancia y corrección, libres de toda pedantería y amaneramiento. Lástima que escribiera de asuntos eróticos, aunque lo hace mejor que sus contemporáneos. Tiene un bellísimo *Madrigal á la tórtola*, que, por lo delicado y sentido, forma verdadera excepción:

«Tórtola amante, que en el roble moras,
Endechando en arrullos quejas tantas,
Mucho alivias tus penas, si es que lloras,
Y pocos son tus males, si es que cantas.
Si de la que enamoras
El desdén te desvía,
No dudar el desdén, pues tu porfía
Está en pecho de plumas conquistando.
¿Podrá un pecho de pluma no ser blando?
¡Ay de la pena mía,
En que medroso y triste estoy llorando,
Y enternecer procuro
Pecho de mármol, cuanto blanco, duro!....»

También es de Pedro de Quirós el soneto *A Itálica,* uno de los mejores de aquella centuria:

«Itálica, ¿do estás? Tu lozanía
Rendida yace al peso de los años.
¿Quién á la luz que dan tus desengaños
En la sombra veloz del tiempo fía?
Cedió tu pompa á la fatal porfía
De tirana ambición de los extraños;
Mas hízote el ejemplo de tus daños
Libro de sabios, de ignorancia guía.
Mal dije: no humilló tus torres claras
Tiempo ni emulación con manos fieras;
Que á resistirte, de los dos triunfaras.
Tu morir fué deber: que si hoy vivieras,
Ni á tus heroes más triunfos les hallaras
Ni del mundo en el ámbito cupieras.»

—Asimismo, escribieron, con buen gusto y estilo sencillo, el autor dramático D. Antonio Mirademescua, Pedro de Espinosa, Luis Martín y otros varios.

234. El número de poetas de segundo y tercer orden en todo este período, asusta; habiendo muchos que tienen composiciones muy estimables, como Miguel Moreno, autor de epigramas; Polo de Medina, D. Antonio de Solís, D. Fernando

de Valenzuela, Francisco de Figueroa, Pedro Soto de Rojas, Cristóbal Suárez de Figueroa, Eugenio Salazar de Alarcón y otros muchos. También hubo multitud de damas que cultivaron la poesía, aunque no con grande mérito; v. gr.: Doña María de Zayas, Doña Luisa de Carvajal, Doña Mariana de Valderas, Doña María Orozco y Zúñiga, Doña Ana Caro y la célebre monja de Méjico Sor Juana Inés de la Cruz, á quien dieron el nombre de la *décima musa.*

Sor Juana nació en 1651 en Méjico, y vivió en el palacio del marqués de la Mancera hasta los diez y siete años de su edad, en que profesó en el convento de San Jerónimo. Escribió comedias, autos y poesías, en general de mal gusto; pero hay algunas muy bellas, como las *quejas de un ausente, una viuda,* y las famosas redondillas contra los hombres que dicen mal de las mujeres. En su género no se ha escrito nada tan bueno como esta poesía, que recuerda la de Juan de la Encina, pero que la supera con mucho. De esta manera habla Sor Juana:

«Hombres necios, que acusáis
Á la mujer, sin razón,
Sin ver que sois la ocasión
De lo mismo que culpáis.
Si con ansia sin igual
Solicitáis su desdén,
¿Por qué queréis que obren bien,
Si las incitáis al mal?
Combatís su resistencia,
Y luego, con gravedad,
Decís que era liviandad
Lo que hizo la diligencia.
Queréis, con presunción necia,
Hallar á la que buscáis,
Para pretendida, Tais,
Y en la posesión, Lucrecia.
¿Qué humor puede ser más raro
Que el que, falto de consejo,
Él mismo empaña el espejo
Y siente que no esté claro?

Con el favor y el desdén
Tenéis condición igual,
Quejándoos si os tratan mal,
Burlándoos si os tratan bien....
Dan vuestras amantes penas
Á sus libertades alas,
Y después de hacerlas malas,
Las queréis hallar muy buenas.
¿Cuál mayor culpa ha tenido
En una razón errada?
¿La que cae de rogada
Ó el que ruega de caído?
Ó, ¿cuál es más de culpar,
Aunque cualquiera mal haga,
La que peca por la paga,
Ó el que paga por pecar?
Pues, ¿para qué os espantáis
De la culpa que tenéis?
Queredlas cual las hacéis,
Ó hacedlas cual las buscáis....»

235. Muchas de estas poesías fueron recogidas en la colección titulada *Floresta de poesías varias, primera y segunda parte,* y en las *Flores de poetas ilustres*, colección hecha por Pedro de Espinosa, impresa en Valladolid, 1605. En Zaragoza, en 1654, se publicaron también poesías de grandes ingenios españoles, y otra colección en 1670, titulada *Delicias de Apolo.* Además, Lope de Vega en el *Laurel de Apolo,* y Cervantes en su *Viaje al Parnaso,* mencionan multitud de ingenios, algunos hoy desconocidos, y con todos se forma un grandísimo catálogo, que prueba la extraordinaria fecundidad de los españoles para la poesía lírica.)

LECCION XXXIX

LA POESÍA ÉPICA.

236. Escaso valor de la multitud de poemas épicos que se escriben en este período.—237. Poemas principales de historia contemporánea: Ercilla, *La Araucana*.—238. Pedro de Oña.—239. Lasso de la Vega.—240. Castellanos.—241. *La Caroléa*, de Sempere; *El Carlo famoso*, de Zapata; *La Austriada*, de Rufo.—242. Poemas caballerescos: *El Bernardo*.—243. Poemas religiosos: *La Cristiada*, de Hojeda; el poema de *San José*, de Valdivielso; el *Monserrate* de Virués.—244. Poemas heroi-cómicos: ídem didácticos: poemas menores.

236. La poesía épica, en su forma clásica, tiene muy escaso valor en nuestra literatura, y hay que buscarla verdaderamente en la poesía popular, ó sea en el romancero. Y no es ciertamente que falten poemas épicos: antes, por el contrario, abundan mucho; pero la verdad es que no tenemos ninguno de mérito sobresaliente. Se ha discurrido acerca de la causa de esta carencia de un buen poema épico en España. La principal, sin duda, es que no tuvimos el poeta, y que nuestros grandes ingenios se dedicaron principalmente al teatro ó á la novela. La abundancia de material épico es grande, ya en la historia contemporánea, aunque poco á propósito para un poema, ya en nuestra gloriosa Reconquista; pero ni de las hazañas de Pelayo ó de los Reyes Católicos, ni de los descubrimientos del Nuevo Mundo, ni tampoco de las empresas militares de Carlos V y Felipe II se escribieron poemas que merezcan elogio. Tampoco les ocurrió á nuestros ilustres poetas tomar un asunto extraño á la historia nacional, como hizo el Tasso, cantor de las Cruzadas.

237. El mejor poema épico que tenemos es *La Araucana*, de D. Alonso Ercilla y Zúñiga. Era Ercilla oriundo de Bermeo

y natural de Madrid, donde nació el 7 de Agosto de 1533, de ilustre linaje. Sirvió, ya en la niñez, á Felipe II, acompañándole en varios viajes, y en el que hizo á Inglaterra cuando su casamiento con María Tudor. Desde allí pasó á América, siendo de veintiún años de edad, y tomó parte en la guerra de Arauco, valle de pobres salvajes de Chile. El general en la campaña era D. García Hurtado de Mendoza, que le condenó á muerte por una disputa á consecuencia de un torneo en honor de la batalla de San Quintín; pero se le conmutó esta pena por la de destierro, marchando Ercilla al Perú. Vuelto á España en 1562, recorrió varios países de Europa, muriendo luego en Madrid, y en la miseria, á 29 de Noviembre de 1564.

Ercilla fué bravo militar y gran poeta, y escribió, como él mismo dice, *tomando, ora la espada, ora la pluma;* y atravesando en una piragua el peligroso archipiélago de Ancudbox, se adelantó á todos sus compañeros, y escribió en la corteza de un árbol una octava del canto XXVI de su poema. *La Araucana* tiene treinta y siete cantos. La primera parte, que se publicó en 1569, se compone de quince, y en ella hace la narración histórica de los sucesos; la segunda, impresa en 1578, tenía ya algunos hechos maravillosos, como las visiones de Belona, que le anuncia la victoria de San Quintín, y la visita á la cueva del mago Fitón, que también le anuncia la de Lepanto, incluyendo en ella varios episodios como el de Tegualda, que va á enterrar á su marido, y el de Glaura, que encuentra á su esposo con Ercilla. La tercera, que salió á luz en 1590, sigue mencionando las vicisitudes de la campaña, y contiene algunos larguísimos episodios, como la historia de Dido, y acaba discutiendo el derecho de Felipe II á la corona de Portugal. *La Araucana* tiene defectos de no escasa monta: es el primero la pobreza del asunto; pues no puede dar materia para un poema épico la lucha con una humilde tribu de salvajes. Otro es la falta de protagonista; porque resentido Ercilla del general Hurtado de Mendoza, ni siquiera le menciona; y otro también, y de consideración, es el empleo del maravilloso mitológico y el exceso de clasicismo, efecto triste de los estudios eruditos mal dirigidos, y de la imita-

ción italiana y latina. Esta excesiva influencia del clasicismo perjudica mucho al poema, quitándole verdad y naturalidad. El mismo episodio de Dido, contado á los bravos soldados españoles en una heroica correría por la cordillera de los Andes, está absolutamente fuera de lugar, y es sobremanera inoportuno. Mucho mejor hubiera sido que Ercilla hubiese pintado las grandezas de aquel país imponente, cosa que no le ocurrió hacer jamás en el poema, como si le hubiera escrito en la soledad de un gabinete, y no en el mismo teatro en que acaecían los sucesos. Es tanto más de sentir esto, cuanto que Ercilla, aunque no sea un poeta de primer orden, tiene muy recomendables condiciones, versificando correcta y elegantemente, como lo hace, sobre todo, al describir las costumbres de los indios, y en algunos episodios, como los mencionados Tegualda y Glaura. Célebre es también el discurso que pone en boca del cacique Colocolo, proponiendo á los otros jefes de su tribu un medio para la elección de jefe en la lucha contra los españoles.

Entre otras cosas, dice Colocolo, y sirva de muestra de la versificación de Ercilla:

«Caciques, del Estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
Á pesarme de veros pretensores
De cosa que á mí tanto era debida;
Porque, según mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
Á bien aconsejaros me ha incitado.

....

Pares sois en valor y fortaleza;
El suelo os igualó en el nacimiento;
De linaje, de estado y de riqueza
Tuvo á todos igual repartimiento,
Y en singular por ánimo y grandeza
Podéis tener del mundo el regimiento:
Que este precioso don, no agradecido,
Nos ha al presente término traído.

En la virtud de vuestro brazo espero

Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitán primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Éste será quien más un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el más fuerte.....»

Voltaire lo elogia extraordinariamente, y no le falta razón para ello; pero, á pesar de tener este y otros pormenores muy de alabar, el poema de Ercilla apenas si es leído, y lo será cada día menos [1].

238. Otro poema escribió sobre la guerra de Arauco el chileno Pedro de Oña, con el título de *Arauco domado*: tiene diez y nueve cantos en octavas reales, aunque con los consonantes de distinto modo, y en él celebra al general Mendoza. Aunque bien versificado, el poema vale poco, y está repleto de clasicismo hasta en las descripciones de la naturaleza, que es la de Europa y no la de América, por haber tenido presentes los libros de los otros poetas y no la naturaleza misma. Lo maravilloso también es mitológico, consistiendo principalmente en una consulta á las potencias infernales.

239. Gabriel Lasso de la Vega escribió en 1588 un mal poema, titulado *El Cortés valeroso ó la mexicana*, y el mexicano Antonio de Saavedra otro relativo también á *Cortés*, algo mejor que el mencionado, pero pesadísimo y falto también de inspiración. Lleva por título *El Peregrino indiano*, y consta de 16,000 versos.

240. Más importancia tienen la serie de narraciones que, con el título de *Elegías de varones ilustres de Indias*, escribió Juan de Castellanos, cura de Tunja en México. Es una historia del descubrimiento y conquista de América, hecha en octavas reales, empezando por los viajes, aventuras y muerte de Colón. La obra es extensísima, y las narraciones escritas con exactitud, formando un verdadero arsenal de

[1] Diego de Santistéban y Osorio de León publicaron en 1567 una continuación de la *Araucana* en treinta y tres cantos, que refiere lo demás que ocurrió en la guerra y hechos descritos por Ercilla.

curiosas noticias, descripciones de comarcas, costumbres y trajes de los países americanos. Los versos son fáciles, pero, en general, muy poco poéticos. Juan de Castellanos no usa de la mitología, lo cual ya es una ventaja sobre las otras composiciones épicas de aquel período [1].

241. De asuntos relativos á Carlos V y sus hijos se escribieron también varios poemas, uno titulado la *Carolea*, del mercader valenciano Jerónimo Sempere. Tiene dos partes: la primera en once cantos, relativa á las guerras de Italia y prisión de Francisco I; y la segunda, en diez y nueve cantos, celebra las guerras de Alemania, viajes á Flandes y coronación del Emperador en Bolonia. Esta obra, que se publicó en 1560, es una crónica en octavas reales más bien que un poema.

—Tampoco tiene gran valor el *Carlo famoso* de D. Luis de Zapata, publicado en 1565. Se compone de cincuenta cantos, con unos cuarenta mil versos, y va contando año por año la vida del Emperador, poniendo en cada página el año á que corresponden los sucesos, separando lo histórico de lo imaginativo.

[1] La obra se divide en tres partes: la primera se refiere á los viajes, aventuras y muerte de Colón, de Arana, Bobadilla, Diego Colón, Juan Ponce de León, Diego Velázquez, D. Francisco de Garay, Diego de Ordas, Sedeño, Herrera, y conquista de Cuba, La Trinidad, Cubagua, Margarita y Jamaica; la segunda, á las cosas de Venezuela, isla de Santa Marta y cabo de Vela, y comprende cinco elegías á la vida y muerte de Micer Ambrosio, Jorge Spira, Felipe de Uten, Rodrigo de Bastida, Pedro Fernández de Lugo, Luis de Rojas y Lope de Orozco; la tercera comprende la historia de Cartagena de Indias, con el elogio de sus gobernadores, y los de Popayán, Antioquía y Choco (Juan de Busto, Villegas, Francisco Bahamón de Lugo, Pedro Fernández de Bustos, Sebastián de Benalcázar, Gaspar de Rodas). Dicen que aquí *elegías* quiere decir elogios: es verdad; pero el autor distingue, y, aunque da á toda su obra el título de *Elegías*, le aplica luego particularmente á los cantos en que habla de la muerte de los persojes que elogia, y al principio de la obra parece que llama *elegías* á sus cantos, porque se refieren á personas muertas ya; algunos cantos tienen el título de elogios. Juan Castellanos nació en Tunja (América), según parece; fué militar, y asistió á las guerras de conquista de los vastos territorios que luego formaron la República de Colombia. Después se hizo clérigo, y fué capellán de Tunja. La primera parte de la obra se publicó en 1589.

No hay paciencia para leer tal libro, escrito con fría y prosaica exactitud de cronista. La descripción de la muerte de Garci-Lasso y las extensas noticias de Torralva, mágico famoso del tiempo de los Reyes Católicos (á quien alude Don Quijote montado en Clavileño), es de lo más interesante.

—Juan Rufo, de quien ya hemos hablado como poeta lírico, publicó la *Austriada*, en 1584. Como su título indica, se refiere á D. Juan de Austria, cuyas empresas contra los turcos y moriscos y la victoria de Lepanto narra fielmente. Aunque versifica regularmente, y á veces pinta bien al hablar de D. Juan, del marqués de Mondéjar y de las costumbres de los moriscos y los combates singulares, el poema también vale muy poco [1].

242. Del género caballeresco se hicieron también otra multitud de poemas. El principal es el *Bernardo*, de D. Bernardo de Balbuena. Este ingenio nació en Valladolid en 1568. Era eclesiástico, y pasó á América, nombrado abad mayor de la isla de Jamaica, y en 1620 fué obispo de Puerto Rico, donde murió en 1627. El *Bernardo* de Balbuena se refiere, como su título indica, á la leyenda de Bernardo del Carpio y batalla de Roncesvalles. Es una imitación del *Orlando Furioso*, de Ariosto, con cuyas buenas cualidades compite muchas veces nuestro poeta. Tiene Balbuena una gran fantasía, y asimismo versifica admirablemente, aunque es muy desigual. Pinta y describe la naturaleza con brillante colorido, y hace gala de tener inventiva inagotable en los episodios y empresas maravillosas de su libro; pero no hay calma para leer aquellos veinticuatro larguísimos cantos de su obra. Quintana redujo el *Bernardo* á la tercera parte, y aun así es largo. Si Balbuena hubiera cuidado de ceñirse un poco más al asunto y no diva-

[1] De otros asuntos nacionales se escribieron también poemas, todos malos, como la *Conquista de la Bética*, de Juan de la Cueva; el *Pelayo*, de Alonso López, el Pinciano; la *Numantina*, de Francisco de Mosquera Barnuevo; *El Cid*, de Diego Jiménez Ayllón; *Nápoles recuperada*, del príncipe de Esquilache y otros muchos. D. J. A. Vera y Figueroa, conde de la Roca, tuvo la ocurrencia de poner la *Jerusalén* del Tasso en redondillas, cambiando los nombres y refiriendo los hechos á San Fernando, y con el título de *Fernando*, ó *Sevilla restaurada*.

gar tanto, y de corregir un poco la versificación, su poema sería uno de los mejores del género caballeresco.

—El portugués Luis Baraona de Soto compuso, con el título de *Las lágrimas de Angélica*, una continuación del poema de Ariosto, que también había continuado Nicolás Espinosa, y que había traducido Jerónimo de Urrea.

243. Mejores que los poemas hasta aquí mencionados son los de carácter religioso, especialmente la *Cristiada* de Fr. Diego de Hojeda. Era éste sevillano; pero pasó á Lima muy joven, y allí escribió su poema, y murió en 1675, siendo prior del convento de Dominicos. La *Cristiada*, que se publicó en 1611, se refiere, como su título indica, á la Pasión del Salvador. Empieza con la última cena é institución del Sacramento de la Eucaristía, terminando con el descendimiento y sepultura de Cristo. Se compone el poema de doce cantos en octavas reales, bien hechas, pero con poco colorido. Tiene trozos muy bellos, como el conocidísimo de la oración de Jesucristo subiendo al cielo. También está muy bien descrito el infierno; pero hay en el poema otra cosa de mal gusto, como la alegoría del vestido de Jesús.

—Á Fr. José de Valdivielso, capellán mozárabe de Toledo, se debe otro poema, titulado *Vida y muerte de San José*, publicado de 1607 á 1617. Es muy extenso (veinticuatro cantos), comprendiendo desde el nacimiento del santo Patriarca, hasta su muerte y bajada al limbo á consolar á los padres. Está escrito con muy escasa inspiración, aunque tiene algunos trozos bellos, como el canto de los desposorios y el nacimiento de Jesús. Á veces la versificación es fácil y bella, pero generalmente monótona y con imágenes de poco gusto; el plan es confuso, y tiene por añadidura el inconveniente de mezclar la mitología en asunto tan eminentemente cristiano.

—De prosaico peca también, y algo más que éste, el poema de Alonso de Acevedo, titulado la *Creación del mundo*, publicado en 1615, que tiene asimismo el defecto de ostentar erudición mitológica.

—Como poema religioso se considera generalmente el *Mon-*

serrate, de Cristóbal de Virues [1], que es anterior á los citados, pues se publicó en 1588. Su asunto es la leyenda relativa á la fundación del famoso santuario de Monserrate. El ermitaño Juan Garín, penitente en aquellas montañas, fué visitado por el conde de Barcelona, que le llevaba á su hija para que la curase de una enfermedad. Garín, tentado por Satanás, cometió horrible delito con la doncella, asesinándola después, por sugestiones de un falso ermitaño, que no era otro que el mismo espíritu de las tinieblas. Arrepentido Garín, fué á implorar el perdón del Sumo Pontífice, que le impuso la penitencia de andar sobre sus manos como una fiera; y así vino hasta Monserrate, donde fué cazado y llevado ante el conde de Barcelona. Un niño de tres años le dijo que de parte de Dios se levantara, porque estaban perdonadas sus culpas; y perdonado también por el Conde, fué buscado el cadáver de la doncella, que volvió milagrosamente á la vida, apareciéndose la Virgen, y fundándose el monasterio. Virues es buen versificador; pero el poema resulta pesado y monótono, arrastrándose el argumento con mucha languidez. Tiene algunos episodios bien descritos, como la batalla de Lepanto y las glorias de Monserrate [2].

244. Como poemas burlescos ó heroi-cómicos, los más conocidos son, la *Mosquea* de Villaviciosa y la *Gatomaquia* de Lope de Vega. D. José de Villaviciosa, que había nacido en Sigüenza en 1589, fué canónigo de Palencia y Cuenca, y murió en 1658. La *Mosquea*, que se imprimió en 1615, tiene 12 cantos en octavas reales, y es un poema paródico, imitación de la *Eneida* y la *Batracomiomaquia*. Supone una guerra entre *moscas* y *hormigas* con grande estilo y aparato épico, con arranques buenos, descripciones, y hasta pinturas de caracteres.

1 Nació en 1550, y fué militar, peleando en Italia y en Lepanto.

2 Juan de Coloma en 1539 había escrito las *Décadas de la poesía*, que están en diez libros en tercetos. Francisco Hernández de Toledo, en 1584, la *Universal redención*, en cincuenta y seis, con treinta mil versos, que comprende desde la creación hasta la bajada del Espíritu Santo. Á veces más parece un auto dramático que un poema.

Empieza con los preparativos de una fiesta que se hace en la corte de las moscas por el casamiento de una hija del Rey, que tiene que suspenderse por llegar otras moscas, pintando una emboscada en que han perecido muchas de sus compañeras á manos de sus enemigos las hormigas. Hay luto nacional; el rey de las moscas llama á la guerra; se nombran caudillos; se aprestan los ejércitos, y las hormigas, noticiosas de lo que ocurre, hacen otro tanto. Hay grandes batallas, asaltos formidables, y uno famoso contra las hormigas que se han hecho fuertes en la calavera de un burro. Todos estos y los demás pormenores del poema, algunos escritos con mucha gracia, estarían muy bien si tuviesen mayor sobriedad; pero no hay quien resista un largo poema de 12 cantos para asunto tan baladí.

—La *Gatomaquia* de Lope de Vega tiene, entre otros, el mérito de la brevedad. Son siete hermosísimas silvas, relativas á los amores y celos de dos gatos, Micifuf y Marramaquiz, que se disputan los favores de la gata Zapaquilda. También es poema simplemente paródico; y, aparte de algunas frases libres, se lee con gusto por el ingenio y gracia con que está versificado.

—El género épico didáctico, ofrece también algunos ensayos en este período. Pablo de Céspedes, escribió su *Arte de la Pintura*, del que es lástima que no hayan llegado á nosotros más que fragmentos, en los cuales, sin embargo, hay muy bellos pasajes, como el tratado de los colores.

Lope de Vega escribió un *Arte nuevo de hacer comedias*, que es un poemita breve, en que aquel gran ingenio expone sus doctrinas acerca de la dramática; y Juan de la Cueva hizo el *Ejemplar poético*, especie de *Poética*, que consta de tres epístolas en tercetos bastante bien hechos, pero en que la doctrina aparece confusa é incompleta, salvo lo referente al género dramático, que es la parte mejor de la obra.

Otros poemas menores, de cortas dimensiones, se escriben en esta época, inspirados en variedad de asuntos, pero de escaso valor literario como los demás. Pueden citarse, entre ellos, *La Circe y La Filomena*, de Lope; la *Raquel* (canto épico), de D. Luis de Ulloa y Pereira; *Psiquis* y *Cupido*, de Jacinto de Villalpando, y la *Fábula del Genil*, de Pedro de Espinosa.

LECCCIÓN XL

LITERATURA DRAMÁTICA.

245. El teatro antes de Lope de Rueda.—246. Torres Naharro: sus doctrinas y obras dramáticas.—247. Tendencias que se manifiestan en el teatro: Tendencia clásica: Villalobos, Oliva y otros.—248. El drama religioso: los *Autos*.—249. Aparicio, Orozco, Carvajal y Hurtado de Toledo.—250. Dramas bíblicos.—251. Seguidores de Torres Naharro: Castillejo, Huete, Ortiz y otros.—252. La *Egloga* de Juan de París. —253. Observación acerca del Teatro en este período.

245. La formación del teatro nacional, desde el primer paso dado por Juan de la Encina, puede decirse que ya no se detuvo ni un momento. Antonio de Nebrija, en su *Retórica,* publicada en 1515, dice que se representaban comedias en verso, y pondera á los cómicos que reformaban lo escrito improvisando. Esta cita, generalmente olvidada, es muy importante; por cuanto muestra que á principios del siglo XVI se habían arraigado las representaciones dramáticas y había ya compañías de cómicos.

No es fácil determinar cronológicamente las composiciones dramáticas inmediatas á Juan de la Encina; pero, como dijimos ya al tratar de este ingenio, coetáneo suyo fué Francisco de Madrid, que escribió una égloga en 1494. Un poco más tarde, el bachiller de la Pradilla compuso en 1517, con motivo de la venida de Cárlos V, una poesía dramática llamada *Égloga real,* que es muy pedantesca, y Fernán López de Yanguas, que algunos han confundido con el anterior, escribió hacia 1524 la *Farsa del mundo,* y las tituladas: *Natividad, Sacramental* y otras.

246. Pero el ingenio que dió un paso de importancia en la formación de nuestro teatro fué Bartolomé de Torres Na-

harro. Era natural de la Torre, provincia de Badajoz, y llevó una vida agitada, haciéndose luego clérigo. Estuvo cautivo en Argel; vivió después en Roma, donde conoció á Juan de la Encina, y se trasladó á Nápoles, ignorándose dónde murió. En Nápoles, en 1517, publicó sus obras con el título de *Propaladia ó primicias del ingenio*[1], que contiene sátiras, epístolas, romances y otras varias poesías sueltas; pero la importancia de su libro son las comedias, en número de ocho. Torres Naharro aspira ya á crear escuela y á fundar doctrina. Con este fin divide las representaciones dramáticas en *comedia á noticia y á fantasía*, según que sean de asunto real ó histórico ó de fábulas inventadas. Acepta la división en cinco actos, que llama jornadas (descansaderos) y empieza en todas sus obras con dos partes, que son el *introito* y el *argumento*. En cuanto á las personas, pide que no sean tan pocas que hagan la farsa sorda, ni tantas que engendren confusión. Recomienda el decoro y la conveniencia con las situaciones, apartándose del sencillísimo sistema de Encina; pues que aumenta los personajes, el artificio dramático, y aspira ya á pintar caracteres.

Las comedias de Torres Naharro distan, sin embargo, mucho de ser verdaderamente drámaticas. Hay en ellas muy poca trabazón escénica y escaso interés, y mezcla en ocasiones distintos idiomas, empleando también personajes alegóricos, todo lo cual está diciendo que no ha salido de la infancia del arte. Las comedias de Torres Naharro se llaman: *Aquilana*, *Jacinta*, *Calamita*, *Himenea*, *Serafina*, *Tinelaria*, *Soldadesca* y *Trofea*. Algunas, como la *Tinelaria* y *Soldadesca*, son de muy escaso interés: la primera, que tiene no menos de veinte personas, se desarrolla entre criados de un cardenal, y la *Soldadesca* es una serie de cuadros de soldados que juegan, beben y riñen.—La *Trofea* es un dramita alegórico en honor del rey D. Manuel de Portugal. Se presentan primero la *Fama* y *Ptolomeo*, el cual declara que dicho Príncipe ha conquistado más pueblos que él conocía; luego entran en escena unos pastores; después vienen hasta

[1] De προτον, lo primero.

veinte reyes á rendir homenaje al de Portugal, trayendo el correspondiente intérprete; más tarde, otra vez pastores, y, por último, *Apolo* y la *Fama*.—La *Serafina* resulta un poco extravagante por mezclar en ella castellano, latín, valenciano é italiano.

Algo mejores son las otras cuatro. En la *Aquilana,* Felicina, hermana del rey Bermudo de León, está enamorada de Aquilano. Una noche que éste va á verla, se cae y se hace daño; el Rey le envía médico y doncellas que le distraigan, pero por su tristeza, descubre su amor y manda matarlo. Felicina lo deplora amargamente, descubriéndose entonces, con oportunidad, que Aquilano es hijo del rey de Hungría, y casándose los dos amantes.—En *Jacinta;* las tres primeras jornadas son sumamente sencillas, presentándose Jacinto y dos amigos más, entablándose un coloquio sobre la falsedad de los amigos. Un criado de la *divina,* señora que vivía allí cerca, los manda esperar, porque la señora recibe y agasaja á los forasteros; en la cuarta jornada quedan hablando de ello, y en la quinta ve la dama á los amigos y se enamora de Jacinto, con el cual se casa. Esta obra tiene buen estilo y lenguaje, y reflexiones oportunas. —*Calamita* es amada de Florimundo, que logra, favorecido por una criada, una cita de la joven; pero el padre del amante manda á un criado que le dé muerte, pues no quiere que su hijo case con una mujer que no tiene padres conocidos: mas, enterado de que la joven es hija de un señor principal, permite la boda. En esta obra hay animación y movimiento, todo lo prepara para el fin, y los episodios no son decentes.—Más regular en el plan, y con más acierto en las situaciones, es la *Himenea. Himeneo* ronda con su criado la casa de *Febea:* tienen una cita los amantes á tiempo que viene con otros criados el marqués, hermano de la joven: va á matarla, pero se presenta Himeneo, que la ofrece su mano, y se casan. El argumento es muy sencillo; mas por la disposición de la fábula, esta comedia puede considerarse como un preludio de las famosas de capa y espada que á tanta altura llevaron Lope y Calderón. En general: Torres Naharro es imitador de los italianos, que á su vez no hacen otra cosa que imitar y traducir á los latinos;

por eso sin duda hay en Torres Naharro excesiva liviandad en muchas escenas y empleo de la mitología; y algunos argumentos, como el de *Calamita*, están calcados sobre los de las comedias plautinas.

247. En este principio del teatro español, no bien estudiado todavía, es preciso tomar en consideración las diversas tendencias que se manifestaban. Dominante el clasicismo en los estudios, y vivo todavía el teatro religioso, no es extraño que los autores españoles estuviesen confusos, solicitados por opuestas corrientes; y el teatro profano nacional no se forma sino á costa de mucho tiempo y de no pocos esfuerzos. La tendencia clásica se manifiesta en los orígenes de nuestro teatro. Juan de la Encina parafraseó ya las églogas de Virgilio, y presenta á Venus en la comedia *Plácida y Vitoriano;* Villalobos (1515) tradujo el *Amphitruo* de Plauto, y Fernández Pérez de Oliva, en 1530, tradujo también el *Amphitruo,* la *Hecuba* de Eurípides, y la *Electra* de Sófocles, con el título de *Agamenón vengado.* Boscán puso asimismo en castellano una tragedia de Eurípides, y en 1555, en Amberes, un autor desconocico trae también á nuestra lengua el *Milex gloriosus* y los *Menechmos* de Plauto. Más tarde, en 1570, el humanista Pedro Simón Abril dió á conocer el *Pluto* de Aristófanes, la *Medea* de Eurípides, y todo el teatro de Terencio. Como si esto no bastara, D. Luis de Zapata y Vicente Espinel hacían traducciones de la *Poética* de Horacio; Páez de Castro pone en castellano la de Aristóteles, y Alonso López (Pinciano) escribe, con el título de *Filosofía antigua poética,* una carta, en forma de diálogo, exponiendo las doctrinas de Aristóteles y aun las del mismo Horacio.

Natural era, pues, que muchos españoles procurasen imitar las comedias ó tragedias del teatro antiguo que se presentaban como dechado. Ya en el primer tercio del siglo XVI escribía Juan Pastor la *Castidad de Lucrecia,* y un autor anónimo *Los amores de Eneas y Dido,* y más tarde veremos á otros ingenios, como Virues Artieda, Bermúdez y otros varios, escribir tragedias á lo clásico.

248. Al lado del teatro clásico se cultivaba el religioso,

y multitud de autores hacían autos como los de Juan de la Encina y Lucas Fernández. Según dice Sandoval en su *Historia de Carlos V,* con motivo del casamiento del Emperador con doña Isabel de Portugal se representaron autos en Sevilla en 1526, y con autos se celebró en Valladolid el bautismo de Felipe II en 1527 [1].

Entre otras obras dramáticas de carácter religioso, existen el auto del *Maná,* la *Moselina,* el auto de *Abraham,* el de *Job* y otros, y uno de Pedro de Altamira titulado la *Cena de Emaus,* escrito en 1523.

249. De este tiempo es el auto de más importancia de Bartolomé de Aparicio, titulado *Obra del pecador.* Después de un introito cómico, el pecador se presenta y dice los males que hizo; la justicia discute con él, y va á castigarle; pero aparecen la Misericordia y la Esperanza, que se lo llevan. Entran luego en escena San José y la Virgen, que van á Belén, y los pastores, á quienes un ángel anuncia más tarde el Nacimiento; y después de presentarse otro pastor, la Esperanza y el pecador, la Esperanza explica á todos la caída del hombre y la redención, para que nadie desespere de salvarse por pecador que sea, yendo todos á Belén, donde adoran al niño Jesús, cantando villancicos. La *Obra del pecador* está escrita en quintillas fáciles y bellas. Su doctrina es la misma que desenvolvió más tarde Tirso en el *Condenado por desconfiado,* y Calderón en la *Devoción de la Cruz.* Es la defensa del libre albedrío contra el protestantismo que le negaba; y aunque parece que en esta obra se extrema la facilidad de salvarse, su fin es hacer entender á los hombres que en su libertad, mediante la gracia divina, estaba el obrar bien, y que podían siempre hacerlo, sin estar condenados fatalmente á obrar el mal.

—Hacia 1528 se imprimió la *Farsa del mundo,* que es una lucha entre un ermitaño y el apetito, presentándose la Fe,

[1] El primer drama histórico español es la *Historia ó martirio de Santa Orosia,* escrito por Barlomé Palau en 1524.

(Véase el artículo que publicó sobre el asunto en la *Revista Hispano-Americana* el Sr. Fernández-Guerra.)

que muestra los engaños del mundo, al cual se vence con la predicación y la fe. Un poco más tarde, en 1539, se escribió *El paraíso y el infierno,* representados en dos naves: en la del infierno está el diablo y Carón, que discuten con un logrero, un viudo, un mal fraile y otras personas que van llegando, á las cuales se llevan. En la otra barca está un ángel, con quien van al cielo unos caballeros que habían muerto en defensa de la Religión.

—Sebastián de Orozco, en 1540, escribió *El Pedro de las campañas, El ciego de nacimiento* y *La historia de Ruht;* y, por último, Luis Hurtado de Toledo termina en 1557 la obra de Miguel de Carvajal *Las Cortes de la muerte.* Tiene veintitrés escenas. La muerte forma sus estados, y aparecen el dolor, la vejez, el mundo, el demonio y la carne, San Agustín, San Jerónimo, ángeles, y, por último, varias personas de distintos estados, obispos, pobres, ricos, doncellas, etc., etc., siendo el asunto semejante al de la poesía del siglo XIV titulada *Danza de la muerte.* La obra de Hurtado y Carvajal tiene mucha naturalidad y facilidad en el diálogo.

250. Al lado del drama religioso pueden colocarse los de asunto bíblico, como las tragedias perdidas de Tanco de Fregenal, y la tragedia bíblica que se conserva de Miguel de Carvajal, titulada *La Josefina.* La primera edición de esta obra es de 1535; pero se escribió hacia 1520. *La Josefina* tiene cuatro actos: el primero es la venta de José y llanto de Jacob, que lo cree muerto. En el segundo está José en Egipto, y por el culpable amor de Cenobia es preso. En el tercero se ven sus sueños cumplidos y provee por los siete años de hambre, siendo nombrado Adelantado mayor de Egipto. En el cuarto, Jacob manda á buscar trigo á sus hijos: José prende á Simeón hasta que le traigan á Benjamín; aparece éste, y José supone el hurto de la copa de oro, motivando así el reconocimiento con sus hermanos, después de lo cual viene también Jacob, y el Faraón les da tierras á todos. Esta obra, aunque tiene alguna reminiscencia clásica, como el *faraute* y el *coro*, es sólo al fin de los actos: no guarda las unidades de lugar ni de tiempo, y tiene espíritu cristiano. Los caracteres están bien delineados

y bien expresados los sentimientos, no habiendo más sobrenatural que al principio, en que aparece la furia infernal Envidia abriendo la escena. Está escrita en coplas de arte menor bien versificadas [1]. También es de alabar en Carvajal el decoro y decencia con que siempre habla, apartándose ya completamente de Torres Naharro y sus imitadores y de las otras obras profanas de aquella época.

251. En tanto el teatro profano, influido por las malas corrientes italianas y latinas, no producía sino farsas groseras y escenas indecentes, con escasas excepciones. Uno de sus representantes es Cristóbal de Castillejo, que hacia 1522 escribió la *Farsa de la Constanza*, en que presenta dos matrimonios: un mozo casado con una vieja, y una joven con un viejo. Mézclanse en la acción un cura y un fraile, riñen groseramente los matrimonios, y tratan de cambiar los maridos á sus mujeres. Por añadidura, habla en la acción el dios Himeneo, y el introíto de la farsa está en latín.

—Jaime de Huete escribió la *Vidriana*, en que refiere los amores de un caballero y una dama aragoneses que le pidieron los pusiese en escena, y la *Tesorina* (1525). Ésta tiene cinco jornadas y está escrita en verso corto. Se refiere á los amores de *Tesorino* con *Luciana*, interviniendo una criada y un fraile; al final se habla en versos latinos, con elogio, de Torres Naharro.

—Agustín Ortiz, en 1529, hizo la *Radiana*, también en cinco actos. Aparecen en escena Lireo, viudo, y su criado. Cleriano habla al criado de su amor á Radiana, hija de Lireo; pero éste lleva á mal esos amores. Hay una cita en un jardín, á tiempo que se presenta Lireo; mas, cuando parece que todo se había de descomponer, acierta á pasar un fraile, que casa á los amantes.

—Otras varias farsas, aún más groseras que éstas, se escribieron en aquel tiempo; una titulada *Farsa del matrimonio*; otra la *Tebaida*, en prosa y verso; otra la *Hipólita*, y otra la *Serafina*. Las tres últimas son sucias y obscenas, imitaciones malas de la *Celestina*.

[1] *La Josefina* ha sido publicada con un erudito prólogo del Sr. Cañete.

—Con estas farsas groseras corre parejas la tragedia *Policiana*, de Luis Hurtado de Toledo, impresa en 1547 [1], y eso que el autor protesta que no va á emplear nada torpe. El asunto son los desgraciados amores de *Policiano y Filomena*, mediante la vieja Claudina, maestra de Celestina.

252. Como conjunto raro de las diversas tendencias que luchaban en nuestro teatro, puede citarse la obra de Juan de París, que llamó simplemente *égloga*. Está en coplas de arte mayor; aparece primero un ermitaño, y luego un escudero, que se lamenta del mal trato de Cupido, hablando de Troya, Príamo, David y Hércules, y concluyendo por irse con el ermitaño. El diablo muestra su sentimiento por ello, y luego viene un pastor y la novia del escudero, que habla con él. Más tarde se presenta en escena otro pastor, que riñe con el anteriormente dicho, el cual dice dónde están el ermitaño y el escudero. Va entonces la moza á buscar á su amante, y el ermitaño los casa.

253. En todo este tiempo, aparte de algunos autos, y sobre todo, de la *Josefina*, de Carvajal, no ofrece el teatro español ninguna obra de verdadero mérito; pero se va ganando mucho en el diálogo y en la versificación, y aunque con poco arte, los autores, para desarrollar los argumentos, procuran alguna complicación y van dibujando regularmente los caracteres; pudiendo conjeturarse que, sin las deplorables influencias paganas, tal vez hubiera adelantado mucho, en menos tiempo, la formación de nuestro gran teatro nacional.

[1] En una edición que cita Wolf hay un epílogo de Hurtado de Toledo en que se declara autor de la obra.

LECCION XLI

TEATRO ANTERIOR Á LOPE DE VEGA.

254. Lope de Rueda: noticia y juicio de sus obras.—255. Sucesores de Rueda: Timoneda.—256. Alonso de la Vega.—257. *La Pródiga* de Luis de Miranda.—258. Otros autores dramáticos: Bermúdez.—259. Juan de la Cueva: sus obras y su doctrina literaria.—260. Virués, Argensola, Cervantes como autores dramáticos.—261. Estado material del teatro.—262. Pobreza de la escena.—263. Los corrales.—264. Reglas y cortapisas que se impusieron á las representaciones.—265. Consideración que merecían los autores.—266. Las compañías de cómicos: sus clases y organización.

254. El más importante de los precursores de Lope de Vega y el que más contribuyó á la formación del teatro nacional, fué Lope de Rueda, natural de Sevilla, de oficio batihoja, ó batidor de oro, y floreció entre los años 1546 y 1567, en que había muerto ya. Formó una compañía de actores, siendo á la vez autor y representante; y trabajó en Sevilla, Córdoba, Granada y Valencia. Antonio Pérez y Cervantes le vieron representar, y le elogiaron luego; y debió gozar Lope de Rueda de mucha consideración, cuando fué enterrado en la misma catedral de Córdoba [1]. Escribió *cuatro comedias, dos coloquios pastoriles, diez pasos* en prosa y *diez* en verso. Las comedias no tienen división de actos [2], y son de escaso y poco natural argumento; algunas verdaderamente desatinadas y con intervención mitológica. Titúlanse *Eufemia, Armelina, Medora* y *Comedia de los engañados.*—Ésta última es la más

[1] Sus obras fueron publicadas por Timoneda, y los *Pasos ó entremeses* aparte, en un códice llamado *el Deleitoso.*

[2] Agustín de Rojas, equivocándose, afirma lo contrario en su *Loa sobre la comedia*, diciendo que Lope de Rueda había hecho el primero la división en actos.

animada y de acción más verosímil: *Marcelo* abandona á *Lelia* que, fugada del convento en que la encerró su padre y vestida de paje, sirve á su amante y enamora á la nueva amiga de éste, Clavela. En tanto, un hermano de Lelia, parecidísimo á ella, galantea también á Clavela, originándose de aquí enredos y confusión, que terminan con las dos bodas. La *Comedia de los engañados* está tomada de una italiana, titulada *Gli engagni*. Las obras italianas eran, según se ve, muy conocidas de los españoles; y como aquéllas se resentían extraordinariamente de la influencia pagana, los nuestros no se libraron de ella.

Es de alabar en Lope de Rueda que procura dar á la comedia el interés novelesco, que distinguió á nuestro teatro, aunque con escaso acierto en la elección de los medios. En la *Eufemia*, por ejemplo, presenta á un hermano de ésta que logra que, sin verla, se enamore un gran señor de Valencia, á quien el hermano sirve. El señor envía á otro criado á buscar á Eufemia; pero, envidioso del hermano, obtiene de las criadas de Eufemia pelo de un lunar del hombro de ésta, que presenta al señor. Éste entonces, juzgándose engañado por el hermano de Eufemia, le manda matar, mas, sabiéndolo ella, se presenta, confunde al calumniador, que es castigado con la muerte, y ella se casa.

La Armelina es aún más rara, y la consideran algunos, con razón, como la primera comedia de magia. Trátase de una huérfana de Hungría, que vive en casa de un herrero en España, en tanto que un hijo del herrero vive en Hungría, adoptado por los padres de ella. Vienen éstos á España, y hay una consulta á un moro y una invocación á Medea, que sale del infierno, anunciando que la joven está allí; y hay también su correspondiente conato de suicidio por parte de Armelina, porque la van á casar con un zapatero; pero Neptuno lo estorba. Se ve, pues, por lo dicho, que aun en Lope de Rueda adelanta poco el teatro, y que se mezclan en éste muchos elementos paganos.

Los *coloquios* son más sencillos y breves que las comedias: se llaman *Camila* y *Timbria*: los dos son malos, y en uno de

ellos, *Camila,* interviene también la Fortuna para estorbar un suicidio.

Donde Lope de Rueda se muestra más original y mejor escritor es en los *Pasos*, que son diálogos animados, aunque cortos y sin verdadero enredo dramático. El paso de la *Carátula* es entre un simple y su amo, que le hace creer que una carátula que se había encontrado era la cara de un santero desollado por unos ladrones; y le asusta, envolviéndose en una sábana, haciéndole creer que es el alma del santero. *El rufián cobarde* es un fanfarrón que está braveando con su novia, y viene otro, le da de palos y se la quita. *Las Aceitunas* es el paso más literario de Lope de Rueda, y tiene la importancia de un verdadero y lindo sainete. Trátase de un matrimonio que habla de unos *olivos* que acaba de plantar, y de la época, todavía remota, en que podrán dar fruto. Discurren marido y mujer sobre las ganancias que con el tiempo podrán obtener de las aceitunas, dado el precio medio que suelen tener en el mercado, y hablan del caso con su hijo, indicando que, cuando haya aceitunas, él las llevará á la ciudad y las venderá á cuatro reales. Á la madre le parece escaso el precio, y dice que no ha de venderlas sino á cinco; van acalorándose poco á poco, llegando á maltratar al muchacho, porque duda á qué precio venderá las aceitunas. Oyendo los gritos, entra un vecino, que, para apaciguar los ánimos, propone comprar el fruto al precio mayor de los propuestos, viéndose el matrimonio en la necesidad de decirle que tardará todavía algunos años en haber aceitunas que vender. En este *paso* se muestra Lope de Rueda muy conocedor de la lengua, manejando el diálogo con mucha soltura, facilidad y gracia, que es, acaso, la cualidad principal de este autor. Por lo demás, la imitación ó influencia de los latinos é italianos le condujo también en muchas ocasiones á expresarse con demasiada licencia y á escribir cosas que ofenden verdaderamente al decoro.

255. Como imitadores ó sucesores de Lope de Rueda son considerados, generalmente, Juan de Timoneda y Alonso de la Vega.

Timoneda, librero de Valencia, fué, como hemos dicho, su amigo y editor; debió florecer á mitad del siglo XVI y murió muy viejo en 1597, habiendo tenido amistad con algunos ingenios de aquel período y con el mismo Lope de Vega. Escribió *Pasos, Farsas, Comedias, Entremeses,* y un auto, *La Oveja perdida;* pero en nada hizo adelantar al teatro. Las *comedias* y sobre todo las que llama *farsas,* son desatinadas á más no poder, y no siempre decorosas. Una de ellas, *Aurelia,* en la cual dice que quiere esquivar los pasos de amores, es una mala comedia de magia. En los *pasos* hay más naturalidad y sencillez, pero son un poco groseros, aunque algunos no carecen de gracia; suelen ser rudos, y se trata siempre de peleas entre ciegos, mozos y alguna vez clérigos; y siempre acaban á garrotazos. — Como muestra mencionaremos el titulado *Paso de dos ciegos y un mozo:* se habla de un *robo,* y un ciego dice al otro que lleve el dinero encima, como él, cosido en el bonete; y el pícaro Pinilio lo oye y le quita el bonete, creyendo el ciego que ha sido su compañero; de donde procede la riña y los consiguientes garrotazos. El otro, de un *soldado, un moro y un ermitaño,* tiene alguna más gracia: el soldado coge al moro una gallina que lleva para vender, diciéndole que es despensero del ermitaño, y á éste le dice que el moro está allí esperando para confesarse con él. Viene el fraile, diciéndole al moro que espere un poco, y cuando vuelve y le habla de la confesión, cree el moro que se burla, porque él esperaba el precio de la gallina; y de aquí se origina también la riña con los indispensables pescozones.

236. Algo más desatinadas que las de Timoneda son las comedias de Alonso de la Vega. Era también actor, y murió hacia 1566. Escribió tres comedias: la *Ptolomea*, la *Serafina* y *La Duquesa de la Rosa*. En la *Ptolomea* hay dos hijos que se truecan, interviniendo en la acción un logrero, un nigromántico, Medea, el diablo, etc. La *Serafina* es una joven que se había de casar con el hombre más bello del mundo, y enterada de que es el *Amor,* desprecia por él á todos y anda siempre detrás de Cupido, hasta que un amante la dispara una flecha que le había dado este dios; cae herida por la flecha de

Cupido, y creyéndola el amante muerta, se suicida, haciendo luego ella lo mismo. *La Duquesa de la Rosa* es una infanta de Dinamarca que se enamora de un infante español, casándose con un duque francés; pero el español la sirve de fraile, que la confiesa, de defensor y de segundo marido, muerto el primero.

257. Mucho mejor que todas aquellas comedias es la de Luis de Miranda titulada *Comedia pródiga*, cuyo asunto es la hermosa parábola del Evangelio; pero presentada á la moderna, con muchos incidentes, episodios y aventuras. Tiene siete actos cortos en redondillas. En el primero, Pródigo pide á su padre la herencia para irse á la guerra, y se une á unos soldados viciosos y á una mala mujer. En el segundo, presenta luchas entre rufianes y mujeres de mal vivir que roban á Pródigo. Después éste, preso, tiene que gastar mucho para obtener la libertad, y más todavía para sus aventuras amorosas, una de las cuales forma el principal nudo de la comedia. Imitando el autor á la *Celestina*, hace que Pródigo busque una *tercera*, que le saquea cuanto puede, siendo, además, el joven víctima de aquella mala mujer; y molido, sin recursos ningunos, y en mala noche, es arrojado de la casa, viéndose precisado á pedir limosna á un caballero, que le admite para guardar cerdos. La comedia termina con la vuelta á la casa paterna. Hay en ella poco artificio, pero los versos son buenos en general, y los caracteres bien pintados, y la obra, al cabo, tiene mucha más naturalidad, animación y verosimilitud que todas las de sus contemporáneos [1].

258. No es posible, en un libro como éste, hablar detenidamente de los demás autores dramáticos que escribieron antes de Lope de Vega; fueron muchos, y, en general, poco afortunados, pudiendo decirse que andaban como á tientas, sin acertar con el verdadero camino del drama moderno.

Jerónimo Bermúdez [2] compuso dos tragedias á lo clásico acerca de doña Inés de Castro, tituladas: *Nise lastimosa* y

1 *La Pródiga* se escribió en 1554.
2 Religioso de Galicia, donde nació hacia 1530.

Nise laureada. La *Nise laureada* se refiere al triunfo de doña Inés, después de muerta, y apenas merece el nombre de obra dramática. La otra, aunque tiene muy poca acción, no carece, en ocasiones, de gravedad y efectos trágicos.

259. Juan de la Cueva [1] cultivó todos los géneros y todos mal, aunque no le falta talento poético y versifica regularmente. Sobre asuntos de historia patria escribió: *Los siete infantes de Lara, La muerte de Don Sancho y Bernardo del Carpio;* de asunto clásico, *La muerte de Ajax, Mucio Scévola* y otros, haciendo también algunas comedias, como *El Tutor, El Viejo enamorado* y *El Infamador.* En ésta hay un Leucino, especie de D. Juan Tenorio, y una virgen cristiana, Heliodora, interviniendo en la acción varias divinidades gentílicas, como *Diana, Venus, Némesis,* etc. Juan de la Cueva, á pesar de mostrarse muy influido por los clásicos, se aparta de ellos en la teoría, y dice que la comedia moderna debía ser de otra manera, y no encerrarse en las unidades de lugar y tiempo [2]. Divide sus obras en cuatro actos.

260. Cristobal de Virués (citado ya como autor de *Monserrate)* compuso varias tragedias desatinadas, como la *Gran Semiramis,* la *Cruel Casandra, Atila furioso.* En la primera hay algunas situaciones y versos buenos.

—Lupercio de Argensola también compuso tres tragedias: la *Alejandra, Isabela* y *Filis.* Esta última no se ha publicado; las otras no tienen bueno más que los versos.

—Por último, hay que citar, entre los dramáticos anteriores á Lope de Vega, á Cervantes, de quien hablaremos detenidamente al dar cuenta de sus novelas. Como autor dramático, Cervantes fué poco afortunado; escribió algunas tragedias y comedias y varios *entremeses,* que son los mejores; pero éstos aparecieron ya en tiempo de Lope de Vega. En época anterior, lo que hay dramático de Cervantes es la comedia *Los tratos de Argel,* de escaso mérito, y la tragedia *Numancia,* tampoco muy notable. En *Los tratos de Argel* se limita

[1] Nació en Sevilla hacia 1550.
[2] Véase nuestra *Literatura general* Lección XLI.

Cervantes á pintar la triste situación de los cautivos, en uno de los cuales, que llama Saavedra, se retrata él mismo. La *Numancia* tiene algunos versos y situaciones buenas; pero hay en ella mucha parte inverosímil y hasta maravillosa.

261. Escasas son las noticias acerca de los actores en estos primeros tiempos de nuestro teatro, como el salmantino Lucas Fernández, el portugués Gil Vicente, el estremeño Bartolomé Torres Naharro, y otros muchos de vario mérito.

Lope de Rueda, autor y actor á la vez, organizó una compañía de cómicos, hacia la mitad del siglo XVI, en que floreció; pero todavía en su tiempo no había otro teatro que las calles y plazas, y el aparato escénico era tan pobre, como puede verse por esta pintura que hace Cervantes en el *Prólogo* de sus comedias: « En tiempo de este célebre actor español (dice), todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado, y con cuatro barbas y cabelleras y cuatro calzadas, poco más ó menos.... No había figura que saliese del centro de la tierra por lo hueco del teatro, el cual componían cuatro bancos en cuadro y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llamaban vestuario, detrás de la cual estaban los músicos, cantando sin guitarra algún romance antiguo....» «Sucedió á Lope de Rueda (dice también Cervantes), Naharro, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de rufián cobarde. Éste levantó algún tanto más el adorno de las comedias, y mudó el costal de los vestidos en cofres y baules. Sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, é hizo que todos representasen á

curaña rasa, sino era los que habían de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro. Inventó tramoyas, nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas».

Agustín de Rojas, en su loa sobre la comedia, conviene con Cervantes en la descripción de nuestro teatro durante el siglo XVI; pero añade que poco á poco fueron introduciéndose mudanzas en la escena, dejando las barbas y pellicos, y tomando los actores sacos de padre, cabelleras y vestidos de mujer, dado que no trabajaban mujeres y eran muchachos los que representaban papeles femeninos. En el último tercio del siglo, cuando escribían Juan de la Cueva, Argensola y otros, las cosas habían cambiado mucho, y añade Rojas:

«Ya usaban sayos de telas,
De raso, de terciopelo
Y algunas medias de seda....
Cantaban á dos y á tres,
Y representaban hembras.
Llegó el tiempo en que se usaron
Las comedias de apariencias....
Cantábase á tres y á cuatro:
Eran las mujeres bellas;
Vestíanse en hábito de hombre,
Y bizarras y compuestas,
A representar salían
Con cadenas de oro y perlas.
Sacábanse ya caballos
A los teatros, grandeza
Nunca vista hasta este tiempo,
Que no fué la menor de ellas.»

Y refiriéndose á los principios del siglo XVII, al período de Lope de Vega, añade:

«Llegó el nuestro, que pudiera
Llamarse el tiempo dorado,
Según el punto en que llegan
Comedias, representantes,

Trazas, conceptos, sentencias,
Inventivas, novedades,
Música, entremeses, letras,
Graciosidad, bailes, máscaras,
Vestidos, galas, riquezas,
Torneos, fiestas, sortijas,
Y al fin, cosas tan diversas,
Que en punto las vemos hoy,
Que parece cosa incrédula,
Que digan más de lo dicho
Los que han sido, son y sean....»

262. La pobreza de nuestra escena á mediados del siglo XVI no dejaba de tener sus excepciones, por cuanto, por una pragmática de Felipe II contra el lujo, se habla del de los cómicos. Tampoco es de creer que hubiera gran pobreza en las representaciones religiosas, hechas por cuenta de los cabildos ó ayuntamientos. El de Sevilla encargó á Lope de Rueda en 1559 los autos para celebrar la festividad del Corpus; y en las cuentas se habla de *vestimentos de seda y lo demás que fuere necesario,* añadiéndose que Lope de Rueda había ganado el premio ofrecido á quien mejor representase en dichas fiestas. Los curiosos documentos en que esto se consigna existen originales en el archivo de Sevilla, y hace años fueron ya publicados en dicha ciudad; pero apenas son conocidos, habiendo escapado á la diligencia de los que han escrito acerca de los orígenes de nuestro teatro.

263. Por lo demás, es claro que la situación de los actores y las condiciones de la escena tenían que ser deplorables en tiempos en que no había teatros fijos. Ya queda indicado que las comedias se representaban en calles y plazas. La *Cofradía de la Pasión,* fundada en Madrid en 1565, y que se dedicaba á obras de penitencia y de caridad, estableció un hospital para mujeres pobres; y el cardenal Espinosa y demás señores del Consejo mandaron que las comedias se hiciesen en las casas que señalase la Cofradía, la cual señaló *un corral* en la calle del Sol y dos en la del Príncipe, uno de estos, el de Isabel Pacheco, en el lugar que hoy ocupa el teatro Español, ha-

ciendo algunos tablados para el público. El actor Velázquez entró á representar en el año 1568. En 1574 le fué concedida una parte de los productos de las comedias á otra asociación caritativa, la *Cofradía de la Soledad*.

Algunos de estos corrales, en que el público estaba de pie y al aire libre, se convirtieron pronto en teatros, aunque muy imperfectos y pobres [1].

264. En ocasiones se prohibían del todo las comedias, como contrarias á la moral; pero, de ordinario, y previo formal dictamen de teólogos, eran permitidas, con ciertas limitaciones y cortapisas, que se referían á los nada honestos bailes con que se amenizaba el espectáculo. Otras veces se extendía la prohibición á que representaran mujeres, y á que se hicieran comedias en Alcalá y Salamanca, no siendo en vacaciones, para que no se distrajeran de su obligación los

[1] El de la Cruz se hizo en 1579; el del Príncipe se empezó en 1582, ayudando Cisneros y Granados, que con sus compañías hicieron comedias de limosna; y, antes de terminarse, se presentó Vázquez en 21 de Septiembre de 1583. El primero que representó en el teatro de la Cruz fué Granados en 21 de Noviembre de 1579. Los teatros eran propiedad de las Cofradías. Las representaciones se hacían los domingos; luego, en algunos otros días, como martes y jueves, y nunca en Cuaresma. Había muchos actores que escribían además las comedias, de donde le vino el nombre de *autor* al director de la compañía ó al empresario, que le conservó por mucho tiempo, aunque ya no fuese escritor. De estos actores poetas pueden mencionarse, además de Lope de Rueda, sus compañeros Martín de Santander y Alonso de la Vega y otros muchos citados por Rojas, que dice:

«De los farsantes que han hecho
Farsas, loas, bailes, letras,
Son Alonso de Morales,
Grajales, Zorita, Mesa,
Sánchez, Ríos, Avendaño,
Juan de Vergara, Villegas,
Pedro de Morales, Castro,
Y el del hijo de la tierra,
Carvajal, Claramonte
Y otros que no se me acuerdan,
Que componen y han compuesto
Comedias muchas y buenas».

estudiantes; y así, con varias cortapisas y alternativas, suspendidas á veces, caídas las prohibiciones en desuso, prosiguieron las representaciones durante los siglos XVII y XVIII, creciendo la afición al teatro de día en día, y sobre todo en los tiempos de Felipe IV, decidido protector de las letras.

265. Los abusos debieron crecer al compás de la afición, por cuanto un juicioso y cristiano actor, Cristóbal Santiago Ortiz, presentó un memorial al Rey, hacia 1647, para que se remediaran, pidiendo que se crease un censor y fuesen castigados los infractores de las leyes y ordenanzas, pues andaban por España cuarenta compañías de cómicos, con poco menos de mil personas, muchas de ellas gente perdida, y hasta escapados de la justicia.

Con esto no es extraño que la profesión de actor no fuese todavía muy estimada, y que no cesaran las censuras y prevenciones contra ella. Todo tenía sus excepciones, y los actores honrados y de mérito gozaban de no escasa consideración social.

Ni dejaban de participar los actores, en general, del espíritu cristiano de la época, habiendo fundado la famosa *Cofradía de la Novena*, que subsiste, aunque espirante, en la parroquia de San Sebastián de la corte.

266. En el *Viaje entretenido* de Rojas, publicado en 1603, se hace la siguiente donosa pintura de los actores de aquellos tiempos: habla Rojas con sus compañeros Ríos y Ramírez: «Hay ocho maneras de compañías y representantes, y todas diferentes.... Hay *bululú*, *ñaque*, *gangarilla*, *cambaleo*, *garnacha*, *bojiganga*, *farándula* y *compañía*. El *bululú* es un representante solo, que camina á pie, y pasa su camino; entra en el pueblo, habla al cura, y dícele que sabe una comedia y alguna loa; que junte al barbero y sacristán, y se la dirá, porque le den alguna cosa para pasar adelante. Júntanse éstos, y él sube sobre una arca y va diciendo: ahora sale la dama, y dice esto y esto, y va representando, y pidiendo limosna en un sombrero, y junta cuatro ó cinco cuartos, algún pedazo de pan y escudilla de caldo, que le da el cura, y con esto sigue su estrella y prosigue su camino hasta que halla remedio. *Ñaque* es dos hombres (que es lo que Ríos decía ahora ha poco): de entrambos, éstos hacen un entremés, algún poco de un acto, dicen unas octavas, dos ó tres loas, llevan una barba de zamarro, tocan el tamborino, y cobran á ochavo, y en esotros reinos á dinerillo (que es

lo que hacíamos Ríos y yo): viven contentos, duermen vestidos, caminan desnudos, comen hambrientos, y espúlganse el verano en los trigos, y el invierno no sienten con el frío los piojos. *Gangarilla* es compañía más gruesa; ya van aquí tres ó cuatro hombres, uno que sabe tocar una locura: llevan un muchacho que hace la dama, hacen el auto de la oveja perdida, tienen barba y cabellera, buscan saya y toca prestada (y algunas veces se olvidan de volverla), hacen dos entremeses de bobo, cobran á cuarto, pedazo de pan, huevo y sardina y todo género de zarandaja (que se echa en una talega); éstos comen asado, duermen en el suelo, beben su trago de vino, caminan á menudo, representan en cualquier cortijo, y traen siempre los brazos cruzados,

»Ríos.—¿Por qué razón?

»Solano.—Porque jamás cae capa sobre sus hombros.

»*Cambaleo* es una mujer que canta y cinco hombres que lloran: éstos traen una comedia, dos autos, tres ó cuatro entremeses, un lío de ropa, que lo puede llevar una araña; llevan á ratos á la mujer á cuestas y otras en silla de manos; representan en los cortijos por hogaza de pan, racimo de uvas y olla de berzas; cobran en los pueblos á seis maravedises, pedazo de longaniza, cerro de lino y todo lo demás que viene aventurero (sin que se deseche ripio); están en los lugares cuatro ó seis días: alquilan para la mujer una cama, y el que tiene amistad con la huéspeda, dale un costal de paja, una manta y duerme en la cocina, y en el invierno, el pajar es su habitación eterna: éstos, á mediodía, comen su olla de vaca, y cada uno seis escudillas de caldo; siéntanse todos á una mesa, y otras veces sobre la cama; reparte la mujer la comida, dales el pan por tasa, el vino aguado y por medida, y cada uno se limpia donde halla, porque entre todos tienen una servilleta, ó los manteles están tan desviados, que no alcanzan á la mesa con diez dedos. Compañía de *garnacha* son cinco ó seis hombres, una mujer que hace la dama primera y un muchacho la segunda: llevan un arca con dos sayas, una ropa, tres pellicos, barbas y cabelleras y algún vestido de la mujer, de tiritaña: estos llevan cuatro comedias, tres autos y otros tantos entremeses; el arca en un pollino, la mujer á las ancas gruñendo y todos los compañeros detrás arreando. Están ocho días en un pueblo, duermen en una cama cuatro, comen olla de vaca y carnero, algunas noches su menudo bien aderezado. Tienen el vino por adarmes, la carne por onzas, el pan por libras y la hambre por arrobas. Hacen particulares á gallina asada, liebre cocida, cuatro reales en la bolsa, dos azumbres de vino en casa, y á doce reales una fiesta con otra. En la *bojiganga* van dos mujeres y un muchacho, seis ó siete compañeros, y aun suelen ganar muy buenos disgustos, porque nunca falta un hombre

necio, un bravo, un mal sufrido, un porfiado, un tierno, un celoso, ni un enamorado, y habiendo cualquiera de éstos, no pueden andar seguros, vivir contentos, ni aun tener muchos ducados. Éstos traen seis comedias, tres ó cuatro autos, cinco entremeses, dos arcas, una con hato de la comedia, y otra de las mujeres. Alquilan cuatro jumentos, uno para las arcas, y dos para las hembras, y otro para remudar los compañeros á cuarto de legua (conforme hiciere cada uno la figura, y fuere de provecho en la chacona). Suelen traer entre siete dos capas, y con estas van entrando de dos en dos, como frailes. Y sucede muchas veces, llevándoselas el mozo, dejarlos á todos en cuerpo. Estos comen bien, duermen todos en cuatro camas; representan de noche, y de día las fiestas; cenan las más veces ensalada, porque como acaban tarde la comedia, hallan siempre la cena fría. Son grandes hombres de dormir de camino debajo de las chimeneas, por si acaso están entapizadas de morcillas, solomos y longanizas, gozar de ellas con los ojos, tocarlas con las manos, y convidar á los amigos, ciñéndose las longanizas al cuerpo, las morcillas al muslo, y los solomos, pies de puerco, gallinas y otras menudencias, en unos hoyos en los corrales ó caballerizas. Y si es en ventas en el campo (que es lo más seguro), poniendo su seña para conocer dónde queda enterrado el tal difunto. Este género de *bojiganga* es peligroso, porque hay entre ellos más mudanzas que en la luna, y más peligros que en frontera (y esto es si no tienen cabeza que los rija).

Farándula es víspera de compañía; traen tres mujeres, ocho y diez comedias, dos arcas de hato, caminan en mulos de arrieros, y otras veces en carros, entran en buenos pueblos, comen apartados, tienen buenos vestidos, hacen fiestas de Corpus á doscientos ducados, viven contentos (digo, los que no están enamorados), traen unos plumas en los sombreros, otros veletas en los cascos, y otros en los pies el mesón de Cristo con todos. Hay lanmedores de ojos, que se enamoran por debajo de las faldas de los sombreros, haciendo señas con las manos y visajes con los rostros, torciéndose los mostachos, dando la mano en el aprieto, la capa en el camino, el regalo en el pueblo y sin hablar palabra en todo el año. En las *compañías* hay toda clase de gusarapas y baratijas; entrevan cualquier costura, saben de mucha cortesía, y hay gente muy discreta, hombres muy estimados, personas muy conocidas, y aun mujeres honradas (que donde hay mucho es fuerza que haya de todo): traen cincuenta comedias, trescientas arrobas de hato, diez y seis personas que representan, treinta que comen, uno que cobra, y Dios sabe el que hurta. Unos piden mulas, otros coches, otros literas, otros palafrenes y ninguno hay que se contente con carros, porque

dicen que tienen malos estómagos. Sobre esto suele haber muchos disgustos. Son sus trabajos excesivos, por ser los estudios tantos, los ensayos tan continuos y los gustos tan diversos [1].»

[1] En los siglos XVII y XVIII las cosas continuaron, poco más ó menos, como las describe Rojas; y aun puede decirse que, en algún sentido, empeoraron en el siglo XVIII, por la gran decadencia á que vino el teatro, y hubieron de venir necesariamente los actores. No faltaron algunos de mérito, y á fines del siglo y principios del actual, y después hasta nuestros días, ha habido y hay no pocos, habiendo mejorado además su condición social y económica. Las compañías han tenido mejor organización y más elementos de vida, habiéndose intentado reglamentarlas formalmente para asegurar la buena representación de las comedias y la subsistencia, á veces precaria, de los actores; pero no se ha podido lograr por varias causas, y hoy es el dia en que ni el teatro español está debidamente organizado, á pesar de ser oficial y existir una escuela, oficial también, de declamación.

Una compañía dramática se compone de varios actores, siendo los principales: el *galán*, la *dama*, el *barba*, el *galán joven*, la *dama joven* y el *gracioso*. Hay además los segundos galanes y damas y la *característica*, ó sea la actriz encargada de los papeles de vieja, que muchas veces tiene carácter cómico, y otros varios actores secundarios, encargados de los papeles menos importantes, más los racionistas, actores de última fila, y los comparsas, que son ajustados para las ocasiones en que ha de haber en escena alguna agrupación ó muchedumbre, como religiosos, soldados, pueblo, etc. No siendo común que un actor tenga actitudes generales, por aquí flaquean la mayor parte de las compañías, viéndose á veces representar papeles muy contrarios á sus condiciones físicas ó á sus talentos á no pocos actores estimables. Los tiempos que alcanzamos son de notoria y grande decadencia, habiendo pocos actores de verdadero mérito y quizá ninguna compañía completa que merezca verdaderamente este nombre.

LECCION XLII

TEATRO DE LOPE.

267. Lope de Vega: su vida.—268. Sus portentosas facultades.—269 Carácter general de su teatro.—270. Exposición y juicio de algunas de sus obras notables. Dramas trágicos: *El mejor alcalde el Rey.*—271. *Peribáñez.*—272. *Fuente ovejuna.*—273. Otros dramas trágicos de Lope.—274. Comedias: examen de algunas de ellas.—275. Juicio general de Lope como poeta dramático.

267. Lope de Vega fué el genio que faltaba para dar forma definitiva al glorioso teatro español. Nació este hombre, portentoso en Madrid, á 25 de Noviembre de 1562, y desde su más tierna infancia dió muestras de sus asombrosas facultades. Él mismo dice que á los cinco años componía versos, y, no sabiéndolos escribir, encargaba á sus compañeros que lo hiciesen, dándoles, para ello, parte de su merienda. Muerto su padre, quedó pobre la familia; pero Lope pudo estudiar en el Colegio Imperial. Mostró grande aversión á las matemáticas, y en cambio mucha afición á la filosofía, al baile y á la esgrima. Á los catorce años huyó con un compañero á Astorga, para ver mundo; y á la vuelta fueron presos en Segovia por el juez, que los envió á Madrid, convencido de que no habían cometido delito. Á los quince años se alistó en el ejército expedicionario de las islas Terceras, y luego entró al servicio de D. Jerónimo Manrique, obispo de Ávila, al cual guardó toda su vida cariño y agradecimiento. Por entonces fué enviado á Alcalá á continuar sus estudios; pero no los acabó; y dejó también el servicio del Obispo, probablemente por causa de unos amores, y entró en casa de los duques de Alba. Poco después se unió en matrimonio con doña Isabel

de Urbino, y, á consecuencia de un duelo, se vió precisado á huir á Valencia, donde trató á varios poetas dramáticos de importancia, alguno de los cuales, tal vez, compuso sus obras antes que Lope se distinguiese en el teatro. Vuelto á Madrid, perdió á su esposa, y se alistó en la *Armada invencible* contra Inglaterra; y después del desastre entró al servicio del marqués de Sarriá, casando en segundas nupcias con doña Juana de Guardia. De ésta tuvo dos hijos, que perdió en temprana edad, así como perdió también á la madre; y una hija natural que tenía, Marcela, profesó religiosa en el convento de Trinitarias. Lope de Vega entonces se hizo sacerdote, sin renunciar por eso al cultivo de la poesía, y entró en la Congregación de presbíteros naturales de Madrid, uno de cuyos fines era el de enterrar á los ajusticiados y el socorro de los sacerdotes, viéndose muchas veces al gran poeta cumplir los deberes de su misión, enterrando á los pobres. Su primer éxito fué el premio poético que ganó en las fiestas por la canonización de San Isidro, triunfo que le dió grande popularidad, la cual fué creciendo día por día con sus obras dramáticas principalmente. El Papa Urbano VIII le escribió de su puño y letra, confiriéndole la dignidad de intendente honorario de la Cámara apostólica y el hábito de San Juan; el Rey se paraba para mirarle; los grandes se disputaban su amistad, y el pueblo tenía por él tal pasión, que llegaron á llamarse de Lope todas las cosas notables y extraordinarias. Diósele el nombre de *Fénix de los Ingenios*, y Cervantes le llamó *Monstruo de la naturaleza*, é hizo el elogio de su genio. Sencillo y modesto en su trato y costumbres, vivió en honrosa medianía en la casa de su propiedad, que se conserva, y sobre la cual hizo grabar él la inscripción:

«Magna aliena parva
Parva propria magna».

Después de algunos años de melancolía y enfermedades, y de entregarse á la austeridad y á la penitencia, murió el 25 de Agosto de 1635, cerca de los setenta años de edad. El sentimiento por su muerte fué tan general como profundo; sus fune-

rales, dispuestos por el duque de Sesa, duraron nueve días, en que hubo suspensión de negocios en la corte, y aparecieron las calles enlutadas. Se escribieron multitud de elogios fúnebres á su memoria en Italia y España: París, Milán y Nápoles, y otras ciudades rindieron tributo al gran poeta español, cuyas obras se habían representado hasta en el interior del serrallo de Constantinopla.

268. Este hombre, verdaderamente excepcional, único tal vez en la literatura por su fecundidad asombrosa, cultivó todos los géneros, lo mismo el poema épico que la novela, la letrilla que el romance; pero la gloria de Lope se funda principalmente en su teatro. Debió empezar á escribir comedias muy joven, y en Valencia es donde probablemente se decidió por la carrera dramática. Lo primero que compuso, *El verdadero amante*, es una sencilla fábula de un pastor, obligado á casarse con una viuda que le acusa de haber asesinado á su marido. *La pastoral de Jacinto* es otro de sus más sencillos y primitivos dramas. Se trata de un celoso de sí mismo, porque otro que ha tomado su nombre logra hacerse oir de una pastora.

La fecundidad de Lope de Vega raya en lo increíble. Compuso cerca de 400 autos, y las comedias llegan á 1,800. Tardaron mucho en imprimirse. En 1603 dió los títulos de 319, en 1609 eran ya 483; en 1618 subían á 800, en el 1619 á 900, y en 1624 á 1,060. Á su muerte dice Montalván que ascendían á 1,500, y contando las cortas llegan al número fabuloso de 1,800, más los 400 autos y entremeses. Sólo se han publicado unas 500 en 28 tomos desde 1604 á 1647. La colección que publicó el mismo Lope componía 25 tomos en 4.°, y se decidió á hacerla viendo lo alteradas que estaban sus obras y las variantes que se permitían cómicos y copiantes. En el prólogo de la *Arcadia* se queja de que los cómicos le hurtaban trozos de sus comedias, poniéndolos en las que ellos componían.

269. Lope de Vega se deja guiar de su natural instinto poético y de los gustos y tendencias populares. En su *Arte nueva de hacer comedias* se lamenta de verse obligado á olvidar las reglas y los clásicos, diciendo que guardaba los pre-

ceptos bajo seis llaves, y que escribía según la común corriente, expresándolo en aquel famoso verso:

> «El vulgo es necio y, pues lo paga, es justo
> Hablarle en necio para darle gusto.»

Difícil es de creer que Lope de Vega echase realmente de menos las reglas clásicas y las imitaciones latinas; pero, en fin, debemos felicitarnos por su inconsecuencia, dado que, si hubiera seguido la corriente imitadora, no tendríamos quizá teatro nacional, ni Lope hubiera sido tan grande y tan fecundo poeta.

Fuera con plena conciencia de lo que hacía [1], fuese el deseo de dar gusto al público, es lo cierto que Lope de Vega creó un teatro nacional, como ninguno lo había hecho jamás. Se dejó de griegos, latinos é italianos; no pensó en las unidades de lugar ni de tiempo, buscó su inspiración en los romances y tradiciones populares, y aspiró á presentar en el teatro la varia, rica y espléndida sociedad con todas sus gracias y con todo su movimiento. De aquí resultó en las obras de Lope una variedad extraordinaria, una espontaneidad incomparable y una inventiva maravillosa; y aunque sus comedias son verdaderas novelas dialogadas, si éste fuera defecto, que no lo es, estaría compensado con el interés del argumento, la hermosura de la versificación y la vida y frescura que en todas partes se respira. Lope, que en ocasiones hacía un drama en veinticuatro horas, como él mismo dice [2], no estudiaba ni podía estudiar el asunto, ni preparar el plan; así es que sus obras son generalmente desordenadas, y á veces muy confusas, teniendo algunas anacronismos y defectos innegables. Él no se detiene tampoco á pintar bien los caracteres ni las pasiones; bástale el interés y animación de los sucesos y la pintura de situaciones y de costumbres. Por lo

[1] Lope, en efecto, en una *Egloga á Claudio*, se alaba de las perfecciones y bellezas de sus obras dramáticas, mostrando esto que las conocía muy bien, á pesar de haber dejado las reglas clásicas.

[2] «Y más de ciento en horas veinticuatro
Pasaban de las musas al teatro.»

demás, ni la geografía ni la historia le deben grandes respetos.

Así queda ligeramente indicado lo bueno y lo malo de Lope. Él pasa de lo sublime á lo grotesco con facilidad extraordinaria, aun dentro de una misma obra, y no hay nada á que no se atreva su pluma: el drama sagrado, como el profano; la tragedia, como la comedia, todo brota espontánea y naturalmente de su inagotable fantasía, siendo punto menos que imposible clasificar rigurosamente sus obras dramáticas. Invención suya son las lindísimas *comedias de capa y espada*, ó sean las de costumbres de aquel tiempo de la Casa de Austria, y suyo es el verdadero drama moderno, en el sentido corriente de la palabra, puesto que ni en España ni fuera de ella, nadie, antes que él, había compuesto obras de interés, nobleza y elevación, sino pobres imitaciones del teatro antiguo, ó disparatados engendros, la mayor parte de las veces. No tiene, por consiguiente, maestro, y él fué maestro de todos, imprimiendo al teatro español tan poderosa tendencia y sello tan indeleble, que le ha conservado hasta nuestros días con ligeras modificaciones y excepciones.

Las obras de Lope se han clasificado de diversa manera. La clasificación más natural es la de *dramas, comedias* y *autos:* en los *dramas* pueden distinguirse los *trágicos, legendarios, heroicos, históricos* y *religiosos;* en las *comedias*, las de *enredo*, de *costumbres* y *picarescas*. Muchas veces se mezclan estos elementos, siendo, por tanto, vana la clasificación, si hay empeño de hacerla con rigor.

270. Entre los dramas de Lope, y en la imposibilidad de citar todos los notables, mencionaremos solamente algunos. Famoso es *El mejor alcalde el rey:* trátase en él de una pobre aldeana, Elvira, que va á casarse con Sancho. Un infanzón, D. Tello, que los apadrina, se enamora de la joven y la roba. Sancho, aunque es un pobre aldeano, viene á la corte del rey D. Alfonso VII á pedir justicia, y el Rey le da una carta de la cual no hace caso D. Tello, empeñado en vencer la resistencia de Elvira: todos sus esfuerzos se estrellan contra la virtud de la joven; pero él la retiene sin obedecer las órdenes

reales. Vuelve Sancho á dar cuenta al Rey de lo que ocurre, diciéndole que debe enviar un alcalde que haga justicia, y don Alfonso dice: *el mejor alcalde, el rey,* y se decide á ir á Galicia, donde llega cuando ya se ha consumado el crimen de D. Tello; pero el Rey le hace dar la mano de esposo á Elvira y que la dote, reparando así su honor, y le decapita inmediatamente. Esta obra, aunque tiene algunos lunares, como la pintura de la hermana de D. Tello, que hace un feísimo papel de Celestina, está escrita toda ella con gran vigor y colorido, presentándose perfectamente dibujados los caracteres del Rey, de D. Tello y de Elvira; y el sentimiento monárquico que domina en la composición sirve de pauta á muchos de nuestros poetas, que presentan casi siempre á los reyes como vengadores de los oprimidos y terror de los tiranos poderosos. La mezcla de villanos y príncipes en la obra; las escenas, ya cortesanas, ya campestres que presenta; el interés del argumento; la virtud de Elvira, su inmerecida desgracia y el castigo del culpable, la dan un carácter verdaderamente dramático y por todo extremo interesante y animado.

271. Menos conocida, y en nuestro sentir más bella, es otra obra de Lope intitulada *Per-Ibáñez.* En ella se presenta también un aldeano, casado con su amada Casilda. Hay una fiesta popular en que se lidia un novillo. El comendador de Ocaña, que toma parte en ella por diversión, sufre una caída y es conducido á la morada de Casilda. Vuelto en sí, requiebra á la aldeana, á tiempo que su marido proyecta un viaje con su mujer á Toledo, y para ello pide al Comendador le preste alfombras y objetos con que engalanar el carro en que conduzca á su mujer. Sírvele, y de muy buen grado el Comendador, y aun le da joyas y dos mulas más, y resuelve también él ir á Toledo, por su parte. Cambia la escena y aparece el rey Enrique III en Toledo, donde poco después llegan Casilda y Per Ibáñez; y un pintor toma el retrato de la aldeana mientras ésta se sienta á ver la gente. El acto segundo empieza con una bellísima escena de cofradía, en que Per-Ibáñez queda encargado de ir á Toledo para que un pintor restaure la imagen de San Roque. Cuando se marcha, el Comendador se

propone corromper á la bella labradora, y hace que algunos de sus criados se mezclen entre los segadores de Per-Ibáñez, presentándose él mismo en este traje para hablar con Casilda, que estaba á la ventana. No logrando sus intentos, resuelve levantar tropas para hacer capitán á Per-Ibáñez, que vuelve con cautela porque ha visto en Toledo el retrato de Casilda mandado hacer por el Comendador. En el tercer acto, Per-Ibáñez está de soldado; y el comendador hace que le nombren caballero, encargándose de la casa y esposa de Per-Ibáñez, que éste le encomienda, jurando al mismo tiempo que como caballero sabrá defender su honor. Aparecen las compañías de soldados formadas; Casilda desde la ventana habla con su esposo; y Leonardo, criado del Comendador, concierta con Inés, prima de Casilda, entrar de noche en casa. Se van los soldados, y el Comendador dispone una serenata para Casilda. Per-Ibáñez, que recela ya, vuelve sólo y á galope; entra sigilosamente en su casa, abriéndole un vecino por la suya, tan á tiempo, que oye la música y ve que el Comendador se introduce en su morada por las habitaciones de Inés; le mata y huye; pero al venir los criados, mata también á la traidora y al culpable. Trasládase la escena á Toledo, donde, ya sabido el suceso, é indignado el Rey por la muerte del Comendador, se presenta Per-Ibáñez, y cuenta cómo ha sido; y el Rey le perdona y le ennoblece, diciéndole que ha hecho bien en velar por su honra.

En esta obra todo respira verdad, sencillez y frescura; las escenas de aldea están pintadas de mano maestra; el carácter de Per-Ibáñez y el de Casilda son bellísimos, y el Comendador, astuto y pérfido, halla digna resistencia en la humilde aldeana, sancionando el Rey la venganza del pechero. Estas venganzas, ciertamente, no son de alabar, y muchas veces, en el teatro, tienen carácter cruel y sanguinario, castigando los maridos en sus mujeres la menor sospecha de infidelidad. Aquí el Comendador es cogido *in fraganti*, y esto atenúa el delito de Per-Ibáñez, y el resultado que se desprende de la obra es ciertamente moral. En cuanto á la versificación, no hay nada en el teatro español que la supere en gracia, senci-

llez, facilidad y armonía: bien es verdad que Lope no tiene rival en ésto. Imposible nos es dar menuda cuenta de todos los primores que hay en la obra; pero, como ejemplo de la versificación de Lope, citaremos un trozo de escena del acto primero, en que Casilda cuenta á su prima Inés lo feliz que se ve con su marido:

«Cuando despunta el lucero,
Viene del campo mi esposo
De su cena deseoso:
Siéntele el alma primero,
Y salgo á abrille la puerta,
Arrojando la almohadilla
Que siempre tengo en la silla,
Quien mis labores concierta.
Él de la mula se arroja,
Y yo me arrojo en sus brazos:
Tal vez de nuestros abrazos
La bestia hambrienta se enoja,
Y sintiéndola gruñir,
Dice: en dándole la cena
Al ganado, cara buena,
Volverá Pedro á salir.
Mientras la paja les echa,
Ir por cebada me manda;
Yo la traigo, él la zaranda,
Y deja la que aprovecha.
Revuélvela en el pesebre,
Y allí me vuelve á abrazar,
Que no hay tan bajo lugar
Que en él amor no celebre.
Salimos cuando ya está
Dándonos voces la olla;
Porque el ajo y la cebolla
Con todo el olor le da:
Por toda nuestra cocina
Tocan en la cobertera
El villano, de manera
Que á bailalle nos inclina.
Sácola en limpios manteles,

No en plata, aunque yo quisiera,
Platos son de Talavera
Que están vertiendo claveles.
Abáole su escudilla
De sopas, con tal primor,
Que no la come mejor
El señor de nuesa villa.
Y él lo paga, porque á fe,
Que apenas bocado toma
De que, como á su paloma,
Lo que es mejor no me dé;
Bebe y deja la mitad;
Bébole las fuerzas yo,
Traigo olivas, y sino
Es postre la voluntad.
Acabada la comida,
Puestas las manos los dos,
Dámosle gracias á Dios
Por la merced recibida;
Y vámonos á acostar,
Donde le pesa á la Aurora
Cuando se llega la hora
De venirnos á llamar.....»

He aquí cómo el gran poeta pudo hacer poéticas las cosas más triviales de la vida, empleando las palabras del uso más común y ordinario.

272. Análogo á *Per-Ibánez* en el pensamiento, es el drama titulado *Fuente Ovejuna.* Hay en este un Comendador que atropella á las pobres aldeanas. Una de ellas tiene un amante, Frondoso, que al verla perseguida en el campo por el poderoso señor, la salva, amenazándole con su ballesta. Cuando después van á casarse, lo estorba y prende á Laurencia, con lo cual queda ya más libre para cometer todo género de desafueros contra la villana. Reunido el Concejo, hay un alboroto popular; y las mismas mujeres matan al Comendador, conviniendo en decir que lo hizo *Fuente Ovejuna*, el nombre del pueblo. En vano es que el Rey, noticioso de lo ocurrido, trate de buscar á los culpables para castigarlos;

hombres, mujeres y niños, dicen que al Comendador lo mató *Fuente Ovejuna;* y el Rey, admirado por aquella fortaleza, y reconociendo que había sido la muerte castigo de los crímenes del Comendador, perdona la sublevación. En este drama hay mucho movimiento y una admirable pintura de costumbres populares, estando escrito con grandísima concisión y energía.

273. Entre otros dramas trágicos de Lope ha de citarse también el *Castigo sin venganza,* en que se refieren los culpables amores de un principe con su madrastra, y la muerte de ambos, sin que el rey quiera dar á entender la causa de ello. Este drama sobresale por el vigor de los caracteres y por lo trágico de algunas situaciones.

Inspirándose en las leyendas nacionales, compuso Lope otra porción de dramas, algunos muy notables, como el *Testimonio vengado,* que se refiere á un hijo del rey de Aragón, que acusa á su propia madre porque no había consentido que tomase el caballo favorito de su padre; la *Campana de Aragón,* cuyo asunto es la conocidísima leyenda de D. Ramiro; la *Inocente sangre,* en que expone el suceso trágico de los Carvajales, y *La Estrella de Sevilla* ó *Sancho Ortiz de las Roelas.* En ésta, el sentimiento monárquico se presenta con caracteres menos simpáticos que en las anteriores. El Rey está enamorado de Estrella, amante de Sancho Ortiz de las Roelas, y penetrando una noche en su casa, Bustos, hermano de Estrella, estorba sus criminales designios. Por ello le manda el Rey matar, y encarga la ejecución de su sentencia á Sancho Ortiz mismo, quien aunque repugna el matar al hermano de su amada, lo hace por cumplir la palabra antes dada al Rey, el cual, al cabo, confiesa que él ha sido el autor de la muerte; pero Estrella y Sancho renuncian á sus amores.

274. Si de las tragedias pasamos á las comedias, encontramos en Lope de Vega la misma fecundidad, y una gracia y un ingenio extraordinario. La *Noche toledana* es una de las más notables, y tiene tal enredo, que es difícil explicar y entender el argumento, ni recordarlo bien, aun después de haberla leído; y, sin embargo, todo es natural y sencillo; pero

hay tal abundancia de incidentes, tales equivocaciones, tales embrollos, que constituye esta comedia un acabadísimo modelo de las de enredo y costumbres.

La moza de cántaro es menos complicada. Doña María de Guzmán, en Ronda, tiene varios pretendientes á quienes desdeña; y uno de ellos, en su ira, llega hasta abofetear al anciano padre de doña María; por lo cual ella, según el punto de honor tan exagerado en nuestro teatro, va á la misma cárcel donde está, y lo mata. Ya fugitiva, encuentra, camino de Madrid, á un indiano, y se pone á su servicio. En Madrid se enamora de ella D. Juan, á quien amaba doña Ana, que á su vez era amada de un Conde; y creyéndola una villana, va D. Juan á verla á la fuente: doña Ana entra en celos y quiere verla, proponiendo que entre en su casa, y con ocasión de la boda de otra criada, doña María, que va á ser madrina, se presenta engalanada como una señora, y D. Juan la ofrece su mano. Se oponen terminantemente doña Ana y el Conde; pero doña María declara su noble alcurnia y se casa.

Puede ésta considerarse como una comedia de carácter; y del mismo género, aunque muy distinta, es la *Dama boba,* en la cual pinta una joven, á quien todo el mundo tiene por boba, y que realmente no es muy discreta, siendo despreciada por varios esposos que su padre la busca; pero Laurencio la quiere, comprendiendo que aquella boba, aquella mujer, es capaz de amarle, y ella se va avivando y se las compone de manera que se casa con el que quería, sin dejar por eso de ser boba. Animada comedia de costumbres es también *El acero de Madrid,* pero la afean ciertas escenas livianas; y, en general, aunque Lope está muy lejos de los italianos, no siempre es lo limpio y decoroso que debiera.

Sería interminable la lista de las obras de Lope; pero baste lo dicho para comprender la fértil vena, la inagotable fantasía y fuerza de invención; la versificación limpia, correcta y exenta de toda afectación; la gracia y donosura de muchas escenas y situaciones, y la energía y lo patético de algunos caracteres.

275. Puede decirse, sin exagerar, que todos los demás

grandes poetas, que en pos de Lope vinieron, se limitaron á seguir sus huellas, aunque los grandes ingenios ó maestros tengan todos, y sobre todos Calderón, su carácter especial y no carezcan de originalidad verdadera. En Lope, sin embargo, ya está todo nuestro teatro con sus cualidades y defectos. El principal de éstos es la falta de regularidad en los planes, y los anacronismos; porque, como hemos indicado ya, sus comedias son más bien *novelas dramáticas* que dramas en el sentido histórico y clásico de la palabra; pero el mismo Lope dice en su *Arte nuevo de hacer comedias* que el español no se satisface

> «Si no le representan en dos horas
> Hasta el final juicio del Génesis....»

Así, hay comedia de Lope en que la acción dura veinte años y más, lo cual es un grande defecto para los extranjeros, pero no ciertamente para los españoles, si, por otra parte, la obra tiene interés, animación y movimiento. Nosotros, realmente, no soportaríamos con paciencia las monótonas obras francesas del siglo XVII, ni siquiera los dramas alemanes en que se desarrollan y se estudian bien los caracteres, pero en que hay pocas situaciones, poca vida y pocos sucesos [1].

[1] Entre las comedias de Santos de Lope de Vega, pueden citarse: *San Diego de Alcalá* y *San Isidro*, y entre los autos *El nacimiento de Cristo*, *La creación del mundo* y la *Prenda redimida*.

LECCIÓN XLIII

CONTEMPORÁNEOS Y CONTINUADORES DE LOPE.

276. Guillén de Castro: *Las mocedades del Cid.* — Noticia de otras producciones de este ingenio. — 277. Otros autores: Tárrega, Aguilar. — 278. Miguel Sánchez: *La guarda cuidadosa.* — 279. Montalbán: *Cumplir con su obligación;* la *Toquera Vizcaína* y *Los amantes de Teruel.* — 280. Vélez de Guevara. — 281. Mirademescua: tuvo imitadores. — 282 Noticia de otros autores dramáticos. — 283. Entremeses de Cervantes y de Quiñones de Benavente.

276. Pertenecientes al período de Lope de Vega, y considerados como sus coetáneos é imitadores, hay un gran número de poetas, algunos de primer orden. De los más inmediatos á Lope, el principal es Guillén de Castro, noble valenciano, que nació en 1567. Perteneció á la *Academia de los Nocturnos,* donde tuvo por amigos á Tárrega, Aguilar y Ardieta; fué protegido y favorito del conde de Benavente, virrey de Nápoles, y después vivió en Madrid, pensionado por el duque de Osuna y conde-duque de Olivares; mas dicen que era atrabiliario y terco, y se enajenó muchas simpatías. Murió miserablemente en 1631, después de ayudar á Lope de Vega en las fiestas de la canonización de San Isidro.

El principal título de gloria de Guillén de Castro es su hermoso drama *Las mocedades del Cid.* Empieza con la solemne ceremonia de armar caballero á Rodrigo Díaz de Vivar; poco después el conde Lozano, en la misma cámara del Rey, abofetea á su padre, y el joven Rodrigo le desafía y le mata. Jimena, que está apasionada del Cid, viene, sin embargo, á reclamar al Rey su castigo; pero el Cid se había distinguido

por sus proezas contra los moros, y el Rey siente que se pierda tan buen caballero, y trata de casarle con Jimena. Ocultando ésta su amor, como discreta, el Rey, valiéndose del artificio de decir que el Cid ha sido muerto en una batalla, lo descubre, y logra, por último, que los jóvenes se unan.— Guillén de Castro sigue las tradiciones y el romancero, logrando hacer un drama interesante y conmovedor, con mucho arte en las situaciones y mucha destreza en los caracteres. La lucha de Jimena entre su amor y su deber de hija, está magistralmente pintada, y no lo están menos las escenas entre el anciano Láinez y su hijo, y las del desafío con el conde Lozano. La versificación es casi siempre rotunda, sobria, armoniosa, constituyendo todo ello un conjunto admirable.

En prueba de ello, véase la siguiente escena:

JIMENA. ¡Ay, afligida!
Que la mitad de mi vida
Ha muerto la otra mitad.
ELVIRA. No es posible consolarte.
JIM. ¿Qué consuelo he de tomar
Si al vengar
De mi vida la una parte
Sin las dos he de quedar?
ELV. Siempre quieres á Rodrigo:
Que mató á tu padre mira.
JIM. Sí, y aun preso, ¡Ay Elvira!,
Es mi adorado enemigo.
ELV. ¿Piensas perseguirle?
JIM. Sí,
Que es de mi padre el decoro;
Y así lloro
El buscar lo que perdí,
Persiguiendo lo que adoro.
ELV. Pues cómo harás no lo entiendo,
Estimando el matador
Y el muerto.
JIM. Tengo valor,
Y habré de matar muriendo.
Seguiréle hasta vengarme.

(Sale Rodrigo y arrodillase delante de Jimena.)

CID. Mejor es que mi amor firme,
Con rendirme,
Te dé el gusto de matarme
Sin la pena de seguirme.

JIM. ¿Qué has emprendido, qué has hecho?
¿Eres sombra, eres visión?

CID. Pasa el mismo corazón
Que pienso que está en tu pecho.

JIM. ¡Jesús! ¡Rodrigo, Rodrigo
En mi casa!

CID Escucha.

JIM. Muero.

CID. Sólo quiero
Que oyendo lo que digo,
Respondas con este acero. *(Dale su daga.)*
Tu padre el conde Lozano,
En el nombre y en el brío,
Puso en las canas del mío
La atrevida injusta mano.
Y aunque me vi sin honor,
Se malogró mi esperanza
En tal mudanza
Con tal fuerza, que tu amor
Puso en duda mi venganza.
Mas en tan gran desventura
Lucharon á mi despecho,
Contrapuestos en mi pecho,
Mi afrenta con tu hermosura.
Y tú, señora, vencieras
Á no haber imaginado
Que afrentado,
Por infame aborrecieras
Quien quisiste por honrado.
Con este buen pensamiento,
Tan hijo de tus hazañas,
De tu padre en las entrañas
Entró mi estoque sangriento.
Cobré mi perdido honor;
Mas luego, á tu amor rendido,
He venido,

Porque no llames rigor
Lo que obligación ha sido,
Donde disculpada veas,
Con mi pena, mi mudanza,
Y donde tomes venganza,
Si es que venganza deseas.
Toma, y porque á entrambos cuadre
Un valor y un albedrío,
Haz con brío
La venganza de tu padre
Como hice la del mío.

JIM. Rodrigo, Rodrigo, ¡ ay triste!
Yo confieso, aunque lo sienta,
Que en dar venganza á tu afrenta
Como caballero hiciste.
No te doy la culpa á ti
De que desdichada soy,
Y tal estoy,
Que habré de emplear en mí
La muerte que no te doy.
Sólo te culpo, agraviada,
Al ver que á mis ojos vienes
Á tiempo que aún fresca tienes
Mi sangre en mano y espada.
Pero no á mi amor rendido,
Sino á ofenderme has llegado
Confiado
De no ser aborrecido
Por la que fuiste adorado.
Mas vete, vete, Rodrigo;
Disculpará mi decoro
Con quien piensa que te adoro
El saber que te persigo.
Justo fuera, sin oirte,
Que la muerte hiciera darte;
Mas soy parte
Para sólo perseguirte,
Pero no para matarte.
Vete, y mira á la salida
No te vean, si es razón
No quitarme la opinión

Quien me ha quitado la vida.
CID. Logra mi justa esperanza.
Mátame.
JIM. Déjame.
CID. Espera;
Considera
Que el dejarme es la venganza,
Que el matarme no lo fuera.
JIM. Y aun por eso quiero hacella.
CID. Loco estoy: estás terrible.
¿Me aborreces?
JIM. No es posible,
Que predominas mi estrella.
CID. Pues tu rigor, ¿qué hacer quiere?
JIM. Por mi honor, aunque mujer,
He de hacer
Contra ti cuanto pudiere,
Deseando no poder.
CID. ¡Ay Jimena! ¡Quién dijera!.....
JIM. ¡Ay, Rodrigo! ¡Quién pensara!....
CID. ¿Que mi dicha se acabara?
JIM. ¿Y que mi bien feneciera?
Mas, ¡ay Dios!, que estoy temblando
De que han de verte saliendo.
CID. ¡Qué estoy viendo!
JIM. Vete, y déjame penando.
CID. Quédate: iréme muriendo....»

Esta obra es famosa en Francia, por haberla imitado y aun copiado Corneille, que en su *Cid* dió la primera tragedia al teatro francés. Mas Corneille, esclavo de las unidades de lugar y de tiempo, violentó grandemente las cosas, y quitó interés al drama: la bofetada al padre del Cid no es en la corte, y Jimena se casa el mismo día en que muere su padre. Estas y otras faltas han sido reconocidas por los mismos críticos franceses, que confiesan, además, que la mayor parte de los bellos trozos de Corneille están calcados y, en ocasiones, traducidos de las escenas de nuestro poeta español.

Una segunda parte hizo Guillén de Castro á su drama, titulándola *Segunda parte de las mocedades del Cid:* empie-

za con el cerco de Zamora y el asesinato del rey D. Sancho por Bellido Dolfos, y sigue con los incidentes tan bien celebrados por el romancero. Tiene mucho carácter dramático, y, aunque carece de plan y de verdadera unidad, no puede negarse que hay en ella trozos muy buenos, y que la obra responde al carácter popular sumamente simpático, insertando en ocasiones los mismos romances del Cid. También hizo Guillén de Castro varias comedias, como las tituladas: *Mal casada de Valencia, Don Quijote, El curioso impertinente, El Narciso en su opinión*, y algunas otras.

277. Otros dos valencianos fueron notables en aquella época: el canónigo Tárrega y Gaspar de Aguilar.

Tárrega vino á Madrid, donde dió al teatro é imprimió sus comedias de 1591 á 1608. La más conocida es la titulada *La enemiga favorable,* drama heroico y algo extravagante, aunque no carece de interés. Laura se muestra enamorada del Rey, persuadiéndole á que envenene á la Reina, que es acusada de falta de fidelidad; pero se arrepiente Laura, y se presenta como campeón á defenderla, casándose con Belisardo. La escena que tiene con éste es la mejor de la obra. Tárrega muestra deseo de ajustar la fábula á los límites de espacio y tiempo. *El prado de Valencia* es comedia de Tárrega mucho mejor hecha, y que tiene mucha intriga y color local, aunque algunas exageraciones é inverosimilitudes en el argumento [1].

—Gaspar de Aguilar es el otro valenciano, autor dramático de aquella época, rival de Tárrega, según frase de Lope de Vega. Fué secretario del duque de Chelva y luego mayordomo del de Gandía. Debió vivir en Valencia y Madrid, y murió hacia 1623. Su obra mejor es el *Mercader amante,* en que presenta un rico que se finge arruinado para conocer

[1] También es de Tárrega la *Fundación de la Orden de la Merced*, en que pinta á una doncella española que ha sido esclava entre los moros de África, y es amada por un árabe, al cual ella corresponde; pero presentándose dos Religiosos de la Merced, uno de los cuales es hermano de la joven, para rescatar á los cautivos, la doncella lucha con su pasión y se decide al fin á no abandonar su fe ni su patria. El asunto, como se ve, es parecido al de la *Zaida* de Voltaire.

cuál de dos mujeres le ama verdaderamente, casándose con la que es desinteresada. Esta comedia, en que hay unidad de lugar y de tiempo, es breve, bien conducida, y el carácter de la codiciosa muy bien pintado. *La gitana melancólica,* que es otra de las obras de Aguilar, peca de anacronismo. Es una hija de Tito, y la escena pasa en el sitio de Jerusalén, con todos los incidentes y condiciones de una comedia de costumbres españolas. La hija del emperador romano tiene un novio; hacen muchas proezas las dos, y acaba con boda [1]. Gaspar de Aguilar es, en general, muy desaliñado en los planes: los versos suelen ser mejores, pero hay en él un arte sin espíritu, tiene excesivos retruécanos y mucha concisión.

278. No eran sólo los ingenios valencianos los que cultivaban el drama en tiempo de Lope; de Valladolid era uno que tuvo mucha fama en su época, y del cual nos queda una sola comedia: nos referimos á Miguel Sánchez, que era sacerdote, y tuvo gran celebridad ya en 1585. Sólo se conserva de él una comedia, que es *La guarda cuidadosa.* El argumento es como sigue: Nisea vive con su padre Leucato, y un príncipe, que va cazando, la ve y enamora. Florencio, que era su amante, viene á verla, y cayéndose del caballo, es recogido en su casa ocultamente, pues había tenido un desafío. Va luego á la ciudad, y se publica falsamente la noticia de su muerte, quedando de guarda en un monte, donde le ve Nisea; el Príncipe insiste en el amor á ésta, que le desdeña en presencia del guarda, por lo cual el Príncipe, para vengarse, quiere que un hombre de baja-condición la enamore; y un criado de Florencio, fiel á éste, indica al guarda como más á propósito para el caso; así se entienden los amantes, apresurándose el padre de Nisea á casarla, y aunque el Príncipe siente lo que ha hecho, ya no tiene remedio. Los versos de esta comedia son sencillos y bien construidos, aunque no muy armoniosos; las situaciones están bien dispuestas, y la obra tiene también verdadero sabor campestre.

1 *La suerte sin esperanza, Los amantes de Aragón, No son los recelos celos* y otras varias, son también comedias de Aguilar, que parece escribió veintiocho, pero sólo quedan de él doce.

279. Otro ingenio castellano floreció también en esta época: D. Juan Pérez de Montalbán. Nació en Madrid en 1602, y su padre, que era librero del Rey, procuró darle esmerada educación, que él aprovechó de tal manera, que á los diez y siete años era licenciado, y poco después doctor en la carrera eclesiástica, entrando á formar parte de la Congregación de Presbíteros naturales de Madrid, en donde conoció á Lope, con el cual tuvo grande amistad, y con él intervino en las fiestas que se hicieron con motivo de la canonización de San Isidro, gozando también de grande popularidad como autor. Era muy fecundo, tanto que en 1632 había escrito 37 comedias y 12 autos, muriendo el 25 de Junio de 1638, á consecuencia del trabajo excesivo á que se entregaba [1]. Además de las comedias y los autos, publicó Montalbán un panegírico á la muerte de Lope. Entre las mejores obras de Montalbán merecen citarse las tituladas: *Cumplir con su obligación, La Toquera vizcaína* y *Los Amantes de Teruel.* El argumento de la primera es como sigue: Un caballero español va con el nombre de D. Juan á Italia, para vengar el honor de su hermana ultrajada; pero allí D. Juan se enamora de la hermana del duque, que va á casarse con un marqués. El duque tiene una amante que es Celia, y ésta y la hermana del duque, llamada Camila, se enamoran de D. Juan, de lo cual resultan tantos enredos, citas nocturnas y celos, que la misma Camila convence á D. Juan para que se vaya á Florencia. Cuando ya está en camino, le alcanza un criado del marqués con una carta para la dama española seducida; por lo cual se vuelve inmediatamente á matar al marqués, que está ya por su parte resuelto á casarse con la hermana de D. Juan; riñe con él, pero sin consecuencia, terminando la obra con tres bodas.—En *La Toquera vizcaína* se presenta un caballero llamado don Juan, amante de doña Elena, que, celoso de D. Diego, riñe con él y le mata; después de lo cual huye á Madrid, y se refu-

[1] De tanta reputación gozaba, que un peruano le envió una pensión sin conocerle: lo cual también fué causa de que tuviese enemigos, entre ellos Quevedo, que le ridiculizó en algunas poesías y en una epístola que le dirige con motivo de haberle silbado el público una comedia.

gia en casa de su amigo Lisardo, que ama á doña Flora, la cual se enamora de D. Juan. Doña Elena, que había quedado en un convento, desde el cual escribe á su amante con el deseo de averiguar lo que éste hace, se viene á Madrid y se disfraza de toquera, para seguirle los pasos, tomando varios nombres y formas, y consiguiendo, por último, enamorar á D. Juan; pero éste sigue fiel á su Elena, que al fin se descubre, terminando con dos casamientos la comedia.—En *Los Amantes de Teruel,* cuya acción supone en tiempo de Carlos V, presenta á un joven enamorado de doña Isabel; pero ésta se niega á casar hasta que su amante haga fortuna, para lo cual dice que le da un plazo de tres años, y el joven se marcha, decidido á emprender la carrera militar: en la segunda jornada se presentan los asaltos de Túnez, y los esfuerzos heroicos para tomar la Goleta, en la cual el joven se distingue, obteniendo grandes honores y ascensos; y en la tercera, Isabel, no acordándose del plazo fijado y creyendo á su amante muerto, decide casarse con otro; mas en la solemne ceremonia se presenta el militar reclamando la palabra dada, siendo tal la impresión que recibe doña Isabel, que pierde la vida, y acto seguido, no pudiendo resistir tal espectáculo y tal dolor, muere también el amante.

280. Á todo este movimiento dramático se asocian desde luego varios ingenios andaluces. Luis Vélez de Guevara es el más notable. Nació en Écija en 1570; vivió casi siempre en Madrid, donde gozó del favor de Felipe IV, y murió en 1644. Doce años antes de su muerte había escrito 400 comedias; pero se conservan muy pocas, algunas de las cuales justifican los grandes elogios que de él hicieron Lope, Calderón y otros ingenios. Su obra mejor es *La luna de la Sierra,* en la cual pinta un labrador casado con una aldeana que es perseguida por un poderoso caballero; pero el marido la liberta, quejándose á la reina doña Isabel, señora del ofensor. Á este drama son parecidos el *Per-Ibáñez* de Lope, y *García del Castañar* de Rojas.—*La niña de Gómez Arias* es otra de las producciones de Vélez de Guevara que ha caído casi en el olvido, por haberla refundido Calderón.—*Más pesa el rey que la*

sangre es otro drama trágico del sabido suceso de Guzmán el Bueno, á quien pinta maltratado por el Rey para que resalte más su lealtad, y tiene buenas escenas como la en que Guzmán se retira de la presencia de su Soberano aunque irritado; la en que hijo y padre se animan al sacrificio, y la final en que, levantado el cerco de la ciudad, Guzmán ofrece el cadáver de su hijo en prueba de su lealtad y obediencia á su injusto Soberano. En esta obra el lenguaje es duro, y el estilo altisonante peca de hinchazón, defectos en que suele incurrir Vélez de Guevara [1].

281. D. Antonio Mira de Mescua es también dramático andaluz. Nació en Guadix en 1570, y fué arcediano de su catedral; pasó á Nápoles con el conde de Lemos y con Argensola, siendo después capellán de Felipe IV, y murió en Madrid en 1635, el mismo año que Lope. D. Antonio Mira de Mescua se distingue por la inventiva é interés de sus argumentos, muchos de los cuales fueron tomados por otros poetas. *La rueda de la fortuna* presenta al emperador Mauricio muerto por Focas, que á su vez es muerto por Arcadio, hijo del Emperador, que vivía oculto. Esta obra fué imitada por Calderón con el título *En esta vida todo es verdad y todo es mentira* [2]. *La dama duende*, del mismo Calderón, tiene grandes analogías con *El Fénix de Salamanca*, de Mescua, y *El escondido y la tapada* con *El galán secreto*; de la obra de Mescua *El esclavo del demonio*, Moreto hizo la suya *Caer para levantar*, y Alarcón sacó su *Examen de maridos* del *Galán, valiente y discreto*, del mismo autor.

282. Otros varios autores dramáticos hay, pero que no merecen, por lo general, gran atención. Entre ellos D. Luis

[1] También son de éste *El ollero de Ocaña*, que se refiere á una tradición de Alfonso VIII; *Reinar después de morir*, cuyo asunto es la historia de doña Inés de Castro, y *El diablo está en Cantillana*, referente á una aventura de D. Pedro el Cruel.

[2] *El Ermitaño galán*, tenida por de Mescua, es probablemente de Zabaleta, aunque su verdadero autor en rigor es la monja Hrostwita. Su asunto es un ermitaño que se disfraza de galán con el intento de arrancar del vicio á una sobrina suya, que había huido del desierto para entregarse á la crápula.

Terrer de Cardona, gobernador de Valencia, escribió con el pseudónimo de Ricardo de Turia, quedando de él cuatro comedias, de las que la mejor es *La Burladora burlada.*

De D. Carlos Boil, valenciano también, se conserva sólo una que es lindísima: titúlase *El marido asegurado,* un Rey de Nápoles que oculta su condición á su esposa, la cual entiende que su marido es otro; y, cuando ella ha resistido sugestiones de amor y se ha aficionado al Rey, éste la descubre quién es.

Damián Salustrio del Poyo, murciano, dejó *La próspera fortuna de Rui Lope de Avalos,* y *La adversa fortuna* del mismo, siendo esta última obra muy inferior á la primera; Gaspar de Ávila, entre varias, hizo dos buenas comedias, *El valeroso español* y *Primero en su casa;* y buena es también *De esta agua no beberé,* de Andrés de Claramonte, que expone en ella una aventura amorosa del Rey D. Pedro. Hubo otros autores, que omitimos por su escasa importancia.

283. Por este tiempo, es decir: cuando Lope de Vega alcanzaba sus mayores triunfos dramáticos y adquiría general reputación, Cervantes, de cuyos dramas ya hemos hablado, escribió comedias y entremeses. De las primeras citaremos *Pedro de Urdemalas, La Entretenida, El rufián dichoso* y *Los baños de Argel,* todas de escaso mérito, aunque bien escritas por lo general. De los entremeses, en que el autor del *Quijote* muestra su gracia y naturalidad, es digno de citarse el de *Los dos habladores* [1].

—Mención especial merece el entremesista licenciado Luis

[1] Intitúlanse los entremeses de Cervantes, además del citado, *El rufián viudo, El viejo celoso, El retablo de las Maravillas, El vizcaíno fingido, La elección de los Alcaldes, La guarda cuidadosa* y *La cueva de Salamanca.*—El Sr. Fernández-Guerra, al dar noticia del *Códice colombino,* como apéndice al catálogo de libros raros y curiosos de Gallardo, trae otros dos entremeses, que, en su opinión, son de Cervantes. Uno es el entremés de *La cárcel de Sevilla,* en que pinta unos presos que juegan y riñen, habiendo un reo á quien leen la sentencia de muerte, y se despide de su maja con frases muy ingeniosas; y el otro *El Hospital de los Podridos,* en que describe escenas de los que tienen mal humor y se aburren por todo.

Quiñones de Benavente, nacido en Toledo á mediados del siglo XVI, y que no se sabe cuándo murió. No quiso publicar sus obras, dejando este encargo á su amigo D. Manuel Antonio Vargas. Reimpresas las obras de Benavente en Valladolid y en Barcelona (1653-54), bajo el título de *Joco-seria, Burlas veras ó Represensión moral y festiva de los desórdenes públicos,* el colector dice que después que aquel ingenio «ha retirado del teatro la pluma, no hay ninguno que se atreva».—Gozó este autor de mucha fama, siendo muy elogiado por Montalbán en el *Para todos,* y en el *Laurel de Apolo* por Lope de Vega, quien pone en boca de Amor á su madre, que buscaba las gracias, estos versos:

«Madre, no busque ya de tantas una;
Porque sepas que están, y juntamente,
Todas ellas en Luis de Benavente».

La edición de los entremeses de Benavente, á que nos hemos referido, contiene *doce entremeses representados, veinticuatro cantados, seis loas y seis jácaras.— El remediador, El guarda infante, El tiempo, La puente segoviana,* etc., etc., son títulos de los sainetes de este ingenio, cuyas fábulas, todas interesantes, están dispuestas con suma naturalidad y extraordinario gracejo.

LECCIÓN XLIV

EL TEATRO.—CONTEMPORÁNEOS Y CONTINUADORES DE LOPE.

284. Tirso de Molina: su vida.—285. Sus dotes poéticas.—286. Grandes dramas de Tirso: *El Burlador de Sevilla*, *El Condenado por desconfiado*.—287. Otros dramas notables.—288. Noticia de sus mejores comedias.

284. Tirso de Molina es el pseudónimo de uno de los más grandes poetas dramáticos, cuyo verdadero nombre fué *Gabriel Téllez*. Nació en Madrid hacia 1570, y estudió en Alcalá de Henares, profesando en la religión de la Merced en 1613. Tal vez había recibido antes las órdenes sagradas, y en esta época habría escrito muchas de sus comedias, cuyo carácter no corresponde ciertamente al del religioso. Á pesar de ello, fué nombrado predicador, profesor de Teología, cronista y definidor, y, por último, prior de su convento de Soria, donde murió en 1648. Estas escasas noticias de la vida de Tirso, constan en las varias obras que escribió [1]. Parece que fué amigo de Lope de Vega, el cual le dedicó, en términos muy cariñosos, su comedia *Lo verdadero fingido*, y le calificó de Terencio español en el *Laurel de Apolo*. Tirso dice que en catorce años escribió trescientas comedias, de las cuales han llegado á nosotros setenta y siete: quizá escribiera más de las trescientas, porque él se refiere sólo á dicho período.

[1] Además de las obras dramáticas, publicó Tirso: *Los Cigarrales de Toledo*, de que hablaremos en otro lugar; *Deleitar aprovechando*, *Historia general de Nuestra Señora de la Merced*, *Genealogía del conde de Sástago*, *Un acto de contrición*, en verso, y doce entremeses.

285. Los talentos de Tirso, como los de todos nuestros grandes poetas dramáticos, son iguales para la tragedia que para la comedia, y los defectos son también análogos á los de los otros poetas. Tiene, sin embargo, Tirso, su carácter propio, que consiste principalmente en el ingenio y gracia de sus escenas cómicas; en la extraordinaria facilidad del diálogo, y, lo que es peor, en la desenvoltura y licencia de su lenguaje y de muchas situaciones. En esta parte, Tirso de Molina pasó con exceso los límites del decoro, asemejándose más á los poetas paganos que á los españoles. Como observan todos los críticos, suele pintar las mujeres tan llenas de atrevimiento como faltas de pudor, habiendo en sus obras multitud de tipos de mujeres andariegas, en busca de su honor perdido, ó detrás de su amante ingrato. Por otra parte, el amor en las comedias de Tirso no tiene la delicadeza que en Calderón, ni la ternura que en Lope de Vega, siendo más bien un apetito liviano que un sentimiento del alma. Tampoco es Tirso muy regular en sus planes dramáticos; antes, por el contrario, atropella las situaciones, falta á la verosimilitud, y embrolla los asuntos más sencillos. Pero su talento incuestionable sabe sacar partido de las cosas más pequeñas, y dar interés y cierto tinte de verosimilitud á los sucesos menos razonables. Por eso sus comedias podrán pecar de todo, menos de frías y lánguidas: los incidentes son tan animados, los contrastes tan vivos, las peripecias tan chistosas, que no hay poeta que en ello le aventaje. También es Tirso un gran maestro de la lengua, y maneja el diálogo con inimitable soltura.

Esto, que se refiere principalmente á las comedias, puede aplicarse también á los dramas; dado que, como hemos dicho, Tirso cultivó ambos géneros; y los dramas de Tirso tienen más grandeza en ocasiones que los de Lope de Vega, sobresaliendo por lo atrevido y trascendental de su concepción, aunque en los pormenores de la ejecución deje también mucho que desear. No cuida Tirso de la pintura de los caracteres; pero el poder de su genio los modela en ocasiones con breves pinceladas y con escenas que valen un drama entero.

286. Una de las concepciones más famosas de Tirso es

El Burlador de Sevilla, ó sea *Don Juan Tenorio*, que se ha hecho célebre en todas las literaturas. El asunto está basado en una tradición sevillana, según la cual D. Juan Tenorio había sido muerto junto á la estatua del comendador Ulloa, á quien había dado muerte después de arrebatarle á su hija [1]. He aquí en breves palabras el argumento del drama de Tirso: don Juan Tenorio burla en Nápoles á Isabela, que le tomó por su amante el duque Octavio; acuden el rey y sus gentes, y don Juan se entrega á su tío el embajador de España, que le deja escapar. Cambia de pronto la escena, y aparece una playa de Tarragona, donde una pescadora, Tisbea, recoge náufrago á D. Juan, que también la engaña. En tanto en Sevilla, en otra escena, el Rey trata con D. Gonzalo de Ulloa del casamiento de su hija doña Ana con D. Juan. En el acto segundo, el padre de D. Juan entera al Rey del triste suceso de Isabela, y entonces quiere que D. Juan se case con ella, y Octavio, que ha venido á Sevilla, con doña Ana. Habla D. Juan con el marqués de la Mota, primo y novio de doña Ana, y una criada de ésta da á D. Juan una carta suya para el Marqués con una cita nocturna; y al llegar la noche, D. Juan va en lugar del Marqués. Queda burlada doña Ana, y al conocer el engaño da voces; acude su padre y D. Juan le mata, viniendo la justicia y el Rey, que prenden al Marqués en el momento en que iba á la cita. En este mismo acto aparece inmediatamente una boda de aldeanos en el campo, donde D. Juan trata de engañar á la novia. En el acto tercero ha logrado su propósito inicuo, también entrando cautelosamente y con engaño en la habitación de Aminta. Isabela, la de Nápoles, viene á España, y habla con Tisbea en Tarragona, enterándose ambas de su mal. D. Juan, en tanto, para librarse de la justicia, se refugia en una iglesia, donde está el sepulcro con la estatua del Comendador, y le convida á cenar. Cuando la cena empieza, aparece la estatua; D. Juan no tiembla, y la estatua le exige palabra de que al día siguiente irá á la capilla. Va, en efecto, y en medio de la escena, la estatua coge á D. Juan de la mano

[1] Véanse *Anales de Sevilla*.

y le mata, hundiéndose el sepulcro con todos y condenándose D. Juan por sus crímenes. Esta es la moralidad del drama, y Tirso ha querido presentar el tipo del libertino que se burla de Dios y los hombres y desprecia lo sobrenatural; alma altiva, con todas las energías y condiciones diabólicas, pero castigado al fin por la justicia de Dios. Así el drama de Tirso tiene una grandeza que no alcanzan las refundiciones é imitaciones que de él se han hecho [1].

Grande es también la concepción del *Condenado por desconfiado*, drama religioso-teológico de Tirso de Molina. El asunto está indicado claramente en el título. Paulo, ermitaño que vivía santamente, quiere saber cuál será su fin último; y el demonio, en forma de ángel, le dice que tendrá el mismo que Eurico de Nápoles, hijo de Anareto. Movido de peligrosa curiosidad, y desconfiando de Dios, corre á Nápoles para conocer á Eurico, y le encuentra en una casa de mujeres perdidas, oyendo de él toda clase de fechorías y de crímenes, con lo cual Paulo se desespera y se hace bandido, puesto que aquel hombre no podía salvarse. En el acto segundo, Eurico va á cuidar de su padre enfermo y viejo, única virtud que tiene en medio de su vida llena de delitos. Riñe y pelea con varios mozos de la ciudad, y mata al gobernador; en tanto que Paulo, hecho ya bandolero, oye á un ángel en forma de pastor, que no desespere. Los bandoleros de Paulo prenden á

[1] Sabido es que *El Burlador de Sevilla* pasó inmediatamente á Italia, donde se representó con el título de *El Convidado de piedra*, y poco después en Francia por una compañía italiana que llevó á París Mazarino en 1654. Molière escribió otra imitación, llamándola *Don Juan* ó *Le Festin de pierre*, obra muy mediana. Tomás Corneille imitó también la obra de Tirso, que es asimismo asunto de la magnífica ópera de Mozart. Byron se inspiró en *El Burlador de Sevilla* para su *Don Juan;* pero le quita también la sombría grandeza que tiene la creación española, haciendo de D. Juan un libertino que se ríe de todo, siendo escéptico todo el poema. En España, Zamora refundió el drama de Tirso, titulándolo *El Convidado de piedra*. En nuestros días el insigne D. José Zorrilla ha escrito su *Don Juan Tenorio*, en el cual hay grandes alardes de poesía, y la idea de la redención de D. Juan por el amor. Mas no puede desconocerse que, en cuanto á su grandeza y sublimidad, el final de la obra de Tirso es muy superior.

Eurico, y Paulo lo condena á muerte, y se viste de ermitaño para ver si, próximo á morir, quiere confesarse; Eurico se muestra impenitente, y Paulo se desespera más, dándole libertad á Eurico, y enterándole de que su fin será igual; y el bandido Eurico le dice que por su parte no desespera de salvarse. En el acto tercero Eurico está preso y condenado á muerte; el demonio le ofrece la libertad, pero una voz le dice que se quede, y desaparece la visión. Eurico, impenitente, es visitado por su padre, que, con ruegos y lágrimas, le mueve al fin á penitencia. Mientras así muere cristianamente Eurico, Paulo pelea con la justicia, y es herido. Enterado de que Eurico ha muerto en el patíbulo, no cree en su salvación; diciendo, por último, que, como su fin ha de ser igual, si Eurico se ha salvado, también se salvará él. No se arrepiente ni hace penitencia, y muere y se pierde; confesando inmediatamente, por modo sobrenatural, que el alma de Eurico ha subido al cielo con los ángeles.

Este drama, incomprensible y raro para nuestro tiempo de naturalismo, corresponde perfectamente al estado social de la época en que se escribió, y su pensamiento es repetido muchas veces en nuestro teatro, sin duda para combatir el fatalismo protestante, haciendo ver que el hombre siempre es responsable de sus acciones, y siempre puede salvarse, mediante la gracia divina, por grandes que hayan sido sus crímenes. No tiene este drama ordenada trabazón escénica, ni plan adecuado á nuestros tiempos; pero no es posible desconocer que el carácter de Paulo es magnífico y muy humano, por desgracia, puesto que el hombre desesperado cae con facilidad en las mayores desdichas. También Eurico está pintado de mano maestra, y la obra tiene una animación y un movimiento que la dan verdadero interés, aparte del pensamiento capital que la informa.

287. Buenos dramas de Tirso son también *El infanzón de Illescas* y *La prudencia en la mujer*. En *El infanzón de Illescas* presenta al rey D. Pedro castigando por su propia mano, y sin darse á conocer, á D. Tello, atropellador de la aldeana Elvira, y obligándole á que case con ella. En esta

obra hay una escena de sobrenatural, apareciéndose al Rey la sombra del clérigo á quien había asesinado, y anunciándole que morirá con su propio puñal á manos de su hermano Enrique. Moreto refundió esta obra, mejorándola en cuanto al plan; pero hay en la concepción de Tirso cierta sombría grandeza que no tiene la refundición.—*La prudencia en la mujer* es un hermoso drama histórico, ó más bien leyenda ó novela dramática. La acción dura diez y seis ó diez y siete años; pero tiene gran unidad, ya por el asunto, ya por el carácter de la protagonista, que es doña María de Molina. Pinta allí perfectamente Tirso las turbulencias de la minoría de D. Fernando IV; el carácter de sus tíos, traidores; el de D. Diego Lope de Haro, noble, respetuoso y enamorado de la Reina, y el de la noble doña María, venciendo su propio amor y resistiendo toda suerte de engaños y calumnias. Entre otras, es muy buena la escena del judío que va á envenenar al Rey por orden de D. Juan, y es descubierto por la vigilante madre.

288. Ya hemos dicho que en las comedias sobresale Tirso por el ingenio y travesura de sus argumentos y escenas, y esto se prueba leyendo *La villana de Vallecas*, *El vergonzoso en palacio*, *Por el sótano y el torno*, *Don Gil de las calzas verdes*, *Marta la piadosa*, *El celoso de sí mismo* y otras varias de su rico repertorio. Si no las afease la licencia del lenguaje y costumbres que hemos mencionado, estas comedias serían admirables modelos del género.

En *La villana de Vallecas* hay un caballero, D. Gabriel de Herrera, que, con el nombre supuesto de D. Pedro Mendoza, huye de Flandes por un homicidio, y viene á Valencia, en donde engaña á doña Violante; parte de allí, y en la posada de Arganda cambia su maleta con la de un mejicano, y se presenta en Madrid en casa de doña Serafina, futura esposa del mejicano, D. Pedro de Mendoza. Allí enamora D. Gabriel á doña Serafina; y cuando D. Pedro se presenta, se encuentra usurpado su nombre, y es arrojado de la casa como un impostor. Entonces doña Violante, disfrazada de panadera, y en busca de su amante, sabiendo lo que pasa, se ofrece al verdadero D. Pedro de Mendoza; pero éste riñe con el falso, y es

prendido por la justicia, creyendo que él es el seductor, el homicida de Flandes y el usurpador de nombre, por los papeles que trae en su cambiada maleta. D. Gabriel, condolido, se resuelve mandar á D. Pedro, preso, sus joyas y dinero y quitarle sólo la dama. Doña Violante, disfrazada de vendedora de escobas, dice á Serafina y su familia que se casa, y les convida á su boda; y cuando llegan todos, sale Violante vestida de dama y se casa con D. Gabriel y D. Pedro con Serafina.

En *Marta la piadosa*, presenta á dos hermanas, Marta y Lucía, enamoradas de D. Felipe, matador de su hermano, y las dos lo disimulan. Su padre, D. Gómez, quiere casar á Marta con un viejo capitán; pero ella dice que tiene hecho voto de castidad. Ya en Madrid D. Felipe, se presenta disfrazado de estudiante enfermo en casa de Marta, que le recibe y le cuida, haciendo que se quede para que la dé lección de latín; mas se entera Lucía que, encelada, quiere descubrirlo, y entonces D. Felipe la dice que su venida es por ella; esto lo oye Marta, que da voces, aunque al fin disimula. Tratan de una fiesta; y para quedarse solos, el criado dice al padre de las jóvenes que en Sevilla va á ser ahorcado D. Felipe; y, aprovechando su ausencia, éste y un alférez obsequian á Lucía y á Marta. Mas vienen los viejos, se descubre todo, concluyendo por dos bodas.

LECCIÓN XLV.

CONTEMPORÁNEOS Y CONTINUADORES DE LOPE.

289. Alarcón: su vida.—290. Sus condiciones poéticas; índole especial de su teatro.—291. Breve examen y juicio de algunas de sus obras: *La verdad sospechosa*.—292. *Las paredes oyen*.—293. *Los favores del mundo*.—294. *El examen de maridos*.—295. *El tejedor de Segovia*.

289. D. Juan Ruíz de Alarcón y Mendoza nació en México, donde su padre fué empleado en Hacienda. Estudió en aquella Universidad gramática y cánones, haciéndose bachi-

ller, y en 1600 vino á Salamanca, donde se graduó. En Sevilla aparece ya en 1606 siendo abogado, y cultivando la amistad de Cervantes y otros ingenios; y en 1608 volvió á México, donde se graduó de licenciado, haciendo en vano oposiciones á algunas cátedras. Otra vez volvió á España en 1611, entrando en la servidumbre del marqués de Salinas, y empezó á dar al teatro sus comedias en 1613, con las que se granjeó la estimación del Rey, que le nombró Relator de Indias, cargo que desempeñó hasta el 4 de Agosto de 1639, en que murió en Madrid, en la calle de las Urosas. No se hicieron demostraciones de duelo ni de cariño por la muerte de Alarcón; el cual, por el contrario, fué muy maltratado en vida, y logró poco éxito en el teatro. Alguna vez fué víctima de silbas mañosamente preparadas, y en general tuvo escasa popularidad, aunque las mujeres le defendían. Quevedo, Góngora, Lope de Vega, Tirso y otros muchos le dispararon epigramas y sátiras sangrientas, burlándose hasta de sus defectos físicos, porque Alarcón era corcovado. Conocidísima es la quintilla de Quevedo:

«Tanto de corcova atrás
Y adelante, Alarcón tienes,
Que saber es por demás
De dónde te corco-vienes
Y adónde te corco-vas.»

Pero muchos de estos epigramas y sátiras tenían más carácter humorístico, y procedían de los vejámenes amistosos con que se entretenían los poetas, divirtiéndose contra los que no acudían á las citas literarias.

290. Alarcón inicia una nueva fase en nuestro teatro. Antes el drama español, como hemos dicho, era una novela caballeresca puesta en acción; las comedias de Alarcón, en general, no valen tanto por la intriga y embrollo ó interés de los sucesos como por el pensamiento. Alarcón escribe obras morales, didácticas y filosóficas, y crea la verdadera comedia de carácter. Para él, el teatro es escuela de costumbres, no solamente lugar de esparcimiento. Hombre de más talento que imaginación, procuraba, por otra parte, arreglar el plan de

sus obras, que son, en este sentido, mucho más ordenadas que la generalidad de las de su tiempo. Resulta, quizá por eso, un tanto frío, algo desmayados sus galanes, y las damas no tienen la gracia, ingenio y travesura que las de Lope y Tirso, y hasta los graciosos puede decirse que no lo son sino en el nombre. Por todo esto, tal vez, no era tan gustado del público como los otros poetas, que escribían más acordes con la imaginación ardiente de los españoles. Además, aunque la versificación de Alarcón es buena, no tiene la ampulosidad, el brillo, el lirismo que la de los otros dramáticos.

Se conservan veinte comedias, impresas por el mismo Alarcón, ocho en 1628 y doce en 1634, y además se le atribuyen otras seis, publicadas sueltas. En casi todas procura inculcar una máxima, ensalzar una verdad, corregir un vicio, y, como dice un escritor [1]: «si hubiera de juzgarse del corazón y carácter de los poetas por sus obras, veríamos que Ruíz de Alarcón fué hombre digno del mayor aprecio por sus nobles prendas y generosidad de su alma». Otro poeta [2] dice «que la colección de sus comedias forma un tratado de filosofía práctica, donde se hallan reunidos todos los documentos necesarios para saberse gobernar en el mundo y adquirir el amor y consideración de las gentes; allí se muestra lo que debe hacerse y evitarse para ser hombre de bien y de sabiduría». Estos juicios son exactos. En la comedia *Todo es ventura,* por ejemplo, alienta contra las injusticias de la suerte; en la titulada *La industria y la suerte*, anima las aspiraciones legítimas; en los *Favores del mundo* muestra la inconstancia que hay en todo; en *Ganar amigos, Los pechos privilegiados, El dueño de las estrellas* y *Antes que te cases,* ensalza las virtudes; en *La Verdad sospechosa, Los Empeños de un engaño* y *El Desdichado en fingir,* condena la mentira; en *Las paredes oyen,* reprende el vicio de la murmuración; en la *Prueba de las promesas* muestra la falsedad é

1 García Suelto: *Colección de comedias*, que empezó á publicarse en Madrid en 1826.

2 Hartzenbusch: Estudio que precede á las obras de Alarcón, publicadas en la Biblioteca de Rivadeneira.

ingratitud de los hombres, y en *La culpa busca la pena* y *Quien mal anda mal acaba*, pinta las consecuencias generales del vicio.

Aunque éste es el principal aspecto de Alarcón, su talento fué general, y abarcó todos los géneros: en *El tejedor de Segovia* hace un drama legendario heroico á estilo de Lope, así como en *El semejante á sí mismo*, una lindísima comedia de enredo, sin idea moral ni filosofía alguna.

La principal de las obras de Alarcón y su mejor título de gloria es *La verdad sospechosa*, en la cual, como lo indica su título, combate el vicio de la mentira, haciendo ver la verdad del proverbio *en boca del mentiroso, lo cierto se hace dudoso*. En ella pinta á un joven, D. García, que viene de estudiar de Salamanca y enamora á Jacinta, á quien encuentra en Platerías, contándola una porción de mentiras, entre otras que hace un año que la sigue y que es indiano. El padre de D. García, sin saber este amor de su hijo, va á pedir á Jacinta su mano para él, y le dice que quiere casarle pronto, para lo cual le ha buscado una novia principal. D. García, sin enterarse de qué mujer se trata, quiere salir del apuro, diciendo á su padre que está casado en secreto con una señora de Salamanca. Á todo esto hay una Lucrecia, amiga de Jacinta, cuyo nombre, por equivocación de un cochero, trueca D. García, creyendo, por consiguiente, cuando escribe ó enamora á Lucrecia que es á Jacinta. De aquí se originan una porción de incidentes sumamente cómicos y entretenidos, donde el embustero queda siempre desairado, aunque en muchas ocasiones jura y perjura la verdad. Por último, Lucrecia recibe una carta de García, que se la escribe creyéndola Jacinta, insistiendo en su amor; y aunque él comprende la equivocación, como su padre ha intervenido ya otra vez en el asunto y se ha descubierto que lo de Salamanca era una mentira, se ve en el compromiso de tener que casarse con la que no quiere y de presenciar la boda de su amada Jacinta con su rival. Esta comedia es una obra maestra, y pertenece á las de carácter; pero, en verdad, lo tiene todo, porque es una lindísima pintura de costumbres y un paso de enredo como el que más. La ver-

sificación es fluida, fácil, y en ocasiones armoniosa, y el diálogo se desliza con gran naturalidad y viveza. *La verdad sospechosa* fué llevada al teatro francés por Corneille con el título de *Le menteur,* que es la primera comedia importante que hubo en la escena francesa.

291. En *Las paredes oyen* se censura, como hemos dicho, el vicio de la murmuración. Doña Ana tiene un amante, don Mendo, rico y galán, pero murmurador y maldiciente, y la sirve otro, D. Juan, feo y desdeñado, pero caballero. D. Mendo ha tenido otros amores, especialmente con Lucrecia, á quien escribe hablándole mal de doña Ana; ésta oye una noche á D. Mendo hablar mal de ella, y á D. Juan que la defiende, y coge una de las cartas de aquel, en que también murmuraba. Con esto doña Ana le despide, y D. Mendo quiere robarla de un coche en que iba á Alcalá; pero D. Juan y otro personaje que figura en la obra lo estorban y le hieren. D. Juan se declara, y al fin vence, mientras que D. Mendo, aunque quiere luego casarse con Lucrecia, se ve también rechazado, prefiriendo la joven á un primo de él, que le hace traición, demostrando así que al maldiciente no le sirve nadie.

292. *Los favores del mundo* es la primera comedia de la colección, y en ella el poeta presenta la inconstancia de la suerte. Garcí-Ruiz de Alarcón viene á buscar venganza contra su ofensor D. Juan; pero al ir á matarle se detiene, porque le oye decir: «¡Válgame la Virgen María!» El príncipe don Enrique III le colma de elogios y honores por esta acción, mas al mismo tiempo tiene el primer grave disgusto con su novia Anarda. Siguen después muchas alternativas de favor y disfavor con el Príncipe, y penas por su amor, pues su prima Julia, que le quiere, calumnia á Anarda, insinuando que es amada del Príncipe, y trata de casarse con un hombre *complaciente.* Al fin se descubre todo, y Garci-Ruiz se une con Anarda, sin disfrutar de las ventajas, y sin haber tenido un momento de sosiego verdadero. En esta obra hay un punto negro, que es el carácter de Julia, verdaderamente odioso.

293. *El examen de maridos* es una buena comedia de entretenimiento y de carácter; doña Isabel desea un marido

perfecto, no queriendo guiarse por la inclinación, sino por el juicio, resultando que el perfecto es aquel á quien ella se inclinaba. Para ello saca su mano á oposición de torneos y certámenes, resultando el vencedor el marqués D. Fadrique, á quien ella quería, y deshaciéndose una intriga de Blanca, anterior amante del Marqués.

294. Más entonada, y alcanzando la importancia de lo que hoy llamamos drama, es la comedia titulada *Ganar amigos*, en la que presenta á D. Fernando de Godoy, que, vuelto á Córdoba, de donde ha faltado dos años, por una riña con su hermano, encuentra á su antigua amante, Flor, en relaciones con el marqués D. Fadrique. Éste, al ir á ver á la dama, halla á D. Fernando, que le pide favor porque acaba de matar á un hombre (sin descubrir que fué amante de Flor, porque ésta le había obligado á guardar secreto), y aunque cuando viene el juez, Fernando confiesa que el muerto es hermano del Marqués, éste le perdona, jurándose ambos eterna amistad, que es confirmada por el perdón que del Rey consigue el Marqués para D. Fernando. Esta generosidad del Marqués conmueve tan hondamente á D. Fernando, que renuncia á sus amores, y desde entonces desdeña á Flor. Pero D. Diego, hermano de D. Fernando, y hechas ya las paces, cree que el Marqués corteja á doña Ana, y en nombre de éste soborna á las criadas, entra de noche en su casa y la atropella. Entonces ella, engañada, pide justicia al Rey contra el Marqués, contra el cual también maquina D. Pedro de Luna, y el Marqués es condenado á muerte por seductor, y además porque se le cree matador de su hermano. No permiten que se cometa esta injusticia ni D. Fernando ni D. Diego; así es que se presentan, se declaran los culpables, y termina la comedia, casándose don Diego con doña Ana y el Marqués con Flor, después de haber sido perdonados por el Rey.

295. Como muestra del talento de Alarcón para el drama legendario, referiremos brevemente el argumento de *El Tejedor de Segovia*, que tiene dos partes. En la primera, D. Beltrán Ramírez, acusado de querer matar al Rey por los mismos que lo intentaban, es condenado á muerte. Su hijo don

Fernando se ve sitiado en una torre de Madrid, salvándole una dama por el subterráneo; va á Segovia con ella y algunos criados, disfrazándose de tejedores y viviendo como tales, y cambiando los nombres, tomando la dama el de Teodora. En la segunda parte, que es más dramática, D. Fernando Ramírez, supuesto tejedor, hiere al conde D. Julián, que había ultrajado á su hermana y quería también á Teodora. Huye, y es preso; pero se libra, matando también á D. Julián, después de obligarle á casarse con su hermana. Viendo al Rey en una batalla en peligro, le ayuda y contribuye á la victoria, confundiendo, por último, á los calumniadores de su padre, siendo reintegrado en sus dignidades y honores. Este drama tiene grande interés y movimiento escénico, y el carácter del tejedor es, sin disputa, uno de los más enérgicos y sostenidos que hay en nuestro teatro.

LECCIÓN XLVI

CONTEMPORÁNEOS Y CONTINUADORES DE LOPE.

296. Moreto: su vida.—297. Sus dotes poéticas. — 298. Breve examen de *El desdén con el desdén* y *El parecido*. — 299. *Caer para levantar*.— 300. *San Francisco de Sena*.—301. Otras obras y juicio general del teatro de Moreto.

296. Otro de los poetas de la pléyade del siglo de oro de la Literatura castellana es D. AGUSTÍN MORETO Y CABAÑA, natural de Madrid y bautizado en la parroquia de San Ginés en 9 de Abril de 1618. Estudió en la Universidad de Alcalá de Henares, y terminó en 1637, no licenciándose en artes hasta el año 1639; y como otros literatos de aquella época, se hizo sacerdote, entre los años 1654 y 1657. Perteneció á la Hermandad del Refugio de Toledo, en donde dió muestras de su gran caridad, y murio en 1669, dejando todos sus bienes á los po-

bres. Fué enterrado, por voluntad suya, en el *Pradillo* del Carmen, donde se enterraban los pobres á quienes él servía: lo cual echa por tierra la afirmación de muchos autores, que dicen fué enterrado en el pradillo de los ahorcados, como expiación de haber matado á Baltasar Elisio de Medinilla, además de que ya se sabe que á este último lo mató D. Jerónimo Andrada, señor de Olías, en 1620, época en que Moreto sólo tenía dos años.

Los críticos se extrañan de que ni Lope de Vega en el *Laurel de Apolo* y en la *Fama póstuma,* ni Montalbán en el *Para todos,* mencionen á Moreto; pero esta omisión, que causa tanta entrañeza, se explica perfectamente, si se tiene en cuenta que en la época en que estas obras se escribieron, Moreto era muy joven y todavía no había escrito para el teatro.

La primera vez que se le menciona es en las *Lágrimas,* obra escrita con motivo de la muerte de Montalbán, ocurrida en 1639; y ya desde el año 1640 Moreto empezó á escribir para el teatro, al mismo tiempo que hacía algunas composiciones líricas.

297. No es Moreto el menos fecundo de los autores de aquella época, como lo demuestra el número de sus obras dramáticas, que ascienden á ciento tres, entre ellas tres loas, un auto, veintinueve entremeses, cinco bailes y una mojiganga. De sus comedias, diez y seis las hizo en colaboración con Cáncer, Matos, Belmonte, Calderón, etc.

Moreto tuvo la satisfacción de ver impresa la primera parte de sus obras en 1654, aunque no la segunda y tercera, que lo fueron varias veces en 1674.

Escribió dramas y comedias. Los dramas pueden clasificarse en sagrados, devotos y profanos; á los primeros corresponden: *Caer para levantar, San Franco de Sena, San Alejo, Casimiro, Bernardo, Rosa del Perú;* y á los profanos pertenecen: *El valiente justiciero y rico hombre de Alcalá,* que es un arreglo del *Infanzón de Illescas,* de Tirso, *Los Jueces de Castilla* y *Primero es la honra.*

Las comedias se dividen en de carácter y doctrinales, como *El desdén con el desdén, El lindo Don Diego, La*

fuerza del natural, etc., y de enredo: *Trampa adelante*, *El parecido en la corte*, *La confusión de un jardín*, *La ocasión hace al ladrón*, etc.; burlescas son: *El Escarramán* y *Las travesuras del Cid;* entre los entremeses pueden citarse *Las galeras de la honra* y *Mariquita*.

298. La mejor composición de Moreto, la obra que más fama le ha dado es, sin disputa alguna, la comedia titulada *El desdén con el desdén*, cuyo argumento, reducido á breves líneas, es como sigue: Diana, hija del conde de Barcelona, se muestra rebelde al amor y más rebelde aún al matrimonio; por lo cual, el padre, invita entre otros al conde de Foix, al de Bearne y al de Urgel, para que la festejen, dándoles licencia y aun consintiendo la joven que la hablen, á ver si consiguen enamorarla; pero todo es en vano. El de Urgel, llamado Carlos, aunque enamorado de Diana, de acuerdo con su criado Polilla, se muestra desdeñoso con ella, diciéndola que únicamente viene por cortesía, y que nunca ha sentido amor, lo cual hiere el amor propio de la joven, que se propone rendirle: y, al efecto, aprovechando las fiestas de Carnaval, en que se sortean damas con galanes, hace que le toque la suerte con Carlos. Mas, cuando le cree vencido y Diana le desdeña, Carlos, que la había hablado de amor, dice que todo ha sido juego. La joven siente aún más deseo de enamorarle; y de acuerdo con Polilla, que se finge bufón, hace que vaya Carlos al jardín, donde ella está cantando con sus damas; pero él no la hace caso, y se va, y Polilla dice á Diana que á Carlos le ha parecido que canta muy mal. Los príncipes deciden festejar á otras damas, y, al efecto, van al jardín donde está Diana, la cual dice á Carlos que ha pensado casarse con el de Bearne; y á ello responde Carlos que le parece muy bien, y que también él se casará con Cintia. Sabido esto por el de Bearne y Cintia, vienen gozosos; pero Diana se pone furiosa, y declara su amor á Carlos. El conde de Barcelona concede el permiso para las bodas del Príncipe y Diana, Cintia y Carlos; mas cuando parece que éstos últimos se van á casar, sale Diana, y concierta su boda con quien de veras la amaba, y había vencido el desdén con el desdén.

En esta comedia todo es natural, sencillo y verdadero. La acción se desarrolla sin incidentes que la perturben, naciendo el interés del choque de caracteres magistralmente pintados; es particular el de Diana, que no tiene superior en comedia alguna. Su altivez, su amor propio ofendido, el amor que siente y rechaza al principio, hasta confesarse vencida sin faltar al decoro, todo está presentado con una delicadeza y un arte exquisito. El diálogo, además, es delicioso, y las ocurrencias y chistes de Polilla llenan la obra de amenas y regocijadas notas cómicas, que la hacen aún más agradable y entretenida. Molière imitó, traduciéndola en parte, esta joya del teatro español; pero su *Princesse d'Elide* no sufre parangón con el original.

—Lindísima es la comedia de enredo titulada *El Parecido,* cuyo argumento es el siguiente: D. Fernando de Rivera viene á Madrid huyendo de Sevilla, en donde ha herido al amante de su hermana, y se enamora de doña Inés. El amante de ésta, creyéndole D. Lope de Luján, que marchó años antes á Indias, va corriendo á su casa, y avisa á su padre la venida de su hijo. D. Fernando va, en efecto, y se queda con aquella familia. Mientras tanto vuelve el verdadero D. Lope, y su padre, creyéndole fingido, le arroja de casa; pero él se lleva á doña Ana, hermana de D. Fernando, cuyo amante era. Esto obliga á D. Fernando á seguirle, y riñe con él, descubriendo que él no es D. Lope, y dando un grande escándalo con el robo de doña Inés, que es depositada en el mismo sitio en que lo estaba doña Ana. Por fin se descubre el enredo, y hay dos bodas, la de doña Inés y D. Fernando, y la de Ana con D. Lope.

299. *Caer para levantar* es el título de otra comedia en que colaboraron con Moreto, Matos y Cancer, refundida del *Esclavo del Demonio* de Mira de Mescua. En ella pinta un D. Diego, amante de doña Violante, con la cual concierta el robarla, pues el padre no consiente en la boda, y cuando la está esperando para ejecutarlo, se presenta D. Gil, que le disuade; cambian el traje, y mientras D. Diego hace penitencia, D. Gil, tentado por el demonio, se va con Violante á un bosque en donde hacen vida criminal. Por este bosque pasan

el padre de Violante y su hermana Leonor, de la cual se enamora D. Gil, y ofrece por poseerla su alma al demonio, celebrando con él un pacto, mientras que D. Diego, ya penitente, anima á Violante á retirarse del mundo. Después el demonio, en figura de Leonor, se aparece en la cueva donde están don Diego y D. Gil; y éste, gozoso, va á abrazarla; pero D. Diego la levanta el velo, y aparece un cadáver. Cuando el demonio quiere llevársele, Gil se arrepiente, y en el acto aparece un ángel que rompe la cédula, proclamando la misericordia de Dios. Acaba la composición con la escena en que Violante, ya arrepentida, va á morir, y D. Vasco, su padre, se propone hacer allí un templo, y Gil ser religioso.

300. Pasando á los dramas: en *San Franco de Sena* presenta Moreto un vicioso y criminal, que mata á un amante que esperaba á su novia, Lucrecia, para fugarse en su compañía, y se la roba, viviendo con ella en el crimen; tiene, además, el defecto de jugar, y pierde toda su fortuna; mas después se arrepiente, y hace penitencia, por lo cual lo protege Dios, y recobra la vista que había perdido: todo lo cual le mueve á que se haga religioso, y, al efecto, entra de lego en el convento del Carmen. Lucrecia, en tanto, se ha vuelto criminal, y anda disfrazada de hombre, haciendo vida de bandido; con ella está el ángel custodio, también de bandolero, y un hermano de Lucrecia, Federico, la persigue sin conocerla. En este estado, Franco es preso por los bandidos que capitanea Lucrecia, y mostrándola la infinita misericordia de Dios, la convierte y la mueve á penitencia, consiguiendo que se salve al morir.

301. Al lado de obras muy buenas, las tiene Moreto de escaso valer, como *El valiente pagador, La confusión de un jardín* y otras, y algunas extravagantes y desatinadas, como *La gala del nadar* y las *Hermanas encontradas.*

En general, Moreto es muy poco original. En *La ocasión hace al ladrón*, refunde, sin embellecerla, *La Villana* de Tirso; en *El valiente justiciero, El Infanzón de Illescas,*

del mismo autor, con iguales resultados. El mismo *Desdén con el desdén* está tomado de la comedia titulada *Los Milagros del desprecio,* de Lope, aunque mejorándola notablemente, y original del *Parecido* es *El semejante á sí mismo,* de Alarcón [1]. No es tampoco tan sencillo como Lope, tan espontáneo como Tirso, ni tan profundo como Calderón; pero los aventaja en lo fluido y gracioso del diálogo, en la variedad de caracteres y pintura de afectos. Esto le distingue, principalmente en las obras de enredo y carácter, habiendo escrito poco del género heroico y novelesco. Sus planes son más ordenados y regulares que los de la mayor parte de los ingenios de su tiempo, resultando el interés, no del cúmulo de incidentes y sorpresas, sino del contraste de los afectos y pasiones. Es, á veces, discurridor y conceptista, haciendo uso de hipérboles hinchadas y campanudas, y abusando de los apartes y de verdaderos duos finales en muchas escenas; pero el estilo, en general, es fácil, y el diálogo ingenioso y fluido. Las damas que pinta luchan con la razón de estado; á las aldeanas las presenta con más verdad que poesía, y las casadas no faltan al honor; en las criadas pinta grandes terceras y ambiciosas, siendo sus mujeres desconfiadas, ingeniosas, pero no livianas, como en el teatro de Tirso. Sus galanes son valientes y caballeros, y sus graciosos chistosísimos, distinguiéndose por lo cobardes y socarrones.

[1] En un *Vejamen* literario, dice Cancer: «Reparé que D. Agustín Moreto estaba sentado, y revolviendo unos papeles que, á mi parecer, eran comedias antiquísimas, de quien nadie se acordaba. Estaba diciendo entre sí: esta no vale nada; de aquí se puede sacar algo.... Enojéme de verle con aquella flema, cuando todos estaban con las armas en las manos, y díjele que por qué no iba á pelear como los demás. Á lo que me respondió: «Yo peleo aquí más que ninguno, por»que aquí estoy minando al enemigo. —Vuesamerced (le repliqué) me »parece que está buscando qué tomar de esas comedias viejas. —Eso »mismo (me respondió) me obliga á decir que estoy minando al ene»migo, y échelo de ver en esta copla:

»Que estoy minando imagina,
»Cuando tú de mí te quejas
»Que en estas comedias viejas
»He hallado una brava *mina*».

LECCIÓN XLVII

CONTEMPORÁNEOS Y CONTINUADORES DE LOPE.

302.—Rojas: noticias de su vida.—303. Sus obras.—304. Examen de *García del Castañar*: noticia de otros dramas de Rojas.—305. Sus comedias: *Entre bobos anda el juego*.—306. Cualidades poéticas de este autor.—307. Obras de Rojas que han pasado á literaturas extranjeras.

302. Nació D. Francisco de Rojas en Toledo, á 4 de Octubre de 1607, siendo sus padres Pérez de Rojas y doña Mariana Besga de Ceballos; ignorándose el motivo de apellidarse dicho autor Zorrilla, en segundo término. De su vida se sabe poco; y sólo por lo que él mismo dice en *Obligados y ofendidos....* y *Lo que quisiera ver el marqués de Villena*, se supone, al parecer con fundamento, que debió estudiar en Toledo y en la Universidad de Salamanca. De otros pasajes de sus obras se desprende que fué militar; lo cual, además, es muy probable, puesto que muchos ingenios de aquella época también lo fueron. La misma incertidumbre, la misma duda que existe acerca de las circunstancias de su vida, hay respecto de la época en que murió. Schack menciona unos *Avisos,* en que se dice haber sido asesinado en 22 de Mayo de 1638 el poeta D. Francisco de Rojas, con motivo de un disgusto ocurrido en un *vejamen,* ó academia burlesca, celebrada por Felipe IV para solemnizar el imperio de su cuñado Fernando III. Pero, ó fué solamente herido dicho autor, ó se trata de otro Rojas, pues había varios del mismo nombre; porque nuestro poeta publicó en Madrid sus comedias (partes primera y segunda) de 1640 á 1645; y en 1644 se le dió el hábito de caballero de Santiago. Lope de Vega, en el *Laurel*

de Apolo, que, como es sabido, da noticias de muchos poetas de aquella época, no menciona á D. Francisco de Rojas; falta que suple Montalbán en el *Para todos*, hablando de él con grandes elogios. Cancer, en un vejamen celebrado en 1649, dice de él en unos versos que «traía la cabeza sobre la pretina, y por cabeza una calabaza, porque con la priesa no se había puesto la cabellera»:

La priesa al revés te pinta:
Hombre, para caminar,
Yo siempre he visto llevar
La calabaza en la cinta.

303. En la primera y segunda parte de sus obras, que Rojas publicó, están incluidas veinticuatro comedias: sueltas hay otras muchas, además de algunas otras atribuidas á él sin razón. Hizo también algunas en colaboración con otros autores, formando sus obras el total de ochenta, entre las cuales se cuentan quince ó veinte autos [1]. Prescindiendo de éstos, las obras dramáticas de Rojas pueden clasificarse en comedias y dramas.

Entre sus mejores comedias figuran: *Entre bobos anda el juego*, que es, sin género de duda, la mejor; *Lo que son mujeres*, *Obligados y ofendidos*, *Abre el ojo* y *No hay amigo para amigo*. Sus buenos dramas, son: *García del Castañar*, *El Caín de Cataluña*, *Progne y Filomena* y *El más impropio verdugo*.

Rojas fué poco conocido hasta el siglo actual, aunque ya en el pasado se representó con éxito su *García del Castañar*. Después ha sido muy elogiado por Martínez de la Rosa, Durán, Lista, Gil y Zárate y Schack, aunque todos reconocen en él grandes defectos. Pero hay dos obras de Rojas que bastan

[1] Las regulares legítimas no pasan de treinta. Tiene algunas malas, como *Nuestra Señora de Atocha*, *Los áspides de Cleopatra*, *El desafío de Carlos V*, *La hermosura y la desdicha* y *Pedro Mingo*. Peores que éstas son aún: *Los encantos de Medea*, *Los celos de Rodomante*, *El falso profeta Mahoma*, etc.

para considerarle entre los grandes poetas dramáticos, y son un drama y una comedia, el *García del Castañar* y *Entre bobos anda el juego,* ya citados.

304. El argumento del drama es como sigue: García del Castañar vive retirado en el campo con su esposa; es noble, pero ha tenido que huir de la corte, y vive ignorado. El rey Alfonso XI pide auxilio á sus súbditos para la empresa de Algeciras, y son tan valiosos los dones que le envía García del Castañar, que llaman su atención, y decide visitar de incógnito á tan espléndido labrador. Para ello da su banda á don Mendo, uno de sus acompañantes, el cual se enamora de Blanca, la esposa de García; y en otra ocasión penetra de noche en su aposento, siendo sorprendido en el balcón por el ofendido esposo. Tiene éste intención de matarle; pero creyéndole el Rey, le deja ir, resolviendo matar á su esposa, aunque inocente y honrada. Ella huye á la corte, y siguiéndola García, conoce allí que D. Mendo no era el Rey, y entonces le da de puñaladas en el mismo palacio, contando al Rey lo ocurrido, y diciendo que un hombre de su linaje no podía tolerar tales manchas á su honor, añadiendo que *del Rey abajo, ninguno* había de agraviarle.

Esta obra es una de las más célebres del teatro español, y en ella se pinta el honor con todos sus caracteres sombríos y hasta bárbaros, que forman uno de los distintivos de nuestro teatro. García es un gran carácter, prescindiendo de esta consideración, y perdonándole el haber intentado matar á su esposa, reconocida inocente; y Blanca es un tipo simpático y hermoso. El diálogo y la versificación, que es sobria en general, tienen muy relevantes cualidades.

Confesamos, sin embargo, que el drama análogo de Lope de Vega, de que ya hemos hablado, *Per-Ibáñez,* de donde Rojas tomó seguramente el pensamiento para el suyo, tiene más sencillez, más frescura y más espontaneidad; no siendo tan famoso, quizá porque pertenece á un ingenio que compuso muchos, mientras que Rojas no tiene ninguno que pueda competir con el *García del Castañar.* En efecto: los otros de Rojas, *El Caín de Cataluña, Progne y Filomena* y el *Más*

impropio verdugo por la más justa venganza, tienen algunas escenas hermosas y caracteres bien dibujados; pero son obras muy desiguales, y en ocasiones rayan en lo desatinado; defecto de que pecan unos más que otros del mismo ingenio, como *Los bandos de Verona, No hay ser padre siendo rey*, y algunos más.

305. Entre las comedias, la más célebre, y una de las más graciosas del teatro español es la intitulada *Entre bobos anda el juego* ó *Don Lucas del Cigarral*. El argumento, lleno de incidentes cómicos, es así: Isabel, por disposición de su padre D. Antonio, está prometida á D. Lucas, personaje grotesco; pero es querida de otro, D. Luis, y ella quiere á don Pedro, primo de D. Lucas, y Alfonsa, hermana de éste, le quiere también. Hacen juntos un viaje á Toledo. De noche, en la posada de Illescas, D. Pedro se entiende con Isabel, y entra en su cuarto, mientras que D. Luis, creyendo ir á la habitación de Isabel, va á la de Alfonsa, que le toma por D. Pedro. Sabiendo luego Alfonsa que D. Pedro no la quiere, finge un desmayo; y D. Pedro la dice amores para desorientar á D. Lucas. Lo oye Isabel, y se presenta muy indignada á darle celos; y cuando él la manifiesta la verdad, que á ella sola quiere, se levanta Alfonsa del fingido desmayo, y el pobre D. Pedro no sabe qué hacer entre las dos. Al cabo D. Luis cree que doña Isabel le quiere, y así se lo dice á D. Lucas para que desista de su boda; pero Alfonsa hace entender que á quien Isabel quiere es á D. Pedro, y D. Lucas, viendo la verdad, los casa, prometiendo vengarse con cerrar la bolsa, porque son pobres, y diciendo que cuando cenen *un no me olvides*, y almuercen un *vida mía*, se acordaran de él.

—Las otras comedias de Rojas tampoco pueden competir con esta: *Lo que son mujeres* y *Obligados y ofendidos* son las menos malas. En esta última hay un conde que burla á la hermana de un estudiante, novio á su vez de una hermana suya, y matador de su hermano. Sin saber sus agravios respectivos, se dan palabra de protegerse, y se protegen y amparan, aunque al fin riñen; pero acaba la obra con dos bodas. En la titulada *Lo que son mujeres* pinta dos hermanas, una

que no quiere á ningún hombre, y otra que los quiere á todos, y esta última al cabo no se casa, y Serafina, que es la primera, sí.

306. El defecto de Rojas, principalmente reconocido, es la desigualdad. Además de esto, tiene el de ser irregular, y en ocasiones ampuloso y verdadero gongorino, aunque no le faltan, á veces, nervio, poesía y corrección. Abusa mucho de los sueños y presagios y de hacer hablar á gentes dormidas, teniendo también apartes desmesuradamente largos.

307. Algunas obras de Rojas han pasado á las literaturas extranjeras: Tomás Corneille tradujo *Entre bobos anda el juego;* Rotrou imitó la de *No hay ser padre siendo rey;* Lesage puso en forma de novela la de *Casarse por vengarse,* y, por último, Scarron tradujo la titulada *Donde hay agravios no hay celos*[1].

[1] Además de las citadas, escribió Rojas otras varias obras, algunas en colaboración con otros ingenios, como *La Baltasara, El catalán Serrallonga, También la afrenta es veneno* y *El monstruo de la fortuna*, que se deben en parte á Vélez de Guevara y á Coello. *El mejor amigo el muerto* lo hizo con Calderón y Belmonte. También tiene el *Sol menguante* con Vélez de Guevara. *El pleito que tuvo el diablo con el cura de Madridejos* lo escribió con Vélez de Guevara y Mira de Mescua.

Véase el discurso preliminar del Sr. Mesoneros Romanos, que precede al tomo LIV de la *Biblioteca de Autores Españoles,* en que se publican las comedias escogidas de Rojas.

LECCIÓN XLVIII

APOGEO DEL TEATRO ESPAÑOL.

308. Calderón: su vida.—309. Sus asombrosas facultades: cualidades y defectos de su teatro.—310. Sus obras: clasificación de éstas.—311. Dramas filosóficos y religiosos de Calderón: *La vida es sueño*.—312. *El Mágico prodigioso*.—313. Relaciones de esta obra y el *Fausto* de Goethe.—314. Otras producciones notables de este género.

308. El teatro español llegó á su apogeo con D. Pedro Calderón de la Barca, que resume y compendia las grandezas de sus predecesores y contemporáneos insignes, valorando con nuevas excelencias el arte dramático.

Calderón nació en Madrid en 17 de Enero de 1600, de una noble familia oriunda del valle de Carriedo. Su padre, secretario del Consejo de Hacienda en tiempo de Felipe II y Felipe III, le puso bajo la dirección de los Padres de la Compañía en el Colegio imperial de Madrid, donde hizo brillantemente sus estudios, que parece continuó en la Universidad de Salamanca, cursando filosofía, matemáticas, teología y derecho hasta 1619. Á la edad de trece años compuso su primera comedia, que se ha perdido, intitulada *El carro del cielo;* y á los veinte y veintidós escribió para las fiestas de la beatificación y canonización de San Isidro. Nada se sabe de la vida de Calderón en los años siguientes, pero Lope de Vega en su *Laurel de Apolo* (1630) le elogia como á uno de los poetas ilustres de Madrid. Habiéndose renovado la guerra de Flandes, Calderón partió como voluntario en el ejército español, sirviendo diez años en los Países Bajos y en Italia, donde sin duda creció en el espíritu caballeresco y pundonoroso que tan bien supo pintar en sus comedias. Á la muerte de Lope de Vega en 1635, fué nombrado poeta cortesano, y el

Rey le hizo merced del hábito de Santiago, y en calidad de caballero de esta Orden se incorporó al ejército de Castilla cuando la sublevación de Cataluña. Retirado ó desterrado en Alba á la muerte del conde-duque de Olivares, volvió á la corte con ocasión de la boda de Felipe IV con doña Mariana de Austria; y, querido del Rey y de los grandes y elogiado por el pueblo, se dedicó de lleno á la poesía dramática. En el año 51 se hizo sacerdote, siendo nombrado dos años más tarde, capellán de San Juan de los Reyes Nuevos de Toledo, y luego capellán de honor de S. M. Su estado sacerdotal no le apartó del teatro, que ilustraban y habían ilustrado otros muchos sacerdotes y religiosos; y lleno de gloria, respetado y amado de todos, sin que jamás la maledicencia empañase en lo más mínimo su buen nombre de cristiano, de caballero y de hombre ejemplar en su ministerio, falleció el 25 de Mayo del año 81, con duelo universal de España. Y no solamente España; Italia y Portugal lloraron como una gran desgracia la muerte de aquel ingenio extraordinario, y en todas partes se celebraron solemnísimas honras á su memoria, distinguiéndose, como era justo, Madrid, que vió con lágrimas en los ojos ser conducido á su última morada el cadáver de su gran poeta. Calderón había conservado hasta su último instante sus prodigiosas facultades. Á los ochenta años de su edad compuso la comedia intitulada *Hado y divisa,* llena de poesía verdaderamente juvenil, y la muerte le sorprendió escribiendo un *auto* para las fiestas del Santísimo Sacramento. Murió cristianamente, como había vivido, mandando que su cadáver fuese conducido descubierto al cementerio, para que los que tanto le habían aplaudido considerasen en qué vienen á parar las glorias humanas. La Congregación de Presbíteros naturales de Madrid, á que pertenecía, dió honrosa sepultura en la parroquia del Salvador á sus restos, que hoy descansan en su iglesia, en un sencillo sepulcro de mármol.

Calderón era de hermoso aspecto, de mirada dulce y penetrante, frente despejada y continente grave y majestuoso. Su carácter se distingue por la misma gravedad y dulzura, que jamás desmintió, y todos sus contemporáneos se hacen len-

guas de sus virtudes, reconociéndole como un dechado de sacerdotes. Ni en su juventud, ni en los tiempos en que ciñó espada y vivió en el campamento, se sabe que deslustrara su conducta ninguna acción fea, siendo, por todos conceptos, digno del amor y del aplauso del pueblo español, que tanto le celebró en vida.

309. En todos los géneros dramáticos dió Calderón muestras de pensamiento profundo, lozana imaginación y riquísima vena poética, adaptándose á toda clase de escenas y situaciones la extraordinaria fecundidad de su talento dramático. Su teatro es el más sintético de todos, y él solo representa todas las buenas cualidades y todos los defectos de nuestros más grandes ingenios; y pudiera decirse, sin exageración, que representa nuestro pueblo todo, ó, á lo menos, nuestra literatura.

El teatro español es el más nacional de todos, y Calderón el más español de los dramáticos. De aquí nacen muchas de sus cualidades y algunos de sus defectos: el espíritu religioso y patriótico, el carácter caballeresco, la nobleza y dignidad de los sentimientos que pone en acción; la hidalguía de sus galanes, que todo lo sacrificaban al honor y al cumplimiento de la palabra empeñada; la discreción y ánimo generoso de sus mujeres, rarísima vez livianas, nunca abyectas ni corrompidas; la pompa y gallardía de su versificación, la abundancia de incidentes, la complicación de los argumentos, el interés de sus fábulas: todo esto y mucho más puede decirse que era producido por el espectáculo de aquel pueblo, todavía grande en su decadencia, y de aquel espíritu militar y cristiano que distinguía á los españoles. Pero de todo esto nacen también los defectos del teatro calderoniano, como de los otros dramáticos: la irregularidad y desorden en el plan, el escaso valor en los caracteres, la falta de color local y exagerada elegancia de la frase, que peca en ocasiones de culterana, son desaciertos del gran ingenio; pero no pueden achacársele á él, sino á su siglo, á la sociedad en que vivía, al sistema dramático general de los españoles y á la condición misma del teatro, que es género eminentemente popular y

refleja siempre las aspiraciones y costumbres del pueblo. Cuando esto no sucede, surge el teatro de imitación, que podrá ser correcto y muy atildado de formas, pero que siempre carece de originalidad, de movimiento y de vida. Con todos sus defectos, los dramas de Calderón son muy superiores á los de los clásicos franceses é italianos, y despiertan mucho más interés en la representación y en la lectura. Y si fuera lícito acercar civilizaciones tan diferentes y distintas, diríamos también que hay más grandeza y más hermosura en el teatro calderoniano que en el famoso y justamente alabado teatro griego, donde la sencillez del argumento, la completa falta de intriga dramática, el horror de todos los sucesos, que de ordinario son crímenes espantosos, la constante presencia del coro, la intervención frecuente de las divinidades y los hechos sobrenaturales, sólo pueden explicarse y admitirse atendiendo al estado social y religioso y á las circunstancias en que aquel teatro se produjo [1].

[1] Hemos dicho en otra parte: «Calderón escribía en una época en que imperaba el mal gusto; y escribía para el teatro, es decir, para el pueblo, y dentro de un sistema dramático que exigía el desprecio de las unidades, abundancia de incidentes, variedad de episodios, riqueza y ampulosidad de versificación, idealismo en la expresión de los afectos, y, ante todo y sobre todo, españolismo, hasta el punto de no comprenderse ó no agradar personaje de ningún lugar ni tiempo que no procediera y hablara como los españoles del siglo XVII. ¿Qué mucho, siendo esto así, que los planes de Calderón, en general, no brillen por el orden; que sus escenas se resientan de falta de color local, y su lenguaje peque de convencional y amanerado?

»Pero, ni esto dice nada contra sus facultades poéticas, ni, juzgado así, hay genio dramático que pueda librarse de acerbas censuras. Mucho ponderamos á los griegos, y, sin embargo, ¿quién, prescindiendo del lugar, del tiempo y de la civilización en que escribieron, encarecería tanto su mérito? Sin hablar de las inepcias, chocarrerías y obscenidades, de todo punto imperdonables, de Aristófanes, y limitándonos á los trágicos, ¿cómo toleraríamos los sencillísimos argumentos de Esquilo, su falta de plan, sus diálogos, más que dramáticos históricos, y su pobreza de caracteres? ¿Quién sufriría una obra como *El Ajax* de Sófocles, en que interviene la diosa de la Sabiduría, nada menos que para burlarse de la locura del héroe, y en que éste aparece sobre un montón de carneros y de bueyes que ha degollado, creyendo que eran Ulises y

310. Sin los cuidados de un hermano suyo, no se habrían publicado sus comedias. Él no pensó en hacerlo, contentándose con dar á la imprenta sólo *Autos sacramentales.* Se le atribuyen multitud de obras dramáticas. El duque de Veragua le pidió el año 80 una lista, y él se la envió de 111 comedias y 70 autos. Tres de ellas no se han encontrado; en cambio, otras varias que no están en la lista deben ser suyas, subiendo el número á 120; autos también hay más de los 70. Lo

los argivos; y quién tendría paciencia para oir las interminables discusiones que siguen á la muerte del protagonista, sobre si se ha de dar ó no sepultura á su cadáver? ¿Qué público, á no estar monstruosamente degradado por el paganismo, toleraría *La Electra*, del mismo autor, en que se presenta una madre como Clitemnestra, que asesinó á su esposo y vive con su amante, y habla á su hija de su horrible crimen como de la cosa más natural del mundo, y recibe el parabién por la noticia de la muerte de su hijo; y unos hijos como Electra y Orestes, que con larga premeditación, completa calma y fría alevosía asesinan á su madre, sin sentir, no ya el menor remordimiento, pero ni siquiera oir el más leve grito, la más leve protesta de la sangre? ¿Qué censuras no se lanzarían contra Eurípides, por las frías y pedantescas disertaciones que pone en boca de Hipólito, de Medea, de Teseo, de todos sus personajes, hasta en las situaciones más trágicas? ¿Quién podría aguantar aquella constante presencia del coro, que á nuestros ojos quitaría el interés á las situaciones, ni aquella ordinaria intervención de los dioses, oráculos y adivinos, para explicarlo y desenlazarlo todo, despojando de su importancia á la lucha y á los conflictos de las pasiones humanas?

»Mas, aunque así sea la tragedia griega, disculpamos á los autores que escribían según las creencias, costumbres y tradiciones de su pueblo, y reconociendo la especial grandeza de alguna obra como *El Prometeo,* alabamos en ellos la naturalidad, la sencillez, el vigor, lo patético, ya del estilo, ya del diálogo, ya de los caracteres y situaciones. Y lo mismo hacemos con Shakespeare, á quien nadie supera en lo temible y gigantesco de los personajes y conflictos dramáticos; pero á quien nadie excede tampoco en lo desordenado del plan, y en lo arbitrario, inconveniente y hasta repulsivo de algunas de sus escenas, sin que por eso le neguemos la palma sobre los trágicos franceses, ni nos ocurra compararle siquiera con el ordenadísimo y clasicísimo Alfieri.

»Tengamos este criterio al juzgar á Calderón y á nuestro teatro, que, como queda dicho, era eminentemente idealista, como lo era el pueblo, hasta el punto de no admitir que se le presentase de una manera realista ni aun su propia poética realidad.»

impreso son 73 autos y 108 comedias; además escribió *entremeses, loas, jácaras* y algunas poesías sueltas.

La clasificación de las obras calderonianas es dificultosa, porque comprende todos los géneros, desde el simple sainete hasta la más alta tragedia. Tampoco es de gran utilidad hacerla, por importarnos poco que un drama se llame religioso, ó filosófico, ó trágico, ni que á una comedia se la designe como de enredo, costumbres, etc., pudiendo tener todos estos caracteres reunidos. La división natural es en *comedias* y *dramas*, y dentro de estos grupos caben multitud de clasificaciones, que nunca serán enteramente exactas y cumplidas. Los *dramas*, sin embargo, se reducen fácilmente á las tres especies indicadas: *trágicos*, *religiosos* y *filosóficos*, y en las *comedias* puede aceptarse la clasificación de *comedias de enredo, palaciegas, mitológicas, caballerescas*, de *figurón* y *paródicas;* y otra sección puede formarse de las fiestas cantadas, ó sean *zarzuelas* y *óperas*.

311. Entre los dramas filosóficos y religiosos de Calderón, hay dos verdaderamente excepcionales, que por el pensamiento y la grandeza del asunto, no tienen igual en ninguna literatura: el uno es *La vida es sueño;* el otro *El mágico prodigioso*. El pensamiento de *La vida es sueño* está perfectamente expresado en el título, que resume casi todo el sistema dramático filosófico de Calderon. No mira nuestro poeta la vida como un caos indescifrable, ni ve á los hombres como una turba de infortunados ó de criminales, cuyos crímenes ó calamidades terminan con la muerte. La vida es un sueño, del cual es preciso despertar; y así todas las pompas y grandezas porque los hombres se afanan, no tienen más valor que las de las quimeras que forja la imaginación en el hombre dormido. La muerte es el despertar de este sueño, y el principio de la nueva y verdadera vida. Mentira parece que pensamiento tan filosófico, tan abstracto, tan verdaderamente moral y religioso, pueda expresarse por medio de la acción dramática; y, sin embargo, Calderón lo ha logrado á maravilla, y con argumento sencillísimo, que puede reducirse á los siguientes términos: «Basilio, rey de Polonia, tiene encerrado en una torre,

viviendo como una fiera, á su hijo el príncipe Segismundo, porque en sus supersticiones astrológicas ha entendido que sería un príncipe cruel y tirano, atropellador de sus derechos y de su autoridad de padre y de rey. Un día, sin embargo, quiere hacer la experiencia, y mediante un narcótico, es llevado Segismundo á palacio. El Príncipe, que ignora por completo su condición, despierta, y se encuentra con regias vestiduras, en la morada de su padre, rodeado de caballeros que le rinden sus homenajes, presentándose su propio padre y enterándole de toda su historia. Segismundo muestra primero asombro y luego indignación por haber sido tratado como una fiera, separado de la sociedad de los hombres, habiendo nacido en las gradas del trono, y perteneciéndole una corona. Su natural bravo é impetuoso se manifiesta con energía, llevándole á cometer desafueros y atropellos que obligan á su padre á reducirle á la antigua prisión, mediante otro letárgico sueño. Soñando Segismundo, ya en la torre que era su cárcel, con las grandezas que había presenciado despierto, se halla luego entre cadenas y vestido de pieles como antes; duda de la realidad, y llega á creer que todo aquello había sido no más que un sueño. Mas luego aparecen nobles y soldados, que, enterados de que era su Príncipe, vienen á sacarle de aquella prisión, demandándole se ponga á su cabeza y ocupe el trono. Segismundo vuelve á dudar, diciendo que ya había visto aquello mismo otra vez, y sólo había sido quimera; á lo cual replican sus parciales que siempre las cosas grandes suelen tener avisos misteriosos del corazón. Decídese el Príncipe á ponerse á la cabeza de sus tropas, viniendo su padre á pedirle perdón, y echarse á sus pies, con lo cual entiende que al fin se han cumplido las predicciones de la Astrología; pero Segismundo le hace levantar del suelo, y rinde el debido acatamiento á su autoridad de padre y de rey, proclamando que la libertad del hombre existe, y que no hay fuerza fatal que impida hacer el bien.»

Con esta sencillísima acción, presenta y resuelve el poeta todo el problema de la humana vida; y aparte de escenas que sobran y de incidentes secundarios que complican el argu-

mento, por dar sin duda gusto al pueblo, todo en esta obra es natural, lógico y de grandísimo interés. El carácter de Segismundo es una de las grandes creaciones calderonianas, y, según hemos dicho ya en otra parte, si como pintura es asombroso el *Hamlet* de Shakespeare, como idea, como símbolo, es superior Segismundo [1].

La versificación de *La vida es sueño*, aunque en algunas escenas se resiente de gongorismo, es en las situaciones culminantes de la obra, robusta, enérgica y hermosísima. Conocido es el principio del drama, cuando Segismundo se lamenta de su triste suerte en aquellas famosas décimas que empiezan:

«Apurar, cielos, pretendo,
Ya que me tratais así,
Qué delito cometí
Contra vosotros, naciendo;
Aunque si nací, ya entiendo
Qué delito he cometido:
Bastante causa ha tenido
Vuestra justicia y rigor,
Pues el delito mayor
Del hombre es haber nacido....»

---

[1] Hamlet anda entre tinieblas, en los abismos de la duda. El crimen que contempla y el dolor que siente no tienen ni explicación ni remedio. La tumba para él es un enigma, la cuna otro enigma, otro enigma la vida. Combatido por ideas y pensamientos confusos, vaga como los condenados del Dante, arrastrado por rápidos torbellinos; no sabe qué quiere ni adónde va; el ciego acaso le conduce, y se pierde en los desiertos sin término de su locura. Segismundo tampoco es un hombre; es el hombre, pero el hombre que siente á Dios y ve la inmortalidad y confiesa el albedrío. Aprende que el mundo es una sombra, y que la *vida es sueño:* la grandeza, el poder, el trono, la pobreza, la hermosura, todo son fantasmas que el sueño produce y que han de desvanecerse. Hamlet pregunta si morir es dormir ó soñar tal vez; Segismundo contesta que soñar es vivir y que morir es despertar, y quiere que

«Acudamos á lo eterno,
Que es la fama vividora,
Donde ni duermen las dichas
Ni las grandezas reposan.»

Hamlet, en una palabra, es el hombre que padece y duda; Segismundo, el hombre que lucha y espera.—*(Calderón, Estudio crítico.)*

Rosaura, que oye los clamores de Segismundo, siente piedad de él; pero Segismundo, viendo una persona extraña que sabe su desdicha, quiere darla muerte. Rosaura entonces dice:

«Si has nacido
Humano, baste el postrarme
Á tus pies para librarme.
SEGISM. Tu voz pudo enternecerme,
Tu presencia suspenderme
Y tu respeto turbarme.
¿Quién eres?; que aunque yo aquí
Tan poco del mundo sé,
Que cuna y sepulcro fué
Esta torre para mí:
Y aunque desde que nací
(Si esto es nacer) sólo advierto
Este rústico desierto,
Donde miserable vivo,
Siendo un esqueleto vivo,
Siendo un animado muerto;
Y aunque nunca vi ni hablé
Sino á un hombre solamente,
Que aquí mis desdichas siente,
Por quien las noticias sé
De cielo y tierra, y aunque
Aquí, porque más te asombres
Y monstruo humano me nombres,
Entre asombros y quimeras,
Soy un hombre de las fieras
Y una fiera de los hombres;
Y aunque en desdichas tan graves
La política he estudiado,
De los brutos enseñado,
Advertido de las aves,
Y de los astros süaves
Los círculos he medido;
Tú sólo, tú has suspendido
La pasión á mis enojos,
La suspensión á mis ojos,
La admiración á mi oído.
Con cada vez que te veo

Nueva admiración me das,
Y cuando te miro más,
Aún más mirarte deseo.
Ojos hidrópicos creo
Que mis ojos deben ser;
Pues cuando es muerte el beber,
Beben más, y de esta suerte,
Viendo que el ver me da muerte,
Estoy muriendo por ver.
Pero véate yo, y muera;
Que no sé, rendido ya,
Si el verte, muerte me da,
El no verte, qué me diera,
Fuera, más que muerte fiera,
Ira, rabia y dolor fuerte;
Fuera muerte: desta suerte,
Su rigor he ponderado,
Pues dar vida á un desdichado
Es dar á un dichoso muerte.

Ros. Con asombro de mirarte,
Con admiración de oirte,
No sé qué pueda decirte
Ni qué pueda preguntarte:
Sólo diré que á esta parte
Hoy el cielo me ha guiado
Para haberme consolado,
Si consuelo puede ser
Del que es desdichado, ver
Otro que es más desdichado.
Cuentan de un sabio, que un día,
Tan pobre y mísero estaba,
Que sólo se sustentaba
De unas hierbas que cogía.
¿Habrá otro (entre sí decía),
Más pobre y triste que yo?
Y cuando el rostro volvió,
Halló la respuesta, viendo
Que iba otro sabio cogiendo
Las hierbas que él arrojó.
Quejoso de la fortuna.
Yo en este mundo vivía,

Y cuando entre mí decía:
¿Habrá otra persona alguna
De suerte más importuna?
Piadoso me has respondido;
Pues volviendo en mi sentido,
Hallo que las penas mías,
Para hacerlas tú alegrías
Las hubieras recogido.»

En la jornada segunda, cuando Segismundo se muestra bravo y altanero al saber su condición de príncipe, llegando á tirar por un balcón al primero que opuso reparos á su soberbia, se presenta el Rey, su padre, y le dice:

«Pésame mucho que cuando,
Príncipe, á verte he venido,
Pensando hallarte advertido,
De hados y estrellas triunfando,
Con tanto rigor te vea,
Y que la primera acción
Que has hecho en esta ocasión
Un grave homicidio sea....
Y aunque en amorosos lazos
Ceñir tu cuello pensé,
Sin ellos me volveré,
Que tengo miedo á tus brazos.»

Á lo cual replica arrogante Segismundo:

«Sin ellos me podré estar
Como me he estado hasta aquí;
Que un padre que contra mí
Tanto rigor sabe usar,
Que su condición ingrata
De su lado me desvía,
Como á una fiera me cría,
Y como á un monstruo me trata,
Y mi muerte solicita,
De poca importancia fué
Que los brazos no me dé,
Cuando el ser de hombre me quita.

BASIL. Al cielo y á Dios pluguiera
Que á dártelo no llegara,
Pues ni tu voz escuchara,
Ni tu atrevimiento viera.
SEGISM. Si no me la hubieras dado,
No me quejara de ti;
Pero una vez dado, sí,
Por habérmelo quitado;
Pues aunque el dar la acción es
Más noble y más singular,
Es mayor bajeza el dar,
Para quitarlo después.
BASIL. ¡Bien me agradeces el verte,
De un humilde y pobre preso,
Príncipe ya!
SEGISM. Pues en eso
¿Qué tengo que agradecerte?
Tirano de mi albedrío,
Si viejo y caduco estás,
Muriéndote, ¿qué me das?
¿Dasme más de lo que es mío?
Mi padre eres y mi Rey;
Luego toda esta grandeza
Me da la naturaleza
Por derecho de su ley.
Luego aunque esté en tal estado,
Obligado no te quedo,
Y pedirte cuentas puedo
Del tiempo que me has quitado
Libertad, vida y honor;
Y así, agradéceme á mí
Que yo no cobre de ti,
Pues eres tú mi deudor.
BASIL. Bárbaro eres y atrevido:
Cumplió su palabra el cielo,
Y así, para el mismo apelo,
Soberbio y desvanecido.
Y aunque sepas ya quién eres,
Y desengañado estés,
Y aunque en un lugar te ves
Donde á todos te prefieres,

Mira bien lo que te advierto:
Que seas humilde y blando,
Porque quizá estás soñando,
Aunque ves que estás despierto.»

Y, en efecto: conducido Segismundo nuevamente á su torre, al despertar del sueño provocado por el narcótico, dice:

«¿No sois mi sepulcro vos,
Torre? ¡Sí! ¡Válgame Dios,
Qué de cosas he soñado!»

Otras muchas bellezas pudiéramos señalar en esta asombrosa concepción calderoniana, que, á pesar del trascurso de los siglos y de las modernas corrientes del teatro, conmueve y entusiasma siempre que se representa; pero bastan las indicadas, habida consideración, además, á que *La vida es sueño* es popularísima, y muy pocos habrá que no la conozcan.

312. *El mágico prodigioso* es también una magnífica apología de la libertad humana y de la gracia divina, habiendo encontrado Calderón una forma eminentemente dramática, para hacer sentir estas grandezas del mundo moral y sobrenatural. El asunto es la antigua leyenda de los santos mártires de Antioquía, Cipriano y Justina, escrita por Simeón el Metafrastes, agiógrafo bizantino del siglo x [1]: Según lo hemos referido en otra parte [2], el argumento se reduce á lo siguiente: «Un joven gentil, Cipriano, siente verdadero deseo de saber, y grande impaciencia por comprender un pasaje de Plinio relativo á la unidad de Dios. El espíritu del mal quiere apartarle de esta idea y triunfar al propio tiempo de una doncella cristiana, y se presenta á Cipriano en forma de viajero, y discute con él para afirmarle en las creencias po-

[1] San Gregorio Nacianceno es el primero que en una homilía, en el siglo IV, escribió la vida de estos Santos mártires, y luego se ha escrito muchas veces, tanto en Oriente como en Occidente, con algunas variantes. (Véase el trabajo titulado *El Mágico y el Fausto*, del Sr. Sánchez Moguel, y las observaciones que á este trabajo hizo el bibliotecario de París, Morel Fatio.)

[2] *Calderón: Estudio crítico.*

liteistas. Cipriano ve luego á Justina, y queda prendado de su hermosura: olvida los libros, los estudios, todo; no piensa más que en aquella mujer. La primera vez que la requiere de amores, ella le desdeña; crece la pasión, vuelve á hablarla, y oye esta respuesta de Justina:

«Es imposible quereros,
Cipriano, hasta la muerte.»

Á lo cual replica el enamorado mozo:

«La esperanza que me dais,
Ya dichoso puede hacerme;
Si en muerte habéis de quererme,
Muy corto plazo tomáis.
Yo le acepto; y si á advertir
Llegáis cuán presto ha de ser,
Empezad vos á querer,
Pues ya empiezo yo á morir.»

Entregado á sus amorosos pensamientos, en el campo, solo, delirante, llega á ofrecer su alma á cualquier genio infernal, á cambio de la posesión de Justina. El demonio, suscitando una tempestad, se presenta entonces en forma de náufrago, y dice á Cipriano, de quien es socorrido, que se dedica á la magia, quedando los dos amigos y compañeros, pues Cipriano quiere aprenderla para conseguir el logro de sus deseos. En tanto el demonio ha procurado y procura enloquecer á otros amantes de Justina, y difamar á ésta, saliendo en forma humana por los balcones de su casa y de sus habitaciones, con lo cual unos y otros la juzgan liviana, llegando á ultrajarla el Gobernador de la ciudad, y á rechazarla el hombre que con ella tiene lugar de padre.

Cipriano, preguntado una vez por su infernal compañero, le confía su amor por Justina, encareciendo la hermosura de la doncella, y diciendo:

«Estoy tan ciego y perdido
Porque mi pena te asombre,
Que por parecerla otro hombre

Me engañé con el vestido.
Mis estudios di al olvido,
Como al vulgo mi opinión;
El discurso á mi pasión,
A mi llanto el sentimiento,
Mis esperanzas al viento
Y al desprecio mi razón.
Dije, y haré lo que dije:
Que ofreciera liberal
El alma á un genio infernal;
De aquí mi pasión colige,
Porque el amor que me aflige
Prémiase con merecella;
Pero es vana mi querella,
Tanto, que presumo que es
El alma corto interés,
Pues no me la dan por ella.»

El espíritu de las tinieblas, el mágico, hace entonces prodigios para que Cipriano vea su poder: traslada los montes, le presenta la imagen de Justina, y le ofrece enseñarle el modo de hacer estos portentos, á cambio de su alma. Hecho el pacto, Cipriano se retira de la ciudad, y cuando ya sabe bastante de artes mágicas, pretende atraer á Justina; y el demonio, para ayudarle, presenta á la doncella en formidable tentación el recuerdo de su amante. Aunque Calderón no hubiera escrito más que esta escena de la tentación de Justina, bastaría para hacer imperecedero su renombre. Empieza el demonio con esta soberbia invocación á los espíritus infernales:

«¡Ea, infernal abismo,
Desesperado imperio de ti mismo:
De tu prisión ingrata
Tus lascivos espíritus desata,
Amenazando ruina
Al virgen edificio de Justina!
¡Su casto pensamiento
De mil torpes fantasmas en el viento
Hoy se informe! ¡Su ardiente fantasía
Se llene, y con dulcísima armonía

Todo provoque amores,
Los pájaros, las fuentes y las flores!
Nada miren sus ojos
Que no sean de amor dulces despojos;
Nada oigan sus oídos
Que no sean de amor dulces gemidos:
Porque, sin que defensa en su fe tenga,
Hoy á buscar á Cipriano venga,
De su ciencia invocada
Y de mi ciego espíritu guiada.
¡Empezad, que yo, en tanto,
Callaré porque empiece vuestro canto.»

Justina, en efecto, siente, en su retiro, turbada el alma por ideas halagadoras y tenaces, y el corazón inquieto por desconocidos impulsos; quiere huir y librarse de su influencia, pero los tentadores fantasmas la persiguen más en el jardín, lleno de imágenes y de músicas y de voces voluptuosas.

VOCES. «No hay sujeto en que no imprima
Él fuego de amor su llama,
Pues vive más donde ama
El hombre, que donde anima.
Amor solamente estima
Cuanto tener vida sabe:
El tronco, la flor, el ave;
Luego es la gloria mayor
De esta vida....
OTRAS VOCES. —Amor.... Amor....
JUSTINA. Pesada imaginación
Al parecer lisonjera (*Asombrada é inquieta);*
¿Cuándo te he dado ocasión
Para que desta manera
Aflijas mi corazón?
¿Cuál es la causa, el rigor
De este fuego, de este ardor
Que en mí por instantes crece?
¿Qué dolor el que padece
Mi sentido?
LAS VOCES. —Amor.... Amor....

JUSTINA. Aquel ruiseñor amante
Es quien respuesta me da,
Enamorando constante
Á su consorte, que está
Un ramo más adelante.
Calla, ruiseñor, no aquí
Imaginar me hagas ya,
Por las quejas que te oí,
Cómo un hombre sentirá
Si siente un pájaro así.
Mas no; una vid fué lasciva,
Que buscando fugitiva
Va el tronco donde se enlace,
Siendo el verdor con que abrace
El peso con que derriba.
No así con verdes abrazos,
Me hagas pensar en quien amas,
Vid; que dudaré en tus lazos,
Si así abrazan unas ramas
Como enraman unos brazos.
Y si no es la vid, será
Aquel girasol, que está
Viendo cara á cara al sol,
Tras cuyo hermoso arrebol
Siempre moviéndose va.
No sigas, no, tus enojos,
Flor, con marchitos despojos;
Que pensaré en mis congojas,
Si así lloran unas hojas
Como lloran unos ojos.
Cesa, amante ruiseñor,
Desúnete, vid frondosa;
Parate, inconstante flor,
Ó decid, ¿qué venenosa
Flor usáis?

LAS VOCES. —Amor.... Amor....

JUSTINA. ¿Amor? ¿Á quién le he tenido
Yo jamás? Objeto es vano;
Pues siempre despojo han sido
De mi desdén y mi olvido
Lelio, Floro y Cipriano.

¿Á Lelio no desprecié?
¿Á Floro no aborrecí?
¿Y á Cipriano no traté
Con tal rigor, que de mí
Aborrecido se fué
Donde de él no se ha sabido?
Mas, ¡ay de mí! Ya yo creo
Que esta debe de haber sido
La ocasión con que ha podido
Atreverse mi deseo:
Pues desde que pronuncié
Que vive ausente de mí,
No sé (¡ay infeliz!) no sé
Qué pena es la que sentí....
....
Mas ¡ay! ¡Discursos, parad!
Si basta ser piedad sola,
No acompañéis la piedad:
Que os alargáis de manera,
Que no sé, ¡ay de mí!, no sé
Si ahora á buscarle fuera,
Si donde él está supiera.

—Ven, que yo te lo diré».

dice el demonio, que, dándola por vencida, se presenta en este instante, procurando llevarla adonde está el mancebo. Pero Justina se repone, y dice:

«No; no lograrás tu intento:
Que esta pena, esta pasión,
Que afligió mi pensamiento,
Llevó la imaginación,
Pero no el consentimiento»:

y así, luchando á brazo partido con el tentador, y afirmando la libertad de su libre albedrío, concluye replicando al demonio, que le ha dicho:

«¿Cómo te has de defender
Si te arrastra mi poder?
—Mi defensa en Dios consiste»:

y obliga al espíritu del mal á que se aleje, diciendo él:

—«Venciste, mujer, venciste,
Con no dejarte vencer».

No se concibe nada más hermoso que esta lucha de la virtud con la tentación. El poeta ha dado cuerpo á lo que pasa en el alma de Justina, por medio de voces y de cantos y de la presencia del espíritu del mal. Con que la doncella hubiera consentido un instante en el impuro deseo, habría quedado vencida; pero resiste valerosa, y la tentación se disipa, marchándose inmediatamente Justina al templo, que tienen oculto los cristianos, para que Dios la dé fuerzas y no deje que padezca ni la inocencia de su nombre.

Vencido el demonio, quiere presentar á Cipriano una Justina fingida, un espíritu infernal con la forma de la doncella, para que Cipriano quede esclavo suyo y ella difamada. Cipriano hace los conjuros mágicos y evoca á Justina; allí está, allí tiene la mujer que ama, aquella por cuya posesión ha dado su alma, aquella en quien ha cifrado su dicha, su felicidad, su gloria. Ya se acerca, la tiene en sus brazos, va á contemplar aquel rostro peregrino que le enloquece; levanta el velo, y ve aterrado un esqueleto que se hunde en el abismo, mientras una voz dice:

«Así, Cipriano, son
Todas las glorias del mundo».

Dios no ha permitido que, ni por apariencia, padezca la honra de la virgen cristiana, y quiere salvar también el alma del desatentado mancebo. El mágico tiene que confesar á Cipriano que contra todos sus conjuros ha defendido á Justina el poder de un Dios. Cipriano comprende que ese Dios lo ve todo, pues vió lo que era secreto: que es bondadoso, pues ha salvado hasta el buen nombre de su hija: que es uno solo y Omnipotente, pues hizo lo que quiso; y concluye por confesar al Dios de Justina, la cual á la sazón está ya presa por cristiana, y va á ir al suplicio. Así la ve Cipriano, que tam-

bién anhela ya por el martirio, animándole ella á la muerte, hablándole de las misericordias de Dios, y diciéndole :

«Que en la muerte te quería
Dije, y pues á morir llego
Contigo, Cipriano, ya
Cumplí mis ofrecimientos».

Fin hermosísimo y digno remate de tan admirable composición.

313. Se ha discutido mucho acerca de las analogías entre este drama y el *Fausto* de Goethe, suponiendo algunos que el poeta alemán tuvo á la vista para su obra el drama español. No puede esto asegurarse, y es cierto que Goethe siguió en su poema alguna antigua leyenda del *Fausto,* popular en Alemania y en Inglaterra; pero que hay analogías entre la primera parte del *Fausto* y *El mágico* de Calderón no puede dudarse, bien que el poeta español resuelve su asunto cristiana y moralmente, haciendo triunfar la virtud de Justina y el libre albedrío; mientras que el autor alemán escribía una obra semi-fatalista y verdaderamente amarga y escéptica. En ambas está el pacto diabólico: en la de Calderón, sólo por amor; en el *Fausto,* por la juventud y la dicha. En ambas hay una joven cristiana, de quien está apasionado gallardo mancebo; pero Calderón hace triunfar la virtud de la doncella, que convierte al Cristianismo á su amante, y comparte con él la palma del martirio; y la Margarita del poema alemán se entrega al pecado casi sin resistencia y sin lucha [1].

314. Aunque menos importantes que *El mágico,* Calderón tiene algunos otros dramas de carácter religioso, muy notables, únicamente por la concepción y el asunto, ya que no siempre acertó á seguir un plan ordenado y metódico. En *Los dos amantes del cielo* pinta una hermosa pagana, Daría, altiva y desdeñosa con los hombres, por quienes no siente la

[1] El pacto diabólico firmado con sangre se conocía ya en la literatura del siglo XIII. Los primeros de que hay noticia en España se refieren á la leyenda de Teófilo, que está mencionado en *Los milagros de Nuestra Señora,* de Berceo, y en una *Cantiga* del rey Sabio.

más pequeña inclinación, llegando á decir á sus compañeras, hablando de uno de sus pretendientes:

«Cuando un hombre hubiera estado
De mí tan enamorado
Que hubiera muerto por mí;
Y en teniendo yo por cierto
El que por mi amor murió,
Entonces pudiera yo
Amarle después de muerto».

Cazando por los montes esta mujer altiva, oye una voz que le dice que uno ha muerto enamorado de ella, y piensa que será aquel mancebo desdeñado; pero pronto sabe que vive, y vuelve á encontrarle, ya convertido al Cristianismo. Quiérela él convencer de la falsedad de la religión pagana, resiste ella con firmeza; y cuando con amistoso afecto concluye diciéndole:

«¿Qué puedo hacer hoy por ti
Para hacer aqueso yo?»,

oye exclamar á un confesor de Cristo, á quien en aquel momento están dando muerte.

«Alma, busca al que murió
Enamorado de ti».

Este grito conmueve las entrañas de Daría; la venda cae de sus ojos: preparada por las doctrinas de Crisanto, comprende el misterio de la Redención: ve que el amor llevó á Cristo á morir en un patíbulo; ya tiene el hombre á quien amar; ya sabe de uno que ha dado la vida por amor de ella: y la orgullosa pagana confiesa á Cristo, y quiere participar del martirio que aguarda á su amante Crisanto, y mueren ambos, dejando el mundo para ser *Los dos amantes del cielo.*

Esta obra está, en general, mal conducida; pero en ninguna literatura hay un pensamiento tan hermoso ni tan dramáticamente cristiano. En este sentido, la obra de Calderón supera con mucho al famoso *Poliuto* de Corneille.

—*La devoción de la Cruz* es otro importante drama calde-

roniano, notable por los caracteres de Julia y de su hermano Eusebio, lanzados al crimen y enamorados, sin saber que eran fruto de una misma sangre. Ambos se salvan por la devoción de la Cruz, y, por de contado, Calderón no mancha su obra con el incesto, aunque involuntario, librando de él á sus personajes por la devoción del sagrado signo.—*El Príncipe constante, La exaltación de la Cruz* y otras varias son también producciones religiosas de Calderón, y en todas ellas hay alguna belleza especial que admirar, ya de concepto, ya de ejecución, siendo muy notable el carácter de *El Príncipe constante* (D. Fernando de Portugal), que sufre con heroica paciencia el cautiverio y la muerte, y no quiere que, á cambio de su libertad y de su vida, se entregue á los musulmanes la plaza de Ceuta.

LECCIÓN XLIX

APOGEO DEL TEATRO ESPAÑOL (CONTINUACIÓN).

315. Dramas trágicos de Calderón: *El Tetrarca.*—316. Comparación de esta obra con el *Otelo* de Shakespeare.—317. Otros dramas trágicos del mismo carácter.—318. Los celos en el teatro calderoniano.—319. *El alcalde de Zalamea.*—320. Juicio general de Calderón como poeta trágico.

315. El drama trágico profano, cultivado por todos los dramaturgos del siglo XVII, tiene también en Calderón su más ilustre representante. Son muchas las obras de esta clase que escribió nuestro poeta; no todas de igual mérito, pero todas con alguna circunstancia digna de alabanza, y algunas de valor extraordinario. La pasión de los celos le dió asunto para cuatro dramas, siendo el más notable, por el carácter de su protagonista y por la pavorosa grandeza del asunto, el que lleva por título *El mayor monstruo los celos* ó el *Tetrarca de*

Jerusalén. En esta obra de Calderón, la pasión de los celos se presenta sombría y gigantesca como en ninguna otra; y si el plan y el desarrollo de la acción correspondieran siempre á la magnitud del asunto, sería, sin duda ninguna, el primer drama en su género. He aquí el argumento en breves palabras: «Herodes, tetrarca de Jerusalén, ama entrañablemente á su esposa Mariene, que le corresponde con fidelidad y ternura. Ningún motivo de disgusto, ni menos de celos, turba la paz de los esposos, hasta que, preso el Tetrarca en poder de Octavio, señor de Roma, sabe que éste se ha prendado de un retrato de Mariene, sin conocer á aquella mujer, y creyendo, por lo que le han dicho, que había muerto. Pero Octavio va á ir á Jerusalén, y allí verá á Mariene viva, mientras su esposo está en cautividad y no podrá defenderla contra los halagos, las asechanzas ó el poder del señor del mundo. En esta angustiosa situación, el Tetrarca siente nacer en su pecho el horrible monstruo de los celos, que le enloquecen, hasta el punto de mandar á un fiel amigo que dé en secreto la muerte á su inocente esposa. La orden fatal no se cumple, y Herodes obtiene la libertad, pudiendo ver por sus propios ojos que Octavio, en efecto, tiene amor á Mariene, la cual, en una escena nocturna, es, al cabo, víctima del puñal de su marido, que le dirigió contra Octavio».

Hay en esta obra lunares de ejecución y defectos de estilo y lenguaje; pero toda ella tiene un interés extraordinario desde el primer momento en que Mariene dice á su esposo amante que ha soñado que moriría por su propio puñal, á manos de un monstruo terrible. Herodes quiere tranquilizar á su esposa, y arroja por la ventana la daga, que queda clavada en un hombre; por lo cual el Tetrarca la recoge, considerando que hay en ella presagios funestos, y que en ninguna parte estará mejor que en su cinto, si de ella ha de depender la vida de Mariene. Desde este instante, parece que está suspendida la muerte sobre la amante esposa del Tetrarca; y el sucesivo desarrollo de los sucesos hace cada vez más íntimo y amargo este sentimiento, resultando toda la acción sobremanera terrible y patética.

316. Se ha discutido sobre el mérito de esta obra en comparación con el *Otelo* de Shakespeare; y, resumiendo, puede decirse que Shakespeare vence á Calderón en la pintura de los caracteres y en la expresión de los afectos; pero que la concepción calderoniana es muy superior, por cuanto los celos en el drama shakespeariano son de los que pueden llamarse vulgares y ordinarios, dado que Otelo es negro y su esposa una hermosísima veneciana, de quien podrá creer en el desamor, aun sin tener las aparentes pruebas de infidelidad que tenía; mientras que el Tetrarca sacrifica sin motivo una esposa tan inocente y amante como Desdémona. Y á pesar de que en tal sentido el Tetrarca parece realmente un monstruo, es más bien un desgraciado que inspira lástima, por ser muy verdadera y muy humana su terrible pasión.

317. *El médico de su honra* es otro de los dramas de Calderón, ocasionado por los celos. En él pinta á un noble, D. Gutierre, que, teniendo motivo para sospechar de su esposa, aunque no es criminal y sí sólo imprudente y ligera, la sacrifica para curar su honor enfermo, como dice, ya que no puede castigar al ofensor, que es el príncipe D. Enrique, hermano del rey D. Pedro de Castilla. D. Gutierre es un gran carácter, aunque más idólatra de su honor que amante de su esposa; y toda su terrible energía está admirablemente expresada en la breve carta que deja sobre la mesa á su esposa para que la lea antes de morir: «El amor te adora, el honor te aborrece; y así, el uno te mata, y el otro te avisa; dos horas tienes de vida: cristiana eres; salva el alma, que la vida es imposible».

—En el drama titulado *A secreto agravio, secreta venganza,* también pinta Calderón los efectos de los celos, siendo el protagonista un hidalgo portugués, D. Lope de Almeida, que, ofendido de su esposa Leonor, disimula su agravio y aguarda la ocasión propicia para vengarse terriblemente, sin dar á conocer sus sentimientos, con el fin de que sea secreta la venganza, como secreto había sido el agravio. El medio de que se vale es invitar á su ofensor á un paseo marítimo, donde le da muerte, arrojándole al mar; y después mata á su esposa

y pega fuego á su casa, con el fin de que se crea que ha perecido en el incendio.

318. Por estas breves consideraciones, se ve que los celos en el teatro calderoniano son dominadores y crueles, sin perdonar nunca, teniendo además la circunstancia de ser antes celos de honor que de amor, excepto en el Tetrarca. Y no es que dejen de amar á sus mujeres los maridos celosos en el teatro de Calderón; pero más que la pena de perder el amor de su esposa, sienten el agravio que se hace á su buena fama y á su decoro. Se creen deshonrados, en una palabra; y á esa verdadera divinidad del honor lo posponen y lo sacrifican todo. Así lo pedía la condición de los tiempos, y así era el carácter de nuestros mayores, que llegaban por el honor á olvidar sus cristianas creencias y á cometer sangrientos delitos. Es falta que no puede excusarse enteramente, pero que tiene su explicación disculpable en la santidad del vínculo conyugal, que no puede ser ofendido en lo más mínimo sin ocasionar desdichas y catástrofes. Malo y todo como es el espíritu de venganza de los galanes de Calderón, quizá fuera peor y seguramente de más funestas consecuencias en la sociedad, el pintarlos envilecidos ó complacientes, cosa propia de pueblos degradados y corrompidos.

319. De otros asuntos hizo Calderón muchos dramas trágicos, algunos notabilísimos, y uno de ellos obra maestra de su teatro. Nos referimos á *El alcalde de Zalamea* [1], joya incomparable de nuestra rica literatura. Pedro Crespo, honrado labrador de Zalamea, vive en paz con un hijo y una hija; y, precisado á recibir en alojamiento á algunos soldados de los tercios reales que van á la conquista de Portugal, tócale en suerte el capitán D. Álvaro de Ataide. El aldeano ordena que su hija viva en habitaciones retiradas para que no sea vista de los soldados; la ven, sin embargo, y el capitán, prendado de su hermosura, la roba violentamente de los brazos de su mismo padre, y atropella su honor en la soledad

[1] El asunto está tomado de un drama de Lope de Vega, *El villano magistrado*, pero el argumento y el desarrollo de la acción en *El alcalde de Zalamea*, hace de esta obra un drama verdaderamente original.

de un monte. Cuando vuelve la joven desolada al pueblo, Pedro Crespo es elegido alcalde del lugar, y después de pedir, en vano, al forzador injusto que repare su falta volviendo por el honor de la doncella, le condena á muerte tras de juicio sumario, ejecutándose la sentencia á tiempo que se presenta el mismo rey, y éste, enterado de todo lo ocurrido, aprueba lo hecho por el noble Crespo, y le nombra alcalde perpetuo de Zalamea.

Esta obra se distingue entre las de Calderón por la abundancia y riqueza de los caracteres: el general D. Lope de Figueroa, que figura en la obra desde las primeras escenas, y que es un tipo acabado del militar adusto, enérgico y duro, pero caballeroso; el rey Felipe II, á pesar de intervenir solamente al final de la acción, y el admirable Pedro Crespo, son todas personas vivas y reales, tomadas de la misma naturaleza y de la sociedad española, que sienten, hablan y proceden siempre conforme á su condición y á los afectos que los dominan, formando un conjunto admirable, que hace de *El alcalde de Zalamea* una verdadera maravilla escénica. Sería no acabar, detenerse á referir todos los primores de forma y de ejecución que la avaloran. Baste, como muestra, el trozo en que pone por primera vez frente á frente á D. Lope de Figueroa y á Pedro Crespo:

CRESPO. Mil gracias, señor, os doy
Por la merced que me hicisteis
De excusarme la ocasión
De perderme.
DON LOPE. ¿Cómo habíais,
Decid, de perderos vos?
CRESPO. Dando muerte á quien pensara
Ni aun el agravio menor....
DON LOPE. ¿Sabéis, vive Dios, que es
Capitán?
CRESPO. Sí, vive Dios;
Y aunque fuera general,
En tocando á mi opinión,
Le matara.

Don Lope. Á quien tocara,
Ni aun al soldado menor,
Solo un pelo de la ropa,
¡Viven los cielos!, que yo
Le ahorcara.
Crespo. Á quien se atreviera
Á un átomo de mi honor,
¡Viven los cielos, también!,
Que también le ahorcara yo.
Don Lope. ¿Sabéis que estáis obligado
Á sufrir, por ser quien sois,
Estas cargas?
Crespo. Con mi hacienda;
Pero con mi fama no.
Al rey la hacienda y la vida
Se ha de dar; pero el honor
Es patrimonio del alma,
Y el alma sólo es de Dios.
Don Lope. ¡Vive Cristo, que parece,
Que vais teniendo razón!
Crespo. Sí, ¡vive Cristo!, porque
Siempre la he tenido yo.
Don Lope. Yo vengo cansado, y esta
Pierna que el diablo me dió,
Ha menester descansar.
Crespo. Pues, ¿quién os dice que no?
Ahí me dió el diablo una cama,
Y servirá para vos.
Don Lope. ¿Y dióla hecha el diablo?
Crespo. Sí.
Don Lope. Pues á deshacerla voy;
Que estoy, ¡voto á Dios!, cansado.
Crespo. Pues descansad, ¡voto á Dios!
Don Lope. *(Aparte.)* Testarudo es el villano:
Tan bien jura como yo.
Crespo. *(Aparte.)* Caprichudo es el Don Lope:
No haremos migas los dos.

Y al final de la obra, cuando Pedro Crespo, ya alcalde, da orden de prisión contra el Capitán y éste dice que le traten con respeto, replica el Alcalde:

«Con respeto le llevad
Á las casas, en efeto,
Del concejo; y con respeto
Un par de grillos le echad
Y una cadena; y tened,
Con respeto, gran cuidado
Que no hable á ningún soldado:
Y á esos dos, también poned
En la cárcel; que es razón,
Y aparte, porque después,
Con respeto, á todos tres,
Les tomen la confesión;
Y aquí para entre los dos,
Si hallo harto paño, en efeto,
Con muchísimo respeto
Os he de ahorcar, ¡juro á Dios!»

Tiene *El alcalde de Zalamea* escabroso asunto, no puede negarse, y consiguientes riesgos; pero el fin es moral, porque no es el acto de Pedro Crespo la venganza de un particular, sino la justicia de un magistrado. Brinda primero con la paz á su ofensor, y sólo cuando pierde toda esperanza se resuelve á proceder contra el culpable. Su falta, como él mismo le dice al Rey, es de procedimiento, dado que no tiene atribuciones para condenar á muerte á un capitán de los tercios reales; pero el mismo Rey se ve forzado á reconocer que, en el fondo, su fallo fué justo, y que el delito merece la muerte, no importando que se equivocara en lo menos quien había acertado en lo más.

320. Muchas veces tienen los dramas trágicos de Calderón esta saludable tendencia: hay en ellos grandes delitos, pero, de ordinario, el culpable es castigado, y no se ve esa serie de horrores que forman el tejido del teatro griego y de muchos dramáticos modernos. Aparte de los dramas de carácter religioso como el *Mágico,* y otros que terminan, mediante el martirio, con el triunfo de la inocencia y de la virtud, en los mismos dramas profanos queda, la mayor parte de las veces, una expresión consoladora ó una enseñanza verdaderamente moral. El fatalismo, que del teatro pagano pasó á

las literaturas modernas, no tiene entrada en las obras de nuestro gran dramático, que jamás pinta el mal por mera complacencia, ni menos como prueba de que la vida es un conjunto de crímenes y desdichas sin ley alguna providencial que dirija ó castigue; así el suicidio, esa enormidad moral que tanto abunda en el teatro, no lo hay en el de Calderón, y si alguna vez lo presenta y da carácter fatalista á una obra, tiene buen cuidado de poner la acción entre gentiles, como ocurre en el *Tetrarca*. Por todo ello, Calderón merece la palma entre los dramáticos, que, si le superan, como queda dicho, en la expresión de los afectos y en la pintura de los caracteres, no le igualan en la elevación de ideas y en hermosos pensamientos; y en cuanto á los caracteres, si no fué siempre afortunado, los pinta magníficamente en ocasiones.

Además del mencionado Pedro Crespo, de *El alcalde de Zalamea*, y del incomparable Segismundo de *La vida es sueño*, hay muchos, desparramados en sus obras, que no tienen nada que envidiar á los mejores de otros teatros [1].

[1] En otro lugar dijimos: «Sin hablar de sus comedias, donde hay caracteres primorosos, sin hablar de sus autos, donde los hay tan vivos y enérgicos como el Cam y el Nemrot de *La torre de Babilonia*, sin hablar del admirable Segismundo de *La vida es sueño*, y limitándonos á sus dramas religiosos y trágicos; si queréis caracteres, ahí tenéis al Príncipe constante, que lo es muy hermoso y muy sostenido; ahí está el mismo Cipriano del *Mágico prodigioso*, sediento de ciencia, impresionado por una hermosura, ciegamente enamorado luego de ella, hasta el punto de dar su alma por conseguir su amor; ahí está el Eusebio de *La devoción de la Cruz*, apasionado y fogoso, que llega á presentarse ante la mujer á cuyo hermano acaba de dar muerte, y á escalar el convento donde ella vive retirada; ahí está el Ludovico del *Purgatorio de San Patricio*, con rasgos más enérgicos y poderosos que los del *Burlador de Sevilla*, de Tirso, ó el *Don Félix de Montemar*, de Espronceda; ahí tenéis á Decio, y sobre todo á Aureliano, tipo magistral del ambicioso en la *Gran Cenobia*; ahí tenéis á *Luis Pérez el gallego*, que no reconoce superior en su género; ahí tenéis al D. Lope de Urrea, de las *Tres justicias en una*, del cual pudo muy bien aprovecharse Schiller para el Carlos de los *Bandidos*; ahí está el Tuzani de *Amar después de la muerte*; ahí está Semíramis en la primera parte, y todo el princi-

LECCIÓN L

APOGEO DEL TEATRO ESPAÑOL (CONTINUACIÓN).

321. Comedias de Calderón: sus clases.—322. Primacía de Calderón entre los poetas cómico-dramáticos: caracteres de sus comedias.—323. Sus damas y galanes.—324. El gracioso: Importancia y significación de este personaje.—325. Mención y examen de las principales comedias calderonianas: *La Dama duende*, *Casa con dos puertas*, etc.—326. Otras obras de Calderón.

321. Si grande es Calderón como poeta trágico y filosófico, no lo es menos como autor de comedias, en cuanto el asunto de éstas, nunca tan importante y trascendental, lo consiente. Las comedias de Calderón, aunque de muy distintos géneros, son, casi siempre, de costumbres, ó de capa y espada y enredo; y algunos, como queda dicho en otro lugar, las han dividido en *palaciegas*, *caballerescas*, *mitológicas*, etc.; pero aun las mitológicas tienen el carácter de comedias de enredo y de costumbres españolas; y mucho más las palaciegas; pudiendo, por tanto, reducirse en cierto

pio de la segunda, de *La hija del aire;* ahí están D. Lope de Figueroa y Pedro Crespo en *El alcalde de Zalamea.*

»No acertó Calderón á conducir bien la trama de *La hija del aire;* pero aquella mujer, criada por su viejo protector en una cueva, sin ver más que el campo, que, amada por un magnate y general poderosísimo, le desdeña en el momento de oir al monarca, y que, al verlas por primera vez, encuentra mezquinas para ella las pompas del trono y las grandezas de Babilonia; aquella Semíramis, que va con seguridad y altivez á la batalla, sin terminar su tocado, es un tipo gigantesco, ante quien palidece la Catalina Howard de Dumas, despreciando criminal al duque de Dierman para subir al tálamo de Enrique VIII, etc.»

modo á las dichas comedias de costumbres y de enredo casi todo el teatro cómico de nuestro ingenio.

322. Así considerado, no puede negarse á Calderón la primacía en la escena cómica, llegando en él á su apogeo la comedia de capa y espada. Lope de Vega merece grandísima alabanza por haber sido el creador de esta comedia, culta y urbana, tan distinta de la cultivada en los demás pueblos, y especialmente en las literaturas clásicas. Grande mérito tienen también las comedias de Tirso, por la sal y vis cómica en que abundan, bien que afeadas, como queda dicho, por la excesiva libertad del lenguaje y de las situaciones. Mucho hay que celebrar en Alarcón como verdadero creador y fundador de nuestra comedia filosófica y de carácter; y así cada uno de nuestros dramaturgos tiene algunas cualidades distintivas y eminentes.

Si hemos de buscar la de Calderón en su teatro cómico, la hallamos en ser dechado de comedia culta, decorosa y modelo inimitable de caballerosidad y de cortesía. Calderón no ve para sus obras otro país que España, y á España refiere siempre la acción ó las costumbres que pinta, aunque se trate de países ó de tiempos remotos. Y su España no es la España real y verdadera, pero tampoco un país imaginario y fantástico, según dicen Sismondi y otros críticos: es la España idealizada y embellecida del siglo XVII; de la cual toma los elementos reales que necesita para sus fábulas y caracteres, transformándolo y hermoseándolo todo con su fecunda fantasía. No se propone, ciertamente, copiar con exactitud las costumbres de nuestros mayores; y, antes por el contrario, suprime sistemáticamente en sus obras todas aquellas cosas que el respeto impedía llevar á la escena en asunto de regocijo y diversión. Por eso nunca se ve en las comedias calderonianas ni una madre, ni un religioso; sin duda para que la santidad del hogar y la gravedad del sagrado ministerio no sufrieran el menor detrimento, mezclados entre las galantes aventuras que constituyen el nudo de todo aquel teatro cómico. Estas aventuras galantes tienen siempre un fondo común que, á primera vista, parece había de producir monotonía en las comedias calderonianas;

porque, en efecto, siempre se trata de una joven sujeta á su padre ó á su hermano, celosos guardadores del honor de la casa, y requerida por dos ó más galanes, siendo uno el preferido, ocasionándose de aquí, celos, desafíos y escondites, que terminan con la boda de los amantes; pero, con ser así las comedias, con ser parecidísimos los caracteres de damas y galanes, con haber siempre en ella una acción secundaria representada por el gracioso y la criada, resultan, sin embargo, tan amenas, tan entretenidas, tan variadas, que encantan y sorprenden la facilidad y la invectiva del poeta. Si no pareciera impropia la comparación, diríamos de las comedias calderonianas lo que dicen los jugadores del ajedrez y del tresillo: que siendo siempre unos mismos los elementos del juego y el movimiento de las figuras, no hay dos juegos iguales. Así sucede en las comedias de Calderón; los lances tienen una variedad extraordinaria, y los incidentes más parecidos resultan muy distintos por alguna circunstancia que entretiene ó sorprende. El desenlace, que siempre es previsto, resulta, de hecho, imprevisto en la fábula, por el arte y facilidad con que está conducida. Hay que añadir á esto, que los planes de las comedias calderonianas son regulares y ordenados; que el interés se despierta vivo en la primera escena, y no decae un momento hasta el fin de la obra, y que la versificación es siempre fluida, galana, armoniosa, con muchos menos defectos de afectación ó culteranismo que en los dramas.

323. En cuanto á la moralidad y al decoro de estas comedias, no hay tampoco sino palabras de alabanza, siendo incomparable modelo de buen gusto. Claro es que se trata de aventuras amorosas, y esto ocasiona perpetuas riñas, no ya según la costumbre de la época, sino según el sistema convencional del teatro, porque no eran ni podían ser tan abundantes ni tan impunes los duelos como aparecen en la escena; pero, aparte de esto, que distingue ciertamente las comedias de Calderón de un libro devoto, no hay en teatro alguno, ni en autor español ó extranjero, comedias tan pulcras y decentes, y en que tanto se ensalcen y preconicen ciertas virtudes cívicas. Prescindiendo del puntillo de honor que hace duelistas á los

galanes, son siempre caballeros, corteses, comedidos; ninguno de ellos atenta al honor de su dama, ni se permite la menor libertad en su presencia. Carece por completo el teatro de Calderón de las escenas de seducción ó liviandad que afean las obras de otros ingenios, y, además, el culto del honor, el respeto á la palabra empeñada, la fidelidad á la promesa hecha al mayor enemigo, la hospitalidad y el amparo que se concede al hombre de quien se ha recibido el mayor agravio y aun el daño más sangriento, son méritos comunes y corrientes en el teatro calderoniano, que, por otra parte, si presenta las mujeres algún tanto andariegas y libres, jamás las pinta livianas y menos infames ó corrompidas. La mujer, en efecto, es en las comedias de Calderón algo atrevida; pero con el honrado fin de tener un esposo digno de ella, y es siempre discreta, generosa y amante, sin el sentimentalismo y apasionamiento con que se presenta en otros teatros, para caer fácilmente en los mayores deslices.

324. Al lado de damas y galanes, ocupa importante lugar el gracioso, que lo es verdaderamente, y mucho, en casi todas las comedias de Calderón. El gracioso suele ser embustero, cobarde, socarrón, pero ingeniosísimo y agudo, y fiel hasta el heroismo á su amo. Como hemos dicho en otro lugar [1], está en las comedias para recordar la realidad de la vida, y evitar que los personajes y el espectador se pierdan en los vacíos de un exagerado idealismo. «Este es, hemos dicho, el papel importante y profundamente filosófico del gracioso en nuestro teatro, y singularmente en Calderón. No es el parásito pagano, ni el bufón más ó menos chistoso que divierte á costa de la honra ó de la fama del prójimo: es el representante de nuestra flaca y necesitada naturaleza: es el hombre de la realidad, que modera los vuelos de la fantasía del caballero: es el Sancho que refrena los ímpetus de Don Quijote. No se ha comprendido ni fijado bien este carácter de nuestro gracioso, viéndose más la inoportunidad de su presencia en muchas ocasiones. Cierto es que se abusó de él, y

[1] *Calderón: Estudio crítico.*

que el público lo exigía tanto, que le vemos hasta en los *Autos Sacramentales.* Pero quede consignado que, como creación, el gracioso del teatro español tiene un alto sentido, y era conveniente en un pueblo que vivía entre tantos idealismos. Así se buscaba, así se debe buscar siempre el equilibrio y el contrapeso; no enfangarse en la realidad, volar alto, suspirar por la belleza y el bien; pero no perderse en funestas vaguedades idealistas, que producen vacíos desesperadores en el alma, olvidando que ahora vivimos en el mundo de lo limitado y de lo imperfecto, en el mundo de la lucha y de la prueba.»

325. Siendo muchas las comedias notables de nuestro poeta, es difícil elegir, porque en casi todas hay escenas ó caracteres bellísimos, y en gran parte de ellas se equilibran ó igualan los méritos. Conocidas son *La dama duende; Casa con dos puertas mala es de guardar; Peor está que estaba, Mejor está que estaba, El secreto á voces, El escondido y la tapada, El astrólogo fingido, Mañanas de Abril y Mayo*, etc., etc.

Con razón se admiran los críticos de que con una puerta oculta por un armario haya tenido Calderón bastante para hacer la entretenidísima comedia *La dama duende.* Es doña Ángela, viuda jóven que vive retirada. Viniendo á su casa, pide á un caballero que encuentra, D. Manuel, que la libre de un hombre que la sigue. D. Manuel, sin conocerla, jura cumplirlo como caballero, y cierra el paso al seguidor de doña Ángela, que no era otro que su hermano D. Luis. Cuando están riñendo llega un tercer hermano de D. Luis y doña Ángela, pero amigo de D. Manuel, y cesando el duelo, se llevan á éste á su casa, hospedándole en un cuarto que, por una alacena, comunica con el de Ángela. Ella sólo sabe el secreto, y con su criada, por diversión, entra y sale, pone y quita cosas de la mesa del huésped, despertando gran curiosidad en éste y cómicos asombros en su criado, siendo al fin descubierta, y dándole su mano.

—Más complicada es la acción de *Casa con dos puertas,* siendo difícil entender y recordar todos los incidentes, aunque son por demás naturales y sencillos. Lisardo, que viene de

Flandes, se hospeda por D. Félix en su casa, donde vive retirada su hermana Marcela. Ésta, sin decir quién es, se entiende con Lisardo en la calle y en casa de su amiga Laura, novia de D. Félix, su hermano. En una ocasión en que viene el padre de Laura acompañando á Marcela á su casa, tiene que esconderse Lisardo para no ser visto de él, y llega don Félix, que va á ver á Laura, se encuentra en la misma precisión, y al ver á otro hombre escondido siente celos. Lisardo piensa si su dama será la de su amigo, y quiere marcharse; Marcela trata de estorbarlo, y Laura viene á tener una explicación con D. Félix; pero cuando va á enterarlo de lo ocurrido, Marcela, tapada, sale, y se marcha con el intento de que quede en la duda; Laura, en efecto, piensa que Félix tiene otra dama. Así embrollada la acción, Marcela va á casa de Laura, y ésta la sigue; Lisardo, con Félix, va á ver á Marcela, creyendo Félix que se trata de Laura, y más cuando Lisardo viene con ella tapada y peleando, dándola á Félix para que la ponga en salvo. La lleva Félix á su casa creyendo que es Laura, y como ésta estaba realmente allí, se afirma en su creencia y en sus celos, y más al mandar traer una luz y hallar á Laura y no á Marcela, que se escabulle. Laura entonces se dispone á hablar claro, y, presente Marcela, se verifican las dos bodas.

—En *Peor está que estaba,* el enredo es también grandísimo. César, á consecuencia de un desafío con un hombre que ha visto en el jardín de Flerida, su amada, tiene que huir. Huye también ella para buscarle, y creyendo su padre que están juntos, escribe al gobernador de Gaeta, cuya hija Lisarda andaba ya á la sazón en citas con César que vivía oculto. Creyendo que es Flerida, prende el padre de Lisarda á ésta con César, enviándolos á su casa, donde estaba realmente Flerida que había venido á ampararse de Lisarda. Hay un D. Juan amigo de César y prometido de Lisarda y hospedado en casa de ésta; ocasionándose una multitud de escondites, citas y equivocaciones, que ponen en grandísimo aprieto á los personajes, hasta que, descubierto todo, se hacen las dos bodas.

—De menos regularidad y complicación en los sucesos, pero

grandemente entretenida y cómica, es la obra titulada *El astrólogo fingido*, y toma el nombre de que un caballero, don Diego, había sabido que su amada doña María correspondía á su rival D. Juan, que había tenido con ella una cita; y su criado Morón, que lo había sabido por una criada de la señora, para disculpar á ésta y librarla del castigo, dice á doña María que á D. Diego nadie le había dado noticia, sino que él lo sabía y adivinaba todo por ser astrólogo. El padre de doña María, hombre crédulo y necio, se entusiasma con el supuesto arte de D. Diego; y, corriendo por Madrid la fama de su extraña habilidad, D. Diego hace uso de ella en varias ocasiones, y con el intento de vencer á su rival y casarle con otra dama á quien había servido y acertado en sus predicciones mediante los buenos oficios de su ingeniosísimo criado. En esta comedia se burla donosamente Calderón de la credulidad supersticiosa, mediante escenas graciosísimas llenas de frases y conceptos agudos. Notable es el final de la primera jornada, en que pinta admirablemente el poeta lo mal que saben los hombres guardar un secreto y con qué facilidad se apodera la maledicencia de cualquier circunstancia, divulgándola y exagerándola para manchar y rebajar ajenas reputaciones: Beatriz, criada de doña María, revela á Morón, *muy en secreto*, que su ama ha tenido una cita nocturna en su jardín con D. Juan; y Morón se lo cuenta, *muy en secreto*, á su amo, y éste á un amigo, y aquél á otro, añadiendo todos sucesivamente más tiempo del verdadero á las relaciones de D. Juan y de doña María; diciendo uno que llevaban un año, otro que dos, otro añade hasta tres y el último dice que tres y medio.

D. DIEGO. Á que se fuese esperaba,
Á tus acciones atento,
Por sólo hacer á los ojos
Adivinos del suceso.
¿Qué tienes? ¿Qué ha sucedido?
¿Qué te dijo? ¿Qué hay de nuevo?
MORÓN. Beatriz, ya pruebo á callar;
Mas, ¡vive Dios!, que no puedo.—
Señor; gran mal hay.

D. Diego. ¿Pues cómo?
¿Qué ha sucedido? ¿Qué es esto?
Morón. No te lo puedo decir,
Y por decirlo reviento;
Que aunque el secreto sea tanto,
Yo no aguardo á tan secreto.
Aquí, para entre los dos,
Aquel pobre caballero,
Don Juan de Medrano; aquel
Que apenas te daba celos;
Aquel que dijo que á Flandes
Iba, y se quedó encubierto
En la corte, y en la casa
De Don Carlos de Toledo,
Es llamado y escogido:
No puedo decir que un lienzo,
Puesto en la reja de noche,
Es señal que está diciendo
Que entre en el portal, adonde
Le espera Beatriz; y luego,
Por una pequeña puerta
De un patio, que sale á un huerto,
Entra hasta una reja baja,
Que allí cae, del aposento
De doña María de Ayala,
Que parlan hasta el lucero,
Debe de haber más de un año.
D. Diego. No digas más, calla. Cielos,
Alguno creerá que son
Tales las penas que siento,
Que la menor viene á ser
En mi desdicha los celos.
No siento que á Don Juan quiera
Y le admita; sólo siento
Que hiciese soberbiamente
De mí, tan loco desprecio.
Si cuerdamente culpara
Mi atrevido pensamiento,
Y con cortés bizarría
Castigara mis deseos,
Yo callara, yo sufriera;

Pero con tantos extremos
De honrosas estimaciones,
De arrogantes devaneos,
De soberbias altiveces,
Ni sufrir ni callar puedo.

MORÓN. Don Antonio es éste.

D. DIEGO. Mira
Si sale á misa, que quiero
Irla siguiendo á la iglesia.

MORÓN. ¿Pues qué piensas hacer?

D. DIEGO. Pienso
Sin darme por entendido,
Volver á mi amor primero,
Y llegar á hablarla ahora
Con mayor atrevimiento;
Que á mujer de quien se sabe
Alguna flaqueza, es cierto
Que llega á hablarla el galán
Sin aquel cortés respeto
Que antes tuvo; porque piensa,
Teniendo su honor en menos,
Que el favor que al otro hizo
Se le debe de derecho.

MORÓN. Aquí volveré á buscarte.

D. ANT. Bésoos las manos, Don Diego.

D. DIEGO Yo las vuestras.

D. ANT. ¿Qué tenéis
Que estáis tan triste y suspenso?

D. DIEGO No sé qué tengo.

D. ANT. Mal hice
En preguntároslo, viendo
Esta calle y estas rejas:
¿Hay algo, amigo, de nuevo?

D. DIEGO Muchas cosas.

D. ANT. ¿Pues qué son?

D. DIEGO Dejadme, porque no puedo
Decirlas.

D. ANT. ¿Pues á mí?

D. DIEGO Á vos
Las dijera, si el secreto
No viniera encomendado.

D. ANT. Muy secreto está en mi pecho,
Y el no decírmelo, ya
Será ofensa, y, ¡vive el cielo!,
De no hablaros en mi vida.

D. DIEGO Pues, Don Antonio, es aquesto,
Aquí pàra entre los dos.

D. ANT. Decid, que yo lo prometo.

D. DIEGO Que aquel Don Juan de Medrano
No fué á Flandes, como dieron
Muestras, plumas y colores,
Pues se ha quedado encubierto
En casa de vuestro amigo
Don Carlos; la causa desto
Ha sido, porque ha dos años
Que con muy grande silencio
Entra embozado en la casa
De doña María; no puedo
Pasar de aquí.

D. ANT. Yo sabré
Si aquesto es verdad muy presto,
Que Don Carlos viene allí
Y él me lo dirá.

D. DIEGO. Yo espero
Á esta parte retirado.

D. ANT. Don Carlos, buscándoos vengo
Para un negocio importante.

D. CARL. ¿Qué mandáis?

D. ANT. ¿Sabéis si es cierto,
Y esto para entre los dos,
Porque me importa el saberlo,
Si está Don Juan de Medrano
En vuestra casa encubierto,
Y que habrá más de tres años
Que con muy grande secreto
Entra á hablar todas las noches
En el nocturno silencio
A doña María de Ayala?

D. CARL. Miren por adónde llego
Á saber quién estorbó
Su partida. Aunque no tengo
Licencia para decirlo,

Con vos no se entiende eso;
Y aquí, para entre los dos,
Cuanto habéis pensado es cierto:
Que no se fué; que quedó
En mi casa; y que encubierto
Entra en su casa; esto habrá
Más de tres años y medio.

D. Ant. Idos con Dios.

D. Carl. Él os guarde....

326. Si hubiéramos de mencionar, siquiera brevemente, las grandes bellezas que contienen las comedias calderonianas, el trabajo sería interminable: baste añadir á lo ya dicho que el fecundo poeta escribió, según se ha indicado ya, además de las comedias de enredo y capa y espada, que son las mejores, varias mitológicas como *Ni amor se libra de amor*, que es la fábula de Psiquis y Cupido; *El mayor encanto amor*, relativa á la aventura de Circe y Ulises, *La estatua de Prometeo, Apolo y Climene* y otras. Algunas de tramoya y de caballería como *La Puente de Mantible*, *El castillo de Lindabridés*, y *Hado y divisa de Leondo y Marfisa*; y zarzuelas y óperas con nombre genérico de *fiestas cantadas*, entre ellas *Eco y Narciso*, *El golfo de las sirenas*, *El laurel de Apolo* y *La púrpura de la rosa*, *Celos aun del aire matan*. Asimismo compuso algunas del género grotesco, como *Céfalo y Pocris*; y hasta cien entremeses ó sainetes, según su biógrafo Vera Tasis, de los cuales se conservan diez, y algunas mojigangas ó jácaras.

Los autos sacramentales exigen capítulo aparte.

LECCION LI

DRAMÁTICOS DE SEGUNDO Y TERCER ORDEN.

327. Gran número de autores dramáticos.—328. Noticia de los principales: Solís.—329. Cubillo.—330. Fragoso.—331. Ramírez de Arellano. 332. Los Figueroas y otros.—333. Grandes señales de decadencia: Diamante.—334. Sor Juana Inés de la Cruz y doña Ana Caro.—335. ¿Son del Rey las comedias de *Un ingenio de esta corte?*—336. Candamo: impulso que éste dió á la zarzuela.—337. Entremesistas.—338. Consideraciones generales sobre la caída del teatro.—339. Testimonio de los extranjeros en favor del teatro español.

327. Fué tan extraordinario el número de poetas y de producciones teatrales en el siglo XVI, y sobre todo en el siglo XVII, que, según se dice, pasaban de 30,000 las obras escritas al principiar el siglo XVIII; y en el período calderoniano solamente hay más de 280 autores que hicieron 4,500 comedias.

La afición del Rey y de los magnates al teatro, y la pasión que por esta clase de fiestas tuvo el pueblo español, apenas bastan á explicar tan singular fenómeno. Aun siendo posible, no sería provechoso detenerse á mencionar siquiera tanto autor dramático; porque después de los grandes ingenios ya citados, no hay uno que pueda figurar dignamente entre ellos, ni una obra que merezca grande alabanza. En otras literaturas, podían tener cierto derecho á los honores de la posteridad muchos de nuestros dramáticos de segundo y tercer orden; pero en el riquísimo teatro español puede decirse que no lo tienen, y sus obras sólo llegan á noticia de los eruditos, sin poder aspirar á mayor lauro; porque, en efecto, aun las mejores, no tienen nada que no esté presentado, y con más originalidad y

belleza, en las obras de los grandes ingenios que honraron nuestra escena.

Los contemporáneos de Calderón son imitadores de éste y de Lope de Vega, careciendo de sus grandes dotes; por lo cual en sus obras abundan y se agravan los defectos, y disminuyen y palidecen las perfecciones. Los argumentos, cuando no son repetidos ó tomados de los grandes maestros, suelen tener mayor inverosimilitud: los caracteres están ya peor dibujados, el plan es más irregular, y el lenguaje más hinchado, gongorino ó prosaico.

328. No sería justo, sin embargo, condenar á perpetuo olvido á algunos de estos ingenios; y para memoria de sus talentos dramáticos, citaremos brevemente los más distinguidos. Es uno de ellos D. Antonio Solís, el autor de la hermosísima *Historia de la conquista de Méjico* [1], del cual, quedan nueve comedias auténticas, siendo la mejor la intitulada *Amor al uso*, que tradujo al francés Scarron, con el nombre de *L'amour à la mode*. Martínez de la Rosa dice de esta obra que tiene asegurado su éxito mientras rija la moda de amar poco y ponderar mucho; y otros varios críticos hacen también de ella grandes elogios, que no son del todo inmerecidos. El *Amor al uso* es una comedia de enredo y de carácter, y pinta un D. Gaspar que galantea á tres damas á un tiempo y ellas, sobre todo una, admiten á su vez los obsequios de varios galanes. Está realmente escrita con gracia, y tiene complicación en los incidentes, resultando las bodas al final por encontrarse juntos damas y galanes, sorprendidos por los padres ó hermanos de ellas. *El alcázar secreto* es también de enredo, y descubre, aún más que la anterior, la imitación de Calderón. Las otras obras de Solís son inferiores, aunque algunas, como *Un bobo hace ciento*, aparte de sus inverosi-

[1] Nació en Alcalá, en 18 de Julio de 1610, dedicándose á la literatura desde muy jóven. Á los diez y siete años, escribió la comedia *Amor y obligación*, que tuvo gran éxito; fué secretario del conde de Oropesa y luego del Rey, desempeñando otros cargos públicos; como tantos otros ingenios de su tiempo abrazó el estado sacerdotal, muriendo en 1686.

militudes, es graciosísima y muy entretenida. En otras del género heroico, como *Eurídice y Orfeo*, ni el argumento, ni el estilo, recargadísimo de metáforas y de retruécanos, tienen nada que alabar [1].

329. D. Álvaro Cubillo de Aragón fué autor de cien comedias, de las que imprimió diez en 1654. Las heroicas son muy embrolladas y desiguales, pecando además el estilo de culterano: en la titulada el *Conde de Saldaña* hay un diálogo bueno entre Aben-Jusuf y Bernardo del Carpio, donde está aquella frase que se ha hecho famosa «¡Ay de ti si al Carpio vienes! ¡Ay de ti si al Carpio voy!» En el género cómico sus comedias más conocidas son *El invisible príncipe del baúl* y *Las muñecas de Marcela:* Marcela esconde en su casa á un joven que ha matado á un primo suyo en desafío, y se enamora de él; le encierra en el cuarto de sus muñecas, y así va á verle sin suscitar recelos: al fin se descubre, y se casa, y un hermano de ella con una hermana de él. Aunque esta obra quiere parecerse á las de Calderón, dista mucho de la regularidad y gracia que tienen las del gran poeta, habiendo en ella escenas inverosímiles y de muy mal gusto, como una en que traen al hermano de Marcela un niño, que ha tenido de la hermana del escondido, y se lo dan á éste.

330. Lo propio puede decirse de D. Juan de Matos Fragoso, portugués y elegido caballero de la Orden de Cristo, que estudió en Évora, y avecindado en Madrid, murió anciano en 1692. No le falta imaginación y vena poética, pero también es desigual y culterano, y rara vez acierta á conducir ordenamente una fábula. La más conocida de sus obras es la titulada *Lorenzo me llamo y carbonero de Toledo;* pero aunque el carácter del Lorenzo está bien pintado, la acción es un tanto extravagante. Lorenzo es un carbonero que se enamora de una dama principal, pidiéndola un plazo de tres años, que ella le concede, para merecerla; va á Flandes, hace proezas, y se

[1] Las otras comedias de Solís, son *El pastor Fido*, en colaboración con Calderón y Coello, *El mayor triunfo de Julio César*, *La firme lealtad*, *La más dichosa venganza*, y *La gitanilla de Madrid*, cuyo argumento está tomado de la novela de Cervantes.

casa con ella, que también había ido á Flandes.—*El sabio en su retiro* es otra comedia estimable de Matos.

331. De D. Francisco de Leiva Ramírez de Arellano hay escasas noticias, y tiene algunas obras que no carecen de mérito. La mejor es el *Socorro de los mantos*, ingeniosa y de intriga, á la manera de las de Calderón. Se trata de mujeres que, encontrándolas sus hermanos con sus galanes y éstos con otras, salen del apuro cubriéndose la cara con el manto, y haciendo creer en distintas ocasiones que no son ellas. *Cuando no se aguarda* y *Príncipe tonto* es una comedia de Leiva, de figurón ó caricatura, que sería de las mejores de su género si no la afeara el lenguaje culterano. El príncipe tonto va á casarse; su hermano quiere á la misma mujer; y luego resulta que el tonto no es príncipe, sino el hijo de la nodriza, que le había hecho pasar por tal. Esta comedia fué imitada por Moreto en la titulada *La fuerza del natural*. Al lado de ésta tiene Leiva algunas malísimas, como la titulada *La dama presidente* y *No hay contra un padre razón*, producto ambas de un estado de verdadera decadencia en el teatro: en la primera hay una dama literata que desdeña y aborrece á los hombres, é inmediatamente se entrega á un aventurero; y viéndose burlada, se disfraza de hombre y llega á presidente ó magistrado en Florencia, donde condena en juicio á su amante que niega su falta; pero ella se descubre, le hace confesar, y se casa. En la segunda hay un soberano de Grecia, que procura envenenar á su primogénito con el fin de que le suceda el hijo segundo, y es toda ella muy embrollada.

332. D. Diego y D. José de Figueroa, D. Antonio Martínez Meneses, Villaviciosa, Avellaneda, Salazar, Enríquez Gómez Zárate, D. Juan Vélez de Guevara, D. Jerónimo de Cuéllar, D. Cristóbal de Monroy, y D. Francisco Monteser y otros muchos, han logrado entre los poetas del siglo XVII que sus obras sean mencionadas y reproducidas en la *Biblioteca de autores españoles* [1]. Pero, como dijimos al principio, ninguno

[1] Véase los tomos: Dramáticos posteriores á Lope de Vega.

de ellos tiene una obra de verdadero mérito, porque la titulada *Todo es enredos amor y diablo son las mujeres*, que es muy entretenida, y de la cual se aprovechó el autor del *Gil Blas,* aunque se ha atribuido á los Figueroas, parece de Moreto, según sostiene con muy buenas razones el Sr. D. Luis Fernández-Guerra. Esta comedia y la titulada *Cuantas veo tantas quiero,* de Villaviciosa y Avellaneda, son las mejores entre todas las producidas por los poetas aquí mencionados.

333. La decadencia se va marcando cada vez más, y la representa D. Juan Bautista Diamante. Escribió en la segunda mitad del siglo XVII, y se sabe que vivía en 1684. En su obra *La Judía de Toledo* hay situaciones y caracteres buenos, como los de Alfonso VIII y Raquel. Pero, en general, ni sus argumentos están bien conducidos, ni su estilo tiene ninguna de las buenas cualidades de los grandes poetas, llegando en ocasiones hasta el más desenfrenado culteranismo; y, por otra parte, acude muchas veces á lo sobrenatural, mezclando lo mitológico con lo cristiano.

334. Por la circunstancia de ser mujeres, citaremos á Sor Juana Inés de la Cruz, llamada la monja de Méjico, de quien ya hemos hecho mención al tratar de la poesía lírica, y doña Ana Caro. Aquélla, en estilo culto y alambicado, escribió además de los autos *El Mártir del Sacramento, San Hermenegildo* y *El Cerco de José*, las comedias tituladas *Amor es más laberinto* y *Los Empeños de un acaso,* siendo la última la mejor concebida y ejecutada. Doña Ana Caro es autora de una comedia caballeresca que se titula *El Conde de Partinuples.*

335. Bajo el pseudónimo de *Un ingenio de esta corte* se publicaron muchas comedias de distintos ingenios, que adoptaban esa manera común de encubrir su nombre cuando lo querían por alguna razón. La más notable de las así publicadas es *El Triunfo del Ave María*, drama patriótico popular que aun se ha representado en estos tiempos, especialmente en Granada; porque se refiere á la heroica aventura de Hernando del Pulgar, que entró en la ciudad morisca, clavando la insignia del Ave María en la puerta de la mezquita. Se ignora quién es el autor de este drama, atribuido por algunos al rey

Felipe IV, que también escribió con el pseudónimo dicho. Pero no hay bastantes razones para achacárselo, ni siquiera noticia cierta de que sea del Rey alguna de las obras dramáticas que han llegado á nuestros días.

336. Por último, debe ser citado D. Francisco Bancés Candamo, por la variedad que representa en el teatro, al que dotó de muchas *zarzuelas*, que fué el género de su predilección. Nació en 1662 en Asturias; estudió en Sevilla, y vino á Madrid, donde por muerte de Calderón y otros ingenios, fué el autor de Palacio, protegido por Carlos II. Por los disgustos que le ocasionaron sus émulos renunció al cultivo de las musas, y entró á servir en Hacienda, muriendo muy pobre en 1709. Escribió sus comedias para que se representasen en el teatro del Retiro, con grande aparato; y sin duda por esto se dedicó al género fantástico-heroico, llenando sus obras de personajes espirituales, mitológicos y alegóricos. Era hombre honrado y de noble tendencia, y procuraba en sus obras dar lecciones de virtudes patrióticas principalmente; pero el estilo está lleno de afectación y amaneramiento, abundando en hipérboles, y en frases y en conceptos eruditos que le hacen verdaderamente gongorino. Las obras más notables de Candamo, son: *El Duelo contra su dama*, *Por su Rey y por su dama*, *El Esclavo en grillos de oro* y *Más vale el hombre que el nombre*.

337. Para terminar, citaremos los nombres de algunos otros ingenios, autores de entremeses. Uno de ellos, muy elogiado por Diamante, Juan Vélez de Guevara y otros, fué D. Vicente Suárez de Deza y Ávila que, según Barbosa, nació en Lisboa, lo cual es dudoso. Publicó cuarenta y dos *entremeses* y *bailes*, la mayor parte para funciones de Palacio, como *El cocinero sordo*, *Los títeres*, *El mal casado*, *Los novios*, *Los gorroncillos*, etc.

Autor de varios sainetes es también D. Pedro Francisco Lanini y Sagredo, que hizo además algunos cuentos, y la tercera jornada de *Santa Rosa del Perú*, última obra de Moreto.

Á principios del siglo XVIII (1700-1702), publicó Francisco de Castro, cómico, tres tomos de *entremeses*, refundidos ó imitados de los antiguos, todos ellos chabacanos y grotescos, como *El vejete enamorado*, *El garañón*, etc.; y también escribió D. Gil Armesto y Castro, á fines del siglo XVII, algunas piececitas del mismo género.

338. Diamante y Candamo representan, en nuestro sentir, la decadencia del teatro español en el período calderoniano; porque Zamora y Cañizares escriben ya en el siglo XVIII; y, aunque todavía son imitadores del gran dramaturgo, no pertenecen, en rigor, á su época, ni al período que termina con la Casa de Austria. Por otra parte, no son peores que Candamo y Diamante, Monroy, Leiva, y otros citados, sino más bien mejores en ocasiones: por lo cual no es ajustado á la verdad histórica ni á la recta filosofía, dar por supuesto que al empezar la decadencia de un género literario, todos los autores han de ir forzosamente de mal en peor, como tampoco al llegar á su apogeo las letras son grandes ingenios todos los autores.

El teatro español tiene en Calderón su más glorioso y su más alto representante; y cualquiera de los escritores que le sobrevivieron representa ya la decadencia, por no haber ninguno que sostuviera la escena en aquella altura á que él la elevó; y en vano es, como hacen algunos críticos, atribuir á Solís, á Candamo, ó á otro en particular, la decadencia, que era natural desde el momento en que faltaba un gran ingenio; y mucho más cuando el teatro había sido tan extraordinariamente fecundo, que parece incomprensible cómo durante todo un siglo hubo grandes autores y obras maestras en número inmenso.

Fenómeno es este que no se había ofrecido, ni se ha presentado después en ninguna otra literatura; y si se tiene en cuenta que el mismo sistema dramático adoptado por los españoles y verdaderamente impuesto por nuestro pueblo, traía en sí gérmenes poderosos de decadencia, porque se atendía siempre más al interés y al movimiento de la fábula que á su orden y regularidad, y á la gallardía de la frase y exuberancia de la imaginación más que á la exactitud y conveniencia en el estilo, á nadie puede sorprender que, agotados los asuntos, persistiendo el mismo sistema y muertos los grandes hombres, que nunca son muchos simultáneamente, viniera el teatro español á un triste estado que se prolonga durante todo el siglo XVIII.

339. Los extranjeros han pagado tributo á nuestro tea-

tro, ya copiándolo, ya traduciendo nuestras obras maestras, ya imitándolas en muchas ocasiones; y si no han faltado críticos, especialmente los clasicistas italianos y franceses, que han censurado acerbamente á nuestros poetas, como lo hicieron los mismos españoles del pasado siglo, apegados á la escuela clásica, también muchos han hecho justicia á las relevantes cualidades del teatro español, más original y más nacional que ninguno de los de Europa.

LECCIÓN LII

LOS AUTOS SACRAMENTALES.

340. Los *autos:* su desaparición de nuestra escena.—341. Naturaleza de los *autos:* su origen.—342. Solemnidad con que se representaban.—343. Escritores de *autos* antes de Calderón.—344. Verdadero creador del *auto sacramental:* Calderón.—345. Carácter de los *autos.*—346. Su clasificación.—347. Bellezas que tienen.—348. Sus defectos generales.—349. Mérito especial de los *autos* calderonianos en la pintura del espíritu del mal.—350. Exposición de la *Torre de Babilonia.*

340. Hay en la literatura española una clase de composiciones de forma dramática, peculiares y exclusivas de nuestro pueblo: los *Autos sacramentales.* Después de haber alcanzado grande importancia y desarrollo en el siglo XVI y XVII, fueron decayendo en el XVIII, hasta terminar del todo por disposición de la ley. Despreciados ó desconocidos por los eruditos modernos que han estudiado fuera de España nuestro teatro, son pocos los escritores que aun en España han dedicado la debida atención á esta clase de obras.

Injusto es semejante desvío, que sólo puede explicarse por la tibieza de la fe religiosa en nuestro tiempo y por haber sido los protestantes alemanes quienes volvieron por el buen

nombre de Calderón, sin que les ocurriera, naturalmente, hablar de unas composiciones escritas en contra del protestantismo. Mas los autos son muy dignos de consideración y estudio, y ofrecen, sobre todo los de Calderón, copiosas enseñanzas y bellezas.

341. Llámase en España primero *autos* á todas las composiciones dramáticas de asunto religioso: y así lo vemos desde los tiempos primitivos de nuestro teatro, como se comprueba hojeando las obras de Juan de la Encina y de Lucas Fernández. En tal sentido, los *autos* se confunden con el *drama litúrgico* ó los *misterios*, que son la única forma de poesía dramática seria que hay en Europa durante la Edad Media. Cuando fué instituida en el siglo XIII la festividad del *Corpus*, ya había dramas litúrgicos, y en la misma España estaban generalizados al publicarse las *Partidas*. Hasta el siglo XVI no aparecen estas representaciones con el carácter de *sacramentales*, y en 1504 se representó en la fiesta del Corpus en Lisboa el *Auto de San Martín*, de Gil Vicente, que no se refería á la fiesta del día, sino al conocido hecho de partir el Santo su capa con un pobre. Algo posterior es el *Auto del Maná*, en que se alude al final á la institución de la Eucaristía, y poco á poco fueron tomando la tendencia eucarística los *autos*, hasta constituir en manos de Calderón un género especial, consagrado siempre á celebrar la institución del Sacramento de los altares.

342. Los *autos* se representaban con grande solemnidad y aparato, formándose para ello una junta especial. Muchas veces duraban toda la octava del *Corpus*; se hacía la representación en grandes carros, juntándose dos, tres y hasta cuatro para formar la escena, y la representación era en las plazas y calles, delante de los grandes personajes de la corte. El pueblo tenía mucha afición á estas representaciones religiosas, y en varias ciudades de España se hacían con grande lujo y esplendor; á veces era exagerado, regalando á los actores los magnates, ó costeándolos las corporaciones vistosos trajes de seda y toda clase de adornos.

343. Hay multitud de autos anónimos durante el siglo XVI,

y de otros se sabe el nombre del autor. *El sacrificio de Abraham*, *El auto de José*, *La fuente de la gracia*, son anónimos, y muchos más; Juan de Pedraza, Timoneda y otros, escribieron autos. En algunos se alude al sacramento de la Eucaristía; en otros, al de la Penitencia; en no pocos se trata, en general, de un punto de doctrina cristiana, ó se expone un hecho de Historia Sagrada, como *El sacrificio de Abraham*, *La venta de José*, etc., etc., y en algunos, como el intitulado *Las bodas de España*, se limita el autor á proclamar que España ha desposado con el amor divino, transformando á Europa y al Tiempo. En el auto intervienen también la Guerra y la Ignorancia, el Hambre y la Tristeza.

Los grandes poetas dramáticos se ejercitaron también en este género de composiciones. Lope de Vega hizo varios autos, como *El viaje del alma*, *El pan y el palo*, *La siega*, y otros. En *La siega* aparecen el *Cuidado*, y luego la *Ignorancia*, en pos de los cuales viene el señor del campo con el *Celo* y el *Deseo*, y mientras van á ver á su esposa, salen la *Envidia* y la *Soberbia*, que tratan de vencer á la esposa, sin poder lograrlo. Pero logran sembrar la *Zizaña*, produciendo el *Hebraismo*, la *Herejía*, la *Secta* y la *Idolatría*. Vuelve el señor con el *Cuidado*, el *Celo* y el *Deseo*, y siega la *Zizaña*, convirtiéndose todos, menos el Hebraismo, y apareciendo al fin una fuente con un niño y un cáliz.

De Tirso es *El Colmenero divino*, y otro titulado *No le arriendo la ganancia*; de Moreto el que se titula *La gran Casa de Austria y Divina Margarita*; de Valdivielso, *El Peregrino*, *El Hijo Pródigo* y otros; pero ninguno de ellos acertó á crear el verdadero drama eucarístico, el *Auto Sacramental*, en el riguroso sentido de la palabra.

344. Esta gloria corresponde á Calderón, que dió grande importancia y realce al símbolo, medio de que principalmente se valió para manifestar las grandezas del amor y de la misericordia de Dios.

345. Ocioso es discutir sobre si el auto sacramental, pertenece ó no al drama; porque esto no quita ni pone á su interés y á sus bellezas. El drama, según generalmente se entiende,

es la expresión de las luchas y acciones humanas, y el auto sacramental expresa en forma dramática la acción de Dios sobre el hombre y sus misericordias en el mundo; pudiendo decirse que es un tratado teológico y metafísico en forma dialogada y mediante representación sensible de las ideas. Los autos, en efecto, según hemos dicho en otro lugar [1], son la expresión de las augustas verdades del dogma, especialmente de la caída y redención del hombre y de la institución del adorable Sacramento de nuestros altares; de lo que Calderón llama:

«Fineza
De las finezas de Dios;
Grandeza de sus grandezas,
Milagro de sus milagros,
Clemencia de sus clemencias»;

y el argumento es tan uniforme, que en el auto *Lo que va del hombre á Dios*, al ver que al principio aparece el hombre redimido, dice el *Placer*, cuando le preguntan por qué se entristece:

«Pues, ¿qué me ha de entristecer,
Sino ver un argumento
Vuelto lo de abajo arriba?
¿No estaba en estilo puesto
Que empiece el hombre pecando,
Que acabe Dios redimiendo,
Y en llegando el Pan y el Vino,
Subirse con él al cielo?»

Esta es, en efecto, la trama uniforme de los autos alegóricos; por lo cual, hablando de los inconvenientes que de ello resultaban, dice Calderón, que «siendo siempre uno mismo el asunto, es fuerza caminar á su fin con unos mismos medios; mayormente si se entra en consideración de que estos mismos medios siempre van á diferente fin en su argumento; con

[1] *Calderón: Estudio crítico.*

que á mi corto juicio, añade, más se le debe dar estimación que culpa á este reparo; que el mayor primor de la naturaleza, es que con unas mismas facciones haga tantos rostros diferentes; con cuyo ejemplar, ya que no sea primor, sea disculpa haber hecho tantos diferentes autos con unos mismos personajes».

Con harta modestia se expresaba el gran poeta al hablar así; pues los personajes de sus autos varían muchísimo, y el asunto lo ha presentado de tan distintas maneras, con tan brillante colorido, con tan interesantes y bellas figuras, con poesía tan espléndida, que verdaderamente pasma y maravilla.

346. Los autos se dividen en historiales y alegóricos; los primeros, que pueden contarse entre las llamadas *Comedias de Santos*, son aquellos en que intervienen personas reales y se refieren á asuntos de la tradición ó de la historia, como los titulados *El santo rey Don Fernando* y *El Cubo de la Almudena*; los alegóricos, como su título indica, tienen personajes abstractos, y las verdades se expresan por medio de símbolos; v. gr.: *El veneno y la triaca*, *La cura y la enfermedad*, y otros muchos. Dentro de estos géneros hay una grandísima variedad; pues Calderón escribió muchos autos de asuntos bíblicos, como *La serpiente de Metal*, *La piel de Gedeón*, *La cena de Baltasar*, y otros; evangélicos, *La semilla y la cizaña* y *La cena del Señor*; puramente teológicos, como *A Dios por razón de Estado* y *Los misterios de la Misa*; de instituciones y costumbres cristianas, como *El año santo de Roma* y *La bacante general*. Se valió también del pensamiento y del asunto de sus dramas, *La vida es sueño* y *El Pintor de su deshonra*, y de las mismas fábulas mitológicas, *Psiquis y Cupido*, *Orfeo*, *Los encantos de la culpa*, etc. [1]. Todo sirve, pues, á Calderón para celebrar los

[1] En nuestro estudio de Calderón dijimos, hablando de esto: «Si hay todavía quien esto último lo censure, tenga en cuenta que Calderón no lo hacía mezclando profanamente lo pagano con lo cristiano; antes bien mostraba, con alto sentido, el fondo de verdad que hay en los símbolos mitológicos, muy conocidos, por otra parte, del público de aquel tiempo.

»La revelación primitiva fué una para todos los pueblos que, des-

misterios eucarísticos, siendo de alabar la extraordinaria variedad de medios con que lo hace, sin presentar jamás históricamente la Sagrada Cena. El respeto impedía poner tal asunto en el tablado, y el poeta hubo de valerse de hombres que die-

cendientes de común origen, recibieron también las mismas tradiciones, alteradas ó perdidas luego por la corrupción ó la barbarie. Así es que, aun desfiguradas por los mitos, en todas las teogonías se hallan, más ó menos confusas, las ideas de una caída, de una reparación, de una Virgen madre, de un diluvio, de una serpiente enemiga, y otras muchas verdades, por lo cual preguntaba De Maistre, hablando de la primitiva revelación: ¿qué verdad no se encuentra en la mitología?

»Esto es lo que alcanzó á ver ya la penetrante mirada de Calderón, y lo que se dice en términos demasiado absolutos en su auto *El sacro Parnaso*, añadiendo también el demonio en *el divino Orfeo*, hablando con la Envidia:

«La gentilidad, Envidia,
Idolatramente ciega,
Teniendo de las verdades
Lejanas noticias, piensa
Que á falsos dioses y ninfas
Atribuya las inmensas
Obras de un Dios solo, y como
Sin luz de fe andan á ciegas,
Hará con las ignorancias
Sospechosas las creencias.
¿Cuántas veces se verán
Los poetas y profetas
Acordes, donde se rocen
Verdades en sombra envueltas?
¿Quién más Faetonte que yo,
Que por gobernar la excelsa
Carroza del sol, caí?....»

»Así entendido y explicado, como lo sigue explicando Calderón, el uso de la mitología, aunque, por lo general, soy tan enemigo de que la usen los poetas modernos que no creo haber empleado jamás en mis versos ni la palabra musa, no puedo censurar al gran poeta de los autos; que en la fábula de Andrómeda y Perseo, por ejemplo, ve una princesa que, por haber presumido de valer tanto como las diosas, se halla expuesta, encadenada á los furores de un monstruo que va á devorarla, siendo librada por Perseo, hijo de Júpiter, que la hace su esposa, y le ocurre aplicarlo á la naturaleza humana, que peca por soberbia, y queda expuesta á las iras del demonio, hasta que es libertada por el Hijo de Dios humanado.»

sen honor y reverencia á la Eucaristía y de símbolos que la explicaran.

347. El símbolo calderoniano, como dijimos en otro lugar, es de una verdad, una vida y una riqueza incomparables, y la personificación y la alegoría llegan en los autos á lo maravilloso. La sinagoga, la gentilidad, la Iglesia, la gracia, la culpa, el placer, el pesar, la hermosura, el amor, el poder, las leyes y los ritos, los vicios y las virtudes, los sentidos y las potencias del hombre, las ideas abstractas y los elementos de la naturaleza; todo se manifiesta vivo y personificado en los autos, juntamente con los patriarcas y profetas de la ley antigua, con los apóstoles de la nueva, con el espíritu del mal, presentado en mil diferentes formas, y con las potestades y virtudes del cielo. No hay ser, no hay idea del orden físico, teológico ó metafísico que no tenga allí su representación; allí hablan los árboles y las flores; el aire y el agua; las estaciones, los meses y los días; la lisonja y la discreción; las ciencias, los empleos y los oficios; y hablan su lenguaje propio y característico, y se presentan con sus atributos distintivos, mostrando por alto modo toda la vida humana, con sus grandezas, luchas y caídas, y los atributos y las misericordias de Dios.

Y todo esto reducido á simple y soberana unidad. No hay más que Dios, creador del universo y redentor del hombre, á quien deja su carne y su sangre en el inefable Sacramento, para unir así indisoluble y perpetuamente la naturaleza humana á la naturaleza divina.

Las cosas creadas, dijo ya San Pablo, representan las invisibles grandezas de Dios; y, leyendo los autos, parece que Calderón las comprende, y que hay allí algo de inteligencia angélica que no entiende por medio, sino instintivamente, y que todo lo ve con admirable distinción y claridad. Aquí sí que se puede decir con absoluto rigor lo que ya dijeron los críticos alemanes: que para Calderón no hay sombras; no las hay en la tierra, ni en el cielo, ni en el infierno; no las hay en la cuna, ni en el sepulcro, ni en la vida; su fe poderosa todo lo adivina, todo lo sabe, todo lo ve; no sólo la creación y la

redención, sino lo que, según las ideas divinas, representan los seres de la naturaleza. Dios crió el agua para símbolo y medio del Sacramento de la vida; la luz como reflejo de la verdad; el fuego como imagen del amor; los árboles para emblema de nuestra caída y de nuestra redención; la vid para representar el misterio del amor divino; la espiga para que Dios pueda convertirse en alimento del hombre; la oliva para mostrar la suavidad de la gracia; las flores para emblemas de las virtudes de María; todo es símbolo, todo es imagen del mundo de lo eterno y suprasensible, y parece que Calderón había asistido á los divinos consejos, cuando del caos del no ser surgieron las criaturas á la luz de la vida.

Véase cómo se expresan Luzbel y la Culpa tratando de escudriñar la formación del hombre para perderle. Sienten venir al soberano Pintor, y van á esconderse, diciendo la Culpa:

—«No sé
Donde, que al verle da asombro,
Pueda esconderme.
LUZBEL. Aquí hay
Á la margen de este arroyo
Una quiebra.
CULPA. En ella, oculta
Estaré; mas atrás torno,
Que no estoy bien junto al Agua.
LUZBEL. ¿Por qué?
CULPA. Porque reconozco
Que el Agua, ¡ay de mí!, ha de ser
El antídoto piadoso
De la Culpa.
LUZBEL. Estas hermosas
Flores te escondan.
CULPA. Tampoco;
Que no veo en todas ellas
Flor que con feliz adorno
Otra flor no signifique,
Que inspirada del Fabonio,
No avasalle de la Culpa
El Cierzo, el Bóreas y el Noto.

Luzbel. Entre estas mieses se oculta.
Culpa. El mismo daño conozco.
Luzbel. Entre estas vides.
Culpa. No puedo.
Luzbel. Pues, ¿por qué?
Culpa. Porque en el oro
De ambos granos, me parece,
Que están sagrados Tesoros
De algun *Sacramento*, á quien,
Aun visto en sombras, me postro.
Luzbel. Esos olivos.
Culpa. También
Han de ser materia de otro.
Luzbel. Aquí está un tronco cubierto
De Hoja y Fruto.
Culpa. Aqueste escojo;
Á cuyos pies, como incauta
Serpiente, que para el robo
Se oculta, has de ver que yo
Mañosamente me enrosco,
Diciendo en mudos acentos,
Si ya no es en silbos roncos,
Que para acechar á Dios,
No hay mejor sombra que un tronco.
Luzbel. Y yo el árbol de la muerte
Desde este instante le nombro.»

(El Pintor de su deshonra.)

¡Hermosa manera de ofrecer á los ojos del pueblo las grandezas del simbolismo cristiano! Y además de estos símbolos particulares, presenta Calderón otros que abarcan toda la vida; al hombre, engañado por las grandezas de la tierra, le enseñará *El gran teatro del mundo* que no somos más que comediantes que hacemos nuestro papel de pobres ó de ricos, de reyes ó de súbditos, y que pronto se acabará la comedia y nos retribuirán ó castigarán según hayamos cumplido con nuestro papel; á los que, al ver el aparente desorden de males y bienes se lamentan ó envanecen de su fortuna, les hará conocer que *No hay más fortuna que Dios,* y que en todos los

estados se puede ser venturoso; á los que se ensoberbezcan con su razón, y pretendan escudriñar las divinas grandezas, les mostrará que la torre de Babilonia produce confusión y ruina, y que el orgullo de Nembroth acaba miserablemente; y en el *Nuevo hospital de pobres* y en el *Nuevo palacio del Retiro,* representará el remedio y asilo que dió la redención á toda suerte de grandezas y de infortunios.

348. No debe ocultarse que en los autos hay cosas simplicísimas y de mal gusto, propias de la época y de la sencilla fe del pueblo, que llegaba á hablar de Dios y á tratarle con verdadera confianza filial; hay también sutilezas y gracias llenas de afectación y culteranismo; pero también es de toda justicia decir que hay grandezas de pensamiento y concepciones de gran valor y trozos poéticos verdaderamente admirables. Los autos y las loas que los preceden, comprenden, sin género de duda, toda la moral, toda la psicología y casi toda la teología, habiendo además en ellos magníficas descripciones de la creación, del diluvio, de las plagas de Egipto, del paso del mar Rojo, de la irrupción de los árabes, del fin del mundo y otros grandiosos cuadros, y asimismo hermosas traducciones ó paráfrasis del *Benedicite,* del *Magnificat,* y de otros himnos sagrados y salmos de David.

349. Una de las cosas que más mérito tienen en los autos es la gran variedad de caracteres con que Calderón presenta al espíritu del mal; Milton y Goethe han pintado al demonio en sus respectivos papeles, con dos caracteres famosísimos; Calderón le atribuye muchos, ya esbozándole ligeramente, ya presentándole en toda su infernal perfidia. En el *Año santo de Roma* tiene este soberbio trozo hablando el hombre con Luzbel, que le había prometido delicias que no hallaba:

«¡Ay de mí triste!
¿No eres tú el que me dijiste
Que aquí delicias buscaste?
LUZBEL. Sí.
HOMBRE. ¿Para qué me engañaste?
LUZBEL. ¿Para qué tú me creiste?
HOMBRE. ¿Luego no era verdad?

Luzbel. No;
Sino sombra y vanidad,
Porque si fuera verdad
No te la dijera yo.
Hombre. Pues ya que sombra se vió,
¿Por qué no dura en su sombra?
Luzbel. Porque Flor breve se nombra
La gloria del mundo vana,
Que apenas ve la mañana,
Cuando la noche la asombra.
Por ser su edad tan ligera,
La ofrecí para no darla,
Que si hubieras de gozarla,
Quizá no te la ofreciera;
Que es mi rencor de manera
Que aun el gusto más injusto
Dársele al hombre no gusto:
Y así, al que puedo lograr
Que le condene un pesar,
No ha de condenarle un gusto.»

350. Terminaremos estas indicaciones sobre los autos sacramentales de Calderón, exponiendo el de *La Torre de Babilonia*, auto sencillísimo, pero de gran profundidad de pensamiento; proponiéndose en él Calderón hacer patente la humillación de los soberbios. Empieza el auto inmediatamente después del diluvio, saliendo del arca la familia de Noé, y después él, y, por orden suya, todos los animales que había en ella. Mientras Noé y sus hijos Jafet y Sem se disponen á hacer sacrificios en acción de gracias al Señor, Cam, que se queda á contemplar la hermosura del cielo y de la tierra, observa á su padre que exprime y bebe el jugo de las uvas, embriagándose. Cam refiere esto á sus hermanos, que con sus mantos cubren la desnudez de su padre, y reprenden á Cam. Noé despierta, contando los misterios que ha soñado y que se refieren á la Eucaristía, y al notar que el manto de Cam no está entre los de sus hermanos, bendice á éstos y maldice á aquél, diciéndole que sus hijos han de ser monstruos; después de lo cual reparte la tierra entre los tres, esperando que le visitarán sus descendientes y que serán innumerables. Un ángel le asegura que sus votos serán cumplidos; y, en efecto, ya más anciano, Noé es visitado por sus descendientes, entre los que está Nembrot, nieto de Cam, que se muestra de carácter fiero y ambicioso. Él proyecta la construcción de la torre,

á lo que se oponen los demás, por lo que los acuchilla y hace cautivos, llevándoselos á las llanuras de Senaar, donde empieza á construir la torre proyectada; pero aparece el ángel y confunde las lenguas de los operarios, desesperándose y despeñándose Nembrot, y quedando los cautivos y el ángel alabando al Santísimo Sacramento.

En este *auto* está admirablemente pintado el carácter de Cam. Maldito éste por su padre, le promete, como Sem y Jafet, que su descendencia le visitará, diciendo:

CAM. Y también de mí lo fía:
No porque vendrá la mía
Á festejarte ni á verte,
Sino solamente á hacerte
Testigo de su osadía;
Que espero de mi ambición
Tales monstruos engendrar,
Que vengan á avasallar
Una y otra sucesión;

y mientras sus hermanos se muestran humildes, él replica:

¡Qué otros que son mis desvelos
De soberbios y arrogantes!
Yo voy á engendrar gigantes
Que se opongan á los cielos.

Análogo al de Cam es el carácter de Nembrot, y, como el de aquél, perfectamente pintado.

—En *La Cura y la enfermedad*, aparece Luzbel invocando á la *Sombra* ó á la *Culpa* para que salga del abismo á ver las grandezas de la creación. Sube la *Sombra* hacia el horizonte de la luz y ve la esfera del Fuego, en que giran los astros; luego la del Aire, en que vuelan las aves; la del Agua, en que nadan los peces, y por último, la de la Tierra; y oye que todas cantan loores á la Naturaleza humana, invitando la Tierra al Aire, al Fuego y al Agua para que la sirvan y festejen; y, en efecto, luego sale la Naturaleza humana, ricamente adornada, y la ofrecen sus dones los elementos. Mas ella, por querer ser igual á Dios, come la fruta, envenenada por la *Culpa*, y, entonces, turbados los elementos la combaten, hasta que se presenta el Peregrino que la sana muriendo por ella y dejándola en un manjar (la Eucaristía) el antídoto contra venenosos males.

LECCIÓN LIII.

GÉNEROS POÉTICOS COMPLEJOS.

351. Poesía bucólica: noticia de sus principales cultivadores.—352. Villancicos y romances de este género.—353. La poesía *satírica:* Castillejo, Alcázar, los Argensolas.—354. Quevedo como poeta satírico: sus cualidades y defectos.—355. Muestra de sus poesías satíricas.

351. El aplauso con que fueron recibidas las poesías de Garci-Lasso, contribuyó no poco á que hubiera en España una verdadera inundación de églogas, como las hubo en otras naciones por la imitación de Virgilio. Hasta terminado el siglo XVIII no cesa el cultivo de la poesía bucólica, sin que en las tres centurias haya un poeta de este género que pueda compararse con Garci-Lasso de la Vega. D. Bernardo de Balbuena es quizá el único cuyas églogas compiten con las del poeta toledano, y en ocasiones las sobrepujan en verdad y sencillez. También escribieron buenas églogas Francisco de la Torre y Lope de Vega. Sobresalen asimismo mucho en esta clase de composiciones, Francisco de Figueroa, Barahona de Soto, Morales y otros varios; pero todos ellos incurren en los mismos defectos de amaneramiento y falsedad que parecen inseparables del género. Por ello la poesía bucólica clásica ha caído en completo descrédito y olvido, y apenas puede concebirse cómo se sostuvo en la literatura europea durante tres siglos, dado que aquellos pastores finos y eruditos, aquella falta de sentimiento verdadero, aquellos alardes de enojosa erudición, aquel empleo de la mitología y de nombres paganos en pueblos modernos, constituyen un conjunto extraordinariamente frío y desagradable, que no puede ser compensado por la belleza de algunas descripciones ó la armonía de la versificación [1].

[1] Véase la *Literatura general*, lección 50.

352. Más naturalidad, y, por consiguiente, mayor belleza tienen otras formas de la poesía pastoril, como son los *villancicos, cantares* y *romances*, en los cuales los hay de no escaso mérito, aunque no se libren enteramente de los defectos propios de la bucólica; pero al cabo estas formas nacionales y populares, como las antiguas *serranillas* y *baqueiras* de los provenzales y sus imitadores, tienen verdad en el sentimiento y sencillez en la expresión, condiciones indispensables cuando se pinta la vida del campo ó se ponen en acción sucesos pastoriles.

353. La poesía satírica en España cuenta con muchos aficionados, pero pocos de verdadero mérito; en el siglo XVI la poesía satírica está representada principalmente por Castillejo, Baltasar de Alcázar y los Argensolas. Castillejo y Baltasar de Alcázar emplean los metros cortos y las formas tradicionales. Las sátiras de Castillejos son largas, y pecan de pesadez y monotonía, siendo la más conocida la de *La Condición de las mujeres.* Baltasar de Alcázar se distingue por la facilidad y gracejo de su estilo, y cultiva fácilmente el epigrama y el cuento. Sabidísimo es el titulado *La Cena jocosa,* que empieza: *En Jaén, donde resido.* Sus epigramas pican de licenciosos, y son á veces hasta poco limpios en el lenguaje; pero algunos tiene cultos, y no son de los peores, por ejemplo:

A uno muy gordo de vientre y muy presumido de valiente:

«No es mucho que en ocasión,
Julio, muy valiente seas,
Si haces, cuando peleas,
De las tripas corazón.»

Los hermanos Argensolas escriben la sátira clásica, especialmente horaciana, y suelen hacerlo en largas composiciones versificadas en tercetos. Algunas veces, pero son las menos, se aviva un poco el relato, que por lo común se arrastra lánguida y pesadamente, sin matices, ni claro obscuro, ni rasgos de ingenio, ni sal, ni gracia.—Mejores son las

poesías satíricas de D. Agustín de Salazar y Torres, á quien ya hemos citado en esta obra [1], ofreciendo una muestra de sus donosas silvas contra la bucólica.

354. En el siglo XVII, en cambio, floreció el gran satírico D. Francisco de Quevedo, que no tiene igual en el donaire y agudeza del chiste y en los felicísimos rasgos de ingenio que rebosa por todas sus composiciones satíricas. Los afea la excesiva licencia del lenguaje, y algo también el afán de buscar antítesis, paradojas y retruécanos que hacen siempre amanerado el estilo del gran escritor. Pero lo mismo sus sonetos que los romances, las letrillas que las jácaras, abundan en frases felicísimas, en donosas ocurrencias y en contrastes verdaderamente chistosos.

355. Como muestra del estilo de Quevedo, ponemos el siguiente soneto:

«Mejor me sabe en un cantón la sopa,
Y el tinto con la mosca y la zurrapa,
Que al rico que se engulle todo el mapa,
Muchos años de vino en ancha copa.
Bendita fué de Dios la poca ropa
Que no carga los hombros, y los tapa;
Más quiero menos sastre que más capa,
Que hay ladrones de seda, no de estopa.
Llenar, no enquirecer, quiero la tripa;
Lo caro trueque á lo que bien me sepa;
Somos Píramo y Tisbe, yo y mi pipa.
Más descansa quien mira que quien trepa:
Regüeldo yo cuando el dichoso hipa,
Él asido á Fortuna, yo á la cepa.»

Entre las letrillas, la más conocida es la intitulada *Poderoso caballero*:

«*Poderoso caballero*
Es Don Dinero.
Madre, yo al oro me humillo;
Él es mi amante y mi amado,

---

1 *Literatura general*, lección 50.

Mas de puro enamorado,
De continuo anda amarillo:
Que, pues, doblón, ó sencillo,
Hace todo cuanto quiero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Nace en las Indias honrado,
Donde el mundo le acompaña;
Viene á morir en España,
Y es en Génova enterrado;
Y pues quien le trae al lado
Es hermoso, aunque sea fiero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Es galán y es como un oro;
Tiene quebrado el color;
Persona de gran valor,
Tan cristiano como moro,
Pues que da, y quita el decoro,
Y quebranta cualquier fuero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Son sus padres principales,
Y es de nobles descendiente,
Porque en las venas de Oriente
Todas las sangres son reales;
Y pues es quien hace iguales,
Al duque y al ganadero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

¿Mas á quién no maravilla,
Ver en su gloria sin tasa,
Que es lo menos de su casa
Doña Blanca de Castilla?
Pero pues da al bajo silla,
Y al cobarde hace guerrero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.

Sus escudos de armas nobles
Son siempre tan principales,
Que sin sus escudos reales,

No hay escudos de armas dobles:
Y pues á los mismos robles
Da codicia su minero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Por importar en los tratos,
Y dar tan buenos consejos,
En las casas de los viejos
Gatos le guardan de gatos:
Y pues él rompe recatos,
Y ablanda al juez más severo,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Y es tanta su majestad,
(Aunque son sus duelos hartos)
Que con haberle hecho cuartos,
No pierde su autoridad;
Pero pues da calidad
Al noble y al pordiosero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Nunca vi damas ingratas
Á su gusto y afición,
Que á las caras de un doblón
Hacen sus caras baratas:
Y pues las hace bravatas
Desde una bolsa de cuero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.
Más valen en cualquier tierra
(¡Mirad si es harto sagaz!)
Sus escudos en la paz,
Que rodelas en la guerra:
Y pues al pobre le entierra,
Y hace propio al forastero,
Poderoso caballero
Es Don Dinero.»

LECCIÓN LIV

LA POESÍA POPULAR.

356. Verdadero concepto de la poesía popular.—357. Los romances.—358. Autores de romances.—359. Romances anónimos: su clasificación.—360. *Históricos, caballerescos, moriscos*, etc., etc.—361. Colecciones más importantes.—362. Juicio general de la poesía popular española.

356. Habiendo expuesto en varios lugares de esta misma obra [1] el verdadero concepto de la poesía popular, bástenos decir aquí que en el período que historiamos, donde todos los géneros poéticos llegan á su más alto grado de esplendor, adquiere también aquélla un desarrollo extraordinario, á que no ha podido llegar la de ninguna otra literatura.

357. Los romances, que fueron la primitiva forma de nuestra poesía popular, pasaron en los siglos XVI y XVII á ser obra, no ya del pueblo y de los juglares, como anteriormente, sino de los poetas, los cuales, aunque procuraron imitar los romances viejos, los escribieron dándoles formas totalmente artísticas, depurándoles de las imperfecciones y rudezas propias y características de los cantos populares. Los romances, pues, se generalizan y adquieren la corrección y el atildamiento de la poesía erudita, lo cual, si por una parte los realza, por otra les priva no poco de la frescura y espontaneidad que distingue á los anteriores.

[1] Véase *Literatura general*, lección 27, y *Literatura española*, lección XXVIII.

358. Muchos son los poetas conocidos que escriben romances, pudiendo citarse á Torres Naharro, Juan del Encina, Timoneda, Juan de la Cueva, Lobo Lasso de la Vega, Hurtado de Mendoza, Liñán, Esquilache, Lope de Vega, Góngora, Quevedo, y otros; y tal boga adquirieron estas composiciones, que, según el testimonio de Cervantes, los romances andaban de boca en boca, y hasta los muchachos los recitaban por las calles.

359. Pero aunque los citados y otros autores dieron nombre á muchos romances, la mayor parte de éstos son anónimos, habiendo una multitud inmensa, con extraordinaria variedad de asuntos, que no pueden clasificarse debidamente.

Más que clasificación puede llamarse enumeración ó índice, según los asuntos; pues hay, por ejemplo, romances, incluidos entre los históricos, que participan de los caracteres de los caballerescos; y moriscos que por algún concepto podrían colocarse entre los caballerescos ó históricos. Así y todo, la clasificación que suele hacerse es la de romances históricos, caballerescos, moriscos, pastoriles, mitológicos, vulgares, y varios; y de los vulgares los hay también caballerescos, novelescos, históricos, de cautivos, de santos, imaginarios, fabulosos, festivos, de valentones y guapos, etc., etc.; y entre los llamados varios se cuentan romances heroicos, descriptivos, amatorios, venatorios, etc., etc.

360. Los históricos se refieren á multitud de asuntos: los hay de historia sagrada, de historia de Asia, Grecia y Roma, y sobre todo de historia patria, relativos á la época goda, á Florinda y D. Rodrigo, D. Pelayo, Bernardo del Carpio, los reyes de León, los infantes de Lara, Fernán-González, el Cid, etc.; y de hechos posteriores, hasta los reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y los Felipes, y de historia de Navarra, Aragón, Portugal, Cataluña, etc.

Los *caballerescos* están inspirados unos en crónicas galesas, como los de *Gerineldos, Amadís,* etc.; otros en el ciclo carlovingio, y son los relativos á *Roldán, Gaiferos, Durandarte,* etc.; y otros, por no citar más, en crónicas bretonas,

como los de *Lanzarote* y *Tristán* [1]. También los hay burlescos de este mismo género y otros, como algunos de historia patria, que también deben considerarse caballerescos, por los sentimientos en que están inspirados.

—Abundan muchísimo también los romances *moriscos:* de *Moraima, Gazul, Zaide, Tarfe, Boabdil, Zaida la de Toledo, Zoraida*, etc., y entre ellos los hay burlescos y paródicos [2].

Análoga enumeración pudiera hacerse de las demás clases de romances, los cuales, como se ve, forman un arsenal in-

[1] Góngora, entre otros bellísimos romances, escribió el célebre caballeresco de *Angélica y Medoro*, que empieza:

«En un pastoral albergue,
Que la guerra entre unos robles
Lo dejó por escondido
Ó lo perdonó por pobre,
Do la paz viste pellico
Y conduce entre pastores
Ovejas del monte al llano
Y cabras del llano al monte,
Mal herido y bien curado
Se alberga un dichoso joven,
Que sin clavarle amor flecha,
Le coronó de favores....» etc.

[2] En el *Romancero general* hay un romance en que se censura la afición á asuntos moriscos:

«Renegaron de su ley
Los romancistas de España,
Y ofrecieron á Mahoma
Las primicias de sus gracias».

Otro contesta:

«Si es español Don Rodrigo,
Español fué el fuerte Audalla....
Si una gallarda española
Quiere bailar doña Juana,
Las zambras también lo son,
Pues es España Granada.
Y entienda el mísero pobre
Que son blasones de España,
Ganados á fuego y sangre,
No, como él dice, prestadas».

menso de riquísima poesía, de la cual nos limitaremos á ofrecer dos muestras.

He aquí un romance histórico-caballeresco relativo á *Bernardo del Carpio.*

«Aguardando que amanezca
Para conocer la entrada,
Estaba el fuerte Bernardo
En los mojones de Francia
Con trescientos compañeros,
Que es la costumbre que usaba,
Que diz bastan para mil
Cuando son hijos de España;
Y antes que ponga en efecto
El deseo que llevaba,
Á todos juntos les dice
De palabra, estas palabras:
—Bien veis, leales amigos,
Los que sois de sangre hidalga,
Que esta empresa á que venimos
Es digna de buenas lanzas;
Si hay alguno entre vosotros
Que entienda allanar su lanza,
Vuélvase de este mojón
Antes que pise la raya,
Porque el que entrare una vez
La suya ha de ser muy cara,
Que cara ha de ser la cosa
Donde la honra se gana.
Bien sabéis que á un español
Le viene de herencia y casta
Hacer espaldas los pechos,
Y no pechos las espaldas;
Y si no guardad las mías,
Que sólo aquesto me basta,
Porque mi lanza no teme
Toda Francia cara á cara;
Y aquel que no se atreviere
Á mantener su palabra,
Más vale faltarme aquí;
Que no conozcan sus faltas.—

Todos juntos le responden
Que no tema la batalla,
Que cada cual es Bernardo
Los que á Bernardo acompañan.
Cuando ya el sol por las cumbres
Dora las humildes plantas,
De la sarracena gente
Oyen grita y algazara:
Aperciben sus caballos,
Que ya lo estaban de armas,
Y en buena guisa de hidalgos
Para sus contrarios marchan.»

Entre los romances moriscos, es famosísimo el siguiente de *Tarfe:*

«Si tienes el corazón
Zaide como la arrogancia,
Y á medida de las manos
Dejas volar las palabras;
Si en la Vega escaramuzas
Como entre las damas hablas,
Y en el caballo revuelves
El cuerpo, como en las zambras;
Si el aire de los bohordos
Tienes en jugar la lanza,
Y como danzas la toca
Con la cimitarra danzas;
Si eres tan diestro en la guerra
Como en pasear la plaza,
Y como á fiestas te aplicas,
Te aplicas á la batalla;
Si como el galán ornato
Usas la lucida malla,
Y oyes el son de la trompa
Como el son de la dulzaina;
Si como en el regocijo
Tiras gallardo las cañas,
Y en el campo al enemigo
Le atropellas y maltratas;
Si respondes en presencia

Como en ausencia te alabas,
Sal á ver si te defiendes
Como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
Como lo está el que te aguarda,
Algunos de tus amigos
Para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
No en palacio ni entre damas,
Se aprovechan de la lengua,
Pues es do las manos callan:
Pero aquí que hablan las manos,
Ven, y verás cómo habla
El que delante del Rey,
Por su respeto callaba.»
Esto el moro Tarfe escribe
Con tanta cólera y rabia,
Que donde pone la pluma
El delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
Le dijo: «Vete á la Alhambra,
Y en secreto al moro Zaide
Da de mi parte esta carta;
Y dirásle que le espero
Donde las corrientes aguas
Del cristalino Genil
Al Genaralife bañan.»

361. La poesía popular estaba coleccionada hasta esta época en los *Cancioneros*, de que hemos dado noticia en los lugares oportunos; mas como tales colecciones no tenían ese objeto, y, por otra parte, como el número de romances llegó á ser fabuloso, hubo de recurrirse á otras complicaciones que reciben el nombre de *Romanceros*. Recogiéndolos de boca del pueblo, imprimió Esteban de Nájera en Zaragoza un romancero, que intituló *Silva de Romances*, del cual se hicieron inmediatamente tres ediciones: una de ellas conocida con el nombre de *Cancionero de Amberes*, en 1555; otro romancero formó Sepúlveda en 1580, y en Valencia, Burgos, Toledo y Madrid, desde 1593 á 1597, se imprimió otra colec-

ción, de la que en pocos años se hicieron cuatro ediciones. Poco después (1602, 1604, 1605 á 1614) se dió á luz la colección más completa, intitulada *Romancero general*, dividida en trece partes, pero falta de orden. Al mismo tiempo, en 1609, Juan Hidalgo hizo otra colección, que tituló *Romances de Germania*, y en 1618 se imprimía el *Romancero del Cid*, cuyas ediciones fueron luego numerosísimas [1].

También en 1623 se publicó una *Primavera y flor de romances*, reimpresa luego varias veces, y últimamente en 1856, por Wolf.

Muchas más colecciones se han publicado, pero sin enriquecer gran cosa el caudal del *Romancero*, cuyas ediciones más recomendables son la de nuestro Quintana, y especialmente la del Sr. Durán, que forma los tomos X y XVI de la *Biblioteca de autores españoles*, y que contiene cerca de dos mil romances, todos anteriores al siglo XVIII, aunque en muchos es difícil precisar la fecha á que pertenecen [2].

362. *El romancero español* es un tesoro de riquísima poesía llena de inspiración, habiendo sido calificado de *Ilíada sin Homero*, con lo que quiere darse á entender que es una epopeya ó, como dice Carlos Nodier, *el gran poema de la Edad Media*.

Y, en efecto, en los romances castellanos, aunque tan múltiples y distintos, se refleja el espíritu caballeresco de

[1] Francisco Meige publicó en Barcelona en 1626 los romances del Cid; pero esta colección, titulada *Tesoro escondido de todos los más famosos romances, assí antiguos como modernos, del Cid*, no contiene más que cuarenta, algunos insignificantes. También en 1632 se publicaron en Valencia ciento doce romances, como *Historia del muy valeroso caballero el Cid Ruy Díaz de Vivar, en romances en lenguaje antiguo, recopilados por Juan de Escobar.* Estas y otras muchas colecciones análogas prueban cuánta fué la importancia y consideración que adquirieron los romances en esta época. Herder tradujo al alemán los romances de la primera de estas colecciones, y también el poeta inglés Lockhart tradujo muchos romances relativos al Cid.

[2] Depping, en 1617, publicó en Leipzig una *Colección de los mejores romances;* Bohl de Faber hizo otra en Hamburgo en 1821, y otra se ha hecho en Alemania en 1852. En Francia, en Italia y América también es conocido el *Romancero.*

nuestra patria y se pintan sus aspiraciones y deseos, ofreciendo cierta unidad. Sin embargo, lo que caracteriza principalmente á nuestros romances es el sentimiento de la historia mucho más que el de la naturaleza y lo maravilloso; y la poesía popular española se distingue además de las extranjeras, en su mayor elevación, pues, prescindiendo de algunos romances, no hay en ella tanta habla infantil, caprichos y estribillos como en otros pueblos.

Prescindiendo de los romances épicos, tiene nuestra literatura abundante y rico manantial de *lírica* en los romancillos, letras, letrillas, villancicos, coplas, etc., que se confunden con las buenas de los poetas del siglo XV [1].

[1] Muchas de estas coplas son de músicos. He aquí algunas:

«Al cantar de las aves
Mi amor se durmió.
¡Ay Dios! ¡Quién llegara
Y le preguntara
Qué es lo que soñó!

—

Ojos negros de mis ojos,
Burladores y traviesos,
¿Cómo me matáis, mirando,
Y sois soles siendo negros?
Si me habéis de matar, ojuelos negros,
Matadme con amor y no con celos».

Las *seguidillas*, que son otra forma de la poesía popular, deben ser del siglo XVI. En tiempo de Cervantes se usaban, y no hay noticia de ellas anteriormente. Zamácola, con el pseudónimo de *D. Preciso*, publicó en dos tomos en 12.° una «Colección de las mejores coplas de *seguidillas*, polos y tiranas para cantar á la guitarra....» La *seguidilla española* ha sido dada á conocer en Francia por D. José María Maury ne su *Espagne poétique*.

LECCIÓN LV

LA NOVELA.

364. Gran número de novelas en este período.—365. La novela es un género moderno.—367. Variedad de la novela en los siglos XVI y XVII.—367. La novela *picaresca*.—368. Estado social que la produjo: su origen.—369. Principales novelas de esta clase: *El Lazarillo*.—370. *Guzmán de Alfarache*.—371. *Marcos de Obregón*.—372. *La vida del gran Tacaño*.—373. Novela *satírica: El Diablo Cojuelo* y otras de este género.—374. Novela pastoril: *La Diana*.—375. Continuaciones é imitaciones.—376. Novela *histórica:* Hita.—377. Cuentos y novelas cortas: Timoneda.—378. Villegas.—379. Tirso. — 380. Montalbán.—381. Noticia de otras novelas.

364. La literatura española fué tan fecunda en novelas durante el siglo de oro como en los demás géneros poéticos, y en España se escribieron, durante los siglos XVI y XVII, más novelas que en ningún otro país de Europa; y muchas más que en Alemania y en Inglaterra, donde fué tardío el cultivo de esta clase de composiciones. No será exceso decir también que la verdadera novela moderna se cultivó primero en España que en los otros pueblos, así como la verdadera comedia tiene en nuestros poetas sus primeros ilustres representantes: antes que ellos habían escrito los poetas franceses, y, sobre todo los italianos; pero sin acertar á salir de la imitación ó copia de los latinos, ó de la farsa grosera. Cosa análoga ocurre con la novela; pues, aparte de las de carácter piadoso, de los libros de caballería y de los cuentos, ninguna literatura tiene novela hasta bien entrado el siglo XVI ó XVII.

365. Según se ha dicho en la *Literatura general,* aunque los pueblos clásicos no carecen de novelas, es este un género propiamente moderno, por referirse principalmente á la exposición bella de los hechos de la vida privada, que signifi-

caban muy poco en la sociedad pagana, y que tenían escasa dignidad y nobleza, por lo corrompido de las costumbres y lo absurdo de las ideas. Ya desde la Edad Media la novela se cultiva mucho; pero en sus dos aspectos de *religiosa* y *caballeresca,* alternando con ellas el *cuento,* que tuvo en casi todas las literaturas notables manifestaciones. España, como sabemos, se puede ufanar de algunas colecciones de cuentos de subido valor literario, que todo el mundo reconoce en el *Conde Lucanor,* de D. Juan Manuel, y aparte de las novelas caballerescas, muy abundantes también, nuestra literatura produce en la *Celestina* un modelo, hasta ahora insuperable, de novela, verdaderamente moderna y de costumbres, bien que reprobable por el asunto y por la licencia del lenguaje.

366. En el siglo XVI toma ya la novela multitud de direcciones; cultivándose los *Cuentos* y *Novelas cortas,* como en la Edad Media; las novelas *picarescas,* las *satíricas,* las *pastoriles,* y apareciendo la buena novela de *costumbres* y la novela *histórica.*

De todo ello hay excelentes muestras en nuestro siglo de oro; después del cual, la novela decae por completo, para no volverse á levantar hasta nuestros días: lo contrario de lo ocurrido en los demás países de Europa, donde el florecimiento principal de este género literario ha sido en el siglo presente.

367. Novela genuinamente española es la llamada *picaresca,* cuya naturaleza y origen han dado lugar á no pocas cuestiones. Es la novela picaresca, en general, un cuadro satírico de costumbres, una sátira de la sociedad, sirviendo de medio ó de nudo al argumento la vida de un *pícaro,* es decir, de un joven pobre y sin educación moral ni religiosa, pero no perverso, á quien el hambre conduce á mil picardías y aventuras. El *pícaro* es un compuesto de vago, de mendigo y de ladrón en un sujeto lleno de ingenio, de actividad y de gracia, cuyas travesuras y malas artes no llegan generalmente al crimen y jamás tocan en la verdadera degradación y depravación, siendo más bien efecto de la necesidad, y limitándose á lo indispensable para satisfacerla. En tal sentido, no ya la novela picaresca, sino el tipo del pícaro, es puramente espa-

ñol. Puede decirse que el pícaro, en medio de su vida culpable y aventurera, conserva cierta dignidad y nobleza capaces de rehabilitarle y hacer de él un hombre honrado y útil á la sociedad, como sucede, en efecto, en varias de las novelas. En las demás literaturas y en los demás pueblos falta por completo este tipo, mezcla de truhán y de hombre de bien, y compuesto de ignorancia y de agudeza. Si á alguno se parece en el mundo literario, es al gracioso del teatro español, que también tiene cualidades buenas en medio de sus defectos, y el pícaro y el gracioso son producto exclusivo de nuestras letras, sin duda porque lo son de nuestra sociedad. El hombre que rompe el freno de la ley moral y del decoro en los demás países y literaturas, cae fácilmente en las mayores abyecciones, siendo un delincuente vulgar ó un criminal odioso. Nada de esto sucede con el *pícaro,* que inspira lástima y simpatía, aun en sus mayores extravíos, los cuales más parecen esfuerzos del ingenio y recursos del hambre mal sufrida, que fruto de perversidad.

368. Algunos autores entienden que el pícaro procede del mismo hidalgo castellano, y dicen que el altivo carácter nacional soporta mal la indigencia y el trabajo humilde cuando se han podido tener otras aspiraciones; es decir, que el castellano, acostumbrado á las batallas, honrado en la sociedad y decaído de fortuna, antes que en menestral ó mendigo, se convierte en *pícaro* para disimular en parte su pobreza, sin someterse á una ruda labor que le proporcione el necesario sustento. Algo de verdad hay en estas observaciones, y quizá los autores de novelas picarescas tendrían presente esta clase de personas en nuestra sociedad; pero en la mayor parte de los casos, el *pícaro* que pintan no es un hombre que ha descendido en su posición social, sino un pobre muchacho, generalmente sin padres y sin medios de vivir, y de espíritu aventurero.

En cuanto al origen de esta novela picaresca, creen algunos que está en la *Celestina ;* mas aunque allí hay personas de humilde clase que ganan por malos medios, no tienen verdadera semejanza con el pícaro, ni el argumento y el sentido

general de la obra se parecen á la novela picaresca. Otros creen que ésta procede de los *cuentos populares*, lo cual tiene más fundamento, por cuanto en ellos hay muchas veces tipos y sucesos parecidos á los que forman la novela; pero lo probable es que la novela picaresca española sea un género realista, es decir, un género especial de novela de costumbres, habiendo tomado los novelistas los caracteres y los hechos de la misma sociedad en que vivían; por cuanto, como queda indicado, el español pobre, pero agudo de entendimiento y de ánimo resuelto, ni hoy, ni antes, se parece al vividor ni al ladrón vulgar. En los mismos tiempos que corren, y en que tanto se han uniformado las costumbres en nuestras mismas cárceles, en nuestros mismos tribunales de justicia, aparecen en ocasiones personas cuya vida miserable y delincuente tiene todas las condiciones con que pintan al antiguo pícaro nuestros novelistas.

369. La primera novela picaresca que aparece en España es el *Lazarillo del Tormes*. Su autor fué el gran político, historiador y poeta D. Diego Hurtado de Mendoza, que lo escribió siendo estudiante en Salamanca por los años 1520 á 1523. En 1553 se publicó en Amberes, sin nombre de autor, callándolo Mendoza por respeto á la gran posición política que entonces tenía. Lázaro, protagonista de la obra, es un rapaz travieso, que cuenta su vida desde que era niño: empieza por servir á un ciego, y enemistado con él y movido por el hambre, inventa muchas trazas para vivir, sirviendo sucesivamente á un clérigo, á un escudero, á un fraile de la Merced, á un bulero, á un capellán, á un *alguacil*, y termina la novela súbitamente, casándose Lazarillo con la criada de un arcipreste, á quien sirve por último. El *Lazarillo* está escrito con gran facilidad y soltura y en el estilo vivo y animado que distingue á su autor. Abunda en rasgos satíricos y maliciosos, pinturas de costumbres, chistes y percances cómicos; pero, como en todas las novelas picarescas, hay en esta obra reprensible licencia de lenguaje, y cuadros nada buenos, y cierta amargura por el exagerado ó triste color que tienen algunas escenas, v. gr.: habiendo castigado el ciego á Lázaro

porque le había hurtado un chorizo, el rapazuelo quiso vengarse, y en una ocasión hizo dar al pobre ciego contra una esquina, diciéndole que debía haberla olido, así como supo oler el chorizo; burla demasiada y censurable por la aflictiva situación del desgraciado que es víctima de ella. La fama y popularidad del *Lazarillo*, sin embargo, fué tan grande, que de entonces quedó el nombre genérico de lazarillos á los criados ó acompañantes de los ciegos [1].

370. Del mismo género que el *Lazarillo* es el *Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán. Poco se sabe de este ingenio, que se titula criado de Felipe II. Era sevillano, y en su obra titulada *Ortografía castellana*, llama repetidamente madrastra á su ciudad natal; estuvo en América, y no se sabe cuándo murió. En 1599 publicó en Madrid su *Guzmán de Alfarache*, intitulando esta obra *Atalaya de la vida humana*. Sigue en ella el mismo plan que Hurtado de Mendoza en el *Lazarillo*: Guzmán cuenta su vida desde que fué concebido, llenando su relato de digresiones y reflexiones morales; y como le ocurrieron muchas aventuras siendo mendigo, paje, criado y ladrón de oficio, por lo cual se vió condenado á las galeras, la relación resulta muy larga y la novela peca por su grande extensión. Hay, además, en ella excesiva monotonía y pesadez por intento manifiesto en el autor de compensar ó neutralizar con las reflexiones y disertaciones filosóficas y morales, los cuadros harto libres que abundan en la obra. Por lo demás, Mateo Alemán escribe con facilidad y donaire, y no le faltan intención y fuerza satírica. Tiene su novela episodios enteramente extraños á la acción y de grandes dimensiones, como los de *Osmín* y *Daraja, Dorotea*, etc., y por todo ello no alcanzó el *Guzmán de Alfarache* la popularidad que el *Lazarillo* y algunas otras obras de su especie.

[1] Hay una segunda parte del *Lazarillo*, de autor anónimo, en diez y ocho capítulos, y es mala. Hace convertirse á Lazarillo en atún, y por medio de alegorías, explica muchas cosas que no se entienden, por ser alusiones propias de aquel tiempo; y en el siglo XVII publicó en París otra tercera parte del *Lazarillo* un llamado H. Luna, que se dice intérprete de lengua española, y cuyo estilo no carece de facilidad y gracia.

371. Entre ellas es notable la titulada *Vida del escudero Marcos de Obregón.* Su autor es Vicente Espinel, hombre docto y poeta estimable, que la publicó en 1618. *Marcos de Obregón* es, como *Guzmán de Alfarache* y el *Lazarillo,* un aventurero que refiere su propia historia, llena de peripecias y de variadísimos sucesos. Abandona su casa para probar fortuna; es estudiante, soldado, viajero y cautivo; recobrada la libertad, vuelve á su patria, y entra al servicio de varias personas, refiriendo al cabo su historia para ser útil con sus consejos y las lecciones de su experiencia. El fin del autor es notoriamente bueno, y su novela, que está primorosamente escrita, abunda en máximas y reflexiones de toda especie, no tan pesadas como las que hacen languidecer la acción del *Guzmán de Alfarache.* Vicente Espinel, tiene, sin duda, grandes talentos narrativos, y la acción de su libro se desarrolla fácil, sencilla y siempre animada, sin decaer un momento y sin fatigar por exageradas complicaciones, y nunca afean el relato cuadros tan poco edificantes como los que se observan en las demás novelas de esta clase [1].

372. Modelo del género en sus aciertos y en sus extravíos, es el *Buscón* ó *La vida del gran tacaño,* de Quevedo. El protagonista es también un muchacho, Pablos, que, para matar el hambre, tiene que ingeniarse de mala manera; no sirviéndole, ni el asociarse á una cuadrilla de vividores, que, á pesar de sus robos y malas artes, no salen de la miseria. Esta obra, como dice el Sr. Fernández-Guerra, se recomienda por la singular economía en la narración, interés en los sucesos, verdad en los retratos, viveza en las descripciones, aventuras amorosas delineadas con gallardía, sales y agudezas á manos llenas prodigadas, y aféanla algunas palabras y escenas que repugnan. Este juicio es exacto, y, como queda insinuado, si todas las novelas picarescas tienen de malo la excesiva desnudez de algunas pinturas, y lo grosero de ciertas escenas y del lenguaje, Quevedo se deja llevar de esta ten-

[1] El P. Isla trató de demostrar que de esta obra se sirvió Lesage para escribir su *Gil Blas;* y es cierto que en ambas novelas hay muchos episodios semejantes.

dencia, hasta un punto verdaderamente triste; pues, Pablos, el muchacho, habla con desenfado de la dudosa virtud de su propia madre, del fin desastroso de su propio padre y de otras cosas que hacen la sátira muy amarga. Por lo demás, hay escenas y cuadros animadísimos y llenos de gracia, como la incomparable caricatura del licenciado Cabra, y lo que con él se relaciona. Habiendo Pablos entrado á servir á un caballerito de Segovia, determinó el padre de éste que su hijo, con Pablos, entrase de pupilo en casa del tal licenciado, que tenía por oficio educar hijos de caballeros: he aquí como Pablos pinta al licenciado Cabra:

«Él era un clérigo cerbatana, largo sólo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo.... Los ojos avecindados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y obscuros, que era buen sitio el suyo para tienda de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se la había comido de unas bubas de resfriado, que aún no fueron de vicio porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de pura hambre parecía que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los había desterrado; el gaznate largo como avestruz, con una nuez tan salida que parecía se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor ó compás, con dos piernas largas y flacas; su andar muy despacio; si se descomponía, sonaban los huesos como tablillas de San Lázaro; la habla ética; la barba grande, que nunca se la cortaba por no gastar, y él decía que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaría matar que tal permitiese: cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traía un bonete los días de sol, ratonado con mil gateras y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con fondos de caspa. La sotana, según decían algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenían por de cuero de rana; otros decían que era ilusión: desde cerca parecía negra, y desde lejos entre azul; llevábala sin ceñidor, no traía cuello ni puños; parecía con los cabellos largos, la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podía ser tumba de un filisteo. ¿Pues su aposento? Aun arañas no había en él; conjuraba los ratones de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenía en el suelo, y dormía siempre de un lado por no gastar las sábanas; al fin era archipobre y protomiseria [1].»

[1] Otras novelas satíricas se escribieron, siendo una de las más conocidas *La pícara Justina*, publicada bajo el pseudónimo de Francisco de

373. Novelas satíricas, pero sin el carácter de las picarescas, se hicieron también muchas en España desde el siglo XVI, y algunas excelentes. Es quizá la más importante la intitulada *El diablo Cojuelo* (verdades soñadas y novelas de la otra vida). Su autor es el poeta dramático D. Luis Vélez de Guevara, y la fábula de que se vale para hacer una saladísima sátira contra la sociedad es sumamente sencilla: se reduce á que un estudiante sacó al diablo de una redoma en que le tenía preso un mágico, y el diablo, agradecido, lleva al estudiante por el aire, y levantando los tejados de las casas de Madrid, de noche, le presenta los secretos que encierra, y después van dando saltos ó *trancos* por toda España. Está dividida la obra en diez capítulos ó *trancos*, por suponer el autor que el diablo y el estudiante recorren la Península á saltos ó *trancos*. Las costumbres de la corte, especialmente las de los pícaros y de los literatos, están magistralmente pintadas, siempre con intento satírico, y si no fuese por la afectación y cierto mal gusto, muy común en aquella época, *El diablo Cojuelo* se hubiera hecho enteramente popular. Tuvo, sin embargo, grandísima boga en España, y pasó los Pirineos, siendo traducido por Lesage.

—Jerónimo de Alcalá, médico de Segovia, escribió otra novela satírica, titulada *El donado hablador* ó *Alonso, mozo de muchos años*, que es parecida en el plan á las novelas picarescas. El protagonista, que se llama Alonso, es donado de un convento, y refiere al Vicario su vida, empleada en haber sido criado de militares, nobles, viudas, médicos, poetas, pintores, etc., de lo cual se vale para hacer la crítica de todas las clases sociales. El lenguaje es castizo, el estilo llano y el plan sencillo; pero resulta una obra pesada, por estar en diá-

Úbeda, que parece ser un Dominico llamado Andrés Pérez de León; es una obra pesadísima y larga, en cuatro partes: *la pícara montañesa, la pícara ramera, la pícara pleitista* y *la pícara novia*, hasta casarla con Guzmán de Alfarache. *El Estebanillo González*, de Estéban González, bufón del duque de Amalfi; *Periquillo el de las Gallineras*, de Francisco Santos; *La garduña de Sevilla y Anzuelo de las bolsas*, de Castillo Solórzano, son también novelas picarescas.

logo, y por las disertaciones y reflexiones que interrumpen el relato [1].

—Análoga á ésta, es la novela titulada *Día y noche de Madrid*, escrita por Francisco Santos, natural de la corte, criado de la Casa Real, que murió á fines del siglo XVII. En esta novela, un cautivo de Argel, que entra en Madrid con otros trescientos, tropieza con el criado de un convento que había sido mendigo, el cual le sirve de guía y de *cicerone*, enseñándole la corte y pintando las costumbres con anécdotas y animadas pinturas, y concluyendo con la historia que el cautivo hace de sus aventuras en Italia, España y Argel. Algunos de los cuadros, como el de las casas de juego y el de los hospitales, están muy bien hechos [2].

374. Otra especie de novelas que alcanzan extraordinaria boga en España, como en casi toda Europa, son las *Pastoriles*. Empezaron éstas en Italia con *La Arcadia* de Sannazaro; y en España, el portugués Jorge de Montemayor [3], escribió, á imitación suya, la *Diana enamorada*, que fué publicada en Madrid en 1545. El autor pone la escena en las orillas del Esla y campo de León, que puebla de pastores y pastoras, todos víctimas de amorosas ansias, y á esto se une el anacronismo de suponer allí un templo de Diana, donde vive la sabia Aricia, y donde se reunen muchas pastoras, que cuentan historias tristes de amor. Lo propio hacen los pastores del Esla, cantando cada uno las aventuras de su vida.

[1] Tiene dos partes: la primera se publicó en 1624.

[2] Francisco Santos fué autor muy fecundo, y además de la novela citada y la mencionada en otra nota, por ser picaresca, tiene otra novela satírica, titulada *La verdad en el potro y El Cid resucitado*, y es una visión ó sueño satírico en que el Cid y otros personajes ilustres obligan á la verdad á que cuente las cosas conforme suceden y han sucedido.

[3] Son escasísimas las noticias del autor. Nació hacia 1520 en Montemayor, cerca de Coimbra. Siguió la carrera de las armas, y después, por sus conocimientos como músico, formó parte de la capilla de Felipe II, teniendo ocasión de visitar los Países Bajos, Alemania é Italia. Bartolomé Ponce afirma que fué muerto en desafío por una cuestión de celos.

Jorge de Montemayor refiere sus propios amores, presentándose bajo el nombre del pastor Sireno, y, según él mismo advierte en el prefacio de la novela, todos los pastores de la Diana son personajes reales con nombre de pastores [1]. El éxito de la *Diana* fué extraordinario, y lo merecería por la elegancia y fluidez del estilo y del lenguaje, por el primor de algunas descripciones y por el mérito que tienen algunos de los versos que intercala en el relato; pero la *Diana*, como casi todas las novelas pastoriles y demás composiciones bucólicas, peca grandemente de afectación y amaneramiento en la expresión de los afectos, y más aún en las ideas, habiendo en el libro, como queda indicado, una mezcla inadmisible de paganismo y mitología, con las costumbres y personas modernas y cristianas.

375. La *Diana* tuvo varias continuaciones é imitaciones. El mismo Montemayor, que dejó su obra incompleta, encargó que la terminase á un médico de Salamanca, llamado Alonso Pérez. La segunda parte, debida á éste, es muy inferior á la primera. Gil Polo publicó también en 1654 una continuación de la *Diana enamorada*, con el mismo nombre, en la cual insertó las famosas quintillas de la canción de Nereo, que empiezan: *En el campo venturoso*, etc. [2].

Imitaciones de la *Diana* y novelas pastoriles de toda especie, se escribieron muchísimas en todo el siglo XVII, siendo las más conocidas *El pastor de Filida*, de Luis Vélez de Montalvo; *La Galatea*, de Cervantes; *El siglo de oro en las selvas de Erífile*, de Balbuena; *La Arcadia*, de Lope de Vega; *La constante Amarilis*, de Cristóbal Suárez de Figueroa, etc. En general, hay gran falsedad en todas estas novelas, por la

[1] Diana era una dama de Valencia de Don Juan, á quien Felipe III y su esposa Doña Margarita visitaron con toda la corte en su casa en 1602 al regresar de León y Valladolid, y todavía no había perdido enteramente la hermosura.

[2] La *Diana* de Montemayor sirvió, además, de modelo á *La Astrea de D'urfue*, famosa novela pastoril, madre y cabeza de otras muchas en la literatura francesa, y fué, en parte, imitada por Shakespeare en *Los dos caballeros de Verona*.

excesiva afectación del lenguaje, impropio enteramente de la ocasión y de las personas, puesto que los pastores hablan como cortesanos y aun eruditos. Balbuena es, quizá, la única excepción en este punto, porque escribe del campo con naturalidad y sencillez, y esta misma apreciable cualidad tienen las églogas que inserta en su novela citada.

376. La *novela histórica* aparece también, como se ha dicho, en siglo XVI, y está representada por Ginés Pérez de Hita, vecino de Murcia, nacido en Mula. Entre otras obras, escribió *Las guerras civiles de Granada*. En 1595 publicó la primera parte, que es una verdadera novela histórica, relativa á los últimos tiempos del reino granadino, en la cual, respetando la verdad de los principales acontecimientos, llena la narración con sucesos de su inventiva. Las costumbres caballerescas de los moros de la ciudad del Genil; las rivalidades y las luchas entre abencerrajes y zegríes; todo aquel animado cuadro de aventuras, desastres, amores y venganzas, aparece fielmente pintado por el escritor español, que hace revivir los principales personajes de los últimos tiempos de la dominación musulmana. Pérez de Hita, además, intercala en la narración multitud de romances, que, en general, son bellísimos, y tienen toda la frescura y galas que caracteriza á los romances moriscos castellanos. No estará de sobra hacer notar que á los poetas y novelistas españoles, mucho más que á los árabes, se debe el que éstos aparezcan en los últimos tiempos de su vida en España, dotados de bellas condiciones de carácter y llenos de espíritu caballeresco. Quizá nuestros escritores, por la tendencia que siempre hay á embellecer lo pasado y lo lejano, ponían en los moros sus propios sentimientos y aspiraciones. Ginés Pérez de Hita no contribuyó poco á esto con su novela, que es interesante y dramática, y está escrita en un lenguaje correcto y en un estilo primoroso, lleno de calor y de vida. La *Segunda parte de las guerras de Granada* se publicó en 1619, y no tiene relación con la primera Es una historia novelesca de la guerra contra los moriscos, en que tomó parte el mismo Hita, al mando del marqués de los Vélez. Esta segunda parte tiene las mismas excelentes

cualidades y formas que la primera; pero no es tan dramática ni pintoresca.

377. También son de este tiempo las *Novelas cortas*. Las primeras que tenemos en el siglo XVI son dos colecciones de Juan de Timoneda, librero de Valencia, editor y amigo de Lope de Vega, como se ha dicho ya. Una de ellas se titula *El Patrañuelo,* y se compone de veintidós anécdotas, ó cuentos, ó patrañas, como los llama el autor, encabezándolas con una redondilla, que resume el argumento de cada uno. El libro se publicó en Alcalá en 1576; pero consta su aprobación en Valencia diez años antes. La otra colección se intitula *Sobremesa y Alivio de caminantes;* está dividida en dos partes: la primera tiene ochenta y ocho cuentos, y la segunda setenta y tres, cincuenta de los cuales son explicación de frases en proverbio, por ejemplo: *Por qué se dijo amor con amor se paga.* Á esta colección antepuso Timoneda otros doce cuentos, de un tal Juan Aragonés. Los cuentos de Timoneda son variados y entretenidos, muchos de ellos recogidos de la boca del vulgo, poniendo de su parte el autor la redacción y el estilo, que merecen elogios por la sencillez y naturalidad que tienen, excesivas en ocasiones, porque á Timoneda le faltan las condiciones de verdadero literato.

—Á la clase de *novelas cortas,* pero de carácter histórico, pertenece *El Abencerraje y la hermosa Jarifa.* Su autor fué Antonio de Villegas, de quien no hay noticia, y de quien se dice que escribió un libro de cuentos varios, que es gran lástima se haya perdido. *El Abencerraje* es un cuadro primoroso de costumbres caballerescas que relata la conocida aventura de Rodrigo de Narváez, el cual, habiendo hecho prisionero al Abencerraje, y viéndole excesivamente triste, le pregunta la causa, y sabe que la noche en que cayó prisionero de los soldados cristianos iba á desposarse con su amada *Jarifa.* El caudillo castellano le da entonces libertad, bajo palabra de que ha de volver á la prisión. El moro, agradecido, vuela lleno de gozo adonde le esperaba Jarifa, á la cual, cuando llega la hora de la separación, tiene que comunicar que es cautivo de un noble español á cuya generosidad debe haber

ido. Jarifa entonces toma sus joyas y sus riquezas, y parte con el Abencerraje á ponerse en manos de Rodrigo de Narváez, diciéndole que tome lo que quiera por el rescate de su esposo, ó que la permita compartir su cautiverio. El caballero castellano da á los dos libertad generosamente, quedando ya en adelante amigo del moro. Este hecho, que tiene interés histórico, está bellamente pintado por Villegas con tal corrección de lenguaje, con tan sobria elegancia de dicción y tan noble y gallardo estilo, que, desde el punto de vista literario, no tiene superior en la literatura castellana, y si algún reparo hay que hacerle á la parte moral, lo atenúa un poco la acción el ser entre musulmanes.

—Tirso de Molina cultivó también el cuento ó la novela corta. En su obra titulada *Los cigarrales de Toledo*, publicada en 1621, hay una entretenidísima y escrita con toda la gracia y donaire que campea en las producciones cómicas de este agudísimo escritor. Titúlase *Los tres maridos burlados*, y la trama consiste en el ingenio de tres mujeres que se disputaban un diamante, y había de ser para la que hiciese á su marido la burla más pesada. Una de ellas, en connivencia con varios amigos, le hace creer que ha muerto y le han enterrado, escalonando diversas gentes que hablan, oyéndolo él al pasar, primero de su enfermedad, y luego de su entierro, y encontrándose el marido, al ir á su casa, á la mujer y á la criada vestidas de luto, que se espantan al verle y al oirle, suponiéndole un alma en pena. Otra envía á su marido á buscar al médico, y mientras el pobre cumple esta obligación, vienen varios vecinos del barrio, ponen un rótulo de *Posada* encima de la puerta, cambiando ésta, y arman un gran baile y alboroto, que encuentra el marido al regresar, cuando pensaba hallar á su esposa moribunda. Le despiden con malos modos cuando llama, aunque él se empeña, con razón, en decir que aquella es su casa; y cansado, aburrido y mojado hasta los huesos, porque llovía, mientras va á casa de un amigo á contar lo que ocurre, los que alborotaban en la suya se retiran precipitadamente, y ponen todo en el mismo orden que antes tenía, y al volver el marido con su amigo,

llega á creer que ha visto visiones, pues ni había ya posada, ni baile, ni nadie le confiesa que lo hubiese habido. La tercera envía á su marido á un convento, de que era guardián un hermano de ella, y, mediante un narcótico, le pelan y le visten de fraile, viniendo un lego á despertarle á la hora de los maitines. El hombre se sorprende y asusta lo que es de suponer, jurando y perjurando que ni es ni fué nunca fraile; pero le hacen entender que era ésta una manía reciente que se curaba con buenas disciplinas. Pasado algún tiempo, envían al forzoso fraile con un lego á recoger limosna, llevándole de intento cerca de su casa, cuando estaba su mujer á la puerta; quiere ir á su lado, ocasionando esto escándalo y las correspondientes disciplinas, hasta que, en otra ocasión, y á beneficio de otro narcótico, vuelven al pobre marido á su hogar, encontrándose, cuando despierta, con su mujer, la cual le hace pensar que todas las aventuras que le cuenta las ha soñado, pues no había ocurrido nada de eso, y él se había acostado la anterior como todas las noches.

—D. Juan Pérez de Montalbán también escribió las novelas tituladas *La villana de Pinto* y los *Primos amantes*, bajo el común título de *Sucesos y prodigios de amor*, y otra bella novela sobre un cautivo de Argel, titulada *La desgraciada amistad*.

—Entre otros muchos autores, merecen citarse, por ser damas, doña María de Zayas y Sotomayor, también poetisa, y que escribió en prosa y verso novelas ejemplares primero y luego novelas y saraos [1]. Sus más conocidas novelas son: *El castigo de la miseria*, *La fuerza del amor* y *El juez de su causa*; la primera es una censura del vicio de la avaricia; en la segunda pinta á una joven cuyo marido la trata muy mal, sufriendo ella y llegando á ir por él á los sitios más pavorosos. En *El juez de su causa* presenta una mujer que, robada por los moros, estuvo en Túnez, donde peleó como un hombre; y luego en Valencia, siendo juez, salvó á su amante, acusado del rapto. Doña María de Zayas, ardiente

[1] Las primeras se imprimieron en Zaragoza en 1618, y las segundas en 1647.

defensora de las mujeres, tiene facilidad y claridad de expresión; pero el argumento de sus obras, aunque no carece de interés, está mal conducido y el estilo peca de afectado [1].

378. Otra multitud de novelas cuenta la literatura española en este siglo, habiéndolas, como se dijo al principio, heroicas, amatorias, alegóricas, etc., etc. Las más conocidas son *La historia de los amores de Clareo y Floricea, y de los trabajos de Isea*, publicada en 1552 en Venecia. Su autor, Alonso Núñez de Reinoso, natural de Guadalajara, debió estar fugitivo ó desterrado en Italia, y escribió su novela con fin moral, según él dice, y para apartar al público de la afición á los libros de caballería: á pesar de lo cual, su novela más se parece á éstos que á otra cosa, siendo una serie de aventuras extraordinarias en Egipto, Damasco, Éfeso, islas y mares, con sus encantamientos y viajes sobrenaturales y fantásticos, como uno á la casa de la Fama y otro á los infiernos. Con el título de *Selva de aventuras*, el cronista del Rey, Jerónimo de Contreras, publicó en 1569 una novela, que es la historia de los amores de Usmán y Arbolea, también llena de sucesos raros y extraordinarios que ocurren á Usmán en ausencia de su amada, á la cual encuentra monja al volver á su patria, haciéndose él ermitaño; esta novela está llena de versos. Un poco más adelante, en 1615, publicó Gonzalo Céspedes de Meneses, madrileño, una novela titulada *El español Gerardo,* con el título de *Poema trágico* ó *Discursos trágicos*. Como en las anteriores, y aún más que en las anteriores, hay excesiva aglomeración y complicación de sucesos, que hacen la lectura poco entretenida, y el lenguaje adolece, además, del culteranismo que ya había invadido todos los géneros literarios. Al mismo autor pertenece otra novela titulada *El soldado Píndaro*, todavía más heterogénea y complicada en su argumento que la anterior. Más regular en el plan, pero poco amena, es también la novela alegórica de Gracián titulada *El Criticón*, aunque merece citarse además de las mencionadas; y, por último, es de saber que los libros de caballería cundieron prodigiosamente durante todo el siglo XVI, siendo cada vez más disparatados y mereciendo la censura de las personas de buen gusto y sana moral, como Malón de Chaide, Fr. Luis de Granada, Guevara y el mismo Valdés (en el *Diálogo de la lengua),* que se quejan de la perniciosa influencia de la caballería, cuyos sucesos eran creídos por muchos: *el se-*

---

[1] Doña Mariana Carvajal, de la familia ducal de San Carlos, publicó una colección de novelas tituladas *Navidades de Madrid ó noches entretenidas.*

ñor Amadís ha muerto, dijeron llorando una señora y sus hijas al padre de éstas, al entrar una vez en su casa [1]. Y durante todo el siglo XVI no aparece una novela caballeresca que pueda compararse con los Tirantes y Palmerines y otras del siglo XV, que al cabo tienen algún interés y regularidad en la fábula. Los libros de caballería decayeron, por sus extravíos y extravagancias, en descrédito cada vez mayor, hasta que acabó con ellos la sátira inmortal del *Quijote*.

LECCION LVI

CERVANTES.—SUS NOVELAS.

381. Vida de Cervantes.—382. Sus novelas: *La Galatea*.—383. El *Pérsiles y Segismunda*.—384. *Novelas ejemplares*.—385. Su gran valor literario.

381. El primer novelista español, *príncipe de los ingenios*, y uno de los hombres más famosos en la Literatura universal, es, por testimonio unánime de los críticos y de la posteridad toda, MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA.

Aunque se ha disputado mucho sobre la cuna de CERVANTES, parece cada vez más cierto que nació en Alcalá de Henares, en 9 de Octubre de 1547, siendo su padre Rodrigo de Cervantes, pobre caballero, y su madre doña Leonor de Cortina. Aunque no tenían bienes de fortuna, enviaron á su hijo á estudiar á Madrid, donde, bajo la dirección de Juan de Hoyos, cursó Humanidades, escribiendo muy joven una composición poética en honor de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II, que había hecho su entrada en la corte en 24 de Octu-

1 Así lo cuenta Francisco de Portugal en su *Arte de la galantería*, publicado en 1630. Este llanto, sin embargo, ha ocurrido en la época de la literatura sentimental, como en los tiempos del romanticismo, sin que por eso se creyera en la verdad de los sucesos.

bre de 1568. Á los veintiún años de edad, y terminados sus estudios, entró Cervantes al servicio del cardenal Acquaviva, venido á Madrid para favorecer la coalición que dió por resultado la memorable jornada de Lepanto. Cervantes, alistándose en la compañía de D. Diego de Urbina, que pertenecía al tercio del marqués de Moncada, tomó parte como simple soldado en aquella gran batalla, y combatió valerosamente en la galera que se apoderó del estandarte real de Egipto, recibiendo una herida que le dejó manco. En Mesina fué curado, pero no obtuvo la recompensa á que parece que era acreedor por su valiente comportamiento. Á las órdenes de D. Lope de Figueroa peleó en África, embarcándose después en Nápoles, con su hermano Rodrigo, en la galera titulada *Sol,* trayendo recomendaciones de D. Juan de Austria; pero la galera fué presa de los corsarios berberiscos, y Cervantes conducido á Argel, donde vivió cautivo con otros como esclavo de un renegado veneciano llamado Dalí Mamí. Cinco años duró su cautiverio, que soportó varonilmente, y en el cual no le faltaron aventuras interesantes y lances peligrosos, en varias ocasiones en que intentó vanamente recobrar su libertad: obtuvo ésta al fin, gracias á los religiosos de la Merced, siendo rescatado por el P. Aedo, mediante una suma de 500 escudos de oro. Ya en su patria, pero falto de recursos, viéndose en la necesidad de vender ó empeñar la dote de su hermana, sirvió á las órdenes del duque de Alba, especialmente en la expedición dirigida contra las Islas Terceras en 1582, retirándose luego á Alcalá, donde casó con doña Catalina de Salazar, dama tan pobre como noble y virtuosa.

Obligado á escribir para sustentarse, se dedicó al teatro, pero con escaso éxito, por haber aparecido entonces el *monstruo de la naturaleza,* como llama él á Lope de Vega, que se alzó con el cetro de la monarquía cómica; y poco después le vemos pobre y triste en Sevilla, en la necesidad de aceptar el empleo de factor para la provisión de la marina, solicitando como un gran favor pasar á las Indias, refugio y socorro de los desamparados de España; pero entonces le dieron una comisión en el Consejo de Contaduría Mayor, el cual le ocasionó

muchos disgustos y ser preso dos veces por cuestiones de contabilidad y de reglamento. Obtenida la libertad, vivió obscuramente algunos años, ocupado, entre otras cosas, en recaudar las rentas del Priorato de San Juan de Consuegra, volviendo á ser preso en Argamasilla de Alba, con motivo de los disgustos y quejas de los deudores. En 1605 publicó la primera parte de su *Ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha,* cuyo extraordinario éxito prueban las cuatro ediciones que se hicieron el mismo año, y el intento de robarle la propiedad ó el pensamiento de su obra con una segunda parte falsa, de que luego hablaremos. Pero, á pesar de eso, Cervantes siguió viviendo estrechamente en Valladolid con su familia, que se componía entonces de cinco personas : su mujer, su hija natural, su hermana doña Andrea, una hija de ésta y otra persona religiosa que llama hermana. Otra vez fué preso en Valladolid con ocasión de un duelo que ocurrió en su calle, hasta que probó su absoluta inculpabilidad. Sin lograr nunca verdaderos protectores, ni en el duque de Béjar, á quien dedicó la primera parte del *Quijote,* ni el conde de Lemos, á quien dedicó sus *Novelas ejemplares* en 1613 y la segunda parte de *Don Quijote* en 1615, pudo publicar ésta, gracias á los buenos oficios del arzobispo de Toledo, D. Bernardo de Sandoval, que allanó los obstáculos que presentaba la censura. Por esta época su salud se había alterado considerablemente, á pesar de lo cual acababa de escribir el *Pérsiles y Segismunda*, última de sus obras, diciendo en la dedicatoria al mismo conde de Lemos : *Ayer me dieron la Extremaunción, y hoy escribo ésta*. Murió el 23 de Abril de 1616, siendo enterrado en la iglesia del convento de las Trinitarias, donde era profesa su hija Isabel ; pero sin que se pueda decir hoy cuál es la sepultura que guarda los restos del más grande ingenio de nuestra patria. La posteridad ha sido más justa con Cervantes que lo fueron sus contemporáneos, y hoy es su nombre repetido y celebrado en todas partes, y su estatua adorna una de las plazas más aristocráticas de la corte.

382. Cervantes, que, como sabemos, escribió comedias y sainetes, se distingue principalmente como novelista, de-

biendo su celebridad á las que llama *Novelas ejemplares* y al *Quijote.* Antes de esto había escrito, como queda indicado en sus noticias biográficas, *La Galatea,* novela pastoril, con todos los defectos del género. Hay en ella gran riqueza de incidentes y un argumento muy complicado, que no llegó á desarrollarse, pues el autor no escribió su segunda parte como lo había prometido. Además de la consabida mezcla de la mitología con el cristianismo, *La Galatea* tiene un estilo en general amanerado, y la fábula está llena de disputas fútiles, juegos de palabra, acertijos y versos no más que medianos. Algunos pasajes son interesantes, como la historia de Sileno y la prisión de Timbro por los moros, que recuerda los trabajos del autor. Lesage la tradujo con algunas modificaciones.

383. El *Pérsiles y Segismunda* es la última producción de Cervantes, que escribió, como queda dicho, la dedicatoria al conde de Lemos, después de recibir la Extremaunción. Se equivocó Cervantes creyendo que ésta era su mejor obra; pues dista mucho de poder compararse, no ya con *Don Quijote,* pero ni con las *Novelas ejemplares.* El *Pérsiles* es una imitación de la novela griega de Heliodoro; éste había llamado *Historia Etiópica* á su libro, que cuenta los amores y extraordinarias aventuras de Teagenes y Clariquea. Acaso tuvo también presente Cervantes la novela española llamada *Selva de aventuras,* de que queda hecho mérito en otro lugar. Puso el título de *Historia septentrional* á su novela, en la cual refiere también los amores y sucesos extraordinarios de dos príncipes del Norte, que van en peregrinación á Roma, disfrazados con los nombres de Periandro y Auristela; extraviados de su comitiva, se ven en la precisión de andar con malas gentes; fingen ser hermanos, y sus amores, castos y platónicos, dan lugar á un argumento demasiado frío. Conociéndolo sin duda el autor, procura sostener el interés con multitud de episodios, harto complicados y no siempre verosímiles, que fatigan y no despiertan verdadero interés. Algunos, como el de Ruperta, son buenos; pero otros, colocados en países imaginarios del Norte, tienen poquísimo que alabar, haciendo de la novela un verdadero libro de caballería. En cuanto al lenguaje

y estilo, tienen toda la fluidez y armonía de las obras maestras de su insigne autor.

384. *Las novelas ejemplares* son una preciosa colección, á que dió Cervantes este nombre, porque, al contrario de lo que sucedía con otras muchas, eran honestas, pudiéndose sacar de ellas algún provechoso ejemplo. Las escribió en varias épocas de su vida; y como prueba, y para ver el éxito que alcanzaban, intercaló dos en el *Quijote (El cautivo* y *El curioso impertinente).* En 1613 coleccionó doce, dedicándolas al virrey de Nápoles y conde de Lemos, D. Pedro Fernández de Castro: dice en el prólogo, que *es el primero que ha novelado en castellano;* pero atendiendo, no al nombre, sino á la naturaleza de sus creaciones, esto no es exacto, por cuanto antes que él había habido, como queda indicado en la lección anterior, multitud de novelas, bien que se llamaban Historias, Fábulas pastorales, Libros de caballería, Pasatiempo, etc., etc. La colección comprende las novelas siguientes: *La gitanilla, El celoso extremeño* y *El casamiento engañoso,* que son de costumbres; *El licenciado Vidriera* y *El diálogo entre los dos perros Cepión y Berganza* (incluida en *El casamiento engañoso),* que son satíricas; la de *Rinconete y Cortadillo,* que puede clasificarse como picaresca, y las tituladas *El amante liberal, La española inglesa, La fuerza de la sangre, La ilustre fregona, Las dos doncellas* y *La señora Cornelia,* que pueden considerarse como eróticas. Las mejores son las satíricas, incluyendo en ellas el *Rinconete y Cortadillo* y las de costumbres. En *La gitanilla* pinta muy bien las costumbres de esa raza vagabunda de origen misterioso y de hábitos tan tristes como tenazmente arraigados, y presenta una pobre muchacha, *Preciosa,* que siendo de noble origen, que desconoce, se ve obligada á vivir entre gitanos y á ganar el sustento por su habilidad en el canto y en la música.

De este modo describe Cervantes á la gitanilla Preciosa:

«....Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera retratar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del

cielo, á quien más que otras gentes, están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos: y, lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba, no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razonada; y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algún género de deshonestidad: antes por ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas; y, finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas. Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire, porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta, habían de ser felicísimos atractivos é incentivos para acreditar su caudal»....

— En *El Celoso extremeño* presenta un viejo, Carrizales, casado con una joven á quien mantiene en perpetuo encierro; sin embargo de lo cual, y á fuerza de astucias, logra verla y enamorarla un joven, fingiéndose cojo y tullido. El pobre Carrizales se muere de pena al descubrir lo que ocurre y perdona á su mujer, dotándola, para que pueda casarse con el joven, conociendo que había hecho muy mal en sacrificarla.—*El casamiento engañoso* es el cuento de un infeliz que, falto de recursos, se fía de una mala mujer que le abandona, dejándole completamente limpia la bolsa [1].

—En *El licenciado Vidriera* tuvo presente Cervantes la historia del erudito Gaspar Barthio, á quien la desmedida afición á las pastorales y otras obras, produjo la manía, que le duró diez años, de creer que era de vidrio, no consintiendo que nadie se acercase á él. Cervantes supone en su novela al Licenciado hombre sabio, que tiene la manía de creerse de vidrio porque le dieron hechizos en un membrillo para hacerle que

[1] *La tía fingida* es una novela parecida á ésta; pero Cervantes pinta en ella demasiado libremente las mañas de las mujeres que pervierten la juventud y comercian con delitos. Se ha publicado esta obra recientemente por primera vez, aunque con lagunas, por no ofender la pública honestidad.

quisiera á una dama (como si se forzase el albedrío, dice Cervantes). La fama del Licenciado fué causa de que le llevasen á la corte, que estaba en Valladolid, donde el monomaníaco habla chistosamente de poetas, pintores, médicos, cómicos, jueces, etc., y por aquello de que los niños y locos dicen las verdades, Cervantes se vale de su licenciado Vidriera para satirizar á todo el mundo. Termina la fábula curando al Licenciado un fraile Jerónimo, en quien se supone que Cervantes alude al P. Ponce, inventor del sistema de lenguaje para los sordo-mudos, mucho antes que el abate L'Epée.

—Mejor aún que las citadas es la novela que llamó *Coloquio de los perros Cepión y Berganza* (incluida, como ya se ha dicho, en el *Casamiento engañoso).* Como indica su título, Cervantes se valió del apólogo en esta obra, que tiene por interlocutores á dos perros del hospital de la Resurrección de Valladolid. Berganza cuenta á Cepión su historia, diciendo que nació en el matadero de Sevilla; y con este motivo refiere la vida de los perdidos y matones y gente de mal vivir que abundaban en aquella ciudad. Después sirve á un mercader, cuyos hijos estudiaban con los PP. Jesuítas, de quienes habla con elogio, y pinta la vida de los estudiantes, la mala conducta de los esclavos negros, y otras cosas relacionadas con la vida de colegio. El perro sirve luego á un alguacil, á un tambor, que le enseña á saltar; hablando con este motivo de los titiriteros y de los brujos, por los conjuros que su amo hacía para que el perro saltase; Berganza va luego á parar á un rancho, y más tarde á la huerta de un morisco, ocasión que aprovecha para justificar la expulsión de éstos; después cae en poder de unos cómicos, y, por último, va á dicho hospital de Valladolid, donde están enfermos un poeta, un matemático, un alquimista y un arbitrista: y haciendo la caricatura de estos personajes, termina la parte de Berganza, sin poner la contestación del otro perro, que Cervantes prometió. Este coloquio es realmente una sátira maestra, y justifica los grandes encomios que han hecho de ellas todos los críticos [1], uná-

[1] Mayans dice que es sátira lucilo-horaciana, pero no ciertamente por la estructura y por la forma, sino por la intención y la elegan-

nimes en alabar la profundidad y la observación, el acierto en la pintura de los sucesos y de los caracteres, y el donaire de la gracia y del estilo.

No menos notable es en su género el *Rinconete y Cortadillo*, cuento del género picaresco, en que se descubren los ardides de dos famosos ladrones de Sevilla, que parece existieron realmente.

He aquí la graciosa descripción que Cervantes hace de sus protagonistas Rinconete y Cortadillo:

«En la venta del Molinillo, que está puesta en los fines de los famosos campos de Alcudia, como vamos de Castilla á la Andalucía, un día de los calorosos de verano se hallaron en ella acaso dos muchachos de hasta edad de catorce á quince años el uno, y el otro no pasaba de diez y siete: ambos de buena gracia, pero muy descosidos, rotos y maltratados; capa no la tenían, los calzones eran de lienzo, y las medias de carne: bien es verdad que lo enmendaban los zapatos, porque los del uno eran alpargates tan traídos como llevados, y los del otro, picados y sin suelas, de manera que más le servían de cormas que de zapatos: traía el uno montera verde de cazador, el otro un sombrero sin toquilla, bajo de copa y ancho de falda; á la espalda, y ceñida por los pechos, traía uno una camisa de color de camuza, encerrada y recogida toda en una manga: el otro venía escueto y sin alforjas, puesto que en el seno se le parecía un gran bulto, que, á lo que después pareció, era un cuello de los que llaman valonas almidonadas, almidonado con grasa, y tan deshilado de roto, que todo parecía hilachas: venían en él envueltos unos naipes de figura ovada, porque, de ejercitarlos, se les habían gastado las puntas, y porque durasen más, se les cercenaron y los dejaron de aquel talle: estaban los dos quemados del sol, las uñas caireladas, y las manos no muy limpias: el uno traía una media espada, y el otro un cuchillo de cachas amarillas, que los suelen llamar vaqueros».

385. Las novelas ejemplares tuvieron grande éxito, y fueron traducidas inmediatamente al francés, al italiano, al inglés. En su tiempo nada parecido se había hecho en ninguna literatura, por la gran variedad de los argumentos y la intención ó tendencia que emana de ellos. No es, sin embargo, el

cia. Algunos suponen que pudo nuestro ingenio tomar el pensamiento de las *Metamorfosis* ó de *El asno de oro* de Apuleyo.

interés, ni la riqueza de la acción lo que constituye el principal mérito de las novelas ejemplares, que, por el contrario, no muestran aquella poderosa inventiva y aquel arte dramático y maravilloso que supo dar Cervantes á los más pequeños sucesos. Además, flaquean algunas veces por conceptuosas y amaneradas, y por la excesiva licencia del lenguaje y crudeza de algunos cuadros; pero como el ingenio rebosa en ellas por todas partes, y el lenguaje suele ser limpio, brillante, armonioso, y hay en todas sus páginas gran viveza de fantasía y en ocasiones de sentimiento, las novelas ejemplares son, sin género de duda, obras maestras en su clase y no desmerecedoras del portentoso autor que las produjo.

Muchos escritores trataron en seguida de imitar las novelas ejemplares; el propio Lope de Vega escribió cuatro: *La fortuna de Diana*, *Desdichado por la honra*, *La más prudente venganza* y *Guzmán el Bravo*, que no tienen, ni con mucho, los méritos de las de Cervantes, siendo muy desiguales [1].

LECCIÓN LVII

EL QUIJOTE.

386. Fama universal de el *Quijote*.—387. Justicia de su crédito.—388. Su objeto: ¿tiene un sentido oculto?—389. Carácter de Don Quijote y Sancho.—390. Ideal general de la obra.—391. Incomparables cualidades de Cervantes.—392. El falso *Quijote*.

386. La gran obra de Cervantes, que le ha colocado en la cumbre de la Literatura española, y, por tanto, al nivel, ó sobre los más insignes ingenios que ha producido el mundo,

[1] También imitaron á Cervantes: Miguel Moreno, en *La desdicha en la constancia* y en *El curioso amante*, y quizá Camerino, que publicó una novela en 1623; Ambrosio de Salazar, que dió á luz en París una obra de historias, sentencias y ejemplos, con el título de *Clavellina de recreación*, y algunos otros. Ninguno alcanzó éxito comparable al de Cervantes.

es el *Quijote*. Ningún libro en los tiempos modernos logró tanta fama ni tanta popularidad, no ya entre los doctos, como sucede con la *Divina Comedia* del Dante, *El paraíso perdido* de Milton, y algunas otras obras que forman época en la historia de las letras ó de la poesía, sino también entre el pueblo, en el más amplio sentido de la palabra, en personas de todas clases y condiciones. Ya, á poco de publicado el *Quijote*, era tal su popularidad, que se cuenta que, estando un día al balcón el rey Felipe III, vió á un estudiante que leía en un libro, riendo á carcajadas, y dijo: «Ó está loco, ó lo que lee es el *Quijote*». Y, en efecto, era el *Quijote* lo que el estudiante leía.

387. Pero ese libro, que hace y ha hecho reir á tantos jóvenes, hace también reir á los hombres graves, á los niños y á los ancianos; hace reir, de la misma manera que á los ignorantes, á los sabios, y á todos los hace pensar y meditar profundamente, y en ocasiones hasta derramar lágrimas de pena ó de compasión. Con tanto como se ha escrito acerca del *Quijote*, con tantos ingenios como han procurado comentar y explicar tan peregrino libro, todavía la materia no está agotada, ni se agotará jamás, pues hay en él algo nuevo, algo maravilloso y verdaderamente inexplicable que cada cual entiende, juzga ó siente á su manera. Éste es el secreto de la incomparable fama de la obra de Cervantes; hay en ella para todos los gustos, para todas las aficiones, para todas las edades: uno se entretendrá sólo con lo chistoso del relato y lo cómico de muchas escenas; tal otro se deleitará en la gallardía y hermosura de aquel estilo, insuperado é insuperable; quién aprenderá en las profundas reflexiones y sentencias que por todas partes brotan de sus páginas; quién seguirá con vivísimo interés la sencilla trama de los sucesos, encariñado hasta un punto increíble por aquellos humildes personajes, y todos, en suma, encontrarán allí algo que hiere profundamente el corazón, y es como expresión ó reflejo de las más vivas ansias, aspiraciones ó dolores del hombre.

388. No hay que afanarse en descubrir, como han hecho muchos, si el *Quijote* tiene ó no un sentido oculto. En vano

se han esforzado críticos y expositores por hacerlo patente, empeñándose en sostener, según sus diversos puntos de vista, que Cervantes quiso ridiculizar la Edad Media ó el Feudalismo, ó al mismo emperador Carlos V; y otros en que trató de presentar el problema de la vida humana, en luchas de lo real con lo ideal. Cervantes dice claramente qué objeto se propuso al escribir su libro, y no fué otro que acabar con los disparatados libros de caballería que habían caído en extravíos y absurdos verdaderamente inexplicables, corrompiendo el buen gusto, no menos que las costumbres y la moral. Ciertamente basta esto para explicar la aparición y las formas del *Quijote*, siendo ocioso discurrir de otra manera acerca de las intenciones de su autor. Si asunto, al parecer, tan pequeño, produce ó produjo tan grandes resultados, débese á la gran inventiva del escritor y á la naturaleza misma de su obra; porque, siendo la caballería, en su verdadero concepto, una hermosa aspiración á lo ideal y á lo perfecto; siendo esta aspiración connatural al hombre, y mucho más en los tiempos cristianos, la fábula del *Quijote*, supuesto su natural y asombroso desarrollo, tiene que resultar forzosamente de interés grandísimo para todo hombre á quien no sean indiferentes la lucha del espíritu con la materia y las grandes contradicciones de que está llena la vida.

389. Cervantes no se burlaba de la caballería, ni mucho menos de la época feudal de la Edad Media, ni de nada grande y elevado; antes, por el contrario, se ve que lo amaba, por lo simpático, noble y generoso que hizo á su héroe. Don Quijote no es una caricatura del caballero, sino caballero en toda la extensión de la palabra; es un hombre dotado de las más bellas cualidades, de espíritu magnánimo y discreto, de corazón generoso, de ánimo esforzado; si hace ridiculeces, si va fuera de camino, es porque está loco; la lectura de los libros de caballería ha producido una verdadera enfermedad fisiológico-psicológica en su ser; tiene la manía de lo grande, de lo heroico, y en el engañoso espejismo de la demencia se le antojan castillos encantados los molinos, ejércitos los rebaños, y princesas las mujeres más toscas y vulgares.

Don Quijote, sin embargo, no es un símbolo, como dicen muchos autores; si lo fuera, no despertaría seguramente el interés y la profunda simpatía que despierta: las abstracciones jamás llegan á conmover de tan honda manera el corazón humano. *El ingenioso hidalgo,* es sí, en cierto modo, personificación, tipo, símbolo, si se quiere, de las más generosas aspiraciones é ideales; pero es un símbolo real, vivo; un ser singularísimo, concreto y determinado; una persona, un hombre, en fin. Todos los grandes caracteres de la historia, Job ó Salomón, César ó el Cid, Santa Teresa ó San Vicente de Paúl, son también tipos generales que representan la virtud, la sabiduría, el valor, la santidad; pero no por eso dejan de ser individualidades poderosísimas, y de tener su personalidad propia y peculiar y su carácter distintivo. Tal ocurre también en las creaciones del arte: los grandes ambiciosos ó malvados en los dramas de Shakespeare y de Calderón, son, en cierta manera, el hombre mismo considerado en tal aspecto; pero son, antes que eso, individuos con todas las condiciones propias de la persona humana. Y eso ocurre en el incomparable libro de Cervantes: ciertos puntos y aspectos de Don Quijote son de todo el linaje humano, como que una es la naturaleza; pero es él solo y no otro alguno; es, como queda dicho, un caballero magnánimo, generoso y noble, extraviado en su razón; sin perder en su extravío, y, antes por el contrario, acrecentándose con la locura, sus cualidades distintivas. Así se explica que, merced al prodigioso ingenio de Cervantes, todos conozcamos á Don Quijote, y nos parece que le hemos visto y que hemos conversado con él, llegándonos verdaderamente al alma sus infortunios y desencantos.

Lo mismo sucede con su inseparable escudero Sancho Panza. Representa también la parte material y terrena de nuestra pobre naturaleza; pero Sancho es un aldeano ignorante, ambicioso, lleno de malicia y de buen sentido, que en todo lo que hace y dice se muestra conforme con su carácter, lleno de verdad y de vida.

390. En esos dos personajes está concentrada toda la acción de la epopeya cervantina; la trama no puede ser más

sencilla: un pobre loco que va por el mundo, queriendo remediar todas las desdichas y dolores, y aspirando á llevar á cabo insignes proezas, soñando siempre con lo perfecto y lo ideal, y un amigo y servidor que á todas horas le advierte de la vanidad de sus sueños, de la inutilidad de sus esfuerzos y de la fuerza incontrastable que tienen en esta baja tierra las cosas imperfectas y sensibles. Esta es la parte triste y amarga del *Quijote*, en la cual parece que se niega la grandeza espiritual y se cierra la puerta á la esperanza. Por fortuna, no hay en la vida motivo para tan completo desaliento: el heroismo, la abnegación, la verdad, la virtud, en una palabra, no son vanos nombres. Si abundan más las cosas bajas y rastreras, no faltan ánimos grandes capaces de todos los sacrificios, ni éstos son siempre estériles en la sociedad. Ejemplos hay de atletas valerosos que salvaron á su patria; de mártires ilustres que abrieron una era de ventura ó de felicidad á su pueblo; de bienhechores insignes que lograron vencer el mal y asentar sobre la tierra el imperio de la verdad y del bien, y no todos los que aspiran á lo ideal son locos ó Quijotes, que encuentren siempre el desencanto y la derrota. En tal sentido, podemos, sí, felicitarnos de que el *Quijote* sea, más que pintura exacta y cumplida de la humanidad, triste cuadro donde sólo se han recogido los rasgos del dolor y de la desdicha.

Pero como éstos son muy abundantes en la realidad; como muchas veces la virtud aquí abajo es oprimida, y las aspiraciones generosas no encuentran su debido empleo, el *Quijote* es, en gran parte, justo y exacto, y en el héroe manchego y en su escudero vemos el fiel trasunto de lo que ordinariamente ocurre en el mundo.

391. Á este interés capital y supremo de la obra de Cervantes, se juntan otras muchas cosas de mérito y de alabanza. El *Quijote*, en efecto, sin dejar de ser profundamente humano y universal, y de tener, por consiguiente, un alcance que á todas partes llega, sin que pueda envejecer nunca, es, además, una obra eminentemente española, una pintura fiel y animada de las costumbres de la sociedad de aquel tiempo, un

verdadero panorama en que van apareciendo multitud de tipos y caracteres, de escenas y sucesos, de personas de todas clases y condiciones, que bastaría á inmortalizar á Cervantes como pintor de primer orden. Tiene también el *Quijote* una riqueza de observación incomparable, viéndose en él por todas partes los frutos de una experiencia madura y de un ingenio claro, que sabe sacar partido de todas las ocasiones y de la más pequeña circunstancia, derramando á manos llenas sentencias profundas, juiciosas máximas y atinadas reflexiones acerca de todos los estados sociales y todas las condiciones de la vida. Y si á esto se añade que, en general, el lenguaje aparece allí manejado con incomparable maestría, flexible, dulce, armonioso, formando períodos claros, rotundos y magistrales; que el estilo, variando de matices á cada momento, corresponde con pasmosa fidelidad á las personas y á las situaciones, siendo siempre elegante sin afectación, y enérgico sin dureza, se podrá explicar satisfactoriamente el éxito inmenso de tan maravilloso libro.

Puerilidad, más que otra cosa, es querer, como han hecho algunos, señalar los lunares que en el argumento ó la dicción aparecen algunas veces en él: ciertas ligeras contradicciones y algunos giros afectados, es lo único que en cuestión de estilo y de lenguaje se ha podido señalar como defectuoso en el *Quijote,* amén de lo excesivamente largo de algunos de sus episodios, en los cuales, sin duda, se complacía Cervantes para dar mayor variedad á su fábula. Porque esta es sencilla en su marcha y casi uniforme en sus medios, hasta el punto de que el *Quijote* podría ser más ó menos largo de lo que es sin menoscabo de sus bellezas. Refiriéndose todo á las aventuras sucesivas del hidalgo manchego, que no tenían un objetivo concreto y particular, claro está que podían reducirse ó multiplicarse mucho más, y el talento de Cervantes ha sabido darlas en una medida justa, sin fatigar por lo numerosas, y bastantes para que la fábula tenga toda la amenidad y toda la variedad verdadera que cabía en el asunto.

Citar particulares bellezas del *Quijote* es punto menos que imposible: se encuentran á granel, y todos los episodios

desde la primera salida del andante caballero podrían transcribirse como acabado modelo de ingenio y donosura. Como pequeña muestra, saboréese este párrafo de la reñida batalla entre Don Quijote y el vizcaíno:

«Puestas y levantadas en alto las cortadoras espadas de los dos valerosos y enojados combatientes, no parecía sino que estaban amenazando al cielo, á la tierra y al abismo: tal era el denuedo y continente que tenían. Y el primero que fué á descargar el golpe, fué el colérico vizcaíno, el cual fué dado con tanta fuerza y tanta furia, que á no volvérsele la espada en el camino, aquel solo golpe fuera bastante para dar fin á su rigorosa contienda, y á todas las aventuras de nuestro caballero; mas la buena suerte, que para mayores cosas le tenía guardado, torció la espada de su contrario, de modo que, aunque le acertó en el hombro izquierdo, no le hizo otro daño que desarmarle todo aquel lado, llevándole de camino gran parte de la celada con la mitad de la oreja, que todo ello con espantosa ruina vino al suelo, dejándole muy mal trecho.

»¡Válame Dios, y quién será aquel que buenamente pueda contar ahora la rabia que entró en el corazón de nuestro manchego, viéndose parar de aquella manera! No se diga más, sino que fué de manera que se alzó de nuevo en los estribos, y apretando más la espada en las dos manos, con tal furia descargó sobre el vizcaíno, acertándole de lleno sobre la almohada y sobre la cabeza, que sin ser parte tan buena defensa, como si cayera sobre él una montaña, comenzó á echar sangre por las narices, y por la boca, y por los oídos, y á dar muestras de caer de la mula abajo, de donde cayera sin duda, si no se abrazara con el cuello; pero con todo eso, sacó los pies de los estribos, y luego soltó los brazos; y la mula, espantada del terrible golpe, dió á correr por el campo, y á pocos corcovos, dió con su dueño en tierra».

392. Cervantes tuvo un plagiario que quiso robarle su nombre y su fama, publicando en 1614, antes de aparecer la segunda parte de la novela, otra Historia de Don Quijote. Se ignora quién fué el autor de este falso Quijote, que se publicó bajo el pseudónimo de Alonso Fernández de Avellaneda, en quien algunos han creído ver, sin bastante fundamento, al P. Aliaga, confesor de Felipe III. Sea quien fuere, era un rival poco digno de Cervantes. Don Quijote, en la obra de Avellaneda, era un insensato furioso y rematado, sin ninguna de las

buenas cualidades que tiene en la obra cervantina, y Sancho un hombre enteramente grosero, sin la gracia y el malicioso ingenio que Cervantes le atribuye. Aunque no está mal escrita ni carece de inventiva y chiste, esta novela quedó completamente obscurecida en cuanto Cervantes publicó su segunda parte. Por cierto que en ella no se mostró tan duro con su oculto enemigo, como éste lo había estado con él.

LECCIÓN LVIII

LA HISTORIA.

393. Estado de la Historia al empezar este período. — 394. Paso de las Crónicas á la Historia: Ocampo, Morales, Sandoval, Garibay.— 395. Zurita.—396. Mariana: valor literario de su Historia.

393. No menos que los géneros poéticos hasta aquí estudiados, floreció la literatura didáctica de toda especie. Ninguna nación de Europa puede presentar en aquel tiempo un número tan considerable de historiadores de primer orden. Algunos escritores extranjeros lo confiesan así, hablando de su propia literatura, diciendo [1] que España tiene, en el género histórico, una verdadera superioridad sobre las demás naciones de Europa, y que si Francia tiene historiógrafos, no tiene verdaderos historiadores.

Este desarrollo de los estudios históricos, y el perfeccionamiento que alcanza la exposición de los hechos en la pluma de nuestros escritores, proceden, como todo el florecimiento literario, del estado brillante de nuestra nación, de su poderío militar, de su gran espíritu caballeresco y cristiano, y de todas las demás causas que hemos mencionado al empezar el

[1] Véase Baret: *Historia de la Literatura española.*

estudio de los tiempos modernos. Algunos de nuestros historiadores, como Coloma, Mendoza y Moncada, eran grandes personajes, políticos insignes y capitanes ilustres; otros, como Zurita y Mariana, hombres religiosos con todos los medios necesarios para dedicarse con aprovechamiento al estudio; otros, en fin, como los historiadores de Indias, ó habían tomado parte en los mismos sucesos que refieren, ó estaban en condiciones de poderlos apreciar y juzgar debidamente. Además, la influencia clásica, perniciosa en cierto concepto para la poesía, dió sus buenos y naturales resultados en la Historia, cuya severidad impide los extravíos de imaginación y libra de absurdos anacronismos.

Hay en España, durante los siglos XVI y XVII, historiadores de todas clases, que pueden dividirse en: *cronistas reales, historiadores generales, historiadores de sucesos particulares* é *historiadores de Indias,* á los cuales pueden añadirse los *agiógrafos* y los autores de historias de *ciudades*, de *religiones,* etc., etc.

394. Los *cronistas reales* de aquel tiempo no se parecen ya á los de la Edad Media, que se limitaban á referir los sucesos de un reinado ó de una serie de príncipes. En tiempo de Carlos V aspiran á formar la verdadera y completa historia nacional y al lauro de verdaderos historiadores generales.

Aparte de Fr. Antonio de Guevara (después obispo de Mondoñedo), que empezó este trabajo histórico, pero que no dió á la estampa lo que hizo, hay varios cronistas reales. Es el primero Florián de Ocampo, canónigo de Zamora, autor de una *Crónica general de España*, que empieza por los tiempos más remotos, llegando no más que á los Escipiones. Más gravedad histórica y mejor estilo tiene la continuación que hizo Ambrosio de Morales, el cual llega en su relato hasta Fernando I. Ambrosio de Morales se distingue por su extraordinaria erudición, y no carece de discernimiento y de dotes críticas; y como, por otra parte, su historia se refiere ya á tiempos conocidos, y no abarca, como la de Ocampo, las épocas ignotas ó fabulosas de España, su trabajo es leído con interés y puede ser aún consultado con fruto. Continuador de

Ambrosio de Morales fué Fr. Prudencio de Sandoval, autor, además, de una historia especial de Carlos V, que es la más completa que poseemos de este Emperador. Esteban de Garibay trató asimismo de hacer la historia general de España, titulándola *Compendio historial*, y dividiéndola en cuarenta libros, cuyo relato llega hasta la toma de Granada.

395. Más importancia que los citados tiene Jerónimo de Zurita, cronista de Aragón [1]. Las Cortes de Aragón crearon en 1547 el cargo de cronista nacional para que escribiese, según los documentos auténticos, una historia de aquel reino, y nombraron poco después, por unanimidad, á Zurita, que se dedicó con grande celo á reunir materiales para su obra, recorriendo España, Italia y Sicilia, á fin de estudiar los archivos. *Los anales de la corona de Aragón*, que así se llama el libro que compuso, se distinguen por la exactitud, y aun por la profundidad con que están descritos los sucesos. Zurita escribe con calma y con imparcialidad, sin olvidarse de ninguna circunstancia que pueda servir al esclarecimiento de los sucesos; y esto, que es muy de alabar y cualidad muy recomendable en todo historiador, quita á su libro el encanto que tienen otros de aquella época, menos atentos al examen minucioso de los hechos que á su exposición animada y dramática. Zurita es, más que escritor elegante, hombre de Estado; más que un narrador, un expositor y comentador de documentos. Su relato comprende desde la invasión de los árabes hasta el año 1510, y puede decirse que deja agotada la materia, quedando sólo para los que han venido después el examen de algún pormenor ó la aclaración de algún punto dudoso, merced al hallazgo de algún nuevo documento [2].

396. El grande historiador español es el P. Juan de Mariana. Se ignora quiénes fueron sus padres. El 1.º de Abril de 1536 fué confiado secretamente un niño al señor cura de *Pue-*

[1] Zurita nació en Zaragoza, en 4 de Diciembre del año 1512. Estudió en Alcalá y, distinguiéndose por su mérito, Carlos V le encargó de algunas comisiones de importancia.

[2] La obra de Zurita fué continuada por Argensola hasta 1630, Ustarroz (1663), Sayas (1666), Dormesa (1697), Ponzano (1705).

bla Nueva, parroquia de Talavera de la Reina. Este niño era Mariana, que fué educado con grande esmero en la Universidad de Alcalá, merced á los cuidados de un canónigo de Toledo. Á los diez y siete años entró en la Compañía de Jesús, siendo dirigido en su noviciado por el célebre San Francisco de Borja. Después volvió á Alcalá á completar sus estudios, y á los veinticuatro años de edad fué enviado á enseñar Teología á Roma al nuevo colegio de Jesús, donde entre sus oyentes estaba el que luego fué el cardenal Belarmino. En 1569 Mariana fué á París y explicó durante cinco años en la Sorbona la Teología de Santo Tomás. Vuelto á España, fijó su residencia en la casa profesa de Toledo, donde permaneció casi constantemente durante cuarenta años. Dedicado con ardor al estudio, tuvo que ocuparse durante mucho tiempo en el examen de la famosa Biblia políglota de Arias Montano, que había sido acusado de haber falseado el texto hebreo. Mariana, poseedor de los idiomas clásicos y orientales, cumplió su cometido con fidelidad, concluyendo por declarar la inocencia de Arias Montano. El tratado *De rege et regis institutione,* que se publicó en Toledo en 1598, ocasionó graves disgustos á Mariana, á causa principalmente de su doctrina sobre el tiranicidio; y el Parlamento de París, en 1610, ordenó que fuese quemado el libro por el ejecutor de la justicia. También le ocasionó tribulaciones su *Tratado de la alteración de la moneda,* obra que disgustó al Monarca, y sobre todo á su privado el duque de Lerma, pagando Mariana con un año de reclusión en San Francisco el Grande de Madrid la valentía de sus acusaciones. Por último, el *Tratado sobre la Compañía de Jesús,* que Mariana no publicó, y que había escrito probablemente para que no se publicase, le atrajo también disgustos y penalidades, sin embargo de lo cual vivió hasta edad muy avanzada, muriendo en Toledo el 27 de Febrero de 1623 á los noventa años de edad [1].

[1] No son las citadas las únicas obras del P. Mariana, sino que escribió otras muchas de diversas materias, como *De ponderibus et mensuris;* siete tratados, ya teológicos, ya históricos, que son: *De adventu Beati Jacobi Apostoli in Spaniam; De editione vulgata, SS. Bibliorum; De*

Eminente en todo linaje de estudios fué el P. Mariana; pero sobresale como historiador, siendo su principal título á la gloria literaria la *Historia general de España*. La publicó primero en latín en veinte libros [1]; pero después, en 1609, la tradujo al castellano con adiciones y variantes, y tambien en veinte libros. Comprende el relato del P. Mariana desde los primeros pobladores de España, que, según la tradición, fueron Tubal, hijo de Jafet y sus descendientes, hasta Carlos V; aunque luego añadió los sucesos ocurridos hasta el reinado de Felipe IV. El P. Mariana es, más que historiador crítico ó filosófico, un gran maestro de estilo y lenguaje. Por falta de tiempo, como él mismo confiesa, por falta de documentos, por el estado de los estudios auxiliares de la historia, su libro, que era el primero que comprendía en un todo sintético y uniforme la extensa y variada historia de España, no podía, ciertamente, tener toda aquella profundidad y erudición que después han alcanzado los estudios históricos. El P. Mariana quiso presentar en animado cuadro, y dentro de límites reducidamente estrechos, toda la rica y pintoresca y dramática historia de nuestro país, lográndolo á maravilla. Ningún historiador como él ha sabido dar tanta amenidad y belleza á la exposición histórica. En la pluma del P. Mariana, los sucesos más importantes, los personajes más ilustres, las campañas y expediciones más sangrientas ó más gloriosas, adquieren todo el vigor, toda la vida y movimiento que podrían tener en manos del más inspirado poeta; y, sin embargo, el lenguaje y estilo son siempre sencillos, fáciles, elegantes sin afectación ninguna, llenos de pompa y lozanía en ocasiones, sin desdecir nunca de la gravedad que pide y exige la historia. Con razón se le ha llamado el *Tito Livio español;* pero tiene también mucho de la manera de Tácito, por la concisión y energía con

Spectaculis (en castellano es así: «Mariana contra las representaciones al Rey, memorial»; *De monetae mutatione; De die et anno mortis Christi; De annis arabum cum nostris annis comparatis; De morte et immortalitate.* Además escribió otras siete obras, entre ellas *S. Isidorus contra judaeos* y las *Advertencias á las tablas genealógicas de Garibay.*

[1] Toledo, 1592.

que cuenta á veces las cosas, y por las reflexiones y sentencias con que avalora sus discursos. Este afán de reflexiones y sentencias le hizo incurrir á veces en vulgaridad, así como la imitación de Tito Livio le conduce á poner en boca de los personajes históricos, arengas y discursos no siempre propios de la persona ni de la ocasión. En su historia, el P. Mariana lo recoge todo: cuantas anécdotas, tradiciones y leyendas corrían en boca del pueblo ó habían hallado cabida en los cronistas anteriores, toman carta de naturaleza en las páginas de la historia general de España, dándole carácter algún tanto romancesco, que para algunos es el demérito principal del ilustre historiador. Mas hay que tener en cuenta, que, como queda dicho, él mismo declaró que no iba á escribir una historia crítica, y que se necesitarían siglos para ir estudiando minuciosamente, y según documentos auténticos, todos los sucesos que narra. Nadie negará la verdad de esta observación; y, por consiguiente, nadie con justicia puede desconocer que el P. Mariana prestó un gran servicio, no ya á la literatura, sino también á la historia de nuestra patria. Han pasado los siglos, y la Historia del P. Mariana no ha perdido nada de su fama y de su popularidad; y si los sucesivos estudios históricos han podido aclarar ó rectificar muchos hechos de los que él cuenta, nadie ha sabido contar mejor que él, y nadie intentará rivalizar con él, cuando refiere las cosas positivamente ciertas de que tiene completas noticias. Por eso, sin gran exageración, ha podido decirse que los romanos tuvieron medio historiador, los españoles uno y las demás naciones ninguno.

Como muestra del talento y del estilo del P. Mariana, véase la descripción que hace de Lisboa:

«Casi en medio de Portugal, á la boca del río Tajo, por do descarga con sus corrientes en el mar Occéano, está un puerto contrapuesto al viento del poniente; la barra tiene angosta y peligrosa, dentro es muy ancho y capaz. Á la ribera deste puerto, á la parte del Norte, se extiende grandemente Lisbona, ciudad la más noble y más rica de Portugal. Á las espaldas se levantan poco á poco unos collados, que tienen la subida fácil, y están cubiertos de los edificios de la ciudad. Su anchura

es menor que conforme á su longura. El ruedo de los antiguos muros no es muy grande; la población de los arrabales es mucho mayor, en especial en este tiempo, en que por la mucha gente que acude al trato de las Indias Orientales y á feriar la especiería que de Levante viene todos los años, se ha mucho acrecentado. Los barrios y las calles, en gran parte, son mal trazadas, angostas y no tiradas á cordel, sea por la desigualdad del sitio, que tiene altos y bajos, sea por el descuido en edificar, mayormente en el tiempo que estuvo en poder de moros, gente poco curiosa en esta parte. Los edificios nuevos y las calles son mucho más hermosas. Los ciudadanos, gente principal y honrada; los mercaderes, ricos; las ganancias, grandes; el sustento y arreo de los naturales, muy templado. Goza de campos muy buenos, aldeas y alquerías que tiene por todas partes, y muchas quintas ó casas de recreación que parecen edificios reales, etc.»

LECCIÓN LIX

LA HISTORIA (CONCLUSIÓN).

397. Historiadores de sucesos particulares y de Indias: Hurtado de Mendoza.— 398. Moncada.— 399. Melo.— 400. Noticia de otros.— 401. Solís. — 402. Zárate. — 403. Otros historiadores menos notables.— 404. Méritos de estas obras históricas.— 405. Historiadores religiosos.— 406. Cronistas de ciudades, Ordenes militares, etc., etc.

397. Otros grandes maestros en el arte de escribir la historia cuenta la literatura española: son llamados *historiadores de sucesos particulares,* por no haber abarcado la historia completa de la nación y ser narradores de un solo hecho importante. Á este mismo grupo pertenecen los *historiadores de Indias,* ó sea aquellos que escribieron acerca del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo. Trataremos brevemente de unos y de otros con la debida separación.

D. Diego Hurtado de Mendoza. Este insigne diplomático, novelista y poeta, es autor de un verdadero modelo de historia, que escribió con el título de *Guerras contra los moriscos*

de Granada. Se publicó por primera vez en 1610, muchos años después de muerto Hurtado de Mendoza[1], que debió escribirla por el año 1571. Trata en ella de la rebelión de los moriscos en tiempo de Felipe II, y su vencimiento por D. Juan de Austria, con la derrota y muerte de sus caudillos Aben-Omeya (D. Fernando de Válor) y Aben-Abo (1568-70). Está dividida en cuatro libros, de no grande extensión, y empieza hablando de los primeros pobladores de Granada, y sigue hasta la conquista de esta ciudad por los Reyes Católicos. Hurtado de Mendoza, gran conocedor é imitador de los clásicos, los imita, sin perder por eso la originalidad: tiene, como reconocen todos los críticos, algo de la manera de Salustio en la claridad y elegancia de la narración, y no poco de Tácito en lo conciso y sentencioso. Algunos le han acusado de que, en ocasiones, quizá los copia; pero Hurtado de Mendoza no era ciertamente un plagiario, ni siquiera un imitador vulgar: sabe hacer suyo el asunto; se apodera de él por completo, y escribe con libertad y desembarazo. La narración es siempre animada y viva, la frase enérgica, el pensamiento profundo. Tanto y más que á los historiadores latinos citados, se asemeja al griego Tucídides, por la gravedad y elocuencia de su estilo y lo acerado y brillante de la frase. Hurtado de Mendoza, además, escribe con grande elevación y con imparcialidad de juicio, no dejando de referir lo que podía ser desfavorable á los españoles, al propio tiempo que pinta la crueldad y los horrores de los moriscos.

He aquí una muestra de su estilo:

«Mas el Marqués (de Vélez), hombre de estrecha y rigurosa disciplina, criado al favor de su abuelo y padre en gran oficio, sin igual ni contradictor, impaciente de tomar compañía, comunicaba sus consejos consigo mismo, y algunos con las personas que tenía cabe sí pláticas en la guerra, que eran pocas: de las apariencias, aunque eran comunes á todos, á ninguno daba parte; antes ocasión á algunos, especialmente á mozos y á varios, de mostrarse quejosos. Tomó la empresa sin dineros, sin munición, sin vitualla, con poca gente, y esa concejil, mal

[1] Murió en 1573.

pagada, y por esto no bien disciplinada, mantenida del robo, y á trueque de alcanzar ó conservar éste, mucha libertad, poca vergüenza y menos honra, excepto los partidarios que á su costa venían de toda España á servir al Rey, y eran los primeros á poner las manos en los enemigos.... »

398. D. Francisco de Moncada. Fué conde de Osona, y más tarde marqués de Aitona, que era el título de su padre. Nació hacia 1586, en Valencia. Fué consejero de Estado, gobernador y virrey de Flandes, y embajador en Viena, muriendo en 1635. Entre otras obras que se deben á su pluma [1], le ha conquistado un nombre ilustre en las letras patrias su *Expedición de aragoneses y catalanes á Oriente*, que fué publicada en 1623. Sabido es que los almogávares, al mando de Roger de Flor, fueron á defender el Imperio de Oriente, logrando tan grandes triunfos, y esparciendo por toda el Asia Menor, por Grecia y otras comarcas el terror de su nombre, en términos que aún dura viva su memoria. Aquel aventurero, que tuvo por esposa á una princesa bizantina y logró las mayores dignidades del Imperio, hubiera, sin duda, erigido allí una poderosa Monarquía, ó afianzado el poder, ya vacilante, de los Paleólogos, si la traición no hubiera puesto fin á su vida. Estos dramáticos y patéticos sucesos fueron primeramente narrados por el cronista catalán Montaner, á la vez actor y testigo de ellos. Moncada tomó tan buen guía, y compuso un libro animado y pintoresco, lleno de trozos bellísimos, como la elevación y la muerte del insigne capitán de los almogávares. No es tan vigoroso en la frase como Hurtado de Mendoza, ni hay en su libro la sencillez y rudeza militar que tan interesante hace la crónica de Montaner; pero la narración de Moncada aventaja á la de Mendoza en naturalidad, y á la de Montaner en elegancia.

He aquí cómo describe el acto de los catalanes y aragoneses que en Galípoli dieron barreno á sus barcos, ejemplo imitado por Hernán Cortés:

[1] *La vida de Boecio, Genealogía de los Moncadas* y *La antigüedad del Santuario de Monserrat.*

«.... Cuando supieron que Berenguer con su armada se había perdido, y que el socorro que esperaban había de venir por su mano ya no tenía lugar, y aunque reconocieron el peligro cierto, no perdieron el ánimo, antes cobrando de la adversidad mayor esfuerzo, dieron exemplo raro á los venideros de lo que se debe hacer en casos donde el honor corre riesgo de que alguna mal advertida resolución manche su limpieza, conservada largos años sin nota de infamia. Tuvieron consejo, y en él hubo diferentes pareceres. Hubo algunos que les pareció forzoso el desamparar á Galípoli, y que tratar de defendella era desatino. Que se embarcasen en sus navíos y diesen la vuelta de la isla de Metellín, porque con facilidad la podrían ganar y con la misma defendella, de donde correrían aquellos mares con más seguridad suya y daño del enemigo, y que sus pocas fuerzas no daban lugar á mayor satisfacción. Fué tan mal recibido este consejo de los más, que con palabras llenas de amenazas le contradixeron, y determinaron que Galípoli se defendiese, y que fuese tenido por infame y traydor el que lo rehusase. Estimaron en tanto su determinación, que por quitarse el poder de mudalla, barrenaron los navíos, con que perdieron la esperanza de la retirada por mar, quedándoles la que abriesen sus espadas en los esquadrones enemigos.... »

399. D. Francisco Manuel de Melo. Es autor portugués de nación, siendo su patria Lisboa, donde vió la primera luz en 1611, pero muy joven entró en el ejército español y guerreó en Flandes. Sirvió luego á las órdenes del marqués de los Vélez en la sublevación de Cataluña, teniendo después que retirarse á Portugal por haberse hecho sospechoso á los españoles cuando el levantamiento de aquel reino. Por imputarle un asesinato fué desterrado al Brasil, volviendo á Lisboa, en donde murió en 1667 [1]. Su *Historia de los movimientos, separación y guerra de Cataluña*, es una verdadera joya literaria, y es lástima que sólo comprenda los sucesos de un breve período, entre 1640 y 1641. Los catalanes estaban hacía tiempo enemistados con Castilla, creciendo su enojo con motivo de los alojamientos á que se vieron obligados, naciendo de ello una situación tirante entre los pueblos y las tropas reales, que ocasionó gravísimos disgustos, y, por último, un levanta-

[1] Fué poeta, y publicó sus obras con el título de *Las tres musas*.

miento general. Empezó éste el día del Corpus por la entrada en Barcelona de los payeses y de los segadores, á que había querido oponerse el virrey. Excitados los ánimos, se acudió á las armas, siendo atacado el castillo de Monjuich, y poco después, muerto el virrey, que se condujo noble y varonilmente hasta el último extremo. De estos hechos da cuenta el libro de Melo, en lenguaje claro y correcto y estilo tan sobrio y vigoroso como elegante. La pintura y juicio de las personas, la descripción de los sucesos, y especialmente de los primeros alborotos de Barcelona con la entrada de los segadores, han merecido, con razón, unánimes alabanzas de la crítica.

He aquí un trozo de esta parte de la historia:

«Amaneció el día en que la Iglesia católica celebra la institución del Santísimo Sacramento del altar: fué aquel año el 7 de Junio; continuóse por toda la mañana la temida entrada de los segadores. Afirman que hasta dos mil, que con los anticipados, hacían más de dos mil y quinientos hombres, algunos de conocido escándalo: dícese que muchos, á la prevención y armas ordinarias, añadieron aquella vez otras, como que advertidamente fuesen venidos para algún hecho grande. Entraban y discurrían por la ciudad: no había por todas sus calles y plazas sino corrillos y conversaciones de vecinos y segadores; en todos se discurría sobre los negocios entre el Rey y la provincia, sobre la violencia del Virrey, sobre la prisión del diputado y consejeros, sobre los intentos de Castilla, y últimamente sobre la libertad de los soldados. Después, ya encendidos de su enojo, paseaban llenos de silencio por las plazas, y el furor oprimido de la duda, forcejeaba por salir, asomándose á los efectos, que todos se reconocían rabiosos é impacientes; si topaban algún castellano, sin respetar su hábito ó puesto, lo miraban con mofa y descortesía, deseando incitarlos al ruido; no había demostración que no prometiese un miserable suceso....»

400. D. Bernardino de Mendoza [1] es autor de un *Comentario de la guerra de los Países Bajos*. En ellos refiere las revueltas y campañas de Flandes desde 1567 á 1577, en las cuales se distinguieron el duque de

---

[1] Tercer nieto del marqués de Santillana; fué soldado en Flandes y embajador en Inglaterra y Francia, donde prestó grandes servicios á Enrique IV contra los Hugonotes.

Alba y Requesens; termina con la paz que pactó D. Juan de Austria al ser nombrado gobernador. *Los comentarios*, que están precedidos de una descripción de los Países Bajos, son un gran monumento de historia militar, y se conoce perfectamente que están escritos por un soldado noble y valeroso y por un hombre veraz. No les faltan tampoco cualidades literarias; antes bien, D. Bernardino de Mendoza escribe con gran corrección, y su relato es animado y bello.

D. Carlos Coloma [1]. Sus *Guerras de los Estados Bajos* comprenden las campañas de Flandes de 1588 á 1599, incluyendo las guerras de Francia entre católicos y protestantes, terminando con la entrada en Bruselas de los archiduques Alberto y la infanta Isabel, que fueron jurados señores de los Países Bajos. Está dividida la obra en doce libros, y es excelente por la animadísima viveza del relato y la elegancia del estilo. Además de los citados, merecen honrosa mención Bartolomé Argensola, autor de una *Historia de la conquista de las Molucas*, D. Luis de Mármol y Carvajal, que escribió la *Rebelión y castigo de los moriscos*, la cual es como una continuación y comentario de la Historia de Hurtado de Mendoza, no tan bella como la de éste, pero llena de pormenores interesantes; Pedro Megía, autor de una *Relación de las comunidades de Castilla*, relación completa del origen, vicisitudes y fin de dichas comunidades; D. Luis de Ávila y Zúñiga, que hizo un comentario de la guerra de Alemania en dos libros cortos y bien escritos, y Gonzalo de Illescas, que escribe la *Jornada de Carlos V á Túnez*, breve, interesante y amena relación de aquella famosa expedición.

401. D. Antonio de Solís es el poeta y autor dramático de que en otra parte queda hecho mérito; nació en 1610. Nombrado secretario de Felipe IV, y nombrado por la reina gobernadora doña Mariana de Austria, *cronista de Indias*, compuso su *Historia de la conquista de Méjico*, que publicó en 1684. En elogio de este libro bastará decir, que es digno del asombroso suceso que narra. Aquel puñado de héroes que á las órdenes de Hernán Cortés invaden y conquistan el vasto imperio de Moctezuma, halló en Solís un fiel cronista, un pintor exacto y primoroso y un cantor inspirado. La *Historia de*

[1] De la casa de los condes de Elda, nació en Alicante en 1573; muy joven tomó parte en las guerras contra los protestantes de Flandes. Fué gobernador militar de Cambrai y del Milanesado y embajador en Londres, donde hizo una elegante y clásica traducción de Tácito. Felipe IV le hizo gran maestre de Palacio y marqués de la Espina.

Méjico tiene todo el atractivo, todo el encanto, todo el interés de un gran poema épico, y, salva alguna ligera afectación, el lenguaje es siempre limpio y hermoso, y la frase expresiva, sonora y gallarda. Á veces Solís se olvida un poco de su cualidad de historiador, poniendo en boca de los indios discursos y arengas elocuentes; pero dándoles á éstas su valor propio y considerándolas como adorno clásico de la narración, decimos sin ambajes que la historia de Solís supera á todas las demás escritas en castellano, y no tiene superior en ninguno de los grandes maestros de la antigüedad clásica. Bien es verdad que las hazañas de Hernán Cortés y toda la conquista de Méjico tienen de suyo un interés grandísimo; pero es lo cierto que el libro de Solís es uno de aquellos que, una vez comenzada la lectura, no es posible dejarle de la mano. Véase parte de la descripción de Méjico:

«Estaba fundada en un plano muy espacioso, coronado por todas partes de altísimas sierras y montañas, de cuyos ríos y vertientes, rebalsadas en el valle, se formaban diferentes lagunas, y en lo más profundo los dos lagos mayores, que ocupaba con más de cincuenta poblaciones la nación mejicana. Tendría este pequeño mar treinta leguas de circunferencia, y los dos lagos que le formaban se unían y comunicaban entre sí y un dique de piedra que los dividía, reservando algunas aberturas con puentes de madera, en cuyos lados tenían sus compuertas levadizas para cebar el lago inferior, siempre que necesitaban de socorrer la mengua del uno con la redundancia del otro. Era el más alto de agua dulce y clara, donde se hallaban algunos pescados de agradable mantenimiento, y el otro de agua salobre y obscura, semejante á la marítima; no porque fuesen de otra calidad las vertientes de que se alimentaba, sino por vicio natural de la misma tierra donde se detenían, gruesa y salitrosa por aquel paraje, pero de grande utilidad para la fábrica de la sal, que beneficiaban cerca de sus orillas, purificando al sol y adelgazando con el fuego las espumas y superfluidades que despedía la resaca.

»En el medio casi de esta laguna salobre tenía su asiento la ciudad, cuya situación se apartaba de la línea equinocial hacia el Norte diez y nueve grados y trece minutos, dentro aún de la tórrida zona que imaginaron de fuego inhabitable los filósofos antiguos, para que aprendiese nuestra experiencia cuán poco se puede fiar de la humana sabidu-

ría en todas aquellas noticias que no entran por los sentidos á desengañar el entendimiento. Era su clima benigno y saludable, donde se dejaban conocer á su tiempo el frío y el calor, ambos con moderada intensión; y la humedad, que por la naturaleza del sitio pudiera ofender á la salud, estaba corregida con el favor de los vientos ó morigerada con el beneficio del sol....»

402. Entre los historiadores de Indias, los hay también de mérito sobresaliente. Agustín de Zárate, de cuya vida se sabe muy poco, estuvo en el Perú empleado en Hacienda, con el virrey Vasco Núñez Vela, donde compuso *La Rebelión de Gonzalo Pizarro.* Vuelto á Europa le encargó el Emperador el gobierno de Flandes, y en 1555 publicó en Amberes, dedicándola al Emperador, *La Historia del descubrimiento y conquista del Perú.* Comprende lo que indica su título, y además la rebelión y guerra de los Pizarros y Almagro, hasta el triunfo de los imperiales y pacificación del territorio por Lagasca. Todo aquel interesante período de la conquista de América; los inauditos trabajos y proezas de los españoles; las rivalidades y ambiciones de algunos, más llevados del espíritu aventurero que de otros nobles deseos, todo ello está descrito y pintado con gran relieve en la bella y amena historia de Zárate.

Del libro III de la *Historia del Perú,* es el siguiente fragmento que narra *los trabajos que pasó D. Diego de Almagro y su gente en el descubrimiento de Chile:*

«Grandes trabajos pasó D. Diego de Almagro y su gente en la jornada de Chili, así de hambre y sed como de reencuentros que tuvieron con los indios de muy crescidos cuerpos, que en algunas partes había muy grandes flecheros, y que andaban vestidos con cueros de lobos marinos: y sobre todo les hizo gran daño el demasiado frío que pasaron en el camino, así del aire tan helado, como después al pasar de unas sierras nevadas, donde acaesció á un capitán que iba tras D. Diego de Almagro, llamado Ruy Díaz, quedársele muchas personas y caballos helados, sin que bastasen ningunos vestidos ni armas á resistir la demasiada frialdad del aire que los penetraba y helaba. Y era tan grande la frialdad de la tierra, que cuando dende á cinco meses D. Diego volvió al Cuzco, halló en muchas partes algunos de los que murieron á la ida en pie, arrimados á algunas peñas, helados, con los caballos de rien-

da también helados, y tan frescos y sin corrupción como si entonces acabaran de morir; y así fué gran parte de la sustentación de la gente que venía los caballos que topaban helados en el camino y los comían. Y en todos estos despoblados donde no había nieve, era grande la falta del agua, la cual suplieron con llevar cueros de ovejas llenos de agua; de tal manera, que cada oveja viva llevaba á cuestas el cuero de otra muerta con agua; porque, entre otras propiedades que tienen estas ovejas del Perú, es una de llevar dos y tres arrobas de carga, como camellos, con quien tienen mucha semejanza en el talle, si no les faltase la jiba de los camellos....»

403. Otros muchos escritores ilustraron la historia del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, figurando entre ellos el propio insigne descubridor Cristóbal Colón, que en forma de *Cartas* ó de *Memorias* dió interesantes noticias de sus viajes y descubrimientos. Asimismo el conquistador de Méjico, Hernán Cortés, escribió varias cartas á la reina Doña Juana y al emperador Carlos V, dándoles noticia de sus hechos y de los países que conquistaba. Cortés escribe con gran sencillez y naturalidad, pero sin incorrección ni desaliño, teniendo sus cartas, que son muy extensas, un grande atractivo, por verse retratada en ellas el alma valerosa de aquel soldado sin igual, que habla sin jactancia de sus grandes triunfos, y sin envidia ni otra pasión mezquina de sus rivales ó enemigos.—Notable es también la obra escrita por Bernal Díaz del Castillo, titulada *Verdadera historia de los sucesos de Nueva España*. Bernal Díaz del Castillo era un pobre soldado, que tomó mucha parte en las campañas de América, y escribió en edad muy avanzada para refutar la historia que había compuesto Gómara. La suya es muy extensa y el estilo vale poco; pero hay en su narración, como dice Robertson, tal naturalidad, autenticidad y gracia, pormenores tan interesantes, y se exhibe en ella una vanidad de soldado que asistió á ciento diez y nueve batallas, que su libro es de los más singulares que pueden encontrarse en literatura alguna [1]».

[1] La obra que quiso refutar Bernal Díaz del Castillo fué escrita por Francisco López de Gómora, ó Gómara, del cual se sabe muy poco. Su *Historia de las Indias* tiene noticias muy curiosas acerca de las costumbres, religión y vida de los americanos, así como de los animales, pro-

—En otro sentido es también interesante y curiosa *La primera parte de la crónica del Perú*, debida á Pedro Cieza de León, vecino de Sevilla, que pasó muy joven á América, donde escribió su libro, el cual es una descripción extensa del Imperio de los Incas, con la noticia de los ritos y costumbres de los indios, sus trajes, antigüedades y monumentos, sin omitir la fundación de las nuevas ciudades.

—Acerca de la conquista del Perú escribió también una obra, estimable por la viveza y verdad del relato, aunque el estilo es poco literario, Francisco de Jerez, sevillano, que á la edad de quince años fué á América, donde se distinguió como valiente soldado. Pedro de Alvarado, Pedro de Godoy, Alvar Núñez Cabeza de Vaca, Garcilaso (El Inca), Herrera, Fr. Pedro Simón, Torquemada, el obispo Pedro Fita y otros, escribieron también historias parciales de los sucesos de América, y alguno, como Gonzalo Fernández de Oviedo (natural de Madrid, que vivió muchos años en América), compuso *La natural y general historia de las Indias*, que es una serie de narraciones y descripciones de los habitantes de América, clima, árboles, plantas y animales, conteniendo, además, la noticia de los valerosos hechos de los españoles [1].

—Tampoco debe omitirse el nombre del insigne apóstol de las Indias, Fr. Bartolomé de las Casas, sevillano, que fué en América obispo de Chiapa, el cual escribió, con el título de *Brevísima relación de la destruición de Indias*, un elocuente tratado, en que pinta con vivos colores los padecimientos de los indios, y censura con apostólica energía las injusti-

ducciones, etc., etc. Forma su segunda parte *La conquista de Méjico*, y trata del asunto con grande extensión y minuciosidad, no dejándolo hasta la muerte de Cortés. El estilo de Gómara tiene amenidad y fluidez; pero su libro se considera como inexacto, lo cual, en parte, se explica, porque él no había estado en América.

[1] Del mismo autor es una obra titulada *Quinquajenas*, que escribió en su vejez, y en la cual recoge los recuerdos agradables de su país y de las personas que él trató en su juventud. La obra forma una serie de diálogos, en que, sin método ni orden, se refieren noticias, anécdotas de las principales familias que figuran en España en los reinados de los Reyes Católicos y Carlos V. Las *Quinquajenas* han sido publicadas en 1881 por la Academia de la Historia.

cias y crueldades de que eran víctimas. El celoso Prelado compuso también una *Historia general de las Indias,* que comprende los sucesos desde 1499 á 1520. Este libro no se ha publicado hasta el año 1881.

404. En general, como se ha observado antes de ahora, los historiadores de América aventajan en amenidad y atractivo á los más grandes maestros de la historia nacional, y algunas veces los vencen también en claridad y vigor del estilo. Estas ventajas son debidas á que escribían de los mismos sucesos que presenciaban y en que tomaban parte, y á que componían sus libros en aquella misma tierra magnífica y exuberante, que exaltaba su imaginación, dando brillante colorido á sus relatos. Por cierto que los poetas que cantaron asuntos de América, no lo hicieron así: algunos, como Pedro de Oña, según hemos dicho en otra parte, pone en América las plantas propias de Europa, y el mismo Ercilla se deja influir demasiado por el espíritu del clasicismo, que le convierte en imitador de los autores latinos, donde solamente debía haber sido fiel cantor de la naturaleza.

405. La *Agiografía* cuenta también en España con ilustres representantes. En primer lugar, hay que citar al jesuíta Rivadeneira, autor del conocido *Flos sanctorum* ó Vida de los Santos, que aún hoy anda en manos de las familias piadosas. Fr. José de Sigüenza, monje del orden de San Jerónimo, hombre de gran instrucción y virtud, prior del Escorial, y á quien se debe propiamente la instalación de aquella magnífica biblioteca, escribió una hermosa y elegante *Historia de la orden de San Jerónimo* y *La vida* del mismo santo doctor de la Iglesia. Fr. Diego de Yepes compuso una excelente *Vida de Santa Teresa.* Quevedo es autor de otra no menos interesante *Vida de Santo Tomás de Villanueva.*

406. Muchas de nuestras ciudades tuvieron también su historiador, distinguiéndose Fr. Diego de Colmenares, autor de una preciosa *Historia de Segovia;* y, en fin, las Órdenes militares, las familias y los personajes ilustres tuvieron también historiadores dignos de loa en aquel fecundo período [1].

[1] Merecen citarse algunos de ciudades, como la obra de Francisco

LECCIÓN LX

ESCRITORES MÍSTICOS Y ASCÉTICOS.

407. Escritores místicos y ascéticos: diferencia entre ambos términos. —408. Indicaciones sobre el origen de esta literatura: su gran desarrollo.—409. Causas de este fenómeno.—410. Principales escritores de esta clase: Fr. Juan de Ávila: sus escritos.—411. Fr. Luis de Granada: mérito de sus obras.

407. Con ser tantos y tan grandes los poetas, novelistas é historiadores españoles, compiten con ellos, si es que no les aventajan en número y en mérito, los escritores *místicos* y *ascéticos*. La Literatura española ofrece durante los siglos XVI y XVII un espectáculo no visto hasta entonces en ningún país, y jamás igualado después. De todas partes surgen hombres

Cascales, intitulada *Discursos históricos de la ciudad de Murcia*, 1621; la *Historia de Córdoba*, de Martín de Roa; la de *Zaragoza*, por Ustarroz; la de *Valencia*, por Benter; la de *Avila*, por Ariz; la de *Sevilla*, por Ortiz de Zúñiga. Las distintas religiones tuvieron también historiadores, algunos excelentes; la *Historia de la Orden de Santo Domingo* fué escrita por Fr. Hernando del Castillejo; la de *San Agustín*, por Fr. Jerónimo Román; la de *San Jerónimo*, como queda dicho, por Fr. José de Sigüenza; la de los *Frailes Menores*, por Fr. Felipe de Sosa; la de los *Benedictinos*, por Fr. Diego de Yepes, y la de los *Dominicos*, por Fr. Juan de la Cruz. En la agiografía se distinguieron, además de Rivadeneyra: Villegas, que hizo otra obra con el mismo título *(Flos Santorum)*; Juan Basilio Montoro, autor de otra colección de vidas de Santos, y Fr. Fancisco Ortiz Lucio, de otro *Compendio de vidas de Santos*; además, Gil González Dávila escribió el *Teatro eclesiástico de las iglesias de España*. Las Órdenes militares de Santiago, Calatrava y Alcántara tuvieron su historiador en Fr. Francisco Rades de Andrada, cuyo libro se publicó en 1572, y tampoco faltaron historiadores á las casas ilustres; y, por último, se escriben nobiliarios generales como el de Argote de Molina, titulado *Nobleza de Andalucía*, y el de don Juan Lucas Cortés, *Biblioteca hispánica genealógica heráldica*.

extraordinarios que se dedican á la contemplación y enseñanza de las cosas divinas, y á la afirmación y defensa de las verdades cristianas. Y si en la oratoria y en la ciencia teológica hay en otros países nombres tan ilustres como los suyos, no hay en parte alguna tan fecundos escritores sagrados, y menos entre los propiamente *místicos.*

Preciso es distinguir ambos términos. Es literatura sagrada todo aquello que cae bajo el dominio de la Religión, y *ascética* todo lo que tiene por fin la práctica de las virtudes. La *mística,* que es flor de incomparable hermosura en el suelo español, tiene otro sentido. Los místicos son hombres contemplativos, que buscan, por medio de la virtud y del desasimiento de las cosas terrenas, la unión íntima del alma con Dios, y á ello aspiran, y de ello escriben sin cuidarse de ninguna otra cosa. Para el verdadero místico no hay en el universo más que su alma y Dios: todo lo demás es como si no fuese. Pero el místico ortodoxo no cae en errores emanatistas ó panteistas, ni menos llega á profesar el quietismo ni el Nirvana oriental, ó sea el aniquilamiento de la personalidad. Para el místico católico, el alma se une á Dios, sin confundirse con él, sin perder su conciencia y su personalidad aun en los momentos del éxtasis más sobrehumano; y, por de contado, que esa unión íntima con el divino Esposo á que aspira el alma, jamás la logra cumplida durante la vida mortal, en que solamente la concede Dios, por anticipado, breves y pasajeros favores, prenda y anuncio de los eternos de la gloria.

408. No es propio de este libro estudiar la naturaleza del misticismo, ni discurrir sobre sus orígenes, ni clasificar sus distintas manifestaciones ó escuelas; baste decir que en Platón, en el falso *Areopagita,* y más tarde en Ricardo y Hugo de San Víctor, están los gérmenes de la literatura mística. Pero las doctrinas platónicas distan mucho de contener el verdadero misticismo, que consiste, según acabamos de ver, en la unión íntima y personal del alma con Dios, y, durante la vida terrena, en el inquieto deseo de poseerle, según la hermosa frase de San Agustín, *Inquietum est cor nostrum donec requiescat in te.* Nada de esto entendía ni sentía Platón, aunque

algunas de sus ideas filosóficas pasaron á los místicos, como habían pasado antes al gran obispo de Hipona. En el falso Areopagita, y en los dos escritores antes citados, están más bien los verdaderos principios de la mística ortodoxa, que tuvo después sus primeros representantes en Alemania, especialmente en Ruysbroeck, Taulero, y también en el autor de *La imitación*, dado que el libro IV de esta admirable obra tiene todo él un grande sabor místico, y capítulos enteramente propios de la mística más subida [1]. San Buenaventura es también un escritor místico, y lo es, en ocasiones, el Dante, como lo había sido Raimundo Lulio en algunos de sus libros; y en el mismo Santo Tomás hay algunas doctrinas, como al tratar del amor de benevolencia, éxtasis y rapto, que tienen gran relación con el misticismo.—Los místicos españoles proceden en parte de estos orígenes, y aunque algunos lo han negado [2], es verdad que desde el siglo XV había ya en España traducciones de Taulero y del cartujano Ludolfo de Sajonia, y eran conocidísimos todos los otros autores mencionados. Pero así y todo, nuestros místicos no son autores de imitación; antes, por el contrario, se distinguen por su grande originalidad y por el alto vuelo de sus concepciones, no menos que por la exuberancia y riqueza de su lenguaje. La mística española es un fenómeno singular en las literaturas y en la historia del Cristianismo, sin que pueda explicarse satisfactoriamente, como no sea por la ardiente fe de nuestro pue-

[1] En los heterodoxos no hay verdaderos místicos. Sabido es que las escuelas orientales, ó admiten la Palingenesia ó la Teurgia, ó van á parar al Nirvana budista. Los alejandrinos tienden al panteismo y al espiritismo, y los árabes y hebreos al escepticismo panteista, al sistema de las emanaciones ó al Nirvana. En ninguno, pues, hay la verdadera doctrina mística, ó sea el alma humana amante de su Dios y sufriendo por Él el destierro y anhelando por unirse á Él en unión íntima, personal y eterna. En los herejes cristianos, los que presumen de místicos dan en la secta de los iluminados y flagelantes ó en el quietismo de Molinos.

[2] Rouselot dice en *Les mistiques espagnols* que los alemanes no influyeron en nuestros místicos, y afirma que de Santa Teresa procede todo. No es exacto esto, como veremos. El libro de Rouselot, con sus errores y no buen espíritu, es el único que hay sobre los místicos españoles.

blo y por el espíritu religioso que durante el siglo XVI fué dominante en España, y alentó nuestras artes, nuestras ciencias y nuestras empresas militares.

409. No faltan autores que atribuyen el florecimiento extraordinario de la mística en España á la naturaleza de nuestro suelo: suponiendo que las anchas llanuras de Castilla en que, á veces, se pierde la vista por el horizonte, sin encontrar una colina ni un árbol, convidan á la contemplación, como las soledades del desierto. Esta explicación es demasiado naturalista y nada exacta; pues no todos los místicos españoles son de Castilla, ni escriben en Castilla. Las más montañosas y accidentadas comarcas producen grandes místicos, lo mismo que las provincias de las llanuras; y, por otra parte, ya queda indicado que los místicos españoles no son hombres meramente contemplativos, sino de extraordinaria actividad. San Juan de la Cruz, Fr. Luis de Granada y Santa Teresa de Jesús pasaron la vida llena de trabajos por el bien de las almas, ocupándose perpetuamente en obras de caridad y de provecho para el pueblo cristiano. La viveza de la fe, el entusiasmo por la causa de Dios, la sólida piedad en almas de cierto temple producen naturalmente los frutos de la mística, así como en otros los de la santidad de otra especie. Pero nunca hay diferencia substancial entre la fe de un sãnto cualquiera y la de un místico. La santidad no es otra cosa que el amor de Dios ó la caridad en su grado heroico, y á eso se refiere toda la doctrina y toda la filosofía de los místicos. Las ideas particulares, metafísicas ó psicológicas que exponen algunos de ellos, y que dan carácter especial á sus escritos, son un comentario, pero nada más que un comentario de la gran doctrina del amor divino, que por todas partes brota en el Evangelio y en las obras de los Santos Padres.

410. Vengamos ya al estudio particular de los grandes *místicos* y *ascéticos* españoles.

El venerable maestro JUAN DE ÁVILA. Nació este varón insigne en Almodóvar del Campo, á principios del siglo XVI. Inclinado desde niño á la piedad y á la mortificación, aunque á los catorce de su edad le envió su padre á Salamanca á es-

tudiar jurisprudencia, se retiró pronto á su casa á un aposento, donde hizo vida penitente, que duró tres años, hasta que pasando por allí un Franciscano, y maravillado de su virtud en tan temprana edad, persuadió á sus padres á que le enviasen á Alcalá para seguir la carrera eclesiástica. Asi se hizo, ordenándose pronto de sacerdote, y diciendo su primera misa en el lugar donde habían muerto sus padres. Dedicado á la predicación, quiso unir el ejemplo á la palabra, y dió á los pobres todo lo que había heredado; rehusó cuantas prebendas se le ofrecían, y jamás quiso tener empleo en la corte. No le faltaron émulos y enemigos que procuraron malquistarle, y aun poner en duda su fe; pero de todo venció con la sencillez de su virtud, saliendo libre de toda clase de acusaciones. Á los cincuenta años de edad empezó á padecer frecuentemente, y los diez y siete años que duró su enfermedad los empleó en exhortar á la piedad y en escribir sus *Cartas espirituales;* murió en Priego el año 1569, siendo enterrado en la iglesia de la Compañía de Jesús. El renombre de *Apóstol de Andalucía,* que se dió al venerable Ávila, dice bastante cuáles fueron los frutos de su predicación, y es gran lástima que no se conserven sus *sermones,* modelo de sencillez y de unción evangélica. Escribió varias obras [1] de piedad y de doctrina. y las *Cartas espirituales,* que es lo mejor que de él nos ha quedado. Dicho epistolario es un hermoso tratado de mística y de moral, en cartas, dividido en cuatro partes; la primera para prelados, sacerdotes, predicadores y religiosos; la segunda para religiosas y doncellas; la tercera para señoras casadas y viudas y otros ilustres particulares, y la cuarta para caballeros seglares, señores de *título,* y otros discípulos suyos. La doctrina que resplandece en estas cartas, que á veces son muy extensas, es el desprecio del mundo y el amor de Dios. La fe es el gran bien de la vida, pero el amor aún vale más, y la práctica de la oración y la vida en comunicación con Dios es

[1] El tratado del salmo *Audi filia,* etc., *Los tratados del Santísimo Sacramento, Dos pláticas á sacerdotes, Refundición del estado eclesiástico,* y *Anotaciones al Concilio de Trento.* Las obras del venerable Ávila fueron traducidas á varios idiomas.

lo que puede hacer la felicidad del hombre. El estilo del venerable Ávila se resiente de algún desaliño por la sencillez y la prisa con que escribía, sin pretender componer tratados retóricos; pero su lenguaje es castizo, fluido, y sobre todo esto lleno de unción y de persuasiva elocuencia. Sus cartas se refieren á todos los deseos y penas de la vida: habla en ellas del estado que se ha de tomar, de las inclinaciones que hay que vencer, de la religión, de la virtud, y en todo adoctrina, conforta, alienta y sostiene. Leyéndolas con espíritu de piedad, es imposible no sentirse movido por aquella palabra tan dulce y vivificante, y aun el más tibio se enfervoriza con su lectura [1]. Hombre de tanta virtud y doctrina bien merecía ser, como lo fué, consultor de la insigne Santa Teresa.

411. Fr. Luis de Granada. Es este gran maestro el príncipe de la elocuencia sagrada en España. Nació en la ciudad del Genil, en 1504, de padres pobrísimos. Su madre fué una infeliz lavandera, y á la providencial coincidencia de tropezar un día el niño Luis con el conde de Tendilla debió su estudio y su educación. Pronto se hizo sacerdote, y profesó en la Orden de Santo Domingo, teniendo desde muy temprano reputación de grandísimo orador. Cuéntase que estando una vez en el púlpito, con el templo lleno de fieles, que entusiasmados escuchaban su palabra, entró en la iglesia una pobre viejecita que pugnaba inútilmente por pasar, y viendo sus apuros y la dificultad que la multitud oponía á la anciana, el predicador, ya insigne, dijo: «Dejadla pasar; es mi madre». Fr. Luis de Granada estuvo en el colegio de Valladolid, después volvió á su patria, y, por fin, á Portugal, donde fué provincial de su Orden, renunciando otras dignidades que se le ofrecían. Murió de ochenta y tres años de edad, en 1588, siendo enterrado en Lisboa con gran pompa y llanto general de los nobles y de la ciudad toda, que comprendió había perdido un gran santo.

Las obras de Fr. Luis de Granada son muchas y muy notables, y en todas ellas resplandece la doctrina de que el

[1] Los inmediatos discípulos del venerable Ávila son Juan de Dios y Diego Pérez de Valladolid.

hombre es imagen de Dios, por la razón, que conoce el orden y la verdad, y por la voluntad de amar el bien, siendo excelente para conocer á Dios el estudio, pero mejor todavía la oración. Entre sus grandes escritos aparece, en primer término, *La guía de pecadores*, que contiene una larga exhortación á la virtud y guarda de los mandamientos, dividida en dos libros: el primero contiene los títulos que obligan á la virtud, los privilegios de ella, las autoridades que apoyan la doctrina, la refutación de los errores contrarios y numerosos ejemplos; y el segundo trata en particular de las virtudes y de los vicios contrarios y de sus remedios. *La guía de pecadores*, muy conocida de las personas piadosas, tuvo la honra de ser alabada por San Carlos Borromeo, por una carta de Santa Teresa y por un breve del Papa Gregorio XIII.

La oración y meditación es quizá la obra más elocuente de Fr. Luis de Granada: previos preliminares acerca de la oración, está dividida en siete meditaciones para los distintos días de la semana, relativas á los pecados, á las miserias de la vida y á la muerte, juicio, infierno y gloria, y á los beneficios divinos; y la segunda parte se compone de otras siete meditaciones acerca de la Pasión y muerte del Salvador. Este libro es todo de oro, y por cualquier parte que se abra se hallan reflexiones profundas, máximas provechosas y pinturas y descripciones hermosísimas que conmueven, suspenden ó arrebatan. Los capítulos referentes á la vida humana tratan separadamente de que es breve, incierta, frágil, engañosa y mudable, y de que la muerte está al fin de ella; y todo expuesto por tan admirable manera, que no sabemos realmente qué poner aquí como muestra de la doctrina y lenguaje de Fr. Luis.

Hablando de la fragilidad de la existencia del hombre, dice:

«¿Pues qué diré de los otros accidentes y mudanzas de nuestros cuerpos? Á unos quebrantan los trabajos, á otros enflaquece la pobreza, á otros atormenta la indigestión, á otros corrompe el vino, á otros debilita la vejez: á otros hacen muelles los regalos y á otros trae descoloridos la luxuria. Pues, según esto, ¿no es verdad que se secó el heno y se le cayó la flor? Veréis otros de muy nobles abuelos y bisabuelos de muy esclarecida sangre, de muy antiguo solar, muy llenos de ami-

gos y muy acompañados ambos los lados de criados, llevando y trayendo consigo muy grande familia y compañía; y si un poquito se les trastorna el viento de la fortuna, á la hora es dexado de sus amigos, y maltratado de sus iguales, y desamparado de todos. Veréis otro, lleno de riquezas, volando por las bocas de todos con fama de liberal y dadivoso, esclarecido con honra, levantado con poderes, subido en tribunales y tenido por bienaventurado de todos, y acaescerá que llevándole ahora con voces y pregones magníficos por la ciudad, se revuelvan de tal manera los vientos, que venga á parar en la misma cárcel, donde él tenía encarcelados á otros. Á quántos acaece llevar ahora con toda la pompa del mundo á sus casas, y una noche que se atraviesa de por medio oscurece el resplandor de toda aquella gloria, y un solo dolor de costado que sobreviene deshace toda aquella fábula compuesta?....»

De la mudanza y miserias del hombre, de lo engañosa que es la vida, habla este insigne escritor con no menos elocuencia y profundidad.

En las meditaciones sobre el Salvador, el lenguaje de Fray Luis de Granada, sin perder de su sencillez y naturalidad, adquiere un tono solemne y unos acentos tan patéticos y desgarradores, que hacen brotar lumbre en el alma más fría y empedernida. Copiemos algún trozo de este incomparable libro:

«Camina, pues, el Inocente con aquella carga tan pesada sobre sus hombros tan flacos, siguiéndole mucha gente, y muchas piadosas mujeres que con sus lágrimas le acompañaban. ¿Quién no habia de derramar lágrimas viendo al Rey de los Ángeles caminar paso á paso con aquella carga tan pesada, temblando las rodillas, inclinando el cuerpo, los ojos mesurados, el rostro sangriento, con aquella guirnalda en la cabeza y con aquellos tan vergonzosos clamores y pregones que daban contra Él? Entretanto, ánima mía, aparta un poco los ojos de este cruel espectáculo, y con pasos apresurados, con aquejados gemidos, con ojos llorosos, camina para el Palacio de la Virgen, y cuando á ella llegares, derribada ante sus pies, comienza á decirla con dolorosa voz: ¡Oh, Señora de los Ángeles, Reina del cielo, Fuerza del Paraíso, Abogada del mundo, refugio de los pecadores, salud de los justos, alegría de los Santos, muestra de las virtudes, espejo de limpieza, dechado de paciencia y de toda perfección! ¡Ay de mí, Señora mía! ¿Para qué se ha guardado mi vida para esta hora? ¿Cómo puedo yo vivir habiendo visto con mis ojos lo que vi? ¿Para qué son más palabras? Dexo

á tu Unigénito Hijo y mi Señor en manos de sus enemigos con una cruz acuestas para ser en ella ajusticiado. ¿Qué sentido puede aquí alcanzar hasta dónde llegó este dolor á la Virgen? Desfalleció aquí su ánima, y cubriósela la cara y todos sus virginales miembros de un sudor de muerte, que bastara para acabar la vida, si la dispensación divina no la guardara para mayor trabajo y para mayor corona. Camina, pues, la Virgen en busca del Hijo, dándola el deseo de verle las fuerzas que el dolor la quitaba. Oye desde lejos el ruido de las armas, y el tropel de la gente, y clamor de los pregones con que lo iban pregonando. Ve luego resplandecer los hierros de las lanzas y alabardas que asomaban por lo alto: halla en el camino las gotas y el rastro de la sangre, que bastaban ya para mostrarle los pasos del Hijo, y guiarla sin otra guía. Acércase más y más á su amado Hijo, y tiende sus ojos, oscurecidos con el dolor, para ver, si pudiese, al que amaba con su ánima. ¡Oh amor y temor del corazón de María! Por una parte deseaba verle, y por otra rehusaba de ver tan lastimera figura. Finalmente: llegada ya donde le pudiese ver, míranse aquellas dos lumbres del cielo una á otra, y atraviésanse los corazones con los ojos, y hieren con la vista sus ánimas lastimadas. Las lenguas están enmudecidas para hablar, mas al corazón de la Virgen hablaba el afecto natural del Hijo dulcísimo, y le decía: ¿Para qué viniste aquí, Paloma mía, querida mía y madre mía? Tu dolor acrecienta el mío, y tus tormentos atormentan á Mí. Vuélvete, Madre mía; vuélvete á tu posada, que no pertenece á tu pureza virginal compañía de homicidas y ladrones. Si lo quieres así hacer, templarse ha el dolor de ambos, y quedaré Yo para ser crucificado por el mundo, pues á Ti no pertenece este oficio, y tu inocencia no merece este tormento. Vuélvete, pues, ¡oh Paloma mía!, á la Arca hasta que cesen las aguas del diluvio, pues aquí no hallarás donde descansen tus pies....»

Y más adelante, hablando de la Crucifixión, dice:

«Pues, ¡oh Salvador y Redentor mío! ¿Qué corazón habrá tan de piedra que no se parta de dolor, pues en este día se partieron las piedras, considerando lo que padeces en esa Cruz? Cercado te han, Señor, dolores de muerte, y embestido han sobre ti las olas de la mar; atollado hasta en el profundo de los abismos, y no hallas sobre qué estribar. El Padre te ha desamparado; ¿qué esperas, Señor mío, de los hombres? Los enemigos te dan grita; los amigos te quiebran el corazón; tu ánima está afligida, y no admites consuelo por mi amor. Duros fueron, cierto, mis pecados, y tu penitencia lo declara. Véote, Rey mío, cosido

con un madero, no hay quien sostenga tu Cuerpo sino tres garfios de yerro: de ellos cuelga tu sagrada carne, sin tener otro refrigerio: quando cargas el cuerpo sobre los pies, desgárranse las heridas de los pies con los clavos que tienes atravesados: quando lo cargas sobre las manos, desgárranse las heridas de las manos con el peso del Cuerpo. No se pueden socorrer los miembros unos á otros sino con igual perjuicio. Pues la Santa Cabeza, atormentada y enflaquecida con la corona de espinas, ¿qué almohada la sostendrá? ¡Oh, quán bien empleados fueran allí vuestros brazos, Serenísima Virgen, para este oficio, mas no servirán ahora allí los vuestros, sino los de la Cruz! Sobre ellos se reclinará la Sagrada Cabeza quando quisiere descansar, y el refrigerio que de ellos recibirá será hincarse más las espinas por el celebro. Sobre todo esto veo esas quatro llagas principales, como quatro fuentes, que están siempre manando sangre; veo el suelo encharcado y arroyado de sangre; veo ese tan precioso licor hollado y derramado sobre la tierra, dando voces y clamando mejor que la sangre de Abel, pues aquella pedía venganza contra el homicida, mas ésta pide perdón para el pecador....

»¿Y quién otro podrá, ¡oh bendita Madre!, declarar la grandeza de los dolores y ansias de tus entrañas, quando veías morir con tan graves tormentos al que viste nacer con tanta alegría? ¿Quando veías escarnecido y blasfemado de los hombres aquel que allí viste alabado de los Ángeles? ¿Quando veías aquel Santo Cuerpo que tú tratabas con tanta reverencia, y criaste con tanto regalo, tan maltratado y atormentado de los malos? ¿Quando mirabas aquella divina boca, que tú, con leche del cielo recreaste, amargada de hiel y vinagre? ¿Y aquella divina Cabeza, que tantas veces en tus virginales pechos reclinaste, ensangrentada y coronada de espinas? ¡Oh, quántas veces alzabas los ojos á lo alto, para mirar aquella divina figura que tantas veces alegró tu ánima mirándola, y se volvían los ojos del camino, porque no podía sufrir tu vista la ternura del corazón!....

»Y con ser tan grandes estos dolores, no rehusaste, Virgen bendita, la compañía de la Cruz, ni la volviste las espaldas, sino allí estuviste junto á ella, no caída ni derribada, sino en pie, como columna de fortaleza, contemplando con inestimable dolor al Hijo en la Cruz, para que, así como Eva mirando con deleite aquel fruto y árbol de muerte intervino en la perdición del mundo, así tú, mirando con tan gran amargura el fruto de vida que de aquel árbol pendía, intervinistes en el remedio del mundo....»

Admirable es también la obra de Fr. Luis de Granada

que llamó *Introducción al símbolo de la fe*. Es el trabajo más extenso de los escritos por su insigne autor, el cual se propuso discurrir y probar con argumentos y razones las verdades cristianas, empezando por aquélla que es fundamento y raíz de todas, ó sea la existencia de Dios. Válese para ello de la consideración de las obras divinas, y habla con lenguaje siempre elocuente, siempre pintoresco, siempre sencillo y bellísimo, de la tierra, de los animales, del mismo cuerpo humano y de tantas maravillas como salieron de la diestra del Omnipotente. Prosigue después enumerando las excelencias de la fe, los martirios y los milagros, los grandes frutos obtenidos del árbol de la cruz, concluyendo con magníficas reflexiones y consideraciones acerca de la Redención y sus efectos, volviendo al punto de partida; esto es: á tratar de la creación, para terminar con una brillante apología de la Iglesia cristiana y de las profecías, dando atinados consejos sobre la manera de instruir á los hombres para que convertidos abracen la fe.

En este libro, como en algunos otros que compuso Granada [1], es alguna vez incorrecto, y deja escapar demasiadamente en ocasiones su extraordinaria erudición; también es cierto que nuestro autor suele ser difuso, dejando correr la pluma por la abundancia de la doctrina y el calor de los afectos; pero todo ello se explica, porque Fr. Luis de Granada, como los demás autores ascéticos y místicos, no era un artista en el rigoroso sentido de la palabra, sino un filósofo eminente, un gran teólogo, y, sobre todo, un corazón inflamado en el amor de Dios y del prójimo, y un entendimiento poderoso y profundo que despedía vivos resplandores al contacto de la verdad, y que iluminaba todo lo que cae bajo la jurisdicción del hombre. La misma sencillez y naturalidad con que escribía, muestra que no tiene por delante los preceptos de la retórica, ni ponía su atención en la alabanza del público. Escribe como siente, y en la ternura y ardor de su sentimiento brota de sus labios la palabra pura, clarísima,

[1] *Memorial de la vida cristiana*, *Doctrina cristiana*, *Comentario á la Escala espiritual de San Juan Clímaco*, *Sermones*, etc.

fecunda, produciendo aquella incomparable majestad del estilo nunca superado. Jamás en autor alguno ha tenido la hermosa habla castellana acentos tan hermosos, conceptos tan limpios, períodos de tanta pompa y gallardía; y mientras haya corazones amantes de lo bello, mientras viva la fe cristiana, mientras se cultive la lengua española, Fr. Luis de Granada será dechado imperecedero de escritores religiosos y ornamento y orgullo de nuestra patria.

LECCIÓN LXI

ESCRITORES MÍSTICOS Y ASCÉTICOS (CONTINUACIÓN).

412. San Juan de la Cruz. — 413. Fr. Luis de León. — 414. Malón de Chaide. — 415. Otros escritores de este género: Fr. Juan de los Ángeles, Estella, Venegas, Zárate y Rivadeneira.

412. Entre los escritores místicos ocupa eminente lugar San Juan de la Cruz. Este hombre, también extraordinario, conocido con el nombre de *Doctor Extático*, fué llamado en el siglo *Juan de Yepes.* Nació en Ontiveros, aunque algunos quieren que en Medina del Campo, en 1542; huérfano muy pronto, halló protección en Alonso Álvarez de Toledo, y profesó en el convento de Carmelitas Descalzos de Medina del Campo, estudiando luego en Salamanca. Santa Teresa de Jesús le pidió su cooperación para la reforma del *Carmelo*, obra que costó á ambos grandes trabajos y persecuciones. Después San Juan de la Cruz fué nombrado Rector del colegio de Baeza, prior del convento de Granada, y Vicario general de Andalucía en 1585. Retirado al desierto de la Peñuela (entre Baeza y Úbeda), murió en esta ciudad el 14 de Diciembre de 1591; fué canonizado en 1664.

San Juan de la Cruz es el más original y obscuro de los místicos, por lo mismo que es el más elevado. Su lenguaje no

parece de la tierra, y tiene algo de sobrehumano y misterioso. En general, no va discurriendo por grados, sino que rápidamente, y de una vez, llega á las más altas verdades; su doctrina consiste en proclamar que en la unión con Dios, aun en esta vida, está la perfección, pero que es preciso que el alma se purifique y desuna de todos sus afectos, y aun de sus potencias, pues el alma es como «quebrados, v. s. s. que no se ganan menos que con el infinito». Al explicar en qué consiste esa unión, no hallando términos propios en el lenguaje del hombre, acude á las metáforas y parafrasea y comenta los más sublimes conceptos del *Cantar de los cantares.*

Su primer libro es el intitulado *Subida al monte Carmelo,* precioso tratado de mística, sobre el modo de llegar á profesar y subir á la *unión del alma con Dios.* Empieza con una canción bellísima, en que el alma dice la ventura que tuvo en pasar por la *noche escura* de la fe en desnudez y purgación suya á la unión del Amado. Va luego glosando algunas estrofas de la canción, en capítulos que explican por qué *noche escura* ha de pasar el alma para ir á Dios. Es *noche escura,* porque ha de ir careciendo de todos los gustos y apetitos del mundo; porque ha de vivir en la fe, que es *escura* al entendimiento; porque el mismo Dios que excita al entendimiento humano, es *noche escura* en esta vida. Explica después largamente lo que dominan los apetitos, y habla de los beneficios de la fe, de la purificación, de la memoria, de la voluntad para que el alma se una con Dios.

Noche escura del alma es continuación del tratado anterior y empieza con los mismos versos, que luego va comentando y declarando. Explica que la noche del sentido es vencer los vicios y pecados (soberbia, avaricia, etc.), y es lo primero que hay que hacer en el camino de la perfección. Viene luego la *noche escura* del espíritu, que es el vencimiento de la constancia del alma y sus fuerzas é inclinaciones naturales, para que el alma salga de sí y viva en Dios, y explica los tormentos que en este estado siente el alma viendo claro sus miserias y la grandeza de Dios, pero así es como se purifica.

El *Cántico espiritual entre el alma y Cristo* es una paráfrasis y explicación de su hermosísima poesía, imitada del *Cantar de los cantares*.

«¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?....»

y se refiere ya á la interior comunicación con Dios; y, por último, en *La llama de amor viva*, que empieza también con cuatro estrofas, que va explicando, trata ya de la unión íntima con Dios y transformación del alma.

El lenguaje y el estilo de San Juan de la Cruz se resiste al análisis: el Doctor Extático, es, á veces incorrecto, á veces lánguido, generalmente descuidado; pero tiene una delicadeza de sentimiento, una ternura de expresión, y arranques tan hermosos y sublimes, que, realmente, no hay con quien compararle. Como muestra véase el siguiente trozo, tomado de la *Noche escura del alma:*

«Y porque el alma ha de venir á tener un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas divinas y humanas que no caen en el común sentir y saber natural del alma (porque las mira con ojos tan diferentes que antes, como difiere la luz y gracia del Espíritu Santo del sentido, y lo divino de lo humano), conviene al espíritu adelgazarse y curtirse acerca del común y natural sentir, poniéndole por medio de esta purgativa contemplación en grande angustia y aprieto, y á la memoria remota de toda amigable y pacífica noticia con sentido muy inferior y temple de peregrinación y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que lo solían ser, porque en esto va sacando esta noche el espíritu de su ordinario y común sentir de las cosas para traerle al sentido divino, el cual es extraño y ajeno de toda manera humana....»

413. Fr. Luis de León. El príncipe de los poetas líricos españoles, de cuya vida dimos noticia en otro lugar, es también un escritor religioso de primer orden y un prosista elocuente y elegantísimo. Aparte de *La perfecta casada*, acabado modelo del género, escribió obras verdaderamente ascéticas y místicas, siendo la más notable la intitulada *Los nombres de Cristo*. Á la manera de Platón, expone su doctrina en diálogo,

y empieza diciendo que tres amigos, cuyos nombres calla, reunidos en una huerta de Salamanca, discurren sobre los nombres que se dan á Cristo en las Escrituras: van, en efecto, discurriendo y hablando largamente de Cristo, como *esposo, brazo de Dios, príncipe de la paz, pastor, monte, Amado, Jesús,* etc., etc. Todos estos discursos ó diálogos forman un gran tratado de Teología, de mística y de filosofía, magistralmente escrito, con una claridad y abundancia, con tonos tan suaves y delicados, y con una expresión tan viva y pintoresca, que no tienen superior en nuestra rica literatura. Fr. Luis de León hace ver que los hombres que se dan á Dios, no le comprenden, ni le explican, y sólo sirven para entender algunas de sus divinas perfecciones; pero como le considera en tan distintos y variados atributos, apenas habrá un sentimiento relativo á la divinidad que no encuentre en este precioso tratado explicación profunda y clarísimos comentarios; y no sólo habla de Dios, sino que considera también á Cristo en su naturaleza humana, dándole esto ocasión á magníficos pensamientos y reflexiones, y á la misma exposición de muchas doctrinas filosóficas, en que generalmente coincide con los neo-platónicos. *La traducción y comentarios del «Cantar de los cantares»* es otro hermoso tratado de Fr. Luis, que traduce en él y va comentando extensamente y explicando el sentido místico del divino epitalamio. Aquí hace gala el maestro León de sus grandes conocimientos filológicos, y señorea la lengua castellana, haciéndola servir para la explicación de las más altas verdades y del más espiritual sentimiento. No menos bella es *La traducción y exposición del libro de Job,* en la cual, no sólo vierte al castellano más correcto y elegante el libro bíblico, sino que comenta todos sus versículos, formando el comentario un gran tratado de mística, cuyo fin es proclamar la acción de la Providencia de Dios y refutar el fatalismo.

414. Fr. Pedro Malón de Chaide. Nació, como ya sabemos [1], en Cascante, obispado de Tarazona, en 1530, de padres navarros, de distinguido linaje. En Salamanca tomó el hábito

[1] V. Lección xxxv.

de la Orden de San Agustín, y fué allí maestro de Teología y después catedrático de la Universidad de Zaragoza y Huesca. Tuvo gran fama de orador y teólogo, y como escritor nos queda de él su *Tratado de la conversión de la Magdalena*. Es una obra muy extensa, repartida en setenta y dos capítulos, considerando separadamente á la Magdalena como pecadora, como penitente y como santa; y trata con este motivo de las cuestiones de la grandeza del amor divino. Malón de Chaide ve también en la creación un ejemplar de las ideas divinas, y habla muy bien de la belleza, que es causa del amor y de la admiración en los ángeles y en los hombres, siendo Dios el centro, cuyos radios llegan á todos. Á Magdalena la pinta *regenerada* por el amor. Este libro, en que están intercaladas algunas poesías y traducciones en versos de varios salmos, es desigual y peca de retórico y ampuloso; pero hay ciertamente en él grande vigor y elocuencia, y en ocasiones verdadera brillantez.

415. Fr. Juan de los Ángeles es otro de los grandes místicos. *Sus triunfos del amor de Dios*, y sus *Diálogos de la conquista del espiritual* y *Secreto reino de Dios*, lo acreditan así y le proclaman el psicólogo de los místicos. Es muy erudito y conocedor de los clásicos y Santos Padres. Su doctrina del amor discurre acerca de los distintos amores: de la familia, de la patria, conyugal, etc., y habla luego también analíticamente del alma y de sus facultades, aunque así procede y no se lanza de un vuelo á las alturas de la contemplación. Explica después admirablemente en qué consiste, y habla de éxtasis y de unión con Dios, en términos y sentido tan elevado como los más grandes maestros de aquel tiempo. La prosa de Fr. Juan de los Ángeles, como se ha dicho antes de ahora, parece realmente angélica, por la suavidad y dulzura que tiene, y que son sus cualidades distintivas.

—Fr. Diego de Estella es asimismo otro autor notable y digno de loa por su *Tratado de la vanidad del mundo*, y más todavía por sus *Meditaciones del amor de Dios*. No es tan analizador y profundo como Fr. Juan de los Ángeles, pero hay en él grandísima espontaneidad y ternura. Para Es-

tella, todo lo que no es Dios, vale poco: Dios es lo que es, y el pensamiento á Él va dirigido por el ansia de conocerle. Lo creado le ayuda, porque es un magnífico reflejo de las bellezas divinas. El P. Estella hace una hermosísima enumeración de las grandezas y maravillas del mundo, y parte de que el alma es imagen de Dios, y Dios está en todo lugar.

—El maestro Alejo Venegas, de quien hay escasas noticias, y que parece vivió abrumado para buscar el sustento de doce personas de familia que tenía á su cargo, es autor de un tratado en que dominan los tonos graves y solemnes: titúlase *La agonía del tránsito de la muerte.* Venegas muestra que la vida es un largo martirio y la existencia terrena un destierro, y que sólo la muerte es la libertad. Este es el pensamiento de todo su libro; el cristiano, por tanto, aspirando á la inmortalidad de la gloria, ha de renunciarlo todo, porque el fin del hombre es Dios, á quien debemos amor, por ser quien es. La fe es admirablemente compatible con el ejercicio de la razón y con la libertad humana.

—Fr. Hernando de Zárate, natural de Madrid, religioso Agustino y catedrático de Teología en Osuna, escribió un tratado de *La Paciencia cristiana,* muy extenso, dividido en dos partes, tratando separadamente de la naturaleza de la paciencia, utilidad de la libertad, ejemplos que Dios nos dejó de paciencia, y beneficios de los consejos para toda clase de trabajos. La misma erudición y ejemplos con que exorna sus reflexiones hacen algo molesta la lectura de este libro, que, por lo demás, está escrito en lenguaje castizo y correcto, con grande claridad y sencillez que á veces degenera en trivialidad.

—El P. Pedro de Rivadeneira de Toledo nació en 1527. En 1539 fué á Roma como paje del cardenal Farnesio, y en el 40 fué admitido por San Ignacio en la Compañía de Jesús. Estudió en París y Lovaina, viniendo en 1574 á España, donde vivió. Murió en 1611 en Madrid. Conocido principalmente como agiógrafo [1], puede colocarse entre los grandes escritores as-

[1] Es autor del *Flos sanctorum*, de la *Vida de San Ignacio*, de la de *San Francisco de Borja*, de *Diego Lainez*, del *Cisma de Inglaterra* y de otras muchas obras religiosas y didácticas.

céticos y místicos por su hermoso *Tratado de la tribulación*, y también por su *Vida de Cristo* y la *Vida de la Virgen*. El *Tratado de la tribulación* está dividido en dos partes: en la primera habla de las tribulaciones particulares y sus remedios, como pérdida de salud, honra, personas queridas, etc., y en la segunda de las tribulaciones generales, como hambre, pestes, guerras, etc. Muéstrase en este libro gran teólogo y conocedor profundo del corazón humano, y pinta de mano maestra las adversidades de que está llena la vida, dándole esto ocasión para hacer atinadas reflexiones sobre el destino inmortal del hombre. La *Vida y misterio de Cristo* y la *Vida y misterio de la Virgen María* están escritas con gran pureza y claridad de lenguaje, y con una suavidad y dulzura en el estilo verdaderamente encantadoras. También son muy dignos de alabanza el *Tratado de perfección*, del P. Alonso Rodríguez, y el bellísimo libro de Nieremberg *De la hermosura de Dios y su amabilidad*, y, en fin, sería no acabar nunca enumerar siquiera brevemente todos los buenos escritores religiosos de España en los siglos XVI y XVII.

LECCIÓN LXII

ESCRITORES MÍSTICOS Y ASCÉTICOS (CONCLUSIÓN). SANTA TERESA.

416. Santa Teresa: Su vida.—417. Sus cualidades como escritora.—418. Sus admirables dotes de entendimiento y corazón.—419. Noticia de sus obras y exposición de algunas de ellas.—420. Su *Vida*, escrita por ella misma.—421. Las *Relaciones* y *Fundaciones*.—422. Las *Moradas*.—423. Otras obras de Santa Teresa: sus cartas.

416. Continuando el estudio de los grandes escritores místicos y ascéticos de nuestro siglo de oro, tócanos estudiar ahora á la ínclita SANTA TERESA DE JESÚS.

En la histórica ciudad de Ávila vió la primera luz esta mu-

jer extraordinaria, el día 24 de Marzo de 1515, de padres cristianos y temerosos de Dios; fué desde niña tan inclinada á la piedad, que deseaba sufrir el martirio. Mas luego, entretenida en frívolas conversaciones y en la lectura de libros de caballería, se entibió su espíritu y llegó á aficionarse tanto á las lecturas mundanas, que á la edad de catorce años escribió una novela caballeresca. Jamás, sin embargo, llegó á ofender gravemente á Dios, conservando su pureza virginal en medio de la disipación de su espíritu. En el año 1531, á los diez y seis de su edad, entró en el convento de Agustinas de Ávila, profesando después en el de la Encarnación en 1534. Con varias alternativas siguió la Santa, hasta que, recibiendo de Dios favores señalados, como ella misma dice y entiende, sobrenaturales visiones y divinos éxtasis, fué cada vez creciendo su santidad y virtud hasta ser un humanado serafín. No es propio de la índole de este libro seguir todas las vicisitudes por que pasó la heroica santa en su empresa de reformar la Orden del Carmelo y en las muchas fundaciones que hizo. Diez y siete conventos fundó en doce años con la ayuda de San Juan de la Cruz, y no le faltaron contrariedades, tribulaciones y aun persecuciones, además de las muchas enfermedades que sufrió. Monja andariega la llamaban algunos, dudando de la vocación que la movía á la reforma de la Orden, pero triunfó de todos los ataques, descansando santamente en el señor el día 20 de Septiembre de 1582 en su querido convento de Alba de Tormes. Desde aquel mismo instante, aun los que se habían burlado de ella ó la habían combatido, se deshicieron en elogios de la virtud y de los talentos de aquella singularísima mujer. Creció por todas partes el entusiasmo que sus virtudes y sus obras inspiraban, y se entabló inmediatamente el proceso de su beatificación, concediéndola la Santa Sede los honores de los altares el 24 de Abril de 1614, y siendo solemnemente canonizada el 12 de Marzo de 1622.

417. La fama de Santa Teresa no ha decaído, antes bien, creció con el tiempo. Como dice uno de sus biógrafos [1]: «Con-

[1] La Fuente.

taba con más de setecientos conventos de ambos sexos establecidos por toda la parte del orbe católico y aun entre los infieles mismos, con un total de más de catorce mil individuos que seguían su Regla y su espíritu, y leían sus obras á todas horas y aun en los últimos rincones del África y del Asia, á donde sus misiones habían penetrado. Si á estos catorce mil lectores habituales de las obras de Santa Teresa, se reunen otros tantos Carmelitas calzados, no menos afectos á los escritos de la que en un tiempo llevó su hábito, y además los individuos de otros institutos monásticos y los seglares piadosos que leen con avidez los escritos de la célebre reformadora, se ve que podía calcularse en un guarismo muy alto el número de lectores habituales de estos escritos. Por este motivo dije poco ha que no hay libro ninguno español tan leído como las obras de Santa Teresa. Apenas habían transcurrido veinte años después de su muerte, cuando ya sus obras se habían traducido en casi todos los idiomas de Europa, y también al latín. Cualquiera extranjero, medianamente conocedor de nuestra historia literaria, echaría aquí de menos las obras de Santa Teresa, si no se les hubiera dado cabida en esta colección. Para el literato español, y bajo el aspecto histórico, tienen además los escritos de Santa Teresa no pocos atractivos, aun prescindiendo de su valor ascético. Consisten éstos en la narración exacta de unos hechos que, aun cuando parecían, á juicio de algunos, aislados y pequeños, con todo, caracterizan puntualmente las ideas, costumbres, genio, pasiones, y hasta la vida privada de nuestros antepasados en el siglo XVI, siglo de oro de nuestras glorias literarias, religiosas, políticas y militares. Para la historia particular de la Iglesia de España son una de las más notables y preciosas fuentes: necesario es consultarlas para conocer las costumbres del clero secular y regular, tanto en su estado perfecto como de relajación, para saber las biografías de varios personajes coetáneos, las prácticas religiosas, tradiciones pías, y hasta las rivalidades entre algunos institutos religiosos. Bajo el aspecto filológico, los libros de Santa Teresa pueden ser mirados como el tipo más completo del lenguaje familiar de

Castilla en la segunda mitad del siglo XVI, lenguaje que si no es el más correcto y culto, en cambio es el más puro y castizo».

418. Imposible es reducir á pocas páginas la doctrina y los méritos que avaloran los escritos de Santa Teresa de Jesús. Hablando de sus libros, dice gallardamente el maestro Fray Luis de León en carta á las Carmelitas de Madrid: «En ellos, sin ninguna duda, quiso el Espíritu Santo que la Madre Teresa fuese un ejemplo rarísimo, porque en la alteza de las cosas que trata, y en la delicadeza y claridad con que las trata excede á muchos ingenios; y en la forma del decir, y en la pureza y facilidad del estilo, y en la gracia y buena compostura de las palabras, y en una elegancia desafeitada, que deleita en extremo, dudo yo que haya en nuestra lengua escritura que con ellos se iguale. Y así, siempre que los leo, me admiro de nuevo; y en muchas partes de ello me parece que no es ingenio de hombre el que oigo; y no dudo sino que hablaba el Espíritu Santo en ella en muchos lugares, y que le regía la pluma y la mano, que así lo manifiesta la luz que pone en las cosas obscuras, y el fuego que enciende con sus palabras en el corazón que las lee. Que dejados aparte otros muchos y grandes provechos que hallan los que leen estos libros, dos son, á mi parecer, los que más eficacia hacen. Uno, facilitar en el ánimo de los lectores el camino de la virtud. Y otro, encenderlos en el amor de ella y de Dios. Porque en lo uno es cosa maravillosa ver cómo ponen á Dios delante los ojos del alma, y cómo le muestran tan fácil para ser hallado, y tan dulce y tan amigable para los que le hallan; y en lo otro, no solamente con todas, mas con cada una de sus palabras, pegan al alma fuego del cielo, que la abrasa y deshace. Y quitándole de los ojos del sentido todas las dificultades que hay, no para que no las vea, sino para que no las estime ni precie, dejándola, no solamente desengañada de lo que la falsa imaginación le ofrecía, sino descargada de su peso y tibieza, y tan alentada y, si se puede decir así, tan ansiosa del bien, que vuela luego á él con el deseo que hierve. Que el ardor grande que en aquel pecho santo vivía, salió como pegado en sus palabras, de manera que levantan llama por dondequiera que pasan.... Porque

verán la misma luz y grandeza de entendimiento en las cosas delicadas y dificultosas de espíritu; la misma facilidad y dulzura en decirlas; la misma destreza, la misma discreción; sentirán el mismo fuego de Dios y concebirán los mismos deseos: verán la misma manera de santidad, no placera, ni milagrosa, sino tan infundida por todo el trato su substancia, que algunas veces, sin mentar á Dios, dejan enamoradas de Él á las almas.»

Y censurando después que algunos se hubieran atrevido á retocar los escritos de Santa Teresa, añade el mismo insigne maestro: «Que hacer mudanza en las cosas que escribió un pecho en quien Dios vivía, y que se presume la movía á escribirlas, fué atrevimiento grandísimo, y error muy feo querer enmendar las palabras; porque si entendieran bien castellano, vieran que el de la Madre es la misma elegancia. Que aunque en algunas partes de lo que escribe antes que acabe la razón que comienza la mezcla con otras razones, y rompe el hilo comenzando muchas veces con cosas que ingiere, mas ingiérelas tan diestramente, y hace con tan buena gracia la mezcla, que ese mismo vicio le acarrea hermosura y es el lunar del refrán. Así, que yo los he restituido á su primera pureza».

419. Todos estos encomios de Fr. Luis de León han sido repetidos por la posteridad, que no cesa de encontrar nuevos motivos de asombro en la lectura de los escritos que nos legó la con razón llamada docta avilesa. En cuatro partes distribuye, con justicia, el Sr. La Fuente las obras de Santa Teresa: Libros históricos (su *Vida; Relaciones espirituales* y *Fundaciones);* Primitivas constituciones *(Avisos y visitas de conventos);* Doctrinales *(Camino de perfección; Conceptos del amor de Dios,* y las *Moradas),* y Poéticas *(Expansiones del alma á Dios; Glosas sobre el deseo de ver á Dios; Canciones y Villancicos).* En la *Vida, Las constituciones* y el *Camino de perfección* está representada, como dice el citado crítico, la vida oculta de Santa Teresa en el convento de San José, donde la preparó el Señor para la reforma de su instituto, y allí elaboró esos tres libros y se formó á sí misma

y á las monjas que la habían de ayudar en sus fundaciones; y las *Fundaciones y visita de conventos* y las *Moradas*, son escritos en los últimos años de la Santa.

420. Ya que no de todos, diremos brevemente algo, siquiera de estos seis libros principales: la *Vida de Santa Teresa* la escribió por orden de sus confesores y fué divulgada contra su voluntad. Es un relato bellísimo y por todos conceptos interesante, que rebosa candor y sencillez. Allí se muestran sin artificio todas las hermosas cualidades de la Santa, sus tentaciones, sus tribulaciones y las grandes mercedes con que Dios la favoreció. No es posible hallar en literatura alguna libro más ingenuo, más sencillo, más candoroso. Este es el principal, el incomparable encanto que tiene la *Vida de Santa Teresa*. Parece que al leerlo, embebecidos con aquel lenguaje tan familiar, tan suave y tan expresivo, no atendemos á cualidad alguna literaria, atentos solamente á contemplar las perfecciones sobrehumanas de aquel alma tan limpia, de aquel entendimiento tan penetrante, de aquel corazón tan inflamado en el amor divino. Y por todas las páginas de este libro fluye la más abundante y pura doctrina de piedad y de amor, resultando, sin haberlo pretendido su autora, un profundo tratado de devoción y de mística. Véase cómo dice algo de sus deseos y entretenimientos infantiles:

«Tenía un hermano casi de mi edad, juntábamonos entrambos á leer vidas de santos, que era el que yo más quería, aunque á todos tenía grande amor, y ellos á mí; como vía los martirios que por Dios los santos pasaban, parecíame compraban muy barato el ir á gozar de Dios, y deseaba yo mucho el ir á morir ansí; no por amor que yo entendiese tenerle, sino por gozar tan en breve de los grandes bienes que leía haber en el cielo, y juntábame con este mi hermano á ver qué medio habría para esto. Concertábamos irnos á tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allí nos descabezasen, y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo. Espantábanos mucho el decir, que pena y gloria era para siempre en lo que leíamos. Acaescíanos estar muchos ratos tratando de esto; y gustábamos de decir muchas veces para siempre, siempre, siempre. En pronunciar esto mucho rato, era el Señor servido, me quedase en esta niñez imprimido

el camino de la verdad. De que vi que era imposible ir adonde me matasen por Dios, ordenábamos ser ermitaños, y en una huerta que había en casa procurábamos, como podíamos, hacer ermitas, poniendo unas piedrecillas que luego se nos caían, y ansí no hallábamos remedio en nada para nuestro deseo, que ahora me pone devoción ver cómo me daba Dios tan presto lo que yo perdí por mi culpa. Hacía limosna como podía, y podía poco. Procuraba soledad para rezar mis devociones, que eran hartas, en especial el Rosario, de que mi madre era muy devota, y ansí nos hacía serlo. Gustaba mucho cuando jugaba con otras niñas hacer monasterios, como que éramos monjas; y yo me parece deseaba serlo, aunque no tanto como las cosas que he dicho. Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos: como yo comencé á entender lo que había perdido, afligida, fuíme á una imagen de Nuestra Señora, y supliquéle fuese mi madre, con muchas lágrimas. Paréceme que, aunque se hizo con simpleza, que me ha valido, porque conocidamente he hallado á esta Virgen soberana en cuanto me he encomendado á Ella, y, en fin, me ha tornado á sí».

Uno de los puntos que con más detenimiento trata Santa Teresa en su *Vida*, es el de la oración y sus diversos grados hasta llegar á la unión con Dios y al arrobamiento ó éxtasis, explicando todo este mundo espiritual y misterioso por tan maravillosa manera que, diciendo ella á cada paso que no lo entiende ni sabe cómo decirlo, lo hace patente aun á los ojos más terrenos. Como dice un escritor, historiador francés de nuestra literatura [1], « aun el hombre moderno que vive entre negocios y dudas, si lee algunas páginas de Santa Teresa, recibirá sin duda una enérgica influencia de aquélla alma tan ardiente, tan firme y tan robusta». He aquí cómo expresa los efectos inmediatos de la oración, que llegan á cuatro grados:

«Queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura, de manera que se querría deshacer, no de pena, sino de unas lágrimas gozosas: hállase bañada de ellas sin sentido, ni saber cuándo ni cómo las lloró; mas dale gran deleite ver aplacado aquel ímpetu del fuego, con agua, que le hace más crecer: parece ésto algaravía y pasa ansí. Acaecido me ha algunas veces, en este término de oración, estar tan fuera de mí, que no sabía si era sueño ó si pasaba en verdad la gloria,

---

[1] Baret.

que había sentido, y de verme llena de agua (que sin pena destilaba con tanto ímpetu y presteza, que parece la echaba de sí aquella nube del cielo), vía que no había sido sueño: esto era á los principios que pasaba con brevedad. Queda el ánima animosa, que si en aquel punto la hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo. Allí son las promesas y determinaciones heroicas, la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el mundo, el ver muy claro su vanidad; está muy más aprovechada y altamente que en las oraciones pasadas, y la humildad más crecida, porque ve clara que para aquella excesiva merced y grandiosa no hubo diligencia suya, ni fué parte para traerla ni para tenerla. Vese claro indinísima (porque en pieza adonde entra mucho sol, no hay telaraña escondida); ve su miseria, va tan fuera la vanagloria, que no le parece la podría tener, porque ya es por vista de ojos lo poco, ú ninguna cosa que puede, que allí no hubo casi consentimiento, sino que parece que, aunque no quiso, le cerraron la puerta á todos los sentidos para que más pudiese gozar del Señor. Quédase sóla con él, ¿qué ha de hacer sino amarle? Ni ve ni oye, si no fuese á fuerza de brazos: poco hay que la agradecer. La vida pasada se le representa después, y la gran misericordia de Dios con gran verdad, y sin haber menester andar á caza el entendimiento, que allí ve guisado lo que ha de comer y entender. De sí ve que merece el infierno, y que le castigan con gloria; deshácese en alabanzas de Dios, y yo me quería deshacer ahora. Bendito seáis, Señor mío, que ansí hacéis de pócima tan sucia como yo, agua tan clara que sea para vuestra mesa. Seáis alabado, ¡oh regalo de los ángeles, que ansí queréis levantar un gusano tan vil!»

421. Complemento de la *Vida* de la Santa, son el libro de las *Relaciones*, y más aún el de las *Fundaciones*. El primero formado de verdaderas cartas á diferentes personas religiosas, dándoles cuenta de algunos asuntos importantes, y de las mercedes que recibía de Dios. El segundo es una hermosa historia de las muchas fundaciones que la Santa hizo, narrando en ella con minuciosidad todo lo que ocurría en la erección de los conventos que proyectaba y que se establecían. Son, en verdad, grandes las dificultades que aquella pobre mujer, á veces sola, ó con alguna humilde compañera, tuvo que sufrir en sus peregrinaciones á Medina, á Malagón, á Valladolid, á Toledo, á Sevilla, á Alba de Tormes, etc., venciendo grandes obstáculos, sufriendo escaseces, privaciones y penurias de toda especie, y, lo que es más triste, las contradicciones de

los buenos. El relato tiene algo más sencillez y algo más candor, que distinguen las obras de la Santa, pero tal vez por la naturaleza del asunto, por la variedad de incidentes de que da cuenta, por los lugares que describe y por las personas de que habla, por haber tenido más ó menos parte en las fundaciones, ya en lo espiritual, ya en lo material, como la compra de la casa, ó alquiler del local; resulta esta historia aún más bella en este sentido, y si valiera la frase, diríamos que hay en ella más vida y dramática que en los demás escritos de Santa Teresa. Y como en todos los capítulos resplandecen las virtudes de la Santa, su fe ardentísima, su confianza inquebrantable, su constancia firme y su misma habilidad en el trato de gentes y en la manera de llevar á cabo los más pequeños pormenores, y como además el libro está lleno de doctrina, porque Santa Teresa no perdía ocasión de exponer lo que hacía al caso respecto á la piedad, á la devoción, á la oración y á todas las prácticas cristianas, sube considerablemente de punto el valor de las *Fundaciones,* que se leen con verdadero deleite y aprovechamiento. Contando los mil apuros que pasó en Toledo para encontrar casa en que fundar, llega ya á referir cómo se la proporcionó un pobre joven, y dice:

«Púes como nos contentó la casa, luego di orden para que se tomase la posesión, antes que en ella se hiciese ninguna cosa, porque no hubiese algún estorbo; y bien en breve me vino á decir el dicho Andrada, que aquel día se desembaraba la casa, que llevásemos nuestro ajuar; yo le dije que poco habrá que hacer, pues ninguna cosa teníamos, sino dos jergones y una manta. Él se debió de espantar; á mis compañeras les pesó de que se lo dije, y me dijeron, que cómo lo habia dicho, que de que nos viese tan pobres, no nos querría ayudar. Yo no advertí en eso, y á él le hizo poco al caso; porque quien le daba aquella voluntad había de llevarla adelante hasta hacer su obra, y es ansí, que con la que él anduvo en acomodar la casa, y traer oficiales, no me parece le hacíamos ventaja. Buscamos prestado aderezo para decir misa, y con un oficial nos fuimos á boca de noche con una campanilla, para tomar la posesión, de las que se tañen para alzar, que no teníamos otra, y con harto miedo mío anduvimos toda la noche aliñándolo, y no hubo adónde hacer la ilesia, sino en una pieza, que la en-

trada era por otra casilla, que estaba junto, que tenían unas mujeres, y su dueña también nos la había alquilado. Ya que lo tuvimos todo á punto que quería amanecer, y no habíamos osado decir nada á las mujeres, porque no nos descubriesen, comenzamos á abrir la puerta, que era de un tabique, y salía á un patiecillo bien pequeño: como ellas oyeron golpes, que estaban en la cama, levantáronse despavoridas; harto tuvimos que hacer en halagallas, mas ya era hora que luego se dijo la misa; y aunque estuvieran recias, no nos hicieran daño, y como vieron para lo que era, el Señor las aplacó.... Estuvimos algunos días con los jergones y la manta, sin más ropa, y aun aquel dia sin una seroja de leña no teníamos para asar una sardina, y no sé á quién movió el Señor, que nos pusiesen en la ilesia un hacecito de leña con que nos remediamos. Á las noches se pasaba algún frío, que le hacía, aunque con la manta, y las capas de sayal que traemos encima, nos abrigábamos, que muchas veces nos aprovechan. Parecerá imposible, estando en casa de aquella señora, que me quería tanto, entrar con tanta pobreza; no sé la causa, sino que quiso Dios que experimentásemos el bien de esta virtud. Yo no se lo pedí, que soy enemiga de dar pesadumbre, y ella no advirtió por ventura; que más que lo que nos podía dar, le soy á cargo. Ello fué harto bien para nosotros, porque era tanto el consuelo interior que hayamos, y el alegría, que muchas veces se me acuerda lo que el Señor tiene encerrado en las virtudes. Como una contemplación suave me parece causaba esta falta que teníamos, aunque duró poco, que luego nos fueron proveyendo, más de lo que quisiéramos, el mesmo Alonso Álvarez y otros; que es cierto quiera tanto mi tristeza, que no me parecía sino como si tuviera muchas joyas de oro, y me las llevaran y dejaran pobre, ansí sentía pena de que se nos iba acabando la pobreza, y mis compañeras lo mismo, que como las vi mustias, las pregunté que habían, y me dijeron: *Qué hemos de haber, madre, que ya no parece somos pobres.* Desde entonces me creció el deseo de serlo mucho, y me quedó señorío para tener en poco las cosas de bienes temporales, pues su falta hace crecer el bien interior, que cierto trae consigo, otra hartura y quietud.»

422. Entre los libros puramente espirituales sobresale el *Castillo interior* ó las *Moradas*, considerado por los críticos como la obra maestra de la Santa, que le escribió en su avanzada edad, aunque llena de enfermedades, y es un tratado alegórico, sosteniéndose la alegoría perfectamente desde el principio al fin, y siendo uniforme y muy regular el plan de la

obra. Del asunto y alcance de esta alegoría, mejor que nosotros, dirá el P. Yepes, á quien la misma Santa Teresa se lo explicó.

« Había deseado esta Santa Madre, dice, ver la hermosura de un alma que está en gracia, cosa harto de codicia para verla y poseerla. Estando en este deseo, la mandaron escribir un tratado de oración, la cual tenía ella muy bien sabida por experiencia. Víspera de la Santísima Trinidad, pensando qué motivo tomaría para este tratado, Dios, que dispone las cosas en sus oportunidades, cumplióle este deseo y dióle el motivo para el libro. Mostróle un globo hermosísimo de cristal, á manera de castillo, con siete moradas, y en la séptima, que estaba en el centro, al Rey de la gloria con grandísimo resplandor, que ilustraba y hermoseaba aquellas moradas hasta la cerca, y tanta más luz participaban cuanto más se acercaban al centro. No pasaba esta luz de la cerca, y fuera de ella todo era tinieblas y inmundicias, sapos y víboras y otros animales ponzoñosos. Estando ella admirada de esta hermosura, que con la gracia de Dios mora en las almas, súbitamente desapareció la luz, y, sin ausentarse el Rey de la gloria de aquella morada, el cristal se puso y cubrió de obscuridad, y quedó feo como carbón, y con un hedor insufrible, y las cosas ponzoñosas que estaban fuera de la cerca con licencia de entrar en el castillo. Esta visión quisiera la santa Madre que vieran todos los hombres, porque le parecía que ninguno de los mortales que viese aquella hermosura y resplandor de gracia que se pierde por el pecado, y se muda súbitamente en estado de tanta fealdad y miseria, sería posible atreverse á ofender á Dios.»

No es posible analizar detenidamente este gran libro de mística, que, empezando por discurrir acerca de la hermosura y dignidad del alma humana y la fealdad del pecado, sigue paso á paso los esfuerzos y los alientos del alma que quiere desasirse del mundo y subir por grados en la oración hasta la íntima y completa unión con el Divino Esposo. Maravillosa es la manera con que Santa Teresa explica los efectos de la gracia en el alma humana, y las distintas especies de oración, y los extraordinarios favores que mediante ella concede Dios á sus escogidos; como quien lo ha experimentado, habla del arrobamiento ó éxtasis en términos tan precisos y claros, que parece trata de otra materia más al alcance del común sentir y pensar, y es admirable también con qué sutil ingenio discurre acerca de las potencias y facultades del alma y de

todo el mundo espiritual y sobrenatural. Hay allí verdades de la más alta psicología y ontología, á que no alcanzan tan fácilmente como Santa Teresa los más eminentes pensadores; y por otra parte el libro de las *Moradas*, como todos los escritos de la insigne doctora avilesa, aunque principalmente tiene por objeto el amor de Dios y aspira á procurar la íntima unión del alma con Dios, en modo alguno practica el quietismo, ni el fatalismo, ni ninguno de los otros errores en que dieron los místicos heterodoxos, antes por el contrario, según se indicó al principio, Santa Teresa predicó constantemente el amor del prójimo inculcándole con tal encarecimiento, que dice que sin él es imposible tener amor de Dios, llegando hasta la afirmación de que no es posible saber si amamos á Dios, sino amando á los prójimos; y además reitera muy repetidamente la necesidad de las buenas obras, diciendo que han de andar juntas Marta y María, y que nada vale mucha oración, mucho deleite y gozo espiritul en la presencia de Dios, si al salir de ella nos abandonamos y no ejercitamos todas las virtudes. En la *Morada V*, inculcando el amor de Dios y del prójimo, dice:

«La más cierta señal que, á mi parecer, hay de si guardamos estas dos cosas, es guardando bien la del amor del prójimo; porque si amamos á Dios, no se puede saber, aunque hay indicios grandes para entender que le amamos; mas el amor del prójimo, sí. Y estad ciertas que mientras más en éste os vierdes aprovechadas, más lo estáis en el amor de Dios; porque es tan grande el que su Majestad nos tiene, que en pago del que tenemos al prójimo hará que crezca el que tenemos á Su Majestad por mil maneras: en esto yo no puedo dudar. Impórtanos mucho andar con gran advertencia, como andamos en esto, que si es con gran perfección, todo lo tenemos hecho; porque creo yo que, según es malo nuestro natural, que si no es naciendo de raiz del amor de Dios, que no llegaremos á tener con perfeccion el del prójimo Pues tanto nos importa esto, hermanas, procuremos irnos entendiendo en cosas aún menudas, y no haciendo caso de unas muy grandes, que ansí por junto vienen en la oracion, de parecer que haremos y aconteceremos por los prójimos, y por sola un alma que se salve; porque si no vienen después conformes las obras, no hay para qué creer que lo haremos. Ansí digo de la humildad también, y de todas las virtudes».

También es notabilísima la manera con que Santa Teresa discurre acerca de las visiones sobrenaturales para distinguir las verdaderas de las falsas ó de los ardides diabólicos. Ya el maestro Ávila y otros grandes doctores entendían que una mujer tan virtuosa y discreta como Santa Teresa de Jesús no podía engañarse en este particular, y es cierto que, con sólo leer sin prejuicios los relatos de Santa Teresa, queda en el alma el pleno convencimiento de que mujer tan extraordinaria, que con tal candor y sencillez escribía, y que en tal perfección de vida se ejercitaba continuamente, no pecaba ni de ilusa ni de engañadora. Hablando, en efecto, de los ímpetus ó éxtasis de la oración, dice:

«Podrá ser que reparéis en cómo más en esto que en otras cosas hay seguridad, á mi parecer, por estas razones. La primera, porque jamás el demonio debe dar pena sabrosa como esta; podrá él dar el sabor y deleyte que parezca espiritual; mas pintar pena, y tanta, con quietud y gusto del alma, no es de su facultad; que todos sus poderes están por las adefueras; y sus penas (cuando él las da) no son, á mi parecer, jamás sabrosas ni con paz, sino inquietas y con guerra. La segunda, porque esta tempestad sabrosa viene de otra región de las que él puede señorear. La tercera, por los grandes provechos que quedan en el alma, que es lo más ordinario determinarse á padecer por Dios, y desear tener muchos trabajos, y quedar muy más determinada á apartarse de los contentos y las conversaciones de la tierra, y otras cosas semejantes. El no ser antojo está muy claro, porque aunque otras veces lo procure, no podrá contrahacer aquéllo; y es cosa tan notoria, que en ninguna manera se puede antojar (digo, parecer que es, no siendo), ni dudar de que es, y si alguna quedare, sepan que no son estos verdaderos ímpetus: digo si dudare en si lo tuvo ú si no; porque ansí se da á sentir como á los oídos una gran voz. Pues ser melancolía no lleva camino nenguno, porque la melancolía no hace y fabrica sus antojos sino en la imaginación; estotro procede del interior del alma. Ya puede ser que yo me engañe, mas hasta oir otras razones á quien lo entienda, siempre estaré en esta opinión; y ansí sé de una persona, harto llena de temor destos desengaños, que de esta oración jamás le pudo temer».

Como se habrá observado por lo transcrito, el estilo de las *Moradas* es más correcto que el de las otras obras de la Santa, quizá porque la escribió, como queda dicho, en su edad madura, y con alguna más tranquilidad que la mayor

parte de las otras; pero si hemos de decir lo que sentimos, no por eso nos parece más bella, pues, como indicaba, hablando en general de las obras de la Santa, Fr. Luis de León, las mismas incorrecciones y falta de sintaxis que hay en otros escritos, tienen una gracia y un encanto particular, que más bien les añaden que les quitan hermosura: sin duda porque la misma sencillez y abandono con que la Santa escribía, á veces con tan excesiva rapidez que se maravillaban sus hermanas, son pruebas del candor de su alma y de la inefable sencillez de su corazón, que es lo que principalmente admira y enamora en sus escritos, que sólo pueden gozarse verdaderamente participando de la fe y de los sentimientos de su autora.

423. Aunque es imposible, repetimos, hablar aquí de todas las obras de Santa Teresa, no debemos dejar de mencionar su hermoso *Camino de perfección*, libro de gran doctrina y completo tratado de las virtudes; ni *Las exclamaciones*, verdadero tratado lírico en prosa, que son elocuentísimos arranques del alma á Dios, en los cuales cada palabra es una centella; ni menos su incomparable *Epistolario*, joya apreciabilísima de la literatura española. No hay, en efecto, con ser muchos y muy notables los autores de cartas, ninguno que aventaje ni que iguale siquiera á la insigne doctora de Avila. Sus *Cartas*, dirigidas á toda clase de personas, reyes, príncipes, prelados, religiosos, hombres del siglo, tratan de toda clase de asuntos, desde los más triviales á los más graves y elevados, y siempre con una naturalidad, una vida y un calor tan suave, que no hay palabras con qué encarecerlo debidamente. En prueba de ello, véase la carta XX:

«Á D. Diego de San Pedro de la Palma, ciudadano de Toledo. En Toledo á 15 de Julio de 1570. *Sobre la resolución de dos hijas suyas que tomaron el hábito.*

JESÚS

»Sea con vuestra merced el Espíritu Santo siempre. Sabiendo yo que estas hermanas nuestras y hijas de vuestra merced ha días que desean el sagrado hábito de Nuestra Señora, y que vuestra merced no ha estado fuera de ello, me he determinado hoy á dársele, viendo el espí-

ritu y herbor con que me lo pedían; entiendo será para gloria de Nuestro Señor.

»Suplico á vuestra merced, por caridad, lo tenga por bien, y mire la merced que Su Majestad le ha hecho en darle hijas, que escoja por esposas suyas; están muy consoladas: sólo tienen cuidado de la pena de vuestras mercedes. Por amor de nuestro Señor, que no entiendan cosa que á almas tan aparejadas para este estado las inquiete. Vuestras mercedes las ternan aquí para su consuelo, por ventura, mejor que en otra parte, y á todas las de esta casa pueden tener por siervas y capellanas. Sea Nuestro Señor con su alma de vuestra merced siempre, y téngale de su mano, amén. Indina sierva de vuestra merced, Teresa de Jesús, Carmelita.»

LECCIÓN LXIII

LA DIDÁCTICA.

424. Escritores didácticos de varios géneros: Guevara, su *Reloj de príncipes.*—425. Antonio Pérez: sus *Relaciones.*—426. Fr. Luis de León, *La perfecta casada.*—427. Saavedra Fajardo: Las *Empresas políticas.*—428. Noticia de su *República literaria.*—429. Noticia de otros escritores didácticos: Pérez de Oliva, Valdés, Palacios Rubios, Mendoza, Megía, Marquez, Rivadeneyra, Navarrete y otros.—430. Doña Oliva Sabuco y Dr. Juan Huarte.—431. Cartas de D. Pedro de Rua y de Cascales.

424. Muchas obras didácticas de varias especies produjo también nuestro siglo de oro, abundando en él los moralistas, los políticos y críticos. Entre los principales hay que contar á D. Antonio de Guevara. Descendiente de una familia alavesa, y educado en la corte de los Reyes Católicos, profesó en la Orden de San Francisco; y habiendo prestado grandes servicios á Carlos V en la época turbulenta de su advenimiento al trono, el Emperador obtuvo para él la mitra de Mondoñedo y le nombró su cronista, llevándole consigo en sus viajes por Alemania é Italia. Guevara murió en Valladolid el 10 de Abril de 1544.—Entre sus obras, la más celebre es la titulada

Reloj de príncipes ó Vida de Marco Aurelio y de su mujer Faustina, verdadero tratado caballeresco de carácter político-moral. Quiso Guevara presentar al Emperador un modelo de príncipes, y escogió á Marco Aurelio; pero no escribiendo su historia, como queda insinuado, sino una novela en que trata de varios puntos importantes de la vida pública y privada de un príncipe. Habla, en efecto, acerca del matrimonio, de la conducta de los gobernantes, de las guerras de conquista, de la disolución, de la vejez, etc., y lo hace con grave dignidad juzgando profunda y sólidamente de los hombres y de las cosas, y mostrándose gran conocedor de las cortes, de la política y del corazón humano. Precede á este libro otra novela intitulada *El villano del Danubio*, y es una plática que un villano de las riberas de este río hace á los senadores de Roma contra las tiranías de los romanos en su país. Lo cuenta Marco Aurelio delante de los senadores, de los filósofos, médicos, etc., y resulta una advertencia seria á los que han de juzgar y una esperanza para los oprimidos. También esta obra es grandemente moral y está llena de erudición y sentencias; pero el estilo de Guevara se resiente de obscuridad y afectación por el uso de excesivas metáforas. También es de Guevara otro tratado moral titulado *Menosprecio de la corte y alabanza de la aldea.*

Son asimismo tratados didácticos, en rigor, *Las Cartas* de Guevara. Están divididas en dos partes, teniendo la primera 65 y la segunda 20, dirigidas á muchos personajes como el duque de Alba y el de Osuna y á varios Arzobispos y Obispos, etc. Son eruditísimas, tratando de teología, moral, historia, numismática, costumbres, y conteniendo muchos tratados satíricos, v. gr.: contra los viejos, contra los médicos, etc., y novelitas é historias intercaladas. Las cartas de Guevara tienen facilidad y naturalidad, rebosando, como todos sus escritos, de una desordenada erudición. Por más que las cartas se llaman familiares y algunas tengan este carácter, por haber sido escritas en correspondencia con los hombres á quienes van dirigidas, es indudable que se escribieron para ser publicadas, y que por su fondo y por su doctrina son más

bien escritos didácticos y críticos, que, en efecto, se publicaron en vida del autor en 1539 [1].

425. Antonio Pérez: este célebre personaje fué hijo natural de Gonzalo Pérez, secretario de Carlos V; y él, como es sabido, fué secretario de Felipe II. Hombre inteligente, activo, de corteses maneras y de mucha instrucción, se hizo lugar en la corte, donde tuvo mucha influencia. Por los sucesos relacionados con la princesa de Évoli y la muerte de Escobedo, Antonio Pérez hubo de huir á Aragón en 1579, ocasionando con esto las revueltas y alteraciones de aquel reino. No nos toca juzgar aquí de aquellas cosas y personas; pero lícito será decir que la crítica y los modernos descubrimientos históricos van cada vez más explicando satisfactoriamente la conducta del Rey y disipando las sombras con que habían envuelto aquellos sucesos sus enemigos de España y de fuera de España. Antonio Pérez huyó á Francia, donde le acogió la princesa Catalina de Aragón y Enrique IV, y durante la guerra de Felipe II con Inglaterra pasó á esta nación, volviendo á Francia, y muriendo en París en 1611, pobre y olvidado de los que le habían protegido y ya no le necesitaban, y á quienes había cansado con sus pretensiones. Durante su permanencia en Londres, publicó, en 1594, sus *Relaciones,* ó memoria de su vida, bajo el pseudónimo de Rafael Peregrino, añadiendo luego el *Memorial de su causa.* En esta obra expone la historia de su encumbramiento, de su caída, de sus persecuciones, de su fuga y de todas sus vicisitudes y desgracias. Preciso es reconocer que, fuera mayor ó menor su culpabilidad, Antonio Pérez había de estar apasionado, y este es el carácter que predomina en sus escritos. No trata de hacer la historia imparcial, ni ordenada, ni completa de aquellos sucesos; sino de justificarse y atacar por todos los medios á su antiguo señor. Por esto habla con vivacidad y energía, respirando el sentimiento y la venganza. Su estilo resulta animado, expresivo, lacónico, y en ocasiones elocuente; pero

[1] Las obras de Guevara fueron traducidas pronto á varios idiomas. *El reloj de príncipes* se tradujo al latín, al italiano, al francés y al inglés.

desigual, y á veces obscuro y afectado, con algunas impropiedades de erudición, no muy conformes con las situaciones en que habla y se coloca.

426. Uno de los libros más bellos que se escribieron en España, es *La perfecta casada,* de Fr. Luis de León. Lo dedicó á doña María de Osorio, y previa una introducción, siguen diez y ocho capítulos que forman el libro, cada uno de los cuales tiene por texto uno de los versículos del capítulo XXXI de los *Proverbios*, en los cuales se describe la mujer fuerte, y es como explicación y comentario de ellos. El gran maestro escribe siempre con sencillez y naturalidad, de manera que puede ser fácilmente entendido, como él se lo propuso, por cualquier señora de regular entendimiento. La erudición es aquí sobria, y rara vez de cosas recónditas ó difíciles. Aunque el tono dominante es templado y el estilo sencillo, el lenguaje es elocuente, y por todas las páginas palpita la vida y se difunde un suave calor que hace la lectura tan interesante como instructiva y amena. He aquí un trozo en que explica la recompensa á que se hace acreedora la perfecta casada:

«*Los frutos del Espíritu Santo son: amor, y gozo, y paz, y sufrimiento, y largueza, y bondad, y larga espera, y mansedumbre, y fe, y modestia, y templanza, y limpieza.* Y á esta rica compañía de bienes, que ella por sí sola parecía bastante, se añade ó sigue otro fruto mejor, que es gozar en vida eterna de Dios. Pues estos frutos son los que aquí el Espíritu Santo quiere y manda que se den á la buena mujer, y los que llama frutos de sus manos, esto es, de sus obras della. Porque aunque todo es don suyo, y el bien obrar, y el galardón de la buena obra; pero por su infinita bondad, quiere que, porque le obedecimos y nos rendimos á su movimiento, se llame y sea fruto de nuestras manos é industria lo que principalmente es don de su liberalidad y largueza. Vean, pues, ahora las mujeres, cuán buenas manos tienen las buenas, cuán ricas son las labores que hacen, y de cuán grande provecho. Y no sólo sacan provecho dellas, sino honra tambien, aunque suelen decir que no caben en uno. El provecho son bienes y riquezas del cielo: la honra es una singular alabanza en la tierra. Y así añade: *Y lóenla en las plazas sus obras.* Porque mandar Dios que la loen es hacer cierto que la alabarán: porque lo que Él dice se hace; y porque la alabanza sigue como sombra á la virtud, y se debe á sola ella. Y dice: *en las plazas;* porque no sólo en secreto y en particular, sino también en público y en general, sonarán sus loores, como á la letra acontece. Porque aunque todo aquello

en que resplandece algun bien es mirado y preciado; pero ningun bien se viene tanto á los ojos humanos, ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfacción como una mujer perfecta, ni hay otra cosa en que ni con tanta alegría ni con tan encarecidas palabras abran los hombres las bocas, ó cuando tratan consigo á solo, ó cuando conversan con otros, ó dentro de sus casas, ó en las plazas públicas. Porque unos loan lo casero, otros encarecen la discreción, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta. Dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas. Cuentan las criadas remediadas, el mejoro de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico: no olvidan sus limosnas, repiten cómo amó y ganó á su marido: encarecen la crianza de los hijos, el buen tratamiento de sus criados: sus hechos, sus dichos, sus semblantes alaban.... »

427. D. Diego Saavedra Fajardo. Este hombre insigne, nació en 6 de Mayo de 1584 en Algezares (Murcia). En la Universidad de Salamanca cursó Derecho y Teología. Estuvo después en Roma y Nápoles con el cardenal Borja, siendo luego nombrado canónigo de Santiago. Sirvió la agencia de España en Roma, y desempeñó con grande habilidad y acierto varias importantes comisiones diplomáticas; y Felipe IV le nombró ministro de España en Baviera y representante de nuestro país en el Congreso europeo de Münster y Osnabruk en 1643. Saavedra Fajardo murió en 1648. Su obra más importante y conocida es la titulada *Empresas políticas ó idea de un príncipe cristiano*. Dice que él escribía en la trabajosa ociosidad de sus continuos viajes á Alemania, y que la publicó, sin limarla, á ruego de sus amigos. Valiéndose de todos los escudos, empresas y cifras de que se servían los caballeros para declarar su linaje y su intento, representa en cien empresas de esta especie lo que debe ser la vida de un príncipe. Cada empresa tiene su escudo y lema correspondiente, escrito en casi todos en latín: v. gr.: *Hinc labor et virtus*, que es la primera; *Non solum armis*, etc. El tratado puede dividirse en ocho partes: educación del príncipe; cómo se ha de haber en sus acciones; cómo se ha de portar con sus súbditos y extranjeros; con sus ministros; en el gobierno de sus Estados; en los males internos y externos de su país; en las victorias y tratados de paz; y, por último, cómo

se ha de haber el príncipe en la vejez. En este punto, la empresa es *Qui legitime certaverit*, esto es, que las últimas acciones han de coronar el buen gobierno: termina con el lema *ludibria mortis*, puesto entre varios emblemas de la muerte, y debajo un soneto que dice que con la muerte acaban todas las grandezas de los reyes:

«Donde antes la soberbia, dando leyes,
Á la paz y á la guerra presidía,
Se prenden hoy los viles animales:
¿Qué os arrogáis, ¡oh príncipes!, ¡oh reyes!,
Si en el ultraje de la muerte fría
Comunes sois con los demás mortales?»

Las *Empresas políticas* muestran, ante todo, que era su autor un político eminente y un hombre de mucho saber, de recto juicio y claro entendimiento [1]. El estilo, aunque algo incorrecto, es claro, grave y severo, sin afectación ni decaimiento, antes por el contrario, lleno de vigor y de energía.

Con el título de *Política y razón de Estado del Rey Católico D. Fernando,* hizo otro libro político moral, pintando lo que es una ciudad ó sociedad, las diferentes clases de repúblicas, las partes esenciales de ella, las causas por que se levantan y conservan y las que la corrompen y destruyen, aplicando toda la doctrina, en la segunda parte de la obra, á la vida del rey D. Fernando el Católico, suponiendo que la practicó. En general, este tratado tiene los mismos nobles caracteres que las *Empresas políticas.*

428. Muy distinta es otra obra de Saavedra Fajardo, de carácter satírico-literario: hablamos de la *República literaria.* Sueña el autor que ve una ciudad muy hermosa, y que al preguntar su nombre le dijeron que era la República Literaria. En ella va viendo las musas, la arquitectura, las artes liberales, la aduana por donde entraban libros de todas clases, de lo cual se aprovecha para hacer la crítica de los principales poetas y escritores: en otro lugar habla de los filósofos, de los magos,

[1] Puibusque considera á Saavedra Fajardo como el más grande hombre y el primer escritor del reinado de Felipe IV.

de los arúspices, de los nigrománticos. Junto á todos, colocados pintorescamente, ve á los grandes poetas, y debajo de ellos á los críticos, historiadores, etc., etc. Recorriendo así toda la ciudad, va haciendo juicios chistosos y breves de todas las cosas de hombres de letras. En este amenísimo libro, Saavedra Fajardo se acomoda perfectamente al asunto, y su lenguaje es fácil y suelto, y en ocasiones da muestra de un ingenio regocijado y agudísimo [1].

429. Muy desde el principio del siglo XVI empezó á cultivarse la prosa didáctica abarcando gran variedad de asuntos, pero sobresaliendo en los filosófico-morales y en los políticos y literarios. Al primer grupo pertenece el *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Fernán Pérez de Oliva, catedrático de teología en la universidad de Salamanca, que murió en 1533; su diálogo es una correcta, noble y elegante discusión entre tres interlocutores, dos jóvenes y un viejo sabio, que hablan y discurren sobre la excelencia de la naturaleza humana. Fernán Pérez de Oliva es uno de los primeros y más ilustres representantes de la prosa clásica castellana, viéndose ya en su libro el lenguaje con todas las condiciones y cualidades que tanto enaltecen los escritos de otros autores del mismo período. Su diálogo quedó sin concluir, y fué terminado por Cervantes de Salazar.

Á la misma época, aunque no se publicó hasta el siglo pasado [2], pertenece el libro del protestante Juan de Valdés intitulado *Diálogo de la lengua*, y que es un estudio filológico de importancia, acerca de la naturaleza y cualidades del idioma castellano. Valdés escribe con gran facilidad y soltura, y no respeta ni á los más grandes maestros de aquella época; elogiando mucho los refranes, y en general todas las manifestaciones del lenguaje popular. En cambio, censura el *Voca-*

[1] Á Saavedra Fajardo también se debe *La corona gótica*, historia de España desde la invasión de los godos hasta el Guadalete, obra de buena narración y fluido y armonioso estilo, pero de escasa crítica; y *Locuras de Europa, Diálogo entre Mercurio y Luciano*, escrito con fluidez y hermosura para hacer ver que Europa comete una verdadera locura, no reconociendo los favores que debe á la Casa de Austria.

[2] Lo insertó Mayans en sus *Orígenes de la lengua castellana*.

bulario de Nebrija, y muchas obras, como el *Amadís,* de fama y mérito, sosteniendo, además, que en Andalucía la lengua no es pura.

Palacios Rubios, D. Bernardino de Mendoza, Pedro Megía y otros varios escribieron muy bien de asuntos militares, siendo más prácticos los tratados de estos ultimos, que el del primero, aunque éste tiene más nombre. Intitúlase *Tratado del esfuerzo bélico-heroico,* pero Palacios Rubios se inspira demasiado en el clasicismo y en el ejemplo de la antigüedad.

Sobre filosofía política, además del citado libro de Guevara, se hicieron algunos muy notables: entre ellos merece citarse, en primer lugar, *El Gobernador cristiano,* del P. Márquez, quien, tomando por guía el libro de Josué, discurre con tino y profundidad acerca de los deberes de un príncipe cristiano, presentando como modelo al caudillo israelita.

Análogo intento de formar un buen príncipe tiene la obra del P. Rivadeneyra, titulada *De la religión y virtudes que debe tener un príncipe cristiano;* pero éste se propone particularmente refutar las doctrinas de Maquiavelo y de toda su escuela, para quien el príncipe no debe tener otro guía que el interés personal y el bien material de sus Estados.

No debe omitirse aquí tampoco la debida mención del libro titulado *Conservación de Monarquías,* del licenciado Pedro Fernández de Navarrete, en el cual, con motivo de una consulta que hizo al Consejo el rey Felipe III, discurre acerca de las causas de la decadencia de España.

Los PP. Láinez, Torres y otros escribieron asimismo tratados políticos, siempre desde el punto de vista del Evangelio, y haciendo ver que sólo con la práctica de las doctrinas cristianas puede haber príncipes dignos de este nombre, y paz y buen gobierno en las repúblicas.

430. De materias puramente filosóficas escribieron algunos de nuestros humanistas, haciéndolo en latín. En castellano compuso doña Oliva Sabuco de Nantes, dama dedicada á la filosofía y á la medicina, una obra que, con el título de *Nueva filosofía de la naturaleza del hombre,* se publicó en

Madrid en 1587 [1]. Es un libro que revela ingenio y talento no comunes en su autora, quien, en forma de diálogo entre tres pastores, compone un verdadero tratado fisiológico-moral acerca de las funciones humanas.

Notable aún más que el anterior libro, por la agudeza y originalidad que muestra en algunas cosas, es la obra titulada *Examen de ingenios*, del Dr. Juan Huarte de San Juan. Discurre en ella largamente acerca de la diferencia de aptitudes que hay en los hombres y en las profesiones que á cada uno convienen, haciendo atinadas observaciones sobre la manera de desarrollar las distintas facultades humanas. Á veces exagera ciertamente, y cae en lo arbitrario, como cuando intenta mostrar que hay manera de lograr hijos con determinadas condiciones. No puede negarse que este libro, aunque contiene cosas inadmisibles, como queda indicado, y aun errores positivos, es un notable tratado de fisiología y del mutuo influjo entre el cuerpo y el alma.

431. En forma de cartas se escribieron muchos tratados didácticos de varias especies. El bachiller Pedro de Rua, profesor de Letras humanas en Soria, en 1545, en tres largas y eruditas cartas, censura á Guevara, y pone de manifiesto sus errores y citas inexactas. Escribe con gracia y fluidez, con gran sobriedad de palabra y mucha modestia. El franciscano Fr. Francisco Ortiz, de Valladolid, predicador de fama, compuso veintitrés tratados doctrinales de materias religiosas y piadosas, en lenguaje puro, castizo y muy sencillo, con poca amenidad de estilo. Más importancia, desde el punto de vista literario, tienen las *Cartas filológicas* de Francisco Cascales, gramático distinguido en el siglo XVII. Su obra es una supuesta correspondencia sobre puntos literarios principalmente; pero trata también de cosas históricas, industria, política y otros asuntos. Cascales es erudito, y en este sentido sus *Cartas filológicas* son muy estimables. No puede decirse lo mismo de su espíritu crítico; pero sí está muy contundente y atinado en la crítica del culteranismo.

[1] Después se ha publicado con el título de *Coloquio y conocimiento de sí mismo.*

LECCIÓN LXIV

QUEVEDO.

432.—Vida de Quevedo.—433. Noticia de sus obras serias: *Política de Díos y gobierno de Cristo*, *Marco Bruto*, *La cuna y la sepultura* y otras.—434. Juicio general de Quevedo como escritor serio.—435. Obras satíricas en prosa: Los *Sueños*.—436. Otras obras de la misma índole.—437. Cualidades y defectos de Quevedo.

432. Hora es ya de hablar de uno de los hombre más extraordinarios que ha producido España, tan fecunda en escritores polígrafos. Ninguno aventaja en esta cualidad á Quevedo, cuyos variados y profundos talentos y grandísima erudición y cuyo ingenio vivo y penetrante, se acomodaban con igual facilidad é igual fortuna á los asuntos más diferentes y aun opuestos. Desde la letrilla y el romance satírico hasta el tratado filosófico y religioso; desde el sencillo cuento á la novela, todos los géneros recorrió, dejando en todos muestras gallardas de un entendimiento superior y de una fantasía inagotable. Si se hubiera sabido contener en los límites del buen gusto y del decoro; si no hubiera dejado volar tan libremente su imaginación satírica y juguetona, Quevedo disputaría el primer lugar en nuestras letras, al mismo incomparable autor del *Quijote*.

De una familia originaria de Santo Tomás de Bejoris, en la montaña de Santander, nació D. FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS en Madrid el 26 de Septiembre de 1580, siendo sus padres D. Gómez de Quevedo (secretario de María de Austria, hija de Carlos V) y doña Maria de Santibáñez, dama de la infanta doña Isabel. En la famosa Universidad de Alcalá estudió Teología, Derecho, Medicina, idiomas y todo cuanto en aquel tiempo se sabía, llegando á poseer las len-

guas sabias y la francesa é italiana, y á graduarse en Derecho civil y canónico, teniendo también el bachillerato en Teología. Habiendo perdido muy joven, á los quince años de edad, á sus padres, el trato de gente poco piadosa corrompió su juventud; y ésta, que pudiera llamarse nota característica de su vida, afeó indudablemente sus bellas cualidades, y se dejó sentir demasiado en sus escritos. Habiendo una vez visto insultar á una dama á quien no conocía, salió caballerescamente á su defensa, matando en duelo al ofensor; por lo cual se vió obligado á huir á Sicilia, cuyo virrey, el duque de Osuna, le tomó por secretario. El Duque le encargó de graves y delicadas misiones en Roma, Saboya y Venecia, donde estuvo á punto de que le mataran en 1618. Á la caída del duque de Osuna, Quevedo se vió envuelto en su desgracia y fué desterrado y preso en la torre de Juan Abad. El conde-duque de Olivares procuró atraérsele y le dió libertad, escribiendo Quevedo su defensa en el *Chitón de las taravillas,* á propósito de la alteración de la moneda. Entonces, 1632, fué Quevedo nombrado secretario del Rey, y en esa época colaboró en una comedia que se ha perdido, *Quien más miente medra más,* llena de epigramas contra el matrimonio. La condesa de Olivares y otras damas de palacio, ofendidas por las sátiras de Quevedo, se empeñaron en casarle, y casó, en efecto, con doña Esperanza de Aragón y de Cabra, matrimonio que duró poco; y, yendo las cosas de España de mal en peor, escribió nuestro autor, bajo la forma de memorial al Rey, una tremenda sátira anónima contra el Gobierno; pero descubierto el autor de ella, Quevedo fué preso en el mismo palacio del duque de Medinaceli, y enviado á San Marcos de León, donde vivió recluido y en deplorables condiciones durante cinco años. Después de la caída del Conde-duque, obtuvo la libertad en 1643; pero, ya viejo y achacoso, se retiró á Villanueva de los Infantes, donde murió el 8 de Septiembre de 1645.

433. Durante toda su agitada existencia, en las comisiones diplomáticas y en los calabozos, en la corte y en el retiro, Quevedo no cesó de escribir, según su humor ó sus inclinaciones, acudiendo á muchas cosas de momento y oportunidad.

Es difícil clasificar los escritos de Quevedo, como es difícil clasificarle á él mismo dentro de un género dominante; porque aunque el aspecto satírico es, sin duda, el principal de este insigne escritor, sobresalió en otras muchas clases de composiciones.

Como escritor serio, su obra más conocida es la titulada *Política de Dios y gobierno de Cristo*. Es este libro un completo sistema de gobierno, fundado en las palabras y hechos de Cristo, que aplica al rey y á los gobernantes, deduciendo de las frases evangélicas y de los ejemplos de paciencia, mansedumbre ó de reprobación que el Salvador dió en los tres años de su vida pública, reglas y consejos para todas las situaciones y casos en que puede verse el príncipe. Así discurre Quevedo largamente de lo que debe hacer el rey con los ministros y los jueces; censura los abusos, condena todos los excesos y habla largamente de todo cuanto debe procurarse para la vida y régimen de un pueblo. La doctrina de este libro, que es un largo tratado dividido en dos partes, es eminentemente cristiana y profundamente política, bastando esta obra para acreditar á Quevedo de gran pensador. Lástima que el libro se resienta de falta de método y de sobra de erudición, y que el estilo sea á veces afectado.

Análogo intento tiene el *Marco Bruto*, escrito según el texto de Plutarco, al cual va añadiendo un comentario, que llama discurso. Es también un gran tratado político y moral, donde se pinta perfectamente al tirano y al buen príncipe, y se habla de los deberes de súbditos y de los males que producen la ambición y corrupción de los hombres. El estilo de esta obra es más artificioso y obscuro que el de la anteriormente citada, y no compensa este defecto la abundancia de frases y sentencias bellísimas [1].

Tiene también Quevedo escritos ascéticos y aun propiamente místicos; tal es, por ejemplo, el titulado *La cuna y la sepultura*, libro de gran doctrina, afeado por grandes faltas de locución. Mejor es en este aspecto el tratado que intitula

[1] El *Rómulo* también es un tratado político, pero traducción del italiano *Virgilio Malvezzi*.

Las cuatro pestes del mundo y *Los cuatro fantasmas de la vida.* Las pestes son: la envidia, la ingratitud, la soberbia y avaricia; y los fantasmas, la muerte, la enfermedad, la pobreza y el desprecio. Aquí Quevedo, sin caer en los defectos que deslucen muchos de sus escritos en prosa, discurre con tanta profundidad como ingenio acerca de los vicios humanos, que considera pestes del mundo, y halla en ocasiones frases felicísimas, arranques enérgicos, y tonos graves y solemnes, que dan mucho valor á esta obra.

Otros muchos escritos de carácter religioso y moral salieron de la pluma de Quevedo, siendo notables, entre ellos, su *Vida de Santo Tomás de Villanueva*, donde en pocas pero bellísimas páginas, pinta el heroismo, y sobre todo la caridad del Santo, y las grandezas de esta virtud divina. No tiene las buenas cualidades literarias que esta obra la *Vida de San Pablo*, última producción importante de nuestro autor. Hay en ella trozos excelentes y mucha doctrina, exponiendo acertadamente Quevedo las cualidades que debe tener un varón apostólico, según el ejemplo de San Pablo, á quien sigue en todos sus trabajos y peregrinaciones; pero este libro también flaquea por el exceso de erudición, el conceptismo de la frase, y otros vicios de estilo, que llega en ocasiones al gongorismo.

434. Por esto no tiene Quevedo como escritor serio la importancia que merecen sus talentos. Á pesar de haber sido terrible enemigo del culteranismo, se dejó llevar de la corriente del mal gusto; y el no reprimido lujo de su grande erudición y el abandono con que escribía, según los impulsos de su carácter y de su poderosa y singularísima genialidad, privan á la mayor parte de sus escritos serios de aquella serenidad de juicio, de aquel buen gusto y de aquella sobriedad que tan bien sientan en esta clase de trabajos, y que tanto enaltecen los de otros escritores españoles con menos dotes quizá que D. Francisco de Quevedo.

435. Como escritor satírico, Quevedo no tiene superior, á no ser en Cervantes, y eso por lo que se refiere al estilo siempre flexible y siempre blando y sereno que campea en los

escritos del Príncipe de los Ingenios; mas en inventiva y fuerza cómica, en sales y agudezas, en donaire y profunda intención, no desmerece Quevedo, aunque se le compare con los más grandes satíricos de todos los tiempos. Los *Sueños* son lo mejor que escribió en este género. Seis tratados ó sátiras forman la colección; el primero, es *El sueño de las calaveras.* Sueña que, al son de una trompeta, resucitan los muertos y van todos á juicio, lo cual le da ocasión para hablar breve, profunda y cómicamente de todos los vicios y profesiones. En *El alguacil alguacilado* supone un licenciado calabrés (existió realmente) que exorcizaba, y tropieza con un alguacil que estaba endemoniado; va preguntando al demonio lo que pasa en el infierno, qué gente se condena y por qué. *Las Zahurdas de Plutón* han sido llamadas el *Dante en cómico.* El tratado es, en efecto, una pintura maestra de los vicios de todos los hombres, mediante un viaje al infierno, en el cual todos los oficios y todas las clases de personas van saliendo evocadas por el gran satírico. En el camino del cielo ve ir pocos. *El mundo por de dentro* es sátira contra todo género de vanidad, y, sobre todo, contra la hipocresía, haciendo ver Quevedo, principalmente, que el hombre procura siempre aparentar lo que no es: el necio, v. gr., quiere pasar por sabio; el vulgar por caballero, y las cosas se suelen hacer por móviles secretos que son malos, siempre los favores y los servicios interesados, la pena fingida, etc. En *La visita de los chistes* se divierte nuestro autor con los personajes fantásticos que sirven de muletilla en todas las conversaciones, y visita el infierno, y allí encuentra al *Rey que rabió,* á *Perico el de los palotes,* al *bobo de Coria*, á *Marizápalos,* y á *Pero Grullo* y al *Otro:* (el *otro* es el que paga todo lo que deben los demás, que se excusan mil veces, diciendo: como hizo el *otro*, como dijo el *otro*, etc.); por último, en *La casa de locos de amor* sueña Quevedo un jardín delicioso, como pudiera hacerlo un poeta principiante, y en él hay una casa de locos por amor, sirviéndole esta ficción para burlarse grandemente de los desatinos y necedades que por el amor hacen las personas de todas clases.

Como muestra del estilo y lenguaje de Quevedo en los *Sueños,* véase el siguiente trozo de las respuestas del avaro, cuando se presenta al juicio presidido por Júpiter:

«Llegó tras ellos (los poetas) un avariento á la puerta, y fué preguntado qué quería, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los había guardado; y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: *amar á Dios sobre todas las cosas*, y dijo que él sólo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. *No jurar;* dijo que, aun jurando falsamente, siempre ha sido por muy grande interés, y que así no había sido en vano. *Guardar las fiestas;* éstas, y aun los días de trabajo, guardaba y escondía.... *No matar;* por guardar esto no comía, por ser matar la hambre comer.... *No levantarás falso testimonio.* «Aquí (dijo un verdugo) es el negocio, avariento, que si confiesas haberle levantado, te condenas; y si no, delante del Juez te levantarás á ti mismo.» Enfadóse el avariento, y dijo: «Si no he de entrar, no gastemos tiempo (que hasta aquello rehuso de gastar).» Convencióse con su vida, y fué llevado donde merecía.»

436. Análogas á los *Sueños* y con los mismos méritos satíricos son otras dos obras de Quevedo. Una es *El entremetido, la dueña y el soplón,* ó discurso de todos los diablos. De la caldera de Pedro Botero se sueltan un entremetido, una dueña y un soplón, y se alborota el infierno, hablando con este motivo los diablos y las gentes que hay allí. Al fin, hace Quevedo una grotesca y poco limpia descripción de las plagas de la vida humana, y propone un chistoso sistema de hacer testamentos, y enumera las distintas pestes y plagas. Este discurso, como ha dicho un docto anotador de las obras de Quevedo [1], es una alegoría: el infierno es la sociedad de Felipe IV, y los diablos los criminales, favoritos y tiranos. Contra éstos descarga muy especialmente su sátira el implacable autor, saliendo á escena Clito, Seyano, Calígula, Nerón, etc. Otro discurso satírico, de profunda intención moral,

[1] D. Aureliano Fernández-Guerra. (Véase el discurso preliminar que precede á la edición de las obras de Quevedo de la biblioteca de Rivadeneyra.)

es el titulado *La hora de Dios y la Fortuna con seso.* Quevedo finge que Júpiter, por las quejas de los hombres contra la Fortuna, manda á ésta que dé á cada uno su merecido, pues que reparte sus favores injustamente. Cumple la Fortuna el mandato; pero todo queda como antes estaba, pues los que eran humildes, siendo pobres, al recibir riquezas se han desvanecido; los ricos, ahora pobres, se han humillado; los malos se han vuelto buenos, y los buenos malos. Cumplida una hora, todo vuelve á su antiguo ser.

De menos importancia que estos discursos son otros de índole satírica, como *Las pragmáticas y aranceles generales, Las invectivas contra los necios, Cosas que se cuentan en la corte,* etc., etc. En algunas de ellas Quevedo es harto licencioso, defecto que afea en ocasiones sus mismos ingeniosos *Sueños.* La crítica literaria fué también atinadamente ejercida por el gran satírico, que en su *Cuento de cuentos* se burla con mucha sal de los modismos, con los cuales está escrito todo el discurso; en *La culta latiniparla* zahiere despiadadamente á los gongorinos, no sin observar que había ya *cultos* en Grecia y Roma, y que el origen del cultismo es la vanidad y el afán de distinguirse; y en *La Perinola* se ensaña contra el bondadoso D. Juan Pérez de Montalván, y en particular contra su *Para todos,* siguiendo punto por punto esta obra, y destrozándola en su prosa y en sus versos.

437. Baste lo dicho para dar una idea de los grandes y variados talentos de Quevedo, y para que se comprenda la verdad de lo enunciado al principio. Las exageraciones de sus cuadros; lo recargado de algunas pinturas; los defectos de obscuridad y conceptismo y excesiva erudición de su lenguaje; la libertad, que en ocasiones degenera en vituperable licencia, son lunares que no pueden desconocerse en las obras del insigne escritor; pero lo sano de sus doctrinas en las obras serias, lo profundo de sus sátiras en las cómicas, el ingenio que por todas partes rebosa, la animación y movimiento de sus pinturas, la brillante facundia y el inagotable chiste, colo-

can á nuestro autor entre los grandes maestros que han honrado las letras españolas [1].

[1] Quevedo escribió, además de las obras satíricas, de las ascéticas y de las poesías, otras obras serias, que deben, con justo motivo, ser citadas, y de las cuales son las más importantes *Mundo caduco y desvaríos de la edad*: obra de la cual sólo quedan fragmentos, por los cuales se viene en conocimiento de que quiso escribir una historia, que termina con la muerte de Felipe III; pero la revolución que siguió, y los sucesos y prisiones de los primeros quince días del reinado de Felipe IV le hicieron variarla, añadiendo esta parte, que corrió suelta, *Grandes anales de quince días*, en la cual refiere hechos muy posteriores á los que el título indica. *Memorial para el patronato de Santiago*, dirigido al Rey, en defensa del patronato único de Santiago. *Lince de Italia ó Zahorí español*, escrito estando preso Quevedo, para recordar al Rey sus servicios diplomáticos. *Carta al rey de Francia, serenísimo, muy alto y muy poderoso Luis XIII*, en la que trata de las tropelías que cometió en Tillemont de Flandes, Mos de Chatillon, hugonote, con su ejército. *Breve compendio de los servicios de D. Francisco Gómez de Sandoval, duque de Lerma*, es una carta dirigida al duque de Medinaceli. *Sobre el manifiesto del duque de Braganza*, es una obra en la cual refuta otra de Vasconcellos, portugués, que defendía la independencia de Portugal. *La rebelión de Cataluña*, es una ingeniosa invectiva contra los revoltosos catalanes. En el *Panegírico á Felipe IV* se dirige á este Rey, congratulándose de la caída del conde-duque de Olivares. También compuso otros varios tratados de índole religiosa, como *La Providencia de Dios*, que es un hermoso libro (póstumo) en el cual se prueba la inmortalidad del alma, la intervención incomprensible de la Providencia de Dios en los sucesos prósperos y adversos, y termina con *La constancia y paciencia del santo Job*, obra en la cual estudia el autor la Providencia, valiéndose del texto bíblico, y al final añade algunas consideraciones suyas. *La introducción á la vida devota* no es más que una traducción que hizo Quevedo de la obra de San Francisco de Sales. *Lo que pretendió el Espíritu Santo con el libro de la Sabiduría; Sobre las palabras que dijo Cristo á su Santísima Madre en las bodas de Caná, en Galilea; Homilía de la Santísima Trinidad; Declamación de Jesucristo, hijo de Dios, á su Eterno Padre en el huerto; La primera y más disimulada persecución de los judíos contra Cristo Jesús y contra la Iglesia en favor de la sinagoga*: estos cinco tratados son de mucho valer, y van dirigidos contra los ateos, contra los herejes, contra los malos cristianos, etc. De índole filosófica son: *De los remedios de cualquier fortuna*, obra traducida de Séneca, y en la cual va añadiendo á cada texto un luminoso y buen comentario; trata de la muerte, de las enfermedades, de la pobreza, de la pérdida de personas queridas, etc. *Noventa epístolas de Séneca, traducidas y anotadas*, de las cuales no hay más que doce, habiéndose perdido, sin duda, las demás.

LECCIÓN LXV

438. La elocuencia en este período.—439. Oratoria sagrada: principales oradores sagrados.—440. El gongorismo en el púlpito. Paravicino.—441. El género epistolar: Ortiz, Zurita y otros.—442. Cartas de Jesuítas.—443. Modelos del género: Antonio Pérez.—444. Proverbios y refranes: colecciones principales.—445. Consideraciones generales.

438. Excepción hecha de la sagrada, la elocuencia, en general, no ofrece en este período ningún modelo que compita con los demás géneros literarios. Por la organización política de la Monarquía, y por la forma del procedimiento judicial, que era inquisitivo, no había medio adecuado para que la oratoria política y forense adquiriesen el desarrollo que luego toman en tiempos posteriores; pues, como hemos notado en otro lugar, esos dos géneros de oratoria son modernos [1].

439. Respecto á la oratoria sagrada, tuvo ilustres cultivadores, distinguiéndose entre ellos Fr. Luis de León, de quien ya hemos hablado, que, si bien no imprimió sus sermones, intercaló en sus obras, especialmente en la ya citada de los *Nombres de Cristo*, verdaderos discursos que tienen aquel carácter. Fr. Luis de Granada, además de sus tratados ascéticos que contienen trozos de inimitable elocuencia, publicó trece sermones que tratan principalmente de nuestro Señor Jesucristo y de la Santísima Virgen, los cuales están escritos con la gallardía que distingue á tan eximio escritor [2]. Gran orador fué también Fr. Juan de Ávila, apellidado, como sabemos, *Apóstol de Andalucía*, y Malón de Chaide, que escribió dos sermones. Hubo otros oradores sagrados, como el

[1] *Literatura general*, lecciones 58 y 59.

[2] Fr. Luis de Granada escribió una *Retórica eclesiástica* ó *Manera de predicar*, que fué muy apreciada, sobre todo en el extranjero.

franciscano P. Francisco Ortiz, el P. Castroverde y el P. Lucas de Montoya, religioso mínimo [1].

440. Pero el conceptismo gongorino, que se había inoculado en todos los géneros literarios, invadió de un modo lamentable la oratoria sagrada, haciéndola perder todo su brillo y majestad, y convirtiéndola en artificiosa y fútil. Prescindiendo de la fuerza de la corriente que arrastraba por tan desastroso camino á escritores y poetas, debióse esto á Fr. Hortensio Paravicino, que durante veinte años, desde 1616, fué predicador de Felipe III y Felipe IV, cargo que le sirvió para extender su influencia sobre otros oradores, llegando á formar escuela de mal gusto, que no ofrecía, en suma, sino improvisaciones rudas y exageradas, dirigidas al pueblo, ó discursos latinos llenos de enojosa erudición, y afectados hasta lo indecible, pronunciados ante corporaciones religiosas; *sermones*, en fin, de *Berbería*, como apellidó Calderón á los de Fr. Hortensio, según hemos dicho antes de ahora [2].

441. El género epistolar corre también la misma suerte que los otros, corrompiéndose con formas cultas y afectadas hasta el lenguaje y estilo de la correspondencia familiar. Por lo demás, ya hemos notado [3] que el género epistolar no es un género propiamente dicho, sino que mediante él puede escribirse en todos los géneros; y, en lecciones anteriores hemos dado ya noticia de las cartas que constituyen tratados didácticos, como las de Guevara y el Bachiller Pedro de Rua, y las de Cascales [4].

De la misma índole son las *Cartas familiares* de Francisco Ortiz, franciscano, natural de Valladolid, y que gozó fama de gran orador sagrado. Dichas cartas, en efecto, mejor que *familiares*, deberían llamarse tratados doctrinales sobre asuntos piadosos. Son veinte, más tres que, por su mucha extensión, constituyen verdaderas disertaciones. El lenguaje es

[1] Dejó escritos diez y seis tomos de *sermones*, en general de poco valer.

[2] Sobre las *Ideas del púlpito y teatro de varios predicadores de España*, con noticias y extractos de sermones de aquella época, escribió un curioso libro Ceballos de Saavedra.

[3] *Literatura general*, lección 64.

[4] *Literatura española*, lección LXIII.

puro y castizo, y se distingue por la mucha sencillez; pero, al mismo tiempo, el estilo es seco, lo cual, unido á la abundancia de citas de estas Cartas, las desluce no poco.

La correspondencia del ilustre cronista Zurita, que comprende los treinta últimos años de su vida, no tiene los defectos que antes apuntamos; consta de cerca de doscientas cartas, escritas la mayor parte á D. Antonio Agustín, y otras de Argote de Molina, Ambrosio de Morales, Mendoza y varios de sus amigos. Estas son las mejores, y especialmente las del mismo Zurita, no ya por lo interesantes, sino por la fluidez y naturalidad que en ellas campea.

De la correspondencia de Bartolomé Leonardo de Argensola, Lope de Vega y Quevedo, se conserva algo, pero de poca importancia; no teniendo tampoco nada de notable las siete cartas que hay del sabio autor de la *Biblioteca hispana vetus et nova*, D. Nicolás Antonio [1]. Las *Cartas familiares* de D. Antonio Solís, el insigne historiador de Méjico, son veintidós, y están escritas con la elegancia que distingue á su autor. El mayor número las dirigió á D. Alonso Carnero, secretario de Estado y Guerra, y en todas muestra Solís el estado de pobreza en que se encontraba.

442. Como curioso arsenal para conocer el estado de España en 1634 á 1648, citaremos las cartas de Jesuítas [2], escritas durante el tiempo indicado y dirigidas al P. Pereyra, en Sevilla, quien tal vez preparaba la continuación de la *Historia* del P. Mariana. De muchas de estas cartas son autores los PP. Mendo, Villacastín, Chacón, Avilés, González, etc., y la mayor parte de las del año 1637 están fechadas en Madrid y son del P. Sebastián González, que trata en ellas de las guerras de Alemania, Italia, Flandes, etc.

443. Modelos del género epistolar son las Cartas de An-

[1] D. Nicolás Antonio nació en Sevilla en 1617; estuvo en Roma diez y ocho años, y escribió las citadas *Bibliotecas*, riquísimos arsenales de erudición.

[2] Al ser expulsados éstos por Carlos III, entre sus papeles se hallaron muchos tomos de cartas, que la Academia de la Historia ha publicado en siete de su *Memorial histórico español*.

tonio Pérez [1], superiores, literariamente consideradas, á *Las relaciones de su vida* y al *Memorial*, de que ya hemos hablado.—Las cartas son ciento cuarenta y una, la primera parte, y la segunda ciento setenta y una, y las escribió, después de su fuga, á los reyes y personajes de Francia é Inglaterra, á algunas personas de España y á su mujer é hijos, siendo estas últimas las más notables y mejor escritas. Á veces el estilo es desaliñado é incorrecto; pero Antonio Pérez escribe con suma facilidad, pinta con extraordinaria viveza, y dice mucho en pocas palabras, siendo sus cartas, repetimos, verdaderos modelos. Por lo demás, tiene alardes de ingenio y erudición, bastantes sutilezas, y otras cosas que prueban su orgullo, é indican al mismo tiempo que escribió sus cartas pensando en que habían de ser publicadas.

He aquí un trozo de una carta de Antonio Pérez á su mujer:

«Las palabras que me refieren de vuestra merced algunos que aportan por acá, me lastiman el alma tanto, que son bastantes á ayudarme á salir de la deuda de lo mucho que vuestra merced y sus hijos han padecido y padecen por mí, y por esta razón quedarla he en obligación muy grande. Pero en lo demás pasará la paga á la deuda, porque no está en la grandeza de la deuda, ni en la duración del dolor lo más ni lo menos, sino en la intención del tormento; que un alma en su purgatorio, en una hora puede padecer más que otras en siglos mil. Señora, yo remo y braceo en seco; no hay agua necesaria para navegar; no hay viento para las velas de mi deseo, sino el de mis gemidos y suspiros, de verme sin ningún movimiento á ningún puerto, sino al de la sepultura....

»Á vuestra merced suplico yo que se anime para ver el fin de estos trabajos, y no desayude á Dios con rendirse. Pido esto, porque yo estoy tan al cabo, que he menester ayuda para no hundirme en cualquier hoya....»

[1] Aunque, por otro concepto, también son modelos las *Cartas de Santa Teresa*, de que hemos hecho mérito en la lección LXII.

Citaremos también, entre las *Cartas* de este período, las de D. Eugenio de Salazar, jurisconsulto y escritor que nació á mediados del siglo XVI, y que escribió cinco saladísimas *Cartas* supuestas, sobre la vida de la corte, la milicia, los navíos y marineros, los catarriberas y las costumbres de Asturias.

444. Otro de los géneros que, sin tenerla de por sí, adquiere, sin embargo, grande importancia literaria en este período, son los proverbios y refranes, en que España se aventaja á todos los demás pueblos [1], y acerca de los cuales nada hemos de añadir, sino recordar lo dicho en otros lugares de esta obra [2]. Después de la colección que de ellos hizo el marqués de Santillana, y que se imprimió á principios del siglo XVI, colección de que ya hemos dado noticia, se tuvieron en gran estima los refranes y aumentó su número de un modo extraordinario, siendo coleccionados por distintos autores. Blasco de Garay, racionero de Toledo, escribió en refranes una larga carta, y luego otras dos, si bien la segunda no escrita en aquella forma, que se publicaron en 1549 en Zaragoza, con el título de *Cuatro mil y trescientos refranes, puestos por el A B C.* En el mismo año daba á luz Pedro de Vallés cuatro mil trescientos refranes, puestos por orden alfabético. Otras colecciones se hicieron por entonces y posteriormente [3], siendo una de las más notables la que, titulada *Filosofía vulgar,* hizo Juan de Malara [4], quien escogió mil de los mejores refranes, glosándolos con prolijos comentarios llenos de anécdotas históricas, y haciendo un libro muy ameno, aunque sobradamente recargado de erudición.

445. Al declinar el siglo XVII, como ha podido observarse, al mismo tiempo que decae la nación española, decae y va á su ruina nuestra literatura: fenómeno es este que no puede sorprender, y que quizá tenga su explicación en las leyes de la historia.

Parece, en efecto, natural que, después del alto vuelo á

[1] Así lo reconoce, entre otros, Ticknor.

[2] Véase nuestra *Literatura general*, lección 35, y *Literatura española*, lección XXVIII.

[3] Guillermo Núñez de Guzmán formó una de seis mil refranes, publicada en 1553. También se hicieron colecciones particulares: así, Lorenzo Palmireno, en 1569, reunió refranes relativos sólo á la buena crianza, á la mesa y á la salud, y á principios del siglo XVII, el médico granadino Sorapán de Rieros coleccionó los relativos á la enseñanza de la Medicina.

[4] Véase lección XXXVI.

que llegaron las letras patrias en el siglo de oro, viniera, como vino, su total decadencia [1].

SEGUNDO PERÍODO.

(CASA DE BORBÓN.)

LECCIÓN LXVI

LAS LETRAS EN EL SIGLO XVIII.

446. Estado de España al advenimiento de la Casa de Borbón.—447. Influencia francesa: sus causas.—448. Esfuerzos de Felipe V en favor de la cultura: Academias.—449. Trabajos en beneficio de las letras: el *Diario de los literatos*.—Sátira de Jorge Pitillas.—450. Luzán: su *Poética*.—451. Academias del *Buen gusto* y de los *Arcades*: sus efectos. —452. Los periódicos: su influencia.

446. Al terminar el siglo xvii, y con él la dinastía austriaca, España había llegado á un punto increíble de decadencia. Carlos II, llamado con justicia el Augústulo de su raza, no tuvo ninguna de las cualidades de sus predecesores, conservando únicamente la piedad que había distinguido á los Monarcas de las dos centurias, pero sin ninguna grandeza intelectual ni moral. Como todas las cosas humanas decaen, desde el momento en que llegan á su apogeo, de la inmensa monarquía de Carlos V, del poderoso reino de Felipe II, no quedaba sino la sombra y algo de su extensión; pero nada de su vigor, de su fuerza y de su espíritu conquistador y guerrero. Multitud de causas concurrieron á estos resultados, siendo quizá la principal de todas la grandeza de los dominios españoles, y las constantes y terribles luchas en que estuvieron

[1] El *cultismo* lo invadió todo, y, además de Gracián, de quien ya hemos hablado, puede verse el extremo inconcebible á que llegó la prosa gongorina en los *Trabajos de Hércules*, de Heredia, y los *Discursos morales de Boecio*, de Pérez Ramírez.

empeñadas nuestras armas. Por lo que hace á la Literatura, ya sabemos que por el dominio del gongorismo y del prosaismo había llegado la lengua á un tristísimo estado. La poesía, el teatro, la oratoria, todo languidecía y espiraba; pero no es tan absoluta la decadencia que no diera brillante muestra de sí el ingenio español. Los nombres de D. Nicolás Antonio y de D. Juan Lucas Cortés, bastan para acreditar esta verdad, y demostrar que si las bellas letras perecían, la erudición y el saber no se habían agotado enteramente.

447. Al advenimiento de la casa de Borbón, al principio del siglo XVIII, una nueva savia se infiltra en las venas de la sociedad española. Felipe V llega á España, mereciendo por todas sus empresas y aptitudes el dictado de *Animoso*, y una de las primeras cosas que intenta es trasplantar á su nueva corte las formas, la cultura y las instituciones de la brillante corte de Versalles. Pudo lograrlo, y esto fué, en parte, desdicha, y, en parte, fortuna para España, porque, dada la decadencia en que estaban aquí todas las cosas, á mal punto hubieran llegado sin la nueva dirección que las imprimió esta dinastía; pero como no era española ni en su tendencia, ni en su carácter, ni en su espíritu literario, dominó excesivamente el gusto francés, y se torció por completo y se perdió la antigua inspiración nacional.

Es una vulgaridad decir que la influencia francesa, que tan grande fué en España durante el siglo XVIII, se debe precisamente á la nueva dinastía; porque en los demás países de Europa ocurrió, poco más ó menos, el mismo fenómeno, sin que hubiese monarquía de origen francés. La verdadera razón de la influencia está en el innegable esplendor de la corte de Luis XIV, tan fecunda en grandes escritores y hombres ilustres de todas clases. Y si un poco antes, como hemos dicho, las armas y las letras españolas habían influido en toda Europa, y los franceses pagaban tributo á nuestros escritores, y nuestra lengua era hablada en París, ahora sufrimos la ley del vencimiento político y literario, más fuertemente que los otros países de Europa por la razón de ser francesa la monarquía.

448. Ya en el reinado de Felipe V fué creada la Biblioteca Nacional (1711) y las Academias de la Lengua y de la Historia, y no es preciso detenerse á estudiar los buenos resultados que su fundación produjo en la cultura nacional. Además, se creó la Academia de Barcelona, y muy pronto empezó á trabajar la de Madrid en el *Diccionario de la Lengua*, obra que se publicaba con carácter general y etimológico. No es que hubieran faltado en los siglos anteriores insignes gramáticos y maestros eminentes en la lengua; pero aparte el *Vocabulario* de Nebrija, no se había emprendido el estudio completo del lenguaje nacional, ni teníamos un buen Diccionario.

449. Y como el movimiento en pro de la cultura y de las artes no había de pararse ya, pronto surgen escritores que trabajan por el buen gusto y procuran levantar las letras patrias de la postración en que yacían. Empresa meritoria acometieron los sacerdotes D. Juan Martínez Salafranca y don Leopoldo Jerónimo Puig, que fundaron en 1737 *El diario de los literatos*, revista trimestral que no pudo vivir más de dos años por la guerra que los malos escritores la hacían, pero que, con todo, produjo saludable reacción en muchos espíritus y contribuyó al descrédito de los que infestaban las letras españolas con traducciones sólo dignas del desprecio. Por entonces publicó D. José Jerardo de Hervás su *Sátira contra los malos escritores* bajo el pseudónimo de Jorge Pitillas, y esta obra fué también de grande importancia, por lo que contribuyó á poner de manifiesto los desvaríos en que incurrían muchos corruptores de la lengua y del buen gusto.

450. Con intento más general, y aspirando á fundar doctrina capaz de regenerar las decaídas letras, escribió D. Ignacio Luzán su *Poética*, libro que aspiraba á poner orden en la confusión y anarquía que por todas partes reinaba. Pero Luzán, en vez de volver los ojos á las buenas tradiciones patrias y de inspirarse en los grandes maestros que habían florecido en las centurias anteriores, se inclina al clasicismo, mostrándose discípulo de franceses é italianos, lo cual era querer edificar de nuevo completamente, donde sólo se necesitaba una

prudente reforma. Su *Poética* adolece también de falta de método y de espíritu estrecho, buscando la razón de las cosas más en los libros antiguos que en la naturaleza. Tiene buenas consideraciones acerca de la poesía y de la imitación, y no exagerando esto último, acepta como poesía la expresión de lo útil y la fiel copia de la realidad; pero al hablar, por ejemplo, del teatro, exagera lastimosamente las tres unidades, concediendo sólo para la de tiempo tres ó cuatro horas de duración, y dice que debió haberse entendido mal el texto de Aristóteles, siendo esta su razón suprema, sin tener en cuenta que la civilización y las circunstancias en que él escribía eran muy distintas de las de Aristóteles, que, al cabo, podía también equivocarse. Y en esta idolatría de lo antiguo, Luzán trata duramente al teatro español, haciendo sólo algo de justicia á Calderón, á Solís, y hablando bien de nuestras comedias de capa y espada, siquiera por lo ingeniosas y entretenidas; pero el verdadero drama moderno, el drama trágico, cultivado tan hermosamente por Lope, Tirso y todos sus contemporáneos, lo considera nada menos que absurdo, por juntar los caracteres cómicos y los elevados, cuando es precisamente una de sus excelencias, dado que el drama ha de ser imagen embellecida de la vida humana en que lo grande y lo pequeño se mezclan y batallan constantemente. Pero tan hombre de escuela y de sistema era Luzán, que en alguna parte llega á decir que la poesía nace entre pastores y que lo primero debió ser la égloga; modo ciertamente pobre de considerar arte tan universal, tan antiguo, tan permanente como es la poesía. La *Poética* de Luzán suscitó desde luego algunas contestaciones y polémicas, siendo impugnada su doctrina, especialmente lo relativo al teatro [1], por el *Diario de los literatos,* en 1738. Pero Nasarre, Velázquez, Montiano y otros

[1] Fr. Manuel Gallinero puso ya algunas correcciones á Luzán en la aprobación que dió á sus libros, defendiendo al teatro español, como superior al clásico. Lo propio hace Fr. Miguel Labazo en otra aprobabación y el *Diario de los literatos* critica á Luzán más seria y formalmente. Luzán se defendió publicando *La contestación* con el nombre de Íñigo Lanuza, atacando á D. Juan Iriarte, á quien suponía autor de la censura.

escritores se decidieron por la tendencia clásica y despreciaron la historia literaria nacional, y todo se preparaba para el triunfo del clasicismo francés.

451. En tiempo de Fernando VI se fundaron varias academias; una de ellas, la del *Buen gusto*, que tenía el carácter de reunión privada, en casa de la condesa viuda de Lemos, y de la cual formaron parte el mayor número de los buenos literatos de la época; pero al propio tiempo se había fundado la *Academia de los Arcades*, remedo y trasunto de la romana, donde, como es sabido, todo respira gusto clásico, y donde los socios toman nombres clásicos también y enteramente exóticos. En España, la *Academia de los Arcades* no pudo dar otro resultado que el mayor predominio de las tendencias clásicas con menoscabo de las nacionales; y así vemos que en la lírica, en la épica y en la dramática, prevalece por punto general el espíritu de imitación, que priva de verdadero interes y grandeza á casi todas las obras de aquel tiempo. Como veremos más adelante, se han salvado del olvido las obras históricas y críticas; pero, sólo por excepción, viven hoy en la memoria de los españoles algunos de los poetas de la última mitad del siglo XVIII, y esos son más citados que leídos; mientras que los grandes maestros de los siglos XVI y XVII son dentro y fuera de España cada vez más leídos y más estudiados.

El erotismo frío y falso, la insulsez bucólica predominan en los poetas de aquel tiempo; y, por lo que hace al teatro, es rara la obra que merece ser leída en nuestros días. Andando el tiempo se fundan algunas escuelas literarias [1] en Granada, Valencia, y sobre todo en Salamanca, que produjeron obras estimables, y en que trabajaron hombres de verdadero mérito; pero la tendencia clásica, el espíritu francés, lo inundan

[1] A la fundación de la escuela de Sevilla contribuyeron Forner, Olavide y Jovellanos, y en ellas se distinguieron el orientalista D. Tomás José González, D. Manuel María de Arjona, Blanco, López de Castro, Mármol y Reinoso. En Granada se reunían Mariano Sicilia, Prieto Moreno, Heredia y Martínez de la Rosa. La escuela de Salamanca tuvo por fundador á Cadalso, y á ella pertenecieron Meléndez, Fray Diego González, Cienfuegos, Sánchez Barbero, Somoza y Quintana.

todo, y esterilizan en parte los esfuerzos de los más sazonados ingenios. Así llega la época de la revolución francesa y de las empresas de Napoleón, que despiertan el sentimiento nacional y transforman la sociedad española, como la de toda Europa, y entonces las letras manifiestan bien este estado de los ánimos, y va poco á poco respirándose la muerte del clasicismo, que da paso á la escuela romántica.

452. Un factor nuevo aparece en este período, y son los periódicos. Queda ya mencionado el *Diario de los literatos,* y con él hay que tener en cuenta otros varios de índole distinta, que forman ya parte de las letras españolas, y que tanto influyen modernamente en la lengua, como en las costumbres y en las ideas.

LECCION LXVII

LA POESÍA.

453. Escaso valor de la *lírica* en este período.—454. Fr. Diego González.—455. Moratín.—456. Cadalso: escuela salmantina.—457. Meléndez Valdés.—458. Cienfuegos, Forner, Iglesias y otros.—459. Poesía épica.—460. Poemas religiosos.—461. Ídem didácticos.—462. Ídem burlescos.—463. Fabulistas: Samaniego é Iriarte.

453. Escasas son las poesías producidas en el siglo XVIII que merezcan llamar la atención de la crítica, y no hay ni uno solo, entre los innumerables poetas de aquella centuria, que pueda competir con los grandes maestros del siglo XVI, predominando, como se ha repetido, el mal gusto en sus distintos aspectos y especialmente el culteranismo y el prosaismo. Durante una buena parte del siglo XVIII no hay sino escritores gongorinos, como Enciso y Bernardo de Quirós, ó triviales y vulgarísimos, como los mismos Zamora, Cañizares, y especialmente Salazar y Hontiveros. Repasando las colecciones de líricos del siglo XVIII, en los primeros tiempos, no se encuentra más que á D. Gabriel Álvarez de Toledo y á Eugenio

Jerardo Lobo que merezcan alguna consideración. El primero, que fué de los fundadores de la Academia Española, escribió algunos sonetos y romances, paráfrasis del *Miserere* y de la *Salve*, que no carecen de mérito [1]. El segundo, militar que peleó bajo las banderas de Felipe V y murió en tiempo de Fernando VI (1750), siendo teniente general y gobernador de Barcelona, escribió muchos sonetos y romances, la mayor parte satíricos ó festivos: tiene mucha facilidad é imaginación viva, pero escribía con muy poco cuidado y con no muy buen gusto. Quizá su mejor composición es una graciosa poesía en décimas, pintando la vida militar, *en que no se duerme ni se come.*

454. En todo el reinado de Fernando VI y de Carlos III, sigue la misma postración de la lírica, predominando la excesiva afición al clasicismo y la tendencia prosaica en otros autores. Algunos críticos citan con elogio á Fr. Diego González [2]; pero aunque hay en él como reminiscencias de la gran época de nuestras letras, y especialmente de Fr. Luis de León, la mayor parte de sus composiciones son no más que medianas y muchas de asuntos insignificantes. Por eso él mandó al morir que se quemaran sus poesías, entre las cuales hay muchas dedicadas al amor platónico de Melisa y Mirta; siendo la más conocida *El Murciélago alevoso* y otra titulada *A la quemadura de un dedo de Filis*. Hay en ellas, sobre todo en la primera, gracia, facilidad y viveza; pero claro está que nada de grandeza ni de verdadero sentimiento. Mejores son las traducciones del *Te Deum*, del *Veni Creator* y del *Magnificat*, que hizo el mismo autor.

455. Aunque tampoco gran poeta, representa un verdadero progreso y una vuelta hacia el buen gusto, D. Nicolás Fernández Moratín. Oriundo de Asturias, nació en Madrid en 1737, y después de estudiar derecho en Valladolid, volvió á la corte, contribuyendo con Luzán á introducir el gusto clásico,

[1] Nació en Sevilla en 1662 y murió en 1744. Entre otras cosas, hizo un poema burlesco en rebuznos, titulado *La burromaquia*.

[2] Nació en Ciudad Rodrigo en 1730; fué catedrático y predicador de fama en Salamanca, y murió en 1794.

escribiendo en 1762 las comedias *Petimetra* y *Lucrecia,* que son de mediano mérito, y que no logró ver representadas. Con el título de *Desengaños al Teatro español*, compuso tres discursos, señalando los defectos del teatro antiguo y ensañándose, en particular, contra los *Autos* de Calderón, contribuyendo á que fueran prohibidos; y en 1774 publicó una colección de poesías titulada *El poeta.* Dejando para otro lugar el mencionar los poemas épicos y dramáticos de D. Nicolás Fernández de Moratín, y concretándonos á sus poesías líricas, debemos decir, en honor de la verdad, que en su colección abundan las *anacreónticas*, que no pasan de medianas, los *romances,* en que hay algunos muy bien hechos, y que son suyas las bellísimas quintillas de *La fiesta de toros en Madrid*, que bastan para que su nombre triunfe del olvido. También son excelentes algunos de sus epigramas, como los que empiezan *De imposibles Santa Rita ;— Ayer convidé á Torcuato ;— Admiróse un portugués ; —La calavera de un burro* , etc. ; pero en cuanto á sus sonetos, odas, sátiras y églogas, aunque escritas con elegancia y corrección, les falta el calor y la vida, siendo más que verdaderas poesías, ejercicios poéticos del género clásico.

456. Por el tiempo en que florecía Moratín, se reunían en Salamanca varios ingenios, que por tener esa condición, y por pertenecer casi todos á una misma tendencia literaria, se les considera como fundadores y sostenedores de lo que se llama *escuela salmantina* del siglo XVIII. Fundador de ella es D. José Cadalso, que nació en Cádiz en 1741; viajó por casi toda Europa, fué militar, y murió en 1782, en el sitio de Gibraltar contra los ingleses. Aparte de sus obras en prosa y de un drama, escribió bastantes poesías líricas, que están hechas en lenguaje correcto y claro estilo, pero que tienen la falta de ser todas ellas de aspiraciones clásicas y extraordinariamente frías, aunque las festivas y satíricas son mejores, por ser más naturales y verdaderas. Quizá por el ejemplo de Cadalso y las tendencias generales que dominaban en España, la escuela salmantina, aunque se compusiera de hombres de talento, no dió los resultados que eran de desear, prevale-

ciendo el carácter clásico de imitación: y ya sabemos que la poesía no puede vivir de la imitación, sino de la verdad, del sentimiento, de la naturaleza y de la vida. Así se escriben cosas de perpetua hermosura, que aplauden tiempos y pueblos diferentes: de otra manera, lo que es bueno en Grecia ó en Francia, resulta amanerado, falso ó exótico en España.

457. Este es el defecto general de los partidarios de la escuela salmantina, entre los cuales descuella D. Juan Meléndez Valdés. Había nacido en Ribera del Fresno (Badajoz) en 1754; estudió en Salamanca y fué protegido por Jovellanos; á la caída de éste fué desterrado por afrancesado; tuvo que emigrar, muriendo en Montpellier en 1817. Escribió muchas poesías de todas las formas, anacreónticas, idilios, letrillas, romances, sonetos, elegías, églogas, etc., etc., y también odas filosóficas y sagradas. Estas son, indudablemente, las mejores de sus producciones, y sobre todo la titulada *La presencia de Dios*, y el romance *La tempestad*. Las anacreónticas son buenas en su género; pero el género es de suyo pobre de inspiración, falto de ideal y de grandeza, y es preciso que esté una anacreóntica magistralmente hecha para que merezca la pena de ser leída ó recordada. Lo propio decimos de las églogas. Meléndez es autor de una de las mejores en castellano entre Batilo y Arcadio; mas aunque esta égloga está realmente muy bien escrita, y la versificación es fácil y armoniosa, siempre resulta una composición de escasa riqueza poética, por lo falso y frío del asunto. Justo es decir que Meléndez contribuyó mucho al imperio del buen gusto, dado que es un escritor elegante y castizo, que escribe con sencillez y naturalidad, huyendo de los desvaríos culteranos y del prosaismo, que tantos estragos hacía en aquella época en la poesía española. Pero, en general, es un poeta que no pasa mucho de mediano, por faltarle la inspiración verdadera y el calor del sentimiento; así es que en lo sencillo está en su terreno propio, sin llegar casi nunca á lo grandioso ó vehemente. Además, no se muestra siempre todo lo respetuoso con el decoro y las buenas costumbres que fuera de desear.

458. D. Nicasio Álvarez Cienfuegos [1] fué amigo y como discípulo de Meléndez Valdés en Salamanca. Aparte de sus obras dramáticas, que en otro lugar estudiaremos, escribió poesías muy bien versificadas. La que dirigió *A un amigo en la muerte de su hermano* tiene algunas cosas bellísimas, y lo mismo las tituladas *El otoño* y *La primavera,* y es muy lindo su romance *El fin de otoño.*

D. Juan Pablo Forner [2] es poeta principalmente satírico. En su larga sátira, en prosa y verso, titulada *Exequias de la lengua castellana,* critica el lenguaje grosero y tosco de los que «no peinaban sus discursos ni sus cabellos», y compara las épocas de esplendor y de decadencia, mostrando los vicios principales de su tiempo. Sus versos son fríos y clásicos, distinguiéndose su *Sátira contra los vicios introducidos en la poesía castellana,* que fué premiada por la Academia. Tiene además sus *Discursos morales sobre el hombre,* en silva y verso libre, que, aunque son un buen tratado de moral, carecen de verdaderas condiciones poéticas.

—Iglesias (D. José de la Casa [3]) se distingue en letrillas y epigramas, escritos, según parece, antes de ordenarse de sacerdote; y luego hizo poesías sagradas sobre los Salmos, festividades de la Virgen, etc., que son poco conocidas, y además tiene muchos romances, anacreónticas y églogas, traducciones de Horacio y parodias de poesías (trovas). En general, su estilo y lenguaje son buenos; pero, como queda dicho, el principal mérito de Iglesias está en sus letrillas y epigramas, entre los cuales citaremos los de *Yo vi en París un peinado, Un médico en una calle, De toda la vida mía,* etc.

[1] Nació en Madrid en 1764, y murió en Ortez (Francia) en 1809, donde le deportaron los franceses, que habían estado á punto de fusilarle.

[2] Nació en Mérida en 1756, y murió en 1797. Fué presidente de la Academia de Derecho de Madrid, y escribió varios opúsculos contra Iriarte, Sánchez Barbero y otros en las polémicas de entonces. Escribió además un *Discurso sobre la historia de España, Discursos filosóficos sobre el hombre,* y una *Apología de España y su mérito literario.*

[3] Nació en Salamanca en 1748, y murió en 1791.

—D. Vicente García de la Huerta [1] peleó con saña contra los clasicistas, contradiciéndose luego en sus obras dramáticas, escritas en estilo clásico. Se conservan de él varias églogas y canciones, un canto heroico, *Endimión*, en octavas reales, sonetos y romances que carecen de inspiración y están llenos de alusiones mitológicas.

—D. Manuel María de Arjona [2] fundó en Sevilla una Academia poética, y escribió muchos opúsculos y poesías. Éstas son frías, clásicas, y, en general, de asuntos poco elevados, aunque hizo algunas religiosas, y un fragmento de poema *A las ruinas de Roma*. Suya es la oda *A la memoria*.

459. La poesía *épica* no produjo tampoco ninguna obra notable, aunque se escribieron multitud de poemas, algunos heroicos, como *El Pelayo*, del conde de Saldueña; *La Hernandía*, de Ruiz de León; *Méjico conquistada*, de D. Juan Escoiquiz, y otros varios [3]. Los mejores son los *Poemas cortos* de Moratín (D. Nicolás) y de Vaca de Guzmán, titulados ambos *Las naves de Cortés destruidas*, y escritos en competencia para un certamen de la Academia; pero estos poemitas, aunque están bien versificados y tienen algunos trozos verdaderamente buenos, son generalmente fríos y pálidos, debiéndose alabar en ellos, más que otra cosa, la regularidad y la corrección.

460. Poemas religiosos se escribieron también muchos: el conde de Torrepalma hizo uno sobre *El juicio final*, de que quedan fragmentos. Otro Meléndez sobre *La caída de Luzbel*, y Vaca de Guzmán tuvo la idea poco feliz de poner en verso el *Año cristiano*, con el título de *Himnodia* ó *Fastos del Cristianismo*, componiendo lo perteneciente al primer trimestre [4].

[1] Nació en Zafra en 1734.—En Madrid fué muy favorecido de la corte.

[2] Nació en Osuna en 1771; fué Doctoral de Sevilla y Penitenciario de Córdoba.—Murió en Madrid en 1820.

[3] Entre ellos *El Alfonso* y *El Nuevo Mundo*, del portugués Botello Moraes; *Lima fundada*, de Peralta Barnuevo.

[4] El marqués de San Felipe, los PP. Reinoso y Butrón, Francisco de Lara, Ceballos, el conde de la Granja y otros, hicieron también poemas religiosos de muy escaso ó ningún mérito.

461. Poemitas didácticos ó descriptivos no faltaron tampoco, como *La caza*, de D. Nicolás de Moratín, que está bien versificado y tiene buenas descripciones, y la *Música*, de Iriarte, tratado sumamente prosaico más que poema propiamente dicho. En los descriptivos no hay cosa que merezca la atención, pues sólo produjo este tiempo algunas imitaciones clásicas de escaso valor [1].

462. Malísimos son también la mayor parte de los poemas burlescos que se hicieron entonces; el único que merece alguna consideración es *La Perromaquia*, de Francisco Nieto de Molina, que lo escribió en fáciles redondillas; pero los poemas cómicos del siglo XVIII son generalmente grotescos, prosaicos y baladíes, tales como *La Burromaquia*, de Álvarez de Toledo, *La Quicaida*, del conde de Noroña, y algunas parodias satíricas, como *La Proserpina*, del P. Silvestre, y el *Rapto de Proserpina*, del duque de Alburquerque. Había en muchos escritores verdadera manía por lo vulgar, lo rastrero y ordinario, y basta hojear las obras de los dos curas de Fiume, basta pasar la vista por el *Observatorio rústico*, para comprender que no puede ser mayor la decadencia del arte poético, falto completamente de vida, de animación y de belleza. Algunos hombres que pudieron escribir con ingenio, se dedicaron á la poesía fruslera y hasta fundaron lo que se llamó el *Regimiento de la Posma*, escribiendo el marqués de Ureña un poema titulado *La posmodia*, y otros el *Imperio del piojo recuperado*. No podía llevarse más allá el rebajamiento del arte.

463. En este desierto ó erial de malezas, se distinguen algunos frutos sazonados ó estimables, como por ejemplo, *Las fábulas* de Samaniego é Iriarte. D. Félix María Samaniego nació en La Guardia en 1745, y en el 81 publicó sus fábulas, que son de las mejores que hay en castellano. No es Samaniego un gran poeta, pero versifica con facilidad y corrección; y en sus *Apólogos*, imitados de los esópicos en general, y de Lafontaine y otros fabulistas, los hay originales y de

1 El *Deucalion* del conde de Torrepalma, el *Endimion* de García de la Huerta.

no escaso valor, que muestran el ingenio y el talento observador de nuestro fabulista, muy escéptico y volteriano en ocasiones. D. Tomás de Iriarte, que nació en Tenerife en 1750, y murió en temprana edad en el año 1791, publicó sus fábulas en 1782. Son de asunto literario y están muy bien hechas, resultando una especie de poemas crítico-didácticos, por los excelentes consejos que da á los escritores, y por las atinadas y juiciosas observaciones que hace [1].

LECCIÓN LXVIII

EL TEATRO EN EL SIGLO XVIII.

464. Estado de la escena en tiempo de Felipe V. — Poetas estimables por algún concepto.—465. Necesidad de remedio: camino que siguieron los eruditos.—466. Montiano: sus *tragedias*.—Moratín (D. N.).—467. Sus imitadores.—Consideración especial de Huerta. —468. Don Leandro Moratín: importancia de este autor. —469. D. Ramón de la Cruz: sus *sainetes*. —470. Noticia de otros autores.

464. Mayor todavía, si es posible, que la decadencia de la lírica y de la épica, fué la de la dramática durante todo el siglo XVIII. Como ya dijimos al hablar de los sucesores de Calderón, ninguno de ellos acertó á perpetuar las grandes cualidades del maestro y de sus predecesores y contemporáneos, y aquella brillante escena que levantaron á no igualada altura, cayó lastimosamente sin que ni aun el recuerdo quedara de su grandeza. En el mismo siglo XVII los Candamos, Diamantes, Cañizares y Zamora, y otros muchos, representan la decadencia, y llevan la escena á un grado extraordinario de postración. Algunos de ellos, sin embargo, como Cañizares y Zamora, que alcanzaron al siglo XVIII, todavía recuerdan alguna vez, aunque son las menos, la manera y la tendencia de nuestros grandes poetas; pero ellos, puede decirse, tienen tam-

[1] Además de sus fábulas y de su poema *De la Música*, citado más arriba, escribió epístolas, églogas, sonetos, epigramas, anacreónticas y algunos poemitas cortos, etc., etc.

bién todo lo malo de estos autores, y, lo peor aún, de los dramáticos del siglo XVIII. Hasta los títulos de las comedias eran ridículos; y leyendo algunas obras de Lobera y Mendieta, de D. Bernardino José de Reinoso, de D. Francisco Mariano Nifo y de D. Bruno Zaldivar, se ve que no exageramos al decir que es increíble la decadencia de nuestra poesía dramática: en esas obras, así como en las de los que imitaron á Cañizares, entre otros D. Manuel Iparraguirre, el P. Juan de la Concepción y D. José Julián de Castro, no hay nada bueno; ni los argumentos, que son disparatados, ni el plan, que es confuso y desaliñado, ni el lenguaje, ni los versos, aun siendo tan fácil y tan general en España la buena versificación.

465. Algunos autores comprendían la necesidad del remedio, pero le buscaron por malos caminos, y, lejos de inspirarse en las grandes tradiciones de nuestro teatro, acudieron á las traducciones extranjeras y á la imitación francesa; y falto así de savia nacional y de vida propia el teatro, en manos de los eruditos logra efímeros y desmayados frutos [1]. El mismo Cañizares había traducido la *Ifigenia* de Racine en 1716, y en 1713, D. Francisco Pizarro, marqués de San Juan, había dado á conocer el *Cinna* de Corneille. Algún tiempo después don Eugenio Llaguno y Amírola tradujo la *Atalía*, y uniendo el ejemplo á la doctrina, Luzán puso en castellano *La clemencia de Tito*, de Metastasio y *Le préjugé à la mode*, de Lachaussé. No fueron estos los únicos dramáticos, sino que más tarde don Pablo Olavide, D. José Clavijo y otros volvieron los ojos al teatro francés, intentando la reforma de nuestra escena.

466. Con este fin escribió D. Agustín Montiano y Luyando sus tragedias *Virginia y Ataulfo*, con tendencias clásicas, verso libre, y todas las condiciones que pedía el clasicismo francés. Montiano quiso demostrar que los españoles no carecíamos de talento trágico, como habían dicho los críticos de allende los Pirineos, y para ello dió á la

[1] Del tiempo de Felipe V, es un poeta imitador de Calderón, de quien ha dado noticia el Sr. Cañete en la *Revista hispano-americana*. Se llama D. Bartolomé Ponce Lasso de la Vega, y escribió un drama intitulado *La Virgen de la Serena*.

estampa las tragedias dichas, acompañándolas de sendos discursos acerca de la tragedia y talento trágico de los españoles. Tan desafortunado en la doctrina como en la práctica, sólo veía tragedias en las pobres imitaciones del teatro antiguo, que habían hecho nuestros autores en el siglo XVI, porque claro es que para los pseudo-clásicos no son tragedias los más trágicos y grandiosos dramas de Lope y de Calderón. Montiano y Luyando aspira á dotar á la escena española de tragedias en el sentido riguroso y clásico de la palabra, y no logra hacer sino pálidos remedos de las obras francesas.

Por este tiempo, D. Nicolás Fernández de Moratín, de quien queda hecho mérito, salió á la palestra, escribiendo tragedias y una comedia, las primeras, *Lucrecia*, *Hormesinda* y *Guzmán el Bueno*, que son tan poco poéticas y tan frías como las de Montiano, sin que compense este capital defecto la versificación, que es regular ó buena en algunos trozos. Lo propio sucede con la *Petimetra*, comedia que no llegó á representarse, y ciertamente no tiene condiciones teatrales de ninguna especie.

467. Hay que agradecer á Montiano, Moratín y sus imitadores el buen deseo que les animaba de remediar los delirios en que incurrían los partidarios de la escuela nacional; pero no supieron producir nada grande, ni siquiera natural y vivo. Cadalso, autor del *Sancho García;* López de Ayala, de la *Numancia destruida;* Cienfuegos é Iriarte, con sus respectivas comedias y tragedias [1], siguen con tanta constancia como escasa fortuna la tendencia clásica francesa, y á ella perteneció el mismo Jovellanos, autor de una tragedia de escaso mérito, titulada *Pelayo,* y de un drama, *El delincuente honrado.* En éste, al cabo, hay calor, interés y naturalidad, y, á pesar de estar escrito en prosa, verdadera novedad en aquella centuria, en todo nuestro gran teatro, puede señalarse como uno de los más felices ensayos de la inspiración dramática del siglo XVIII.

[1] Las tragedias de Cienfuegos, son: *Idomeneo*, *La Zoraida*, *La condesa de Castilla* y *Pitaco*. De Iriarte, *La señorita mal criada*, *El señorito mimado* y *Hacer que hacemos*. También publicó algunas traducciones.

Otros muchos autores continuaron por la misma senda, entre ellos Sedano, Meléndez, Quintana y Trigueros y Latre, bien que éstos últimos hicieron refundiciones de las obras de nuestro teatro antiguo. Ninguno, sin embargo, había acometido la empresa de restaurarle ó renovarle; hízolo al fin D. Vicente García de la Huerta, que contradijo y atacó la escuela francesa, y que en 1785 publicó, con el título de *Teatro español*, una colección de piezas de nuestro antiguo teatro. Por desdicha, la colección estaba hecha con escaso acierto, pues al lado de algunas buenas obras, publica otras que no pasan de medianas y aun malas, y prescinde por completo del gran Lope de Vega. No pudo esto, por consiguiente, producir el resultado á que Huerta aspiraba, que no era otro que resucitar las glorias del siglo de oro, y hacer, cuando menos, que los autores volvieran á él los ojos. Quizá defraudada ya su esperanza, quizá por seguir la común corriente, hizo Huerta traducciones clásicas de la *Zaida* y la *Electra*, y escribió también en clásico su original tragedia *La Raquel* Es esta obra de lo mejor que produjo el siglo XVIII, y aunque de tendencia y gusto clásico en sus formas, Huerta al cabo eligió un asunto nacional, pues se refiere á la tradición de la famosa judía de Toledo, amiga de Alfonso VI. Divide su obra, no en cinco, sino en tres actos, y no se limita á copiar los diálogos franceses, sino que procura dar movimiento y calor á las escenas, lográndolo en la mayor parte de ellas. Además, la versificación, si bien algo monótona, es, en ocasiones, viva, animada y brillante: por todo lo cual se explica muy bien que tuviese, como en efecto tuvo *La Raquel*, un éxito extraordinario.

Mientras se escribía tanto en sentido clásico, no se desanimaban los partidarios de la antigua escena; y Arellano, Zabala, Valladares, Nifo y Comella, apartándose de la moda francesa, desatinaron á la española, y en tan grande y tan justo descrédito han caído las obras de estos autores, que es difícil encontrar alguna, siendo juzgadas por oídas y por tradición de unos en otros críticos. Comella es el representante general del mal gusto, y el que perpetúa la tendencia vulgar

y rastrera en el teatro; y si hemos de emitir juicio propio, fundado en algunas escasas comedias suyas que han llegado á nuestras manos, parécenos, más que otra cosa, un infelicísimo imitador de Calderón. Es aficionado á los contrastes y á los golpes de efecto, buscando situaciones y tramoya que no nacen de las entrañas del asunto, y su versificación se arrastra lánguidamente, sin que casi nunca haya ni un solo destello de ingenio ni una llamarada de calor.

468. Así estaba el teatro cuando apareció D. Leandro Fernández de Moratín.

D. Leandro Fernández de Moratín, hijo de D. Nicolás, nació en Madrid en 1760. Después de estudiar las primeras letras, fué oficial de joyería; pero sintiendo vocación á la literatura, trabajaba en componer versos, y en 1779 obtuvo un accésit de la Academia en un certamen *Sobre la toma de Granada*, y poco después otro por una sátira contra los vicios introducidos en la lengua. Fué á París, como secretario del conde de Cabarrús, en 1787, volviendo al año siguiente á Madrid, y escribiendo por entonces *El viejo y la niña* y *La derrota de los pedantes*. Vivía pobremente; pero luego obtuvo un beneficio eclesiástico, sin ser más que tonsurado. Después estuvo en Francia y en Inglaterra, protegido por el príncipe de la Paz, regresando á España en 1796, y obteniendo el cargo de secretario de la interpretación de lenguas. Luego, en 1808, perteneció á los afrancesados, conservando su empleo, y nombrándole José Bonaparte bibliotecario mayor. Retirados los franceses de Madrid, Moratín tuvo que salir de España, y vivió en Montpeller y París, aunque en 1820 volvió á su patria. Regresó, sin embargo, á Francia, y vivió en Bordeaux con su amigo Silvela, y murió en París el 21 de Junio de 1828, siendo enterrado en el cementerio del P. Lachaise.

D. Leandro Moratín escribió poesías sueltas que no sobresalen mucho del nivel general: las mejores son, la *Sátira contra los vicios del lenguaje*, en que se burla del estilo campanudo y encrespado de algunos poetas, y especialmente de Quintana: la *Sátira á Andrés*, la *Elegía á las musas*,

y el himno religioso *Los Padres del Limbo;* sus epigramas también son buenos y muy conocidos los que empiezan: *En un cartelón leí; — Cayó á silbidos mi Filomena; — Pobre Geroncio, á mi ver; — Geroncio, á los botarates; — Tu crítica majadera.* Aparte de algunos trabajos didácticos y satíricos del autor, como *La derrota de los pedantes,* que es una sátira en prosa contra los malos escritores, y sus excelentes trabajos sobre los orígenes del teatro español, en que compendia noticias y argumentos de 169 composiciones dramáticas anteriores á Lope de Vega, la importancia de Moratín estriba en sus producciones dramáticas, las cuales son del género cómico. Hacia 1790 y 1792 se representaron las primeras, *El viejo y la niña* y *El café.* En 1803 se representaron las zarzuelas *El Barón* y *La Mojigata,* y en 1806 *El sí de las niñas,* que es su obra más célebre. *El viejo y la niña* es una comedia de carácter y de intención moral: presenta en ella un viejo que intenta casarse con una joven; pero se ve abandonado, y reconoce que la muchacha hace muy bien en abandonarle. Es obra muy bien versificada, pero sin animación ni movimiento. Mucho mejor es *El Café,* sátira literaria en prosa, en dos actos, en la cual critica con mucha gracia á los malos autores dramáticos. Los tipos representados en *El Café,* especialmente el del infeliz poeta que escribe desatinos para ganarse la vida, y el pedantón de D. Hermógenes, que se ha hecho proverbial en la literatura española, están hechos de mano maestra; y aunque la acción es sumamente sencilla, tiene grande interés por la verdad de los personajes y la viveza, facilidad y gracia del diálogo.

He aquí una pequeña muestra del diálogo del acto segundo, escena primera, en que D. Hermógenes hace el amor cultamente á Doña Mariquita, que no le entiende, por lo cual se desespera Doña Agustina, muy apegada al cultismo:

D. Herm. ....Ese hermoso pedazo de cielo me tiene á mí impaciente hasta que se verifique el suspirado consorcio.

Doña Mar. ¡Suspirado, sí, suspirado! ¡Quién le creerá á V.!

D. Herm. Pues ¿quién ama tan de veras como yo? ¿Cuándo ni Píramo, ni Marco Antonio, ni los Ptolomeos egipcios, ni

todos los Seléucidas de Asiria sintieron jamás un amor comparado al mío?

DOÑA AGUST. ¡Discreta hipérbole! Viva, viva. Respóndele, bruto.

DOÑA MAR. ¿Qué he de responder, señora, si no le he entendido una palabra?

DOÑA AGUST. ¡Me desespera!

DOÑA MAR. Pues digo bien. ¿Qué sé yo quién son esas gentes de quién está hablando? Mire V., para decirme: Mariquita, yo estoy deseando que nos casemos; así que su hermano de V. coja esos cuartos, verá V. cómo todo se dispone; porque la quiero á V. mucho, y es V. muy guapa muchacha, y tiene V. unos ojos muy peregrinos, y.... ¿qué sé yo? Así. Las cosas que dicen los hombres.

DOÑA AGUST. Sí, los hombres ignorantes, que no tienen crianza, ni talento, ni saben latín.

DOÑA MAR. ¡Pues latín! Maldito sea el latín. Cuando le pregunto cualquiera friolera, casi siempre me responde en latín; y para decir que se quiere casar conmigo, me cita tantos autores.... Mire V. que entenderán los autores de eso, ni qué les importará á ellos que nosotros nos casemos ó no.

DOÑA AGUST. ¡Qué ignorancia! Vaya, D. Hermógenes; lo que le he dicho á V. Es menester que V. se dedique á instruirla y descortezarla; porque, la verdad, esa estupidez me avergüenza.

....

—*La Mojigata* también es comedia de carácter, y en ella pinta á una joven que engaña á su padre, siendo al fin descubierta y castigada.—La obra, como queda dicho, más famosa de Moratín es *El sí de las niñas.* Está escrita en prosa, guarda las unidades, y la acción es grandemente sencilla. Trátase de una muchacha á quien van á casar con un viejo, teniendo ella amores con un sobrino de éste. El viejo lo averigua, y comprendiendo que es natural lo que ocurre, y siendo él de buenos sentimientos, no quiere hacer la infelicidad de los jóvenes, y contribuye á su casamiento. No puede darse nada más sencillo, ya en el asunto, ya en la acción toda, y en los incidentes, de manera que, por esta parte, *El sí de las niñas* no tiene el interés, ni la vida, ni la animación que las comedias de nuestro antiguo teatro. Lo que hace Moratín es, sin embargo, de

mérito grandísimo, por el partido que saca de la acción, por lo bien que retrata los personajes y por lo correcta y limpiamente que escribe. En este sentido, *El sí de las niñas*, como las otras obras de Moratín, y especialmente *El café*, representa una saludable reacción contra los desvaríos y absurdos que llenaban la escena española, y es justo alabar á este autor, por haber atacado con la palabra y el ejemplo á los malos autores. Pero, reconocido esto, lícito será decir que, á pesar de *El sí de las niñas*, Moratín queda muy inferior á nuestros grandes cómicos del siglo de oro, y que no logró verdadera popularidad en España. El sistema, la manera de escribir, la misma prosa que emplea, la tendencia un tanto didáctica de sus obras, son quizá más francesas que españolas, y basta abrir las comedias moratinianas para ver que su modelo fué Molière. Por lo demás sus comedias son más leídas por los eruditos y los doctos que aplaudidas por el público [1].

469. En cambio, tuvieron desde el principio grande y merecida popularidad los sainetes y piezas cómicas de D. Ramón de la Cruz. Perteneciente á noble familia, nació este ingenio en Madrid en 1731, y murió en 1795. Fué empleado del Gobierno, y dedicado principalmente al teatro, entretuvo agradablemente al público desde 1765 hasta su muerte, ocurrida á fin del siglo. D. Ramón de la Cruz escribió cerca de trescientas producciones escénicas, que llamó *caprichos dramáticos, tragedias burlescas* y *sainetes*. Son los sainetes de D. Ramón de la Cruz piececitas satíricas, que retratan fielmente las costumbres de las clases populares de Madrid, aunque intervienen algunas veces personas de la clase media. El mérito estriba en lo donoso de la pintura y en el chiste y movimiento del diálogo, dado que la acción es sumamente sencilla, y en ocasiones muy escasamente dramática. Conocidísimos son muchos de los sainetes de D. Ramón de la Cruz, v. gr., el famoso titulado *La casa de tócame Roque*, *El Rastro por la mañana*, *El calderero y la vecindad*, *Las castañeras picadas*, *El manolo*, y otros. *El manolo* es una trage-

[1] Moratín tradujo el *Hamlet*, de Shakespeare; *La escuela de los maridos* y *El médico á palos*, de Molière.

dia burlesca, en que se exageran las unidades; hay feria, riñas y muertes: el *manolo* y la *verdulera* se matan, y asimismo otras personas también se van muriendo, diciendo que no debe quedar más que una que explique la moralidad de la obra, que es nuestra costumbre trágica. En el sainete *El café* también defiende la superioridad del teatro español, y en general se inspira en nuestros antiguos poetas cómicos, dejando la imitación extranjera. Algunas traducciones é imitaciones hizo en clásico, como *La Clementina;* pero esta fué excepción, viéndose siempre en D. Ramón de la Cruz el feliz imitador de las sales de Tirso y de Cervantes. Así es que sus sainetes son lo mejor que en su género hay en castellano, sobrepujando á los del Príncipe de nuestros ingenios; y si no los afeara alguna excesiva libertad de lenguaje, en ocasiones, podrían citarse muchos de ellos como verdaderos modelos. En *El tonto Alcalde discreto*, que citamos como muestra del estilo de D. Ramón de la Cruz, pinta una viuda que quiere pasar por pobre, aunque todo el pueblo sospecha que su marido dejó un capital. Preséntase un oficial sobrino del marido á reclamar su parte en la herencia, y la viuda viene á quejarse de ello, y dice:

«Á pedir amparo vengo
De una injusticia notoria.
ALCALDE. ¿Y cuál es?
VIUDA. Que el heredero
De mi difunto marido,
Dicen que está aquí pidiendo
Lo que no dejó el difunto;
Y es preciso que este exceso
Se le castigue, llevando
Hacia allá algún escarmiento
Que le obligue á no volver.
¡Ah, quién me dijera esto
Á mí, después que su tío
Disipó cinco mil pesos
Que traje de dote!
ALCALDE. ¿Y vos
No pudísteis contenerlo?
Á las mujeres prudentes,

Como vos, no faltan medios
De impedir que sus maridos
Hagan tales desarreglos.

VIUDA. Es verdad; pero los hombres
Obran siempre como dueños,
Y más viéndose queridos,
Como él, que era el espejo
Solo en que yo me miraba.

ALCALDE. ¿Y nada quedó?

VIUDA. Os protesto,
Que ni aquello más preciso
Á mis cortos alimentos.

ALCALDE. ¿Pero en qué lo gastó?

VIUDA. Él,
señor Alcalde, era bueno:
Pero como el pobrecito
Era tonto y avariento,
Dió en ser químico, tratando
Con unos hombres perversos,
Que se llevaron el oro
Y nos dejaron el hierro.

ASESOR. Pues, señora, descansad,
Y dejad que el heredero
Pida y acepte, que así
Le obligaréis al reintegro
De vuestra dote.

VIUDA. Eso pido.

ESCRIBANO. Pues meted un pedimento,
Y se le dará traslado.

ALCALDE. Eso era largo, y yo quiero
Los pleitos breves. ¡Qué tos
Me da! *(Tose.)*

TODOS. ¿Cómo?

(Alborotan y tocan á fuego.)

ALGUACIL. *(Dentro.)* ¡Fuego! ¡Fuego!

(Se levantan todos.)

VIUDA. ¡Ay, Jesús!

ALCALDE. ¿Dónde será?

ASESOR. Vamos allá.

ALGUACIL. *(Sale.)* ¡Fuego, fuego!
¡Señores! toda la casa

De la tahona está ardiendo
Por la parte que confina
Con la que fué de don Diego
Segundo, que Dios perdone,

VIUDA. ¡Ay, San Antón, yo te ofrezco
Cien Misas! ¡Yo estoy perdida!

ALCALDE. Sosegaos, que acudiremos
Todos.

VIUDA. Ya estará enterrado,
Ó robado. ¡Ay, mi dinero
De mi alma! ¡Desgraciada
Mujer!

ESCRIBANO. ¿Queréis que os salvemos
Algo?

VIUDA. Diamantes, papeles,
La plata; y en un puchero
Quinientos doblones de á ocho,
Como quinientos luceros
Matutinos; dos calcetas
De oro falto, y el talego
De escuditos; ya estará
La pared maestra en el suelo,
Adonde estaba escondido.
¡Yo estoy perdida! San Pedro
Cien Misas, y por las almas
Del purgatorio otras ciento.

ALCALDE. Sosegaos.

VIUDA. ¿Cómo es posible
Con más de treinta mil pesos
Perdidos?

ALCALDE. Este oficial
Y yo los encontraremos.

TODOS. Vamos al socorro.

ALCALDE. Fuf.
¡De un soplo apagué el incendio!
Di que dejen de tocar.

ALGUACIL. Ya la señal les he hecho. *(Para el toque.)*

ASESOR. ¿Estáis loco?

ALCALDE. Asómense,
Y verán que no hay tal fuego.

VIUDA. ¡Ay de mí!

ALCALDE. Reconoced
Vuestro sobrino.
VIUDA. ¿Qué es esto?
¿Dónde me he metido yo?
ALCALDE. Donde os saquen del infierno.
OFICIAL. Y nada perdáis, segura
Que se guardará el secreto.
VIUDA. Yo con el susto no sé
Lo que me dije, ni pienso
Que hay la mitad.
OFICIAL. En contando
Lo que haya, partiremos.»

Así en casi todos los sainetes hay escenas animadas y entretenidas y, en cuanto lo permite la pequeñez de la obra, los caracteres suelen estar bien delineados, y no habría sino extender un poco el argumento y desarrollarle para que resultase una chistosa comedia.

470. Otro sainetista de la escuela de D. Ramón de la Cruz es D. Juan Ignacio González del Castillo, autor de muchos sainetes, como *El fin del pavo*, *La casa de vecindad*, *El gato*, *Los zapatos*, etc., que tienen también mucha gracia, aunque no están á la altura de los de D. Ramón de la Cruz.

Así llegamos, pues, al siglo XIX, sin que el teatro español volviera á dar señales de vida desde la muerte de Calderón, porque ni las pocas comedias de Moratín, ni las tragedias clásicas de Quintana, que son las mejores del siglo XVIII, constituyen propiamente verdadero teatro nacional, siendo por sus cualidades excepción en el fárrago inmenso de imitaciones ó extravagancias, pero nada más; dado que ni unos ni otros formaron escuela, ni respondían á las aspiraciones y á los sentimientos del pueblo español. Fué menester que viniese la reacción romántica contra los abusos y tiranías del clasicismo francés, para que nuestro teatro volviese á tener vida y florecimiento, como en efecto los tuvo en el siglo XIX, abundante en grandes ingenios dramáticos.

LECCION LXIX

LA NOVELA.

471. Principales novelistas: Montengón; carácter y juicio de sus novelas.—472. El P. Isla: su *Fray Gerundio*.—473. Noticia de otros novelistas.—474. Escritores satíricos: Villarroel, Cadalso, Moratín.

471. La novela tiene escasos cultivadores en el siglo XVIII, aunque no son tan pocos como generalmente se cree; debiéndose esta equivocada opinión á que realmente no hay novelistas de verdadero mérito, y, sobre todo, no hay ninguno que pueda competir con los grandes maestros de las centurias anteriores. Uno de los más notables en el siglo XVIII, muy poco citado y menos conocido, es el Jesuíta P. Montengón, autor de cuatro novelas, que más bien parecen poemas épicos en prosa. Dos de ellas, el *Eusebio* y la *Eudoxia*, son verdaderas novelas didácticas: el *Eusebio* es una imitación del *Telémaco* y un libro de educación; y la *Eudoxia* es análoga en la acción y más en el fin, siendo también un libro de educación destinado á las mujeres. De carácter heroico escribió el P. Montengón otras dos novelas, *Rodrigo* y *Antenor*. El primero se refiere al último rey de los godos, asunto nacional muy conocido y muy interesante, que había dado lugar á multitud de leyendas y tradiciones; y por esto, y por tratar del gran desastre del Imperio visigodo, y de la invasión de los árabes, el novelista tuvo ocasión para escribir con calor y hacer algunos cuadros interesantes y dramáticos. El *Antenor*, por el contrario, se refiere á la fundación de Padua por los troyanos, asunto enteramente extraño y clásico, y en el cual, ni la acción, ni las ideas, ni los sentimientos de los personajes podían herir muy profundamente la imaginación ni el sentimiento

de los españoles; y, como es natural, resulta una obra fría y pálida. Tal es el carácter general de las novelas de Montengón, á quien un docto crítico [1] considera el primer novelista del siglo pasado. Exacto es este juicio, si atendemos meramente á la forma y á las cualidades puramente literarias del lenguaje y del estilo que en el P. Montengón es fácil y correcto; pero mirando á la trama y á la acción de la novela, considerando que es un género verdaderamente dramático, espejo de la vida humana, cuyas luchas y pasiones ha de pintar con viveza y colorido, entonces no puede decirse que Montengón sea el primer novelista, ni aun de aquella centuria que tan pocos produjo.

472. Esta gloria le corresponde á un hermano suyo en religión: al famoso padre Isla, autor del *Fray Gerundio.* El P. Isla (José Francisco) nació en 1703 en Vidanes, cerca de Valderas, y á esta población consideró patria suya por haberse establecido allí sus padres. Á los diez y seis años de edad entró en la Compañía de Jesús, estudiando luego en Salamanca y siendo después catedrático en Segovia, Santiago y Pamplona. Grande era su talento, y sus aptitudes extraordinarias; y fué célebre predicador, procurando con el ejemplo corregir los vicios que se habían introducido en la oratoria sagrada. Desterrados los Jesuítas en 1767, por orden misteriosa y violenta de Carlos III, el P. Isla, enfermo y viejo, se empeñó en seguir á sus hermanos, logrando, después de varias tentativas y detenciones, desembarcar en Carbet (Córcega); y de allí fué á Bolonia, donde estuvo preso diez y nueve días por Mavezzi. Disuelta la Compañía, vivió en Bolonia muy querido y respetado, y allí murió en 2 de Noviembre de 1781.

La obra más notable del P. Isla es la novela titulada *Fray Gerundio de Campazas,* que se ha llamado el *Quijote de los malos predicadores.* Si como novela tiene escasa inventiva, no mucha acción, ni gran riqueza de caracteres, como crítica de los malos oradores sagrados es un libro de grandes méritos, que ha hecho famoso el nombre del P. Isla. *Fray Gerundio* tuvo extraordinario éxito, y fué en seguida tra-

[1] D. Gumersindo Laverde.

ducido á varios idiomas. El primer tomo se publicó en 1758; los otros á veces eran prohibidos, y los malos predicadores trabajaban con empeño contra la obra y contra su autor. Siendo demasiado extensa, y pecando también de monótona, puesto que toda la acción se reduce á contar las aventuras de un predicador detestable, no podía dar lugar á la riqueza y variedad de incidentes del *Quijote*, á quien se propuso evidentemente imitar el P. Isla. El resultado, sin embargo, correspondió á su intento, y los predicadores culteranos ó excesivamente prosaicos fueron desapareciendo del púlpito. El P. Isla es desigual, habiendo en su libro muchos pasajes escritos con gran chiste y donaire, y otros que no tienen estas condiciones. Llega también, á veces, la caricatura á lo excesivamente grotesco, y el lenguaje no es tampoco castizo ni elegante, distinguiéndose, por tanto, el P. Isla, más por su agudeza y discreción que por sus condiciones de verdadero novelista [1].

Del capítulo II del *Fray Gerundio* es este párrafo, en donde

[1] Á consecuencia del *Fray Gerundio* hubo muchas polémicas, y se escribieron discursos y cartas en contra por el P. Aravaca y otros, y un folleto titulado los *Aldeanos críticos*.—Del P. Isla hay otras varias obras, v. gr., *La juventud triunfante*, descripción en prosa y verso de las fiestas en Salamanca por la canonización de San Luis Gonzaga y San Estanislao; *Las cartas de Juan de la Encina*, pseudónimo con que escribía contra el libro del cirujano Carmona, y *Las cuestiones que había habido acerca de la curación de unos sabañones á la hija del Regidor de Segovia*, se suponen escritas en Fresnal del Palo; *Día grande de Navarra*, primera obra que publicó el P. Isla con su nombre en 1746; *Larga descripción de las fiestas celebradas en Pamplona por el advenimiento de Fernando VI; Felicísimo cristiano sobre la fe y la Pasión de Cristo*, que es un buen libro de meditación; *Sermones* que se publicaron en 1792 en seis tomos que contienen ochenta y siete discursos sagrados; muchos de ellos son malos, y muestran que no siempre fué el Padre Isla adversario del mal gusto; y, por último, *Cartas familiares*, que fueron publicadas por su hermana doña María Francisca. La primera parte tiene 316, la segunda 139, más 44 que se han encontrado después. Son verdaderos modelos del género y sentimientos familiares las escritas á su hermana sobre todo, que son muchas y muy bellas, y el P. Isla escribe con gracia, sencillez, naturalidad y buen lenguaje y estilo. También hizo varias traducciones, como el *Compendio de la historia de España*, *El año cristiano* y el *Gil Blas de Santillana*.

se cuenta el provecho que el buen Fr. Gerundio sacaba de los estudios de filosofía:

«Por la palabra *sustancia*, en su vida entendió otra cosa más que el caldo de gallina, por cuanto siempre había oído á su madre, cuando había enfermo en casa: «Voy á darle una sustancia.» Y así se halló el hombre más confuso del mundo el año que estudió la física. Tocándole argüir á la cuestión que pregunta «si la sustancia es inmediatamente operativa», su lector defendía que no, y Fr. Gerundio perdía los estribos de la razón y de la paciencia, pareciéndole que esto era el mayor disparate que podía defenderse, pues era claramente contra la experiencia, y á él se le había ofrecido un argumento, á su modo de entender, demostrativo, que convenía concluyentemente lo contrario. Fuese, pues, al General muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera: El caldo de gallina es verdadera sustancia; *sed sic est*, que el caldo de gallina es inmediatamente operativo, luego la sustancia es inmediatamente operativa. Negáronle la menor, y probóla así»... *etc., etc.*

473. Como queda insinuado, otros autores cultivaron la novela, aunque con escaso éxito: v. gr., Mor de Fuentes, autor de *La Serafina;* Francisco Gutiérrez de Vega, de una novela titulada *Los enredos de un lugar*, obra estimable de carácter satírico, publicada en 1778, y en que se describen las hazañas del abogado de Conchuela, el escribano Tarugo y otros personajes. También D. Manuel José Martín, en 1780, publicó una colección de novelas históricas, titulándolas *Historias religiosas y profanas*, en las cuales expone en forma dramática la vida de algunos personajes ilustres del Antiguo Testamento y de la Historia profana, v. gr., David: Ester, el conde Fernán González, etc., etc.

474. En cuanto á las obras de D. José Cadalso, que algunos consideran novelas, no pertenecen propiamente á este género, ni tampoco las de Torres Villarroel, que escribió los *Sueños* y *El ermitaño y Torres*, conversaciones muy ingeniosas, físico-médicas y químicas, que pueden considerarse, en cierto modo, como preludio de las obras de Julio Verne.

D. José Cadalso escribió, además de las poesías mencionadas en otro lugar, dos obras satíricas en prosa, de carácter novelesco, intituladas *Los eruditos á la violeta* y *Cartas ma-*

rruecas. La primera, que es la más conocida, forma una especie de novela, en la cual se burla de los conocimientos superficiales, dando lecciones burlescas para aprender una ciencia en cada día. Se ha dicho, con razón, que el autor incurre en el mismo vicio que censura, porque no tienen, en efecto, gran profundidad sus observaciones y conocimientos. En las *Cartas marruecas* se propuso satirizar las costumbres de su tiempo y refutar los errores en que había incurrido Montesquieu al hablar de España en sus *Cartas persas.* La obra de Cadalso es una correspondencia (noventa cartas) entre el moro Gazel, que recorre España, y escribe á Aben-Buley, que vive en África, interviniendo éste y un acompañante de Gazel, que se llamó Nuño Núñez. No dejan de tener agudeza y donaire las sátiras de Cadalso, al hablar de ciertos asuntos, como los usos en bodas, visitas y cumplimientos. Menos graciosos tiene otros puntos, como al hablar de las mesas de los ricos y de los nobles. En cuanto al estilo y lenguaje, se distingue por su sencillez y corrección, teniendo gran viveza en ocasiones.

D. Leandro Moratín, además de sus sátiras en verso, escribió en prosa *La derrota de los pedantes,* enderezada contra los malos escritores, á quienes supone reñir ruda batalla para escalar el Parnaso, alborotando á Apolo y las Musas. Es una sátira digna de su autor. He aquí, para muestra, cómo se expresa Apolo:

«Pero, ¿qué especie de fatalidad domina hoy en la literatura española? ¿Por qué los que debían escribir callan, cuando aun los que no saben leer escriben? Qué, ¿tan grande será la tiranía de la ignorancia, tan común será ya la superfluidad y el pedantismo, que no se atreven los que lloran en silencio esta general corrupción á declamar altamente contra ella? ¿Se verá siempre salir de las escuelas esa juventud determinada, que, habiendo recibido apenas unas ideas escasas de buen gusto y sana doctrina, no hallando proporción para seguir una de las carreras en que el mérito se corona, y desdeñando los ejercicios útiles, se abandona, instigada de la necesidad, á tratar materias científicas que enteramente desconoce? ¿Vacilaréis siempre entre las contradicciones más absurdas, queriendo sostener, por una parte, que la cultura nacional nada necesita mendigar de los extranjeros, probando

con sofismas y comparaciones injustas, y sacando consecuencias nacidas de la más crasa ignorancia ó de la más frenética parcialidad, cuando, por otra parte, no hay apenas libro inútil, dañoso ó ridículo en las otras lenguas que no traduzcáis á la vuestra, dejando en su original las obras útiles que no os atrevéis á tocar, porque habéis reducido todas las ciencias á una superficie engañosa, sin profundidad ni solidez?....»

LECCION LXX

LA DIDÁCTICA.

475. Escritores didácticos: Feijóo; su *Teatro crítico* y sus *Cartas eruditas.*—476. Sarmiento, Arteaga, Hervás y Panduro, Mayans y otros. —477. *La Historia:* El P. Flórez; sus continuadores.—478. El marqués de San Felipe, Ferreras, Muñoz y Masdeu.—479. Apologistas: El P. Ceballos; su *Falsa filosofía.*—480. Noticia de otros escritores didácticos.

475. Escritores didácticos hay muchos en el siglo XVIII, y algunos muy notables, si no como escritores elegantes, como críticos y eruditos. El más conocido de todos es el famoso Padre Feijóo (Benito Jerónimo). Nació en 1676 en Casa de Mira (Orense), y á los catorce años tomó el hábito benedictino. Estudió en su país y en Salamanca, y en 1709 fué *Lector* en el colegio de San Vicente de Oviedo, obteniendo poco después la cátedra de Teología y la de Prima, de que se jubiló en 1739. Murió en 1764. El P. Feijóo ha sido tratado de múy diverso modo; ya en su vida tuvo muchos impugnadores, entre otros el P. Sotomarne y D. Salvador José Bayer, que publicó el *Anfiteatro crítico* contra su principal obra. Otros hicieron insinuaciones parciales de puntos por él tratados, v. gr., Raimundo Lulio, en quien el sabio Benedictino encontró escasos méritos; pero también tuvo apologistas, como su discípulo el P. Sarmiento, que escribió *La demostración del Teatro crítico,* y el P. Isla, que asimismo le defendió. El rey Fernando VI le nombró consejero en 1748, y Benedicto XIV le estimaba

también muchísimo. Modernamente, desde la célebre frase de que se debía levantar una estatua á Feijóo y quemar al pie todos sus escritos, tiene Feijóo escaso crédito entre mucha gente que quizá no ha leído sus obras; y es, por el contrario, defendido con ahinco por sus conterráneos, que le consideran un hombre verdaderamente superior. Quizá entre los dos extremos está, como sucede muchas veces, la verdad. Las dos obras del P. Feijóo son el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas;* el *Teatro crítico* empezó á publicarse en 1726, en que salió á luz el primer tomo, y el octavo y último se imprimió en 1739; y entonces empezó á escribir las *Cartas eruditas,* que se publicaron en cinco tomos, el último en 1740.

El *Teatro crítico* es una numerosa colección de 118 tratados y discursos sobre distintos puntos de ciencias y artes, abarcando la moral, la historia, la medicina, la astronomía, la música, la historia natural, la física, la literatura, etc. Las *Cartas eruditas* son 163, que forman verdaderos tratados didácticos y críticos análogos á los anteriores; y, considerando el atraso en que estaban las ciencias físicas y naturales, el olvido en que habían caído los grandes humanistas y los escritores de nuestro siglo de oro, no puede negarse que Feijóo era un hombre muy superior á lo general de su tiempo, y que tenía grande amplitud de conocimientos y miras elevadas. Cierto es que en las ciencias naturales está atrasado respecto de nuestra época, como no podía menos de suceder, y admite algunos errores y vulgaridades; pero, aunque incurriendo en estos deslices, trata de desterrar la ignorancia y las supersticiones de los saludadores, duendes, brujas, dias aciagos, etc., y algunos tratados, como el de la *Música* en los templos, las romerías, las virtudes aparentes, las limonas indiscretas y otros muchos, son muy dignos de estimación. En historia, especialmente en la de España, se muestra muy erudito y con no escaso sentido crítico; y en filosofía moral y en fisiología combate con acierto muchos errores que aun modernamente proclaman las escuelas positivistas y materialistas, defendiendo la libertad y responsabilidad humana contra los que entienden que todas las acciones del hombre dependen de su

constitución física. En cuanto al estilo y lenguaje, no hay cosa que alabar en el P. Feijóo: parece que se ha olvidado ya la limpia y castiza lengua de los Granadas y Leones. En el Padre Feijóo abundan extraordinariamente los latinismos, y más todavía los galicismos. Esto, unido á la excesiva erudición y exceso de textos latinos, hace poco agradable la lectura de sus escritos.

476. Discípulo, amigo y defensor del P. Feijóo fué el P. Sarmiento, autor de unas *Memorias de la historia de la poesía y de los poetas españoles,* que son un trabajo muy notable y ciertamente lo mejor que, en su género, produjo la pasada centuria. Respecto de nuestro tiempo, resulta un tanto incompleto y confuso, habiendo puesto en claro la erudición moderna muchos puntos en que el P. Sarmiento no tenía datos bastantes para formar juicios definitivos. Sea como quiera, y perdonándole su excesivo amor á las cosas de Galicia, aun hoy se leen con interés y provecho las *Memorias,* llenas de datos curiosos, de notas, de observaciones y de noticias de grande variedad, ya relativas á la lengua, á los versos, á las reformas, á la misma paleografía y aun á los bailes españoles.

También deben citarse aquí, entre las obras de crítica y de literatura, *Las investigaciones filosóficas sobre la belleza ideal,* del P. Esteban Arteaga, que es el tratado estético más completo que se publicó en España en el siglo XVIII. Parte de la existencia de lo bello; lo examina, y llega, por inducción, á concebir y estudiar la belleza ideal, aplicándola á las artes, y muestra las ventajas de la imitación ideal sobre la servil. No tiene, sin embargo, este libro gran profundidad ni grande altura de miras, pues juzga que la perfección del arte consiste, más que en cosa alguna, en el triunfo de las dificultades materiales. Por esto, sin duda, y por lo seco del estilo, la obra del P. Arteaga, aunque estimable, es poco leída.

Mayores elogios merecen otros Jesuítas, como el P. Lorenzo Hervás y Panduro, que, entre otras notables producciones, escribió el famoso *Catálogo de las lenguas,* por el cual puede, con justicia, llamarse iniciador de la *Filología comparada,* ya que es el primero que, estudiando las voces de distintos

idiomas, hizo notar el parentesco que existe entre muchas, á la vista superficial desemejantes, y que las lenguas europeas proceden de las antiguas indias: verdades que confirma plenamente la moderna filología.

D. Gregorio Mayans y Siscar es otro publicista que no puede pasar en silencio. Ya en 1757 publicó una *Retórica*, en que sigue á Quintiliano con preferencia á los críticos franceses, lo cual no deja de ser un adelanto en aquella época. Además, escribió *Ensayos oratorios*, *El orador cristiano*, *Sobre la elocuencia española*, y un notable discurso al frente de la *República literaria* de Saavedra Fajardo. Mayans prestó, por otra parte, grandes servicios á la cultura española, escribiendo varias biografías de hombres ilustres, entre las cuales descuellan la del insigne D. Antonio Agustín, y publicando obras y documentos inéditos, como *El diálogo de la lengua*, de Juan de Valdés [1].

Otros muchos críticos y eruditos produjo el siglo XVIII, algunos de gran valía, como el erudito Pérez Bayer, ánotador de la biblioteca de D. Nicolás Antonio, y autor de unas muy estimables *Antigüedades de España*. D. Ramón Floranes, que escribió la *Vida de Pero López de Ayala* y otras obras de carácter histórico y crítico, llenas de erudición de buena ley; y Capmany, cuyas obras, *El teatro crítico de la elocuencia en España* y *La filosofía de la elocuencia*, serán siempre consultadas con provecho.

477. La historia en el siglo XVIII no ofrece los méritos literarios que en las anteriores centurias; pero hay un hombre extraordinario, que él sólo vale por muchos historiadores: hablamos del insigne Agustino Fr. Enrique Flórez, autor de *La*

[1] Por aquella época escriben Sempere y Guarinos una *Biblioteca de escritores del reinado de Carlos III*, y los hermanos Pedro y Rafael Mohedano una *Historia literaria de España*, que por lo desmedido del plan no pudo llegar á feliz término, publicando diez volúmenes, y, con todo eso, se quedó en Séneca. Sedano publicaba una colección de poesías españolas con el título de *Parnaso español*, y D. Tomás Antonio Sánchez la *Colección de poetas castellanos antiguos*. Rodríguez de Castro su *Biblioteca española*, en dos tomos, comprendiendo el primero escritores rabínicos, y el segundo escritores hasta el fin del siglo XIII.

España sagrada, monumento colosal de erudición y de crítica, que parece imposible sea obra de un sólo hombre, por más que le ayudasen sus hermanos y compañeros. Con ocasión de hablar de la Iglesia de España, el P. Flórez lo abarca todo, y dando el catálogo de los Obispos, escribiendo acerca de los Concilios que hubo, de los errores ó herejías y de los propugnadores de la fe, se muestra infatigable descubridor de nuestras antigüedades, desterrando preocupaciones, reivindicando glorias negadas ó usurpadas, publicando muchos documentos de toda especie, poéticos, críticos, históricos, que hacen de *La España sagrada* un arsenal incomparable de erudición. La obra del P. Flórez, en este sentido, sólo merece entusiastas alabanzas, que no le hacen desmerecer los defectos de lenguaje y de estilo [1]; *La España sagrada* fué continuada por los PP. Risco y La Canal; y suprimidas las Órdenes religiosas, la Academia de la Historia se encargó de su continuación, habiéndose publicado por sus trabajos algunos tomos recientemente [2].

478. La historia profana no tuvo cultivadores de esta importancia. Ya á principios del siglo XVIII, el marqués de San Felipe publicó, en 1729, sus *Comentarios á la guerra de sucesión*, y Ferreras una *Historia de España;* ninguna de ellas puede competir con las producciones históricas de los siglos anteriores, cuya tradición reanuda D. Juan Bautista Muñoz [3], autor de una *Historia del Nuevo mundo*, de que no se publicó sino un tomo en 1793.

[1] Escribió además el P. Flórez una interesante *Clave historial*, *Medallas de las colonias, municipios y pueblos de España* y *Memorias de las reinas católicas.*

[2] *La España sagrada* se empezó á publicar en 1744. El P. Flórez publicó ventisiete tomos hasta 1772, y dejó manuscritos el XXVIII y el XXIX. El P. Risco continuó hasta el tomo XLII. Los PP. Merino y La Canal, los XLIII y XLIV, y La Canal sólo el XLV y XLVI, y Sáinz de Baranda publicó el XLVII.

[3] D. Juan Bautista Muñoz era natural de Muceros (Valencia), en donde nació en 11 de Junio de 1745; fué arcediano de Chinchilla y catedrático de Filosofía en la Universidad de Valencia, nombrado más tarde por Carlos III cosmógrafo mayor y secretario de los asuntos de Indias: murió en 1799.

Notabilísimo trabajo de erudición es la *Historia crítica de España*, del Jesuíta Masdeu, empezada á publicar en 1783. Aunque no se acepten todos sus juicios, que suelen pecar de exagerados y sistemáticos, y aunque el estilo se resiente de oratorio y declamador, nadie negará á Masdeu un gran talento y un saber inmenso, por medio del cual puede decirse que en muchos puntos agotó la materia, llevando su espíritu investigador á todas las épocas, y muy especialmente á muchos períodos obscuros de la Edad Media, que logra poner en clara luz.

479. La apología cristiana, que era necesaria enfrente del enciclopedismo francés, tan difundido en nuestra patria, tuvo muy notables representantes, siendo el principal el Jerónimo Fr. Fernando de Ceballos Mier [1]. Entre las muchas obras que escribió, es más notable y conocida la que tituló *La falsa filosofía, crimen de Estado*. De esta obra se publicaron seis tomos en España, en 1774; pero las intrigas de los volterianos de aquende y allende el Pirineo, impidieron que la publicación continuase, y con grande esfuerzo y trabajo logró el autor publicar otro tomo en Portugal. Y así y todo, falta mucho para la obra, que, según el manuscrito que se halló en el convento de San Isidro del Campo, había de tener once volúmenes. El P. Ceballos se propuso en ella combatir toda clase de errores y estudiar las filosofías antiguas de Demócrito y Epicuro, las herejías de todos los siglos, y especialmente el protestantismo y el enciclopedismo francés, demostrando, contra todos ellos, la existencia de Dios, la creación del mundo y las verdades de la Religión cristiana. En la segunda parte, hace ver que sin religión no hay leyes verdaderas, ni justicia, ni orden, ni paz en los pueblos; y este era el fin á que encaminaba todo su trabajo, para que el pueblo y los Reyes viesen el término adonde le conducían las doctrinas reinantes. Y fué, en efecto,

[1] Nació en Estepa (provincia de Cádiz) el 9 de Septiembre de 1732, y estudió y se graduó en la Universidad de Sevilla. Después de hacer unas oposiciones profesó en San Isidro del Campo en 1758. Espejo de religiosos, fué sobremanera honrado en su Orden, que contra la costumbre y leyes escritas, le hizo prior á los diez años de profesión. Murió en 1802.

profeta; pues poco tiempo después estallaba la Revolución francesa, y se extendía y cundía á toda Europa.—Otro libro más breve, pero también muy digno de estimación del P. Ceballos, es el titulado *Insania* ó *Las demencias de los filósofos confundidos por la sabiduría de la Cruz;* es este precioso tratado una cumplida apología del Cristianismo. Empieza por poner de manifiesto el carácter de la persecución que entonces sufría la doctrina cristiana, explicando en qué consiste la verdadera locura de la cruz y la ignorancia de que se acusaba á los creyentes, para hacer ver que los filósofos incrédulos son los que siembran errores y supersticiones. Habla de los principales misterios, para mostrar que no son contrarios, sino superiores á la razón, y que los mismos filósofos no pueden desconocer que hay misterios en todas las cosas, y sin motivo rechazan por misteriosas las verdades de la Religión. Este libro está escrito en forma de cartas entre *Sofía* y *Demócrito,* su padre, el cual la enseña todo lo que importa saber para que tenga fe viva, y comprende la razón en que se apoya, intercalando en dichas cartas las conversaciones que Demócrito tuvo con un filósofo que le proponía dificultades. El P. Ceballos no es un escritor tan elegante y correcto como los grandes maestros del siglo XVI; pero su dicción es castiza, su estilo lleno de sencillez, sin dejar de tener calor y movimiento, y en ocasiones verdadera elocuencia: habla siempre con naturalidad, movido por convencimiento íntimo, y esto, unido á lo atinado de sus reflexiones y á su abundante y nunca enojosa erudición, hace que el libro se lea con tanto agrado como utilidad, sin que molesten las frases familiares que emplea algunas veces.

He aquí un trozo de la carta X, hablando de los misterios:

«En cuanto á vuestra primera duda, puedo aseguraros que cuantos objetos se propone entender la filosofía, son otros tantos misterios. ¿De cuál parte de la naturaleza tiene el filósofo ideas claras? La más mínima parte de la materia es un misterio cerrado. ¡Cuántas dudas y cuántas tinieblas ocultan su indivisibilidad, su atracción, su extensión, su impenetrabilidad, etc.! Todas estas ideas nos son arcanas. Pues si la materia, y esto que se deja tocar de los sentidos, es un perpetuo misterio

para el filósofo, ¿que será la región de los epíritus? ¿No son otros tantos misterios los principios de todas las cosas? ¿No lo son también las causas finales ó los designios que tuvo el Criador en formarlas? ¿Es pequeño misterio el hombre para sí mismo? ¿Tan conocido tiene el principio de sus movimientos y acciones? ¿Conoce aún su mismo conocimiento? ¡Oh! Si el filósofo sabe considerar, se perderá en un abismo de misterios que por todas partes le cercan. Dentro de sí; fuera; en el abismo del mar; en lo alto é inmenso del éter; en el aire; en la tierra que pisa; en lo llano y palpable, se confundirá entre misterios que saltan á los ojos si se detiene á considerarlos»[1].

480. No son para olvidados el médico aragonés D. Andrés Piquer y su sobrino y discípulo D. Juan Pablo Forner: el primero autor de una *Filosofía moral*, un *Discurso sobre el mecanismo*, otro *Sobre el uso de la lógica en Teología*, y de varios otros tratados, notables por la sencillez y elegancia de la dicción y del estilo y por la claridad, firmeza y vigor del razonamiento; y el segundo, á quien debemos, entre otros muchos opúsculos y discursos de doctrina y polémica, una brillante *Oración apologética por la España y su mérito literario*. En esta obra, Forner pone de manifiesto, contra los detractores de la cultura española, los grandes merecimientos de nuestros padres, que en su legislación se habían adelantado á todos los demás pueblos; que en la Biblia políglota de Cisneros habían mostrado saber los antiguos idiomas mejor que los más doctos sabios del Renacimiento, y que con Vives, Melchor Cano y otros grandes filósofos y teólogos, habían restaurado las ciencias, la filosofía, el derecho natural y de gentes y otra multitud de disciplinas.

Análogo intento tuvieron varios Jesuítas expulsos, que salieron á la palestra vindicando el honor de España, ultrajada por los historiadores franceses é italianos: Lampillas publicó su *Ensayo apologético*[2]; D. Juan Andrés, su *Origen y progreso de la literatura*[3], verdadero libro enciclopédico, en

[1] La *Insania* fué publicada en 1878 por el Sr. Carbonero y Sol, doctísimo y diligente director de *La Cruz*, y poseedor de la mayor parte de los manuscritos inéditos del P. Ceballos.

[2] *Saggio* (en italiano).

[3] *Origine et progresso d'ogni letteratura*, 1782 á 1799.

que habla eruditamente, y con no escasa crítica, de todas las artes y ciencias, y D. Tomás Serrano, escribió en Ferrara dos elegantes cartas latinas en favor de los autores hispano-latinos, á quienes se culpaba de haber corrompido la literatura romana.

Jovellanos, de quien ya hemos hablado como poeta, es autor de multitud de trabajos en prosa, algunos de méritos relevantes, como el *Tratado teórico práctico de enseñanza,* que ha sido llamado monumento insigne de la pedagogía cristiana, el informe famoso sobre la *Ley Agraria,* y otros muchos [1].

El Dr. D. Vicente Fernández Valcárcel, Fr. José de Castro, D. Eugenio de Olavide y otros varios, escribieron tratados didácticos de carácter religioso. Famoso fué en su tiempo, y muy leído, *El Evangelio en triunfo,* de Olavide, obra más de sentimiento y de imaginación que de razón, y en la cual Olavide, que había sido racionalista, quiso hacer alarde de su conversión y proclamar los motivos de ella. Por eso resulta el libro escrito con calor, con fe y en ocasiones con entusiasmo; pero no tiene Olavide la ciencia del P. Ceballos, y su estilo, además, se resiente de la excesiva educación francesa de su autor [2].

1 Los condes de Cabarrús, Floridablanca y Campomanes, y otros varios políticos y jurisconsultos del reinado de Carlos III, escribieron discursos y tratados que no carecen de mérito literario.

2 El P. Fr. Francisco Alvarado, natural de Marchena, donde nació en 25 de Abril de 1756, y que tomó el hábito de dominico en el convento de San Pablo de Sevilla, empezó á escribir, estando refugiado en Portugal en 1811, con el pseudónimo de *El Filósofo Rancio,* sus famosas *Cartas aristotélicas*, burlándose de los partidarios del eclecticismo.

TERCER PERÍODO

(SIGLO XIX.)

LECCION LXXI

LA POESÍA EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.

481. Estado de Europa al comenzar el siglo XIX.—482. Necesaria transformación del arte.—483. Extensión y dominio del romanticismo en Alemania: sus efectos.—484. Resultados de la invasión francesa en orden á la literatura.—485. Principales poetas de la escuela clásica: Quintana.—486. Gallego.—487. Lista.—488. Martínez de la Rosa.—489. Idem de la romántica: el duque de Rivas.—490. Espronceda.

481. Al finalizar el siglo XVIII se ha verificado una gran transformación en Europa. La filosofía materialista ó escéptica de Inglaterra y Francia, la corrupción de costumbres, los abusos seculares que necesitaban correctivo, las utopías de Rousseau, el espíritu de rebelión, nunca extinguido en el corazón del hombre, todo produjo aquel formidable movimiento que se llamó Revolución francesa. Derrocada la monarquía; muerto en un cadalso el Rey; desterrados ó fugitivos los nobles; persiguida la religión y proclamada la soberanía del pueblo, el cual era víctima de tiranos sangrientos que se perseguían y asesinaban sin cesar unos á otros, la sociedad se conmovió hasta en sus más hondos fundamentos.

En aquellos días tempestuosos, el genio de la guerra paseó su estandarte por todas las naciones, y las campañas de Napoleón llevaron por todas partes el espíritu revolucionario, produciendo al propio tiempo grandes sacudidas de entusiasmo nacional y patriótico, y muy especialmente en España.

Pero España, como los demás pueblos de Europa, sentía el influjo de las nuevas ideas que por doquiera se manifestaban en grandes luchas filosóficas, políticas y religiosas; pues aun logrado el orden material en Francia por la dictadura de Bonaparte, destronado después el César, y restaurada la monarquía antigua, las tendencias revolucionarias no desaparecieron; antes por el contrario, aspiraron á dominar en la sociedad por caminos más lentos pero más seguros. Y como contraste y protesta contra ellas, empieza en Europa una como renovación del antiguo y amortiguado espíritu tradicional y cristiano, chocando con violencia, cada vez mayor, las opuestas corrientes.

482. En esta época de transición y de luchas, cuyas consecuencias tocamos todavía, era forzoso que el clasicismo, hasta entonces imperante en la literatura del siglo XVIII, desapareciera de la escena, por convencional y artificioso, para dar lugar á formas más enérgicas y viriles y más en relación con el estado de los espíritus. En tiempos de relativa paz en los pueblos, cuando la bella literatura tiene mucho de pasatiempo de doctos y ocupación agradable de las clases privilegiadas, se concibe que, aun á costa del sentimiento nacional, prevaleciese el espíritu de imitación; pero desde el momento en que la literatura había de servir de vehículo á las ideas que se disputaban el imperio y trocarse en arma de combate, los convencionalismos y fórmulas retóricas preconizadas en las escuelas tenían que desaparecer forzosamente. En Alemania, como en Inglaterra, en Francia, como en España, se trataba de las más hondas cuestiones que pueden afectar á la humanidad: de la organización social y política de los pueblos, de los intereses de la aristocracia y de las clases populares, que conseguían puestos preeminentes en todas las cosas, y de la influencia religiosa, proclamada ardientemente por unos, mientras que otros aspiraban no menos que á borrar de la tierra el nombre de Cristo. Todo este conjunto de guerras y de anhelos producía gran exaltación en los ánimos, y una viveza antes no conocida en los sentimientos.

483. La renovación de formas literarias había empezado

en Alemania con la escuela romántica que, rechazando por inútil y vana la imitación de los clásicos, no busca ya la perfección artística en la corrección de las formas ni en la resurrección de los antiguos modelos, sino en la viva expresión de los sentimientos y pasiones. Las obras de Schiller y Goethe aspiran, no sólo á producir el deleite estético, sino á influir directamente en la sociedad y en las ideas, atacando muchas veces los más arraigados principios políticos y religiosos. Análoga tendencia representan muchos escritores de Francia y de Inglaterra, y de la misma Italia, en que, bajo las formas de la imitación clásica, se ataca rudamente la Religión y la Monarquía; mientras que hombres como Chateaubriand proclaman la grandeza del ideal cristiano, y otros, como De Maistre, se muestran valerosos campeones del Catolicismo y adversarios terribles del espíritu revolucionario.

484. En España la invasión francesa produjo males sin duda alguna; pero también contribuyó á vigorizar nuestro anémico cuerpo social, suscitando el espíritu religioso y patriótico, que obró maravillas y al cual debieron, en gran parte, su independencia las otras naciones de Europa. No todos los escritores están á la altura de las circunstancias, ni todos, mucho menos, fueron intérpretes del sentir cristiano del pueblo español. Pero es indudable que el honor patrio herido y el exaltado espíritu de independencia arrancaron á la lira española sones viriles y arrebatados acentos, de antiguo desusados.—Clásico es por los cuatro costados D. Manuel José Quintana; clásico es D. Juan Nicasio Gallego: y el primero, sobre todo, escribía con tal virulencia contra las más caras ideas y venerandas tradiciones de nuestro pueblo, que con toda justicia puede llamársele el padre de los poetas revolucionarios en nuestro país; pero uno y otro están en muchas de sus composiciones muy lejos de la insulsa pedantería que afeó las obras de casi todos los poetas del siglo XVIII, y hacen palpitar de indignación ó de entusiasmo el corazón de sus lectores.

485. D. Manuel José Quintana nació en Madrid el 11 de Abril de 1772, y, hecha su educación primera, pasó á Córdoba, y después á Salamanca, en cuyo Seminario y Univer-

sidad estudió la Filosofía y el Derecho respectivamente. Allí tuvo por maestros y amigos á Meléndez Valdés y á Jovellanos, que le inclinaron á seguir la tendencia clásica, de que ellos eran ilustres representantes. En 1795 publicó ya algunas poesías líricas y pastoriles de escaso mérito, y poco después imprimió un volumen con obras mejores, y compuso, con motivo de la invasión francesa, las odas patrióticas, que son su mejor título de gloria.

Su oda *Al levantamiento de las provincias españolas contra los franceses*, es un arrebatado y vigoroso canto de guerra, lleno de movimiento y de vida. Quintana siente ira y vergüenza por aquella invasión cobarde, y procura despertar el enojo y el altivo espíritu de independencia de los españoles, acertando á expresar con inflamadas notas la vehemencia de sus afectos. Le falta, sin embargo, á esta composición, para interpretar fielmente el estado de los ánimos y ser digna de aquella gran epopeya, el fuego sagrado de la religión, principal móvil de tanto heroismo. Pero Quintana, no sólo no sentía la religión, sino que la odiaba, como escéptico y volteriano que era. Y así, en todas sus composiciones de asunto nacional, como la oda *Al combate de Trafalgar, A Padilla, A Guzmán el Bueno, Al Monasterio de El Escorial*, etc., si se ve al versificador brillante y al poeta arrebatado, no se ve ciertamente un escritor que se identifica con su pueblo. Por eso, y por las formas y tendencias clásicas, Quintana no será nunca un poeta verdaderamente popular en España, á pesar de que sus amigos y admiradores han aclamado y ensalzado su nombre como ninguno de los modernos.

Otras odas tiene Quintana verdaderamente notables, entre ellas las conocidísimas *Al mar* y *A la invención de la imprenta*. En ésta última, dejándose llevar de su pasión sectaria, entre grandes primores de versificación, estampa una tan injusta como inoportuna invectiva contra el Pontificado y la Religión, suponiendo nada menos que la Imprenta, tan favorecida por la Iglesia, les hirió de muerte. En la oda *Al mar* hay, como en casi todo lo de Quintana, algo de amaneramiento, alguna exageración ó violencia en los epítetos;

pero toda ella está escrita con hermosa versificación y llena de cuadros brillantísimos.

Las mencionadas son las más conocidas poesías de Quintana, el cual escribió con menos fortuna cuando intentó expresar sentimientos dulces y delicados. Ni la naturaleza ni el amor deben á Quintana una sola estrofa inspirada. Si alguna vez habla de la hermosura, ó se dirige á una mujer, lo hace más como razonador analítico que como hombre de sentimiento. Puede decirse que la poesía de Quintana no tiene corazón, viéndose en ella alguna vez al patriota exaltado, y casi siempre al clásico y al retórico, y, sobre todo, al enciclopedista y ateo. Quintana, que tan varoniles estrofas escribe contra la invasión francesa, es hijo de aquella revolución, y, aunque siempre versifica bien, y en muchas ocasiones primorosamente, no acierta á expresarse con calor y energía sino cuando se deja llevar de sus odios sectarios ó de su entusiasmo liberal.

La poesía dramática le debe dos tragedias de género clásico, *Pelayo* y *El Duque de Viseo*, ninguna de las cuales tiene verdadero interés escénico ni las condiciones propias del género, y son, especialmente el *Pelayo*, desahogos de su ardor patriótico. Pero, cosa rara, explicable en aquel espíritu anticristiano: para despertar el valor de los españoles y lanzarlos contra las huestes de Napoleón, no halla asunto más adecuado que el principio de nuestra gloriosa Reconquista, y, sin embargo, no acierta á penetrar en el fondo de aquellos sucesos, informados por el sentimiento cristiano.

Además, hizo Quintana una buena *Colección de poesías selectas castellanas*, y los tomos van precedidos de sendos prólogos, en que habla con erudición y no escasa crítica de la poesía lírica castellana anterior al siglo XVIII, de la poesía en el siglo XVIII y de la poesía épica.

También es autor de las *Vidas de españoles célebres*, notable colección de biografías, de que hablaremos en otro lugar.

486. D. Juan Nicasio Gallego.—Nació este hombre ilustre en Zamora el 14 de Diciembre de 1777. Amamantado en la

lectura de Horacio y Virgilio, y aficionado en Salamanca á la poesía de Meléndez, empezó escribiendo poesías insulsas, eróticas y pastoriles; pero en 1807 ocurrió la famosa defensa de Buenos Aires, en que el famoso caudillo español Liniers se cubrió de gloria, rechazando heroicamente el ataque de diez mil soldados ingleses; y este suceso, que despertó grande entusiasmo en España, halló digno intérprete en la lira de Nicasio Gallego, que poco después cantó también las tristes escenas del *Dos de Mayo.*

Estas dos odas bastarían para inmortalizar el nombre de D. Juan Nicasio Gallego, y son, puede decirse, hermanas gemelas. *La Defensa de Buenos Aires* rebosa de entusiasmo y de orgullo patrio; la elegía *Al Dos de Mayo*, de indignación y de sentimiento. Una y otra se resienten algo de las aficiones clásicas del autor, que llega á personificar la guerra, hablando del *carro de Palas* y de sus *caballos flamígeros,* cosa ciertamente impropia del tiempo y de la ocasión. Pero, aparte de esto, no hay quizá en toda la poesía española versos más llenos y robustos que los de D. Juan Nicasio Gallego, ni estrofas tan valientes y acabadas como las de su elegía *Al Dos de Mayo.* Además de otras poesías líricas de menores aunque de grandes méritos literarios, D. Juan Nicasio hizo una traducción de *Oscar,* tragedia de Arnault, mejorándola mucho, y escribió varios artículos de crítica literaria, que se distinguen por lo agudo del ingenio, y lo zumbón y penetrante de la sátira.

Mil anécdotas se cuentan de la vida de Nicasio Gallego, que prueban la gran consideración de que gozaba como crítico y consejero de la juventud, y manifiestan un espíritu cáustico y mordaz tan altivo como independiente [1].

487. D. Alberto Lista: nació en Sevilla el 15 de Octubre de 1775, de familia pobre, viéndose obligado al trabajo de un

[1] D. Juan Nicasio Gallego fué sacerdote, y obtuvo varias prebendas eclesiásticas, entre ellas el arcedianato de Valencia, y otra pieza eclesiástica en Sevilla; pero mezclado en todas las revueltas del reinado de Fernando VII, tuvo no poco que sufrir en emigraciones y destierros, muriendo al fin, lleno de honores y consideraciones, el 2 de Enero de 1853.

telar para sostener á sus padres. Obtuvo pronto algunas cátedras en institutos y colegios, y á los veintiocho años se ordenó de sacerdote. Vivió en Francia algunos años, hasta 1817, en que ganó por oposición una cátedra de matemáticas en Bilbao, desempeñándola hasta 1820, época en que vino á Madrid al Colegio de San Mateo. Lista, justamente celebrado como crítico y como restaurador de la afición á nuestros buenos poetas, es también aficionado á la literatura clásica; pero no desconoce el valor de nuestros ingenios y hace justicia á las grandes dotes de Lope de Vega, Calderón y otros grandes dramáticos, en sus muy apreciables y útiles lecciones de Literatura española. No es, por tanto, sistemático, y á él se debe en gran parte, la afición que había en España á los buenos estudios literarios; habiendo sido maestro de casi todos los escritores de la primera mitad del siglo XIX. Su buen sentido crítico puede resumirse en estas palabras suyas: «Para nosotros es clásico todo lo que está bien escrito y se puede proponer como modelo del estilo y lenguaje en los clásicos ó autores de humanidades, así con tanto placer leemos el *Británico* de Racine, como *El lindo Don Diego* de Moreto, y no hay que hablar de reglas de unidad y de forma. ¿Queréis someteros á ellas? No escribáis la *Petimetra* de Moratín el padre, sino *El sí de las niñas* de su hijo. ¿Queréis libertaros de esa sujeción? No manchéis el papel ni las costumbres públicas con *Antony,* sino componed algo semejante á *Duelos de amor y lealtad* de Calderón».

Y añade: «Pasará la moda, y entonces será fácil conocer que el romanticismo actual, anti-monárquico, anti-religioso y anti-moral no puede ser la literatura propia de los pueblos ilustrados por la luz del Cristianismo, inteligentes, embellecidos y que están acostumbrados á colocar sus intereses y sus libertades bajo la salvaguardia de los tronos».

Quien así se expresaba contra las exageraciones de clásicos y románticos, no desmiente su doctrina con las obras. Las poesías de Lista tienen mucho de la manera clásica, pero, en general, española y de buena ley, siendo como un eco del estilo de Fr. Luis de León y de Rioja. D. Alberto Lista se complace

en los asuntos sencillos y templados, y rara vez acomete los sublimes. Es correcto, elegante, sobrio, y versifica con verdadera perfección. Pagando tributo á la moda y á la tradición poética, escribió composiciones eróticas que no carecen de suavidad y dulzura, pero en las cuales no hay tampoco verdadero sentimiento. En las odas morales más es horaciano y filósofo que cristiano; y en algunas de sus composiciones se advirtieron ya en su tiempo, y se ven hoy más claramente, velados elogios al espíritu revolucionario.

Pero D. Alberto Lista vivirá en la poesía española por su admirable composición á la *Muerte de Jesús,* que no tiene superior en ninguna lengua. En esta poesía, los acentos de Lista son vehementes y apasionados; razona más que siente; pero hay notas delicadísimas y arranques de verdadera inspiración y ternura; las estrofas están admirablemente construidas; los versos no tienen ni un solo ripio ni un solo desmayo, y todo, en suma, constituye esta poesía en un acabado modelo del género.

488. MARTÍNEZ DE LA ROSA. —D. Francisco Martínez de la Rosa vió la luz en Granada en el año 1788. Desde muy joven se consagró á la literatura, no apartándole de su cultivo las vicisitudes políticas por que pasó, ni el destierro, ni el encumbramiento al poder público. Es Martínez de la Rosa representante todavía de la escuela clásica del siglo XVIII, y escribe con facilidad en el género lírico, en el épico y en el dramático, habiendo ensayado también la novela y el libro didáctico-moral. Sus poesías líricas, aunque correctas y bien versificadas, carecen de inspiración y de vida, y cuando intenta manejar la sátira, como en el *Cementerio de Momo,* no logra producir sino medianos chistes. La más conocida y celebrada de sus poesías líricas es la epístola elegíaca, dirigida al duque de Frías por la muerte de su esposa, que empieza: *Desde las tristes márgenes del Sena.* Hay en ella realmente mucho más sentimiento y naturalidad que en las demás composiciones líricas de su autor, pero aun en ella predomina la razón sobre el sentimiento: el tono general es templado, y el mismo metro, que es el verso libre, le da sabor académico y clásico.

489. Otros varios ingenios representan la poesía clásica en España en la primera mitad del siglo XIX, y al lado de ellos escriben los pertenecientes á la escuela romántica, que si no los vencen en pureza de estilo y corrección de formas, los sobrepujan, con mucho ciertamente, en valentía de expresión y viveza de fantasía.

Los más importantes de estos son el duque de Rivas y don José Espronceda.

El duque de Rivas, primer representante del romanticismo, y de quien hablaremos al tratar del teatro, inicia en la poesía lírica y épica española una nueva época desde que se decidió á romper las tradiciones literarias del clasicismo en que se había educado. En los principios de su vida literaria escribió en clásico varias composiciones de toda especie, líricas, épicas y dramáticas; pero al cabo, en el *Moro expósito ó Córdoba y Burgos en el siglo X*, se apartó por completo del convencionalismo de las escuelas, haciendo un poema nacional, mezcla de romance y de epopeya antigua. Esta obra singular, primera de su género en nuestra literatura, peca indudablemente de desordenada y confusa y á veces de languidez; pero hay en ella tal riqueza de fantasía, tan espléndido lenguaje, tan galana y robusta versificación en ocasiones, que borra con creces aquellos defectos; y, de todas suertes, al leer este poema puede decirse que nos encontramos en un mundo nuevo lleno de vida y de pasión, muy distante de aquel otro frío y ficticio que pintan los cultivadores de la epopeya clásica. Algo monótono resulta el empleo constante del romance endecasílabo que el autor usó para evitar la monotonía de la octava real. Más mérito, quizá, que este tiene la *Colección de romances históricos* con que el duque de Rivas vuelve por la gloria de nuestras olvidadas joyas populares, renovando y aumentando la riqueza de nuestro hermosísimo Romancero. Por todo ello merece bien de las letras el ilustre prócer, aunque no en todo participemos de su gusto ni alabemos siempre sus tendencias ó doctrinas.

490. D. José de Espronceda vino al mundo el año 1810, en Almendralejo, villa de Extremadura, donde á la sazón se

hallaba su padre, que era coronel de caballería. Discípulo en Madrid de D. Alberto Lista, le debió mucho del buen gusto y corrección que se observa en sus composiciones. Muy joven todavía emprendió la tarea de escribir un gran poema épico, tomando por asunto el principio de la Reconquista, y por héroe á Pelayo. No terminó esta obra, de la cual quedan solamente escasos, bien que notables fragmentos, como el del cuadro del hambre y el sueño de D. Rodrigo. Emigrado por las cuestiones políticas, llega á Lisboa, donde arrojó una moneda de dos pesetas, última que le quedaba, diciendo que no quería entrar en tan gran ciudad con tan poco dinero; y trasladado después á Londres, nutrió su espíritu con la lectura de los grandes poetas ingleses, especialmente de Byron, cuya influencia sobre nuestro poeta es notoria. Marchó después á París, y luchó personalmente como revolucionario en las jornadas célebres de Julio, viniendo luego á España á favor de la amnistía, trabajando en varios periódicos y ocupando destinos importantes, muriendo tempranamente el 23 de Mayo de 1842, víctima de su azarosa y desordenada existencia.

Espronceda es una naturaleza poética de primer orden. Con más calma, con más edad, con más estudios, hubiera indudablemente ocupado altísimo lugar en la historia del arte. Corazón tempestuoso, imaginación ardiente, hombre de pasiones vehementísimas nunca dirigidas, ni menos subyugadas por la razón; espíritu exaltado, de aspiración insaciable, Espronceda es un representante y víctima de la triste época en que vivió, mezcla de grandeza y de envilecimiento, de anhelos nobilísimos y de desastrosas caídas, nave sin brújula ni timón, que vagaba á merced de los vientos y de las olas. Las ideas revolucionarias le entusiasmaban; la libertad política era su ídolo; la pasión del amor, dominadora en él; pero vió el mundo lleno de contrastes y miserias, y el desengaño amargaba su vida, y su corazón, por otra parte, era harto noble para satisfacerse con el cieno de placeres brutales.

Todo esto se siente y se ve leyendo sus poesías, expresión de un alma atormentada por la duda y el escepticismo y oprimida por el tedio. No hay que buscar en él la correcta pulcri-

tud de formas predicada por la escuela clásica; Espronceda es un gran versificador, generalmente correcto, pero sus versos valen principalmente por la entonación robusta, por la delicadeza de matices, por la energía de la expresión, por el calor que los anima, y el fuego que los enardece; por palpitar, en suma, en ellos el sentimiento de la vida, aunque arrebatada y tumultuosa. Su lira recorre todos los tonos, desde el delicado y tierno como *La Serenata á Elisa*, y el grave y solemne como la elegía *A la Patria*, hasta el tempestuoso y vehementísimo que se manifiesta en sus cantos guerreros.

El *Canto del Cosaco* es una obra maestra de inspiración y de colorido; y su enérgica poesía *Al Dos de Mayo*, sin perder el tono y las formas de poesía, tiene todo el arrebato y el fuego de tribunicia arenga. *La Canción del Pirata*, fácil, suelta, ligera, tiene toques delicadísimos y descripciones rápidas y felices, así como las tituladas *El Mendigo* y *El Verdugo* son expresión de un realismo amargo y aun de tendencias socialistas. En cambio, el *Himno al Sol* tiene las formas esculturales de los grandes modelos clásicos, y su *Canto de Oscar* la vida, la melancolía y el sentimentalismo de las poesías ossiánicas.

Como poeta épico dejó Espronceda dos obras: *El estudiante de Salamanca* y *El Diablo mundo*. *El estudiante de Salamanca* es una leyenda fantástica, sentimental, de carácter y estilo sombrío. D. Félix de Montemar, el protagonista, es otro D. Juan Tenorio, pero aún más impío y brutal que el héroe de Tirso, si es posible. Espronceda ha querido llevar al último límite la pintura de un hombre sin religión y sin conciencia, que se burla de todo y nada teme, y que lo mismo abandona indiferente la doncella por él corrompida, que se mofa de lo sobrenatural y divino. En la primera parte de esta obra, al cabo, hay hermosa versificación y rica poesía; en la segunda, el poeta se pierde en las frívolas vaguedades de lo quimérico y fantástico.

El Diablo mundo podría ser un gran poema, pero no es más que un esbozo, de asunto análogo al *Fausto*, en el cual evidentemente se inspiró el poeta español; pero Espronceda presenta y resuelve el problema todo de la vida humana, y así

lo dice él mismo [1]. Es dudoso que Espronceda supiese adónde iba. La vida para el escéptico es un enigma indescifrable; al querer explicarla, da fácilmente en lo absurdo, extravagante ó monstruoso. El protagonista de *El Diablo mundo* es, como el *Fausto,* un viejo que vuelve á la juventud desde las puertas de la muerte, bien que sin haber pacto diabólico; y ese hombre, así rejuvenecido, mitad viejo, mitad niño, entra lleno de ilusiones en la existencia, para ir cogiendo algunas pocas flores y muchos y amargos desengaños. *El Diablo mundo* está incompleto: ni se adivina el plan ni el fin; y, en rigor de verdad, y literariamente hablando, aparte de algunos cuadros que hay por toda la obra, no tiene bueno más que la introducción y el canto primero. Esto, sin embargo, bastaría para inmortalizar á su autor; los cantos paralelos de la muerte y de la vida que solicitan al viejo Adán, y la soberbia pintura de los contrastes que ofrece la existencia del hombre; la variedad de escenas que simultáneamente ocurren en el mundo, son trozos de incomparable riqueza, y alienta en ellos una inspiración robusta y potente expresada con todas las galas del lenguaje y todos los primores de la más armoniosa versificación. El canto segundo, dedicado á Teresa, como lo advierte el mismo poeta, no tiene relación ninguna con el poema. Es una elegía erótica, amarga y desconsoladora, en que el poeta llora con íntima pasión sus propios dolores; y desde aquí en adelante, nada hay en el poema digno del asunto y del canto primero, aparte de algún cuadro y pintura ó descripción suelta á que antes hemos aludido [2].

1 «Si logro yo desenvolver mi tema,
Fiel traslado ha de ser, cierto trasunto
De la vida del hombre, y la quimera
Tras de que va la humanidad entera.»

2 Otros muchos poetas líricos y épicos han ilustrado las letras españolas en la primera mitad de este siglo: entre ellos Arriaza, imitador feliz de Metastasio en ocasiones y cantor inspirado del *Combate de Trafalgar*. Maury, el duque de Frías, Cea, Arolas, Tassara, Pastor Díaz, etc., etc. Pastor Díaz se distingue entre todos por la delicadeza y ternura del sentimiento y la expresión, si bien á veces llega al sentimentalismo vago y nebuloso.

LECCIÓN LXXII

EL TEATRO.

491. Teatro clásico: Martínez de la Rosa.—492. Escuela romántica: el duque de Rivas.—493. Su *Don Alvaro ó la fuerza del sino.*—494. Triunfo del romanticismo en la escena: sus principales representantes.

491. El drama español en el siglo XIX tardó no poco en desatar las ligaduras con que le había aprisionado la escuela clásica francesa, representada aquí por Luzán y los Moratines; y, como ya sabemos, Jovellanos, Cienfuegos, Quintana, Martínez de la Rosa, todos los escritores dramáticos de fines del siglo XVIII y principios del XIX seguían la corriente, á pesar de que la guerra de la Independencia y el entusiasmo patriótico habían creado ya entre nosotros una nueva poesía lírica.— Martínez de la Rosa, en sus primeras obras dramáticas, que son *Lo que puede un empleo, La viuda de Padilla, Moraima* y otras, no mejora nada el sistema dramático de sus predecesores inmediatos. Y aunque en otra obra más importante, *Aben Omeya,* escrita en francés primero y representada en París, dice que se aparta de todo sistema, es lo cierto que tambien tiene corte completamente francés y sabor clásico, por lo cual se explica que gustase más en Francia que en España. Y, por otra parte, la más notable obra de Martínez de la Rosa es el *Edipo,* de asunto, forma y gusto enteramente clásicos. El *Edipo,* sin embargo, constituye excepción entre los dramas modernos tomados de la literatura griega, por estar mucho más ajustado á las condiciones del verdadero drama en cuanto al interés y movimiento posibles en aquella acción, y á la vida y expresión de los afectos. Es Martínez de la Rosa un refundidor, sin duda ninguna; pero refunde con talento, teniendo en cuenta la distinta situación del pueblo griego y del español. Otras obras dramáticas escribió este autor, siendo algunas, como *La boda*

y el duelo, imitación de Moratín, y otra *La conjuración de Venecia*, drama trágico de no escaso valor.

492. El primer poeta que representa entre nosotros la moderna escuela romántica es D. Ángel de Saavedra, duque de Rivas. Nacido en Córdoba en 1790, hijo segundo de una ilustre familia, se dedicó muy joven á la carrera de las armas, y tomó parte gloriosa en la guerra de la Independencia. Fruto de su juventud y de su educación clásica en el Seminario de Nobles, fueron sus obras dramáticas *Ataulfo, Aliatar, Doña Blanca, Duque de Aquitania, Malech-Adhel, Lanuza,* representadas con vario éxito en distintos teatros hasta 1820. Pero emigrado después D. Ángel de Saavedra á la isla de Malta, hubo de trabar conocimiento con un extranjero que puso en sus manos las obras de Lope de Vega, desconocidas y despreciadas por los clásicos de nuestro país; y la lectura del Fénix de los ingenios y de las obras de Shakespeare, Walter Scott y otros grandes escritores modernos, despertó en el duque de Rivas su verdadera vocación poética, marcando en él una segunda época literaria, en la cual conquistó imperecedero y glorioso renombre. No se lanzó por las vías de la escuela romántica sin vacilaciones, propias del hábito y de la educación; así es que su poema *Florinda* y su tragedia de *Arias Gonzalo* y otras obras, manifiestan claramente las dudas de su espíritu, hasta que en su poema romántico, el *Moro expósito,* se decidió por completo en contra del galo-clasicismo.

El romanticismo como tendencia, según hemos dicho en más de una ocasión, era grandemente saludable, por cuanto venía á proclamar la legítima libertad del arte, á destruir las infundadas idolatrías á griegos y latinos, y á desterrar las estériles teorías de la imitación. El arte es vida, y vive de la naturaleza y de la verdad; así, realmente entendido, lo habían predicado nuestros grandes poetas y Shakespeare, Walter Scott y los alemanes, después que se decidieron á sacudir el yugo clásico; pero la escuela romántica moderna cayó en grandes desvaríos, considerando legítimo y bello hasta el desorden y el caos. Nacía, además, en época de grandes luchas religiosas y filosóficas, y las obras de sus corifeos venían todas informa-

das del espíritu revolucionario. Así es que, al mismo tiempo que los modernos románticos desechaban la tiranía clásica, se proclamaban también independientes en materia de religión y moral, produciendo muchas veces monstruosos engendros, censurados en España por D. Alberto Lista, como hemos visto en la lección anterior.

No todos lo poetas románticos son culpables de los mismos excesos, y, antes por el contrario, hay obras de sana intención y que en las formas se mantienen también dentro de los límites razonables. Sea como quiera, en España surgió una ilustre pléyade de dramáticos, sucesores é imitadores del duque de Rivas, primer campeón de la escuela.

493. La obra maestra del insigne prócer y de todo el romanticismo español moderno es el famoso drama intitulado *Don Alvaro ó la fuerza del sino.* Alguien ha llamado á esta obra una *maravilla maestra,* y no falta razón para aplicar las dos palabras á concepción tan singularísima y extraordinaria. Siendo la desventura el ídolo de la escuela romántica, quizá por exigencias del clasicismo griego, quizá por fruto de la filosofía sensualista y escéptica del siglo XVIII, el duque de Rivas imagina una fábula en que la desventura humana llega á lo increíble y espantoso, sin dejar por ello de ser relativamente naturales y verosímiles los sucesos más tremendos. El *Don Alvaro* es para muchos una encarnación del antiguo fatalismo helénico; pero es más sombrío y desgarrador que el de las tragedias de Sófocles. Edipo, aun viéndose esposo de su madre, después de haber asesinado, sin saberlo, á su padre, es un ser que no padece nada en comparación del infeliz D. Álvaro, y sobre todo no lucha ni tiene tempestades en el alma, como las tiene el protagonista de la obra española. Esta es condición general de la dramática moderna comparada con la antigua, dado que en la religión y en la filosofía pagana no se comprendía ni se explicaba la lucha moral, aun siendo considerado el hombre víctima estoica de ciega tiranía. En *Don Alvaro* sucede lo mismo en cuanto al fin; pero hay lucha, y todos los personajes de la obra que arrastra en pos de su desdicha, luchan también, siendo á la postre víctimas de la

desgracia, pero traída al parecer por su propias pasiones. Una sola cosa hay meramente fortuita en *Don Alvaro,* y es la muerte involuntaria que da al padre de su amada Leonor, al arrojar la pistola que lleva al cinto, en el primer acto. De aquí se orignan todas sus desdichas. D. Álvaro huye de aquella mujer que no puede ser suya, y va á Italia á luchar noble y varonilmente por la causa de su patria y de su rey; pero en Italia le busca un hermano de Leonor, ansioso de vengar la muerte de su padre, y aunque D. Álvaro resiste el duelo, tiene al fin la desgracia de matar á su perseguidor; huye al desierto y á la soledad del claustro, y, entregado á la austeridad y penitencia, le busca y le acosa un tercer vástago de su víctima involuntaria, y tanto le hostiga y le ofende, llegando á poner la mano en el rostro del infortunado cenobita, que, hirviendo en él la sangre del antiguo caballero y militar, acepta lleno de ira el combate, y tiende á sus pies al adversario. En el momento supremo acude á una solitaria ermita para que el anacoreta venga á auxiliar al moribundo; mas aquel anacoreta es la infeliz Leonor, que vivía así separada del trato de los hombres, y sin que nadie supiera su condición y sexo, y su hermano, creyéndola en connivencia con su antiguo amante, la clava el puñal en el pecho en el momento de espirar, produciendo este espectáculo en D. Álvaro un verdadero arrebato de infernal locura, que le mueve á precipitarse por un abismo.

No puede darse nada más terrible y espantoso, y, lo repetimos, los fríos horrores del teatro griego, y aun las más trágicas escenas de los grandes poetas modernos, no tienen la pavorosa grandeza que las escenas del *Don Alvaro,* que es imposible ver sin estremecerse y sin sentir todo el horror de que es capaz el corazón humano. Y, sin embargo, aunque el fin de la obra no puede alabarse, y el fatalismo que pesa sobre ella es verdaderamente anticristiano, nada hay forzoso, ni violento, ni respecto á las pasiones y á los efectos que producen sus naturales resultados, ni mucho menos respecto al plan y á la ejecución, que tiene toda la sencillez posible, dada la unidad de la obra y del argumento.

No es el *Don Alvaro* un drama, en el sentido corriente de

la palabra, pues desborda de los límites del teatro; pero tampoco es una novela, ni epopeya; tiene algo de todo, y contribuye á este admirable conjunto la misma mezcla de prosa y verso con que están escritas aquellas incomparables escenas y cuadros de costumbres con que empiezan todos los actos. La feria de Sevilla, el campamento en Italia, la puerta del convento cuando el lego reparte la sopa á los pobres, la escena de la posada, la de los religiosos; todo, en fin, hace de esa singular producción una tragedia verdaderamente monumental, sin comparación, por lo gigantesco, con ninguna de las que honran los demás teatros. Justo es también decir que el duque de Rivas se aparta de los poetas franceses y alemanes en lo tocante al decoro del lenguaje y de las situaciones, sin manchar su obra con las escenas de liviandad y corrupción que afean muchas famosas producciones de la escuela romántica.

494. Después del duque de Rivas, ya no levantó la cabeza el clasicismo escénico, y todos los grandes poetas españoles del presente siglo, ó siguieron completamente la tendencia romántica, como García Gutiérrez, Hartzenbusch, Gil y Záráte, etc., etc., ó volvieron los ojos á la tradición nacional. Mas de los contemporáneos, no ya de los vivos, sino de los muertos recientemente, no debe hablarse en este libro; y nos contentaremos con decir que *Los amantes de Teruel* y *La jura de Santa Gadea* de Hartzenbusch, el *Trovador* y *Juan Lorenzo* de Garcia Gutiérrez, el *Guzmán el Bueno* de Gil y Zárate y otras obras dramáticas, no tienen nada que envidiar á las mejores y más famosas de los modernos teatros; habiendo después renovado en gran parte la gloria de nuestro siglo de oro, en la comedia de costumbres, D. Manuel Bretón de los Herreros [1].

[1] Larga sería la lista de los autores y obras dramáticas notables en este siglo, pero baste lo dicho en el texto, añadiendo solamente que los nombres de Ventura de la Vega, Ayala, Zorrilla, Rubí, Tamayo, vivirán juntos á los de los grandes maestros. De los autores que actualmente escriben no debemos decir aquí ni una sola palabra. Ni es para olvidada la insigne escritora doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, autora de varias obras dramáticas notables, entre ellas dos hermosas tragedias bíblicas, *Saúl* y *Baltasar*.

LECCIÓN LXXIII

GÉNEROS EN PROSA.

495. La *Novela :* Fernán Caballero.— 496. Ortiz de la Vega.— 497. Escritores *didácticos :* Balmes.—498. Donoso Cortés.—499. *Periodistas:* Larra.—500. Cultivo de la *Historia :* Quintana, Toreno.— 501. La *Oratoria.*—502. Estado general de las letras en nuestros días.

495. La novela no ha tenido en España muchos ni muy notables cultivadores en la primera mitad del siglo XIX, siendo hoy poco leídas las más estimadas novelas de esa época [1].

Del año 40 ó 50 acá es cuando la novela contemporánea ha tomado gran vuelo en nuestro país, aunque no tanto, ni con mucho, como en otras literaturas europeas; pero España cuenta hoy con algunos novelistas de gran nota, aunque son pocos los que escriben la novela seria, literaria y decente, y abundan por desgracia los engendros antiliterarios y las torpes imitaciones de la inmunda y revolucionaria novela francesa.

En la época anterior á la que nos referimos, el más ilustre de los novelistas españoles es Fernán Caballero, pseudónimo de la dama que se llamó doña Cecilia Bœhl de Faber [2]. Esta distinguida escritora, dotada de gran facundia, claro entendi-

[1] Por ejemplo : *La Serafina,* de D. José Mor de Fuentes ; *El Doncel de Don Enrique el Doliente,* de Larra ; y las obras del novelista montañés Sr. Trueba y Cosío.

[2] Nació esta escritora en Morget (Suiza) en el año 1797, y se educó en Alemania. Á los diez y siete años vino á España, y se casó con el capitán Planellas, mas habiendo quedado viuda al poco tiempo, se casó en segundas nupcias con el marqués de Arco Hermoso, que murió en 1835 ; y al cabo de dos años contrajo terceras nupcias con el abogado D. Antonio de Arrom, que perdió en 1863, desde cuya época vivió en el Palacio real de Sevilla, cerca del duque de Montpensier. Se dió á conocer en 1849 con *La Gaviota*, que apareció en el folletín del periódico *El Heraldo,* siendo muy bien acogida. Publicó sus obras completas en Madrid (1860-61 en 13 volúmenes).

miento y corazón cristiano, cultivó la novela de costumbres, produciendo algunas obras que siempre se leerán con deleite y aprovechamiento. Para la presente generación resultan estas obras demasiado inocentes ó candorosas por resplandecer en ellas la sencillez, y sobre todo la tendencia moral. Más persuasiva que analítica y razonadora, doña Cecilia Bœhl de Faber se dirige á la imaginación y al corazón de sus lectores, en lo cual, ciertamente, no va descaminada, por cuanto la novela no ha de ser forzosamente género trascendental, como quieren hoy muchos novelistas; y con la modesta pretensión de recrear honestamente, la insigne autora trazó cuadros interesantes y bellísimos, que si parecen un tanto pálidos ó artificiosos á los modernos escépticos, no dejan de tener gran verdad en su fondo y un singular atractivo por su forma. No es Fernán Caballero un escritor de primer orden, pero escribe con facilidad, soltura y gracia, llegando muchas veces á la elocuencia más subida y rebosando en sus páginas el calor y el sentimiento; cualidades que avaloran la sana moral que se desprende de sus obras. En este sentido, Fernán Caballero merece los más calurosos elogios, y no tiene competidor en casi ninguno de los modernos cultivadores de la novela, y mucho menos en las damas francesas, que, por lo general, pecan de escépticas y sensualistas. Es, además, Fernán Caballero, gran pintor de costumbres, y retrata admirablemente las personas. Los cuadros que describe son siempre vivos y animados, aunque se resienten de algún convencionalismo, y los tipos y caracteres que pone en acción suelen tener todas las condiciones que exige el género novelesco, resultando más de una vez caracteres muy primorosos. Tales son, por ejemplo, *El servilón* y el *liberalito*, y tales las principales figuras de su novela *Un verano en Bornos*, que es de las mejores de su rica colección. Además de estas obras, de *La Gaviota*, y de otras extensas, escribió Fernán Caballero muchos cuentos ó novelas cortas, tomando por asunto frases ó proverbios populares, v. gr., *Con mal ó bien á los tuyos te ten*, *Callar en vida y perdonar en muerte*.—En esta última presenta el tipo de una mujer heroica, cuyo marido la estimaba poco, dicién-

dola á todas horas: «Tú no sabes nada.» Ella soportaba con resignación el desvío de su esposo, y disimulaba una profunda pena, que amargaba su corazón; pues había perdido á su madre, víctima de la criminal codicia del brutal esposo. Así pasó mucho tiempo sin que el marido conociese jamás que ella poseía el horrible secreto, y sin que advirtiese siquiera el menor cambio en la conducta irreprensible de su mujer, que siguió callando hasta su postrer instante; en el cual, procurando la redención de su esposo por el arrepentimiento, le manifiesta que no ignoraba su atroz delito, diciéndole sencillamente: «No desconozcas ahora que dos cosas he sabido: callar en vida y perdonar en muerte»[1].

496. Notable es también una novela titulada *Las ruinas de mi convento*, con una segunda parte que tiene por título *Mi claustro*, escrita por Ortiz de la Vega, pseudónimo de don Fernando Patxot. Es una interesante y dramática relación de los horrores y desdichas que causó la destrucción de las Órdenes religiosas, habiendo en ella páginas de extraordinario valor poético y cuadros tan verdaderos como conmovedores. No puede desconocerse que para una novela de espíritu eminentemente cristiano, resulta un tanto sentimental y aun romántica; lo cual le quita algo de la severidad que debería tener, dado el asunto; y no es lectura á propósito para toda clase de personas indiscretamente[2].

[1] Entre las obras de este autor, pueden citarse: *Elía, Clemencia, La familia de Albareda, Pobre Dolores;* además, una colección de cuentos y poesías titulada *Cuentos y poesías populares andaluces* (Sevilla, 1859), y *Colección de artículos religiosos y morales* (Cádiz, 1862).

[2] Entre los novelistas españoles de la primera mitad del siglo XIX merecen citarse: Larra, autor del *Doncel de Don Enrique;* Espronceda, de *Sancho de Saldaña;* Escosura, del *Conde de Candespina;* Enrique Gil, del *Señor de Bembibre;* Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, de *Dos mujeres.* Hurtado, Navarrete, López Soler y otros hicieron también novelas, en las cuales, como en las anteriormente citadas, se ve la influencia de Walter Scott y los novelistas franceses. El montañés D. Telesforo Trueba y Cossío, emigrado en Inglaterra por el año 1823, escribió en inglés, y entre otras novelas hizo las tituladas *El castellano ó el Príncipe negro en España*, *La hija de Gómez Arias ó los moriscos de la Alpujarra*, y *Leyendas históricas españolas.*

497. La prosa didáctica ofrece algunos cultivadores insignes, teniendo España la honra de contar, entre los escritores de la primera mitad del siglo, dos talentos de primer orden, cuya reputación es universal: D. Jaime Balmes y don Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas.

Balmes [1] muerto en la flor de su edad, dejó, sin embargo, un nombre imperecedero, y una huella que no se borrará fácilmente en la historia de las polémicas religiosas. Espíritu observador, analítico, profundo; talento generalizador y comprensivo; imaginación viva y poderosa; ingenio que se sabe encumbrar á las más grandes alturas, es Balmes acreedor á las mayores alabanzas de la posteridad. Sus obras, de varias especies, forman un rico arsenal de criterio y filosofía, y sobre todo de controversia histórico-religiosa. Desde su famoso folleto acerca del *Celibato del clero*, hasta su obra monumental acerca del protestantismo, no dejó punto ninguno de los que interesaban á sus contemporáneos, y que interesan hoy todavía en las grandes luchas de nuestro tiempo, sin esclarecerlo soberanamente con las luces de su gran saber y entendimiento. En filosofía inicia la era de renovación en nuestra patria; en sus *Cartas á un escéptico* pone al alcance de los más cortos entendimientos las más altas verdades de la Religión; su *Criterio* es como una guía segura del espíritu en medio de las falsedades y engaños de la vida, para saber discernir con serenidad y acierto entre las dudas y la obscuridad que nacen de la razón, de la ligereza ó de la ignorancia.

Mas, como queda insinuado, el libro que inmortalizó el nombre de Balmes es el *Protestantismo comparado con el*

[1] D. Jaime Balmes y Uspia nació en Vich el 28 de Agosto de 1810, en cuyo seminario estudió la filosofía y un año de teología, terminando sus estudios en la Universidad de Cervera. Permaneció obscurecido en Vich explicando matemáticas en un colegio, hasta que en 1839 remitió al periódico *El Madrileño Católico* una memoria sobre el *Celibato del clero*, que obtuvo el premio, y dió celebridad europea á su autor. Murió en Vich el 9 de Julio de 1848.

Catolicismo[1]. Movióle á escribirle la doctrina expuesta por Guizot en su *Historia de la civilización europea*, y el joven sacerdote español salió varonilmente á la palestra para refutar la doctrina del famoso escritor protestante, poniendo de manifiesto, con la abrumadora elocuencia de los hechos, que todo lo que hay de bueno y grande y bello en la civilización europea, es obra exclusiva de la Iglesia y del Catolicismo, no pudiendo el Protestantismo reclamar para sí más que la triste gloria de haber perturbado y paralizado aquellos grandes y generosos impulsos.—El libro de Balmes es de los que agotan la materia, sin dejar resquicio alguno á la duda, ni salida á la controversia. Examina uno por uno los grandes aspectos de la civilización, ya relativamente al individuo, ya á la familia, ya á la autoridad; trata del ennoblecimiento de la mujer por el matrimonio cristiano; de la abolicion de la esclavitud por la caridad y los esfuerzos prudentes y perseverantes de la Iglesia; de la libertad civil, producto de las máximas del Evangelio; del florecimiento y protección de las ciencias y de las artes, y, en suma, de todo cuanto constituye la verdadera civilización; y en todo halla, con luminosas y concluyentes pruebas, que el Protestantismo en nada contribuyó á labrar el maravilloso edificio, y, antes por el contrario, favoreció, en cuanto pudo, la tiranía, la superstición y los elementos de disolución y de ruina que viven en las modernas sociedades.

Este libro está todo él escrito en un estilo sencillo y en lenguaje elocuente, pero nuca declamador. Balmes no pierde la serenidad del juicio y el tono severo que corresponde al polemista de buena fe. Jamás acude á mal terreno ni emplea armas de mala ley: con la historia en la manocon, los textos á la vista, con la filosofía racional y el sentido común por guías, todo lo escudriña, todo lo aquilata y discute, y no hay fenómeno alguno en el orden social, civil ó religioso que se escape á su mirada penetrante. Reconoce lo bueno dondequiera que está; busca sencillamente todos los razonamientos

[1] *El Protestantismo comparado con el Catolicismo en sus relaciones con la civilización europea.*

que pueden oponerse á sus afirmaciones, y con método clarísimo, con orden verdaderamente espléndido, va acumulando pruebas sobre pruebas; pero con tal sobriedad, con tal tino y acierto, que verdaderamente causa admiración y encanto á la vez. Excusado es decir que, tratándose de un escritor catalán, no escribe el castellano con aquella limpieza y corrección de nuestros grandes maestros; pero la lengua de Balmes es realmente hermosa, sin degenerar nunca en somera y vana palabrería, ni en débil ó arrastrado prosaismo.

498. D. JUAN DONOSO CORTÉS[1] es el digno émulo ó rival de Balmes; para algunos muy superior, é incomparablemente muy inferior para otros. Esta diversidad de juicios se explica por la índole especialísima del genio del marqués de Valdegamas. No es un razonador, no es un crítico, no es un filósofo como Balmes; es, según se le ha llamado con justicia, un vidente, un profeta. Donoso Cortés no procede nunca por riguroso análisis; antes bien, busca con amor entrañable las grandes cuestiones. Por eso resulta en ocasiones demasiado sistemático, y aun parece amigo de la paradoja. Su mirada de águila abarca los más anchos horizontes, y en su espíritu gigantesco se conciertan las más opuestas ideas, cuyo enlace es desconocido para la generalidad de los hombres. Aspira incesantemente á la unidad; y con una sola palabra, con un solo pensamiento, quiere expresar todo un sistema de ideas y toda una sucesión de hechos. Donoso pertenece, sin duda alguna, por eso, á los grandes pensadores, á los hombres verdaderamente extraordinarios que desde las alturas miran la marcha

[1] D. Juan Donoso Cortés, marqués de Valdegamas, nació en el valle de la Serena (Badajoz) en 1809. Fué catedrático de Literatura en Cáceres, y agraciado con un puesto elevado en el ministerio de Hacienda por Fernando VII, muerto el cual, fué elegido diputado á Cortes y nombrado secretario del Consejo de ministros presidido por Mendizábal. Á poco dejó este empleo, y se declaró moderado, dando por este tiempo lecciones de Derecho político en el Ateneo de Madrid. Sostuvo los derechos de María Cristina, por lo cual tuvo que expatriarse; pero cuando volvió la madre de Isabel II, fué elegido académico de la Historia, agraciado con el título de Marqués, y nombrado embajador en París, en donde murió en 1853.

de la humanidad por la tierra, y sin detenerse en las pequeñas paradas ó sinuosidades del camino, contempla el principio y el fin de la marcha, y proclama la salvación ó la ruina. No puede por eso buscarse en él el rigorismo lógico, ni menos la afirmación convencional: mirando frente á frente la verdad que le enamora ó el mal que detesta, busca la solución de los grandes problemas de la vida en las leyes inexcrutables de la Providencia, y por ellas lo explica y lo resuelve todo, adelantándose á lo por venir no pocas veces con acierto verdaderamente pasmoso. Es, como indicamos antes, como un profeta ó un hombre inspirado, y lo es hasta en la forma de su lenguaje sentencioso, rotundo, enérgico y grandilocuente.

El libro que condensa todas estas condiciones del Marqués, es su famoso *Ensayo* [1], obra que suscitó polémicas empeñadas, por considerarla muchos como exageradamente tradicionalista ó pesimista, pero que, atenuada debidamente la crudeza de ciertas frases, ha sido y es celebrada por su perfecta ortodoxia, al propio tiempo que por lo audaz de sus afirmaciones y lo tremendo y soberano de sus juicios.

Donoso Cortés no es propiamente un escritor correcto, pero ninguno tan elocuente como él, aun hablando de las materias al parecer más ordinarias y vulgares. Esta es la cualidad distintiva del hombre de genio que resplandece en muchos de los escritos del marqués de Valdegamas [2].

499. Otros prosistas, que generalmente han escrito en periódicos, merecen ser citados, entre ellos, sobre todo, como escritor de artículos de crítica y de costumbres, el desgraciado D. Mariano Larra, que nació en 1809, y puso ciegamente fin á sus días en 1837, víctima de su horrible escepticismo. En los artículos críticos de Larra, que escribió con el pseudónimo de

[1] El título de la obra es *Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo.*

[2] Las otras obras principales de Donoso Cortés son la famosa *Carta* al cardenal Fornari, el discurso de recepción en la Academia Española y sus lecciones en el Ateneo; pero éstas se resienten, así como algunos escritos anteriores del mismo autor, de la escasa fijeza de ideas y de cierto espíritu, que luego rechaza por completo Donoso Cortés, admitiendo sin reservas ni distingos la pura doctrina católica.

Fígaro, está toda la historia política y literaria de su tiempo, pues bajo estos dos aspectos puede considerársele, siendo en la política partidario de las ideas más liberales de su tiempo, y en la literatura observador penetrante y bastante imparcial, dada la época de romanticismo exclusivista en que vivía. Los artículos de Larra están llenos de sentencias agudas ó ingeniosas, á veces profundas, expresado todo en un lenguaje elocuente y varonil; pero desconsuela aquel escepticismo pesimista que palpita en todas las páginas. Para Larra, no hay ni puede haber nada bueno en el mundo; no ve en los hombres sino embusteros, criminales y farsantes de toda especie, y como él mismo dice en alguna parte: « el escritor satírico es, por lo común, como la luna: un cuerpo opaco destinado á dar luz, y es acaso el único de quien con razón puede decirse que da lo que no tiene. Asimismo el don de la naturaleza de ver las cosas tales ó cuales son y de notar, atento en todo, el lado feo de lo hermoso suele ser su tormento. Llámale la atención en el sol más sus manchas que su luz.... Ve detrás de la acción aparentemente purísima el móvil mezquino que la produce». En estas tristes palabras puede decirse que se retrata á sí mismo el infeliz escritor [1].

500. No han faltado tampoco en la primera mitad del siglo XIX cultivadores de la Historia, que si no compiten por el aspecto literario con los grandes maestros del siglo de oro, les aventajan por el alto sentido crítico y la erudición que

[3] No tan buen escritor como Larra, pero excelente hablista, es D. Serafín Estébanez Calderón, autor de muchos artículos críticos, literarios y de costumbres que publicó, haciéndolo generalmente bajo el pseudónimo de *El Solitario*. D. Agustín Durán es otro de nuestros buenos críticos literarios, y contribuyó mucho á que salieran del olvido y desprecio en que «yacían por el abuso y exageraciones de la escuela clásica nuestros grandes escritores dramáticos». Conocidísimo y celebrado es también Mesonero Romanos, que, con el pseudónimo de *El Curioso Parlante*, escribió multitud de artículos críticos y de costumbres, y es también autor de otra muy notable colección titulada *Escenas Matritenses*. Aunque más reciente, pues que lo acabamos de perder, no queremos dejar de citar siquiera el nombre del inolvidable Selgas, autor de preciosos artículos críticos y de costumbres, y también poeta inspiradísimo y satírico de primer orden.

muchas veces ostentan. De iguales en méritos, y viviendo todavía algunos de ellos ó sus inmediatos descendientes y deudos, nos limitaremos aquí á hacer una brevísima indicación de algunos de los principales: es el primero Quintana, autor, como queda indicado, de una conocida *Colección de biografías de españoles célebres,* en la cual ocupan el primer lugar los varones ilustres de América. Quintana mira los sucesos de la conquista á través de un prisma excesivamente idealista ó poético que, aparte del espíritu que informa á la obra, la da alguna analogía con la de Fr. Bartolomé de las Casas, vilipendiando mucho á los españoles por las injusticias ó crueldades que, en su sentir, cometieron en el nuevo mundo. En general, todas las biografías se resienten un poco de las tendencias filosóficas del autor, que no mira los hombres ni los acontecimientos como son en sí, antes bien parece que tiene sistemático empeño de presentarlos de cierta manera, para que resulte probada la doctrina que sustenta. Alguna vez se aparta de este sistema al narrar la historia de personajes de tiempo más lejano, en que no halla fácil aplicación á las teorías ó preocupaciones suyas. Aparte de esto, Quintana procura reunir los mayores datos que puede, y escribe con facilidad y elegancia, teniendo sus narraciones verdadero colorido dramático.

El conde de Toreno es otro de los buenos escritores de historia en nuestro siglo. Nació D. José María Queipo del Llano en Oviedo el 26 de Noviembre de 1786. Influido por las ideas del enciclopedismo francés, y más todavía por las utopías de Rousseau, y sintiendo por otra parte el entusiasmo patrio y el amor á la independencia que se despertaron en él enérgicamente, con motivo de los sucesos de Madrid y Bailén en 1808, contribuyó en gran manera al levantamiento de Asturias contra Napoleón, y fué de los elegidos para ir á Londres á ponerse de acuerdo con Inglaterra, así como contribuyó luego á la convocación de las Cortes de Cádiz. Joven aún, de ambición exaltada, de ideas liberales, y más francesas que españolas, trabajó mucho por implantar su espíritu en la Constitución del año 1812, viéndose luego complicado en todos los sucesos políticos de aquella época, y sufriendo emigracio-

nes y destierros, alternativamente con el goce del favor y del poder. En su segunda emigración escribió la *Historia del levantamiento, guerra y revolución de España,* en la cual sabe reunir con tino y orden todos los pormenores de aquellos gloriosos acontecimientos, que narra con facilidad, concisión y elegancia. Es gran pintor de costumbres militares y de personas; y describe con minuciosa exactitud, sin decaer el interés y movimiento de su relato, las más grandes batallas y sucesos militares de la guerra de la Independencia, mezclándolo con los sucesos políticos y con la historia de las Cortes de Cádiz. Por la proximidad del escritor y de la persona, no añadiremos á estas breves líneas sino la sola observación de que los más amigos del Conde de Toreno y los defensores de sus propias ideas reconocen que escribe con pasión propia del tiempo y de las circunstancias de su vida [1].

501. Por último, la oratoria en todas sus manifestaciones ha brillado con grande esplendor desde el principio del siglo XIX, habiendo nacido la elocuencia parlamentaria que tan grandes oradores ha producido y produce todavía en España. Y juntamente con ella se ha cultivado mucho la oratoria forense, que empezó, puede decirse, á brillar en España en los tiempos de Jovellanos y Meléndez, autor este último de una famosa acusación fiscal, que hoy, como siempre, será considerada modelo del género. Asimismo la oratoria religiosa ha tomado grandes vuelos, saliendo de la postración en que yacía en el siglo XVIII, y desde Fr. Diego José de Cádiz, que arrastraba en pos de sí á las muchedumbres, convirtiéndolas y trayéndolas á penitencia con la eficacia de su palabra apostólica, no ha cesado de haber en España grandes predicadores como los hay hoy.

502. Ahora, las letras españolas, que se honran con hom-

[1] D. Próspero Bofarull, autor de una *Historia de los Condes de Barcelona;* D. Eugenio Tapia, de una *Historia de la civilización española;* D. Modesto de la Fuente, de una *Historia general de España;* el marqués de Pidal, de la *Historia de las alteraciones de Aragón;* D. Fermín Gonzalo Morón, de la *Galería de conquenses ilustres*, y otros varios han escrito obras de no escaso mérito.

bres insignes, sufren, sin embargo, bajo la influencia extranjera, francesa especialmente; y salvas honrosísimas, pero raras excepciones, la lengua ha perdido mucho de su antigua limpidez y corrección, llenándose de extranjerismos y de giros violentos, y la mayor parte de los escritores tienden á lo florido y altisonante, huyendo de la encantadora sencillez de nuestros grandes maestros; y, por desgracia, el espíritu mercantil que todo lo invade; las luchas políticas que todo lo esterilizan, y el escepticismo y el naturalismo que han sustituido en gran parte á nuestro vigoroso espíritu cristiano y nacional, hacen presentir una dolorosa decadencia.

ÍNDICE

PRELIMINARES.

SECCIÓN PRIMERA.

LITERATURA HISPANO-LATINA.

PRIMERA ÉPOCA—DOMINACIÓN ROMANA.

SECCIÓN SEGUNDA.

LITERATURA EN LENGUA VULGAR.

PRIMERA ÉPOCA.—EDAD MEDIA.

PRIMER PERÍODO.

(Desde los orígenes hasta Alfonso el Sabio.)

SEGUNDO PERÍODO.

(*Desde Alfonso X hasta Enrique II.*)

TERCER PERÍODO.

(Desde D. Enrique II á D. Juan II.)

CUARTO PERÍODO.

(De Don Juan II á la Casa de Austria.)

SEGUNDA ÉPOCA.

EDAD MODERNA.

PRIMER PERÍODO.

(Casa de Austria.)

SEGUNDO PERÍODO.

(Casa de Borbón.)

TERCER PERÍODO.

(*Siglo XIX.*)

ERRATAS MÁS NOTABLES

Página.	*Línea.*	*Dice.*	*Debe decir.*
129	1.ª de la n.	convienen	convencen
162	13 y 14	Pues no fazes igualdad Faciendome tal rodeza	Pues no fazes igualeza Seyendo tan poderoso
314	33	*sueltos cabellos*	*sueltos caballos*
332	7	No dudar el desdén	No durará el desdén

